

L U I S C O R V A L A N

De lo vivido y lo peleado

Memorias



COLECCION SIN NORTE

LUIS CORVALÁN

De lo vivido y lo peleado

Memorias



LOM PALABRA DE LA LENGUA YAMANA QUE SIGNIFICA **SOL**

© Luis Corvalán
© LOM Ediciones
Agosto de 1997

Registro de Propiedad Intelectual N° 101.282

ISBN 956-282-040-8

Este libro fue impreso en 1.000 ejemplares.

Imagen de Portada: 1961, fotografía de Eleodoro Torrente, reportero gráfico de "ERCILLA".

Imagen contraportada: 1962, Corvalán en el Teatro Caupolicán; lo acompañan sus dos hijas mayores, Lily y Viviana.

Diseño, Composición, Diagramación e Impresión

LOM Ediciones

Maturana 9, Santiago

Tels.: 672 22 36 671 56 12 672 73 43

Fax: 673 09 15

Impreso en Santiago de Chile

A manera de prólogo

En el invierno de 1974, los colaboradores del Presidente Allende y los dirigentes de la Unidad Popular que estuvimos confinados en la isla Dawson fuimos conducidos al campo de concentración de Ritoque, donde cada uno de nosotros pudo ocupar una cabaña durante los dos primeros meses que allí permanecimos. El trabajo forzado había quedado atrás. Disponíamos de tiempo, que aprovechamos para desarrollar actividades deportivas y culturales. Además, nos permitían mantener encendida la luz eléctrica hasta altas horas de la noche. En estas condiciones pude continuar con el estudio del francés que había iniciado en Dawson teniendo como profesor a Sergio Bitar, y escribí algunas páginas autobiográficas a raíz de un discurso de Pinochet en el cual nos calificó a los dirigentes de la Unidad Popular de elementos que nada teníamos que ver con el pueblo, ajenos a sus dolores y de regalada vida. Su perorata me dio rabia y traté de responderle contando precisamente algo de mi vida, confiado en que el relato podría cruzar las alambradas de la prisión y algún día publicarse. Vio la luz en Santiago antes que yo pudiera pulir sus páginas y agregarle otras vivencias. Decidí, entonces, reconocer al hijo tal como había nacido y renuncié a hacerle la cirugía estética. En Chile se hicieron tres ediciones clandestinas, apareció en México y España, y se publicó en ruso, polaco, alemán, búlgaro, húngaro, uzbeko, checo y árabe bajo el título de "ALGO DE MI VIDA". Aunque este escrito es más que nada autobiográfico lo he incluido como primer capítulo de estas memorias.

En los capítulos siguientes se describen los principales hitos de la senda recorrida desde la década del 50 hasta la gran victoria popular del 4 de septiembre de 1970, en otras palabras se muestra cómo se fue plasmando y desarrollando la unidad de la izquierda y abriéndose paso la revolución chilena a través de una vía pacífica. Se destaca la obra del Gobierno del Presidente Allende, se incursiona en las causas de su derrota, —producto

del contubernio entre la reacción chilena y el imperialismo norteamericano, también consecuencia de los errores cometidos— y se habla en seguida de los años del terror fascista, de la lucha contra la dictadura, del exilio y finalmente de la transición que se impuso.

Tengo claro que al pasado no se vuelve y que, por consiguiente, Chile no volverá a recorrer el mismo camino ni la izquierda podrá llegar el gobierno de la misma manera que lo hizo con Salvador Allende, entre otras razones porque ya no se elegirá más Presidentes de la República con la primera mayoría relativa. No obstante, la historia enseña, y no deben olvidarse sus lecciones. Por eso he escrito estas páginas, porque he sentido el deber de contribuir a la rememoración y valoración crítica de las luchas de nuestro pueblo en un período determinado de nuestra historia, comprendidos la gestación y los mil días del gobierno del Presidente Allende.

Soy consciente de las limitaciones de estas memorias. En algunos capítulos, atiborrados de hechos, predomina el relato, la crónica escueta. En cierta medida he sacrificado su amenidad, apelando menos a las anécdotas y vivencias que a la invocación de acontecimientos más importantes, y uno de estos, el derrumbe del poder soviético, se despacha muy brevemente, pensando en que si ya había escrito un libro sobre la materia era innecesario darle más en este escrito.

El poeta Raúl Mellado, entusiasta editor de "LA HOJA VERDE" y activo miembro de la Sociedad de Escritores, me dijo un día, para mi tranquilidad, que no me preocupara, que las memorias constituyen un género literario que permite muchas licencias como se puede apreciar en las de Pablo Neruda. Sobre el mismo asunto, quiero decir que nada menos que Hernán Díaz Arrieta, Alone, en su libro "MEMORIALISTAS CHILENOS", comenta con cierta extensión, como si fueran memorias, la novela "CÁRCEL DE MUJERES" de María Carolina Geel y la monografía "LA TIRANÍA EN CHILE" de Carlos Vicuña Fuentes, aunque —dice expresamente respecto a esta última— *"no pertenece estrictamente al género de las memorias"*.

Entre las personas que supieron que yo estaba escribiendo estos recuerdos varias me preguntaron si diría "la firme" y lo contaría todo.

—Por supuesto que diré "la firme" —les dije—, siempre en función de las cosas grandes y sin perder de vista el hecho de que aún no ha llegado el tiempo en que todo pueda revelarse. Y como ya pasé la barrera de los 80 años —en 65 de ellos metido en la política—, si me explayara en cuanto podría contarse tendría que escribir muchas páginas más y eso no anda conmigo. Las que he escrito son más que suficientes.

Lo que narro corresponde por entero a los hechos tal como los he visto y percibido. Los expongo de la manera más objetiva que es posible

hacerlo, no como un observador que posa de imparcialidad, sino como un luchador que ha hecho suya una causa y a ella ha consagrado su vida. Y hasta donde he considerado pertinente hago también algunos comentarios y reflexiones. Las opiniones que emito o recojo corresponden al pensamiento de quien escribe estas líneas o de aquéllos a quienes cita.

Es obvio que algunos de los que me preguntaron si contaría todo y la firme iban por otro lado. Lo que querían saber es si yo diría cuanto sé y lo que pienso sobre uno que otro momento de la vida del Partido, sobre uno que otro aspecto de su política y en especial sobre la línea y la actividad de la Dirección comunista durante los críticos y difíciles últimos diez años.

Pues bien, el Partido no está formado por robots, sino por seres humanos, por individuos pensantes y conscientes. Por consiguiente, todo militante puede tener hoy, haber tenido ayer o tener mañana su propio pensamiento sobre uno que otro asunto. Y yo, ciertamente, en el curso de estas páginas, expreso o dejo constancia de una que otra opinión personal, por así llamarlas, respecto a uno que otro hecho o problema determinado. Pero lo hago sin denuestos para nadie y con aprecio para todos mis compañeros, orgulloso de pertenecer a las filas del Partido de Recabarren y Neruda, contento por sus aciertos y sus avances, aunque sean pequeños, y asumiendo a la vez mi cuota de responsabilidad en los errores, las debilidades y los defectos.

Como hace muchos años me expresara el ya desaparecido dirigente comunista argentino Victorio Codovila, en nuestras filas todos hablamos en plural cuando es de plena evidencia que el Partido avanza, todos nos sentimos partícipes de sus éxitos y decimos “¡qué bien vamos!”. Pero cuando el enemigo nos impone retrocesos, nos acosa y atravesamos por un período difícil, no faltan quienes no se solidarizan de los errores cometidos, ya no hablan en plural, sino en tercera persona y sostienen que el Partido va mal, que la Dirección la embarra, que esto y aquello.

En una y otra circunstancia me siento parte del colectivo, aunque por el peso de los años ya no soy hombre de la primera fila.

L.C.



Adela López Roa, madre del autor

1. Algo de mi vida

Infancia tomecina

Mi partida de nacimiento dice : *“Nombre :... Luis Nicolás ... Nacido ... el 14 de septiembre de 1916... Lugar: ...Pelluco (Puerto Montt)... Provincia de Chiloé. (Puerto Montt pertenecía en esa época a la provincia de Chiloé).. Hijo de: ...Moisés Corvalán Urzúa y de madre que no se expresa”.*

Pero fui alimentado, criado y educado por mi madre, al igual que mis otros cuatro hermanos. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía cinco años, no más. Después lo vi sólo dos veces en mi vida: en 1934, en vísperas de terminar mis estudios en la Escuela Normal de Chillán, y casi cuarenta años más tarde, a raíz del fallecimiento de mi hermanastro Manuel Antonio. Esa fue toda mi relación con él.

Aunque nací en Puerto Montt, me considero de Tomé. Fue en este pueblo textil donde nacieron mis hermanos mayores Moisés, Dalila e Isabel, y también el menor, Nicolás Rafael. Puerto Montt lo vine a conocer en 1949, cuando yo tenía treinta y tres años.

En los comienzos de la primera guerra mundial, afligido tal vez por los bajos sueldos del magisterio, mi padre se entusiasmó con el ofrecimiento que alguien le hizo de irse a Pelluco como administrador de un fundo. Y con mi madre y mis hermanos mayores se trasladó al sur. En esa circunstancia nací allá. Pero no debió irle muy bien, pues antes de dos años volvió a Tomé para ocupar de nuevo en el liceo una plaza de preceptor.

Era oriundo de La Huerta, hermoso paraje próximo a Curicó, en el camino hacia Hualañé, muy cerca del lugar donde los conquistadores españoles ultimaron a Lautaro. Llegó a Tomé en 1905 con el encargo de abrir las matrículas para el liceo de hombres que se fundó ese mismo año. Hizo el viaje en tren hasta Talcahuano y desde este puerto cruzó la bahía en barco porque a la fecha Tomé no contaba con ferrocarril.

Mi madre, Adelaida López Roa, era hija de campesinos pobres. Nació en El Arrayán, a mitad del trayecto que hay entre Tomé y Rafael, fue inscrita en la parroquia de esta última aldea, cuando aún no existía el Registro Civil. Conozco el punto preciso donde se levantaba la choza de sus padres. Hasta hace algunos años, medio cubiertas por un manchón de retamos, se podían distinguir las huellas de la casa que allí existió. Seguramente tuvo corredor y vara porque estaba a la orilla del camino real, o público, como se dice hoy.

A pocos kilómetros, en la cuesta que hay entre San Juan y La Gloria, fue muerto a puñaladas su hermano Ramón. Este hecho decidió el traslado de la familia a Tomé, o quizá si sólo lo precipitó, porque el oficio del padre, mi abuelo Prudencio, que era de carretero transportista, no tardaría en decaer con el ferrocarril que se empezaba a construir desde Rucapequén a Concepción, pasando por Tomé.

Mi madre no sabía leer ni escribir. Cuando mi padre la abandonó se hizo costurera a domicilio de la Fábrica de Paños Bellavista. Además de telas peinadas, se fabricaba allí paño para mantas y frazadas. Todas las mañanas, en tanto aparecían las primeras luces del alba, mi madre caminaba desde la casa a la fábrica, más o menos dos kilómetros, con un voluminoso y pesado paquete, que portaba sobre su cabeza o sostenía a duras penas en sus brazos. Era el atado de mantas y frazadas que había hecho el día anterior. Efectuada la entrega regresaba sin demora con otro paquete semejante, que contenía el género, los botones, las huinchas y el hilo para hacer en casa el mismo trabajo en una nueva jornada.

Ignoro cuánto le pagaban. Pero no debía ser gran cosa. Entonces no había en Tomé organización sindical, ni mayores conquistas sociales en el país, y el trabajo a domicilio era, como ahora, el peor remunerado. Se ponía a coser hasta que, como ella decía, le daban puntadas en la espalda. Mis hermanas, cuando regresaban del colegio, y desde luego en el verano, le ayudaban a hilvanar y deshilvanar, a llenar el carretel, a enhebrar la aguja, a tirar un poco de la costura para que no se atascara el paño y también a darle vuelta a la manivela, pues la Singer que tenía funcionaba a mano. Nunca se pudo comprar una máquina de pie.

Sus descansos consistían en levantarse de su asiento para hacernos la comida o lavarnos la ropa, parte de la cual, la interior al menos, la confeccionaba ella misma. ¡Cómo se esmeraba en mantenernos aseados! No podía ver una mancha en nuestra ropa, y todas las noches, antes de acostarnos nos lavaba uno por uno.

No siempre le alcanzaban las fuerzas para comprarnos zapatos. A mis hermanas les duraban más, tal vez porque los usaban con zuecos en los meses

de lluvia y barro, durante buena parte del año. Los hijos varones andábamos a pata pelada en el verano y todas las tardes si hacía buen tiempo, luego de regresar del liceo. Nos regañaba cada vez que, por descuido nuestro, se nos rompía un zapato. Los que yo usaba eran "estaquillados" (tachuelas de madera) porque el hilo de los cosidos se podría con el agua y el barro. Duraban más los que tenían estaquillas. Pero una vez, por chutear una pelota, le dí a una piedra que estaba debajo y se me abrió la suela. Entré a la casa todo compungido. Por cierto que me llevé un buen reto. Sus enojos rara vez pasaban de esto, de amenazarnos con una zurra o de echarnos a la cama como castigo.

Con nosotros vivía Doña Audolita, que también cosía mantas y, además, se ganaba otros pesos enseñándoles a leer a cuatro chiquillos que tenía como alumnos. La suya es la escuela más pequeñita que he conocido. En ella aprendí las primeras letras, en el silabario El Ojo.

Doña Audolita era muy amiga de mi madre, pero de un carácter muy distinto.

—¡Sácate las medias, Adela, y pégalas con ellas! le decía con sorna cada vez que hacíamos alguna pilatunada y mi madre sólo nos reprendía. Pero ésta no se salía de sus casillas. Estoy seguro que las pocas veces que nos dio algún coschacho sufrió más ella que nosotros. Prefirió educarnos con el ejemplo y el hábito, que es el mejor método para educar a los hijos.

Guardo un recuerdo muy cariñoso de doña Audolita. Pero he de confesar que cuando le echaba carbón a mi madre para que nos castigara severamente, a mí me daba una rabia tremenda, tanto más cuanto que por respeto no podía expresarla con palabras. Sin embargo, cierta vez descubrí que podía vengarme y, al efecto, le oculté por un día sus tijeras en una mata de bambú. En otra oportunidad, todavía más disgustado, oriné en el tiesto en que ella tomaba mate.

Nuestra alimentación era escasa y pobre. Mi madre se veía obligada a racionarnos el pan de cada día. Nunca lo consumimos a la hora del almuerzo. Lo guardaba en un canasto, que colgaba de un clavo, fuera de nuestro alcance. Una tarde, a hurtadillas, puse un cajón sobre otro y subí a ellos para alcanzar el canasto. Pero me di un costalazo que me dejó adolorido toda una semana. Comprábamos el pan donde doña Carlinita. Por una chaucha daban cuatro hallullas y una de llapa. A veces lo adquiríamos donde las Puentes, que hacían pan negro. Yo prefería éste, porque era más sabroso, más llenador y más grande. Obviamente, todavía mejores eran las tortillas al rescoldo que de vez en cuando hacían mi madre y mis hermanas.

Por lo general, nuestro desayuno consistía en un pedazo de pan y una taza de agua caliente con azúcar quemada y con una hoja de cedrón o de durazno para el gusto. A veces comíamos ulpo. Se tostaba el trigo en

una callana de fierro fundido y se molía en una piedra. Además, con harina tostada se hacían chercán y sanco, y catutos con el trigo machacado.

A la hora de almuerzo nos batíamos con legumbres, porotos o lentejas, arvejas, garbanzos y chícharos y más a menudo pantrucas y chuchos, (albóndigas falsas hechas de batido de harina). De tarde en tarde comíamos pescado, cuando había varazones de merluzas o abundancia de sierras. Una sierra grande costaba diez o quince centavos. Los pejerreyes fritos eran para mí la mayor de las exquisiteces. Mi madre los cocinaba los días de pago, siempre que no estuvieran muy caros. Las frutas y las verduras eran sólo consumos ocasionales y de temporada. La producción frutícola y hortícola del norte no llegaba al sur.

Para las once se repetía el desayuno. Nunca comimos de noche.

Se cocinaba a leña, en un poyo arrimado a una pared de adobes, dentro de una amplia pieza con piso de tierra, que nos servía también de comedor. Las ollas se fregaban con ceniza. Los platos que teníamos eran de fierro enlozado, porque duraban más. Usábamos cajones para sentarnos. Las sillas se habían arruinado y a mi madre no le alcanzaban los pesos para renovarlas o mandarlas a reparar.

En invierno, si disponíamos de carbón, nos reuníamos alrededor del brasero. El mejor carbón era el de quillay. El de gualle, que también es bueno, daba muchas chispas. (El de espino no se conoce en la zona).

Tanto nos acercábamos al fuego que nos salían "cabrillas". Nos entreteníamos con diversos juegos de prendas o cuentos de hechiceros o bandidos que nos ponían los pelos de punta.

Cada vez que venía a vernos nuestra abuela materna, nuestra abuelita Isabel, nos deleitábamos con sus conversaciones. Tenía una prodigiosa memoria. Se acordaba de todas las lecciones del silabario por el que aprendió a leer y que era más viejo que el de El Ojo. Me agradaba especialmente escucharle cuántos rezos sabía, y que a nadie más se los he oído, ni los he leído en parte alguna. Sabía rezos para distintas ocasiones, con motivo del primer canto del gallo, por ejemplo. Rezaba un rosario interminable, quizá si producto de la inventiva campesina.

Mi madre también era católica. Oraba antes de dormirse. Tenía un crucifijo de madera al que le faltaba un brazo. Se perdió con el tiempo. Hoy no sé qué daría por tenerlo de recuerdo.

Algunas noches, rendida por el cansancio, no tenía ánimo ni siquiera para sus habituales rezos.

— ¡Que Dios me perdone— exclamaba, luego de persignarse, y ponía su cabeza sobre la almohada. Pero no siempre podía dormirse, a pesar de la fatiga, pensando en qué hacer al día siguiente para el sostén de sus hijos.

— *Anoche no pude cerrar los ojos*— le decía con frecuencia a doña Audolita.

En sus oraciones invocaba a Dios para que en los días venideros la vida le fuera menos dura.

Por mi parte, debo decir que en un tiempo fui feligrés de la iglesia. Asistía con regularidad al catecismo. El curita Letelier, el único que había en el pueblo, nos enseñaba historia sagrada y los rezos. Además, siempre nos servía una taza de chocolate. Hice la primera comunión, pero antes de ello tuvieron que bautizarme porque hasta entonces era “moro”, por dejación simplemente, ya que todos mis hermanos habían recibido el bautismo.

Alimentar seis bocas era una proeza cotidiana de mi madre. Hubo una menos cuando mi hermano mayor entró a la Escuela de Grumetes. Pero nuestra situación no mejoró en forma visible. La producción de mantas y frazadas decaía a veces y los pesos escaseaban. Cuando esto ocurría, corríamos con una u otra pilcha a las casas de empeño —a la Peña, se decía entonces— que estaban en manos de particulares, o partíamos donde doña Sara con las pocas gallinas que criábamos. Doña Sara las compraba y luego las revendía en los barcos que recalaban con frecuencia para cargar la producción de trigo y vino de la zona de Cauquenes y Coelemu.

Cada cierto tiempo mi madre visitaba a su hermana Rosa que vivía a la entrada de California. Lo hacía a la oración, cuando obscurecía y ya no podía coser. Además como de noche todos los gatos son negros, según solía decir, no importaba la ropa que llevara.

Lo mismo que mis hermanas, yo la ayudaba en lo que podía, a cavar el patio, a regar y limpiar la pequeña huerta, a darle comida y agua a las aves. Con mi hermano menor iba también a los cerros circundantes en busca de leña, junto a otros chiquillos de mi edad cuyos hogares sufrían tantas apreturas como el mío. Aprovechábamos estos viajes para armar ramadas y escondites en las espesuras de los matorrales y quebradas y jugar a los bandidos, influenciados por las películas de cowboys que a veces veíamos en las matinés del cine. Este era mudo y la proyección de cada rollo duraba diez a quince minutos. Una vez pasado un rollo en la pantalla había que esperar un buen rato para ver el otro.

La vida se hacía más y más difícil. Durante un par de años dejé el liceo para trabajar como oficial en la panadería “La Chilena” de don Aniceto Silva, en la calle Covadonga. Hacía todo lo que podía. Preparaba la reserva para la levadura, cargaba y prendía el horno, horneaba la harina, le daba de comer al caballo, ayudaba a darle vuelta a la máquina de sobar, cortaba hallullas, ovillaba, salía a repartir el pan en la carretela. Lo único que no pude hacer fue batir la masa para el pan francés. Este trabajo se hacía a

mano y requería mucha fuerza. Ganaba el pan para el consumo de la casa. Al menos éste estaba asegurado. Mi hermano menor cumplió esta misma tarea cuando me reincorporé al liceo.

El campo me atraía. Cada vez que era posible, sobre todo en verano, partía hacia Las Canoas con mi primo Osvaldo. Allí vivía mi tío Arturo, acompañado casi siempre de su madre, mi abuelita materna.

En los pajonales sacábamos nalcas (tallos agrídulces); en las roblerías, digüeños, changles y gargales (diversos tipos de hongos comestibles); en los bajos, frutillas silvestres; en las vegas, camarones; en las lomas, murtillas y los frutos del avellano, del chupón, del boldo, del maqui y del copihue. Hacíamos tranques en el arroyuelo, con palos, piedras y champas para formar pozas donde bañarnos. En las tardes encerrábamos el ternero, íbamos por la vaca en las mañanas, tomábamos la echona para cortar pasto, le prendíamos fuego a la zarza y, por puro gusto, nos quedábamos a dormir en la trojera o en la parva de paja en medio de la era.

El trayecto desde Tomé a Las Canoas, de más o menos una legua, lo hacíamos a pie, en carreta o al anca de algún caballo. Ni qué decir que esto último me atraía especialmente. Nunca perdí oportunidad para montar, aunque fuese en pelo o la bestia estuviese pelechando. Me dí no pocos costalazos. Pero así fui aprendiendo hasta ser capaz de galopar falda abajo y de sacar la última vuelta en una trilla a yegua, cuando el trigo ya suelto deja la era muy resbaladiza.

Mi tío Arturo fue el único de los siete hermanos de mi madre que nunca abandonó el campo. En el pequeño terrenito de Las Canoas cultivaba trigo, arvejas, porotos, maíz y papas. Pero ya a la mitad del invierno se le agotaba la cosecha. Entonces iba con su carreta al pueblo para vender carbón por sacos o a granel y leña de raja (de astilla gruesa) o de canutillo (varas delgadas y largas). Con la venta compraba las "faltas" más elementales: harina, sal, grasa empella, azúcar y yerba. Los caminos eran pésimos. Con frecuencia tenía que "cuartear" su carreta. Como sólo tenía dos bueyes, recurría a sus vecinos. Estos, a su vez recibían de mi tío el mismo servicio cada vez que alguno de ellos necesitaba una yunta para formar la "cuarta". Los pequeños propietarios del lugar se ayudaban siempre unos a otros. Para las trillas o las sacas de papas o cualquier otro trabajo que requería varios brazos, se organizaban los "mingacos". El dueño de la trilla o de las papas invitaba a sus amigos y parientes a una comilona, pero antes de ser ella servida, había que salir con la tarea. Yo estuve en algunos de estos "mingacos". Recuerdo que se servía la comida en fuentes de palo para ocho o diez personas y como escaseaban las cucharas, con una comíamos varios, no por turno, sino rotándola por cucharada.

Cierta vez fui a Las Canoas, a comienzos del mes de septiembre. Ya consumida la cosecha, no se disponía más que de un laucho(<un cuarto de quintal >) de harina. La vaca había parido el día anterior. Nos servimos calostro al desayuno, pues yo había llegado muy temprano. Luego mi abuelita hizo pantrucas con leche para el almuerzo y lo mismo para la merienda que se servía al caer la noche. Otro tanto ocurrió al día siguiente. Observé que para la merienda del segundo día mi tío Arturo cogió unas ramas de eucaliptus y las metió al fuego debajo de la olleta en que hervían las pantrucas, formándose una humareda de padre y señor mío. Entonces, como respondiendo a la pregunta que flotaba en mi mente, se apresuró a decirme: —Para variarles el gusto, sobrino.

Tomé tendría unos cinco mil habitantes a comienzos de los años veinte. De los muchos cerros que lo rodean apenas estaban poblados Frutillares, Estanque y Cerro Alegre. No había alcantarillado y el agua no era potable. En casa había una piedra porosa para destilarla, pero muy poco la usábamos. Era más práctico hervir el agua turbia que pasarla por esa piedra. Sólo algunas calles estaban adoquinadas: Portales, Manuel Montt y Nogueira. En el verano abundaba el polvo y en el invierno el barro. Este era tan hondo y espeso que a veces se quedaban pegadas las carretas. Había que tener una doña yunta para salir del fango. Los carretones que tenía la Sociedad Vitivinícola para sus repartos eran tirados por percherones. Pero también quedaban atascados. Carreteros y carretoneros echaban chispas: los primeros picaneando los bueyes, los segundos chicoteando los caballos. Rabiaban a más no poder. Los chiquillos del barrio gozábamos del espectáculo.

Todos los inviernos se anegaba casi la mitad del pueblo, precisamente el sector donde vivíamos, próximo a las vegas de Osorio, donde hoy se hallan el estadio y poblaciones obreras. Muchas familias tenían que ser evacuadas. Por las avenidas de agua pasaban, frente a mi casa, tablas, sapos y hasta cerdos. Era otro espectáculo grato para mi y mis coetáneos. Nos deleitábamos andando con el agua hasta más arriba de las rodillas, haciendo pequeñas balsas o fabricando zancos para cruzar de una a otra vereda.

Tomé fue progresando. Se amplió la Fábrica Nacional de Paños y luego surgió la Fábrica de tejidos El Morro que después se convirtió en la Fábrica Italo-Americana de Paños (FIAP). Se pobló el llano, el cerro de Los Guzmanes, hoy Navidad, y así cerro tras cerro. El proletariado tomecino creció de repente. Pero los comunistas no aparecieron de inmediato. Al menos yo no los conocía ni oí hablar de ellos en la década del veinte. Para las elecciones la gente acudía a los choclones de conservadores y demócratas.

La tranquilidad del pueblo se vio alterada al surgir una disputa entre Talcahuano y Tomé por unas estructuras de fierro que desde hacía años es-

taban en la playa para la construcción de un nuevo muelle. El gobierno dispuso que se llevaran a Talcahuano. Tomé entero rechazó ese acuerdo. Trasladó los fierros a los cerros y cortó los puentes de madera del estero Collén que lo cruza. Pero desembarcaron los marinos y, en medio de las protestas de la población, se llevaron las codiciadas estructuras.

Habitábamos una casa en la calle Egaña, entre Condell y Sargento Aldea. Tenía de frente unos quince metros por unos treinta de fondo. Dos corridas de piezas, una por cada lado, más las que daban a la calle, sugerían la forma de una U. Era una casona de adobe que quedó muy agrietada con el terremoto de Talca de 1928 y se derrumbó con el de Chillán once años más tarde. La parte que nosotros ocupábamos no tenía luz eléctrica. Nos alumbrábamos con velas.

En nuestro hogar nunca se celebró el santo o el cumpleaños de alguno de nosotros. Ni siquiera esperábamos el Año Nuevo o la Pascua. El almacén de los hermanos Quiero repartía juguetes para Navidad entre su numerosa clientela. Los juguetes los importaba desde Japón. En general eran muy bonitos. Pero nosotros lográbamos cuando más algunos trompos. Nuestras compras no daban para una mayor recompensa.

Con todo, diciembre era un mes muy agradable. Era el mes de María. Después de la novena, la plaza de Armas se llenaba de paseantes, y comenzaba la chaya. Esta era una suerte de carnaval que consistía sobre todo en un galante juego de serpentinas. Los "futres" las ponían en sus bastones y las lanzaban con gran maestría en dirección a las damas que pretendían enamorar o darles una muestra de afectuosa amistad. Los chiquillos de mi edad nos contentábamos con juntar montones de serpentinas desenrolladas. Estas las enrollábamos en nuestras casas, formando rodelas, conos, acordeones y trenzas. Así nos entreteníamos hasta varios días después de pasada la fiesta.

El verano nos permitía disfrutar del sol y del agua del mar, hacer excursiones a Punta de Parra, Montecristo, Cocholgüe, Dichato y otros lugares cercanos.

Pero el mes más hermoso y alegre era septiembre. En esos tiempos no había vacaciones de invierno, sino vacaciones de septiembre. Estas duraban tres semanas. En este mes aparecían los primeros helados, los remolinos multicolores, los volantines y los circos. Estos levantaban su carpa en la cancha de fútbol y sus funciones terminaban siempre con un sainete. Entrábamos al circo de cualquier manera, a la buena cuando disponíamos de algunos centavos o a la mala, saltando la empalizada de la cancha cuando andábamos sin un cobre. Mi hermano Ñico no se podía perder función. Todos los chiquillos lo reconocían en tanto salía el primer tony porque su risa sonora se hacía sentir antes que terminara el chiste.

"El 18" duraba tres días. Se organizaban competencias para subir al palo ensebado y carreras a caballo a la chilena en Las Cruces o en la Calle del Hospital, hoy Bernardo O'Higgins. Las ramadas se hacían con ramas de avellanos. Funcionaban día y noche con pura arpa y guitarra. Recién habían aparecido los gramófonos. Se les llamaba victrolas y sólo las había en una que otra casa.

Los curados tenían "chipe libre" para "el 18". Eran los únicos días del año en que nadie era detenido por ebriedad ni por pendencias, si no pasaban a mayores.

En octubre se hacían las fiestas de la primavera con su corso y velada bufa. Nos entreteníamos aunque sólo fuese mirando el paso de los disfrazados, de las murgas y de los carros alegóricos. Cuando yo cursaba el tercer año de humanidades —que fue el último en que estuve en el liceo tomecino recién transformado en mixto—, resultó elegida reina de la primavera una condiscípula, Mirta Casanova. Todos los del curso la acompañamos disfrazados de persas.

En los primeros años de mi vida escolar los profesores usaban varillas de mimbre o una larga y gruesa regla para castigarnos. Eran los últimos maestros que creían en aquello de que "la letra con sangre entra".

Entre mis compañeros de curso estaba Renán Fuentealba. Al salir del liceo lo perdí de vista unos treinta años. Nos volvimos a encontrar en el Parlamento. Allí no hicimos grandes migas, pero nos guardamos siempre un mutuo aprecio. Mis amigos de la infancia, más que en el liceo, se hallaban en la calle donde vivía. Mi buena madre me decía que no debía juntarme con quienes eran menos que yo. Esta reprimenda me mortificaba. Un día le dije:

— *Pero, mamita, ¿le gustaría a usted que otra madre le dijera lo mismo a su hijo que hace amistades conmigo?*

No recuerdo que en otra ocasión le haya expresado una palabra de desacuerdo.

El profesor de gimnasia e inspector del liceo, Luis Canales, le hacía los puntos a mi prima Alicia. Se carteaban haciendo yo de correo. Una vez me echó de menos, averiguó qué me pasaba y se dio cuenta que a veces hacía la cimarra. Me reprendió de tal manera que nunca más volví a hacer la "chancha".

A finales de 1930 se sentían los primeros efectos de la gran crisis. A mi madre le cortaron el trabajo en la fábrica. Mi hermana mayor, Dalila, tuvo que emplearse como profesora en una escuela particular e Isabel se dedicó a tejer a crochet y a naveta. Por mi parte, rendí bien los exámenes para la Escuela Normal de Chillán. Con la ayuda de la Liga de Estudiantes

Pobres, llegué a esta escuela en marzo de 1931. Tenía entonces catorce años. Terminaba mi infancia y comenzaba una nueva etapa. La Escuela Normal y el año 1931 influirían decisivamente en mi vida.

Despertar político

Resultó inolvidable la primera noche que pasé en la Escuela Normal. Pocos minutos después de acostarnos entró el inspector al dormitorio de los nuevos alumnos. Era un señor de porte imponente y de voz bien timbrada. Nos invitó a rezar antes de dormirnos. Al unísono, como en la iglesia, se dejaron oír las voces monocordes de los veinticinco alumnos del curso, rezando el Padre Nuestro. Luego, el inspector anunció que ya era hora de guardar silencio, nos dio las buenas noches y se retiró con paso largo, acompasado y firme, como queriendo remarcar el respeto que merecían su figura y su cargo.

Al día siguiente nos dimos cuenta que el grave y ceremonioso inspector no era otro que un apuesto alumno de cuarto año.

Yo era, a distancia, el más pequeño de la escuela. Tal vez por esto me hice rápidamente conocido de todos. Los alumnos de los cursos superiores me tomaron especial simpatía. En los recreos y después de las clases me llamaban a sus salas o me invitaban a sus escondites de fumadores. Entre ellos había algunos comunistas: Nicolás Ruiz, Arnulfo Rubilar, Agurto y Oreste, de los que recuerdo. Y como usaba pantalones largos, igual que todos los normalistas, sentía la sensación de haber entrado poco menos que a la edad adulta.

Para ingresar a la Normal se exigía sexto año de la escuela primaria. Me salté el preparatorio de seis meses por haber cursado ya tercero de humanidades. Los cursos duraban medio año y los exámenes eran, por lo tanto, semestrales. Se pasaba del primero alfa, al primero beta; luego al segundo alfa, de éste al segundo beta, y así hasta terminar la carrera. En virtud de este sistema se suspendían las clases por unos pocos días cuando a mitad de año finalizaba un semestre. Aproveché el asueto, la primera suspensión de clases para ir a Tomé, que está a tres horas de tren desde Chillán. Allí me encontraba cuando cayó el gobierno de Ibáñez, el 26 de julio de 1931.

Un agricultor de Coliumo, Manuel Cid, tenía una pieza en la casa en que vivíamos. Se la subarrendaba mi madre y la ocupaba cada vez que venía al pueblo. Ese día había llegado temprano, como siempre a caballo,

con su manta y sus largas perneras de cuero. En el invierno estas prendas le eran indispensables para protegerse del frío, de la lluvia y del barro del camino. Cuando sirenas y campanas anunciaron, cerca del medio día, el derrumbe de la dictadura, Manuel Cid se aprestó para salir a la calle, se puso un terno casi nuevo, y abrochó a su camisa el cuello, la pechera y los puños blancos y almidonados. El hombre de campo se transformaba así en uno de los mejor vestidos y presentados habitantes del pueblo. De repente, me pidió que buscara mi pañuelo de boy scout y que le dijera a mi madre que saldríamos juntos.

Para sorpresa mía, sin decirme una palabra, partió en dos el pañuelo, se puso él la mitad, como corbata, y la otra mitad me la colocó en la misma forma. Hecho esto habló en tono imperativo:

—Rápido, vamos andando!

Salimos, pues, con distintivo rojo, que era el color de mi pañuelo scoutivo, y nos metimos en el desfile en la calle Portales. El pueblo tomecino, como el de todo Chile, celebraba en ese momento la caída del gobierno. Hasta entonces yo no tenía idea del significado político del color rojo. Y todavía no sé por qué Manuel Cid recurrió a él sin ser comunista. Quizá, como era un hombre apasionado, quiso demostrar así todo su entusiasmo y ardor en esas horas de euforia colectiva.

Una muchedumbre se congregó en la plaza de Armas. En ese tiempo no se conocían los micrófonos ni parlantes. Se hablaba a pulso. El orador que más gustó fue un profesor que yo había tenido en el liceo. Con palabras de fuego fustigó a la tiranía. Su voz potente nos estremeció a todos.

Poco tiempo después se supo que había sido un soplón del gobierno depuesto.

Tras la caída de Ibáñez, los partidos políticos, varios años acallados, salieron a la luz pública. La Federación Obrera de Chile desplegó sus estandartes. La agitación estudiantil era inmensa. en la Normal se formó un núcleo del grupo Avance. Me incorporé a sus filas. En él aparecieron otros comunistas que no había conocido antes, Renato Sepúlveda y Romero entre ellos.

Por las calles de Chillán deambulaban centenares de trabajadores cesantes, con sus esposas e hijos. La mayoría procedía del norte, de las salitre-ras, que habían apagado sus fuegos. Cada cual con un tarro en la mano, iban de casa en casa, mendigando algún alimento. Muchos de ellos se agolpaban a las puertas traseras de nuestra escuela para recibir las sobras de comida. Formaban largas colas. Se me partía el alma verlos semidesnudos, en medio del frío y la lluvia. Hervía mi sangre cuando el personal de servicio les daba mezclados los restos de nuestra comida. Porotos, cazuela, ensa-

ladas, todo salía revuelto de un solo gran tiesto hacia los tachos de los cesantes. A éstos los veía, también, "leer el diario" en la plaza Victoria, frente a la cual se encontraba entonces la Normal chillaneja. En los días de sol se sacaban sus camisas sucias y harapientas y las expurgaban de piojos. En esto consistía, según su propia expresión "leer el diario". También sufría al ver este espectáculo.

El diario local, "LA DISCUSIÓN", llegaba a la biblioteca de la escuela. Sus páginas informaban de la crisis que azotaba a muchos otros países, y daban cuenta de cómo se quemaban el trigo, la carne y el café en las naciones exportadoras de estos productos. ¿Quién podía entender esto y mantener una actitud pasiva cuando en esos mismos días millones de seres humanos no tenían qué comer y muchos se morían de hambre?

Mi hermano Moisés, luego de terminar sus estudios en la Escuela de Grumetes, se había embarcado, a contrata, en uno de los buques de la Armada. Así, entonces, cuando el 5 de septiembre se sublevó la marinería, mi madre y sus otros hijos vivimos horas de angustia. Una vez aplastada la sublevación no se sabía qué suerte habían corrido los amotinados. Circulaban las más escalofriantes versiones. Se decía, por ejemplo, que el barco de cuya tripulación formaba parte mi hermano, había sido hundido por un torpedo. Se afirmaba también que los marinos serían "quintillados" (fusilados uno de cada cinco).

En las playas y caletas cercanas a Tomé desembarcaban marinos sublevados, que habían escapado de Talcahuano y cruzado en bote la bahía. Muchos de ellos vestían ropas de pescadores para camuflarse. Algunos eran detenidos. Todos los días mis hermanas iban a la gobernación para averiguar si Moisés estaba entre éstos.

Me parece que a fines de octubre se vino a saber que se hallaba preso en la cárcel de Los Angeles, junto a otros marinos.

En las reuniones del grupo Avance se daban charlas en las cuales se explicaban las causas de la crisis económica que sufrían numerosos países y se informaba que este fenómeno era desconocido en la Unión Soviética, donde no había cesantes y se realizaba el primer plan quinquenal. Se explicaban también las razones que motivaron la sublevación de la marinería.

Con otros muchachos del grupo Avance, asistía a los mítines del Partido Comunista cuando se efectuaban los días que teníamos salida. Sus oradores, Oscar Chillardi entre otros, exigían trabajo para los desocupados y la libertad de los marineros detenidos. Entre éstos habían varios condenados a muerte, uno de los cuales era Pedro Pacheco, que había sido alumno de nuestra Normal, poeta laureado en una de las fiestas primaverales chillanejas y profesor de la Escuela de Grumetes.

Los normalistas tomamos contacto con los secundarios de ambos liceos, el de hombres y el de niñas, con las alumnas de la Escuela Técnica y los estudiantes de la Escuela Agrícola. Juntos desfilaron por las calles de Chillán, exigiendo respeto por la vida de Pedro Pacheco. Hasta entonces, los liceanos, hijos de gente más acomodada, nos miraban bajo la pierna. En tono despectivo nos llamaban los "carneros", porque nosotros, los normalistas, andábamos siempre en grupos y todos con traje negro, esto último por imperativo del reglamento de la escuela. En los demás colegios fiscales no se exigía uniforme. Fue, en consecuencia, un gran éxito, casi un milagro que los liceanos nos hayan acompañado en esta lucha. La pena capital no se aplicó contra ninguno de los condenados a muerte. Nosotros sentimos una gran alegría por haber contribuido a salvarles la vida.

En la prensa se hablaba pestes de los comunistas. Pero yo encontraba que eran los hombres más lúcidos, sinceros y valientes. No vi a ningún otro sector político defender con tanto corazón a los cesantes, ni menos levantar su voz en favor de los amotinados de la Marina.

El día que Elías Laferte pasó en gira hacia Concepción, como candidato a la presidencia de la República, a eso de la una de la tarde, unas cien personas acudieron a la estación de Chillán, para saludarlo y vitorear su nombre. Yo estaba entre ellas. Allí vi por primera vez al hijo del salitre, el comunista chileno más perseguido, del cual sería más tarde amigo y compañero en los más altos puestos de la dirección del partido.

Al terminar mi primer año de normalista volví a Tomé, de vacaciones. En menos de seis meses, desde el 26 de julio, una sucesión de acontecimientos había sacudido al país y conmocionado a mucha gente. En mi pueblo encontré ahora comunistas. Hice migas con un zapatero remendón, el maestro Palmita, que era miembro del Partido. Cada vez que me hablaba de la cesantía y la miseria, demostraba cierto orgullo por su oficio.

—Por la casa del zapatero —me decía— pasa el hambre, pero no entra. Todos los días cae algo, aunque sólo sea para parar la olla.

Palmita era de Tomé adentro, de Guarilhue, que es una larga y profunda quebrada de suave pendiente, donde viven pequeños viñateros. El lugar constituye uno de los mejores microclimas que produce una exquisita uva "italia" y un excelente pipeño.

Cierta vez, Palmita me invitó a una reunión comunista que se llevó a cabo en una casa del cerro Estanque. En tal ocasión dí el paso más importante de mi vida : ingresé al Partido. Fue en 1932, creo que en el mes de febrero.

Hasta hace algunos años, el maestro Palmita vivió siempre en Tomé, detrás de la estación, en el cerro Alegre. Lo pasé a ver varias veces. Supe de

su muerte cuando ya se le había sepultado. De haberlo sabido oportunamente, habría estado en la despedida de sus restos mortales. Nunca olvidaré a ese hombre sencillo, enredado para hablar, pero claro de pensamiento, que un día del verano tomecino me abrió las puertas del Partido.

No todas las cosas que me conmovieron eran de carácter político. Mi hermano Moisés, ya en libertad y exonerado de la Marina, había retornado a Tomé. Se enamoró hasta los huesos de quien sería su primera esposa, Elena Aravena. Pero la familia de ésta se oponía al matrimonio. En esta circunstancia los tórtolos decidieron salirse con la suya y se arrancaron. Recorrieron varias aldeas vecinas. Los familiares de Elena dieron cuenta del "rapto" a la policía, y los "comisionados" los buscaron durante varios días. Aparecieron solos, al cabo de una semana. Y todo terminó como Dios manda.

También para mí el verano resultó violento. Mientras estudiaba en Chillán, Elsa, la niña de mis sueños, se había enamorado de un muchacho de Nueva Aldea, y me dio calabazas. Fue la primera, pero no sería la última mujer que me dejara plantado.

El primer semestre de 1932 siguió marcando un ascenso en las luchas estudiantiles. Los normalistas nos organizamos en centros, uno por cada curso. La agrupación de todos ellos se llamó Unión de Estudiantes Normalistas de Chillán (UENCH), de la cual fui elegido secretario de actas.

Desde la caída misma del gobierno de Ibáñez, estaba al orden del día el desplazamiento de los hombres designados por el régimen pasado en los puestos de responsabilidad de la administración pública. Por ello, se planeó la salida del director de nuestra escuela, don José Pinochet Le-Brun.

Una mañana, temprano, corrió una voz entre nosotros. En cuanto se abrieran las puertas de la escuela para la salida a la ciudad, como todos los fines de semana, debíamos trasladarnos al estadio *"para considerar asuntos muy importantes"*. Nos congregamos allí. Hablaron algunos alumnos de los cursos superiores, señalando la necesidad de echar al director. Se aprobó la idea y, al efecto, todos firmamos una petición por escrito. A los pocos días, llegó desde Santiago don Moisés Mussa, inspector general de Enseñanza Normal. Se reunió con nosotros y conoció también la opinión de los profesores. Transcurrido cierto lapso, se produjo el cambio.

Tres directores, uno tras otro, se sucedieron en el cargo. Pero ninguno de ellos resultó mejor que don José Pinochet. Años después me encontraría con él en Santiago. Era un hombre de ideas claramente progresistas. Atando cabos, llegué a la conclusión de que, al menos en este asunto, habíamos caído en el juego de masones y católicos por el control de las escuelas normales.

Nos propusimos, también, aumentar nuestra representación en el Consejo de Profesores, en el cual sólo teníamos un delegado. Pedimos uno por cada curso, nueve en total. Además, sostuvimos que se debía eliminar los exámenes. Si los profesores nos ponían notas mensuales y conocían, como era su deber, la capacidad, el esfuerzo y el rendimiento de cada uno, ¿para qué los exámenes? Alegamos que sólo favorecía a los memoriones: éstos podían flojear todo el año y, con sólo calentar las materias durante un par de días, obtener resultados excelentes en las pruebas finales. Tal era la fuerza de los estudiantes y el desconcierto y la dispersión en el campo de las autoridades, que logramos efectivamente la supresión de dichas pruebas en un semestre y, por un breve período, obtuvimos también la representación que reclamábamos en el Consejo de Profesores.

La comida se había echado a perder. Los comerciantes que abastecían a la Normal recibían con mucho atraso los pagos fiscales. Algunos cortaron el suministro. Otros, se aprovecharon de la situación para entregarle a la escuela legumbres que tenían en bodega desde hacía dos o tres años. Faltó el azúcar y, durante un tiempo, tuvimos que endulzar el té con miel. Era una mezcla muy desagradable.

Un día aparecieron gusanos en la sopa de quaker. Indignados, nos levantamos de las mesas y, con los platos en la mano, nos dirigimos a la oficina del director para reclamar mejor comida. No volvieron a darnos esa sopa.

Envalentonados por los éxitos quisimos ir más lejos. ¿No teníamos derecho, acaso, a opinar sobre nuestros propios maestros? Una mañana nos constituimos en asamblea y llamamos a los profesores. En su propia cara pedimos la salida de varios que nos parecían ineficientes. Creo que se nos pasó la mano. Me parece que las opiniones que emitimos estuvieron marcadamente influidas por factores emocionales. La simpatía que sentíamos por un profesor determinado pesaba más que su capacidad para el cargo. De este modo, los dividíamos entre buenos y malos, principalmente por la actitud que tenían hacia nosotros. Este no es un factor subalterno, tratándose sobre todo de maestros. Pero pienso que le dábamos una relevancia exagerada. Además, creo que los alumnos no deben erigirse en jueces de sus profesores. Otra cosa es tener arte y parte en todos los asuntos relativos a la comunidad secundaria y universitaria y, en consecuencia, también en la formación de criterios para la selección y evaluación de los maestros. Ello es correcto.

Había profesores que tenían ideas de izquierda. Otros nos hacían la guerra y otros, en fin, dieron muestras de una actitud comprensiva respecto al período que vivía el país y a la rebeldía de los estudiantes. El curita

Alarcón, por ejemplo, se daba cuenta cabal del terreno que pisaba. Cuando nos interrogaba, confundíamos adrede una cosa por otra. Si nos pedía que relatáramos la parábola de “*El buen samaritano*”, le contábamos la de “*El hijo pródigo*” y, para colmo, le agregábamos cualquier cosa de nuestra cosecha. Pero el inteligente curita no se inmutaba.

—Ya, a tu asiento —decía—. Malito, malito ¡un sietel.

Un nuevo acontecimiento político repercutió en nuestra escuela. El 4 de junio de 1932 fue derrocado el gobierno de Juan Esteban Montero y se proclamó la llamada República Socialista que tuvo una vida muy efímera. Duró sólo doce días. Su principal figura, el comodoro del aire Marmaduque Grove, que luego sería uno de los fundadores del Partido Socialista, alcanzó una popularidad considerable. Varios miembros del grupo Avance se declararon “*grovistas*”, y nosotros los expulsamos calificándolos de reformistas.

La República Socialista fue sustituida por la “*dictadura de los 100 días*” de Carlos Dávila, durante la cual fue detenido en Antofagasta, y en seguida trasladado al sur y fondeado en la bahía de Valparaíso, el profesor comunista Manuel Anabalón Aedo. Un hermano suyo era alumno de nuestra escuela. Seguimos con gran inquietud la lucha por el esclarecimiento de tan horrendo crimen.

Había transcurrido sólo un año desde que Ibáñez fuera derribado. Un año lleno de emociones, de una fuerte y profunda conmoción social que nos había abierto otros horizontes y puesto en el camino de la lucha social.

Cuando Arturo Alessandri fue elegido presidente de la República, las clases dominantes se reagruparon en torno a su gobierno y consolidaron sus posiciones de poder por varios años. Las arremetidas reaccionarias alcanzaron a nuestra escuela. Algunos compañeros fueron expulsados en medio de una furibunda campaña de “*LA DISCUSIÓN*” en contra de la “*penetración comunista*”. Se produjo un descenso de la lucha estudiantil. No faltaron entre nosotros quienes depusieron toda actitud de combate.

El tiempo que siguió nos impuso otro ritmo y otras preocupaciones complementarias. Leíamos con avidez cuanto libro y folleto caía en nuestras manos sobre cuestiones sociales. No era mucha, ni siempre muy valiosa, la literatura que circulaba. Pero aquella de la cual dispusimos jugó su papel en nuestra formación ideológica y política. Nuestra adhesión a la causa revolucionaria, al comienzo más emocional e intuitiva, se hizo más consciente. Por la prensa en general y particularmente por “*BANDERA ROJA*” y otras publicaciones comunistas, seguíamos con atención el curso de la política chilena y los principales acontecimientos mundiales. Hitler había escalado el poder en Alemania, el Frente Popular surgía en Francia,

Estados Unidos salía de la crisis con Franklin Délano Roosevelt, los soviets se afianzaban en una parte de China, en la Unión Soviética proseguía con éxito la construcción del socialismo.

Manteníamos estrechas relaciones con algunos profesores primarios, en particular con Ezequiel Arellano. Este había sido exonerado por participar, junto a otros doscientos maestros, en el Congreso de la Federación que se efectuó en Concepción a principios de 1933. El Ministro de Educación que dispuso la razzia se llamaba Domingo Durán.

Como los muchachos de cualquier internado, practicábamos diversos deportes, teníamos concursos literarios, editábamos nuestra propia revista, "ALBORADA", participábamos en las fiestas primaverales y creamos un grupo de teatro. Me tocó el rol principal en el sketch "El arreglo de Washington" que dimos en San Carlos y Pinto. Recuerdo que en Pinto la sala que servía de teatro carecía de asientos, por lo cual los espectadores llegaron a la función con bancas y sillas.

Desde que ingresé a la escuela, mi hermana Lila me enviaba cinco pesos mensuales para mis gastos. Al comienzo eran más que suficientes. Al final, andaba siempre falto de divisas, como dicen los obreros nortinos. Las "parrandas" las consumían todas. Alrededor de la escuela había varios boliche a los cuales acudíamos para tomarnos una ponchera y bailar con algunas chiquillas. Uno de mis condiscípulos, Humberto Seguel, tenía amistad con la dueña de uno de esos negocios. Un sábado me pidió que lo acompañara. Como se nos pasara la hora de retornar a la escuela, tuvimos que alojarnos allí mismo. Seguel no tenía problemas. Se las había arreglado con su amiga. El problema era yo o, si se quiere, radicaba en que sólo había otra cama y en ella debían dormir dos muchachas, una de la casa que mantenía relaciones íntimas con un profesor de la Normal, y la otra, una amiga suya. Para abreviar la historia, debo decir que, ya muy avanzada la noche, éstas aceptaron que me metiera bajo las tapas. Me advirtieron, sí, que ni siquiera debería moverme. Acepté el compromiso y me echaron al medio. Pero no pude cumplir con mi palabra. Al rato de apagarse la luz, me di vueltas para el lado de la amiga del profesor de la escuela y le falté el respeto.

Llegó diciembre de 1934 y el término de mis estudios de normalista. Las notas finales que aparecen en mi licencia son muy disparejas. Obtuve un cuatro en espíritu profesional y un cuatro en conducta, es decir, la nota mínima aceptable. Supe que en el Consejo de Profesores se discutió mi caso. Hubo quienes sostuvieron que yo sería, en la vida, un agitador revolucionario y que, por lo tanto, no debería dárseme el pase para incorporarme a la educación pública. El tiempo demostró que no se equivocaron los que así pensaban. Pero, ¿qué habrían sacado con negarme la licencia de maestro?

Mi vida había tomado ya un rumbo firme, del cual nadie ni nada podría apartarme.

Tiempos y contratiempos

Al egresar de la Escuela Normal me dirigí a Concepción. Mi familia se había trasladado a esta ciudad, donde Dalila tenía mejor empleo y Nicolás trabajaba como cobrador de góndolas en la línea a Chiguayante.

La población penquista contaba con un servicio de tranvías. Estos tenían "imperiales", (tranvías de dos pisos) como en Valparaíso. Desde la estación principal de ferrocarriles partía una línea de carro hacia Puchacay y otra hacia Pedro de Valdivia. Una tercera unía el Mercado con el barrio La Pampa.

En los primeros días de 1935 se declararon en huelga los trabajadores de vías y obras de ferrocarriles del Estado. El Partido le dio a la Federación Juvenil Comunista la tarea de sacar un paro de los tranviarios en apoyo de los obreros del riel.

Circulaba en nuestras filas un folleto de Arnold Losovski, dirigente de la Internacional Sindical Roja. Se llamaba "De la huelga a la toma del poder". La tesis que desarrollaba Losovski era la siguiente: en determinadas condiciones, una huelga cualquiera podía convertirse en el primer eslabón de una cadena de huelgas, en punto de partida de un movimiento revolucionario que podría conducir a la toma del poder político por los trabajadores. Dicha tesis la tomábamos al pie de la letra. ¿Cómo no íbamos a considerar, pues, importante la tarea que se nos había dado? Pero ¿qué hacer, cómo operar si entre los tranviarios no había ni un solo comunista?

Unos cuantos militantes de la Federación Juvenil Comunista decidimos levantarnos de madrugada e ir al depósito donde se guardaban los carros para lanzar un volante llamando a los tranviarios a plegarse a la huelga ferroviaria.

Llegamos al depósito poco después de la seis de la mañana. Los maquinistas y cobradores de los tranvías se aprestaban para iniciar su trabajo cotidiano. En cuanto lanzamos las proclamas, un grupo de tranviarios, militantes del Partido Nazi de González Von Marées, cargaron contra nosotros, blandiendo los gruesos cinturones de sus uniformes. Como éramos menos y ningún tranviario nos acompañó, tuvimos que emprender las de Villadiego. Pero uno de los nuestros, Córdova, que renqueaba de una pata, se fue quedando atrás. Lo pescaron y lo condujeron a un cuartel de la policía. Allí le apretaron las clavijas y se fue de lengua. Dio el nombre de varios

de nosotros entre ellos el mío. No tuve otro camino que "fondearme". Lo hice en compañía de Julio Salazar, ferroviario, y de Armando Rodríguez, zapatero.

La primera noche nos alojamos en casa de unos feriantes de la calle Caupolicán, tan buenos para el tinto y el otro que el tufo y los vientos que se tiraban ponían el aire muy pesado. Casi no pudimos dormir. Al día siguiente nos trasladamos a una casa a medio construir, situada a la mano derecha de la entrada al cementerio.

Dos o tres veces fue un "tira" a mi casa a preguntar por mí. Se empeñaba en convencer a mi familia que lo mejor que yo podía hacer era presentarme voluntariamente al Cuartel de Investigaciones. Se ofreció para aconsejarme lo que debía declarar a fin de que las cosas no pasaran más allá. Mi hermana mayor creía que obraba de buena fe, pero yo no me presté para "pisar el palito". Sin embargo estuve a punto de caer por torpeza personal. Transcurridos algunos días, fui a la zapatería donde trabajaba Rodríguez para saber cómo andaban las cosas por allí. Sorpresivamente entró un "psequisa" y preguntó por él. Se le respondió que no estaba. El "tira" se dirigió a mí:

— Y tú, ¿cómo te llamas?

— Osvaldo Ulloa le dije sin vacilar. Era el nombre de mi primo, el de mis correrías campestres en Tomé.

El "tira" que me interrogó era el mismo que había ido a mi casa. Debió ser muy incapaz, porque podía haberme sacado por el parecido con mis hermanos. O tal vez no se fijó mucho. Sabía que yo era profesor y quizá me imaginaba más grande y mejor vestido.

El hecho es que no me preguntó nada más y se fue. Los días siguieron pasando. La huelga ferroviaria terminó más mal que bien y, por cierto, no fue, ni de lejos, la primera de una sucesión de huelgas que culminarían con la toma del poder.

Cuando amainaron las medidas represivas volví a mi casa.

El Comité Regional del partido, primero, y el de la Federación Juvenil Comunista, después, hicieron el balance de lo sucedido. Lo que nos había pasado con los tranviarios debía servirnos particularmente de lección. Se requería crear células comunistas en todas las industrias y, al mismo tiempo, acelerar el proceso ya iniciado del entendimiento de todos los trabajadores, es decir, forjar la unidad sindical. Sin ambos requisitos no era mucho lo que se podía hacer.

En el magisterio primario había dos organizaciones, la Federación de Maestros y la Asociación de Profesores. Precisamente, se fusionaron en aquel año de 1935, constituyendo la Unión de Profesores de Chile, a cuyas filas

podían incorporarse también los maestros de las otras ramas de la educación. Aunque mi actividad principal se desarrollaba entre los jóvenes, asistía regularmente a las reuniones del grupo de profesores comunistas, encabezado por Isaías Fuentes, que fue gobernador de Coronel en los comienzos del gobierno de González Videla. Fuentes murió años más tarde, luego de salir muy enfermo del campo de concentración de Pisagua. Éramos muy pocos los maestros comunistas en Concepción, pero el sentimiento unitario había calado tan hondo en el magisterio que no fue difícil fundar la Unión de Profesores. Esta nació en una asamblea que realizamos en una amplia sala del último piso del diario "EL SUR".

En cumplimiento de la orientación del partido, nos propusimos crear células de la Federación Juvenil Comunista en una fábrica de velas, en el molino de la ciudad y en la fábrica de Paños Concepción. En el primer caso, luego de realizar algunos mítines relámpagos en el momento que los obreros salían del trabajo, nos hicimos amigos de uno de ellos, lo visitamos en su casa, convinimos en ampliar las conversaciones a otros de sus compañeros y, siguiendo este camino, en breve tiempo formamos allí una base de la Federación Juvenil. Para lograr otro tanto en el molino se nos presentó una oportunidad especial. Los obreros que en él trabajaban se habían declarado en huelga. Observamos que, de noche, los más jóvenes hacían guardia alrededor de su sitio de trabajo, vigilando que la compañía molinera no sacara harina. Nos acercamos a conversar con esos jóvenes huelguistas. Les llevamos sandwiches y café. Hicimos esto hasta que terminó la huelga. La cosecha no se hizo esperar: varios de ellos se hicieron militantes de nuestra organización. En la fábrica de Paños me tocó a mí desempeñar un papel singular. El sindicato de esta fábrica tenía un magnífico local. Nos entrevistamos con su presidente para ofrecerle una velada de un conjunto artístico que teníamos y luego yo le propuse hacer clases de alfabetización. No fueron muchas las que hice. Pero abrimos camino a una relación personal con los jóvenes textiles, que culminó también en la formación de una célula.

Por lo menos una vez a la semana salíamos de noche a la propaganda mural. Poníamos "loros" en las esquinas, mientras tres o cuatro de nosotros escribían consignas en las paredes de una cuadra determinada. La consigna que más nos gustaba decía: "*¡Abajo la sangrienta dictadura de Alessandri!*". Parece que era también la que más pica le daba a las autoridades, porque en la "pesca" le sacaban la "ñoña" a los compañeros que pillaban escribiéndola.

El secretario regional de la Federación Juvenil Comunista era un muchacho moreno que tenía voz de locutor, hacía versos y respondía al sonoro nombre de Enrique Matus Fontena. Después abandonó la organiza-

ción y se hizo "*canuto*". Se ganaba el puchero de manera non sancta. Compraba un kilo de mantequilla de buena calidad, la ponía en una sopera, le echaba como un litro de agua y la batía con una espátula hasta que absorbía todo el líquido y se convertía de nuevo en una sola masa compacta. Con la ayuda de un molde hacía panes de mantequilla de más o menos un octavo de kilo. Estos eran envueltos en un papel especial con la siguiente inscripción: "*Mantequilla pura, Marca Registrada, Fundo La Dehesa Osorno*". En un maletín de madera, como esos que usan los carpinteros, ponía los panes, y todos los fines de semana los vendía en Cosmito, Penco y Lirquén.

De vez en cuando la represión arreciaba. Usábamos nombres supuestos y una clave muy elemental. Por ejemplo en la calle no hablábamos del Partido, sino de "don Pancho", y en vez de decir Juventud Comunista decíamos "Doña Julia". A menudo nos reuníamos en el cerro Caracol. Una vez lo hicimos en el cementerio.

En cierta ocasión que nos citamos en la plaza Cruz para dirigirnos a Talcahuano, pasó por ahí una ronda de carabineros. Los pacos nos tomaron por vagos y nos llevaron al retén. Durante toda la tarde nos hicieron limpiar las caballerizas y después nos soltaron.

Fui invitado varias veces al Comité Regional del Partido, cuya jurisdicción abarcaba, además de Concepción, las provincias de Arauco, Bío-Bío y Malleco. Sus reuniones se hacían los sábados en la tarde. Allí conocí a Leoncio Medel. Este andaba siempre a salto de mata en la zona carbonífera. La compañía había puesto precio a su cabeza.

Las reuniones del Comité Regional se iniciaban con un largo informe de dos o tres horas de duración. No había mucha diferencia entre unos y otros de los que yo tuve oportunidad de oír. Invariablemente, comenzaban por una revista de la situación internacional, partiendo del extremo oriente para culminar con amplias referencias a la edificación del socialismo en la URSS. El informante se detenía especialmente en las luchas de los trabajadores de Francia y España. Después saltaba a la América Latina. Cuando llegaba el momento de entrar al análisis de las cosas de Chile, ya casi no le quedaba voz y a sus auditores muy poca capacidad de retención. Sin embargo, recuerdo muy bien que, en lo tocante a nuestro país, se diseñaba un cuadro bastante optimista de la lucha social y de las perspectivas que ella ofrecía. Se afirmaba que los campesinos del Alto Bío-Bío, donde el año anterior había ocurrido la matanza de Ranquil, estaban listos para volver al combate. Parte de ellos había cruzado la cordillera para escapar de "*los verdes*". Pero retornarían para recuperar sus tierras usurpadas en cuanto a este lado de Los Andes comenzara la revolución. Se hablaba también de los sectores obreros que se hallaban bajo una marcada influencia del Partido.

En estos balances aparecía siempre la Federación de la Madera, aparte, naturalmente, de los trabajadores del salitre y del carbón, y de los obreros de vías y obras que se agrupaban en la Federación Ferroviaria. Yo no sabía qué era la Federación de la Madera. Más tarde me di cuenta que se trataba de unos cuantos sindicatos de artesanos mueblistas.

En el Partido maduraban cambios importantes. Pronto terminó por comprender que la revolución no estaba precisamente a la vuelta de la esquina. Y se lanzó por el camino que condujo a la formación del Frente Popular.

Yo frecuentaba el local de la Federación Obrera de Chile que estaba muy cerca de mi casa, en Rozas esquina de Prat. Allí se reunían el sindicato de la construcción, el de feriantes, el del roñado y otros. Acudían al lugar obreros y mujeres expulsados de las minas de carbón. Ellos nos enseñaron varias canciones revolucionarias, como el "Canto a la Pampa", "Soy comunista". "La huelga", "Elegía a la muerte de Lenin" e "Hijos del Pueblo". Esta última decía así:

*Hijos del pueblo, te oprimen cadenas.
Esta injusticia no puede seguir.
Si tu existencia es un mundo de penas,
antes que esclavo, prefiere morir.
Esos burgueses, asaz egoístas,
que así desprecian la humanidad,
serán barridos por los comunistas
al fuerte grito de libertad.
¡Ah, rojo pendón,
no más sufrir,
la explotación
ha de sucumbir!
Vindicación
no hay que pedir;
sólo la unión
la podrá exigir.
¡Levántate, pueblo leal,
al grito de revolución social!
Nuestro pavés
no romperás.
¡Chanco burgués
atrás, atrás!
Los corazones obreros que laten
por nuestra causa, felices serán;
si entusiasmados y unidos combaten,*

*de la victoria la palma obtendrán.
Los proletarios a la burguesía
deben tratarla con altivez
y combatirla también a porfía
por su malvada estupidez.
¡Ah, rojo pendón... (se repetía el estribillo)*

A mí me gustaba mucho esta canción. Pero con el tiempo se dejó de cantar.

Un día tomé el tren para Santiago a fin de gestionar mi nombramiento de profesor. En la capital me arranché en casa de Delfina Gutiérrez, maestra exonerada. Delfina trabajaba como secretaria de Ricardo Latcham (padre), en el Museo Nacional. Vivía en un pasaje paralelo a Recoleta, que da a Santos Dumont. En las mañanas yo me encargaba del aseo y de preparar el arroz graneado o de armar otra comida para la hora del almuerzo, según las instrucciones que ella me dejaba. También aprovechaba el tiempo para leer. Casi todas las tardes iba al Ministerio de Educación, que ocupaba una vieja casona en el costado norte de la Alameda, entre Estado y Ahumada. Nos juntábamos por decenas los egresados de las diversas escuelas normales, esperando que nos pudiera recibir el ministro, el subsecretario o el director general de Instrucción Primaria. Una que otra vez pudimos hablar con ellos, sin sacar nada en limpio. Sólo de tarde en tarde aparecía uno de nosotros en las listas de nombramientos. En ellas figuraban en cambio, designaciones, traslados y permutas de colegas a quienes no les veíamos ni la nariz, pero que tenían padrinos en la corte, diputados o senadores que andaban como Pedro por su casa en las oficinas del Ministerio.

Como los días pasaban y mi nombramiento no salía, recurrí a una estrategia. Me había dado cuenta que después de las seis de la tarde, hora en que terminaba la atención al público, seguían trabajando en sus oficinas los más altos funcionarios. Una tarde decidí quedarme adentro, escondido en los baños, mientras los porteros cerraban las puertas de acceso al ministerio. Minutos después me dirigí a plantearle mi problema al jefe del personal, que era la persona clave en eso de los nombramientos. Abrí la puerta de su oficina y, antes que alcanzará a reaccionar, le dije:

—Excúseme, señor. Van para dos meses que estoy en Santiago y en la casa donde me hospedo, de una familia conocida pero de modesta situación, ya no me pueden tener más. Yo necesito trabajar para ayudar a mi madre. He cometido, tal vez, una falta al quedarme dentro del Ministerio. Pero no he encontrado otro medio para explicarle a usted cuánto me urge ser nombrado profesor.

El jefe del personal no reaccionó mal. Creo que hasta le gustó o comprendió mi proceder, pues resolvió en el instante proponer mi nombramiento. A los pocos días empezó a caminar el decreto correspondiente.

Mientras permanecí en Santiago participé en varias reuniones de maestros comunistas. En una de ellas conocí a Ricardo Fonseca y a quien sería su compañera, Elena Pedraza. Con frecuencia iba a San Antonio 58, que había sido sede de la Federación de Maestros y que, una vez desaparecida ésta al formarse la Unión de Profesores, quedó como local del Partido Comunista, aunque oficialmente no figurara como tal.

Se había formado un tribunal popular para investigar la muerte de José Bascuñán Zurita, encargado del trabajo campesino del Partido y miembro de su Comité Central. Presidía este tribunal don Carlos Vicuña Fuentes. Lo oí hablar en el teatro Recoleta, dando cuenta precisamente de las conclusiones de la investigación. Poco después de la matanza de Ranquil, Bascuñán Zurita había sido detenido en el sur y arrojado, según todas las evidencias, a las aguas del río Laja.

Concurrí también a los funerales de Pedro León Ugalde, político radical, romántico y bohemio, que usaba capa y chambergo y era uno de los más punzantes opositores al gobierno de Alessandri. Era, además, senador por Santiago. Para reemplazarlo en la Cámara Alta, el Block de Izquierda, constituido por el Partido Socialista, el Partido Radical Socialista, el Partido Democrático y la llamada Izquierda Comunista, pensaba presentar como candidato a Ricardo Latcham (hijo). Este era regidor socialista por Santiago, brillante intelectual y magnífico conferencista. Pero había un candidato mejor : Juan Luis Mery, director de "LA OPINIÓN". Mery había realizado una valiente y enérgica campaña de prensa en contra del acuerdo Ross-Calder, en virtud del cual se ampliaban las concesiones que el Estado chileno había otorgado al monopolio yanqui de la electricidad. Por esta campaña había sido condenado a la pena de extrañamiento. En estas condiciones, el Partido Comunista se acercó a él, le propuso la candidatura y le ofreció ocultarlo para que permaneciera en el país. Todo esto fue aceptado por Mery y el Partido Radical Socialista al cual pertenecía.

En el acto de despedida de los restos mortales de Pedro León Ugalde, que se realizó al costado oeste del Cementerio General, inmediatamente pasada la puerta principal, apareció de repente, como orador, el periodista perseguido. Alcanzó a pronunciar muy pocas palabras porque los "pesquisas" se movilizaron de inmediato tratando de detenerlo. No pudieron. Mery dejó la tribuna y, como todo estaba preparado, pudo escapar.

A la salida del Cementerio, los carabineros cargaron con los que ha-

bíamos formado el cortejo fúnebre, dispersándonos por las calles perpendiculares a la avenida La Paz.

El Block de Izquierda terminó aceptando la candidatura proclamada por los comunistas. En torno a ella se agruparon las fuerzas que pronto constituirían el Frente Popular. Mery perdió la elección por muy pocos votos.

Pero la Izquierda había demostrado que unida podía vencer.

Mi nombramiento como profesor fue extendido para la Escuela N° 1 de Iquique, la Escuela Santa María, frente a la cual se produjo la matanza que lleva su nombre el 21 de diciembre de 1907. El viaje en tren, partiendo desde La Calera, donde comienza la trocha angosta, duraba tres días y tres noches. El longitudinal o "longino", como lo llamaban los iquiqueños, no pasaba entonces por Los Vilos. Antes de llegar a Longotoma se internaba hacia La Ligua, seguía hasta Cabildo y de ahí subía y bajaba cuestras, por túneles y cremalleras, hasta tomar rumbo a Ovalle.

El mismo día que llegué a Iquique fui a la casa de Ricardo Sánchez, profesor exonerado, cuya dirección llevaba desde la capital. Juntos salimos en busca de José Tristán Barrera, el dirigente comunista iquiqueño más conocido de ese tiempo. Lo encontramos trabajando como alcantarillero en la calle Tarapacá, más arriba de Barros Arana.

Iquique me gustó desde el mismo día que llegué a él. Es una de las ciudades chilenas con personalidad más definida. Sus casas con azoteas y balcones, y éstos con balaustradas, son realmente hermosas, sobre todo cuando están pintadas de rosado o celeste brillantes. Pero más maravillosa es todavía su gente, sencilla y llana más que en ningún otro lugar del país.

Eso de que "*Iquique es puerto y las demás son caletas*" pinta, sin duda, una realidad que se vivió en la época de oro del salitre. Hacía ya tiempo que ésta se había ido. Pero alcancé a conocer las huellas y los restos de ese esplendor. Todavía trabajaban numerosas oficina salitreras, entre ellas Rosario de Huara, Santa Rosa de Huara, Mapocho, Humberstone, Cala-Cala, Buenaventura y Brac. Los obreros bajaban por centenares los días sábados, con sus impecables trajes de casimir negro y sus camisas blancas o azules. Eran los mejores parroquianos del Chung San, de la Bola de Cristal y otros sitios de diversión. En sus corazones mantenían vivo el recuerdo de Recabarren. Muchos de ellos lo habían conocido. Relacionarme con estos obreros y con los viejos comunistas del puerto, como José y Lino Barrera, Vicencio y Corro, fue para mí una felicidad.

Además de mi trabajo entre los maestros, me encargué de distribuir "BANDERA ROJA", el periódico del Comité Central, y la revista de la Internacional Comunista, que llegaba desde España en castellano. Una decena

de ejemplares de cada edición de esta revista la recibía directamente un librero de parte de un hermano suyo que vivía en Valencia.

Fue difícil mi trabajo en la Escuela N° 1. Me entregaron un primer año cuando yo estaba por terminar el período escolar y la mayoría de mis alumnos estaban atrasados en sus estudios. Por otra parte, el director, Guerrero, era muy exigente con una serie de formalidades sin mayor valor. Me disgustaba su actitud. Tampoco me agradaba salir de excursión con mi curso, cosa que debía hacer con cierta frecuencia. Tenía que cruzar con él gran parte de la ciudad y algunos niños se alborotaban, lo que me obligaba a llamarles la atención en público. La gente me miraba con curiosidad, porque varios de mis alumnos, a pesar de ser de primer año, eran más altos que yo, y no siempre se podía distinguir donde iba el profesor.

En enero o febrero de 1936 estalló una nueva huelga ferroviaria. Esta fue total y recibió todo el apoyo de los Partidos de izquierda. A raíz de esto el gobierno de Alessandri sometió al país al estado de sitio y relegó a numerosos dirigentes políticos, desde comunistas a radicales. Tal hecho aceleró el proceso de la unidad del pueblo. La represión continuó, aunque con menos fuerza. Yo caí en una nueva ola de exoneraciones de maestros. Se puso término a mis funciones a fines de agosto, justo al año de haber empezado a trabajar como profesor.

Mi destitución fue completamente arbitraria. Sin que mediara ningún sumario, el director general de Instrucción Primaria, Claudio Matte, le envió un telegrama al Inspector Provincial de Educación, Ortelio Parra, comunicándole mi exoneración. Ya habíamos fundado la seccional Iquique de la Unión de Profesores, de la cual yo era secretario general. Una numerosa delegación de la UPECH acudió al diario "EL TARAPACÁ" para estampar una protesta y dejar constancia que, fuera de las horas de clases, no se podía negar a los profesores los derechos políticos consagrados en la Constitución. Tal era mi caso, pues se me exoneraba por el "delito" de haber pronunciado un discurso en la Sala Obrera, al término de un desfile del Frente Popular.

El director de "EL TARAPACÁ", Eduardo Frei, encontró razonable la protesta de mis colegas, tomó nota de sus quejas y quedó de darle publicidad. Los atendió con mucha gentileza. Pero ni al día siguiente ni después apareció siquiera una línea del reclamo.

Regresé a Concepción, entregándome de lleno a las tareas del Partido y en especial a la Federación Juvenil. Ahora se trataba, no sólo de agrandar la Federación, sino de lograr también la unidad de los jóvenes antifascistas. En todo el país se creaba, como expresión unitaria, la Alianza Libertadora de la Juventud.

Hacia sólo unos pocos meses que estaba en Concepción cuando fui llamado desde la capital para participar en un pleno del Comité Central de la Federación Juvenil Comunista. Me alojé en la ranchita del cuidador de la iglesia de los Sacramentinos, réplica del Sacré-Coeur de París, situada en Prat con Inés de Aguilera. Recibí una citación que decía escuetamente: “Mañana a las 2 de la tarde en Los Leones, terminal del tranvía 27”. A la hora y día indicados me esperaba allí un compañero. Juntos caminamos hasta el canal San Carlos, desde donde partían las góndolas para Las Condes.

Lo que es ahora la avenida Apoquindo era entonces un ancho camino polvoriento a cuyos lados sólo había pircas de piedras o cercos de adobes. Donde hoy se levanta el llamado “barrio alto” de la capital sólo había unos cuantos fundos.

Luego de bajar de la góndola en el pueblito mismo de Las Condes, tomamos el camino hacia Farellones. Anduvimos unos diez kilómetros hasta levantar nuestro campamento de “*excursionistas*” en un lugar donde aún se mantenían abandonados, pero en pie, dos hornos para hacer carbón. Todos los miembros del Comité Central fueron con zapatos y ropas apropiados, mochilas y mantas para dormir y llevaban su propio cocaví. A mí no me habían advertido nada. Fui a esa reunión con el mejor traje que tenía, zapatos casi nuevos, camisa blanca y corbata. Me sentía muy mal.

La cuestión principal que trató el pleno fue la unidad de la juventud antifascista. El Secretario General de la Federación Juvenil Comunista era Luis Hernández Parker. Pero a esta reunión asistió también Ricardo Fonseca, a quien el Comité Central del Partido había designado para trabajar con los jóvenes. Algunos meses después, Fonseca reemplazó a Hernández Parker. Éste fue expulsado por haber hecho declaraciones ante la policía argentina que se consideraron comprometedoras para la organización. Había asistido a un Congreso de la Juventud Comunista Argentina que se realizó en la ciudad de Rosario. Allí fue tomado preso y torturado. No resistió el apremio policial.

Yo estaba de vuelta en Concepción cuando aparecieron en “EL IMPARCIAL” de Santiago las declaraciones que Hernández Parker había hecho a la policía transandina y que primero publicó un diario de Buenos Aires. Hasta mi nombre había dado como el de uno de los dirigentes chilenos.

En marzo de ese año 1937 se realizaron elecciones parlamentarias. En Bío-Bío, Asdrúbal Pezoa, socialista, y Pedro Freeman, radical, habían obtenido un número casi igual de sufragios, disputando el cuarto y último lugar en la lista de diputados. Para definir la situación, el Tribunal Calificador dispuso que se hiciera la votación en las dos mesas que no se habían constituido, una de Quilaco y la otra de Nacimiento. El Partido Comunista resolvió apoyar a Pezoa, toda vez que la mayoría de los radicales de Bío-Bío

y Freeman, personalmente, se habían pronunciado en contra del Frente Popular. Yo fui enviado a Quilaco. Desde Mulchén hice el viaje a caballo hasta llegar a ese apartado y abandonado lugar que está a un costado del río Bío-Bío, frente al pueblo de Santa Bárbara. Desde Santiago y Los Angeles ya había llegado mucha gente. Se juntaron varios parlamentarios, entre otros el senador Marmaduque Grove y los diputados Amador Pairoa y Amaro Castro. Los forasteros, en número superior a cincuenta, nos cobijamos como pudimos en la única casa que se atrevió a hospedarnos.

Me encontré con Joaquín Martínez Arenas, que mas adelante sería Secretario General del segundo gobierno de Ibáñez. Martínez Arenas me contó que, con otros socialistas, había recorrido los campos, entrando a veces a escondidas en los fundos, para hablar con cada uno de los cientos y tantos electores que debían votar por Pezoa o por Freeman. El confiaba en la victoria porque la mayoría de los campesinos se habían comprometido a sufragar por el candidato socialista. En esos años, cada Partido o candidato imprimía sus propios votos y éstos podían retirarse del pupitre o llevarse personalmente para depositarlos en las urnas. Martínez Arenas le había dado instrucciones muy precisas a cada elector para que votasen por Pezoa sin que se dieran cuenta los patrones.

El día de la elección fue lluvioso. Los dueños de fundo llegaron a Quilaco, a caballo, junto con sus inquilinos, para votar por Pedro Freeman, que también era terrateniente. Además, en la noche habían echado la balsa río abajo para que los electores socialistas y comunistas que vivían en Santa Bárbara no pudieran cruzar hacia Quilaco, y como el Bío-Bío traía mucha agua, no lo pudieron vadear.

El candidato socialista sacó un solo voto. Fue el voto del dueño de casa donde nos hospedábamos. Años después supe que los terratenientes le hicieron la vida imposible y tuvo que abandonar aquel lugar.

A pesar de estos reveses, 1937 fue un año de ascenso del movimiento popular. Como parte de él, la Alianza Libertadora de la Juventud creció en todo el país, luchando por los derechos juveniles y alzando su voz solidaria con el pueblo español, traicionado por un grupo de oficiales fascistas. En Concepción, la Alianza alcanzó a agrupar más de mil jóvenes. Abrió locales en Prat esquina de Carrera, en los barrios de Pedro de Valdivia y Chillancito y en Salas esquina de Freire, donde estaba su sede principal. Yo fui Secretario de su Junta Provincial y director de su periódico "EN MARCHA". Al Congreso Nacional de la Alianza Libertadora de la Juventud, que se realizó en Santiago en el mes de septiembre, Concepción mandó una numerosa delegación. Ese Congreso designó a siete compañeros, entre ellos yo, para ir a España. Pero el viaje no se pudo hacer.

Aunque la situación económica de mi hogar había mejorado parcialmente, creí de mi deber buscar trabajo. Me sentía, además, obligado a responder ante Raquel, una hermosa muchacha que por mí perdió su empleo en la Compañía de Teléfonos y que fue el gran amor de mi juventud. En el curso de ese año, hice varias tentativas de ganar dinero. IncurSIONÉ en el campo del comercio. Tuve un negocio de libros en calle Maipú. Compré y vendí fierros viejos. No me fue bien y me dediqué a vender tejidos de lana. Viajé varias veces a venderlos a Penco, Los Angeles y Angol. Pero me fue peor, porque buena parte del tiempo lo dedicaba, en estos viajes, a las tareas de la Federación Juvenil. Cuando el proveedor me pidió cuentas salí para atrás. Tuve que pagarle la deuda con un reloj de oro, marca Omega, de bolsillo, que había comprado en Iquique cuando trabajaba como profesor.

A fines de año fui llamado a la capital para trabajar como secretario de Carlos Contreras Labarca, Secretario General del Partido, y desempeñar, al mismo tiempo, algunas tareas en el Comité Central de la Federación Juvenil Comunista. Muchas veces regresaría a Concepción, pero sólo en forma esporádica, y ya tampoco volvería a vivir en mi primer y querido hogar.

Años de lucha y de victoria

Mi sueldo como secretario de Carlos Contreras Labarca era de doscientos pesos mensuales. Vivía con Raquel y andaba al tres y al cuatro. En busca de un ingreso adicional, me hice cargo del quiosco de la Editorial Antares en la primera feria del libro que se levantó en la Alameda, entre Estado y Ahumada. Antares tenía de editorial apenas el nombre. Podían contarse con los dedos de la mano los libros que había publicado. Sin embargo, entre ellos, dos eran de mucha venta. Se trataba de una selección de poesías de García Lorca y de "¡NO PASARÁN!", de Upton Sinclair, que constituía todo un alegato en favor de los republicanos españoles. Se vendían mucho, lo que me permitió ganar unos cuantos pesos que me sirvieron bastante. Esto sucedió en diciembre de 1937.

Desde que se produjo el levantamiento de los generales facciosos, la causa de España pasó a ser motivo de lucha y nexo de unión de las fuerzas antifascistas, comprendida gran parte de la joven generación. La solidaridad del pueblo chileno con los combatientes españoles se expresaba en cada mitin del Frente Popular y de la Alianza Libertadora de la Juventud. Esta desplegó valiosas iniciativas. En la sexta comuna, por ejemplo, columnas aliancistas desfilaron varias veces por la avenida Independencia, encabeza-

das por una banda de músicos. Bocina en mano, varios pregoneros llamaban a que cada cual entregara algún alimento envasado para la España leal. Se realizó también una campaña de recolección de cigarrillos. Nadie, que no fuera un fascista declarado, se negaba a dar aunque fuese un par. No había acto juvenil donde alguien no recitara "Canto a las madres de los milicianos muertos", de Pablo Neruda, de su libro ESPAÑA EN EL CORAZÓN.

Cuando Pablo llegó a Chile, dio un recital en el Teatro Municipal, junto al poeta argentino Raúl González Tuñón, ambos testigos presenciales del levantamiento fascista y de la heroica resistencia popular. Ellos trajeron las canciones de la guerra española, entre otras "El Quinto Regimiento", "Puente de los Franceses" y "La Morena". Conocí a Pablo el día que una delegación de la Juventud Comunista lo fue a saludar. Lo visitamos en la casa en que se hospedaba, en la avenida Irarrázaval.

La Federación Juvenil Socialista, que tenía como secretario general a Raúl Ampuero, no quiso formar parte de la Alianza Libertadora de la Juventud. Fue necesario constituir otro organismo que comprendiera a los jóvenes socialistas. Surgió así el Comité de las Juventudes Frentistas en torno a una plataforma de diez puntos que traducía los derechos y aspiraciones fundamentales de la juventud.

La Federación Juvenil Comunista, que se había diluido en gran medida en el seno de la Alianza Libertadora, se presentó como tal, bajo el nombre de Juventudes Comunistas de Chile. Empezó a llamarse así porque desde entonces se concibió como una suma o un conjunto de varios destacamentos juveniles, de obreros, campesinos, muchachas y estudiantes.

Entre otras tareas, tuve a cargo la dirección del periódico "MUNDO NUEVO", del cual alcanzamos a publicar me parece que catorce ediciones. Trabajaban conmigo Luis Fuentealba Lagos y Julio Molina Reich. Al principio nos fue bastante bien. Hasta arrendamos una oficina, al lado de la Imprenta y Editorial Antares, en San Francisco 347, donde aparecía "MUNDO NUEVO" y el Partido publicaba el vespertino "FRENTE POPULAR". Pero pronto empezaron a escasear los pesos por atrasos o no envío de los dineros de las provincias. Formamos en Santiago brigadas especiales para ampliar su venta. Yo mismo las encabecé. Sin embargo, llegó el momento en que no pudimos seguir publicándolo. Con todo, para ese tiempo, constituyó un éxito sacar un periódico por espacio de cuatro meses aproximadamente y, dicho sin vanidad, creo que "MUNDO NUEVO" representó un serio intento de hacer un vocero verdaderamente juvenil.

Sólo algunos meses trabajé como secretario de Carlos Contreras Labarca.

Mis obligaciones en el Comité Central de las Juventudes Comunistas exigían más y más tiempo. Surgía, no obstante, un problema. La organización tenía apenas tres o cuatro funcionarios, a los cuales se les pagaba tarde, mal o nunca. No era posible agregar uno más. Ricardo Fonseca me consiguió un empleo en un negocio muy particular que tenía Nicolás Weinstein a medias con su contador Carlos Robles. En casa de este último estaba su oficina principal, en la calle Raúlí. Un grupo de diez muchachos nos juntábamos allí todos los días, a las ocho horas. A cada uno nos daban una maleta, tipo James Bond, pero mucho más grande, en cuyo interior había dos fotografías en colores, una a cada lado, dentro de marcos ovalados y con vidrios convexos. Cada cual debía recorrer, casa por casa, de tal a cual parte, una calle predeterminada. Se nos exigía andar correctamente vestidos. Al tocar el timbre o golpear en una casa, debíamos dejar la maleta detrás de la puerta o de la mano de la mampara que siempre se mantenía cerrada. Se quería que la persona que saliera a ver quién llamaba no recibiera la impresión de que éramos comerciantes que iban a venderle algo. Debíamos hablar conforme a un libreto de frases hechas y argumentos bien estudiados, que sólo admitían ligeros cambios de acuerdo con el giro de las conversaciones.

—Buenos días, señora. Ando, *por encargo de una casa americana, visitando algunas familias.*

Así empezaba el libreto. Las palabras subrayadas las pronunciábamos con especial énfasis.

Se trataba de lograr que la persona visitada encargara un trabajo como el que se mostraba en la maleta. Se ofrecía la posibilidad de tomar o reproducir y ampliar una fotografía. Por cada foto contratada se nos pagaba veinte pesos.

Me pasaron varios chascos en este trabajo. Un día, una señora muy buena moza, de más o menos treinta años, me recibió con mucha amabilidad. Me dejó desarrollar el argumento sin ninguna interrupción. No perdía palabras de las que yo pronunciaba exaltando la calidad de las fotos que le mostraba. Parecía una cliente segura. Cuando terminé mi discurso, me dijo con mucha calma y convicción:

— Le he escuchado atentamente. Pero a mí no me gusta para nada el trabajo que exhibe. No le encuentro ningún valor artístico.

Al cabo de un mes obtuve que la compañía me permitiera trabajar sólo en las mañanas. Así podía entregar todas las tardes a las tareas de las Juventudes Comunistas.

Ante la amenaza del fascismo y de la guerra surgió la idea de realizar un Congreso Mundial de la Juventud. Tuvo el patrocinio de connotadaas

personalidades, como la señora Eleanor Roosevelt. El Congreso se efectuó en Estados Unidos, en el Vassar College de Nueva York. De Chile fueron Ricardo Fonseca, Volodia Teitelboim, Raúl Ampuero, Lautaro Ojeda, Fernando Alegría, Mario Rojas, Arturo Venegas, Gabriel Gutiérrez Ojeda, Oscar Hormazábal y el nicaragüense Alejandro Bermúdez, que trabajaba como traductor en las oficinas de Santiago de la Associated Press.

Mientras Fonseca permaneció fuera del país, lo reemplacé en la Secretaría General de la Juventud. Con tal motivo dejé el trabajo de las fotografías.

Se acercaba la elección a Presidente de la República. El país tenía que pronunciarse por Pedro Aguirre Cerda o por Gustavo Ross, por la izquierda o por la derecha. No había otra alternativa. La masacre del Seguro Obrero definió aún más las cosas y desvaneció por completo los sueños de quienes querían levantar la figura de Carlos Ibáñez del Campo como candidato popular. El país entero condenó ese horrendo crimen. El odio contra Alessandri no tuvo límites entre los militantes del Partido Nacional Socialista, a cuyas filas pertenecían los muchachos víctimas de ese baño de sangre. Los nacional-socialistas patrocinaban la candidatura de Ibáñez y atacaban al imperialismo yanqui en virtud de sus contradicciones con el imperialismo alemán y para captar simpatías populares. Después de la masacre del Seguro Obrero, se vieron obligados a declarar su apoyo al candidato del Frente Popular so pena de favorecer abiertamente al personero de la oligarquía y de Alessandri y de perder su base social. Así se dio el caso singular de que un movimiento fascista tuvo que pronunciarse en favor del candidato antifascista. Este fue el comienzo del fin del Partido Nazi de González Von Marées.

El día anterior al de la elección fui a cortarme el pelo a una peluquería que estaba a la entrada de la calle Serrano.

—*Votaré por don Pedro*—me dijo el peluquero—. *Si no lo hiciera*—añadió—*me parece que traicionaría a mi patria.*

Tal es lo que sentía la mayoría de los chilenos. Es verdad que Aguirre Cerda triunfó por tres mil votos en una elección donde sufragaron poco más de 400 mil personas. Pero tales resultados sólo reflejaron muy pálidamente la voluntad del pueblo, pues el sistema electoral permitía las más groseras deformaciones de los verdaderos sentimientos ciudadanos. Abundaban las dobles inscripciones, votaban los muertos de la derecha, se robaban las urnas, se compraba y vendía votos. Y como la candidatura de Ross desconfiaba de los “*carneros*” se organizaron para el 25 de octubre, día de la elección, las encerronas de elementos venales a fin de llevarlos a votar, mediante el sistema de acarreo, para asegurarse así que no iban a fallar. También hubo

encerronas de obreros conscientes. Por ejemplo, en el Barrio Cívico, que construía la firma Franke, fueron encerrados miles de obreros de la construcción desde el sábado 24 hasta el domingo en la noche. Esos trabajadores no pudieron sufragar por Aguirre Cerda, como era su voluntad. En consecuencia, el Frente Popular representó muy lejos la mayoría del país.

Después de la victoria de don Pedro Aguirre Cerda entré a formar parte del personal de redacción del diario "FRENTE POPULAR". Lo dirigía Enrique Bello y tenía como jefe de crónica a Manuel Astica Fuentes. Este había sido uno de los dirigentes de la insurrección de la marinería, en el año 31.

Entre los redactores y reporteros de este vespertino figuraban Carlos Valenzuela Montenegro, Daniel Quiroga, Arturo Aranís, Atilio Molinari y el poeta peruano Luis Nieto. Yo empecé como redactor deportivo, pues el titular de la sección, Alfredo Burgos, debía hacer uso de sus vacaciones y no se hallaba quien lo reemplazara. Me tocó reportear algunos partidos de fútbol en el Estadio Nacional, que recién se había inaugurado, y un campeonato de básquetbol femenino que se realizó en la cancha que existía en la primera cuadra de Arturo Prat.

Me encontraba en el diario la noche del terremoto de Chillán. Eran las 23 horas del 29 de enero de 1939. Periodistas y gráficos salimos al patio. La tierra se movía como un barco a pesar de la distancia del epicentro. Al día siguiente estuve en Chillán. Raúl Rettig, subsecretario del Interior, dispuso un avión para el traslado de los periodistas. Luego de reportear Chillán nos dirigimos a Concepción en un hidroavión que amarizó en Talcahuano.

Como todos los profesores exonerados me reincorporé al magisterio con el triunfo del Frente Popular. Me fuí a Valdivia para trabajar en la escuela N°1. A los dos o tres meses de estar allí recibí del Comité Central del Partido la proposición de irme de nuevo a Iquique. Yo, por supuesto, acepté. El Partido de Iquique había crecido mucho, tanto que en la municipalidad tenía cuatro o cinco de los nueve regidores. El Alcalde, Luis Valenzuela, era comunista. Pero la popularidad y el cargo lo habían mareado. Los humos se le habían subido a la cabeza. Corría con colores propios y, para colmo, se había deslizado por la pendiente de una vida licenciada. Algunos militantes, sobre todo de la juventud, giraban en torno a él. Tal situación era incompatible con la salud del Partido. En esas circunstancias se planteó que me fuera a Iquique para ayudar al trabajo de dirección.

Mi actividad se desplegó en varios planos: en la juventud, en el magisterio y en el periodismo. Fui designado director del diario "EL DESPERTAR DE LOS TRABAJADORES", que fundara Recabarren. En calidad de tal formé parte del Centro para el Progreso de Tarapacá, que también inte-

gró Radomiro Tomic. Este había reemplazado a Eduardo Frei en la dirección de "EL TARAPACÁ".

Estalló la segunda guerra mundial. Había que realizar cierta labor de esclarecimiento de las causas y el carácter del conflicto bélico y de las responsabilidades de los gobernantes de Inglaterra y Francia que rechazaron las propuestas soviéticas para establecer en Europa un sistema de seguridad colectiva contra la agresión nazi. Participé en esta tarea. En la Sala América, nombre que tenía el local del Partido, dicté una charla que luego editó la imprenta El Esfuerzo bajo el título "La URSS y la segunda guerra mundial". El folleto que contenía esta charla se vendió a un peso. Este fue mi primer escrito de alguna extensión.

El Partido había comprado una casa para su Comité Central en Moneda esquina de Mac Iver. Era una inmensa casona de dos pisos, que ocupaba casi un cuarto de cuadra. Costó poco más de 800 mil pesos. En el segundo piso se instalaron las oficinas del Comité Central y del Comité Regional de Santiago. Se reservó el primero para la imprenta y el diario "EL SIGLO", cuya aparición se anunciaba ya.

Fui llamado a formar parte de su planta de periodistas. Me vine, pues, de Iquique, retirándome voluntariamente del magisterio. En el norte ganaba mil doscientos pesos. Como periodista se me ofreció el sueldo vital que era de setecientos. Lo acepté gustoso. Estaba feliz de entregarme por entero a la causa que había abrazado. Como ya le había tomado el olor a la tinta, me atraía el diarismo. Dejé las filas de las Juventudes Comunistas para militar en el Partido.

Mientras se organizaba el nuevo diario, volví a trabajar en su antecesor, el vespertino "FRENTE POPULAR, cuya dirección estaba ahora en manos de Eudocio Ravines. Este había llegado a Chile desde Europa para estar más cerca de su país, el Perú, de cuyo Partido Comunista era su Secretario General. Los más emponzoñados enemigos del comunismo han presentado a Ravines como el ideólogo y artífice del Frente Popular chileno, como el enviado de la Internacional Comunista para lograr aquí la unidad de los Partidos de izquierda. En tal afirmación no hay un ápice de verdad. Cuando Ravines llegó a nuestro país, el Frente Popular ya estaba en formación. El Partido Comunista venía aplicando desde mucho antes la política de Frente Popular, de acuerdo con la realidad nacional. Lo que hizo Ravines fue tratar de desviar al Partido de una correcta orientación. Se empeñó en lograr su apoyo a Ibañez como candidato presidencial, y en el diario "FRENTE POPULAR" no pudo dejar de traslucir su simpatía por la causa nazi. "¡Cayó París!", tal fue el título que puso en el periódico cuando las tropas nazis se tomaron la capital francesa. Hechos como estos empezaron a lla-

mar la atención del Partido. Este resolvió marginar a Ravines de toda injerencia en su actividad y comunicar a los camaradas del Perú esta decisión y los antecedentes que la determinaron. Atando cabos, rememorando su actuación, releyendo un folleto sobre periodismo que él escribió, de contenido claramente idealista, y después de conocer su libro "El Camino de Yenan", llegué hace tiempo a la conclusión de que este sirviente de la oligarquía peruana fue un simulador hasta que el Partido Comunista de Chile lo descubrió y reveló su verdadera identidad.

Yo era Jefe de Crónica de "FRENTE POPULAR" cuando en una página humorística se publicó un chiste que cayó muy mal en la Dirección del Partido. En el chiste cuestionado aparecían Stalin, Hitler y otros personajes de actualidad mundial. Creo que eran Chamberlain y Daladier. Conversando entre ellos, Hitler asegura que ganará la guerra.

—¿En qué se basa usted para hacer tal afirmación?

—Me lo ha dicho Dios — responde Hitler.

—No, yo no he dicho nada —dice Stalin.

A raíz de esto fui suspendido de mi trabajo y fui objeto de una amonestación. Sufrí mucho con esta medida. Aproveché el tiempo para escribir algo sobre la vida de O'Higgins. Fue una veintena de crónicas que ilustró Martini, un excelente dibujante del diario "LA HORA", que tenía sus oficinas a 20 metros de "EL SIGLO". Pensaba publicarlas como un pequeño libro de lecturas infantiles. Le llevé un ejemplar al Director de Instrucción Primaria, Luis Galdámez. Pero no tuve éxito. Con los años, esas crónicas se me fueron traspapelando hasta perderse por completo.. Sólo una de ellas, la más larga, una representación escenográfica de las batallas de Chacabuco y Maipú, fue publicada en "EL SIGLO."

El primer Director de este diario fue Raúl Barra Silva. La subdirección estuvo en manos de Volodia Teitelboim y la jefatura de crónica la desempeñó Aníbal Pinto Santa Cruz. Joaquín Gutiérrez tuvo a su cargo la página de espectáculos; Alfredo Burgos y Mario Moraga, la de deportes; Juan Tejada (Máximo Severo) y José Estefanía eran los archiveros; Andrés Hidalgo, fotógrafo; yo fui el encargado de la sección sindical.

Después fui reportero de Moneda, cronista en general, jefe de crónica, subdirector y director. Nunca "hice" política. Se abrió paso a mi promoción en una circunstancia muy especial.

A fines de 1940 se realizó en Valparaíso y Aconcagua una elección extraordinaria para cubrir una vacante de senador. Esta adquirió gran importancia porque en marzo de 1941 habría elecciones generales de parlamentarios. El Frente Popular dio, en las mencionadas provincias, una batalla ejemplar contra el cohecho, lo cual aseguró el triunfo de su candidato, el

radical Aníbal Cruzat. La derecha puso el grito en el cielo, amenazando con abstenerse de participar en los comicios de marzo si se permitía que "las hordas comunistas" siguieran actuando contra "la libertad del elector". Desgraciadamente, el gobierno retrocedió. El Ministro del Interior, Arturo Olavarría, llegó a acuerdo con la oposición para modificar la ley electoral. Desde entonces, el control de las elecciones quedó en manos de las Fuerzas Armadas. Éstas, al menos al comienzo, hicieron la vista gorda ante el cohecho.

Pues bien, el día en que se realizó aquella elección extraordinaria, la de Valparaíso y Aconcagua, llegó mucha gente al diario a celebrar sus resultados. Varios políticos se quedaron hasta muy tarde, comentándolos con el Director. Pasada la media noche, éste se dio cuenta que que la página de redacción no estaba completa. Había espacio para un artículo. Me llamó para que lo sacara del apuro, ya que las visitas seguían allí. Me encargó precisamente un comentario sobre la elección. Lo hice y creo que le gustó, porque desde entonces continuó pidiéndome que escribiera en esa sección.

Después de la Conferencia Panamericana celebrada en la capital de Cuba, a la cual asistió, en representación del gobierno chileno, el Ministro de Fomento Oscar Schnake, el Partido Socialista desahució el Frente Popular. Se abrió, entonces, una grieta profunda entre comunistas y socialistas. Las pugnas entre ambos Partidos se agudizaron de más en más, llegando a convertirse por momentos en una cuasi guerra civil en el seno de la clase obrera. Debilitada tan seriamente la unidad de las fuerzas populares, la reacción pasó a la ofensiva y el gobierno cayó en una que otra actitud anticomunista.

La Alcaldía de Santiago la desempeñaba el entonces militante socialista Rafael Pacheco Sty. Éste, haciendo mal uso de sus facultades, envió inspectores a la imprenta de *EL SIGLO*, ordenando luego su clausura por incumplimiento de disposiciones relativas a la salubridad. Cumplidos los cuatro o cinco días que duró la clausura, "EL SIGLO" reapareció con amplias notas gráficas sobre la insalubridad, ciertamente mayor, de la imprenta donde se editaba el diario "LA CRÍTICA" del Partido Socialista, dirigido por Roberto Aldunate.

Ese fue un período penoso del movimiento obrero y de las relaciones socialistas-comunistas.

La noche del 21 al 22 de junio de 1941, cuando llegó a Chile la noticia de la agresión de la Alemania nazi a la Unión Soviética, me encontraba en el diario junto a Ricardo Fonseca, que era su nuevo director. Todas las páginas del diario estaban ya despachadas por la redacción. Rápidamente, tuvimos que cambiar parte del material. Dimos la noticia, por supuesto en la

primera plana, con una gran foto de Stalin y titulares y comentarios que denotaban una ilimitada confianza en que el resultado final de la contienda sería la derrota del fascismo.

El ataque hitleriano a la Unión Soviética y la consiguiente entrada de ésta al conflicto bélico le dieron a la guerra un contenido esencialmente nuevo. El triunfo de la Unión Soviética y de los aliados abriría a los pueblos del mundo entero, como los hechos posteriormente lo demostraron, más amplias perspectivas de liberación social.

El Partido editó tres nuevos diarios, "EL POPULAR" de Antofagasta, "EL SIGLO" de Coquimbo y "LA JORNADA" de Valdivia. Fui enviado por algún tiempo a trabajar en "EL POPULAR". En sus páginas le dimos vasta cabida a los problemas de los obreros y a las informaciones de la guerra. Reproducíamos los cables de "EL SIGLO", enviados por "Supress", y muy especialmente los comentarios de Ilya Ehrenburg y de José Salado, que exaltaban el heroísmo de los soldados y del pueblo soviéticos. Trabajaba en el diario un muchacho boliviano, telegrafista, que captaba en una radio las noticias y crónicas de la guerra, transmitidas por otras agencias cablegráficas para los diarios de la capital. He olvidado su nombre. Sólo recuerdo que lo llamábamos "Nuestro Pirata del Aire".

Mi estada en Antofagasta me dio la posibilidad de conocer palmo a palmo la provincia. Recorrí Chuqui, Tocopilla y todas las oficinas salitreras. Cecilia y Concepción eran las más desdichadas. La primera estaba al lado de Pampa Unión, pueblo que con el tiempo desapareció por completo, igual que todas las oficinas que trabajaban según el antiguo sistema Shanks. Concepción se llamaba también "La Piojillo". Allí alojé una noche, pero las vinchucas no me dejaron dormir. Apenas apagué la luz se dejaron caer sobre mi cama. Decidí, al final, dejarla encendida. Sin embargo, había tantas en el techo que, por seguir sus movimientos, no cerré los ojos en toda la noche.

Los salarios y las condiciones de trabajo eran mejores en María Elena y Pedro de Valdivia. Pero problemas muy serios afectaban a los trabajadores. La Anglo Chilena y la Lautaro Nitrate preferían contratar obreros solteros para ahorrar casas y gastar menos en las pulperías, donde varios artículos se vendían a precios inferiores al costo, por acuerdo con los sindicatos. Había, en consecuencia, muchos solteros, y también casados que se habían contratado como solteros porque de otra manera no les daban trabajo. Las compañías oficiaban virtualmente de cabronas, atendiendo a las prostitutas que llegaban a esas oficinas. Las controlaban desde el punto de vista sanitario para evitar entre sus obreros bajas por enfermedad. Con anterioridad no les permitían entrar a María Elena y Pedro de Valdivia. Entonces, los solte-

ros iban a echar su canita al aire a Pampa Unión o bajaban a Tocopilla o Antofagasta. Pero muchos de ellos contraían la gonorrea y faltaban al trabajo. Esto no les convenía a las compañías y, por ello, cambiaron de actitud.

Una situación similar existía en Chuquicamata. Aquí, los obreros solteros vivían en unos pabellones que se llamaban buques. Las prostitutas que entraban a sus camarotes se llamaban "las marinas". La "marina" se cobijaba en la pieza de un trabajador. En la noche dormía con él sin cobrarle un centavo. Pero en el día, mientras esé trabajador cumplía sus obligaciones de tal, disponía de su habitación para atender a sus clientes de otros turnos de labor, haciéndose pagar bien.

Todo esto me llamó profundamente la atención. Vi con mis propios ojos que el amor y la familia tenían escasa entrada en las empresas imperialistas.

Me hallaba en Antofagasta cuando la embajada alemana en Santiago se querelló contra "EL SIGLO" por ofensa al jefe de un Estado extranjero con el cual Chile mantenía relaciones. Yo estaba inscrito como su director responsable. Por eso fui detenido. Estuve alrededor de diez días en la cárcel de Antofagasta. Mis compañeros más cercanos de prisión eran dos empleados de Correos y Telégrafos procesados por desfalco. Cuando llegaba la noche, les aparecían "los monos", el recuerdo de sus familiares, y les bajaba la moral. Fui trasladado a la capital para comparecer ante el Juez. Una vez sobreseído me reincorporé a "EL SIGLO".

En aquellos años, bajo el gobierno de Juan Antonio Ríos, nuestra preocupación principal se concentraba en el conflicto bélico, de cuyo desenlace dependía la suerte de la humanidad. El diario era el más entusiasta animador de la campaña de solidaridad con la Unión Soviética y todo el campo antifascista. Se empleó a fondo para que el país rompiera relaciones con el Eje Berlín-Roma-Tokio. Esto se logró sólo al final de la contienda. La fuerte resistencia de la derecha retardó la aplicación de esta medida.

En una de sus constantes pasadas por el diario, un dirigente del Partido me habló de un caballo de carrera del Club Hípico que tenía el nombre de Zhukov.

—Fíjate —me dijo— hasta dónde llegan estos miserables.

Yo también me indigné y escribí de inmediato un breve comentario atacando la insolencia del dueño de ese animal, sin duda un fascista, que se permitía ponerle a una bestia el nombre del mariscal Zhukov.

El mismo día que apareció la publicación llegó a mi oficina un señor alto y de cierta edad para protestar por el "palo" que le había dado. Los papeles cambiaron. En vez de dar explicaciones él, tuve que dárselas yo. El visitante resultó ser un yugoeslavo, antifascista de corazón y, por añadidura,

ra, amigo de los comunistas. Su tarjeta de presentación fue ni más ni menos que un bono de ayuda financiera al Partido.

— Como yugoeslavo — me dijo —, estoy por la liberación de mi patria, y Rusia es, para mí, la madre de todos los eslavos. Admiro a Zhukov y por eso le he puesto su nombre a mi caballo.

Este pequeño percance me sirvió para comprender la necesidad de conocer el mundo en que se mueven otras gentes y de tomarlas como son y no como uno se las imagina o quiere que sean.

Por esos mismos días, el abogado Gerardo Ortúzar me pidió que sirviera de testigo en un juicio de nulidad de un matrimonio. Contrariamente a lo que se cree, el divorcio existe en Chile, pero por causas muy justificadas y no produce disolución de vínculo. Sólo autoriza la separación de cuerpos, sin que los cónyuges puedan volver a casarse. Nadie recurre a este divorcio tan singular. Los que disponen de dinero para pagar abogado, receptor y otras costas, hacen uso de un resquicio legal, el de la nulidad matrimonial, si ambas partes convienen en ello. Se prueba con testigos que, en el momento de las nupcias, ninguno de los contrayentes tenía residencia en la circunscripción correspondiente a la del Registro Civil que aparece solemnizando el acto. Con este subterfugio, el matrimonio queda nulo y las partes en situación de volver a desposarse. Tal es el verdadero divorcio a la chilena.

El juez me tomó el consabido juramento.

—¿Juráis o prometéis decir verdad acerca de los que se os va a preguntar?

—Sí, prometo.

Acto seguido le encargó al receptor que me tomara declaración.

El receptor tenía su pequeña mesa de trabajo a dos o tres metros del magistrado. Me pidió el carnet de identidad, copió mi nombre, me preguntó mi domicilio y mi estado civil y empezó a escribir una historia que al mismo tiempo iba relatando a viva voz. Sería largo e innecesario reproducirla. Trataba acerca de cómo y por qué yo podía atestiguar que ninguno de los cónyuges vivía dentro de la circunscripción del Registro Civil en que se efectuó el matrimonio. Yo, mudo, seguía con interés y desconcierto el cuento del receptor. Después de haber escrito varias páginas, se detuvo de repente y dijo:

—Ya, basta de huevadas. Por favor, firme.

El ceremonioso juez permanecía sentado en su pupitre, revisando el Código Civil. Mas tarde dispondría otras diligencias, dictaría sentencia, ésta iría a la Corte en consulta, después de lo cual quedaría en cero el matrimonio que la ley define como *“un contrato solemne por el cual se unen un hombre y una mujer en forma indisoluble y para toda la vida”*.

En 1943, la Internacional Comunista se disolvió. Había cumplido su tarea esencial, la de contribuir a la formación de Partidos comunistas en numerosos países y a encarnar el principio del internacionalismo proletario en la práctica cotidiana de esos Partidos. En lo fundamental, las razones que motivaron su creación habían desaparecido y surgía, de otra parte, la necesidad de que cada Partido, guiándose por una misma doctrina, actuara con audacia y espíritu creador en el enfoque y solución de su realidad nacional. De ahí por qué la Internacional Comunista acordó disolverse. Me correspondió explicar este acontecimiento en "EL SIGLO", en varios artículos que llenaron una página.

Cuando el resultado del conflicto bélico ya estaba a la vista y era natural y conveniente pensar en la postguerra, el Secretario General del Partido Comunista de Estados Unidos, Earl Browder, echó a circular por el mundo y especialmente en América Latina una concepción idealista del futuro. Según él, habría un punto de fusión entre los intereses del capitalismo y de los países dependientes. El desarrollo de estos últimos iría en favor de unos y de otros. De esta concepción absurda surgían inevitablemente otras conclusiones erróneas, contrarias a la lucha de clases y al combate de los pueblos oprimidos. El "browderismo" influyó en los Partidos comunistas del continente, algunos de los cuales incluso cambiaron su nombre y perdieron de vista su papel de vanguardia. El Partido Comunista de Chile fue uno de los menos afectados por esta desviación, aunque no dejó de hacerle mella. Su política de unidad nacional contra el fascismo, justa en general, se aplicó en forma tal que dio por resultado cierto debilitamiento en la lucha independiente del proletariado. Yo seguí muy de cerca este fenómeno y cerré filas en torno a aquellos compañeros que, como Ricardo Fonseca, Galo González y Volodia Teitelboim, dieron la batalla contra estas desviaciones.

Tras la derrota de la Alemania hitleriana, la situación que sobrevino no tenía nada que ver con el panorama soñado por Browder. A la guerra caliente sucedió la guerra fría. En el este y centro de Europa surgieron las democracias populares, en medio de un agudo forcejeo entre las fuerzas progresistas y las fuerzas reaccionarias. En el occidente europeo, el imperialismo norteamericano se empleó a fondo para salvar el régimen burgués. En Chile, las primeras manifestaciones de la guerra fría fueron la masacre de la Plaza Bulnes y el Gobierno del Tercer Frente. El anticomunismo tomó cuerpo. Se formó la Acción Chilena Antocomunista, ACHA. "EL SIGLO" sufrió varias clausuras. Día y noche hacíamos guardia hasta en el techo del edificio, en prevención de posibles ataques. Surgió una fuerte pugna entre comunistas y socialistas, y la Confederación de Trabajadores de Chile, la CTCH, fue dividida. Un vasto sector popular enfrentó con decisión esta

arremetida reaccionaria y dio origen al gobierno de González Videla, del cual formó parte el Partido Comunista. Pero el Presidente de la República y la directiva del radicalismo cedieron a la presión imperialista. Y la traición fue consumada.

Durante varios años yo andaba de pensión en pensión. Mi amor de juventud había durado poco. Me enamoré de Lily y me casé con ella el 14 de diciembre de 1946.

Lily trabajaba en el diario, primero como ayudante de asistente social y luego como secretaria del director, que era yo.

Mucho se ha hablado y escrito del uso y abuso que hacen de su cargo los ejecutivos respecto de sus secretarias. En mi caso la situación se dio al revés. Lily se propuso conquistarme. Empezó cerrando por fuera, con llave, la puerta de mi oficina, para que nadie entrara a interrumpirme, y terminó cerrándola por dentro, haciéndome más de una grata interrupción. Cuento esto en honor a la verdad y especialmente en homenaje a Lily, pues no se por qué diablo siempre he infundido un cierto temor reverencial y ella lo venció.

Yo había sido contrario al matrimonio. Estaba en un error. Ahora comprendo que una de las delicias de la vida la constituye el hogar, primero el de sus padres, después el propio. Pero ese error me salvó, afortunadamente, por lo menos de un matrimonio fracasado. En Lily hallé un tipo de mujer que no había conocido. Además de buena moza y simpática, encontré que su afiliación a la causa comunista le salía de adentro. Iquiqueña, hija de un cargador del puerto y de una cocinera, se había criado viendo flamear desde muy chica la bandera del Partido. Treinta años junto a mí, en las duras y en las maduras, prueban que hice bien en dejarme querer por ella y en responderle con mi cariño ilimitado.

De la vida clandestina a la luz pública

Apenas contraí matrimonio se vino mi madre a vivir a nuestra casa, acompañada por mi hermana Dalila. Yo estaba feliz de tenerla a mi lado. Pero esta felicidad no duró mucho. Comenzó la represión anticomunista y recibí la orden de "fondearme". Me fui a casa de Atilio Molinari, calle Arturo Prat catorce y tanto. Fuera de Ricardo Fonseca, sólo Carlos Droguett sabía de mi paradero, porque era muy amigo de Molinari e iba a charlar con nosotros casi todas las noches. Después estuve en Quinta Normal, en una casa de la comuna de San Miguel y en una situada al pie del San Cristóbal.

Lily, mi madre y Dalila se fueron al sur con Luis Alberto, nuestro primer hijo, que sólo tenía algunos meses. Lily permaneció un tiempo en Cabrería, un campito que mis hermanos habían comprado al poniente de Angol, al lado de Maitenrehue.

Transcurridos sólo algunos meses del inicio de la ola represiva, el Círculo de Periodistas organizó un acto en el salón de conferencias de la Universidad de Chile, para entregarles a sus socios la insignia y el carnet que los acreditaba como tales. Todavía no se había fundado el Colegio de la Orden. Por acuerdo del Partido concurrí a dicho acto, rodeado de un grupo de periodistas y gráficos. En el momento de recibir mi carnet y mi insignia, gran parte de la asamblea estalló en aplausos, seguidos de gritos contra el Presidente de la República. Los policías trataron de detenerme, pero nosotros anduvimos más rápidos. Otro grupo de compañeros me esperaba afuera, en un auto con el motor andando. Escapamos sin problemas.

"EL SIGLO" continuaba saliendo, pero sometido a censura. Yo enviaba artículos al diario. Había adquirido cierta experiencia en el oficio de escribir en tales condiciones, ya que durante el gobierno de Duhalde "EL SIGLO" fue sometido varias veces al control de censores. Entre estos recuerdo al poeta Carlos Cassasus y al dramaturgo Sergio Vodanovic. Redactaba, pues, mis comentarios de manera tal que pudieran pasar la censura. Pero no todos lo lograron. Algunos salieron a la luz pública, otros fueron rechazados por los censores, o mochados al extremo de hacerles perder su contenido. Llegó un momento en que no valía la pena seguir editando el diario. Su circulación era interferida y la censura se había hecho más rigurosa. En esas circunstancias, su aparición cotidiana contribuía a dar la sensación, tanto en el país como en el extranjero, de que existía libertad de prensa. El Partido resolvió, entonces, suspender la publicación de "EL SIGLO".

En ese mismo período escribía para "EL ZANCUDO", un periódico mordaz y satírico que editamos clandestinamente a mimeógrafo. Luego el Partido montó una imprenta ilegal, en una casa de la calle Curiñanca, en San Miguel. Publicamos "LA VERDAD", con más páginas y bien impresa. Desgraciadamente, la imprenta cayó en manos de la policía algunos meses después de entrar en funciones y tuvimos que recurrir de nuevo al mimeógrafo. Comités regionales, comités locales y algunas células editaban sus propios periódicos e imprimían proclamas, también a roneo.

Gran parte del tiempo lo dedicaba a leer. Además, escribí un libro, un reportaje político que abarcaba varios años de la lucha del pueblo chileno. Provisoriamente lo había titulado "*Ya llegará nuestro día*". Domingo Piga, en cuya casa estaba "fondeado", me propuso guardarlo en su oficina del Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Acepté su sugerencia.

Era indudable que ahí estaba a buen recaudo. Pero una noche, de regreso a casa, Piga me dio la desagradable noticia: el libro había desaparecido. Un empleado de servicio de la Universidad lo encontró y se lo llevó al rector, Juvenal Hernández. Éste ordenó quemarlo. No tenía copia del reportaje y se perdió para siempre.

Se me encargó encabezar la Comisión de Propaganda formando equipo con Carlos Rosales, Eugenio Vallejos y el doctor Hernán Sanhueza, en cuyo auto destartado me moví muchas veces.

Era la época más dura de la represión. En Pisagua había alrededor de dos mil relegados, otros tantos en distintos puntos del país, millares de trabajadores eran expulsados de las industrias por sus antecedentes revolucionarios, y los golpes de la dictadura habían desarticulado en gran medida al Partido. Compañeros que en el período de auge del movimiento popular se habían caracterizado por su entusiasmo, perdían la fe frente a los éxitos transitorios del enemigo, caían en el desánimo y, algunos de ellos, hasta criticaban a troche y moche la política y la actividad del Partido. En suma, la represión se hallaba en todo su apogeo y la iniciativa estaba en manos del enemigo.

De aquellos días data una expresión de Carlos Rosales que llegó a adquirir fama. Si alguien le preguntaba cómo iban las cosas, decía con prontitud, refiriéndose al gobierno:

—Lo tenemos en el suelo.

El optimismo sin límite y sin base no es precisamente constructivo. Generalmente va acompañado de pasividad y seguido de estados de ánimo depresivos. Pero eso no se daba en el caso de Carlos Rosales, siempre activo y entusiasta.

En la Comisión de Propaganda nos preocupamos de algo que sería una constante en la línea del Partido: aprovechar cualquier resquicio de legalidad para dar su palabra y crear, al mismo tiempo, la más vasta red que fuese posible de publicaciones clandestinas. Ya sin "EL SIGLO, el primer paso que dimos en materia de periódicos leales fue editar "LA OPOSICIÓN". Su oficina de redacción la instalamos en casa del doctor Sanhueza, en Nataniel al llegar a la Plaza Almagro. Director legal de este periódico fue Jaime Faivovich, que recién egresaba de la Escuela de Derecho. Después de "LA OPOSICIÓN" publicamos legalmente "EL PUEBLO" y más adelante "DEMOCRACIA", que alcanzó a salir diariamente y tuvo como director a un ex obrero del carbón, el periodista Francisco Javier Neira. En cuanto a promover publicaciones clandestinas se destacó Eugenio Vallejos, que era el encargado de propaganda del Comité Regional de Santiago.

Ricardo Fonseca me llamaba a menudo. Durante varios años había

trabajado con él, primero en la juventud y luego en "EL SIGLO". Me tenía al corriente de los asuntos políticos y me hacía frecuentes sugerencias sobre propaganda. También pedía mi colaboración para redactar documentos del Partido. Trabajé con él en varios discursos que pronunció en la Cámara, particularmente en aquel en que denunció el carácter arbitrario y liberticida de la Ley de Defensa de la Democracia.

Pasado el primer tiempo, el de los golpes más fuertes de la dictadura, resolvimos con Lily, por cierto de acuerdo con el Partido, rehacer nuestro hogar. Arrendamos casa en la población San Ramón de La Cisterna y después en El Salto, en Conchalí. Yo aparecía con el nombre de Luis Correa. No era una persona conocida: rara vez salí fotografiado en "EL SIGLO". Eso me permitió cierta movilidad.

Además de cumplir con las tareas del Partido, tenía que darme tiempo para allegar algunos pesos a fin de mantener el hogar. En la población San Ramón crié pollos y conejos, con muy pobres resultados económicos, sobre todo porque una parte de las aves me las robaron una noche. En El Salto puse un pequeño negocio de leña, carbón, legumbres y verduras. También fabriqué cierta cantidad de jabón. Me surtía de verdura en las parcelas cercanas de Conchalí, pero no tenían mucha venta. Varias veces, con Lily, tuvimos que salir con canastas a la calle para venderlas a precios inferiores al costo. Era preferible esto antes que dejarlas podrirse y perderlo todo.

La muerte de Fonseca fue un golpe muy duro para el Partido y para mí personalmente. No pude ir a sus funerales. Fue Lily, en cambio, a pesar de encontrarse en avanzado estado de embarazo. Estaba por nacer nuestra hija Lily Angelina. El entierro se efectuó un sábado en la tarde. No menos de 15 mil comunistas formaron en el cortejo. Por primera vez, desde la traición de González Videla reaparecía el Partido en las calles de Santiago, con sus banderas en alto. Pocos días antes se había librado en la capital una victoriosa y combativa lucha de masas contra el alza de las tarifas de la movilización colectiva. Ambos hechos demostraron que la dictadura había perdido fuerza y se debilitaba, en tanto que los trabajadores y el pueblo adquirirían más y más confianza en si mismos.

Vivía en la calle Venezuela de El Salto cuando fui detenido por Investigaciones el 4 de enero de 1950. Arrendaba una casa de Galvarino Rivera, presidente de la Cámara de Comercio Minorista y, luego, diputado por el segundo distrito, durante el gobierno de Ibáñez. Una hermana de Lily, Elsa, con su marido y sus hijos, se fue a vivir con nosotros. Esta era una sociedad de mutuas conveniencia en vista de las dificultades financieras de ambos matrimonios. Antes de irse a nuestra casa, Elsa vivía en Santos Dumont, en la falda del cerro San Cristóbal. Su marido tenía también allí su taller de

mueblista. Cuando se trasladaron a El Salto, se les quedó, perdido entre las virutas, un paquete con documentos que el Partido les había encargado guardarán. El dueño de la propiedad los encontró y los puso en manos de la policía. Esta averiguó quién había arrendado la casa y a dónde se había ido. Así, buscando a mi concuñado, Investigaciones dio con mi paradero.

Mi detención se produjo de madrugada. Ese día, muy temprano, fui encerrado en un calabozo del Cuartel de General Mackena. Era una celda de dos por tres metros, con una ventanilla de reja tupida y una tarima de madera sobre el piso de cemento, para acostarse sobre ella. En las paredes había varias inscripciones de delincuentes comunes.

“Aquí estoy por vaca”, decía una.

“Estoy pagando un pato ajeno”, se leía en otra.

Menudeaban las invocaciones a Dios y los juramentos de inocencia.

En la noche me sacaron hacia uno de los pisos superiores del edificio. Allí me “interrogaron” durante varias horas. Tres policías, uno de ellos Douglas Saavedra, me golpearon duramente. A ratos perdía el conocimiento. Me recobraba y volvían a su faena. Me dañaron un oído. Cuando se cansaron de pegarme o se convencieron de que no me arrancarían declaraciones comprometedoras para nadie, me devolvieron al calabozo. Me tendí sobre la tarima, sin nada que taparme. Serían las dos o tres de la mañana. Felizmente era verano y no sentí frío. Fatigado por los golpes y, en el fondo, contento de haber pasado con éxito la prueba a que había sido sometido, me dormí profundamente.

Al caer la noche del día siguiente fui llamado de nuevo. Pensé que el “interrogatorio” sería reanudado. Sin embargo, ello no ocurrió. Se me hizo entrar a una oficina, que era la del comisario Faure. En ella estaba una delegación del Círculo de Periodistas. La formaban Juan Emilio Pacull, Andrés Hidalgo y Mario Sáez. Me sorprendí gratamente al verlos. Yo noté inmediatamente que ellos, por su parte, se impresionaron al ver el estado en que me habían dejado con los golpes. Tenía morada gran parte de la cara. Además, desde hacía cerca de 40 horas no había ingerido ni siquiera un vaso de agua. Lily me había llevado comida y un par de frazadas, pero sólo me las entregaron después que se fue la delegación del Círculo.

Tuve la impresión de que el comisario Faure ignoraba el estado en que me hallaba, pues, de conocerlo, creo que al menos habría diferido la entrevista. Medio turbado se apresuró a decir que generalmente los presos se golpean en los calabozos para culpar de ello a la policía y lograr siquiera un traslado a la enfermería.

—Pero mi caso no es ese— le dije en tono categórico, y relaté brevemente las torturas de que fui objeto.

No continuaron flagelándome y me trasladaron al gimnasio de Investigaciones. Allí permanecí como 15 días, junto a Juan Vargas Puebla y a Eduardo Seijo. Vargas Puebla recordaba con frecuencia que había trabajado como estucador en la construcción del edificio. Seijo, nacido en Chile, pero criado en Argentina desde su más tierna infancia, había sido el dirigente peronista más destacado de los mueblistas de Buenos Aires. Desilusionado del peronismo, se hallaba políticamente cerca de los comunistas. Por esto, el gobierno lo había expulsado hacia su país de nacimiento. Fui relegado a Pitrufuquén, donde encontré otros tres confinados, un obrero de El Teniente, un empleado del Laboratorio Petrizio y un comerciante de la décima comuna. Teníamos el pueblo por cárcel, debiendo presentarnos todas las tardes a carabineros. Dormíamos en una pieza del Estadio Municipal, que nos cedió el alcalde, Luis Muñoz Monje, posteriormente Director de Investigaciones, en el gobierno de Ibáñez. Nuestros colchones eran de paja de trigo, "plumas de canario" como dicen los campesinos. Para sufragar nuestros gastos de alimentación trabajamos en dos construcciones.

En una de ellas nos tocó hacer un pozo séptico. La faena de extraer, del hoyo, tierra, ripio y bolones era bastante agotadora. Nos cansábamos como perros, lo cual tenía la ventaja de hacernos dormir toda la noche sin sentir las picadas de las pulgas que había por centenares en la habitación del estadio.

La dictadura ya se había desgastado tras dos años y tanto de gobernar al país a fuerza de estados de sitio y leyes de facultades extraordinarias. Un movimiento reivindicativo de empleados, que tuvo lugar al terminar el verano, reunió en torno suyo a la mayoría del pueblo y obtuvo, entre otros logros, la liberación de los presos de Pisagua y de todos los relegados. Salí, pues, en libertad pasados dos o tres meses de haber sido enviado a Pitrufuquén. De regreso a Santiago pasé a ver a mi madre que se hallaba en el predio de Cabrería. Para evitarle un sufrimiento mis hermanos le habían ocultado la noticia de mi relegación. Lily, con Luis Alberto y Lily Angelina, los dos hijos mayores, se habían arranchado en la casa de su hermana Manuela. Al volver yo a Santiago, decidimos arrendar un par de piezas. En su búsqueda anduvimos de la ceca a la meca toda una semana.

—¿Ustedes son solos o tienen hijos?— nos preguntaban donde íbamos.

—Tenemos dos pequeños—respondíamos.

—¡Ah, que lástima!, a mi me gustan mucho los niños—nos dijo una señora—, pero, ya ven, tengo estas plantitas y los chicos las hacen tira.

—Lo siento —nos dijo otra—, pero mi marido trabaja de noche y necesita tranquilidad para dormir en el día.

—No puedo arrendarles —expresó una tercera—. Ustedes ven, el patio es tan pequeño y no hay dónde tender la ropa.

Me encontré con el periodista Franklin Quevedo. Me dijo:

—¿Y por qué no te construyes una mediagua?

—Porque no tengo sitio

—Yo te consigo uno.

Dicho y hecho, Franklin Quevedo me consiguió uno prestado. Pertenecía a Luis Miranda Larrahona, funcionario de la Sección Madre y Niño del Servicio Médico Nacional de Empleados. El personal de este servicio había comprado sitios en un loteo en La Cisterna. Miranda tenía uno. Por aquí y por allá conseguí algunos materiales. Andrés Escobar, tesorero del Comité Central, me dio algunas puertas y ventanas, que se hallaban en la casa de la calle Lira, que había pertenecido a don Tancredo Pinochet y que el Partido adquirió para instalar la imprenta de "EL SIGLO". Ésta era de dos aguas, tenía sólo dos piezas y panderetas de adobes amarrados con alambres a los pies derechos sin cielo raso y con piso de tierra. Carecía de luz eléctrica. Nos alumbrábamos con velas o con una lámpara a parafina que mis suegros habían traído desde Iquique. Tampoco tenía agua potable. La íbamos a buscar al pilón de la esquina. La casa esta situada a dos cuadras al poniente de Gran Avenida, entrando por 18 de septiembre, paradero 28 y medio.

Con la ayuda de mi suegro, pues los padres de Lily se fueron a vivir con nosotros, hice un pozo negro, una cocina, cerqué el sitio con estacas y alambres, lo planté con árboles frutales y sembré papas, porotos y verduras. Ya en la primavera, la casita, blanqueada a la cal, y el huerto, se veían muy hermosos. Estábamos tranquilos y felices. Pero un domingo, llegó un señor a ponernos de vuelta y media.

—¿Quién los autorizó para instalarse en este sitio?—nos preguntó airado.

—Su dueño —le respondí.

—El dueño soy yo — me dijo.

—No señor. Es Luis Miranda Larrahona.

—Le digo que no. El sitio de Miranda es otro.

Aclaradas las cosas resultó que Miranda se había equivocado. Hicimos lo posible por llegar a un acuerdo con el verdadero propietario del sitio que ocupábamos. Le propusimos cambiarlo o que nos pagara la mejora. No hubo arreglo en nada. No tuvimos mas que remedio que deshacer nuestra ranca y construir de nuevo en el sitio donde correspondía.

La nueva casa la hicimos de 4 piezas y con mejores materiales, pero tardamos varios años en dejarla más o menos habitable. El primer invierno

que pasamos en ella sólo dos piezas tenían techo, y le faltaban todavía varias puertas y ventanas. Yo había dispuesto que una pieza tuviera cuatro puertas, otra dos y tres las restantes. Además, casi todas llevaban ventanas.

—¿No te parece que son muchas las puertas?—le preguntó Lily al arquitecto Raúl Barrenechea un día que éste fue a vernos.

—Está bien —le dijo.

Yo me sentí victorioso en esta disputa con mi esposa. Lily quedó convencida que el arquitecto amigo había ocultado su verdadera opinión ante mí por un respeto mal entendido. Días después, al encontrarse con Barrenechea en el centro, volvió sobre el tema. Entonces le declaró que efectivamente había un exceso de puertas.

—¿Y por qué no se lo dijiste a Lucho?

— ¡Cómo se te ocurre! ¿Para qué iba a molestarlo?

Inflada, triunfante, Lily llegó a la casa a contarme este encuentro. Con el tiempo tapiamos algunas puertas.

No hacía todavía un año de la muerte de Fonseca, cuando el Secretario de Organización del Comité Central, Luis Reinoso, fue expulsado por organizar una fracción y promover una política aventurerista. Consistía en la llamada acción directa. En razón de esta se alcanzaron a organizar algunos grupos de choque que asaltaron panaderías y repartieron gratuitamente el pan entre los vecinos.

Tal política frenaba la lucha de masas, la sustituía por la de grupos pequeños, aislaba al Partido, obstaculizaba la ruptura de la ilegalidad, acrecentando torpemente el número de los que caían en las redadas policiales.

Reinoso se las había ingeniado para enviar a uno de sus hombres, Benjamín Cares, al Congreso Mundial de la Paz que se celebró en Varsovia. Con él envió un documento, dirigido a varios partidos comunistas, en el que atacaba la línea y la dirección del Partido. Neruda se hallaba en ese Congreso. Conoció el documento, no precisamente por Cares. Se dio cuenta de inmediato que se trataba de una conspiración contra el Partido y se lo hizo llegar a Galo González, que había reemplazado a Ricardo Fonseca en la Secretaría General. La prueba de la felonía levantó la indignación de los militantes contra el grupo divisionista que se redujo a unos cuantos pelagatos y, tras de ser expulsados, se extinguió con el tiempo.

Después de ser aventada la fracción de Reinoso, un miembro de la Dirección del Partido me dijo que nuestra preocupación fundamental debía ser la de luchar, pero sin que ello acarreará nuevas víctimas. Le expresé mi desacuerdo con sus puntos de vista y luego hablé con Galo González. Éste comprendió que tal posición era incorrecta, pues también conspiraba contra el desarrollo del movimiento de masas y la lucha por la legalidad del

Partido. Se debía, claro está, cuidar a los militantes, no lanzarlos a las patas de los caballos, enseñarles a combatir en las condiciones más difíciles y ser inflexibles en la aplicación rigurosa de las normas del trabajo clandestino. Pero no hay lucha sin sacrificios, sin cierta cuota de combatientes que caen bajo los embates del enemigo.

Con Galo González me veía dos veces a la semana. Juntos trabajamos en informes y artículos. Editamos clandestinamente la revista del Comité Central, "PRINCIPIOS". El me encargó escribir la biografía de Ricardo Fonseca.

Una verdadera proeza fue, en la ilegalidad, la edición de "CANTO GENERAL". Américo Zorrilla montó un excelente aparato para mover de una a otra parte el personal especializado y el material necesario. Los pliegos se doblaron en casa de un cura que tenía una pequeña parcela en Conchalí. Una vez terminado el libro, la edición se distribuyó en diferentes casas y se organizó su venta. La mayor parte se guardó en un fundo de la cordillera de Santiago, que consiguió Víctor Bianchi. Este trabajaba en la Sección Bienes Nacionales del Ministerio de Tierras y había participado eficazmente en la salida clandestina de Neruda hacia territorio argentino, por el sur de Chile. Yo conocía a Bianchi, porque en un tiempo colaboró en "EL SIGLO" con caricaturas. Fui encargado de hablar con él precisamente para guardar CANTO GENERAL. También me correspondió ser corrector de pruebas del libro, junto con Rodolfo Donoso. Parte de este trabajo lo hicimos en un departamento que Olga Urtubia ocupaba en la calle Victoria Subercaseaux, frente al Santa Lucía y al lado de una Comisaría de Carabineros. Viajé, además, hasta Puerto Montt, organizando la venta del libro. Pablo, tan sensible como era a las cosas del Partido, quería esta edición de su obra por sobre todas las otras que se habían hecho en muchos otros países, a pesar de que algunas de ellas son muy hermosas desde el punto de vista gráfico.

A comienzos de 1952 empezó a pasar a primer plano la elección presidencial para suceder a González Videla. Se establecieron vínculos con el Partido Socialista Popular para llevar un candidato común. Pero el Partido Socialista Popular, dirigido por Raúl Ampuero, proclamó la candidatura de Ibáñez y no continuamos las conversaciones. Un sector encabezado por Salvador Allende no aceptó a Ibáñez y se pasó al Partido Socialista de Chile. Juntos postulamos la candidatura de Allende. Este obtuvo poco más de 50 mil votos. Como no tenía chance alguna, las fuerzas se polarizaron entre Arturo Matte y Carlos Ibáñez, que resultó vencedor por amplia mayoría. Pero esa candidatura de Salvador Allende dejó establecida una posición de principios que se transformó, con el correr de los años, en una alternativa verdaderamente revolucionaria y de masas. Por esos días me encontré una

vez más con Joaquín Martínez Arenas, quien me dijo que Ibáñez era un caballo sin jinete y que el Partido Socialista Popular lo cabalgaría y llevaría las riendas. Los hechos demostraron que ésta era una opinión equivocada.

Antes de la asunción de Ibáñez reanudamos la publicación de "EL SIGLO", bajo la dirección de Orlando Millas. Se me pidió escribir el editorial del primer número de su segunda época. Lo hice bajo mi firma y le puse de título "Como decíamos ayer...", las palabras con que Fray Luis de León reinició sus clases en la Universidad de Salamanca después de estar alejado de ella por cumplir una prisión de varios años. Tanto Lily como yo volvimos a formar parte del personal del diario, pero mi responsabilidad principal siguió siendo la de encargado del trabajo, de propaganda del Partido.

Con la candidatura de Allende había surgido el Frente del Pueblo, integrado por el Partido Comunista, el Partido Socialista de Chile, el Partido Democrático y el Partido del Trabajo. Además, se había restablecido la unidad sindical con la creación de la Central Única de Trabajadores. La situación le permitió al Partido actuar semilegalmente durante algunos años. Mas aún, su palabra empezó a expresarse en algunos órganos de prensa. Yo aproveché mis relaciones con los periodistas para entregar informaciones sobre la opinión del Partido respecto de materias que iban constituyendo la actualidad política. Recuerdo muy bien que en la revista "VEA", por ejemplo, se publicó una entrevista a Galo González. La hice yo mismo y se la pasé a Jenaro Medina, su director. Era un golpe periodístico y éste la aceptó gustoso.

En la primera mitad del año 1955, el gobierno de Ibáñez arremetió contra el movimiento obrero y el Partido. En una de las incursiones de la policía tuve que "fondearme". Mi casa fue allanada. Los "tiras" se llevaron todos mis libros. Poco después, en el mes de junio, viajé por primera vez a la Unión Soviética, con documentación falsa, porque el Ministerio del Interior, en manos de Carlos Montero Schmidt, había dado instrucciones al Gabinete de Identificación para que se negara pasaporte a los miembros del Partido y a otros sectores de izquierda. Salí hacia Argentina con carnet falso. Mi foto, con el número de otro carnet, me la tomó Antonio Quintana, que arrendaba un departamento en la calle Obispo Orrego, cerca de la plaza Italia. De Santiago partí hacia Puerto Varas, donde me alojé en el Hotel de Turismo. Al día siguiente tomé un bus hacia Petrohué. Desde allí crucé en lancha el lago Todos los Santos para dormir en Peulla. Aquí está la aduana chilena y el control policial. Los pasé sin dificultad. En otro bus, más pequeño, y con un implemento adecuado para abrirse camino en la nieve, crucé la cordillera hasta llegar a Laguna Fría, el primer puerto fronterizo argentino. Allí estaba, al medio día, cuando por radio se escuchó la noticia de un golpe militar contra Perón. Este tambaleó, pero no cayó. Su caída

ocurriría meses más tarde. Desde Laguna Fría seguí hacia Bariloche, primero por tierra y luego en un barquito, a través del Nahuelhuapi. Cuando en la tarde del día siguiente fui a la estación para tomar el tren nocturno hacia Buenos Aires, el boleterero me dijo que las camas se habían agotado. Entonces recurrí a un santo y seña que Galo González me había dado.

—*Vengo viajando desde hace tres días* —le dije— *y mucho le agradecería avisarme si alguien desiste viajar y queda vacante alguna cama.*

Tal era la frase clave. El tipo me guiñó el ojo. Esperé unos minutos y luego me hizo un gesto para que me acercara a la ventanilla. Pagué la cama y a él, adicionalmente, cincuenta “nacionales”. El tren en que viajé partió con las luces apagadas. Había inquietud entre los pasajeros, pero no ocurrió nada en el trayecto. Bahía Blanca dormía cuando la pasamos.

Alrededor de un mes estuve en Buenos Aires. De allí viajé en avión hacia Sao Paulo y de esta ciudad en tren hasta Río de Janeiro, haciendo uso todavía de mi carnet de chileno. Recién, en la capital carioca, debía recurrir al pasaporte, que también era falso. Éste tenía una falla. En él no aparecía el timbre de entraba a Brasil. El empleado de Panair do Brasil se extrañó mucho.

—¿Cuándo llegó y por qué vía?

—Hace tres días —le dije—. Crucé la frontera por Uruguayana

Telefoneé a la policía marítima y tuve que presentarme ante ella.

Insistí en que había entrado por Uruguayana (puerto fluvial en la frontera argentino-brasilera), sostuve que no era de mi responsabilidad que allí no se timbrara el pasaporte, que venía mucha gente al Congreso Eucarístico que en esos días se celebraba en Río de Janeiro, que tal vez por el exceso de viajeros al empleado de la aduana se le olvidó timbrarlo y que, en fin, en el hotel donde me hospedaba debía desocupar la habitación porque todo el establecimiento estaba reservado para los concurrentes a dicho Congreso.

Por fortuna, con este motivo, las aduanas y los policías se hallaban muy ocupados, de modo que el tipo que me atendió no demostró mayor interés en mi caso y autorizó el viaje.

Pisar la tierra soviética, escenario de la primera revolución socialista triunfante y donde el fascismo sufrió las más aplastantes y decisivas derrotas, fue para mí una alegría infinita. Estuve alrededor de tres meses en la URSS, visitando museos, fábricas, sovjoses y koljoses, abriendo tamaños ojos ante lo que veía construir para beneficio de todos. El idioma es una barrera, pero con sólo ver se comprenden muchas cosas. Vi, por ejemplo, a muchas campesinas leyendo voluminosos libros y a obreros jugando ajedrez en los parques. Esto era de por sí novedoso y decidior al mismo tiempo.

Casi un mes permanecí en Pushkin, en un sanatorio de descanso, situado a unos 20 kilómetros de Moscú. Había allí, haciendo uso de sus vaca-

ciones, un grupo de soviéticos, varios italianos, un albanés, compañeros y compañeras de distintos países. La camaradería no reconocía diferencias de lengua ni de nacionalidades. Uno de los recuerdos más gratos de mi vida fue la despedida que me dieron al salir de Pushkin. Todos formaron rondas a mi alrededor, cantaron, bailaron y me colmaron de flores.

Un día llegó Galo González a Moscú para curarse de una dolencia. Luego llegó Oscar Astudillo para operarse del estómago y más tarde Elías Lafertte, acompañado de Américo Zorrilla. A través de ellos tuve noticias de Chile y de mi casa. Con Zorrilla, Arñedo Alvarez y su compañera visitamos Stalingrado y viajamos por el Volga y por el Canal Volga-Don para llegar a Rostov y luego a Sochi, el hermoso balneario del Mar Negro.

A cargo del grupo chileno se hallaba Vasili Ermolaev, historiador, de salud frágil porque en la guerra perdió un pulmón a raíz de haber quedado varios días herido sobre la nieve. Cuatro de sus hermanos murieron en la defensa de Leningrado. Hablaba poco el español. *"Vamos esta noche al cerdo"* me dijo una tarde. Me costó comprender que me invitaba al circo. Sin embargo, le gustaba conversar. Preguntaba a cada rato por episodios y personajes históricos de Chile. Galo González y yo visitamos con él la galería Tretiakov. La guía nos fue pasando de una sala a otra, mostrándonos una por una las obras de arte. Cuando empezamos a ver la pintura posterior a la Revolución de Octubre, seguía hablando por minutos ante cada cuadro, mientras Ermolaev traducía cada vez menos. Entre ambos discutieron. Era claro que a ella, como a nosotros, le extrañaba el laconismo del intérprete. Volvieron a discutir en tono acalorado y, de repente, Ermolaev nos dijo:

—Perdonen, compañeros. Tenemos buenos pintores soviéticos. Pero la verdad es que ninguno de ellos ha alcanzado la altura de los anteriores a la revolución. Yo no puedo traducir todos los ditirambos de la guía y por eso hemos discutido.

Otro día nos llevó al Bolshoi para ver a Galina Ulánova en *Giselle*.

— Es leningradense —nos decía. Somos coetáneos y coterráneos. Yo la vi surgir como artista. Cuando era estudiante tenía su fotografía en mi pieza. Me gustaba mucho. Pero ella nunca me dio ni siquiera una mirada.

En seguida nos contó que para costear sus estudios trabajó en la promoción de espectáculos en Leningrado. Invitaba a los escritores y periodistas a las exhibiciones privadas para que luego comentaran las obras en la prensa y los círculos literarios. Pero un día, por andar tras una muchacha, no hizo las invitaciones. Reemplazó a los escritores y periodistas por sus compañeros de curso. Lo pillaron y lo echaron.

La propaganda enemiga ha distorsionado ante ciertos ojos la verdadera imagen de los soviéticos. A despecho de esa propaganda, puedo afirmar

que son hombres de carne y hueso, duros y sensibles al mismo tiempo, hospitalarios y generosos y con gran espíritu crítico. Ermolaev es uno de ellos.

Al retornar de la Unión Soviética me quedé en Montevideo alrededor de veinte días, esperando instrucciones desde Chile para saber por qué ruta y de qué modo ingresaría al territorio patrio. En Colonia tomé un barco hasta Buenos Aires y de allí viajé en el transandino. Llegué a mi casa de La Cisterna, de noche, intempestivamente. Encontré una nueva hija, Viviana Cristina, que había nacido en mi ausencia. Otro tanto sucedería años después con mi hija María Victoria.

En los primeros días de 1956, la Central Única de Trabajadores llamó a un paro general en demanda de mejores salarios. El Gobierno de Ibáñez se lanzó en picada en contra de la Central y detuvo a su directiva. Reabrió el campo de concentración de Pisagua. Allí fui a parar, junto con Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla, Juan Chacón Corona, Manuel Gallardo, Jorge Montes y otros compañeros. Entre los relegados se hallaban el dirigente socialista Oscar Waiss y los periodistas José Gómez López y Fernando Murillo.

El Círculo de Periodistas se movilizó de inmediato y antes de un mes salí en libertad, junto con los otros dos reporteros. Al llegar a Santiago, el Partido me comunicó que, de nuevo, debía viajar a Moscú para asistir, en su representación, al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Este viaje lo hice con la documentación en regla. A requerimiento de la Cámara de Diputados, el gobierno había decidido dar curso a los pasaportes retenidos, entre los cuales estaba el mío.

Tuve, pues, la oportunidad y el honor de asistir a ese histórico Congreso en el cual se denunció el culto a la personalidad y se bajó del pedestal la figura de Stalin. El hecho conmocionó al mundo entero y especialmente a los partidos comunistas que se habían educado en la veneración de aquel hombre. La "desestalinización" del Partido Comunista de Chile ocurrió sin problemas, pero no sin dolores individuales. Cual más cual menos de nosotros habíamos leído sus obras y lo mirábamos y admirábamos como representante del Partido que había abierto a la humanidad la era del socialismo y del pueblo que había aplastado al fascismo. No teníamos idea de sus crasos errores o los tomábamos como invención del enemigo. Un obrero comunista de Valparaíso le escribió a Galo González una carta, en la cual decía que no podía creer lo que afirmaba la prensa por aquellos días.

—*Son todas calumnias* —afirmaba—. *Además* —decía— *¿de donde ha salido este Jrushov que ataca al camarada Stalin? Me tinca que es un trotskista emboscado.*

El denuncia del culto a la personalidad y de otros errores de Stalin era

necesario y saludable para la sociedad soviética y el movimiento comunista. Con todo, creo que la historia no dejará a Stalin precisamente en el suelo.

En abril de 1956 se reunió el Congreso del Partido Comunista de Chile. Se realizó ilegalmente en Cartagena, en la casa de veraneo de la Escuela Domingo Faustino Sarmiento. Por las condiciones imperantes se restringió al mínimo el número de los delegados. Pero este Congreso tiene una gran importancia en la vida del Partido. Aprobó un programa, que la práctica demostró que era justo en sus líneas generales, trazó la perspectiva de la conquista del poder por una vía no armada y condujo al Partido a una nueva etapa de desarrollo.

Cuando todos los delegados, ya estaban en Cartagena, acompañé en el viaje a Galo González, pero en Maipú el auto que nos llevaba fue chocado. Llegamos con bastante atraso, lo que tenía muy inquietos a los compañeros.

El Comité Central elegido en Cartagena me designó miembro de la Comisión Política y del Secretariado, organismos en los cuales de hecho ya venía actuando.

A proposición mía, el Congreso de Cartagena acordó considerar en adelante el 2 de enero de 1922 como fecha de la fundación del Partido, es decir, el día en que el Partido Obrero Socialista, en el Congreso celebrado en Rancagua, resolvió tomar el nombre de Partido Comunista y adherir a la Internacional creada por Lenin. Hasta entonces se estimaba que el Partido había nacido el 4 de junio de 1912, cuando Recabarren fundó en Iquique el Partido Obrero Socialista. Sostuve la tesis de que los Partidos comunistas eran productos de la evolución social y política de sus propios pueblos y, al mismo tiempo, frutos de la Revolución de Octubre. Afirmé, además, que mantener la antigua fecha de fundación del Partido significaba considerarlo como uno de los tres o cuatro primeros Partidos comunistas que habían aparecido en el mundo, lo cual, para decir lo menos, constituía una falta de modestia. Algunos compañeros, como Orlando Millas, discreparon de mi opinión, pero ésta triunfó ampliamente.

Ahora no estoy seguro de si estuve en lo cierto y, por lo tanto, de si aquel acuerdo fue correcto.

Incuestionablemente, bajo la influencia del triunfo de la Revolución de Octubre surgieron los partidos comunistas en numerosos países. Pero lo que triunfó con ella fueron las ideas revolucionarias de Lenin en contra de las concepciones reformistas. Y sucede que el Partido Obrero Socialista ya había hecho suyos los principios de la dictadura del proletariado y del internacionalismo proletario, que son de la esencia del leninismo. El Partido Obrero Socialista estuvo contra la guerra imperialista del 14 y apoyó resueltamente la revolución socialista de 1917. Además, Recabarren y sus compa-

ñeros se declaraban comunistas antes que el Partido Obrero Socialista cambiara de nombre. Tal vez se requiera un estudio mas profundo del problema para modificar o confirmar el acuerdo del Congreso de Cartagena.

Ibáñez había llegado por segunda vez a la Presidencia de la República, prometiendo, entre otras cosas, derogar la Ley de Defensa de la Democracia, que el pueblo llamó "Ley Maldita". Transcurridos dos tercios de su período, aún no la derogaba a pesar de que los Partidos que constituían la gran mayoría del país se pronunciaban por ello. La vida había demostrado que el Partido Comunista era indestructible. No pocos esfuerzos se habían hecho para erradicarlo de las masas obreras y populares. De los minerales de cobre, salitre, hierro, carbón y cemento, de las industrias fabriles, del transporte marítimo y ferroviario se había expulsado a millares de trabajadores, militantes o simpatizantes del comunismo. Pero éste resurgía de nuevo en esos mismos lugares. Se le aventaba otra vez y otra vez aparecía. Era imposible acabar con él, como no se puede acabar con el agua que mana de una vertiente. Por el contrario, el Partido crecía y ganaba su legalidad de hecho. Convencidos que que las promesas de Ibáñez y las declaraciones políticas no tendrían valor práctico si nos cruzábamos de brazos en espera de que se hiciesen efectivas, aumentamos las actividades públicas del Partido, al mismo tiempo que sus contactos y acciones comunes con las diversas fuerzas democráticas.

Cuando falleció Galo González, sus funerales dieron lugar a una imponente movilización de masas. Bajo su dirección, luego de la muerte de Fonseca, el Partido pasó con éxito las pruebas de la dictadura y se presentó ante el país como una fuerza de nuevo en ascenso. Me correspondió despedir los restos mortales del compañero Alberto, que era el nombre de Galo en la vida clandestina. En mi discurso proclamé que el Partido había ya conquistado su libertad de hecho y que ahora la conquistaría de derecho.

El Comité Central del Partido me eligió su Secretario General. Galo González, en su lecho de muerte, le había alcanzado a decir a José González que, en su opinión yo debería sucederlo. Julieta Campusano fue la primera en expresar su acuerdo.

—Corvalán —dijo— *es un revolucionario formado por el Partido.* Y se explayó en otras consideraciones y palabras elogiosas que no puedo repetir.

En Ritoque, agosto de 1974.



1938. Parte del personal del vespertino "FRENTE POPULAR". Sentados: el poeta peruano Luis Nieto, años más tarde senador por el Cuzco; Luis Corvalán; la esposa del propietario del café "La Hípica" de Calle Eleuterio Ramírez donde se tomó la foto; de pie, el propietario del café seguido de Daniel Quiroga, Atilio Molinari y Arturo Aranís.

2. Camino de victoria

En la ruta de Recabarren

Tenía 41 años cumplidos y 26 en las filas comunistas cuando el Comité Central del Partido me eligió su Secretario General. Un tanto abrumado por las responsabilidades que asumía sólo atiné a agradecer la confianza que en mí se depositaba y a decir que si no lo hiciera bien y no superara mis limitaciones y defectos, ese Comité Central o el que lo sucediera debería proceder a nominar a otro camarada para el cargo, sin miramientos de ninguna clase.

Tales palabras eran innecesarias de acuerdo a los estatutos, pues éstos establecían —y siguen estableciendo— que es el Comité Central y no el Congreso Nacional del Partido el que elige al Secretario General y, por lo tanto, podía acordar mi relevo en cualquier momento. Pero como entre el dicho y el hecho suele haber mucho trecho, sucedía que los partidos comunistas, sin exceptuar el nuestro, no cambiaban nunca a sus Secretarios Generales a menos que mediara alguna grave enfermedad o errores mayúsculos. El cargo solía desempeñarse vitaliciamente. En el presente, los estatutos del Partido establecen que el Secretario General no puede durar en el puesto más de tres períodos de cuatro años. Es un avance. Yo lo ocupé por espacio de 31 años. Soy el que más tiempo lo ha desempeñado. Lo digo sin orgullo, pues tengo claro que, más allá de una supuesta o real idoneidad para ejercer el cargo, mi permanencia por tan largo tiempo en la Secretaría General fue producto de una mentalidad conservadora y de insuficiencias en la concepción y en la práctica de nuestra democracia interna, fallas que no advertimos ni combatimos oportuna y cabalmente.

En condiciones históricas muy particulares, cuando hay una personalidad excepcionalmente idónea que encabeza el Partido, y éste y el movimiento revolucionario están bajo el fuego graneado del enemigo, puede resultar natural y positivo que una misma persona sea el principal dirigente

por tan largo período. Pienso en Cuba cuando hago este aserto. Pero esto no ocurre en la mayoría de los casos. Suele tener consecuencias negativas que el mismo dirigente permanezca muchos años —por lo común más allá del tiempo útil— en el puesto de Secretario, sobre todo cuando existe un culto a su persona y en torno a él se agrupan amigos y cortesanos, situaciones que no se daban en mi caso.

En tanto Salvador Allende fue elegido Presidente de la República les pedí a mis compañeros de Comisión Política que consideraran la posibilidad de reemplazarme en la Secretaría General en vista de que pasábamos a ser partido de gobierno, asumíamos otras responsabilidades, empezábamos a marchar por un camino nuevo y era posible que yo no tuviera dedos para el piano en la nueva etapa que se abría. Mi petición no fue acogida y no hubo más alternativa que la de ponerle el hombro —codo a codo con mis demás camaradas— a la gran empresa en que nos comprometíamos, la de trabajar con toda el alma y el cuerpo por el cumplimiento del programa de la Unidad Popular y el éxito del Gobierno que habíamos generado junto a los otros partidos de izquierda.

En los años más duros de la represión estimé que no cabía hablar del tema. Volví sobre él cuando se acercaba el fin de la dictadura y en el Partido se operaban cambios de distinto orden. En septiembre de 1987 propuse que se considerara mi reemplazo. Me encontraba en Chile clandestinamente, tan clandestinamente que ni siquiera concurría a las reuniones regulares de la Dirección del Partido y, de hecho, la batuta ya no estaba en mis manos. Percibí entonces que mi permanencia en la Secretaría General no tenía ya el respaldo de todos mis camaradas. Y pensé que debía procederse a mi relevo como parte de un proceso de renovación de cuadros. Propuse mi reemplazo en una reunión que celebramos en una casa de la Costanera Norte de El Quisco para discutir el proyecto de informe al Pleno de Octubre. Allí expresé la conveniencia de que se procediera a mi relevo en la Secretaría General del Partido y me playé en las razones que lo hacían recomendable.

Gladys fue la primera en reaccionar.

—Eso —dijo— no está planteado para nada.

Volodia expresó que a su juicio mi planteamiento obedecía a una profunda convicción y a una conducta honesta. Después de un breve intercambio de opiniones, se resolvió discutir el asunto en otra oportunidad. Pasaron unos cuantos meses. Con fecha 25 de junio del año siguiente volví a la carga. Esta vez lo hice por escrito. Pero no tuve respuesta y, a decir verdad, nunca la requerí.

Mi salida de la Secretaría General del Partido se produjo al término

del XV Congreso, en mayo de 1989. El cargo lo había asumido en abril de 1958, tras la muerte de Galo González, en momentos en que el Partido rompía la ilegalidad a que lo había sometido la dictadura de González Videla y restablecía sólidos vínculos de masas, recuperaba fuerzas, avanzaba en la unificación de la izquierda, se ponía pantalones largos.

Los que hicieron partido

Los éxitos del Partido en los años 60 y en cualquier tiempo no se deben al trabajo de una persona ni de dos o tres. Sin mengua del mayor o menor aporte individual de cada cual, se deben al esfuerzo de conjunto de la Dirección del Partido, y a quienes nos antecedieron en la lucha, a las varias generaciones de revolucionarios que empuñaron la bandera del socialismo y el comunismo desde los comienzos del siglo, a la obra y el ejemplo de Luis Emilio Recabarren y sus compañeros.

Yo tenía sólo 8 años cuando "Don Reca" (así lo llamaban en el norte) puso fin a sus días. No lo conocí físicamente. Pero el estuvo y está siempre presente en el Partido. Personalmente, desde muy joven lo sentí como un Maestro. Llegué a trabajar a Iquique antes de cumplir los 19 años. Allí me encontré con varios de sus compañeros, como Lino Barrera, José Tristán Barrera, Juan Corro, Juan Cossio, Ismael Vicencio, Justo Monardes y Ramón Díaz. Alterné con muchos militantes del puerto y de la pampa. Todos ellos, viejos y jóvenes, tenían siempre presente al fundador del Partido, su ejemplo de luchador y sus diarias enseñanzas. Me sentí atraído y conquistado por la hermosa tradición revolucionaria de la clase obrera del Norte Grande. Me conmoví profundamente cuando escuché el relato de la matanza de la Escuela Santa María o de la masacre de La Coruña. El "Canto a la Pampa" me emocionó hasta las lágrimas la primera vez que lo oí de labios de la gente nortina. Me atrajo la valentía de los comunistas. Me sedujo la gigantesca y trascendente obra de Recabarren.

Este vivió sólo 48 años, entre 1876 y 1924. En 1903, invitado por los obreros de Tocopilla, se trasladó a ese puerto para editar y dirigir el periódico "EL TRABAJO". No fue un paso dado al azar. No se fue al norte a explorar suerte y menos a la aventura. Comprendió desde temprano la colosal fuerza de cambio que se anida en la clase obrera, y se marchó a esa zona, donde ya habían surgido las primeras grandes concentraciones proletarias, para luchar por la emancipación de los trabajadores. Por eso también recorrió muchas veces toda la geografía obrera de Chile, de uno a otro extremo del territorio, llevando su palabra de lucha y esperanzas.

Supo trabajar de tal manera que los obreros tomaran conciencia de su fuerza y cada cual sintiera y supiera que podía hacer algo en interés de todos ellos.

Juan Corro me contó un día que Don Reca llamó en Iquique a un simple militante, a un obrero común, para hablarle de la necesidad de darles el máximo apoyo a los huelguistas de una oficina salitrera del Cantón Norte de Tarapacá.

—Tú —le dijo— tienes que ir a Buenaventura (que quedaba en el Cantón Sur) y hablar en el mitin de solidaridad que allí habrá mañana.

—¿Yo hablar en un mitin? Pero si no sé hablar— le respondió el compañero.

—¿Cómo que no sabes hablar —le contestó Recabarren— si en este mismo momento estás hablando? Si me dices que no sabes qué ir a decirles a los trabajadores de Buenaventura, te entiendo, pero esa dificultad la resolvemos juntos. Conversemos los dos de qué se trata y vas a esa oficina a recabar apoyo a los compañeros en huelga.

Y ese obrero sencillo, fue y habló, y continuó al lado de don Reca, aportando cada vez más a la lucha en la medida que descubría sus propias capacidades. Así fueron surgiendo y formándose las primeras falanges comunistas.

El escritor Andrés Sabella, que tenía por Recabarren y la clase obrera del salitre un cariño entrañable, me contó otro hecho que habla también del trabajo de hormiga, tenaz y paciente del fundador del Partido y de su profunda fe en la causa revolucionaria.

Don Reca tuvo que salir del diario una tarde para ir a dar una charla a un local cercano. Fracasó la charla por falta de público, hecho que se conoció rápidamente en la Imprenta, de modo que cuando regresó Recabarren un compañero le preguntó, con su qué, cómo le había ido.

—Bien— le respondió don Reca con su calma de siempre.

—¿Cómo bien cuando la charla fracasó porque no fue gente?

—Efectivamente —replicó— la charla no se hizo. Pero no me fue mal, pues conversé largamente con un grupo de obreros que concurrieron a la cita, y me gané a uno para la causa...

En menos de un cuarto de siglo organizó a miles y miles de obreros en mancomunales y luego en sindicatos y Concejos, arrancó la Federación Obrera de manos de los conservadores, fundó el Partido Obrero Socialista, montó innumerables conjuntos artísticos y centros culturales, dictó centenares de conferencias, escribió miles de artículos, decenas de folletos y piezas de teatro, levantó locales obreros y sedes del Partido, armó imprentas y publicó numerosos periódicos. En 1922 se publicaban, simultáneamente,

“LA DEFENSA” y “EL SOCIALISTA” de Tocopilla, “EL SOCIALISTA” de Antofagasta, “EL SOCIALISTA” de Taltal, “LA CHISPA” de Ovalle, “LA COMUNA” de Viña del Mar, “EL SOCIALISTA” de Valparaíso, “LA FEDERACION OBRERA” de Santiago, “LA CHISPA COMUNISTA” de Talca, “ADELANTE” de Talcahuano, “LA REGION MINERA” de Coronel. “Tal vez ningún país latinoamericano y relativamente pocos en el mundo escribió Hernán Ramírez Necochea—llegaron a tener una prensa comunista que igualara en magnitud a la que se editaba en Chile”.

Recabarren tuvo que enfrentar mil dificultades y ante todo la furia y represión de las clases dominantes y de los señores del imperialismo. Sufrió prisión tras prisión y vio como la soldadesca, obediente a las órdenes de los gobernantes, descargaba sus fusiles contra los obreros y entraba a sus imprentas derribando chivaletes, empastelando las tipografías, destruyendo las prensas. Si pudo encarar con éxito la resistencia de las clases dirigentes a todo lo que significara organización y conciencia de los trabajadores fue, ante todo, porque se apoyó en el pueblo obrero que, por aquel tiempo, comenzaba a tener conciencia de su condición de clase explotada y de la necesidad de transformar la sociedad existente. Y porque buscó y tuvo su respaldo pudo llevar a cabo la colosal obra creadora que nos legara.

Presidente del Partido era Elías Laferte Gaviño cuando asumí la Secretaría General. Compañero de lucha de Recabarren, cofundador del Partido Obrero Socialista en 1912, Elías tenía solo 12 años al comenzar su peregrinaje por la pampa del salitre. Allí desempeñó múltiples oficios. Fue matasapos en la oficina La Perla, herramientero en Agua Santa, oficial de Maestranza en Puntunchara, particular en Rosario, arreador y marcador de sacos y angarillas en las minas de plata de Huantajaya, ayudante de tornería en el Ferrocarril Salitrero, minero en Collahuasi, obrero de la fragua en la oficina Argentina, ayudante de mecánico en la Ramírez, calderero en Resurrección, chanchero en Santa Laura. No necesitó preguntarle a nadie por la explotación capitalista, pues la conoció en carne propia. Pero también conoció la solidaridad entre los obreros y su afán apasionado de alcanzar la justicia y la cultura.

Apenas fui elegido Secretario General del Partido, Elías me acompañó en una inolvidable gira por el Norte Grande. Conocía la pampa de Tarapacá y Antofagasta como la palma de su mano. Ya habían apagado sus fuegos y habían sido desguazadas la mayoría de las oficinas salitreras, incapaces de resistir la competencia del salitre sintético. Allí donde hubo vida pasó la muerte y sólo dejó algunas paredes derrumbadas, calaminas insertibles y latas de conservas diseminadas por el suelo. Pero Elías las recordaba una por una.

—Aquí estuvo Camiña, allí Rosario de Huara o Peñachica, acá Buenaventura o Marusia— me decía, mientras con su mano estirada señalaba el lugar preciso donde se habían levantado esas factorías salitreras y el vehículo en que viajábamos iba de uno a otro punto, de una a otra de las oficinas sobrevivientes. Tenía una memoria prodigiosa, que él la atribuía a las pasas que consumía a toda hora.

Cuando almorzamos en Pozo Almonte vio en la pared un afiche, con sus colores ya diluidos por el tiempo, que anunciaba la presentación en Iquique de una famosa compañía española de zarzuelas. No hizo más que verlo y empezó a tararear una de las melodías que ese elenco trajera cuarenta años antes.

Le gustaban el canto, el teatro, la danza. Con un donaire y gracia que dejó pasmadas a las 60 mil personas que en 1946 se reunieron en el Estadio Nacional para proclamar candidato a Presidente de la República a Gabriel González Videla, bailó en el centro mismo del inmenso campo deportivo una cueca de antología con Margot Loyola, una cueca nortina en la que los pies se sacan hacia adelante. Era, como se dice, todo un caballero. Vestía terno completo, camisa blanca, corbata con prendedor y usaba polainas en los días fríos. Era muy gentil con las compañeras y cariñoso con los niños. Sabía usar muy bien el arma de la ira contra las injusticias sociales y los abusos de los patrones, y también contra los defectos en el Partido. No toleraba los atrasos a las reuniones del Comité Central o de la Comisión Política. Concurría asiduamente a las reuniones de su célula y siempre estaba con la cotización al día.

Entre sus cualidades más sobresalientes estaban su sencillez, su modestia, su constancia en la lucha y su fidelidad a toda prueba a los intereses de su clase y a la causa del comunismo.

Durante los regímenes burgueses más reaccionarios pasó muchas veces por las infectas prisiones, en el Cuartel de Investigaciones soportó los "hábiles interrogatorios" del siniestro Ventura Maturana o de Waldo Palma y padeció tormentos atroces. Estuvo confinado en Isla de Pascua, en Isla Mocha y en Más Afuera. A esta última fue a parar por la osadía de haber sido el único candidato opositor a Carlos Ibáñez del Campo en las elecciones presidenciales de 1927. Durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri, días después de la gran huelga ferroviaria de febrero de 1936, fue desterrado a México junto con el dirigente estucador Víctor González. Hallándose en el exilio, fue elegido senador por Tarapacá y Antofagasta en las elecciones de marzo del año siguiente.

Cuando en 1956 fue requerido por un Ministro de Corte a raíz del X Congreso del Partido, celebrado clandestinamente en Cartagena, respondió con entereza y laconismo:

—No concurrí a él por razones de salud —le dijo— pero hago mío todo lo que allí fue decidido.

Después de Recabarren, Elías Lafertte es el más notable dirigente obrero surgido de las entrañas de la clase obrera chilena.

De aquel Comité Central que presidía Lafertte, el primero del cual fui Secretario General, formaban parte fogueados luchadores y magníficos compañeros que en un alto número procedían de la clase obrera, de las minas, de las fábricas, del transporte y otros servicios. Los demás venían de las capas medias. Pocos habían tenido la oportunidad de alcanzar la educación superior, otros sólo la enseñanza secundaria y otros, los más, ni siquiera tenían completos sus estudios primarios.

Recuerdo con especial afecto a tantos y tantos compañeros que nunca se sintieron abatidos ante la magnitud de los problemas y de las dificultades y que sólo la muerte pudo derrotarlos, entre ellos, Juan Chacón Corona, Santos Leoncio Medel, Oscar Astudillo, Víctor Díaz, José González, Roberto Lara y Esteban Delgadillo, formados en la escuela de la lucha de clases y entregados sin regateo a la causa del comunismo. Todos ellos tuvieron una vida de sacrificios y heroísmo e hicieron Partido, sin esperar reconocimiento alguno ni otra recompensa que no fuera la propia satisfacción de saber que estaban trabajando por un ideal hermoso.

En forma muy especial quiero recordar a Julieta Campusano, la primera de las mujeres comunistas durante más de cuatro décadas. La conocí en 1937, cuando llegó a Santiago, formando parte de la delegación de Coquimbo al Congreso de la Alianza Libertadora de la Juventud. Cumplimos juntos muchas misiones del Partido dentro y fuera de Chile. En cierta ocasión, hallándonos en Moscú, la invité a almorzar con Dolores Ibárruri. Estaba feliz de haberla podido conocer personalmente. Yo le conté a la Pasionaria que Julieta tuvo su segundo parto mientras estaba presa durante el régimen de González Videla y le puso a su hija, en honor suyo, el nombre de Dolores. La Ibárruri se emocionó hasta las lágrimas y se desprendió de su prendedor de plata para mandárselo de regalo a su tocaya chilena que lo guarda como una preciada reliquia y en ocasiones lo luce orgullosamente.

Se nos fue Julieta en junio de 1991. Poco antes, en un Pleno del Comité Central, se levantó para decirles con voz entera a todos sus compañeros que tenía cáncer, que la enfermedad estaba en estado muy avanzado, se generalizaba y le atacaba todo el organismo, pero que seguiría luchando hasta el último minuto de su vida. Así era esta figura majestuosa, que conquistó la simpatía del Partido, el cariño del pueblo y el respeto de todos por su sencillez, su modestia, su tenacidad y valentía.

Sus exequias fueron una clara expresión de la alta consideración que

había por ella en todos los círculos democráticos. Ante sus restos mortales y una multitudinaria concurrencia de gente hablaron, además del Secretario General del Partido, Volodia Teitelboim, de su hija María y de Rosa Olivarez del Norte Chico, el Presidente del Senado Gabriel Valdés, el Presidente de la Cámara de Diputados José Antonio Viera Gallo y el dirigente socialista Jorge Arrate a nombre de los partidos de la Concertación. Y en ambas ramas del Parlamento se le rindieron sendos homenajes.

Cambios políticos

En los años 50 tuvieron lugar importantes cambios políticos. Terminó el período de las presidencias radicales, y el Partido de los Matta y de los Gallo, que con Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos alcanzó el más alto nivel de influencia, pasó a ocupar un papel secundario. Entró en franca decadencia la derecha tradicional formada por conservadores y liberales. Surgió el Partido Demócrata Cristiano en base a la fusión de la Falange Nacional y el Partido Socialcristiano. Y se formó el Frente del Pueblo, que levantó en 1952 la primera candidatura de Salvador Allende a la Presidencia de la República. El Frente del Pueblo derivó en el Frente de Acción Popular, FRAP, y luego en la Unidad Popular. Fue el núcleo inicial de un movimiento popular distinto a todos los que habíamos conocido. En el que la clase obrera y el pueblo eran los actores principales. Los gobiernos democráticos que antes se habían generado estuvieron bajo la hegemonía de la burguesía. Colocaban por encima de todo los intereses de esta clase social con menoscabo muchas veces de los intereses del pueblo y del país. No habían cumplido su programa o lo habían cumplido menos que a medias o en gran medida lo habían traicionado como en el caso de González Videla. Esta experiencia llevó a vastos sectores sociales, principalmente a la clase obrera, a la convicción de que en adelante debían proponerse llegar al poder y tomar en sus manos la dirección del país. La postulación de Salvador Allende respondió a esa convicción, y el Frente del Pueblo que la sostuvo constituyó la base del robusto movimiento popular que 18 años más tarde constituiría el gobierno de la nación.

Anoto otros hechos sobresalientes de la década del 50: Los socialistas, que en las elecciones presidenciales se habían ido con Ibáñez, volvieron sobre sus pasos. En 1953 se retiraron del gobierno, buscaron la reconciliación con Allende, se entendieron con nosotros y participaron activamente en la creación del FRAP y de la Unidad Popular. En 1957 el Partido Socialista y el Partido Socialista Popular se unifican. El Décimo Congreso Nacional del

PC, que a comienzos de 1956 se celebra en la clandestinidad, plantea la imperiosa necesidad de cambios revolucionarios y sostiene la posibilidad de que el pueblo de Chile acceda al poder por una vía pacífica. Con tales propósitos promueve el entendimiento entre socialistas y comunistas y entre todas las fuerzas democráticas. Ese mismo año surge el FRAP. En marzo de 1957 se realizan elecciones generales, que marcan el ocaso del ibañismo y el alza del FRAP y de la DC. La Falange Nacional y el Partido Conservador Socialcristiano se fusionan y dan nacimiento al PDC. Se logra poner fin a la Ley Maldita, la mal llamada Ley de Defensa Permanente de la Democracia, y reformar la ley electoral estableciendo la cédula única, que significó un golpe de muerte al cohecho que entonces se practicaba. En octubre de ese mismo año se realizan elecciones presidenciales. Los candidatos fueron Jorge Alessandri, Salvador Allende, Eduardo Frei, Luis Bossay y Antonio Zamorano, cura de Catapilco. Triunfa Alessandri con el 31,2 % de los votos. Allende obtiene el 28,5%. El salto fue grande. Los cambios de la década no fueron pequeños.

El General Carlos Ibáñez del Campo había sido elegido Presidente de la República en 1952 por una amplia coalición de fuerzas políticas que iban desde el Partido Socialista Popular, que reunía a la mayoría de los socialistas, hasta el Partido Agrario Laborista, en cuyo seno se agrupaba gente procedente de distintas formaciones políticas, incluidos no pocos elementos que habían sido connotados militantes y dirigentes del Partido Nacional Socialista que nació y creció, luego que Hitler escaló el poder en Alemania, haciendo pública ostentación de sus simpatías por el nazismo. La candidatura de Ibáñez capitalizó en su favor el descontento popular que provocó el gobierno de González Videla. Levantó como símbolo una escoba con la cual barrería de la administración pública hasta la menor corrupción y prometió, entre otras cosas, derogar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, la Ley Maldita, que proscribió al Partido Comunista y le quitó el derecho a voto a 30 mil de sus militantes y amigos.

El de Ibáñez fue un gobierno populista que no respondió a las expectativas que su postulación presidencial despertara en una gran parte de pueblo. Se propuso reducir la inflación siguiendo el clásico camino burgués, congelando los sueldos y salarios. En el afán de imponer su política implantó el estado de sitio y reabrió el campo de concentración de Pisagua. Pero la política, como la vida, tiene muchas vueltas. Cuando ya estaba por terminar el período presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, surgió una coyuntura que hizo posible que su gobierno cumpliera la promesa de derogar la Ley Maldita. Influyentes personajes, que lo seguían respaldando o mantenían vínculos con él, se propusieron bloquearle a la derecha el cami-

no de retorno a la dirección del país y, con tal propósito, consideraron que debía derogarse dicha ley y restablecerse el derecho a sufragio de los 30 mil comunistas y simpatizantes que habían sido borrados de los registros electorales.

Para considerar este asunto fuimos invitados a una conversación destinada a conseguir nuestro apoyo para modificar la ley electoral y la Ley de Seguridad Interior del Estado. Con tal motivo, en los últimos días del otoño de 1958, en medio de una fuerte lluvia, Orlando Millas, Jorge Jiles y yo, nos dirigimos en automóvil a casa de Arturo Zúñiga Latorre, en La Reina Alta, entonces casi despoblada. El vehículo, que conducía Jiles, se abrió paso lentamente por la calle Francisco Bilbao, enfrentando la caudalosa avenida de agua que bajaba desde la precordillera. Allí, donde Zúñiga Latorre, socialista y Ministro de Justicia en aquel momento, nos esperaban, además del dueño de casa, Darío Saint Marie (Volpone), propietario y Director de "CLARIN"; su hermano Osvaldo Saint Marie, Ministro de Relaciones Exteriores; Galvarino Palacios, senador socialista por Bío-Bío, Malleco y Cautín, y Manuel Zamorano, Director de "LA NACIÓN". El encuentro tenía como objetivo consultar y conocer la opinión del Partido Comunista acerca de un proyecto de ley que se enviaría al Congreso Nacional y que contemplaba algunas modificaciones a la Ley de elecciones y a la Ley de Defensa de la Democracia.

En la reunión en casa de Zúñiga Latorre cada cual tiró sus cartas sobre la mesa. Lo único o lo que más le interesaba a los contertulios eran nuestros votos, la devolución del derecho a sufragio a los comunistas y simpatizantes suyos que habían sido borrados de los registros electorales. Actuaban con el consentimiento de Ibáñez para llegar a acuerdo con nosotros dentro de ciertos límites. En la discusión, nosotros tirábamos la cuerda al máximo, cuidando a la vez de no cortarla. A menudo, nos pedían que no olvidáramos que se trataba de que el Presidente de la República enviara un proyecto de ley y que, por lo tanto, no había que exponerse a un rechazo de su parte. A menudo también, super interesado en que la cosa saliera, Volpone le daba virtuales instrucciones a Zúñiga Latorre acerca de cómo dejarse caer ante Ibáñez al plantearle los aspectos del proyecto que pudieran ser para él más difíciles de digerir.

Tras aquella reunión, se tomó contacto con los demás partidos políticos. Todos, salvo conservadores y liberales, convinimos en derogar la Ley Maldita y en introducirle modificaciones a la Ley electoral. En torno a estos propósitos comunes se constituyó, entonces, el Bloque de Saneamiento Democrático, que contó con el respaldo de la mayoría de los diputados y senadores. El Congreso Nacional, mediante la ley 12.927 del 12 de agosto de

1958, puso fin a las restricciones que afectaban al Partido Comunista y estableció nuevas disposiciones electorales, la más importante de las cuales consistió en la introducción de la cédula única. Esta sería confeccionada por la Dirección del Registro Electoral, en ella figurarían todos los candidatos a los cargos en disputa y se entregaría a cada elector en la mesa en que estuviera inscrito para que, tras el pupitre, marcara la cruz al o a los candidatos de su preferencia. Hasta entonces, cada partido y candidato independiente mandaba a confeccionar por su cuenta la cédula, una papeleta de un tamaño estándar, de unos 20 centímetros de alto por 10 de ancho, en la cual se imprimía el o los nombres de los postulantes a los cargos electivos. El o los candidatos eran dueños del voto, dejaban las papeletas en la cámara secreta o las repartían entre los ciudadanos. El sistema se prestaba para el cohecho de electores, utilizando las más diversas técnicas. La implantación de la cédula única fue un golpe mortal a esta práctica deleznable.

Una delegación del Partido, formada por Pablo Neruda, Julieta Campusano y yo nos entrevistamos con el Presidente Ibáñez. Este nos había perseguido brutalmente durante su primera administración (1927 - 1931) y, desde el principio, fuimos tenaces opositores de su segundo gobierno. Pero nobleza obliga. En agosto de 1958 fuimos a La Moneda para agradecerle la exitosa iniciativa que había tomado en orden a derogar la ley que nos mantenía al margen de la igualdad de derecho y pretendía marginarnos de la vida política.

A todo viento y sol

En 1959 estuve por primera vez en la hermosa ciudad de Punta Arenas. El Partido nació allí en 1912, en los días que fuera fundado en Iquique por Luis Emilio Recabarren. Se hallaba, sin embargo, muy disminuido a consecuencia de las represiones sufridas, de la desatención de parte del Comité Central y del hecho que el Partido Socialista se había convertido en la zona en un partido de masas, desplazando en gran parte al nuestro. Junto a Juan Vera, dirigente obrero detenido-desaparecido durante la dictadura de Pinochet, visité casa por casa a numerosos militantes. Un compañero de origen yugoeslavo me dijo que el problema básico del Partido era su encierro, su débil relación con las masas.

Habló plenamente convencido:

—“Si yo tengo aquí, en esta pieza, un árbol, éste —sentenció— se marchita, no crece y en definitiva muere. Pero si lo saco afuera y está a todo sol y viento, revive, echa fuertes raíces y crece robusto.”

Estas palabras me impresionaron por su belleza y su elocuencia y las tuve siempre presentes. Fueron incorporadas al informe al 11 Congreso del Partido y constituyeron para éste algo así como una regla de oro en su trabajo cotidiano.

La actividad de masas ha sido una de las características principales de los comunistas chilenos desde los orígenes mismos del Partido. Pero de cuando en cuando, especialmente en condiciones de clandestinidad, surge o resurge la tendencia al encierro y al enjimismamiento. Era lo que sucedía en Punta Arenas —y no sólo en Punta Arenas— en 1959. La cuestión principal que debíamos proponernos era sacar al Partido hacia afuera, tomando ante todo los problemas y reivindicaciones de los trabajadores. Fue lo que hicimos, mejor dicho, lo que continuamos haciendo porque ya en vida de Galo González el Partido había comenzado a navegar a velas desplegadas.

El Presidente de la República era entonces Jorge Alessandri. Era un hombre de derecha, autoritario, pero independiente en el sentido de no pertenecer a ningún partido. Lo era también en muchas de sus actuaciones. Pude comprobarlo personalmente cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, la Papelera convocó a todos los diarios a una reunión para tratar el problema de la escasez de papel. Yo asistí a ese encuentro en representación de "EL SIGLO". Alessandri explicó la situación y expuso el plan que había elaborado para un racionamiento equitativo. El representante de "EL MERCURIO" alegó a favor de un tratamiento especial para su diario, cosa que Alessandri rechazó de plano. Pasados algunos años, Elías Lafertte le solicitó un crédito en papel para nuestro diario que tenía dificultades financieras. Accedió sin mayor problema a este pedido. Todo esto ocurrió antes que fuese Presidente de la República.

A comienzos de 1960, Alessandri se jugó entero por imponer un límite del 9% en los reajustes de salarios y sueldos, a pretexto de que un reajuste mayor se traduciría inevitablemente en una inflación mayor. El movimiento obrero discrepó de ese criterio. La Central Unica de Trabajadores, que presidía Clotario Blest, se opuso a esa política y sostuvo que para detener la inflación no se precisaba someter al hambre a los trabajadores. Pero, como dice Martín Fierro, "las razones de los pobres son como campanas de palo". No tienen eco. Las razones esgrimida por la Central Unica no fueron escuchadas. En tales circunstancias se preparó, organizó y llevó a cabo la gran huelga del carbón a comienzos de 1960. La zona del carbón era el principal bastión del proletariado chileno. Los mineros de la cuenca carbonífera de Arauco libraron una de las batallas de clase más gloriosas e históricas. Con anticipación juntaron víveres, especialmente legumbres, azúcar, sal, manteca y sobre todo harina para que no faltara el pan de cada día, el sabroso pan

minero. Como en 1947, cuando enfrentaron a la dictadura de González Videla o como en la huelga grande de 1922, cuando los mineros de Lota y de Puchoco Rojas, Coronel, dejaron de lado las rencillas y se unieron contra la explotación capitalista. Esta huelga de 1960 se extendió por espacio de 86 días. Tuvo un impresionante respaldo solidario. Desde todas las provincias se enviaron caravanas de camiones con víveres para los mineros y sus familias y se evacuaron miles de niños para aliviar la situación de cada hogar.

Casi todos los medios de publicidad fueron utilizados para atacar la lucha de los mineros y tratar de convencer al país que un reajuste de salarios superior al 9 % sería contrario al interés de todos los chilenos. En estas circunstancias se produjo el terremoto de mayo de aquel año, que azotó fuertemente a la zona y que se repitió con mayor fuerza al día siguiente con efectos aún más devastadores, sobre todo en la región de Valdivia. Los mineros apuntalaron sus casas semiderrumbadas, lloraron y sepultaron a sus muertos y prosiguieron la huelga. Los acusaron de antipatriotas. Luego, en la prensa y la radio y en la TV que recién nacía, se emprendió una campaña, orquestada por una misma mano, dirigida a hacer creer al país entero que los mineros querían volver al trabajo y que no lo hacían por temor a sus dirigentes, en su mayoría comunistas, que ejercían sobre ellos — sostenían — una suerte de dictadura o terror psicológico.

En esas condiciones los mineros resolvieron marchar hacia Concepción. Participé en esa marcha junto a Jorge Montes, diputado, Galvarino Melo, Secretario General de la Federación Minera y Clotario Blest, Presidente de la Central Unica de Trabajadores. También estuvieron en ella el diputado socialista Albino Barra Villalobos, el diputado radical Duberildo Jaque y el demócrata cristiano Tomás Pablo Elorza. Viajé a la zona junto con Don Clota. Lo pasé a buscar a su casa de calle Eyzaguirre a eso de las 7 de la tarde del día anterior a la marcha. Nos dirigimos al sur en un Fiat 110 que manejaba Luis Aguirre, viejo pampino de Antofagasta que, junto a su compañera, se había “mamado” los 18 meses que duró el campo de concentración de Písagua en tiempos de González Videla. Llegamos a Lota a eso de las 2 de la mañana. La población no dormía. Las luces de sus casas permanecían encendidas y mucha gente, sobre todo los jóvenes, se hallaban en las calles, a la espera del inicio de la marcha. Su partida estaba fijada para las 8 de la mañana, pero empezó antes, encabezada por una banda de músicos, la banda de las Juventudes Comunistas, y los dirigentes sindicales y políticos. En menos de ocho horas recorrimos los 30 y tantos kilómetros que separan Lota de la capital penquista. El cineasta Sergio Bravo llevó esa marcha al celuloide produciendo un emocionante film documental con la robusta voz

de Francisco Coloane en el libreto. Fue visto por miles y miles de chilenos. En ese entonces, en el país no se procesaban las películas. Había que hacerlo afuera. En Buenos Aires y en Moscú se sacaron varias copias que se fueron desgastando con el tiempo. El original se halla perdido.

El despertar campesino

En los últimos años del gobierno de Alessandri el campesinado chileno se puso en pie de lucha. Se multiplicaron y desarrollaron sus organizaciones, se sucedieron pequeñas y grandes huelgas y marchas, especialmente en la zona central de Chile, donde se asentaba el poderío de los latifundistas. La Democracia Cristiana y los partidos de izquierda, el comunista en primer término, alcanzaron una amplia influencia en las masas trabajadoras del agro.

En este frente tuvimos figuras señeras como José Bascuñán Zurita y Juan Chacón Corona, que durante muchos años saltaban a hurtadillas las cercas de los fundos para llegar a las casas de los inquilinos y obreros agrícolas o como José Campusano, Sergio Villalobos y Juan Ahumada Trigo, que se destacaron en la organización de los trabajadores del campo. Pero, igual que en todos los terrenos de nuestra lucha, mientras el trabajo campesino fue atendido sólo por las comisiones respectivas y uno que otro voluntario, los éxitos eran relativamente limitados. El viraje se produjo cuando el Partido, como tal, lo hizo suyo y se propuso la tarea de lograr una influencia de masas en el campo. Se empezó por publicar el periódico "EL SURCO" a cargo de Juan Ahumada Trigo y por encomendarle a sus organizaciones territoriales urbanas atender determinadas comunas agrarias. Fueron muchas las células que "apadrinaron" uno u otro sector campesino. La célula en que yo militaba, la Estrella Solitaria, fue encargada de establecer relaciones con los trabajadores agrícolas de Alhué, el mismo Alhué del hermoso libro de José Santos González Vera. Durante un buen tiempo, cada fin de semana, dos o tres de sus militantes, entre ellos Sergio Insunza, Fernando Ostornol y Sergio Volosky, llegaban hasta aquella aldea cercana a Melipilla y trababan amistad con los pobladores. En nuestra "base" militaba un dentista que se ofreció para ir cada quince días a esa localidad y atender gratuitamente a sus habitantes. Para esto se requería encontrar y adquirir una máquina dental, cuyo torno accionara a pedal, pues en Alhué no había electricidad. Felizmente se encontró y se compró. Cada sábado que atendía este dentista acudía medio mundo a solicitar sus servicios. Simultáneamente, en otro sector de Melipilla, hacía su trabajo otra célula de Santiago. En ella

había un veterinario, Hugo Díaz, el "Ronco" Díaz, prominente profesional que modestamente entregaba sus conocimientos a los campesinos. Estos criaban ovejas. En ellas hacía estragos la sarna, hasta que la célula del "Ronco" Díaz llegó a ese sector a bañarlas cuantas veces fue necesario con los elementos indicados, y por supuesto que les enseñó cómo hacerlo a los campesinos. Por ese camino se ampliaron las relaciones de amistad y se entablaron conversaciones políticas con la gente de ambos lugares. El fruto de esta labor fue el surgimiento de nuevos sindicatos y comités campesinos y un buen grado de simpatía hacía el Partido. El contacto directo con los trabajadores del campo permitía, ante todo, conocer sus problemas concretos y, a partir de ellos, realizar el correspondiente trabajo de agitación, propaganda y organización, pisando tierra firme.

El despertar del campesinado chileno resonó más allá de las fronteras patrias. Cierta vez, en Montevideo, en una reunión del activo nacional del Partido Comunista del Uruguay, un compañero me preguntó cómo nosotros habíamos logrado éxitos en el campo. Le dije:

— Le voy a responder con tres palabras. Cuando pronuncié esta frase pensé que podía aparecer pedante. Pero no tuve más que continuar y añadí entonces:

— ¡Yendo al campo!

Hubo aplausos. Todos comprendieron que el secreto de todos los éxitos está en acometer las tareas y no quedarse en las palabras.

Yo aprendí estas verdades viendo y compartiendo el trabajo, la labor tesonera y cotidiana de miles y miles de comunistas y escuchando la sabia palabra de dirigentes como Bernardo Araya, que en las reuniones del Comité Central solía decir que hacían un simple "*juego de piernas*" aquellos que hablaban de una y otra cosa sin ir a lo concreto, o como Santos Leoncio Medel que sostenía a menudo la necesidad de "*bajarse del caballo*" para pisar tierra y llevar las ideas a la práctica o como Juan Chacón Corona que alegaba en favor de que el Partido siempre estuviese "*donde las papas queman*", en el fuego de la lucha por los intereses de su clase y de su pueblo.

La Revolución Cubana

Después de las guerras de la independencia, no pocas revoluciones tuvieron lugar en varios países de América Latina y no pocas veces sus pueblos se alzaron hasta echar abajo brutales dictaduras. Pero en todos los casos, la causa de la democracia y la libertad fue luego traicionada o se dejó a medio camino. El imperialismo y las oligarquías siguieron domi-

nando. La revolución cubana dio, a este respecto, un ejemplo que las masas populares percibieron y apreciaron desde el primer momento. Hizo añicos la dictadura de Batista y en el acto dio inicio a profundas transformaciones. Los cambios que puso en práctica sin mayores dilaciones confirmaron las esperanzas que ella despertara. En el lapso de unos pocos años llevó a cabo una reforma agraria que terminó con el latifundio, hizo una reforma urbana en virtud de la cual cada arrendatario pasó a ser propietario de la casa en que vivía pagándola a plazo, expropió las centrales azucareras, las fábricas, las minas y los bancos, terminó con la discriminación racial de la población negra y mestiza, erradicó el analfabetismo, formó nuevas fuerzas armadas, nuevos organismos de seguridad y armó al pueblo para la defensa de sus conquistas. Desde el Río Grande hasta la Patagonia, los pueblos la saludaron como propia desde el mismo 1° de enero de 1959, cuando los guerrilleros comandados por Fidel Castro entraron victoriosamente a La Habana.

Fue una revolución consecuente, que atacó de raíz las causas de la miseria y el atraso y emprendió rumbo al socialismo por la soberana voluntad de su pueblo. Bajo su influencia se incorporaron a la lucha inconmensurables masas populares y alcanzaron un mayor desarrollo los movimientos antiimperialistas de América Latina y de otros continentes. El pueblo chileno sintió más confianza en la victoria del combate que venía librando en pos de profundas transformaciones sociales y por alcanzar el poder a fin de regir por sí mismo sus destinos.

El imperialismo norteamericano se vio obligado a modificar en algunos aspectos el trato hacia nuestros países. Se orientó a entenderse con sectores reformistas antes que con los más reaccionarios, y apoyó reformas que no pusieran en peligro su dominación y atrajeran a vastos sectores del pueblo evitando que éstos se decidieran por el camino revolucionario. Los norteamericanos buscaban así descomprimir la caldera social, altamente presionada en todo el continente. A este propósito respondió la Alianza para el Progreso, nombre con el cual definieron su nueva política para América Latina, ideada por el Presidente John Kennedy y que en Chile acogieran, primero el Gobierno de Jorge Alessandri, y luego, con manifiesto entusiasmo, la Democracia Cristiana.

Tuvieron algunos éxitos temporales, como la generación del gobierno de la Democracia Cristiana en Chile, que surgió con su apoyo y que a última hora contó también con el respaldo de la derecha en las elecciones presidenciales de 1964. En todo caso, se puede constatar el hecho de que, desde la consolidación del triunfo de la Revolución Cubana, los países de América Latina son, en alguna medida, políticamente más independientes,

aunque cada vez más atados a los monopolios del imperialismo en razón de la transnacionalización creciente de la economía

En abril de 1961, mil quinientos mercenarios, entrenados, armados, avituallados y financiados por Estados Unidos, con la ayuda de barcos y aviones, desembarcaron en Bahía Cochinos, con la idea de iniciar desde allí una lucha dirigida a derribar al gobierno revolucionario. Los invasores mordieron el polvo de la derrota. Fueron aplastados como ratas por el Ejército Rebelde con el apoyo entusiasta y manifiesto de las masas populares de toda la isla. En Chile y Uruguay, apenas conocida la noticia de la invasión, los trabajadores se declararon en paro en solidaridad con sus hermanos cubanos. Los trabajadores y pueblos de los demás países del continente pusieron en práctica otras acciones solidarias. La ira contra el imperialismo se hizo sentir en toda América Latina.

En esas circunstancias viajé por primera vez a La Habana en compañía de Oscar Astudillo en representación del Comité Central del Partido. También viajaron otros chilenos, entre ellos María Maluenda y Jaime Barros Pérez Cotapos.

La capital de Cuba estaba en pie de guerra. Por todas partes se veían soldados fuertemente armados y barricadas en prevención de algún nuevo ataque y como muestra de la decisión inquebrantable del pueblo cubano de defender su revolución a toda costa, bajo el lema de “¡Patria o Muerte, Venceremos!”

La revolución tenía un respaldo ciudadano impresionante. Una buena parte de la población de Cuba es negra o mestiza y sufría una discriminación muy odiosa que ni siquiera podía acceder a las piscinas. Estaba feliz con el cambio. Bajo la dictadura batistiana la corrupción era tremenda. Los barbudos representaban la decencia. Por primera vez el pueblo tenía un gobierno honesto. La famosa frase del Che Guevara, —“*en Cuba se puede meter la pata pero no las manos*” — daba cuenta de la limpieza de los nuevos gobernantes. Le pregunté a un comerciante de la Manzana de Gómez, un sector donde se vendían prendas de vestir, si no temía de que en algún momento su tienda pasara a manos del Estado. Reaccionó como un patriota.

— Por primera vez — me dijo — tenemos un gobierno de gente honrada, no de ladrones y sinvergüenzas. Ellos quieren la felicidad de los cubanos. No le temo a nada. Lo que hagan será en bien de Cuba.

A dos años y tres meses del triunfo de la revolución, en ese país caribeño existían todavía varias organizaciones políticas. Por iniciativa del Partido Socialista Popular, el partido de los comunistas cubanos que dirigía Blas Roca, nos reunimos un medio centenar de dirigentes comunistas latinoamericanos. En la reunión estuvo Fidel Castro. Todos nos comprometí-

mos a promover e impulsar en nuestros países el movimiento de solidaridad con Cuba. Después de servimos como almuerzo un plato de "congrí" traído de alguna unidad militar en cajas de cartón, Fidel se acercó a conversar con nosotros, acompañado de Blas Roca. Éste nos dijo en un aparte:

—Fidel será el nuevo Secretario General del Partido.

No pasó mucho tiempo para que este anuncio se cumpliera. El Movimiento 26 de julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular, constituyeron las Organizaciones Revolucionarias integradas, ORIS, que a poco andar dieron origen al nuevo Partido Comunista Cubano.

Astudillo y yo conversamos ampliamente con Blas Roca en su casa. Visitamos "HOY", el diario del Partido Socialista Popular. Hablamos con muchos compañeros que tenían, por así decirlo, la película clara. Había que abrirse, plegar las banderas del PSP y marchar unidos a todos los revolucionarios bajo la dirección de Fidel Castro. Éste y su Movimiento 26 de julio habían dirigido la revolución y no el Partido. Tenían, además, un prestigio y una autoridad indiscutibles y estaban decididos a llevar la revolución adelante, con vista al socialismo. No había más que rendirse a estas evidencias. Pero nos encontramos también con algunos compañeros estrechos de criterio, sectarios, desconfiados. Uno de ellos era Aníbal Escalante, nada menos que el Secretario de Organización del Comité Central del PSP, que no comprendió nunca los cambios que se habían operado y la necesidad de impulsarlos. Escalante se vio obligado a abandonar Cuba. Terminó por irse a la Unión Soviética, concretamente a Ucrania, donde se radicó definitivamente. No supimos más de él. César, su hermano, a quien conocimos como miembro del Comité Central del PSP, no compartió sus posiciones y se quedó en Cuba. Murió de cáncer.

Nosotros habíamos enviado a colaborar con la revolución cubana a un espléndido grupo de economistas y otros profesionales y técnicos, entre ellos Jaime Barrios, Alberto Martínez, Albán Lataste, Sergio Aranda, Ciro Oyarzún, Leonardo Fonseca, Aníbal Suárez y Juan Jiles. Apenas llegué a La Habana me encontré con la noticia de que Jiles estaba preso. Al ingresar al edificio de la empresa eléctrica donde laboraba, dependiente del Ministerio de Industrias que dirigía el Che Guevara, en calle Carlos Ferrer hoy Salvador Allende, fue revisado igual que todos los funcionarios que llegaban a su trabajo. Portaba consigo una pequeña máquina fotográfica. Revelaron los negativos que contenía y se encontraron con fotos de barricadas, soldados y otras muestras de la movilización del pueblo cubano y de su decisión de repeler enérgicamente a los invasores. Registraron el departamento donde vivía y allí encontraron cartas en clave. No podía haber ninguna duda. "Ésta

es —dijeron— *la prueba concluyente de que se trata de un caso de espionaje*". Yo había conocido a Jiles como valioso y combativo dirigente de los estudiantes universitarios y conocía a sus padres desde los últimos años 30, cuando ellos, Jorge Jiles y Elena Caffarena, compartían su estudio de abogados con el dirigente radical Héctor Arancibia Laso. Estaba seguro de que había de por medio una equivocación mayúscula, de modo que me jugué para que las cosas se aclararan y Juan quedara libre de polvo y paja. Este estaba casado con María Inés Moreno, hija del Dr. Adolfo Moreno, que fuera diputado por Valdivia en representación del Partido Comunista. La visité en el departamento en que vivían. María me habló angustiada. Entonces conocí a su hija, Pamela Jiles. Estaba desnuda, tendida sobre su cama, completamente pilucha. (Tenía, claro está, sólo algunos meses de edad). Su madre me lo explicó todo, lo de las fotos y lo de las claves. La pequeña máquina fotográfica, que llamó la atención por corresponder a un tipo que usaron los espías alemanes durante la segunda guerra, ya estaba en el comercio en todo el mundo. Yo mismo la había visto en Santiago en un negocio de calle Bandera. Las fotos habían sido tomadas para ser enviadas a "EL SIGLO". Y las claves correspondían a las que usaba el pirata Drake, que solía recalar en la hermosa bahía de Guayacán, en cuyo borde norte está Coquimbo. Poco más al sur se halla Tongoy, donde la familia Jiles-Caffarena iba todos los años a vacacionar. En una de sus andanzas por esos hermosos rincones, Juan conoció la escritura del pirata, la aprendió y se la enseñó a María Inés. La usaron para escribirse cuando estaban de novios. Esas eran las cartas, cartas de amor, que habían encontrado en su departamento. Hablé con medio mundo para que el mal entendido se aclarara. Todos me prometieron interceder en el asunto, pero en medio del cúmulo de problemas que entonces concentraban la atención de las autoridades y de toda la gente, la investigación se fue dilatando. Algún tiempo después de mi regreso a Chile la verdad se abrió paso. Juan quedó libre, sin cargo alguno. Pero afectado para siempre.

En 1965 viajé por segunda vez a Cuba. Lo hice junto con Manuel Cantero, José Oyarce y Lily, mi compañera. Visitamos, entre otros lugares, la central azucarera Santiago de Chile, cerca de La Habana y un instituto universitario donde hacía clases nuestra compatriota la pedagoga Virginia Bravo, quien antes había estado en Guatemala, en tiempos de Jacobo Arbenz con cuyo gobierno colaboró estrechamente. Lo hizo tan bien que la reacción de ese país la llamó la Bruja Blanca del Caribe. Viajamos a Isla de Pinos, donde se hallaban algunos centenares de prisioneros que habían participado en la invasión de Bahía Cochinos. Una parte de ellos estaba en la prisión, un cuartel de 4 o 5 pisos, donde estuvo recluido Fidel Castro después del

asalto al Cuartel Moncada; los más se encontraban en establecimientos de rehabilitación, en predios dedicados a la crianza de ganado vacuno y en los cuales existía un régimen más liberal de cautiverio.

En este segundo viaje a Cuba tuvimos cinco conversaciones con Fidel y la dirección del Partido Comunista cubano, cada una de ellas de varias horas de duración. Intercambiamos informaciones sobre la situación en nuestros países y opiniones sobre los asuntos latinoamericanos. En los intervalos platicamos de un cuanto hay, de la crianza de aves, de las plantaciones de cítricos y hasta de la palmera chilena que da miel. Todas fueron conversaciones francas, abiertas y cordiales. Recuerdo que al final de estos encuentros me permití hacerle una pregunta muy directa a Fidel acerca del Che Guevara. El Che había desaparecido de la publicidad. Se especulaba mucho respecto del lugar en que se hallaba. Se decía que estaba en el Congo o en la República Dominicana que poco antes había sido invadida por las tropas yanquis. A propósito de su paradero circulaba un chiste. Se encontraban dos amigos y luego de saludarse uno le preguntaba al otro: *¿Sabes tú dónde está el Che?* Y de inmediato venía la respuesta: *"Sólo che que nada che"*. Le tiré la pregunta a Fidel advirtiéndole que conocía el chiste y que esperaba algo más que eso. Fidel se sonrió, miró a Carlos Rafael Rodríguez, a Armando Hart y a Isidoro Malmierca, como consultándoles qué nos decía; recibió de su parte una suerte de asentimiento a una respuesta amistosa, y luego nos dijo:

—*"Está, naturalmente, en alguna parte, pero no en Santo Domingo ni en el Congo. Está cumpliendo otros deberes revolucionarios por su propia voluntad. Cuando se le concedió al Che la ciudadanía cubana, pidió que ello no significara un vínculo para toda la vida con su patria adoptiva. Nos ha recordado ese compromiso, pues en él se combina una adhesión irrestricta a la revolución cubana con una vocación innata de guerrillero. Esta información es estrictamente reservada. Nada se puede decir hasta pasados por lo menos tres meses, cuando la noticia de su paradero se conozca en todo el mundo"*.

Tiempo después, el mundo entero conoció la noticia de que el Che se encontraba en Bolivia al frente de una guerrilla. Como los próceres de 1810, los héroes de la independencia americana, estaba convencido hasta la médula que la tarea de la libertad de los pueblos no tiene fronteras geográficas, no está limitada a un solo paisaje. *"Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos"* escribió en su carta de despedida a Fidel Castro, cuando el camino del combate lo condujo a otras latitudes, primero al Congo y después al altiplano boliviano. Tras su muerte, el 8 de octubre de 1967, acaecida en la quebrada del Yuro, un pequeño grupo de cubanos, bajo el acoso de sus perseguidores, más fuertes que ellos en número y en poder de

fuego, se dirigieron a la frontera chileno-boliviana con la intención de cruzarla. En ese momento, las relaciones de los comunistas latinoamericanos en general con el Partido Comunista cubano habían sufrido cierto deterioro, debido a dos factores negativos, que se alimentaban recíprocamente. Pesaban, de una parte, la tendencia a magnificar la lucha armada en general y la guerrillera en particular y, de la otra, el dogmatismo y la estrechez mental que llevaba a descalificar a priori y en contra de las lecciones de la vida contemporánea todo camino de acceso al poder que se saliera de los manuales. Aunque nosotros, comunistas chilenos, no teníamos una actitud cerrada en uno u otro sentido, éramos de alguna manera víctimas de aquel deterioro. Al menos, se habían enfriado un tanto las relaciones de nuestro Partido con los cubanos y en un momento estuvieron a punto de cortarse. Fue cuando Orlando Millas, que se hallaba en La Habana como representante nuestro a la asamblea constitutiva de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la OLAS, creyó de su deber discrepar públicamente con Fidel Castro — y así lo hizo — por un discurso que éste pronunció en esa reunión. Nosotros no compartimos la actitud de Orlando y lo desautorizamos públicamente. Numerosos periodistas lo esperaban en el aeropuerto para entrevistarle el día que regresó de La Habana. Pero no consiguieron hacerlo hablar. Yo me había anticipado a saludarlo y conversar con él. Lo esperé al pie de la escalinata del avión para ponerlo al tanto de lo que sucedía. Luego, en un Pleno del Comité Central reconoció que había cometido un error.

Yo tuve siempre un gran aprecio por Orlando Millas, por su inteligencia, su capacidad de trabajo y su espíritu de colaboración. He leído atentamente los dos tomos que se han publicado de sus memorias. Contienen valiosos aportes en los más diversos aspectos y son emocionantes las páginas que escribe cuando la muerte ya está a su lado y siente y dice que teniendo tanto que escribir le quedan tan pocos días de vida. Pero tengo que decir, por doloroso que sea, que me han golpeado profunda y negativamente varias de las apreciaciones políticas que hace en sus últimos escritos, en relación a Cuba, a la misma Unión Soviética y a varios dirigentes políticos, comprendidos algunos compañeros de nuestro Partido. Más chocante resulta esto para mí porque, habiendo trabajado tanto tiempo juntos, nunca me entregó las opiniones que conocemos ahora y yo estaba convencido que reflejaba su pensamiento la autocrítica que se había hecho en el Pleno antes citado, pues en él había dicho que compartía las observaciones que le habíamos formulado.

Después de este paréntesis, paso a recordar que, tras la muerte del Che, cuando un pequeño grupo de sus compañeros viajaban en dirección a

Chile, los cubanos acudieron a nosotros solicitándonos el apoyo logístico necesario para ayudarlos al cruce de la cordillera.

Mandamos al norte a un reducido número de compañeros capaces y decididos a cumplir la tarea como sea, encabezados por Francisco Estay, ex obrero de Cemento El Melón y ex Administrador de la Empresa Barra y Cía que imprimió "EL SIGLO" en su primera época. En Iquique, Estay hizo collera con Epifanio Flores, un aymará muy inteligente, conocedor de los pasos cordilleranos y panificador de Pozo Almonte. En una camioneta que consiguieron con Elena Díaz, Alcaldesa de Arica, partieron al encuentro de los guerrilleros, de algunos de los cuales llevaban fotografías para reconocerlos más fácilmente. Se dejó caer el famoso invierno boliviano. Las quebradas de la precordillera, generalmente secas o con hilos de agua, se habían convertido en torrentes. En vano trataron varias veces de vadearlos. Regresaron a Huara para reabastecer de gasolina al vehículo e intentar de nuevo llegar al punto de destino. En el intertanto, los compañeros del Che, que ya habían entrado al territorio chileno, fueron detenidos por personal de carabineros que contó con abundantes elementos terrestres y aéreos para descubrirlos. Estay y Flores fueron también detenidos, sin alcanzar a saber que horas antes igual suerte había corrido el grupo guerrillero. En el calabozo donde los recluyeron decidieron hacer desaparecer las fotos. Las hicieron mil pedazos y cada cual se las tragó con su propia orina para que no cayeran en manos de la policía.

Estay me lo contó en forma gráfica. Formó una poruña con sus dos manos, las bajó hasta la mitad de su cuerpo y lentamente se las llevó a la boca.

—Las fotos — me dijo — las manducamos con agua de pajarito.

Los guerrilleros cubanos fueron detenidos por carabineros y traídos a Santiago. Luego quedaron en libertad. Para retornar a su patria sólo tuvieron una posibilidad: viajar por Tahití-París y finalmente La Habana. Salvador Allende, que era entonces Presidente del Senado, los acompañó en todo momento, mientras estuvieron en Chile y en su viaje a Cuba.

La juventud

En la década del 60 la juventud chilena se convirtió en una fuerza social y política de magnitud considerable que jugó un papel de primer orden en la lucha por los cambios. Masas de jóvenes participaron activamente en la solidaridad con Cuba, en la lucha en contra de la invasión norteamericana a Santo Domingo y en apoyo del pueblo de Vietnam agredido por el

imperialismo yanqui. La revolución cubana, Fidel y, sobre todo el Che Guevara, del mismo modo que el heroísmo de los vietnamitas, impactaron profundamente a los jóvenes de todo el continente.

Junto a los partidos de izquierda o a la Democracia Cristiana, miles y miles de jóvenes chilenos se movilizaron en las campañas electorales en favor de transformaciones progresistas y de sus propios derechos. Desde los dos extremos del territorio nacional más de 100 mil jóvenes convergieron hacia Santiago en la Marcha de la Patria Joven, organizada por la candidatura presidencial de Eduardo Frei Montalva.

Las Juventudes Comunistas de Chile se transformaron en la más importante organización política juvenil. Llegaron a tener más de 80 mil militantes. La reforma universitaria se impuso a través de una intensa movilización de los estudiantes que terminaron por respaldar las posiciones sostenidas por nuestros jóvenes. La Jota pasó a ser la organización más influyente en la Universidad de Chile y en la Universidad Técnica —hoy Universidad de Santiago— cuyas Federaciones de Estudiantes eligieron Presidentes comunistas, situación que se ha dado nuevamente en 1996.

Las Juventudes Comunistas fueron, en sus comienzos, una suerte de partido de jóvenes graves. Bajo la dirección de Ricardo Fonseca se dio la batalla, a fines de los años 30, por transformarla en una organización verdaderamente juvenil no sólo por estar formada por jóvenes, sino por su espíritu y sus métodos. Pero habían pasado tantos años, varias generaciones, y en algún grado habían vuelto a expresarse las tendencias sectarias, la inclinación de los jóvenes que se incorporan a la vida política a comportarse como adultos. En los años 60 la Jota retomó el camino señalado por Fonseca. Se desarrolló como una organización verdaderamente juvenil que llegaba a la juventud y la atraía. Sus militantes eran muchachos y muchachas combativos y alegres, que luchaban y cantaban. Se distinguieron en la solidaridad con Cuba y con Viet-Nam, cuyos pueblos han dado al mundo ejemplo de heroísmo en la lucha por su independencia.

En esos años hacían furor la minifalda y el pelo largo en los muchachos. Toda ruptura con los convencionalismos produce rechazo al comienzo, al menos en una parte de la sociedad. Las jóvenes que andaban con vestidos que no alcanzaban a cubrir sus rodillas y los muchachos con luengas barbas y cabellos que bajaban de sus hombros, tuvieron que enfrentar la incomprensión y el disgusto de los más conservadores y pacatos y en muchos casos de sus propios padres. Lo que más importa — pensamos nosotros— no es el vestuario o el peinado, sino los sentimientos y las ideas en las nuevas generaciones. Más aún, miramos con simpatía esta rebelión juvenil frente a las viejas modas. Así quedó de manifiesto ante un Estadio Nacional

repleto de gente, en el discurso que pronuncié del Partido, con ocasión de su 60 aniversario. En tal oportunidad saludamos, no sólo en general a los jóvenes obreros, empleados y estudiantes, sino en particular, *“a los que están de novios o recién casados, a los que se dejan el pelo corto o largo y a las niñas de minifalda o de hot pants”*. Los jóvenes piensan, sienten y viven como jóvenes. Sería absurdo pedirles que lo hicieran de otra manera. De ahí que el Partido no tenga hacia ellos una actitud paternalista. Y tiene una posición abierta ante los asuntos propios de su edad y que suelen ser motivos de angustias cuando se hace presente la fuerza de los prejuicios. Por eso, si bien es contrario a la vida licenciosa, lo es también a la hipócrita mojigatería. De ahí que cuando cumplí mis primeros 50 años y los “jotosos” me preguntaron si yo estaba de acuerdo con las relaciones prematrimoniales, les respondí afirmativamente pues las estimo naturales.

Las mujeres

A las elecciones presidenciales de 1958 se presentaron cinco candidatos, Salvador Allende, Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Luis Bossay y Antonio Zamorano. Allende ganó por 20 mil votos en el registro de varones y perdió por 50 mil en las mesas de mujeres. Entre los hombres obtuvo el 32% de los sufragios, seguido de Alessandri con el 29% y de Frei con el 18%. La votación femenina le fue, en cambio, adversa. Las mujeres le dieron el 33% a Alessandri, el 23% a Frei y sólo el 22% a Allende. Entonces se levantaron muchas voces culpándolas de la derrota. Obviamente, los comunistas no participamos de tan peregrina idea.

En las sociedades machistas, como la nuestra, las mujeres han permanecido por siglos encerradas en la vida hogareña, al margen del trabajo social, de la organización social y de la actividad política. En Chile se les reconoció su derecho a voto sólo en 1934 y únicamente para sufragar en elecciones municipales. El derecho a sufragio para las elecciones de parlamentarios y de Presidente de la República se les vino a reconocer 17 años más tarde, en 1949. No era realista esperar que en menos de 10 años hubieran alcanzado el desarrollo político de los varones que se habían incorporado muchísimo antes a dichas lides. Si la responsabilidad de tal hecho había que situarla en algún sexo, los hombres tenían la culpa porque ellos las habían dejado tanto tiempo al margen de la vida ciudadana y de la igualdad de derechos.

Siempre la izquierda sacó más votos en el registro de varones que en el registro de mujeres. El fenómeno se acentuó en la década del 60, cuando

la mujer se incorporó masivamente a la vida política y ante todo a las contiendas electorales. Uno de los Plenos del Comité Central del Partido, realizado durante la administración de Eduardo Frei Montalva, centró su atención en dicho fenómeno y particularmente en la gran votación femenina que alcanzaban los candidatos demócratas cristianos. Me acuerdo perfectamente que fue Pablo Neruda quien mejor dio en el clavo: —*"Pienso —dijo— que la alta votación de la Democracia Cristiana se debe a que en muchos asuntos está más cerca de la tierra que del cielo"*. De paso demostró que es falsa o en todo caso no puede generalizarse la idea de que los poetas andan en la luna.

A cargo del trabajo femenino del Partido hubo excelentes compañeras, como Micaela Troncoso y Amelia Guerrero —tías de Sergio Troncoso, dirigente de la construcción, la primera, y de Manuel Guerrero Ceballos, profesor degollado junto a Parada y Nattino, la segunda— y luego otra mujer excepcional, Julieta Campusano.

A partir del gobierno demócrata cristiano, nuestras compañeras concentraron su atención en los Centros de Madres, donde estaban en masa, principalmente las mujeres de las poblaciones. Otro Pleno del Comité Central, celebrado en octubre de 1966, constató que tanto en el frente de las mujeres como en el de los pobladores, la Democracia Cristiana lograba avances superiores. Y recordó que el Décimo Tercer Congreso nos había señalado que *"a una orientación y a un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas de nuestro Partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión"*. En ese Pleno, el compañero Tello de Chuquicamata recordó, con palabras de minero, la sentencia de Mahoma (*"Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la Montaña"*). Dijo: *"No debemos esperar que el cerro venga hacia nosotros, sino nosotros ir hacia el cerro"*.

De arriba abajo se discutió el asunto y se tomaron medidas para avanzar en este campo. Los esfuerzos no fueron en vano. Al llegar al XIV Congreso Nacional del Partido, en noviembre de ese año, el 29,4 de sus militantes eran mujeres. En el Regional Norte representaban el 41% de los militantes y en el Comité Local de Barrancas el 49%.

El Partido fue más lejos. Se dispuso aumentar la participación de las mujeres en sus órganos de dirección en todos los niveles y en los cargos de elección popular. Cuando Pinochet le puso cerrojos al Parlamento tenía el más alto número de representantes femeninas en el Congreso; 6 eran diputadas, Vilma Rojas, Amanda Altamirano, Gladys Marín, Eliana Aranibar, Mireya Baltra y Silvia Costa y una senadora, Julieta Campusano.

Debemos reconocer, sin embargo, que nunca hemos estado a la altura

necesaria en la consideración de los problemas de la mujer que en la sociedad en que vivimos es víctima de la discriminación en el empleo, de remuneraciones inferiores, de leyes injustas y de conceptos morales que son sólo estrictos para ellas, sin que se las mida con la misma vara que al hombre. Esta desconsideración llegó al extremo de no haber tomado ninguna iniciativa para terminar, por ejemplo, con la penalización del adulterio que, como se sabe, para la mentalidad dominante constituye un delito sólo si en él incurrían las mujeres. La ley chilena es dura con ellas y benigna con los hombres.

En las elecciones parlamentarias de 1973, la oposición al Gobierno del Presidente Allende, constituida por la Derecha y la Democracia Cristiana unidas en la Confederación Democrática, recibieron 939 mil votos de varones, el 49% de los sufragios, y la Unidad Popular 905 mil, el 48,1%, es decir, anduvieron más o menos parejos. Pero la votación femenina fue ampliamente favorable a la oposición al gobierno. Por ésta sufragaron 1 millón 75 mil mujeres y por la Unidad Popular solo 699 mil, esto es, en porcentaje, el 59,6 y el 38,8, respectivamente. ¿Cómo explicarnos esta votación femenina, habiendo tenido el Gobierno de Allende y éste personalmente una preocupación especial, como ningún otro gobierno y ningún otro Presidente, por los problemas y necesidades más entrañables para las mujeres, expresada, esa preocupación, en la salud de la madre y el niño y en la alimentación y la educación de los hijos?

Creo que la mujer siente, más que el hombre, la misión de conservar la especie humana y de defender, en consecuencia y por sobre todo, a los hijos y a la familia. Y es mi parecer que el desarrollo de los acontecimientos llevó a la mayoría de las mujeres a considerar que estaban en peligro los valores que les son más caros. La propaganda o contrapropaganda de la Derecha y de la Democracia Cristiana hicieron más efecto en ellas.

También en defensa de esos valores, las mujeres se batieron como leonas en la lucha contra la dictadura. Por lo menos en los años más duros fueron más peleadoras que los hombres.

Los escritores y artistas

Pablo Neruda ingresó al Partido en julio de 1945. Con más propiedad se podría decir que entonces se hizo militante, pues desde la guerra civil española venía luchando como un comunista. En su decisión influyeron, sin duda, el heroísmo de los comunistas en España y en los campos de Europa durante la segunda guerra mundial y la vida y la lucha de los traba-

jadores del Norte Grande que conoció y apreció en sus giras por la pampa del salitre. Su incorporación a las filas comunistas se efectuó públicamente en un hermoso acto de clausura de un Pleno del Comité Central, que tuvo lugar en el Teatro Caupolicán. Junto a él, lo hicieron el sabio Alejandro Lipschütz, el director de la Sinfónica Armando Carvajal, la soprano Blanca Hauser, los poetas Juvencio Valle y Olga Acevedo, el Director del Teatro Experimental Pedro de la Barra, el novelista Nicomedes Guzmán y la dirigente del magisterio María Marchant. También en 1945 Pablo recibió el Premio Nacional de Literatura y fue elegido senador por Tarapacá y Antofagasta junto con Elías Lafertte.

Hijo de un obrero ferroviario y de una maestra primaria, Neruda sintió la necesidad de luchar, organizadamente, por el pan, la libertad, la justicia y la cultura para todos. Y como dijo en Estocolmo al recibir el Premio Nobel, eligió “el difícil camino de una responsabilidad compartida” y prefirió, “antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema incorporarme a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacronismos recalcitrantes como a los infatuados impacientes”.

Son también miembros del Partido otros dos Premios Nacionales de Literatura, el ya nombrado —y renombrado— poeta Juvencio Valle y el notable novelista Francisco Coloane. En sus filas militó hasta su muerte el escritor Luis Enrique Délano, Premio Nacional de Periodismo. A ellas pertenecía el músico Gustavo Becerra cuando fue distinguido con el Premio Nacional de Arte, y Margot Loyola, también Premio Nacional de Arte desde 1994, estuvo, si no adentro, muy cerca del Partido. En tiempos de González Videla, realizó la proeza de entrar con su guitarra al campo de concentración de Pisagua a cantarle a los relegados. No recuerdo cómo pudo lograr que eso se le permitiera. Pero ella era y es una mujer decidida y valiente. Roberto Parada y María Maluenda, entre la gente de teatro, Abraham Lillo, el tony Caluga, entre los artistas circenses y José Venturelli y Pedro Lobos, entre los pintores, también reconocieron filas en el Partido que con razón se llama el Partido de Recabarren y Neruda, del trabajo y la cultura.

La cultura y el arte tienen días de expansión y auge, preferentemente, en los períodos de ascenso de las fuerzas sociales progresistas. Así ocurrió en los últimos años 30 y primeros años 40, cuando surgieron la Orquesta Sinfónica Nacional, el Ballet Nacional y el Teatro Experimental, y las canciones y danzas folklóricas adquirieron reconocimiento general y aparecieron o reaparecieron algunas que estaban enterradas. Hasta entonces apenas se conocían la cueca y la tonada de la zona central. Los bailes y la música chilota y andina fueron redescubiertos después.

Nació la nueva canción chilena en los años en que el pueblo se echó a andar tras la conquista de mejores días. Brotaron excelentes conjuntos artísticos. Entraron a la escena el Quilapayún, el Inti Illimani, el Lonquimay, el Cuncumén, el Millaray, el Tiempo Nuevo, conjuntos de gran calidad, y solistas, cantores y cantautores de talla como Violeta Parra, Víctor Jara, Patricio Manns, Rolando Alarcón, Isabel Parra, Angel Parra, Gabriela Pizarro, Héctor Pavéz, Payo Grondona, Osvaldo "Gitano" Rodríguez y Tito Fernández, el Temucano. Gran parte de los principales cultores y propulsores de este renacimiento artístico fueron militantes o simpatizantes. Violeta Parra nos acompañó a Elías Laferte y a mí en un acto que realizamos en el Teatro Concepción de la ciudad penquista a fines de 1958 y actuó en mítines del Partido durante la campaña electoral de 1961. Sin ser afiliada, tenía una gran admiración y afecto por los comunistas y era muy sensible a las luchas del pueblo. Durante su permanencia en Francia participó en la campaña mundial por salvar la vida de Julián Grimau, miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, condenado a muerte por la dictadura de Franco, y cuando se hizo efectiva la bárbara sentencia compuso en su memoria la canción "¡Que dirá el Santo Padre"! Un día me escribió desde París. Había concurrido al Festival que todos los años realiza "L'HUMANITÉ" y estaba maravillada de su calidad. En la extensa carta que me enviara lo describía entusiastamente y nos insinuaba la conveniencia de realizar algo similar en nuestro país. Recogimos su sugerencia y de ahí nacieron los encuentros festivos de la familia comunista que realizamos durante años y hasta el golpe militar en el Parque Cousiño, hoy Parque O'Higgins y que han vuelto a revivir en la Fiesta de los Abrazos. El apego de Violeta a las ideas y valores comunistas quedó expresada, de manera elocuente en su canción "LA CARTA" compuesta a raíz de la sangrienta agresión de carabineros a los pobladores de la José María Caro, en tiempos de Jorge Alessandri, cuando ella estaba también en París. En esa canción habla de que han tomado preso a Roberto, que tiene 5 hermanos y que "los 5 son comunistas con el favor de mi Dios". Aunque no militaran en el Partido, los consideraba comunistas por estar ellos con la justicia, la belleza y la verdad. (Antes de ingresar al Partido, el Quilapayún cantaba: "los 5 son revolucionarios con el favor de mi Dios").

Promotores del pujante y recreador movimiento artístico de los años 60 y de los primeros 70 fueron René Largo Farías con su "Chile Ríe y Canta" y Ricardo García, el fundador del Sello Alerce y primer animador del Festival de Viña. Una valiosa contribución al desarrollo del Canto Nuevo dieron también la Discoteca del Cantar Popular (sello DICAP de las Juventudes Comunistas) y el Departamento de Extensión y Comunicaciones de la Universidad Técnica del Estado, especialmente cuando estuvo a cargo de Yerko Moretic.

El Partido ha mirado y tratado con un gran respeto a los escritores y artistas y ha tenido en alta estima su labor creadora y su aporte a la cultura. Nunca se metió en sus obras. Nunca estuvo por la literatura y el arte dirigidos. *"Nunca he tenido dificultades con mi partido"* dice Neruda en sus memorias. Y en una ocasión en que Pancho Coloane pasó por Moscú, en viaje a la India donde su hijo trabajaba en la FAO, me dijo, al final de un almuerzo bien servido y bien regado: *"¿Sabes por qué quiero tanto a mi Partido? Porque ha tenido tanta paciencia conmigo y nunca se ha metido en nada de lo mío"*

Ya en 1963 discrepamos públicamente con las opiniones desafortunadas que en materia de contenido de las obras de arte emitió Nikita Kruschev durante una visita a una exposición pictórica. En esa ocasión, Kruschev habló despectivamente de un cuadro, diciendo que parecía haber sido pintado con la cola de un cerdo y luego pontificó en favor del *"realismo socialista"*. Nos pareció una barbaridad que el Secretario General del PCUS usara ese lenguaje y tratara de regimentar la producción artística. Y consideramos de nuestro deber precisar que en estas materias teníamos *"un enfoque diferente"*. En el informe al Pleno de junio de aquel año expresé a este propósito que *"como marxistas consideramos que el arte es un reflejo de la realidad y de la vida social"* y que también debe contribuir a la lucha por la liberación de los pueblos y el advenimiento del socialismo. Me referí a la ya caudalosa y rica producción social y artística chilena de contenido social para enseguida precisar que *"llegar a esto, a la unidad entre la adhesión a una causa revolucionaria y el contenido de la obra artística expresado en una forma accesible a las masas, es todo un proceso"*. Agregué que cada creador que toma el camino de la revolución, vive y avanza en este proceso a través de su trabajo y su contacto con el pueblo. El Partido, manifesté, debe ayudarlo en este sentido, estimulando al mismo tiempo las formas nuevas que a la vez enriquezcan el contenido. Pero tratándose de un proceso, en las condiciones de un país capitalista como el nuestro, la incorporación y la militancia de los artistas y escritores en nuestras filas sólo tiene una exigencia categórica: su actitud revolucionaria política y no la adhesión a las escuelas estéticas. En el acto realizado en el Foyer del Teatro Municipal, con motivo de la inauguración del Instituto de Investigaciones Marxistas IDIM, en agosto de 1967, refrendamos estos conceptos expresando en mi discurso que a los escritores y artistas sólo les pedimos *"que marchen con la clase obrera, que en la medida de sus posibilidades la ayuden en sus combates y produzcan con calidad no sólo aquello que estimule directamente nuestra lucha. Apreciamos también —agregamos entonces— las producciones que simplemente lleven la cultura general, el amor, la alegría y la belleza a nuestro pueblo"*.

Elecciones parlamentarias

En el Comité Central del Partido se propuso, poco antes de las elecciones parlamentarias de 1961, que yo fuese candidato a senador. Dicha proposición fue una nueva complicación en mi vida. Soy persona un tanto tímida y retraída. La sola idea de ser candidato y ocupar un cargo en el Congreso Nacional no me entraba en la cabeza. Contrariaba mi manera de ser.

Tocó la coincidencia, además, de que hacía sólo algunos días que había sentido un repudio visceral por ciertas prácticas parlamentarias. En un viaje a San Fernando se me ocurrió pasar a saludar a un colega profesor que conocí en Iquique. En un determinado momento su señora me mostró una tarjeta de saludo que había recibido con motivo de su cumpleaños de parte de un parlamentario de la zona. La dama se sentía inflada. Estaba orgullosa de esa tarjeta. Había hecho su efecto la explotación de la vanidad humana. Yo sentí vergüenza ajena.

Comenté esto con un parlamentario del Partido.

—Eso no es todo —me dijo—. También hay diputados y senadores que envían tarjetas de saludos a miles de ciudadanos de su distrito con ocasión de Pascua y Año Nuevo, sólo con el afán de conquistar o mantener electores.

Até cabos y recordé a un diputado por Concepción que allá por el año 40 o 41 se las ingeniaba a fin de aparecer como el más influyente y eficiente representante de esa provincia ante el Congreso Nacional. Existía entonces la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, creada después del terremoto de 1939, que manejaba abundantes recursos financieros para la reconstrucción de la zona devastada. Su Consejo Directivo se reunía todos los lunes para considerar las solicitudes de préstamos que hacían aquellos propietarios que necesitaban reconstruir o reparar sus viviendas destruidas o deterioradas por el sismo. El parlamentario de marras recibía, de manos de un conmlitón suyo, apenas terminaba la reunión semanal del Consejo de la Corporación, la lista de todos los préstamos aprobados y, de inmediato, procedía a comunicarle por telégrafo la resolución correspondiente a los favorecidos de su provincia. El hombre tenía sus delicadezas. No les decía que él había conseguido los créditos. Pero, recibido el telegrama que dicho sea de paso pagaba la Cámara— ¿quién iba a pensar que no era así? .

Estas vivencias se sumaron a mi indisposición natural al desempeño de puestos públicos. Pero se impuso el Partido. En el Comité Central se dijo que el Secretario General debía ser candidato a un cargo parlamentario.

En el mundo en que vivimos —se alegó— eso de ser diputado o senador tiene su importancia, abre puertas e infunde más respeto. Además —se agregó— no se puede olvidar que los parlamentarios tienen fuero.

Acepté la idea por el peso del argumento. En estas circunstancias se resolvió presentarme como candidato a senador por la Octava Agrupación Provincial —así se decía entonces— de Ñuble, Concepción y Arauco.

Virtual generalísimo de esta campaña fue en la región Jorge Montes, que cuatro años antes, en 1957 había sido elegido diputado por Concepción en la lista del Partido Socialista. Con él recorrí hasta los más apartados rincones de estas tres provincias, incluso lugares donde no teníamos Partido. Lo había conocido en Pisagua y yo mismo propuse su nombre para que postulara a una banca parlamentaria en las elecciones del 57. Más aún, fui con él a la zona del carbón para que los compañeros lo conocieran y trabajaran por su candidatura.

En esos años el Partido no podía presentar candidatos declarando abiertamente que eran comunistas, pues todavía estaba vigente la mal famosa “ley maldita” y teníamos que conseguir que otros partidos de izquierda incluyeran en sus listas a nuestros postulantes. Así, por ejemplo, José Cademártori fue elegido diputado por primera vez en la lista del Partido del Trabajo y Víctor Galleguillos en la lista del Partido Socialista. En tanto Montes y yo llegamos de Coronel, los compañeros de la Dirección local me pidieron una reunión sin la presencia de mi “ahijado”. No estaban de acuerdo con él. Querían que el Partido llevara como candidato a alguien de la zona. Me empleé a fondo. Les dije que en la zona habían excelentes candidatos, pero todos ellos tan conocidos como comunistas que podía darse por seguro que, si fueran elegidos, serían inhabilitados por el Tribunal Electoral, precisamente por ser comunistas. Montes, en cambio, ya había pasado la prueba. Es regidor por San Bernardo, donde fue elegido como socialista. La discusión duró más de una hora, hasta que un compañero dijo: “Bueno, basta, yo acepto al compañero Montes. Menos mal que tiene un apellido cortito para escribirlo en las murallas, porque si nos hubiesen mandado a Cademártori se nos complicaría mucho más la propaganda. Al final todos acataron y con el tiempo todos los compañeros de Coronel, de Lota, los mineros, la población en general le tomó gran cariño a Montes por la tenacidad y pasión con que defendía sus intereses.

Empezamos nuestra gira por Quirihue, pueblo de unos 5 mil habitantes, situado al norte del río Itata, a pocos kilómetros de la costa. Allí sólo había un comunista, profesor, con el cual ni siquiera pudimos contar pues estaba en cama, enfermo. ¿Qué hacer?

Habíamos pasado por la Avenida o calle principal del pueblo, donde

vimos una rueda de Chicago y otras instalaciones de entretenimiento y, entonces, decidimos hacer un mitin a pocos metros de distancia de esos juegos. Pedimos permiso en la gobernación, y en el Fiat 110 en que viajábamos y con megáfono en mano, nos lanzamos a recorrer las calles anunciando la presencia y el acto de proclamación de los candidatos comunistas. Usamos como tribuna el acoplado de un camión que nos prestaron los dueños de la rueda de Chicago. Llegó alguna gente. Yo anuncié al primer orador, Montes y éste me anunció a mí. Sacamos aplausosy en la elección algunos votos.

Estuvimos también en San Fabián de Alico, hermoso pueblo cordillerano al cual se llega a través de un serpenteado camino que atraviesa lomas, cerros y riachuelos de mucho atractivo. En San Fabián nos reunimos con un medio centenar de vecinos que por primera vez escuchaban la palabra de candidatos comunistas. De regreso, cuando nos acercábamos a San Carlos, pasamos a saludar a un tío de Jorge Montes. El tío fue muy atento con su sobrino y conmigo. Pero no estaba "ni ahí" con nosotros. Su voto y los de su familia serían para Jovino Parada, diputado en ejercicio y candidato a diputado del Partido Liberal y para Enrique Curti, candidato a senador. El hombre trabajaba su tierra con una yunta de bueyes que le prestaba el bueno de don Jovino, no se vaya a creer que sólo entonces, en vísperas de elecciones o por un año; no, por siempre, para toda la vida. Trescientas yuntas tenía permanentemente don Jovino a disposición de 300 campesinos de los Departamentos de San Carlos e Itata, a los que representaba en la Cámara. Prestaba los animales desde que salían de la amansa hasta que, pasados algunos años, los mandaba a la feria, cambiándolos por otros más jóvenes. Por la circunscripción de San Carlos e Itata se elegía entonces diputado con 1.500 votos. Los 300 campesinos y sus familias contabilizaban entre mil y mil doscientos votos. Eran suficientes. Las 300 yuntas hacían un diputado.

En Polcura, pequeño pueblo situado en el sur oriente de Ñuble, al lado norte del río Laja, vivimos otra experiencia. Convocamos a un acto de proclamación en una de las esquinas de la plaza, cercada con alambres de púa para que los animales no se comieran los arbolitos que estaban recién plantados. Era domingo y se había congregado mucha gente, a pie y a caballo, como jamás allí se había visto. Yo estaba radiante de felicidad, hablándole a los campesinos cuando pasó una caravana de automóviles haciendo sonar las bocinas. Mis oyentes montaron rápidamente en sus cabalgaduras y siguieron tras la caravana, que iba encabezada por el senador radical y candidato a la reelección Humberto Aguirre Doolan, sobrino de don Pedro Aguirre Cerda. Se trataba de la proclamación de "don Humberto" que lue-

go se haría unas cuadras más al oriente, con vaquilla asada y abundante pipeño de la zona. Se fue casi toda la gente. Quedé como gallo desplumado. Pero no por esto íbamos a darnos por derrotados.

En Concepción y Arauco, las otras dos provincias de la Agrupación senatorial, recorrimos también hasta los últimos rincones. Teníamos una firme base de apoyo en los mineros del carbón de Coronel, Lota, Curanilahue, Pilpilco y Lebu, con los cuales tuvimos muchos encuentros y cuyos problemas habían estado siempre entre nuestras preocupaciones principales, obviamente aún antes de ser candidatos. Sin desatenderlos, nos dedicamos a reforzar los vínculos con otros sectores. Personalmente, me empecé en ganar terreno en Tomé. Donde podía lograr una votación masiva pues allí pasé toda mi infancia, mi familia por la línea materna era tomecina y muchos obreros recordaban a mi padre, del cual habían sido alumnos en el Liceo o en las escuelas primarias del puerto, de Bellavista y de Coelemu. Realizamos numerosas reuniones en los cerros con trabajadores textiles y de otros oficios de Tomé y de las localidades aledañas; nos reunimos con los obreros forestales de Menke, Pissis y Ranguelmo, con los campesinos de Guarilihue, con los madereros de Punta de Parra y Coelemu, con los pescadores de Los Bagres, Cocholhue, Coliumo y Dichato, adentrándonos en sus problemas. Montes y yo obtuvimos una alta votación en todo el Departamento.

En la provincia de Arauco, además de apoyarnos en los mineros, buscamos el respaldo de los mapuches, cuyas reducciones visitamos una por una. Tenían hacia los huincas una desconfianza innata derivada de los reiterados engaños y agresiones de que han sido víctimas desde la llamada pacificación de la Araucanía. Los mapuches de Arauco hacían excepción de los comunistas. Muchos de ellos habían pasado por las minas o en estas trabajaban parientes suyos que con alguna frecuencia llegaban a las comunidades para ver a sus familiares. Tenían, pues, algún conocimiento directo o indirecto de nuestro Partido. Además, como todo el mundo, conocían a Santos Medel, que siendo niño se hizo obrero, sufrió la explotación capitalista en la mina Victoria de Lebu y se dedicó, desde entonces, a luchar contra las injusticias sociales. Medel, vivaz y alegre, llegaba siempre a las comunidades, saludaba al cacique y a los "hueñes" en mapuche y se ponía a tomar mate y a charlar con ellos, transmitiéndoles el mensaje del Partido. Tenían, pues, cómo y por qué distinguir a los comunistas.

En esas elecciones de 1961 Medel y el socialista Fermín Fierro fueron elegidos diputados por Arauco, cubriendo las dos bancas de la provincia.

Resultó inolvidable, de película, el viaje que Medel y yo hicimos a la isla Santa María donde había una colonia penal y dos caletas de pescadores,

una en Puerto Sur y otra en Puerto Norte. Nos acompañaron Peralta del Comité Regional, el profesor Luis Godoy, el chofer Heraclio Ugarte y mi hijo Luis Alberto, quien entonces tenía sólo 13 años. De madrugada dejamos el continente y tomamos una lancha en Tubul, bordeando tranquilamente la costa durante casi todo el trayecto. Luego de una breve reunión en Puerto Sur nos dirigimos a caballo a Puerto Norte, para atender otro encuentro. Al regreso, debíamos pasar por Punta Lavapié, una de las más hermosas caletas de pescadores del litoral chileno, situada en el extremo sur del Golfo de Arauco. El tiempo se había descompuesto. Había mar gruesa y las nubes negras estaban por descargarse. Analizamos qué hacer, si seguir el viaje o quedarnos en la isla. Optamos por lo primero y nos metimos a una lancha premunidos con ropa apropiada para defendernos del agua que podían soltar las nubes o venir con las olas que traspasaran la cubierta. Salimos desde Puerto Sur. Apenas dejamos atrás los acantilados de Punta Guanaye empezamos a navegar contra viento y marea, enfrentando el oleaje. Dos vientos soplaban en contra, uno desde más afuera, desde el surponiente del océano y el otro desde la desembocadura del Carampangue. Contreras, el patrón de la lancha, dio muestras de ser un diestro piloto, se portó como el más experto lobo marino. Cada vez que se aproximaba una ola gigantesca sentíamos el peligro de hundirnos. Pero ahí estaba nuestro piloto, con la mitad de su cabeza fuera de la cabina, observando sin pestañear el movimiento de las aguas. Manejaba el timón con una mano y el acelerador con la otra, aceleraba o desaceleraba la marcha, tratando de evitar precisamente que la lancha fuera llevada por la marea hacia la cresta de la ola y se fuera por ojo.

Todo salió bien. En Punta Lavapié aplaudieron nuestra llegada y recibieron a Contreras como a un héroe.

En esas elecciones obtuve la primera mayoría no obstante que la votación que antes había sacado el Partido no daba para que yo saliera elegido.

Otro tanto sucedió en las elecciones de marzo de 1969 cuando el Partido me presentó como candidato por Aconcagua y Valparaíso. Aquí yo era forastero y así lo subrayaron los otros contendores, entre estos Luis Bossay Leiva, Pedro Ibáñez, Benjamín Prado y Eugenio Ballesteros. Los tres primeros eran "los acorazados del Pacífico" según la expresión textual de sus propagandistas. El candidato comunista era menos que un bote a vela, tal vez una frágil chalupa a remos. Pero, como en Ñuble, Concepción y Arauco, sacó la primera mayoría y elegimos tres diputados, Carlos Andrade, Manuel Cantero y Luis Guastavino. Lo tengo claro: lo decisivo en mi elección no fueron mis condiciones personales, sino la influencia que había alcanza-

do el Partido, su política de amplia unidad en la lucha por los cambios y los derechos del pueblo, su contacto con las masas y el estilo de la campaña que nos llevó otra vez a recorrer hasta los más apartados rincones y recovecos de la zona, conviviendo con la gente y asumiendo sus problemas.

En el Senado

Mis aprensiones por el desempeño de un cargo parlamentario se disiparon un tanto. No fui acosado, como me temía, por las demandas de aquellos electores que consideran que el diputado o senador les puede resolver cuanto problema tengan en la vida. Por una parte, los ciudadanos que votan por los comunistas, gente modesta, principalmente obreros, parten de la idea de que el mejoramiento de su situación es y será ante todo resultado de su propia lucha y no de gestiones individuales de los parlamentarios y dirigentes políticos, sin negar por esto la importancia de lo que ellos puedan hacer también, apoyados en esa lucha, representando los intereses del pueblo en las esferas de poder a las que tienen acceso. Por otra parte, nuestra gente entendía que yo debía estar liberado de ese tipo de actividades, incluso de la labor parlamentaria corriente, para que pudiera dedicarme por entero al desempeño del cargo de Secretario General del Partido. Sólo una vez, a petición de Margot Loyola, intercedí en favor de un nombramiento que estaba seguro era merecido y favorable a Chile. Margot quería que su Maestra, la soprano Blanca Hauser, fuese nombrada en el Gobierno de la Unidad Popular Cónsul Honoraria en el Callao, donde estaba radicada y no teníamos cónsul. Hice la gestión en la Cancillería. Fui bien recibido, pero en definitiva no pasó nada. Fracasé rotundamente como gestor parlamentario.

Mi primer discurso en el Senado fue en defensa de la revolución cubana, luego de la fracasada invasión de Bahía Cochinos. Lo pronuncié en la llamada "hora de incidentes" donde, tanto en la Cámara como en el Senado, los parlamentarios ocupan determinado tiempo para hablar de lo que se les venga en gana, generalmente con escaso auditorio. En la oportunidad señalada hubo en la sesión una inusitada asistencia de senadores. El tema atraía. Además, se trataba de mi estreno en la Cámara Alta.

La actividad política me absorbía por completo, sin que me fuera posible consagrarme a las labores legislativas. No obstante, entré a tallar en el tratamiento de algunos proyectos importantes. De dediqué, por ejemplo, todo el tiempo necesario y el máximo de esfuerzos personales al gran problema de la reforma agraria, participando activamente en la discusión de

los dos proyectos que sobre esta materia trató el Parlamento, uno por iniciativa de Jorge Alessandri y el otro por iniciativa de Eduardo Frei Montalva. El proyecto de reforma agraria de Alessandri tenía de tal sólo el nombre. El que le pusimos nosotros — “reforma de macetero”— pintó muy bien su falta de trascendencia y el engaño que significaba. El de Frei, en cambio, fue realmente un proyecto de reforma agraria. Lo apoyamos decididamente. A la vez, tratamos de superar sus limitaciones y de hacerlo más efectivo. En este empeño trabajé codo a codo con Salomón Corbalán del Partido Socialista. Tuvimos éxitos limitados. Logramos la aprobación de una que otra indicación, pero no nos fue posible mejorarlo sustancialmente porque la Democracia Cristiana, que tenía la llave de la situación, aplicó una táctica que no pudimos contrarrestar. Se apoyó en nosotros, en la izquierda, que entonces se agrupaba en el Frente de Acción Popular, FRAP, para la aprobación general de dicho proyecto y para la aprobación particular de aquellos artículos que rechazaba la derecha. Y se apoyó en la derecha para rechazar, con una que otra excepción, las indicaciones que nosotros presentábamos.

Con todo, la ley que se aprobó sobre la materia ayudó a los cambios que Chile requería.

De mi participación en otras labores legislativas recuerdo mi resuelto apoyo a un proyecto de ley que favorecía a la ciudad de Arica y en cuyo despacho estaban interesados todos los habitantes de ese puerto. Se trataba de una ley que permitía la liberación de impuestos para la importación de maquinarias y materias primas destinadas a la instalación de nuevas industrias. Yo formaba parte, entonces, de la Comisión de Economía del Senado. Se entrevistaron conmigo varias delegaciones que llegaron desde Arica. Voté favorablemente el proyecto, a raíz de lo cual recibí, algunos días más tarde, un corte de casimir que me enviaba de regalo la empresa textil Banvarte. Lo devolví, obviamente. Junto con el casimir que retornaba a mano de sus verdaderos dueños, envié una carta agradeciendo el regalo, pero declinando la aceptación del mismo en razón del hecho de que mi voto favorable era producto de mi convencimiento de que era una ley necesaria, que por lo tanto cumplía con mi deber y esto no requería recompensa. Pasado algún tiempo, a los Banvarte de Ñuñoa se les acercaron algunos compañeros de esa comuna, solicitándoles un aporte a la campaña anual de finanzas del Partido. Dieron algo y al hacerlo comentaron favorablemente el hecho que relato, la conducta de un parlamentario comunista.

Nuestro camino

La represión de González Videla, la marginación y el aislamiento a que fue sometido el Partido, las dificultades internas que creó la fracción encabezada por Luis Reinoso después de la muerte de Ricardo Fonseca, el sectarismo y otros defectos que puso de relieve el informe de Galo González al X Congreso, redujeron sensiblemente las filas comunistas y nuestra influencia en la vida política. Hubo un momento en que no teníamos más de 3 mil militantes. *“Tocamos fondo; debemos apartar todas las piedras, todos los obstáculos que hay en el camino y tomar las medidas que nos permitan recuperar las posiciones perdidas y seguir avanzando”*— dijo Elías Lafertte en una sesión plenaria del Comité Central, que realizamos clandestinamente en una casa de la Cuarta Avenida de San Miguel.

Lo primero que debíamos hacer era sacar el Partido a la calle, a la luz pública, a ponerse al frente de las reivindicaciones de las masas, a todo viento y sol como dijera mi camarada puntarenense de origen yugoeslavo. Pero esto, con ser lo primero y lo más importante, no es suficiente para construir un gran partido y lograr que éste sea capaz de darle conducción al pueblo. El Partido tiene que conocer su país, su realidad, su composición de clase, sus problemas, sus posibilidades de desarrollo, sus tradiciones, la idiosincrasia de su gente, las costumbres de su pueblo. Asimismo, debe conocer y hacer suyas las reivindicaciones más apremiantes de todos los sectores populares, saber cuáles son las transformaciones sociales que están a la orden del día, descubrir y proclamar el carácter de la revolución y, además, dominar el arte de unir las fuerzas correspondientes para el salto cualitativo de la sociedad.

El Partido acometió con éxito estos deberes gracias al esfuerzo de sus dirigentes y militantes y a la feliz circunstancia de que la marea social empezó de nuevo a subir y el viento de la historia a correr a su favor.

Tuvo una gran importancia la definición que en ese momento hizo el Partido acerca del carácter de la revolución chilena, antioligárquica y antiimperialista, y de la vía pacífica que ella debería seguir. En uno y otro caso tuvimos contradictores. Para algunos, la revolución debía definirse como socialista desde el primer momento y eso de que podría desarrollarse por una vía pacífica no era —decían— más que una ilusión. Nosotros afirmamos que una revolución no podía caracterizarse así como así, a voluntad o gusto de cada cual y que era de la máxima importancia definirla con precisión porque de ello dependían el programa y la política de alianzas que debíamos formular y aplicar y, en último término, la posibilidad de su éxito.

Afirmamos, a la vez, que el contenido y la forma de la revolución estaban determinados por la realidad, siendo esencial apreciar correctamente el nivel de la evolución social y política del país y la situación internacional.

No faltaron quienes se empeñaron en presentarnos una vez más como seguidores de Moscú por el hecho de que el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado a comienzos de 1956, había proclamado la tesis acerca de la posibilidad del tránsito pacífico de la revolución. Este fue, sin duda, uno de los méritos de ese Congreso. Pero la verdad es que nosotros, al menos desde los años del Frente Popular veníamos caminando de hecho por la vía pacífica. Más aun, nos apartamos de la formulación hecha por el XX Congreso del Partido soviético que vinculó la vía pacífica a la conquista de una mayoría parlamentaria en favor del socialismo. Nosotros sostuvimos que la vía pacífica no está obligatoriamente vinculada a las elecciones, que en ella lo fundamental es la lucha de masas, que se puede llegar pacíficamente al poder de distintas maneras y que, en el caso chileno, considerábamos más probable acceder a él —y en este sentido nos orientábamos— a partir de la conquista del Gobierno en una elección de Presidente de la República. Sostuvimos, además, que esta vía no desaloja acciones de fuerza, violentas, como la toma de terreno por los pobladores sin casa y que, por esto mismo, para ser rigurosos, deberíamos llamarla vía no armada en vez de vía pacífica. Basados en esta experiencia, en la Conferencia Internacional de Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú en 1969, propuse que, en adelante, todos la llamáramos vía no armada. Pero esta proposición no fue acogida.

Nuestra opinión respecto a la cuestión de las vías fue explicitada en cuatro artículos de cierta extensión que escribí sobre el tema y que luego se publicaron en un folleto con el título de "NUESTRA VIA REVOLUCIONARIA". El cuarto de esos artículos apareció por primera vez en "EL SIGLO" en marzo de 1964, bajo el título "ASEGUREMOS EL CAMINO PACÍFICO". Publicado en plena campaña presidencial de ese año, le agradó en especial a Salvador Allende. "Yo debí haberlo escrito", me dijo.

En dicho artículo afirmamos con toda convicción que: *"Los procesos sociales son obligatoriamente diferentes. Y obsérvese —añadimos— que ya no hablamos de diferencias entre una y otra vía, sino de diferencias aún dentro de una misma vía."*

La ultraizquierda nos motejó de reformistas, tradicionalistas, aburguesados, apegados a los sillones parlamentarios y defensores del status quo. El sociólogo norteamericano Miles Wolpin se empeñó en demostrar la imposibilidad de que la izquierda chilena ganara las elecciones de 1970. El Comité Central del Partido Comunista de China se dirigió por car-

ta al Comité Central de nuestro Partido afirmando que la vía pacífica que nosotros promovíamos contrastaba con el camino revolucionario de Fidel Castro y otros camaradas que han conducido al pueblo cubano a la victoria. Y nos ponía a la altura del unto, diciendo que en vez de remontarnos, *"como el petrel, a las cumbres, nos arrastrábamos como cobardes pingüinos"*. Agregaba que la vía para realizar el socialismo no depende del proletariado sino de la burguesía.

El Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR, objetaba de plano la vía pacífica, en tanto que el Partido Socialista la aceptaba de mala gana y de cuando en cuando la cuestionaba. Se machacaba la idea de que el poder emana del fusil y no del voto.

La ultraizquierda se empeñaba en absolutizar la revolución cubana y de identificarse con ella, tratando de llevar agua a su propio molino. Especulaba con el hecho de que dicha revolución no había sido dirigida por los comunistas. Se encargaba de hacer presente que ningún Partido Comunista latinoamericano había encabezado y conducido a la victoria una revolución verdadera como la cubana. Todavía más, recordaba a menudo que la generalidad de los comunistas no le vieron proyección revolucionaria al asalto al cuartel Moncada, ni al desembarco del Gramma, ni a la gesta de Sierra Maestra y que a los ojos de muchos de ellos éstas no pasaban de ser acciones aventureras o románticas en el mejor de los casos. En otras palabras y en síntesis, se intentaba presentar la vía de la revolución chilena en pugna con el camino de la victoriosa revolución cubana.

Respondimos recordando que la posibilidad de abrir paso a la revolución chilena por una vía no armada la veníamos sosteniendo desde mucho antes y que nos preocupábamos especialmente de no presentar el movimiento popular chileno en algo así como un centro interesado en atraer a otros movimientos populares latinoamericanos y dictar una orientación que pudiera ser considerada en contradicción con la experiencia cubana. En particular, luego de alcanzada la victoria de la Unidad Popular y de que ésta asumiera el gobierno del país, nos empeñamos en que todos supieran y comprendieran que no pretendíamos erigir nuestra experiencia en modelo para otros movimientos populares del continente.

Mas todavía, siempre consideramos la revolución cubana como la revolución y el acontecimiento latinoamericano más importante del siglo, punto de partida de la lucha por la nueva independencia de nuestros países. A la vez, apreciamos el hecho de que, con la revolución cubana y después de ella, un importante sector de la pequeña burguesía asumía posiciones revolucionarias, luchaba valerosamente contra la opresión imperialista, se trazaba como objetivo el socialismo y demostraba capacidad de encabe-

zar la revolución y cumplir un papel dirigente allí donde era débil el desarrollo del proletariado y los comunistas se hallaban atrás de los acontecimientos. Analizamos este fenómeno como un progreso, como un signo de crecimiento de las fuerzas revolucionarias y, a la vez que proseguimos la lucha ideológica contra las posiciones sectarias y anticomunistas de la ultrazquierda, consideramos como *“un asunto cardinal, un deber de primer orden”* en América Latina, trabajar por *“el entendimiento, la colaboración, la acción común entre el proletariado revolucionario y los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía”*. Nuestra posición al respecto fue ampliamente explicitada en el artículo que escribí en 1967 con el nombre *“Unión de las Fuerzas Antimperialistas de América Latina”*, y que originalmente apareció en la *“REVISTA INTERNACIONAL”*.

La Comisión de Cuadros

Todos los partidos políticos tienen reglamentos o estatutos por los cuales se rigen y un organismo que se encarga de velar por el cumplimiento de sus normas. Por lo general, le dan el nombre de Tribunal de Disciplina o Tribunal Supremo. Si mal no recuerdo, hace unos cincuenta o más años este organismo se llamaba en el Partido Comunista Comisión de Control y Disciplina y después Comisión de Control y Cuadros. A partir de la Conferencia Nacional de abril de 1992 se denomina simplemente Comisión de Cuadros. Es un avance, porque el control y la disciplina no precisan de rotulaciones que dan la sensación de rigideces.

Hubo años en que la mencionada comisión infundía temor antes que respeto. Entonces se decía que el militante que era citado por ella entraba al *“cuarto oscuro”* o al *“cajón con vidrios”*. La Comisión se preocupaba primordialmente de que el militante no tuviera relaciones con los enemigos del Partido, entre ellos los trotskistas. El sambenito de trotskista se aplicó a destajo en los años 30 y 40. Como tal fue calificado y por ello expulsado del Partido el hermano de Matilde Urrutia, Luis Urrutia, no obstante que más bien podría habersele motejado de stalinista puesto que a uno de sus hijos le había puesto nada menos que el nombre de Stalin, a otro el de Timoshenko, a un tercero *“EL SIGLO”* y a una de sus hijas Pasionaria.

La Comisión de Cuadros velaba, asimismo, porque cada comunista fuera en su vida sentimental más bien monje que Don Juan. Por salirse de esta norma entró al *“cajón con vidrio”* Pablo de Rokha, quien durante un tiempo reconoció también filas en el Partido. Fue sometido a sumario por no resistir a la tentación de una bella ecuatoriana que era la pareja de Ma-

nuel Cazón, un alemán que se hallaba en el país como emisario de la Internacional Comunista y que, como se descubrió después, no era más que un agente nazi. El sumario contra Pablo de Rokha estuvo a cargo de una Sub-Comisión ad-hoc, presidida por Mardoqueo Rodríguez, zapatero remendón, formidable orador y miembro del Comité Central del Partido, a quien yo había conocido y apreciado en Concepción, donde fue Secretario del Comité Regional. Formé parte de tan suigéneris subcomisión sólo para los efectos de tomar notas y levantar actas de sus reuniones.

Desde aquel tiempo viene la anécdota siguiente:

Una persona llega hasta un local del Partido a solicitar su ingreso a las filas. El dirigente que lo recibe lo felicita por esta decisión y le expresa que el Partido se caracteriza por su disciplina, que es imperativo ser puntuales, asistir con regularidad a las reuniones, y constituirse en el mejor ejemplo en todo para su familia, vecinos y compañeros de trabajo. Le advierte que los comunistas no son abstemios, pero que los borrachos no se toleran en sus filas. Y lo interroga seriamente:

— ¿Está de acuerdo?

— Sí, contesta el solicitante.

A continuación, le habla de la vida familiar del comunista y de la lealtad que debe demostrar permanentemente a su compañera.

— El comunista— le dice— no puede llevar una doble vida familiar. Ni siquiera debe andar coqueteando con otras mujeres.

Y le pregunta mirándolo directamente a los ojos:

— ¿Está de acuerdo?

— Sí, responde otra vez, aunque con menos entusiasmo.

Y por último le hace presente los riesgos que presupone ser comunista. Con voz pausada, le habla de que los compañeros suelen perder el empleo, ser detenidos, sufrir persecuciones etc, para terminar haciéndole la pregunta más peliaguda, la de si está dispuesto incluso a morir por el Partido.

— Sí, contesta firme el interpelado, y bajando la voz agrega para su propio coletto:

— ¡ Chis!..... ¡ para la perra vida que voy a llevar...!

Se trata, obviamente, de una historia donde el humor se basa en la exageración, porque la vida del comunista no está asociada sólo a los riesgos que se mencionan, sino también a la felicidad de encontrar un camino que le permite luchar por un ideal noble, ser útil a su pueblo y darle un sentido a la vida más allá del querido pero reducido círculo de la familia. Pero también la anécdota refleja la forma con que a veces se han tratado los problemas como si el Partido Comunista fuese un monasterio y el Santo Oficio la Comisión de Control y Cuadros.

A esto ha contribuido el hecho de que han imperado criterios estrechos en estas materias en los períodos en que tal Comisión se ha dedicado a considerar por sobre todo o exclusivamente las faltas cometidas y la aplicación de medidas disciplinarias. Naturalmente debe preocuparse de las faltas, pero actuando de tal manera que la persuasión sea el recurso prioritario y las medidas disciplinarias sean la excepción y no la regla y sin perder de vista que su papel principal es atender a la formación de dirigentes, ayudándolos en todo sentido.

La estrechez de criterios se manifestó también respecto a los homosexuales. Bien sabemos hoy que los "gays" y las lesbianas constituyen alrededor del 10% de la población y que sus inclinaciones o aficiones eróticas y sexuales son congénitas. Ellos son así "de nación" como se dice en buen chileno y por, lo tanto, merecen todo nuestro respeto y nuestra estima. Se trata, además, de un sector social que se hace presente con gran fuerza y altivez admirable para defender su derecho a la igualdad de trato y que cada día se alza más y más contra el sistema. Pero en los años en que yo fui Secretario General del Comité Central estas cosas no estaban tan claras y no siguen estándolas para una gran parte de la gente. Entre mis pecados tengo el de haberme opuesto, en cierta ocasión, al ingreso al Partido de un valioso artista por el solo hecho de que era mariquita.

Nuestra táctica

En las elecciones presidenciales de 1964 la izquierda, agrupada en el Frente de Acción Popular, FRAP, levantó, por tercera vez, la candidatura de Salvador Allende. Sus contendores eran Julio Durán, del Partido Radical, apoyado por la Derecha, y Eduardo Frei, de la Democracia Cristiana. El 15 de marzo de ese año se produjo el "naranjazo", o sea, la victoria del Dr. Oscar Naranjo, militante socialista, en la elección complementaria a diputado por Curicó. Fallaron todos los pronósticos y el sismógrafo marcó terremoto en la política nacional. Entonces, la derecha le retiró su apoyo al candidato radical y se lo dio a Frei, que reunió el 55% de los votos emitidos, seguido de Allende que obtuvo el 38,6 %.

En los primeros años 60 Chile era el país latinoamericano en el cual más habían madurado las condiciones para llevar a cabo profundas transformaciones sociales. En favor de los cambios estaba la inmensa mayoría ciudadana. Las fuerzas retardatarias habían quedado reducidas a menos de un tercio de la población. El dilema era reforma o revolución. Con el ascenso de la Democracia Cristiana a la dirección del Estado, el país se pro-

nunció por el camino de la reforma. Pues bien, en el informe al XII Congreso del Partido celebrado en octubre de 1965, dijimos claramente: "El objetivo que persigue la Democracia Cristiana es salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Lo singular —añadimos— es que trata de lograrlo, no a la vieja usanza de la reacción, sino con métodos y lenguaje modernos, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la añeja estructura del país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo".

Y así fue. El Gobierno demócrata cristiano ideó un nuevo proyecto de reforma agraria que fue aprobado por la mayoría del Parlamento y que sirvió para terminar con buena parte del latifundio; llevó adelante una política que llamó de Promoción Popular, en virtud de la cual se crearon por ley las Unidades Vecinales y las Juntas de Vecinos y más o menos simultáneamente los Centros de Madres; amplió el derecho de los campesinos a la sindicalización y mejoró sus salarios; reformó la educación y estableció el impuesto patrimonial modificando en parte el sistema impositivo reaccionario.

La Democracia Cristiana tenía un gran respaldo ciudadano, el apoyo de gran parte del pueblo, de trabajadores, mujeres y jóvenes que estaban por cambios de verdad. Alcanzó también una apreciable resonancia internacional. Don Alejandro Lipschütz me contó que el eminente científico Alberto Schweitzer, Premio Nobel de la Paz en 1952, le había escrito una carta entusiasmado por el triunfo de Frei. Y en una noche que Neruda y yo comíamos en Moscú con algunos amigos soviéticos, encontramos que varios de ellos tenían una opinión altamente positiva del gobierno demócrata cristiano que recién se iniciaba y que ya había reanudado las relaciones con el Kremlin. Los contradijimos, creo que sin mayor éxito, tratando de disminuir su entusiasmo. No era fácil caracterizar el cambio producido ni definir correctamente el nuevo régimen. Para ensillar esperamos que amaneciera. Aguardamos algunos meses para dar una opinión seria y fundada a este respecto y fijar una posición sólida. Transcurrido casi un año de gobierno demócrata cristiano realizamos el décimo tercer Congreso Nacional del Partido (el décimo octavo en la nueva numeración). Y ahí trazamos las líneas tácticas seguros de su justeza.

No poca gente de izquierda perdió la brújula. El entonces Secretario General del Partido Socialista, Aniceto Rodríguez —quien años más tarde fuera nominado embajador en Venezuela por el gobierno de Aylwin y ratificado por Frei Ruiz-Tagle— fijó la posición de su colectividad con una frase que levantó polvareda. Dijo: "*Ni la sal ni el agua para el gobierno de la Democracia Cristiana*".

La política de los comunistas fue de franca oposición. Denunciamos el propósito del gobierno de Frei —el de salvar el capitalismo—, y asumimos ante él una posición crítica, permanentemente crítica, sin perjuicio de apoyar aquellas medidas positivas que aplicaba en beneficio del pueblo y del país. Y por sobre todo, nos dedicamos a impulsar la lucha por cambios de verdad y a promover la unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que estaban con la oposición o con el gobierno en contra de las fuerzas reaccionarias que había en el Gobierno y en la oposición. Tal política está explicitada en el informe al Décimo Tercer Congreso del Partido. En otros términos, buscamos el entendimiento entre todas las fuerzas populares y progresistas que estaban con el gobierno o la oposición *"en contra del imperialismo y de la oligarquía, en contra del sector más reaccionario compuesto por conservadores, liberales, radicales y demócratas cristianos de derecha"*.

Este entendimiento se plasmó en la práctica en numerosas acciones comunes, como las huelgas habidas en Huachipato, Cervecerías Unidas, Compañía de Trabajo, Portuarios, Hirmas y otras industrias y servicios. Se expresó también en el rechazo conjunto a la invasión norteamericana a Santo Domingo cuando desembarcaron 27 mil infantes de la marina yanqui para aplastar el movimiento patriótico del Coronel Caamaño que, tras el derrocamiento del gobierno que encabezó el escritor Juan Bosch, se proponía restablecer el régimen constitucionalista. Al mismo tiempo que impugnábamos la línea gruesa y cada medida reaccionaria o insuficiente del gobierno de la DC, lo apoyamos en sus pasos y medidas positivas. Como ya está dicho, con nuestro respaldo decidido el Parlamento aprobó el proyecto de reforma agraria de la DC, sin perjuicio de revelar y criticar las insuficiencias de esa iniciativa. Hicimos causa común con los demócratas cristianos en la lucha de los campesinos de Longotoma cuando los terratenientes resistieron la expropiación del fundo Santa Marta. Y apoyamos decididamente el paro convocado por la Central Unica de Trabajadores, la CUT, saliendo al paso de la asonada de Roberto Viaux cuando éste se hizo fuerte en un regimiento y puso en peligro la estabilidad del gobierno de la DC.

El dinero del partido

A fines de los años 30, cuando me vine a Santiago para trabajar como secretario de Carlos Contreras Labarca, que era entonces diputado por Tapacá y Secretario General del Partido, las finanzas del Comité Central y de toda la organización eran de una pobreza franciscana. Mejoraron en la década siguiente para volver a constituir un cotidiano dolor de cabeza has-

ta que la Dirección del Partido decidió cambiar de métodos y hacer en este plano un viraje de 180 grados. En la resolución de problemas de esta envergadura lo principal y lo primero es precisamente el convencimiento de la Dirección, el acierto de las decisiones que adopte y la firmeza con que las lleve a la práctica en conjunto y de acuerdo con las direcciones intermedias y las bases del partido. Obviamente, juegan también su papel los cuadros, y en el terreno de las finanzas se destacaron varios, Américo Zorrilla en primer término.

Se puso en práctica una política financiera de masas. Nos guiamos por el principio de que los trabajadores y el pueblo deben financiar a su Partido. Lo más importante fueron las campañas anuales, en las cuales nos fijábamos una meta, previamente consultada y convenida con las organizaciones intermedias y de base del Partido.

Métodos semejantes se emplearon para asegurar el financiamiento de "EL SIGLO". Éste, en el primer mes de su aparición, registró una pérdida de 36 mil pesos, que al mes siguiente subió a 74 mil, lo cual era mucha plata para ese tiempo. Entonces tembló, hubo un cuasi terremoto en el Comité Central, que discutió a profundidad el asunto y decidió tomar medidas radicales. Hubo cambios en la Gerencia y en la Administración que quedaron a cargo, de Américo Zorrilla y de Francisco Estay, respectivamente.

El diario tenía un buen tiraje para esos años, cercano a los 20 mil ejemplares. Contaba con algunos avisadores importantes, como Casa García, Almacenes París y Falabella y hasta con uno que otro aviso fiscal durante el Gobierno de don Pedro Aguirre Cerda. Pero su financiamiento no podía depender de la publicidad del fisco o de las grandes empresas. Más aún, recuerdo que cuando los trabajadores de Sewell se declaraban en huelga, todos los diarios, menos "EL SIGLO", publicaban avisos muy bien pagados de la empresa norteamericana Braden Copper, que era entonces propietaria de ese mineral, en favor de sus puntos de vista en el conflicto. A nuestro diario llegaban los avisos de la Braden; pero nos dábamos el lujo de rechazarlos por lealtad con los mineros. "El SIGLO" era el único diario que nunca publicó un aviso en contra de los trabajadores. Su financiamiento pasó a depender, esencialmente, de su calidad periodística y, sobre todo, del trabajo del Partido y del apoyo del pueblo, de un conjunto de factores que en todo o gran parte estaban en nuestras manos, como la organización de brigadas para la venta de sus ediciones dominicales y extraordinarias que reportaban importantes ingresos. Para cada una de las ediciones extraordinarias de gran tiraje, que se hacían con ocasión del 1° de mayo, del aniversario de "EL SIGLO", del aniversario de la Revolución de Octubre y del fallecimiento de "don Reca", se

imprimían miles de cartillas en las cuales se anotaban los nombres, las direcciones y el precio, generalmente más alto, de quienes las compraban y pagaban anticipadamente. El Partido era el gran promotor. Sus órganos dirigentes y sus bases discutían, planificaban y llevaban a cabo las tareas. Tenían, también, una gran preocupación por la venta dominical del diario. Simultáneamente, los que trabajábamos en él nos guiábamos por una conducta de austeridad y ahorro. Pusimos, por ejemplo, un cartelito en cada interruptor de la luz, llamando a apagar cada ampolleta que hubiese quedado encendida sin motivo. (Desde entonces, yo adquirí la manía de andar apagando en mi casa las luces que no se necesitan). Ahorramos papel en todo lo que era posible, poniendo en una sola carilla todos los títulos que en ella cabían y que enviábamos a la máquina titulera, mientras que las informaciones correspondientes iban a las linotipias. Los diarios viejos eran devueltos mensualmente por el Partido de cada ciudad, comuna o pueblo y hasta el cáñamo con que se ataban los paquetes que se despachaban a las provincias se juntaba y reenviaba por los agentes que eran, en su mayoría, militantes.

En tiempos de la dictadura de Pinochet las finanzas del Partido se vinieron abajo. Sólo esporádicamente podía cotizarse y en una que otra ocasión realizarse la campaña anual, con magros resultados, comprensiblemente. Entonces, los comunistas del exilio nos preocupamos de ayudar al financiamiento del Partido que seguía batallando en el suelo patrio. Los que estábamos afuera reunimos fondos a través de la cotización regular de los militantes y, sobre todo, mediante campañas que llegaron a reportarnos alrededor de 600 mil dólares al año. En esta labor se destacaron siempre los compañeros que estaban en Canadá y Suecia.

En cierta ocasión, Gladys Marín me preguntó por la contribución de los soviéticos al financiamiento del Partido. Le conté la firme, naturalmente. Cuando el Secretario General, Galo González, — le dije — llegó en 1955 a Moscú, donde yo me encontraba, me consultó acerca de una petición de ayuda financiera que pensaba hacerle a los compañeros soviéticos. Estuve completamente de acuerdo en que la hiciera. La formuló por carta y tuvo una respuesta positiva. Antes de partir de regreso le dieron 5 mil dólares, que no era tan poco en ese tiempo. Los trajo muy bien acondicionados tras el forro de su chaqueta.

Por sugerencia de Allende le solicitamos al Partido soviético un aporte financiero para la campaña presidencial de 1970. La petición la formuló Orlando Millas durante un viaje que hizo a Moscú en aquel año. La respuesta, que fue negativa, nos pareció tan terrible e impresentable ante nuestro candidato que decidimos recurrir a nuestras propias reservas para entregarle 100 mil dólares ... a nombre de los comunistas soviéticos.

Diez años antes, cuando viajé a Pekín y ya era Secretario General del Partido, le pedí a los chinos una rotativa para nuestro diario, de las que ellos fabricaban. Mi petición fue bien acogida. Transcurridas algunas semanas nos comunicaron la decisión definitiva. No nos darían la rotativa que solicitábamos, pero sí 50 mil dólares para cancelar el valor o gran parte del valor de la prensa que necesitábamos y que podríamos importar de algún país occidental. El dinero lo recibiríamos en Berna a partir de tal o cual fecha. Cuando regresé al país, Neruda estaba por viajar a Europa y a él le pedimos que pasara a retirarlo. Cumplió la misión con todo gusto, aunque con ello le anduvimos arruinando su viaje. Luego de pasar por la capital suiza, tenía que visitar otros países, y el cuidado del encargo, el temor de extraviar “los libros que me encargaste” —según me decía en una carta— no le permitía dormir tranquilo.

Volviendo a los soviéticos, después del golpe de estado de 1973 contamos con su apoyo financiero. En esos años, los partidos chilenos y las organizaciones internacionales que se crearon para sostener la causa de Chile recibieron la amplia solidaridad de países socialistas y capitalistas que acogieron a un millón y medio de exiliados y contribuyeron a financiar su rica e intensa actividad en contra de la dictadura. Principalmente generosa fue la ayuda que en este campo prestaron la Unión Soviética, Cuba y la República Democrática Alemana, entre los países socialistas y Suecia, Italia y México entre los países capitalistas.

Pero para financiar los gastos propios del Partido nos rascamos siempre con nuestras propias uñas.

Tenía ya redactadas las líneas precedentes cuando me impuse de testimonios norteamericanos sobre el tema. Los encontré en el valioso libro de Joan Garcés “SOBERANOS E INTERVENIDOS”, del cual en 1995 se editaron en Chile dos capítulos bajo el mismo título y que tiene como subtítulo “CHILE, LA GUERRA FRÍA Y DESPUÉS”. Garcés indagó en los archivos secretos norteamericanos, a los cuales se puede acceder transcurridos 25 años de acaecidos los acontecimientos. “La capacidad económica del Partido Comunista chileno —dice el escritor español— emerge en los informes como endógena, no alimentada desde otro Estado. Un estudio detallado del Agregado Militar norteamericano del 29 de noviembre de 1945 presentaba al diario “El Siglo” como una empresa que generaba beneficios financieros al PCCH. Y lo acompañaba del listado de sus administradores, empleados, corresponsales, subscriptores en el extranjero, etc. En el informe de un año después —17 de diciembre de 1946— bajo el título “Organización Financiera del PCCH”, los mismos servicios de información pasaban acuciosa revista a la estructura y fuentes financieras del partido latinoamericano, sin

mencionar ni aludir a financiamiento alguno de origen extranjero. El 25 de marzo de 1947 el Embajador Claude Bowers enviaba al Director del FBI otro minucioso informe de 21 páginas titulado "Financial Organization of Communist Party of Chile", que de nuevo aparece como de origen exclusivamente local, sin alusión ninguna a aportes extranjeros".

Checoslovaquia

En agosto de 1968 tropas soviéticas entraron a Checoslovaquia para apuntalar al gobierno del Presidente Svóboda, sobrepasado por un movimiento de masas. Según Moscú, los que dirigían o estaban detrás de dicho movimiento se proponían restablecer el capitalismo y había que conjurar ese peligro.

En 1948, año que optó por el socialismo, Checoslovaquia era el país que tenía el más alto grado de desarrollo económico y el sistema democrático más avanzado de cuantos habían tomado ese camino. Bajo el nuevo régimen, su pueblo alcanzó un nivel de bienestar y cultura muy superior al que había conocido en la sociedad precedente. Pero, en los últimos años 60 el país se hallaba estancado. Su industria estaba atrasada, no había asumido los avances de la revolución científico técnica, tenía baja productividad y el burocratismo, la prepotencia y otros defectos se habían impuesto en la dirección del Partido y del Estado. Para colmo, miles y miles de sus más valiosos militantes habían sido víctimas de la expulsión y de persecuciones arbitrarias y algunos, incluso, ejecutados. Contra tales males había surgido, a fines de 1967 un movimiento que pugnaba por la renovación y la democratización socialistas. En enero del año siguiente el Partido se hizo eco de sus demandas. Antonin Novotni fue removido de su cargo de Secretario General y luego de Presidente de la República. Fue el punto de partida de la adopción de una serie de medidas de democratización que los comunistas chilenos seguimos con simpatía, al igual que los comunistas de otros países.

En el curso de este proceso democratizador, varios de los principales medios de publicidad, de prensa, radio y televisión pasaron a manos de elementos reaccionarios; se puso en marcha una campaña por la disolución de la Milicia Obrera, creada por los trabajadores industriales en 1948 en la lucha por la conquista del poder político; se hizo presente el "Partido Socialista Justo" que demandaba prohibir toda actividad comunista y se propagaban consignas que proclamaban "*socialismo sin comunistas*" y "*fuera los comunistas de la dirección de los sindicatos*". Esto fue llamado la primavera de Praga.

Poco después de estos acontecimientos conversé con Enrique Líster, uno de los generales republicanos en la guerra civil de España. Nos habíamos encontrado en varias ocasiones, la primera vez en Rumania, y entre nosotros había surgido un apreciable grado de amistad y confianza. Líster vivía en Praga, donde funcionaba la radio "PIRENAICA" a través de la cual los comunistas españoles disparaban cada día sus mensajes dirigidos a la conciencia y el corazón de su pueblo. "Yo —me dijo— *que sé muy bien que los países capitalistas esgrimieron el principio de la No Intervención en España como una manera de hacer la vista gorda a la intervención de Hitler y Mussolini, no me encuentro entre aquéllos que dicen que, por principio, se oponen a la entrada de las tropas soviéticas al territorio checoslovaco. Pero no estoy seguro si en este caso era necesaria la intervención soviética.*"

Los comunistas chilenos no asumimos las razones que invocaron los estados integrantes del Pacto de Varsovia que, con excepción de Rumania, decidieron enviar tropas a Checoslovaquia. El día 21 de agosto, en una declaración de nuestra Comisión Política, dijimos que *"la cuantificación de los peligros en que se habría hallado el socialismo en ese país ha corrido de parte de los camaradas checoslovacos que demandaron apoyo del exterior y de quienes prestaron este apoyo. Nosotros, comunistas chilenos, no estamos en condiciones de rechazar ni de avalar las apreciaciones que unos y otros hicieron al respecto."* Pero apoyamos la intervención diciendo que no se podía *"permitir que las fuerzas reaccionarias reconquisten para el capitalismo a Checoslovaquia y a ningún otro país socialista."*

Además, en un gran acto público realizado en el Caupolicán el 24 de agosto reiteramos nuestra simpatía por la democratización socialista y nos manifestamos particularmente críticos respecto a los responsables de la situación que se había creado. En el discurso que allí pronuncié, a nombre del Comité Central del Partido, dijimos *"Lo que ha ocurrido en este país es una verdadera tragedia. Consideramos absolutamente legítima y natural la diversidad de formas de construcción del socialismo. En este sentido, apreciamos las formas propias de construcción del socialismo en Yugoslavia, Rumania, Cuba, Corea y otros países"*.

Y luego agregamos que en relación a Chile *"tenemos una concepción pluralista de la sociedad y sostenemos el principio del cumplimiento del papel de vanguardia del proletariado y de su Partido sobre la base de una dirección compartida por todos los sectores que estén por el socialismo."* (Existía el peligro de que los acontecimientos checoslovacos afectaran seriamente el proceso de unidad de la izquierda y de acción común con otras fuerzas democráticas. El Partido Socialista, la Unión Socialista Popular, el Partido Socialdemócrata, el Partido Radical y la Democracia Cristiana condenaron la intervención

soviética. Públicamente los invitamos al diálogo sobre esta materia y sobre todo a la búsqueda de los caminos que hicieran posible, por sobre esta desinteligencia, la acción conjunta en torno a los problemas que más interesan a nuestro pueblo y a nuestro país, en torno a la necesidad de irrumpir hacia adelante con las transformaciones revolucionarias que se necesita operar con urgencia y profundidad en la sociedad chilena.

Dijimos también: *“Queremos decirle al país que la posición asumida por el Partido Comunista de Chile, que consiste en cerrar filas en torno a la actitud adoptada por los Partidos Comunistas de la Unión Soviética y demás firmantes del Pacto de Varsovia, con la sola excepción de Rumania, no significa que estemos absolutamente de acuerdo con todos los pasos que se han dado. Por ejemplo, nosotros expresamos nuestra coincidencia con la preocupación manifestada por dichos partidos en la carta que emitieron en Varsovia, pero no con todo el contenido de esa carta. Agregamos que en relación a los asuntos de Checoslovaquia existe de por medio una cuestión más profunda y de más larga data. Nos hemos preguntado: ¿qué se hizo — y no sólo por parte de los checoslovacos— durante los años pasados, durante dos décadas, para evitar allí los errores que condujeron a la crisis del presente? Estos son problemas acerca de los cuales habrá que abrir amplia discusión en el movimiento comunista.”*

La situación producida en Checoslovaquia venía a favorecer la campaña anticomunista y amenazaba con perjudicar las expectativas de la izquierda chilena que ya se aprestaba para dar la batalla presidencial de 1970. La derecha y el imperialismo estadounidense pusieron el grito en el cielo, se escandalizaron, protestaron, reivindicaron el principio de la no-intervención, acrecentaron la campaña antisoviética y se propusieron meter cuñas en el proceso de agrupamiento de las fuerzas populares con miras a la conquista del poder. Usaron todos los recursos, lícitos e ilícitos. Dijeron que el triunfo de Allende sería la victoria del comunismo, que Chile se convertiría en una colonia de la Unión Soviética, que arrancaríamos de los hogares a miles de niños para mandarlos a la URSS, que terminaríamos con la democracia e implantaríamos una feroz dictadura, etc, etc.

Hubo alguna gente atrapada por estas mentiras. Pero las cosas siguieron evolucionando en una dirección favorable al pueblo de Chile.

Rumbo al poder

Ya los resultados de las elecciones presidenciales de 1964 habían revelado un gran avance de la izquierda y demostrado la posibilidad de conquistar el gobierno para el pueblo.

Las condiciones nacionales e internacionales favorecían el logro de este objetivo. La derecha chilena, fuera del gobierno y preocupada de defender intereses innobles y bastardos, se hallaba muy reducida en sus posiciones de poder. En el pueblo primaba un sentimiento favorable a llevar a cabo profundos cambios que el gobierno demócrata cristiano, surgido en aquellas elecciones, soslayaba o abordaba superficialmente. En todo el mundo los pueblos alzaban la bandera de la solidaridad antiimperialista, principalmente con Cuba y Vietnam. En mayo del 68, los estudiantes parisinos se habían levantado contra el orden constituido al grito de: “¡Seamos realistas. Hagamos lo imposible!” En Chile, los estudiantes se tomaban la Universidad Católica y la Catedral e imponían la reforma universitaria en ese plantel de educación superior. En el frontis de su Universidad colgaron un gran lienzo con una frase lapidaria que se hacía famosa: “El Mercurio miente”.

En esta coyuntura histórica el movimiento popular chileno se planteó con más claridad que antes la conquista del gobierno. Con este objetivo, en el informe al Pleno del Comité Central, en abril de 1969, en las postrimerías de la administración demócrata cristiana, señalamos la necesidad de plasmar en la lucha la más amplia coalición de fuerzas populares, progresistas y revolucionarias. Dije: *“Prácticamente, el año 1964, le ofrecimos al país un gobierno socialista-comunista. Todo lo que se ha dicho, en el sentido de que perdimos la elección de aquel año por la campaña de mistificaciones del enemigo, es una explicación parcial, que no apunta al fondo del problema. Del enemigo siempre hay que esperar lo peor. La verdad es que el país no estaba en condiciones de darnos un respaldo mayoritario para que comunistas y socialistas, solos, dirigiéramos sus destinos. Nosotros estimamos que esta situación no se ha modificado suficientemente y, por lo tanto, debemos propender a un movimiento popular y a un gobierno de una más amplia base social y política”*.

En las elecciones parlamentarias de marzo de ese año el Partido Comunista obtuvo el 15,9 % de los votos, el Partido Radical el 13,0% y el Partido Socialista 12,2%. Aunque la cuestión de la unidad no es sólo electoral, tales resultados indicaban la necesidad del entendimiento con el radicalismo que retomaba una posición de izquierda. Este fue un asunto controvertido en el seno del FRAP. El Partido Socialista alegaba que unirse con los radicales era desvirtuar el contenido del movimiento popular y favorecer a la burguesía. Nosotros declaramos que, por el contrario, se trataba precisamente de atraer al Partido Radical al lado de la clase obrera y que el Partido Comunista, que había sido perseguido y puesto fuera de la Ley bajo el Gobierno del radical González Videla, era el que más podría cuestionar un acuerdo con esa colectividad, pero que consideraba un deber pensar y ac-

tuar, más que en función del pasado, en función del presente y del futuro y que por tal razón, debíamos esforzarnos por atraer a los radicales al cauce del movimiento popular, dejando a la vez constancia que con los González Videla, los Picó Cañas y los Julio Durán no había nada que hacer. Sobre esta materia, interrogado un día por los periodistas, les dije: “¡Con los Duranes jamás!”.

Siempre víctimas de la desconfianza de algunos de nuestros aliados, principalmente de los socialistas, que creían que dada nuestra política de amplitud y nuestra oposición no ciega frente al gobierno de la DC, podíamos irnos con la candidatura de Tomic, dije en otra ocasión: “¡Con Tomic ni a misa!”. Fue al comienzo de la campaña presidencial de 1970, cuando la izquierda aún no se había puesto de acuerdo en su propio abanderado, Tomic se definía como un candidato anticapitalista, sostenía *“que cuando se gana con la derecha es la derecha la que gana”* y no ocultaba su aspiración de contar con el apoyo de la izquierda para su propia postulación. A Tomic, por supuesto, no le gustó lo que dije. Pero tengo que añadir que las varias veces que después me encontré con él, la última de ellas en 1985 en La Habana, en el marco de la Conferencia sobre la Deuda Externa, nunca me tocó el punto. En mi declaración no había, por supuesto, nada personal sino una posición política con la cual podía estar en desacuerdo, pero que no tenía más que respetar.

Como se puede ver, el camino de la lucha y de la unidad que nos condujo a la gran victoria de 1970 no estuvo exento de dificultades y escollos, incluidas posiciones sectarias y desconfianzas en la misma izquierda, las que fue necesario superar.

Nuestra posición, que era también la de muchos otros, comprendido por cierto Salvador Allende, terminó por abrirse paso. Así surgió la Unidad Popular.

Las relaciones PS-PC en los años 60

En los años que desempeñé la Secretaría General del Partido nos correspondió tratar con diversos Secretarios Generales del Partido Socialista, con Raúl Ampuero, Salomón Corbalán, Aniceto Rodríguez, Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda. Obviamente, las relaciones que mantuvimos con ellos no eran iguales en todos los casos. Dependían de varios factores, del carácter y de las opiniones de cada cual, de los equipos que los acompañaban y por cierto de la coyuntura en que a uno y otro le correspondía actuar. Pero con todos mantuvimos buenas relaciones, fraternales y amisto-

sas. En ocasiones, tuvimos serios desencuentros, abiertas discrepancias con Raúl Ampuero y Adonis Sepúlveda. Pero ello no nos llevó a declararles la guerra. Nos obligó a buscar, con mayor razón, el entendimiento con ambos dirigentes, cuya honestidad revolucionaria y personal siempre apreciamos.

Con el Partido Socialista tuvimos las mayores afinidades y también las mayores discrepancias. Durante varios años, los comunistas definimos nuestra política como de "Frente de Liberación Nacional" y los socialistas la suya como de "Frente de Trabajadores." Nosotros propiciábamos una alianza que fuera desde la clase obrera a aquella parte de la burguesía nacional que tenía contradicciones con el imperialismo y la oligarquía, en tanto que los socialistas limitaban al campo de los trabajadores la alianza que propugnaban. El planteamiento comunista, que dicho sea de paso sobrestimaba esas contradicciones, contenía un elemento valioso e indispensable, el de la amplitud. En el planteamiento socialista se ponía un mayor énfasis en las traiciones e inconsecuencias de los sectores burgueses que tuvieron la hegemonía en los gobiernos radicales y en el de Carlos Ibáñez del Campo, y se acentuaba la necesidad del ascenso de los trabajadores a la dirección del país. Posteriormente, ambos partidos dejaron de lado las definiciones que habían hecho de la política de cada cual. Y las diferencias en la formulación de sus líneas políticas se fueron acortando y atenuando mediante la discusión ideológica y, sobre todo, a través del trabajo tesonero al frente de las aspiraciones de las masas, desarrollado conjuntamente por dirigentes y militantes socialistas y comunistas.

En nuestra política de alianzas siempre tuvimos presente la cuestión de asegurar una dirección firme y consecuente del movimiento popular. Para nosotros era claro que la clase obrera, la más numerosa de las clases y la más partidaria del cambio social, desempeñaba y debía seguir desempeñado un rol hegemónico en el proceso revolucionario en la medida que comunistas y socialistas centráramos nuestra atención en su unidad y en sus luchas y actuáramos de común acuerdo en los asuntos principales de la política nacional. Fuimos más lejos. Dijimos: no discutamos si la vanguardia del proletariado es el Partido Comunista o el Partido Socialista. Trabajemos de conjunto, de común acuerdo, en el terreno de la dirección de los trabajadores y del movimiento popular. Ésta fue la tesis de la dirección compartida o de la vanguardia compartida que formulamos abiertamente y tratamos de implementar.

Tanto comunistas como socialistas nos empeñamos en solventar nuestras diferencias a través de la discusión pública y privada. En este quehacer, unos y otros aprendimos a huir de los adjetivos y calificativos que hieren o suponen intenciones y que sólo distorsionan el debate y entorpecen el arri-

bo a un pensamiento común. Nos guiamos también por el buen criterio de dejar que la práctica diera su opinión.

Creo que jugó su papel en las buenas relaciones entre ambos Partidos, las conversaciones fuera de todo protocolo y formalidad y, muchas veces, sin un tema predeterminado que discutir. Personalmente, con el completo acuerdo de la Dirección del Partido (y la cooperación de la tesorería del Comité Central), siempre invitaba a mi casa a dirigentes socialistas, en primer término a sus Secretarios Generales, obviamente con sus respectivas compañeras. A Salomón Corbalán y María Elena Carrera, y a Aniceto Rodríguez y Anita Cisneros, les gustaba especialmente este tipo de encuentros donde se hablaba de un cuanto hay, nos conocíamos más y con frecuencia se avanzaba en la formación de criterios comunes. Naturalmente, como vuelta de mano, ellos también hacían otro tanto. Esta es por otra parte una práctica muy chilena, pues desde el siglo pasado en nuestro país la política gira en buena medida en torno a la mesa.

Humo blanco

A comienzos de 1969, el Partido insistió en la necesidad de unir más y más fuerzas para que el pueblo de Chile pudiera abrirse paso hacia el poder. Entonces y teniendo en vista las elecciones presidenciales del año siguiente, dijimos que todo alineamiento estrecho de fuerzas, la puesta en práctica de cualquiera política que condujera a marginar del movimiento a sectores populares de avanzada, hace muy difícil, por no decir imposible, una victoria del pueblo.

Cuando ya habían surgido cuatro precandidaturas en el seno de la Unidad Popular y cada colectividad trataba de imponer la suya, nosotros proclamamos la de Pablo Neruda. Lo hicimos el 30 de septiembre. Dimos la noticia en un improvisado mitin, que tuvo lugar frente a la vieja casona que el Comité Central arrendaba en Teatinos con Compañía. Desde los balcones del segundo piso me dirigí a los centenares de personas allí congregadas, diciéndoles *“Tenemos derecho, como el que más a desear que el nuestro sea el candidato de la Unidad Popular. El Partido Comunista se ha convertido, por voluntad del pueblo, en el primer partido de la izquierda chilena. Además, desde 1938 a esta parte, ha venido apoyando candidatos radicales y socialistas y no sería malo que ahora apoyaran al nuestro. Pero no decimos: Pablo Neruda o ningún otro. No decimos: o nuestro candidato o no hay unidad. Nos permitimos invitar a los demás partidos de izquierda y a los otros candidatos proclamados por las demás fuerzas populares a ponernos todos en este mismo plano”*.

Privada y públicamente habíamos dicho que no estábamos dispuestos a respaldar a un candidato de una coalición restringida, circunscrita casi exclusivamente a socialistas y comunistas, como en 1958 o 1964. Para ir a la derrota, preferíamos levantar nuestra propia candidatura y que cada cual asumiera la responsabilidad correspondiente si no se materializaba la unidad de todas las fuerzas democráticas que podían y debían agruparse en aquel momento. Nuestros aliados le tomaron el peso a esta posición.

En los meses siguientes se realizaron numerosas reuniones y conversaciones con la idea de llegar a un candidato único de la Unidad Popular. Los precandidatos eran, por orden alfabético, Salvador Allende, Alberto Baltra, Jacques Chonchol, Pablo Neruda y Rafael Tarud. Cada partido tiraba para su raya y argumentaba en favor de su abanderado. Por momentos, la situación se ponía tensa, vidriosa, como si estuviera a punto de estallar.

Se llegó a fines de diciembre y a final de año sin candidato y con las conversaciones prácticamente suspendidas. ¿Qué hacer para salir de esta impase? El 5 de enero, en conferencia de prensa, anunciamos que apelaríamos al pueblo para que hiciera sentir su voz y contribuyera a superar la situación. *“Nos orientamos a que este problema —le dije a los periodistas— se resuelva también con la participación de la opinión pública. Todos los partidos de izquierda están siendo acosados por sus militantes y simpatizantes respecto al problema que se ha creado. Nuestra influencia en ese sentido —derecho tenemos a ello— la vamos a hacer valer. Que lo hagan también los demás; que le digan a la opinión pública lo que piensan. Nosotros organizaremos una serie de concentraciones y diremos nuestra palabra, sin caer en dimes y diretes con otros partidos, ni con los demás candidatos.”*

Luego dimos otro paso en busca de un candidato único. El Comité Central, por unanimidad, retiró la candidatura de Neruda y resolvió jugarse por la de Allende. Antes de tomar esta resolución hablamos con él para comunicarle la proposición que llevaríamos al Pleno del Comité Central, la que agradeció profundamente. Si retirábamos a Neruda era obvio que debíamos preferir a Allende. Lo apreciábamos sinceramente por ser un político peleador, conocido y estimado por el pueblo, consecuente y con una larga trayectoria. Era, además el candidato del Partido Socialista y, sin desmerecimiento de los demás, nuestro aliado más importante. Habíamos observado, sin embargo, que en el último tiempo, se repetía en sus discursos, caía en lugares comunes y en frases hechas. Daba muestras de estagnación. El movimiento popular había crecido más que él. Se lo dijimos fraternal y francamente en una conversación que ex-profeso tuvimos en mi casa.

Allende era una personalidad fuerte y quisquillosa, quien no admitía fácilmente una observación. Reaccionó como tal.

—“Si ustedes consideran — nos dijo— que yo no debo ser el candidato, si no tengo la confianza de ustedes ni la de mi partido y las demás colectividades, simplemente designen a otro”.

—“No, compañero Allende— le respondí—. Estas observaciones y opiniones que le entregamos no están dirigidas a bloquear su candidatura, de ningún modo. Están inspiradas en el propósito de ayudarlo a superarse. Nosotros hemos tenido con usted relaciones políticas, relaciones de amistad desde hace largo tiempo. Lo apreciamos sinceramente. Y si usted es designado candidato, el Partido Comunista trabajará por su victoria como lo hizo en las anteriores ocasiones, con todo el cuerpo, con toda decisión.”

Debo agregar que Allende demostró en la campaña una gran capacidad de superación; se puso a la altura del movimiento popular con el cual creció a la par.

Hablamos también con los radicales y el API, con Baltra y Tarud. Les dijimos: Creemos que la situación no da para más y que el candidato tiene que ser Allende. En el radicalismo había un influyente grupo, encabezado por el senador Hugo Miranda, que libró la pelea en este mismo sentido.

El 22 de enero se realizó un gran mitin en la Avenida Bulnes, convocado por nuestro Partido para informarle al pueblo de la situación creada e insistir en lo del candidato único. A media tarde, poco antes del comienzo del acto, se llegó a acuerdo en la Unidad Popular. Fui el primer orador. Empecé mi discurso con estas palabras:

“Trabajadores de Santiago, pueblo de la capital, queridos camaradas: Salió humo blanco. Ya hay candidato único. Es Salvador Allende.”

La multitud celebró la noticia con un estruendoso aplauso.

No fue fácil la designación de Allende como abanderado de la Unidad Popular en las elecciones de 1970. En el propio Partido Socialista salió con fórceps. En su Comité Central la mayoría estaba por postular el nombre de Aniceto Rodríguez. Pero el Pleno Socialista se pronunció por Allende.

Tampoco fue fácil echar a andar la campaña. Algunos partidos bajaron momentáneamente la guardia por no haber sido el suyo el candidato que se llevaría a las urnas. Y, además, nos hallábamos en pleno verano, cuando medio mundo se va de vacaciones y baja la actividad política. Pero no podíamos permitirnos el lujo de dejar que los días pasaran sin movernos. Decidimos entonces entrar de inmediato a la pelea. Nuestras Juventudes Comunistas rompieron el hielo de la pasividad con sus Brigadas Ramona Parra. Salieron a dedo o en destartalados vehículos a recorrer los caminos de la Patria para escribir en puentes, muros y piedras: ¡SALVADOR ALLENDE, PRESIDENTE DE CHILE!

Este fue el comienzo de una campaña que encendió la esperanza, dio

nacimiento a 14 mil Comités de base, llegó hasta los últimos rincones del territorio patrio y culminó con la victoria 235 días después de habernos puesto de acuerdo en que Allende sería una vez más el candidato del pueblo.



*Campana Electoral, 1970
Luis Corvalán en el frontis de su casa de calle Bremen, Ñuñoa.*



Septiembre de 1972, conmemoración de los 50 años de la Juventud Comunista en el Estadio Nacional.

3. El gobierno del pueblo

Un presidente leal y grande

Pasada la media noche del 4 de septiembre de 1970, Allende habló desde los balcones de la Federación de Estudiantes de Chile, en plena Alameda Bernardo O'Higgins. Hacía sólo algunos instantes que se había anunciado el triunfo de su candidatura. *"El compromiso que yo contraigo ante mi conciencia y ante el pueblo, actor fundamental de esta victoria, es el de ser auténticamente leal a la gran tarea común y colectiva"*, le dijo a la multitud allí reunida. Y añadió de inmediato: *"A la lealtad de ustedes responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo, con la lealtad del compañero Presidente"*.

En su comentario político del 8 de noviembre, cuatro días después que Allende asumiera el mando, "EL MERCURIO" dijo: *"Sea como fuere, la opinión pública no ve en el triunfo del Dr. Allende la buena fortuna de un grupo de partidos sino la victoria de un líder que luchó valientemente para ocupar el cargo que ha conquistado."* Y casi sin respirar, agregó muy suelto de cuerpo: *"El carácter mismo de la institución presidencial chilena impulsa a quien recibe tan alta investidura a emanciparse de los intereses partidarios estrechos."* "EL MERCURIO" y la reacción chilena habían tenido varias veces éxito en esto de inducir y conducir a políticos de izquierda, comprendidos algunos primeros mandatarios, a olvidarse de sus compromisos con el pueblo. Pero en tanto fueron por lana esta vez salieron trasquilados.

La lealtad fue el rasgo más característico de Salvador Allende. Ella arrancaba de su gran sensibilidad con los sufrimientos y necesidades de la gente, del aprecio que tenía por los trabajadores de la ciudad y del campo. La lealtad se había convertido en él en un objetivo de su vida, en una obsesión, en un principio, tras la seguidilla de desengaños y desilusiones sufridos por el pueblo con políticos que le habían vuelto la espalda después de llegar al gobierno.

En 1920, Arturo Alessandri Palma había accedido a la Primera Magistratura con el apoyo de las capas medias y de la gente humilde. Con su demagogia conquistó multitudes. Se dirigía a su "*chusma querida*", "*con el corazón en la mano*", despotricando contra la oligarquía — la "*canalla dorada*" como él llamaba— y ofrecía el oro y el moro. Pero después de ser elegido Presidente se olvidó de la chusma, se fue con la canalla, no tuvo corazón y reprimió con las armas las luchas proletarias en San Gregorio, La Coruña y Magallanes. En 1946, Gabriel González Videla fue también elegido Presidente con el respaldo de vastos sectores populares. Cuando era candidato, declaraba a los cuatro vientos: "*No hay ni habrá nada ni nadie, ninguna fuerza, humana ni divina, que pueda apartarme del pueblo y del Partido Comunista*". Pero se dio vuelta la chaqueta antes de que su gobierno cumpliera un año, recurrió a la fuerza armada contra una huelga de los mineros del carbón, las emprendió contra los trabajadores, abrió en Pisagua el primer campo de concentración de la historia chilena, persiguió al Partido Comunista y, con el apoyo de la Derecha logró que el Parlamento le aprobara una ley que engañosamente llamó de Defensa Permanente de la Democracia, mediante la cual el Partido fue proscrito.

Otros políticos, como don Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Eduardo Frei Montalva accedieron a la Presidencia de la República con el apoyo del pueblo, y si bien no hicieron lo de Alessandri Palma ni lo de González Videla y encabezaron gobiernos democráticos y progresistas, estuvieron lejos de responder a las expectativas de la gente.

El pueblo, sobre todo el pueblo obrero, sacó de estos hechos sus propias y acertadas conclusiones. Comenzó a desconfiar de los políticos que no eran de su clase, entró a cuestionar el liderazgo de la burguesía, giró más hacia la izquierda y se propuso tomar sus destinos en sus propias manos.

Allende tiene el gran mérito de haber asumido a plenitud esta experiencia. Captó muy bien el dolor de las frustraciones del pueblo y se propuso encabezar con toda decisión y consecuencia un nuevo movimiento social y político, dirigido a la conquista del poder, a la generación de un gobierno distinto, dentro del cual la clase obrera, los trabajadores, deberían ser los actores principales, las fuerzas fundamentales en la lucha por los cambios de fondo, antiimperialistas y antioligárquicos, que desbrozaran el camino al socialismo.

Salvador Allende procedía de una familia de clase media acomodada, formada en los principios de la masonería. Se incorporó a la lucha social como estudiante universitario, durante la dictadura de Ibáñez. Fue miembro del Grupo Avance (del cual fue expulsado por considerar una locura que dicho grupo propiciara la formación de soviets en Chile, como patrocini-

nábamos los comunistas en esos años de tan torpe sectarismo). Participó activamente en las lides antifascistas de los años 30, en la fundación del Partido Socialista y en el proceso de agrupamiento de la izquierda que condujo a la formación del Frente Popular, de cuyo gobierno fue Ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social. Cuando dejó el Ministerio se concentró en la labor política y parlamentaria y poco después en la reunificación de la izquierda a partir del entendimiento entre socialistas y comunistas. En esta posición se mantuvo hasta el fin de sus días. Lo impactó fuertemente la revolución cubana. Fue amigo de Fidel Castro. Admiró al Che Guevara y a Ho Chi Minh. Apreció las realizaciones del socialismo en la Unión Soviética y, sin compartir enteramente su política, comprendió el papel positivo que ella jugaba en la escena mundial como dique de contención de la dominación imperialista e inestimable punto de apoyo internacional para el éxito de toda empresa en favor de cambios progresistas en cualquier punto del globo terráqueo.

Fue cuatro veces candidato a Presidente de la República. No lo amilanaron las derrotas. Cuando en 1952 sacó sólo 52 mil votos, el 5% de los sufragios, levantó la vista y sólo tres días después de las elecciones dijo en el Senado que ese 5% *"implica un triunfo real y efectivo"* y esos 52 mil sufragios *"constituyen la expresión de otras tantas conciencias limpias que sabían que votaban por un programa, por una idea, por algo que estaba apuntando hacia el futuro"*. Seis años más tarde, cuando obtuvo el 28,5 % de los sufragios, afirmó por cadena radial que las fuerzas que representaba han salido victoriosas *"porque hemos penetrado profundamente en la conciencia ciudadana con nuestro pensamiento renovador"*.

Como Recabarren, fue un gran sembrador de ideas. Las masas acogieron su palabra porque era de lenguaje claro, directo y sencillo. Hablaba de temas que le interesaban a la gente, saliendo al encuentro de las cosas en que el pueblo pensaba.

Más que una ambición, más que un simple anhelo, común a la mayor parte de los políticos sobresalientes, tenía el firme propósito de ser Presidente de la República para trabajar tesoneramente por un cambio profundo en favor del pueblo. Dijo muchas veces: *"Yo no quiero ser un Presidente más. Quiero ser el primer Presidente del primer gobierno revolucionario del pueblo de Chile."* A menudo recalca: *"Yo no soy un caudillo, ni un mesías; soy un militante del pueblo, un servidor del pueblo"*. Y cuando el pueblo lo llevó a la primera magistratura de la nación, se dirigió a los trabajadores para pedirles que no lo llamaran Su Excelencia o Señor Presidente, sino *"Compañero Presidente"*.

En la ocasión en que la periodista de "Ercilla", Erika Vexler, le preguntó a comienzos de agosto de 1970, un mes antes de las elecciones, acerca de cómo le gustaría que lo recordaran, le respondió: *"Como un chileno consecuente"*. Y tres años más tarde, cuando la casa del Gobierno era asaltada y ardía en llamas, pudo decir con entera propiedad en su postrer discurso a través de Radio Magallanes: *"Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria"*.

Les había advertido a los reaccionarios que sólo muerto podrían sacarlo del puesto que el pueblo le había dado. A ellos se dirigió expresamente el 4 de diciembre de 1971 en el acto que se efectuó en el Estadio Nacional en homenaje a Fidel Castro, que nos visitaba por esos días: *"Se los digo con calma, —expresó— con absoluta tranquilidad, yo no tengo pasta de apóstol, ni pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile. No daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha dado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir mi voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo"*.

Como siempre, hizo honor a su palabra. Desde la media mañana de ese trágico 11 de septiembre era claro que la lucha estaba ya perdida. Le ofrecieron un avión para salir del país, físicamente ileso, junto a su familia. Pero prefirió morir combatiendo, para refrendar así su lealtad al pueblo y dejar un testimonio más de que los revolucionarios verdaderos pueden ser aplastados transitoriamente pero jamás abdicar de su causa ni rendirse.

Neruda dice en una de las últimas páginas de sus memorias que en su larga historia civil Chile tuvo muchos Presidentes chicos y sólo dos Presidentes grandes, José Manuel Balmaceda y Salvador Allende. Los dos se enfrentaron al gran capital extranjero y fueron víctimas de una confabulación reaccionaria. Balmaceda se enfrentó al capital inglés a fines del siglo pasado, tratando de preservar para Chile la codiciada riqueza salitrera, que no existía en ningún otro lugar de la tierra y que recién entonces comenzaba a explotarse. Allende se batió contra las poderosas empresas norteamericanas y, con el respaldo del país entero, procedió a nacionalizar el cobre. Balmaceda decía que el salitre y los ferrocarriles serían la base del progreso nacional. Allende sostenía que había que recuperar el cobre porque era el sueldo de Chile. Los gobiernos de ambos Presidentes, los más patrióticos que ha tenido el país, fueron derribados por la fuerza de las armas. Otro símil hermanó a ambos Presidentes: Balmaceda, asilado en la Legación Ar-

gentina, se suicidó el 19 de septiembre de 1891 y Allende, en La Moneda el 11 de ese mismo mes del año de 1973. Por largo tiempo, los dirigentes de la Unidad Popular sostuvieron que había sido asesinado. El Dr. Patricio Guijón, uno de los médicos que estuvo junto a él el 11 de septiembre, nos dijo en Dawson que cuando se aprestaba a retirarse de La Moneda sintió un disparo, volvió sobre sus pasos, y vio el cuerpo sin vida del Presidente, con el cráneo destapado y la metralleta en sus manos con la que se había disparado. Personalmente me pareció creíble esa versión porque más de alguna vez había escuchado decir al propio Allende que él no se entregaría, que defendería al gobierno disparando hasta la última bala y que esta también podría reservársela para sí.

Un gobierno popular y pluralista

Aquella mañana del 5 de septiembre en que Julieta Campusano, Pablo Neruda y yo visitamos al Presidente electo en su casa de la calle Guardia Vieja, ocurrió un hecho singular y enigmático. Había varios papeles sobre la mesa de centro en torno a la cual nos sentamos a conversar. No se sabe si por distraído Neruda tomó uno de ellos y se lo echó al bolsillo o si alguno de los contertulios habituales de Guardia Vieja se lo puso ex-profeso en una de las carteras de su chaqueta. El hecho es que Pablo lo encontró allí cuando regresábamos a la sede del Comité Central a dar cuenta de la entrevista. El papel en cuestión era ni más ni menos que un documento del Partido Socialista en que se le hacía saber al recién elegido Presidente de la República que al designar a sus ministros de Estado tuviera en cuenta que había tres ministerios que por ningún motivo podían ser ocupados por comunistas. Estos eran los ministerios del Interior, de Relaciones Exteriores y de Defensa Nacional.

No hicimos problema de este asunto y el primer gabinete se constituyó sin mayores dificultades. Estuvo integrado por cuatro ministros del Partido Socialista, comprendida la Secretaría General de Gobierno, tres del Partido Comunista, tres del Partido Radical, dos del MAPU, uno del Partido Democrático, uno del API y uno independiente. Por primera vez en la historia del país, cuatro carteras ministeriales fueron asumidas por obreros: Américo Zorrilla en Hacienda, Pascual Barraza en Obras Públicas, José Oyarce en Trabajo y Carlos Cortés en Vivienda, comunistas los tres primeros y socialista el cuarto. Pero no sólo hubo presencia obrera en el Ministerio. Numerosos dirigentes de los trabajadores se desempeñaron como intendentes y gobernadores, ejecutivos de las empresas del Estado y conse-

jeros o representantes del Presidente en los servicios y órganos de la Administración Pública.

Se puso en práctica el Pacto Político de la Unidad Popular, que fue elaborado como documento anexo al programa. Dicho pacto establecía la presencia de todas las fuerzas que generaron al gobierno de la Unidad Popular *"en cada nivel de trabajo y en las esferas decisivas de la administración estatal"*, donde deberían actuar *"conjuntamente entre sí y con las organizaciones sociales de los trabajadores y del pueblo interesadas en el área respectiva."*

Se trataba de normas dirigidas a asegurar la dirección pluralista y colectiva del proceso en todos los frentes y la eficacia de la labor gubernativa, evitando de paso la parcelación política de la administración pública y la hegemonía y prepotencia a que siempre tiende el partido más grande. Hay que reconocer, sin embargo, que dichas normas fueron, en más de una oportunidad, objeto de transgresión y usadas por algunos burócratas para caer en el vulgar y vapuleado *"cuoteo"* que ha acompañado siempre a los gobiernos de la burguesía, comprendida la dictadura militar que distribuyó los ministerios y otros cargos entre las diversas ramas de las Fuerzas Armadas.

En el primer gabinete nos hicimos cargo de Hacienda, Obras Pública y Trabajo. En la Dirección del Partido le dimos gran importancia a la designación de comunistas en estos ministerios. Orlando Millas llegó a decir, sin ser controvertido por ninguno de nosotros, que la cartera de Hacienda era la principal ya que todas las demás dependían financieramente de ella. Aunque esto era así, no tuvimos en cuenta, ni por asomo, lo que luego ocurriría, el hecho de que la política monetaria y financiera del gobierno estaría determinada, en una medida significativa, por factores y presiones que distorsionarían en parte la correcta orientación que queríamos darle en pleno acuerdo con el Presidente y los demás partidos de la Unidad Popular. Así por ejemplo, en cierto número de empresas estatizadas y reparticiones públicas se contrataron funcionarios que no se necesitaban, en algunos casos como una manera de financiar activistas políticos, o se acordaron aumentos de remuneraciones o servicios sin que fuesen acompañados de ningún aumento en la productividad.

Cada vez que hay un cambio de gobierno —un cambio constitucional se subentiende—, el Jefe de Estado que se va nombra como Subsecretario del Interior a una persona indicada por el nuevo Mandatario para recibir, por así decirlo, las llaves de La Moneda y desempeñar el papel de puente o enlace entre uno y otro mandatario. Pues bien, en tanto el Congreso Pleno confirmó a Salvador Allende como Presidente de la República, José Tohá, que estaba por asumir el Ministerio del Interior, me llamó por teléfono

no pidiéndonos que designáramos a un compañero para la Subsecretaría de esa cartera. La Dirección del Partido le encomendó esta responsabilidad a Daniel Vergara, abogado y regidor en la Municipalidad de La Reina.

Daniel Vergara, varón de una gran humanidad, de un gran corazón y de un humor de buena ley, tenía la apariencia de hombre terco y duro. La derecha lo llamó Barnabás por su parecido físico con un personaje de una serie de televisión. No lo conocía Salvador Allende. Cuando éste lo vio por primera vez pensó, según me lo contó más tarde, que seguramente no era la persona más indicada para el cargo. Pero, en fin, lo nombró por respeto al Partido y convencido tal vez de que nunca debía guiarse por la primera impresión. Muy pronto cambiaría de opinión, porque Daniel Vergara sería para él el hombre más trabajador, eficiente y responsable. Invierno y verano, de día o de noche, siempre estuvo en su puesto, al tanto de lo que sucedía en el país. —“*Si alguna vez yo tuviera que escribir un libro sobre una persona, lo haría sobre Daniel Vergara*”, me dijo en una ocasión. Por su parte, el General Carlos Prats destaca en sus Memorias la “*diligente labor con una abnegación y sentido de garantía para todos los Partidos*” que lleva a cabo “*el vilipendiado Subsecretario, Daniel Vergara,*” y “*el acatamiento leal a mis instrucciones, que es una constante de toda su labor administrativa, mientras yo desempeño el cargo de Ministro del Interior.*”

Sucedió algo parecido con Orlando Millas. Para el reemplazo de Américo Zorrilla cuando éste dejó el Ministerio de Hacienda, le dimos a Salvador Allende el nombre de Orlando como sucesor y, una vez más, como en el caso de Daniel Vergara, el Presidente lo nombró por respeto al Partido y seguro de que no debía guiarse por prejuicios, pero sin la misma seguridad acerca de lo acertado de la designación. Para no poca gente, incluidos algunos comunistas, Orlando aparecía como un hombre inflexible, difícil para entenderse con él. El día que Millas fue destituido de su cargo por resolución del Senado —de la derecha y la Democracia Cristiana, mejor dicho— Allende nos abrió de nuevo su corazón para decirnos que cuando lo designó ministro no lo había hecho con pleno convencimiento, que él había pensado que le íbamos a dar el nombre de José Cademártori, pero que después de conocerlo más, le sacaba el sombrero por sus conocimientos, su capacidad y responsabilidad. Como Daniel Vergara, aunque no como subordinado, a Millas le tocó también trabajar al lado del General Prats, entendiéndose ambos lo más bien en el empeño por sacar adelante una ley sobre áreas de propiedad.

Prioridad uno: la gente del pueblo

Por primera vez en la historia de Chile el país fue gobernado por un Presidente y una coalición de izquierda cuya preocupación principal fue la de servir al pueblo, a los trabajadores y a la gente más postergada y desvalida. En función de tal objetivo se aplicaron medidas directas y concretas y se programaron y llevaron a cabo las grandes transformaciones contempladas en el Programa de la Unidad Popular.

Desde los primeros días, medidas tales como el retiro de la Contraloría de veintitantos decretos que autorizaban alzas de precios, la reincorporación de los obreros y empleados despedidos de El Salvador, de la Empresa Nacional de Minería y de la Línea Aérea Nacional; la supresión de los reajustes CORVI y la gratuidad de la atención médica en postas y policlínicas, demostraron que por fin había un Gobierno para el cual lo primero eran los intereses del pueblo.

Allende tenía una preocupación especial por la madre y el niño. Muchas veces le oí decir en sus discursos que la alimentación que recibe el niño en los primeros años de su vida, marca su salud y su capacidad intelectual para siempre. De ahí el medio litro de leche que por indicación suya se incorporó en las 40 medidas más urgentes que debía poner en práctica el Gobierno de la Unidad Popular. La reacción la calificó como una maniobra política, como un gesto demagógico. Lo cierto es que respondía a la más profunda convicción humanista del Presidente. Por eso la mantuvo contra viento y marea, no obstante que a poco de asumir el mando había que importar leche en polvo y esta tuvo alzas exorbitantes.

El Servicio Nacional de Salud repartía leche para los niños ya antes del Gobierno de la Unidad Popular. Así, en 1967, le entregó 18 millones de litros a 980 mil niños, y en 1968, 12 millones a 706 mil infantes. Bajo el gobierno de Salvador Allende se dio un salto más que significativo al respecto. En 1971 se distribuyeron, gratuitamente, 47 millones de litros de leche que beneficiaron a 3 millones de niños, una cantidad semejante en 1972 y, en 1973, a pesar de todas las dificultades, aumentaron a 49 millones los litros de leche entregados y a 3 millones 600 mil los favorecidos con ellos.

Uno de cada tres consultorios prestaba atención permanente, día y noche, para lo cual se implementó una política de contratación masiva de estudiantes de los últimos años de la carrera y de recién egresados y se extendió de 6 a 8 las horas de trabajo para cubrir siquiera en parte el déficit de médicos. Se aumentó, también, la planta de dentistas, creándose los cargos de Odontólogos Generales de Zona. La Escuela de Medicina de la Universi-

dad de Chile abrió carreras vespertinas de médicos y de enfermeras universitarias.

Un tren, el Tren de la Salud, recorrió gran parte del territorio nacional durante dos años y medio, llevando atención médica, atención odontológica y educación secundaria, especialmente a los campesinos y poblaciones sin acceso a consultorios y hospitales y liceos.

Se incorporó la comunidad organizada —Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Sindicatos, Clubes de barrio— al cumplimiento de los planes de salud. A mediados de 1973 más de la mitad de los establecimientos de salud contaban con esta colaboración. Se llevaron a cabo programas de profilaxia y de tratamiento precoz de las enfermedades respiratorias agudas y de las diarreas de verano. En esta labor se destacaron los Voluntarios de la Salud. Desde fines de 1972, los consultorios periféricos de Santiago y muchos de las provincias ampliaron su atención con un horario vespertino hasta las 21 horas.

La educación fue realmente *"atención preferente del Estado"*. La matrícula era gratuita en la enseñanza básica y media, en tanto que en la Universidad de Chile miles de estudiantes estaban exentos de todo pago y los demás cancelaban cantidades más o menos modestas en relación a los ingresos de sus padres. En los dos primeros años del Gobierno Popular se distribuyeron, gratuitamente, 6 millones 417 mil textos escolares en la Educación Básica. En 1973 la cifra alcanzó a 8 millones. Igualmente gratuitos fueron la distribución de cuadernos, de libros y demás útiles escolares, el desayuno para todos los alumnos de la primaria y el almuerzo para los escolares de más bajos recursos.

Creció el número de estudiantes en todos los niveles de la educación. En la Enseñanza Básica subió en casi 300 mil, en la media científico-humanista hubo un aumento de 28 mil alumnos y de 28 mil 613 en la técnico-profesional. Todo esto representó más horas de clase y más profesores.

Tanto o más significativos fueron los cambios operados en la Educación Superior. En virtud del Convenio suscrito entre la Central Única de Trabajadores y la Universidad Técnica del Estado, hoy Universidad de Santiago, USACH, en 1970 se incorporaron a diversas carreras de la UTE 26 trabajadores que tenían licencia secundaria y en 1973, a lo largo de todo el país, lo hicieron 2.500 trabajadores que cumplían esa condición. Mediante ese mismo convenio, se creó un sistema de nivelación que permitía que los trabajadores con enseñanza media incompleta o sin ella pudieran acceder a la Universidad. Además, se otorgaron cupos especiales para hijos de campesinos y obreros, y para hijos de mapuches y de soldados (Beca René Schneider). El Convenio CUT-UTE inspiró y patrocinó un Sistema Nacional de

Educación que llevó la Universidad a las fábricas, a los puertos, a las minas y permitía que los alumnos alcanzaran el grado de Técnico Universitario de nivel medio, quedando en situación de seguir posteriormente estudios de ingeniería en la misma Universidad Técnica. En 1973 habían alrededor de 6 mil alumnos en estas condiciones.

En el frente de la cultura hubo otros avances notables. La empresa ZIG-ZAG pasó a manos del Estado, constituyéndose allí la Editorial QUIMANTÚ que se propuso y logró llevar el libro hasta los más modestos sectores de la población. Nunca antes, las ediciones habían alcanzado tan alto tiraje ni habían tenido tan bajo precio. En los mil días de Allende, las de Quimantú llegaron al millón de ejemplares, y el precio que se pagaba por el ejemplar de obras de autores famosos de todo el mundo en la Colección de Mini Libros correspondía al valor de compra de una cajetilla de cigarrillos Hilton de esos años.

En CHILE FILMS, bajo la dirección de Miguel Littin, se creó un Centro Productor y Distribuidor, dirigido a las poblaciones, sindicatos y otros organismos de masa. Surgieron nuevos cineastas y se produjeron más de 20 largometrajes, entre ellos "La Batalla de Chile" de Patricio Guzmán y "Palomita Blanca" de Raúl Ruiz.

En toda la historia de Chile no hay otro gobierno que le haya dado tanta participación al pueblo y haya tomado tantas y tan importantes medidas para elevar su nivel de vida en todos los planos.

La estabilidad laboral, la organización sindical y todas las conquistas sociales de los trabajadores fueron respetadas. Mejoraron sus ingresos y aumentó su participación en la renta nacional. El salario mínimo fue en 1973, en términos reales, tres veces superior al de 1968, según reconoció "EL MERCURIO" en su editorial del 24 de septiembre de 1989. Con una asignación familiar se podía comprar 39 kilos de pan en 1973 y ahora no más de 6 kilos, recordó en 1985 el ex ministro del trabajo José Oyarce, en el Seminario Internacional que organizara el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschütz a 25 años del triunfo de la Unidad Popular. La desocupación, que en 1970 era del 8,3% bajó en 1971 al 3,8%.

Se concedió personería jurídica a la Central Única de Trabajadores, se autorizó la creación del Sindicato Único de Trabajadores de las Enseñanza. Entre 1970 y 1973 aumentó el número de sindicatos industriales de 1940 a 1974, los profesionales de 2 mil 569 a 4 mil 106 y los agrícolas de 510 a 882. Llegó a estar organizada el 30% del total de la fuerza laboral, y los trabajadores pasaron a elegir, en votación directa, sus consejeros en las Cajas de Previsión.

Se dictó la ley que dispuso la creación de la Caja de Previsión Social de comerciantes, pequeños industriales, transportistas, artesanos y todo tipo de trabajadores independientes; se extendió la previsión a los artistas y a los suplementeros, se dispuso que las jubilaciones y pensiones mínimas fueran de un monto igual al salario mínimo en actividad y que los montepíos correspondieran al valor total de la jubilación que tenía o le correspondiera al causante.

Se amplió el permiso por natalidad a cuatro semanas antes del parto y a seis después del parto.

En la esfera internacional se vio claro, desde el primer momento, que el país contaba con un gobierno nuevo, distinto, que actuaba con independencia y personalidad. Apenas Salvador Allende asumió la Presidencia de la República se reanudaron las relaciones con Cuba. Luego se establecieron relaciones diplomáticas con Nigeria, se ampliaron las que existían con la República Popular de Corea, Chile votó en la ONU por la incorporación de la República Popular de China al organismo supremo de la comunidad internacional y reconoció a la República Democrática Alemana. Todo esto se hizo a contrapelo de los Estados Unidos, país con el cual el Gobierno Popular se empeñó, sin embargo, en mantener los vínculos en la mejor forma que fuese posible en el plano del mutuo respeto y del interés recíproco.

Los cambios en la propiedad

De acuerdo al Programa del Gobierno Popular, debían haber tres áreas de propiedad: la propiedad social, la propiedad privada y la propiedad mixta. En la primera estarían las empresas que ya eran del Estado más las que fuesen nacionalizadas o estatizadas. En la segunda estarían los talleres de los artesanos, las fábricas de los pequeños y medianos empresarios y las tierras, máquinas y ganado de los pequeños y medianos agricultores. Y en la tercera se hallarían aquellas empresas medianas y grandes de las cuales serían co-propietarios y co-administradores el Estado y capitalistas privados.

Para la estatización de la banca y la expropiación de las grandes empresas industriales, el gobierno no contaba con los votos necesarios en el Congreso, donde los Partidos de la Unidad Popular eran minoría. Por esto tuvo que seguir otros caminos.

El 30 de diciembre, cuando todavía no llevaba dos meses como Presidente, Allende anunció al país que en los primeros días de enero enviaría al Congreso un proyecto de ley de estatización de la banca y que, para acelerar

el proceso, su gobierno ofrecía a la vez otra alternativa, la compra de todas las acciones a través del Banco del Estado. Los accionistas corrieron a vender sus títulos al precio que se les ofrecía, temerosos de que más tarde valieran menos. De esta manera, ya a mediados de 1971, el Estado controlaba 16 de los 18 bancos privados.

Mediante la compra del 63% de las acciones que estaban en manos de capitalistas norteamericanos fue también estatizada la Sociedad Química y Minera de Chile, la SOQUIMICH, propietaria de las oficinas salitreras de María Elena, Pedro de Valdivia y Victoria. El restante 37% de las acciones ya eran de propiedad del Estado chileno. Este mismo procedimiento se siguió para la estatización del cemento, del carbón, del hierro, de la siderúrgica de Huachipato y de algunos servicios.

La nacionalización de las cuatro grandes empresas productoras de cobre, que le aportaban al país el 75 % de las divisas, se hizo a través de una reforma constitucional que fue aprobada por la unanimidad del Parlamento. Esto se explica porque una abrumadora mayoría nacional demandaba la recuperación de esta riqueza básica y la derecha no se atrevió entonces a oponerse a tan patriótica exigencia.

Al finalizar 1972, se hallaban bajo administración estatal 193 empresas en la condición de intervenidas y 125 en la condición de requisadas. En ambos casos se utilizaron disposiciones legales vigentes, algunas contenidas en el Código del Trabajo y otras en el Decreto Ley 520, dictado en agosto de 1932 por el Gobierno de Carlos Dávila. El Código del Trabajo autorizaba al gobierno a intervenir empresas que estuviesen paralizadas y que, por esto, *“pusieren en peligro la salud de la población o afectaren su tranquilidad económica-social”* o fueren productoras de *“artículos o mercaderías esenciales para la defensa nacional o para el abastecimiento de la población.”* Por su parte, el Decreto Ley 520 facultaba al Presidente de la República para expropiar empresas industriales y de comercio *“para el solo efecto de atender a las necesidades imperiosas de las subsistencias del pueblo”*, de acuerdo a las normas que su mismo texto establecía si se daba, por ejemplo, el hecho de que el establecimiento industrial o comercial se mantuviera *“en receso”*. La derecha habló de que el gobierno, al recurrir a estos Decretos, echaba mano de *“resquicios legales”*. La verdad es que la validez de tales decretos-leyes había sido reconocida por todos los gobiernos que sucedieron al de Dávila y aplicado ampliamente en circunstancias excepcionales como las del terremoto de 1939.

Los caminos seguidos eran legítimos y legales, y más cortos y efectivos en el caso de la compra de acciones o de la formación de empresas mixtas. Pero las intervenciones y requisiciones de empresas no dejaban resuelta la cuestión de la propiedad y daban margen a la incertidumbre. El Go-

bierno tomó, entonces, la iniciativa de enviar al Parlamento un proyecto para determinar por ley las tres áreas de propiedad. El proyecto no fue aprobado. En cambio, lo fue el que sobre la misma materia presentaron los senadores demócrata cristianos Juan Hamilton y Renán Fuentealba, proyecto que sin ser esencialmente diferente en cuanto a delimitación de las áreas, establecía que tenía que haber una ley para cada empresa que se pensara pasar al área social o a la mixta. Esto significaba que se malograría el propósito de reestructurar la economía, estableciendo en ella tres áreas bien determinadas, porque el gobierno no tenía mayoría en el Congreso y porque, aún si la tuviera, cada proyecto de expropiación requeriría meses o años para su aprobación y, de este modo, en el período del Presidente Allende se contarían con los dedos de la mano o de las dos a lo sumo, las empresas traspasadas al área social o mixta.

También se llevó adelante la Reforma Agraria de acuerdo con la ley aprobada durante el gobierno demócrata-cristiano. Bajo el Gobierno de la Unidad Popular fueron expropiadas más de 5 millones 355 mil hectáreas, casi el doble de lo que en este aspecto hizo el gobierno anterior. Con ello se puso fin al latifundio.

Además, el Estado tomó en sus manos el 90% del comercio de exportación y el 60% de las importaciones. Y se hizo cargo de la distribución de alimentos y otros bienes a comerciantes y consumidores de todo el país, asegurándoles el abastecimiento a precios razonables y no especulativos.

Normas de probidad

En una de las primeras reuniones del Gabinete, Allende señaló las normas a que deberían estar sujetos los Ministros y todos los funcionarios designados por él. Entre ellas, recuerdo la fijación de un sueldo máximo en la Administración Pública, empezando por el sueldo del Presidente, la renuncia a los “pitutos” y el uso racional y justificado de los autos fiscales, limitado a las actividades propias de las funciones de cada cual.

No se trata de poner las manos al fuego por ningún personero de la Unidad Popular; pero el hecho concreto es que todos los anuncios que hizo la Junta Militar, acerca de que tales o cuales ministros, parlamentarios y altos funcionarios del gobierno de Allende tenían en su poder, cuando fueron detenidos, miles de dólares y millones de escudos, fueron miserables calumnias. La dictadura se empeñó en investigar sus haberes y hasta su vida privada en busca de hechos de corrupción que les permitiera denigrarlos. A Dawson mandó, incluso, a un abogado de Impuestos Internos, Jaime Figueroa, que

durante varios días se dedicó a interrogarnos, uno por uno, a los personeros del gobierno y de la Unidad Popular que estábamos allí. Llegó muy altanero y retornó a Santiago con la cola entre las piernas. No pudo formularle a ninguno de nosotros la más mínima acusación de deshonestidad.

Los parlamentarios comunistas le entregaban al Partido el monto entero de su dieta y en los últimos años, con la correspondiente autorización de cada uno de ellos, un compañero de su Comisión Nacional de Finanzas las retiraba de la Tesorería de la Cámara y del Senado. El Partido se preocupó especialmente de que los militantes suyos que pasaron a desempeñar cargos de responsabilidad en el Gobierno aportaran al prestigio de éste asumiendo normas muy claras de probidad. Se tomó y puso en práctica el acuerdo de que todos ellos, empezando por los Ministros, le entregaran parte de sus ingresos a la Junta Nacional de Jardines Infantiles para los fines propios de este organismo.

Anoto otros hechos propios de este comportamiento. Leopoldo Zuljevic, cuando fue nombrado por Allende Superintendente de Aduanas, prefirió seguir viviendo en la casa de siempre en Valparaíso, renunciando al derecho que tenía de ocupar la mansión que allí existía para quien desempeñara tan alto cargo. Otro tanto hizo David Silberman. Designado Gerente General de la División Chuquicamata, David optó por no habitar la fastuosa vivienda que allí existía para el mandamás del mineral.

Sorprendente resultaba la conducta de los comunistas para alguna gente de gobierno, como lo pudo observar Américo Zorrilla. Recién nombrado Ministro de Hacienda, tuvo que concurrir a una reunión de gobernadores del Fondo Monetario Internacional que se realizó en Buenos Aires. A su regreso devolvió todo el dinero sobrante de los viáticos que se le habían entregado. En la Tesorería General de la República quedaron estupefactos y aproblemados. Lo primero porque no había precedentes de un gesto como ése. Lo segundo porque, para los funcionarios aparecía intrincado, como contra natura, llevar a cabo esa extraña operación de reingreso de dineros que se daban por gastados. "Don Américo", como todos lo llamábamos, insistió y sólo quedó conforme cuando, a pedido suyo, le dieron un recibo por el dinero devuelto.

Todos en la misma tarea

En numerosas empresas del área social se constituyeron Comités de Producción y Consejos de Administración. Los obreros se ocupaban del mejoramiento de sus condiciones de trabajo y, a la vez, del ahorro de materiales y del aumento de la producción.

Bajo la consigna “¡Póngale el hombro a la Patria!” surgió y se desarrolló el movimiento del trabajo voluntario, que contó con el concurso masivo de la juventud chilena.

Los esfuerzos desplegados por el gobierno y por el pueblo de Chile que lo respaldaba con decisión permitieron lograr importantes éxitos en la aplicación del Programa, los que se tradujeron en más producción y en un notorio mejoramiento de los niveles de vida de los trabajadores y del pueblo en general. En 1971, la producción industrial creció en alrededor de un 13 %, la de cobre —ya nacionalizadas las minas— en un 5,6%, la minera en general en un 5,7%, la agrícola en un 6% y el producto nacional casi en un 9%. En términos reales se mejoraron los salarios y sueldos en un 28%. La participación de los trabajadores en la renta nacional aumentó de un 51 a un 60%.

El 50,5% de los sufragios que obtuvo la Unidad Popular en las elecciones municipales de abril de 1971 fue una demostración clara de que la mayoría ciudadana respaldaba al Gobierno.

Estaba en Moscú el día de aquellas elecciones. Me encontraba allí, junto con Marta Ugarte y Samuel Riquelme, como invitados fraternales al XXIV Congreso del Partido Comunista de la URSS. Tengo que decir que nuestra presencia y nuestra palabra en ese Congreso fueron recibidas con especial atención y afecto. No era para menos. Por primera vez en la historia un movimiento revolucionario que proclamaba abiertamente que se proponía como meta el socialismo, conquistaba el poder, más bien el gobierno, por una vía pacífica, a través de una elección. Este era un fenómeno singular y esperanzador para otros pueblos. Eran vistos con interés varios rasgos de la situación chilena de aquel momento. Por ejemplo, llamaba la atención que los profundos cambios que se operaban en el país se llevaran a cabo en los marcos de la Constitución y de la ley y, asimismo, el hecho de que los Partidos Socialista y Comunista, que andaban como el perro y el gato en casi todos los países donde coexistían, aquí marchaban de común acuerdo y constituían la base de una amplia coalición de izquierda y de un gobierno pluralista.

Para muchos soviéticos Chile rompía sus esquemas.

En mi saludo al Congreso del PCUS destacué expresamente lo peculiar de nuestro proceso revolucionario. Sostuve que frente a la afirmación de nuestros enemigos en el sentido de que la composición pluripartidista del gobierno popular de Chile era un fenómeno pasajero y de que los comunistas trataríamos muy pronto de saltar sobre esta característica para ir al establecimiento de un sistema de partido único, solo podíamos decir que no teníamos otro camino que el de trabajar junto a nuestros aliados, sin límite

de tiempo, y que, por supuesto, no estábamos descontentos con desenvolvernos en este marco tan propio de nuestra tradición y de nuestra realidad social y política.

En plena faena

Con cierta frecuencia, el Presidente de la República se reunía con los Partidos de la Unidad Popular para examinar la marcha del gobierno. Una de las más importantes reuniones que realizó con ellos tuvo lugar en la parcela del Partido Comunista en El Arrayán, en días no continuos, entre el 31 de enero y el 8 de febrero de 1972. A ella asistieron, además de los representantes de los partidos, los Ministros de Economía, Hacienda y Agricultura, más el Director de la Oficina de Planificación y el Secretario Ejecutivo de Comercio Exterior. Se prestó especial atención a los fenómenos negativos que aparecían en la vida nacional, debidos, por una parte, a la acción de los contrarios y, por la otra, a los errores cometidos por el propio gobierno y los partidos que estaban con él. Desde luego, merecieron la consideración correspondiente los resultados adversos de las elecciones extraordinarias que se habían efectuado en el mes de enero en las provincias de O'Higgins, Colchagua y Linares, en las dos primeras para elegir a un senador y en la tercera un diputado. En ambas elecciones, la Unidad Popular bajó el porcentaje que había alcanzado en las municipales con el agravante de que en las de Linares descendió, porcentualmente, incluso la votación que había tenido en las presidenciales de 1970. Lo peor de todo es que en estas elecciones la Democracia Cristiana abandonó la posición de centro que venía sosteniendo desde hacía algunos años, apoyó al candidato de la Derecha en Linares a cambio del respaldo que el suyo recibía de la Derecha en O'Higgins y Colchagua y así empezó a configurarse la unión de los Partidos de centro y de derecha en contra del gobierno de Allende.

Los resultados de estas elecciones marcaron un retroceso de la Unidad Popular en la mayoría de las comunas rurales, donde la reforma agraria se había realizado en buena parte. La cosa era clara. Votaron por los candidatos de la oposición campesinos que fueron favorecidos con el gobierno de Allende. No había dónde perderse. Esos campesinos estaban descontentos porque, después de haber recibido tierra, no tenían ayuda suficiente del Instituto de Desarrollo Agropecuario ni del Banco del Estado, se les trataba de imponer esquemas rígidos de organización de la propiedad y la producción, no se resolvía la cuestión de sus títulos de propiedad y no estaban de acuerdo con la toma indiscriminada de predios que llevaban a

cabo algunos grupos de ultraizquierda. Se sentían inseguros de poseer definitivamente las tierras que se les había asignado.

En el encuentro de El Arrayán se dio la primera y enérgica batida contra estos defectos, se acordó completar el proceso de la reforma agraria en el curso del año, repudiar las tomas indiscriminadas de predios agrícolas, asegurar la inexpropiabilidad de los predios pequeños y medianos, ampliar la participación de los campesinos en el manejo de la política agraria del gobierno, ajustarse plenamente a las disposiciones de la ley, esto es a la expropiación de los predios superiores a las 80 hectáreas de riego básico, sin perjuicio de preparar a posteriori un nuevo proyecto de reforma agraria para reducir la cabida máxima de tierra y ampliar el número de campesinos beneficiados con la reforma.

En conformidad con la orientación y los acuerdos de El Arrayán, los trabajadores chilenos y los Partidos de la Unidad Popular se esforzaron por corregir y superar las fallas y errores observados.

Crisis en la Unidad Popular.

A la salida del verano de 1972 se produjo un hecho que puso en evidencia una grave crisis en el seno de la coalición de gobierno. Cinco de los siete partidos que la integraban, concretamente el Partido Socialista, el Partido Radical, el MAPU, la Izquierda Cristiana y la Socialdemocracia, declararon "*territorio allendista*" y "*territorio libre de América*" a la ciudad de Concepción y se opusieron, en alianza con el MIR, a una marcha convocada por la Democracia Cristiana. Hicieron lo posible por impedir la, produciéndose serios incidentes callejeros, que culminaron con la muerte de un estudiante de 17 años.

Poco antes, bandas de la organización facciosa "*Patria y Libertad*", que encabezada Pablo Rodríguez, habían protagonizado una serie de desmanes en la capital del país y había tenido lugar la llamada *Marcha de las Cacerolas*, realizada por las encopetadas señoras del barrio alto que esa tarde vistieron con mayor sencillez y por primera vez en la vida salieron a la calle con sus empleadas de servicio, las asesoras del hogar, que fueron obligadas a acompañarlas. Esta fue una asonada francamente fascista, provocadora y sediciosa, que no debió autorizarse. Por eso, cuatro meses después, cuando la Intendencia de Santiago concedió el permiso para otra manifestación similar, la marcha de las mujeres de la Papelera, organizada por los mismos elementos que organizaron la marcha de las cacerolas y con los mismos fines, nosotros, comunistas, nos opusimos terminantemente a su realización.

Declaramos que no permitiríamos que ganaran la calle los fascistas, conversamos con el Partido Socialista, nos entrevistamos con el Ministro del Interior, provocamos una reunión de toda la Unidad Popular y el asunto se llevó a la consideración del Presidente de la República, quien dispuso que se derogara la autorización, de la que no tenía conocimiento.

La de Concepción era una situación distinta. Aquí no se trataba de permitir o de no permitir una manifestación de tipo fascista, sino de autorizar o no autorizar un acto de un partido opositor. A nuestro juicio —y esta fue también la opinión del Presidente Allende— debía autorizarse, tal como se había autorizado la llamada *Marcha de la Democracia* que la oposición realizó en Santiago el 12 de abril. Se encresparon los ánimos en el seno de la Unidad Popular. La Comisión Política del Partido Socialista entregó una declaración dejando establecido que no compartía los puntos de vista del Comité Regional Socialista de Concepción. Otro tanto hizo el Partido Radical. En el seno del Comité Nacional de la UP hicieron lo suyo el MAPU, la Izquierda Cristiana y los socialdemócratas. Esto fue importante, pero no significó de por sí la superación de las discrepancias ni que se hubiera llegado, en esta materia, a un pensamiento común.

Nosotros convocamos a una conferencia de prensa. Les dijimos a los periodistas que no dábamos por superado lo sucedido en Concepción. *“Lo que sucedió allí —les expresé a los periodistas— pone de relieve una crisis real en el seno de la Unidad Popular, que afecta al Gobierno y que no solo se plantea en relación con el problema de los derechos de la oposición, sino con el enfoque general de la situación actual y del camino a seguir”.* *“Todo indica —agregué— que en la capital penquista tomó cuerpo una tendencia que considera que las posibilidades de cambio en los marcos del cumplimiento del Programa y de los compromisos políticos de la UP, ya estarían agotados. Los confabulados de Concepción, por así llamarlos, participan de la idea de que éste es un gobierno “reformista” y estiman que hay que cambiar de rumbos, en lo cual lleva el panderero el MIR. Este afirma que el gobierno de Allende es un gobierno reformista y que su deber es combatir ese reformismo, desafiando y sobrepasando la autoridad de ese gobierno y el programa de la UP.”*

Sí, en el Gobierno había rasgos reformistas. Pero no eran los prevalentes ni los determinantes. Era un gobierno revolucionario, que había llevado a cabo grandes transformaciones revolucionarias y que se hallaba bajo el fuego graneado del imperialismo y de la reacción, porque había herido profundamente sus intereses. Requería y era digno de todo el apoyo del pueblo.

Sostuve ante los periodistas: *“Sería erróneo creer que las discrepancias están circunscritas a Concepción. En mayor o menor medida las encontramos en*

todo el país. Estamos dispuestos, decididos a enfrentar esta crisis levantando la bandera de la unidad de los trabajadores, de la unidad del pueblo, del cumplimiento irrestricto del programa de la Unidad Popular”.

En esa oportunidad abordamos también otro problema en torno al cual había opiniones discrepantes en la izquierda. ¿Se puede avanzar en el cumplimiento del Programa actuando dentro de la legalidad? *“Los comunistas pensamos —fue nuestra respuesta— que la institucionalidad, la legalidad prevaleciente no nos ayuda. Estimamos que es un freno, que es un obstáculo al desarrollo del proceso revolucionario, pero no un obstáculo insalvable, porque hasta ahora se ha demostrado que se pueden hacer cosas en los marcos de la legalidad y que lo que se puede hacer no depende tanto de la ley como de la lucha, de la organización, de la movilización de las masas, de la correlación de fuerzas en un momento determinado. De otro lado, pensamos que en el presente no hay ninguna posibilidad para modificar esta legalidad, esta institucionalidad, por ningún camino, ni a través del camino legal, ni a través de un camino extralegal”.*

En estas cuestiones había una gran coincidencia entre el Partido Comunista y el Presidente de la República. A la vez, eran motivo de reflexión y controversia, especialmente al interior del Partido Socialista.

La conjura desatada

A sólo algunos días que Salvador Allende asumiera la Primera Magistratura de la Nación, el Presidente Richard Nixon declaró que las relaciones de Estados Unidos con Chile serían las que Chile deseara mantener con su país. Pero faltó a su palabra. El Gobierno Popular se preocupó de mantener buenas relaciones con Estados Unidos y con todos los países en pie de igualdad y de respeto mutuo. No aconteció lo mismo de la otra parte. Los dos organismos financieros que dependen directamente del Gobierno de Washington, la Agencia Interamericana de Desarrollo, AID, y el Banco de Importación y Exportación, EXIMBANK, suspendieron los créditos a Chile. El Presidente del Eximbank, Mr. Henry Kearns, no se anduvo con chicas. Le comunicó abiertamente a nuestro embajador, Orlando Letelier, que no habría créditos para que la Línea Aérea Nacional, LAN, comprara tres aviones Boeing mientras Chile no asegurase la debida indemnización a las cías. norteamericanas, cuyas minas de cobre eran nacionalizadas en esos días mediante una reforma constitucional aprobada por la unanimidad del Parlamento. El país entero repudió la conducta del EXIMBANK. La condenaron expresamente todos los partidos políticos, la Central Unica de Trabajadores, las Federaciones de Estudiantes y la Sociedad de Fomento Fabril, SOFOFA.

El 11 de diciembre del 71, Nixon recibió de manos del Vice Presidente de la International Telephone & Telegraph, cuya filial en Chile nacionalizará el gobierno de la Unidad Popular, la proposición de conformar un aparato especial del National Security Council (NSC) para presionar a Chile y someterlo a sus dictados. Al mismo tiempo, sugería una serie de medidas destinadas a lograr el estrangulamiento económico del país.

Nixon sentenció con brutalidad y desparpajo: *"hay que hacer reventar la economía chilena"*. Tal política contempló la suspensión por seis meses de la compra de cobre y la puesta en práctica de un plan de la CÍA para crear o estimular tensiones internas y comprometer, en estas andanzas, el apoyo de los militares. Para *"hacer reventar a la economía chilena"* la Kennecot demandó ante los tribunales de Francia y Holanda el embargo de los cargamentos de cobre chileno que llegaran a esos países y Estados Unidos le negó a Chile la venta de trigo a través de la Agencia Interamericana de Desarrollo (AID) y cortó el suministro de repuestos para todo el parque industrial y de transporte de fabricación estadounidense.

Al acoso norteamericano se sumó una fuerte alza de precios en los productos alimenticios importados, la que impuso un mayor gasto del orden de los 100 millones de dólares, y, a la vez, se produjo una baja en el precio del cobre que significó un menor ingreso de 200 millones de dólares. Se presentaron, entonces, serios problemas de abastecimiento de la población.

Hubo, por ejemplo, escasez de carne. Después del triunfo popular, los ganaderos trasladaron a Argentina 200 mil cabezas de vacunos, enviaron al matadero novillos que no habían alcanzado el peso requerido para su comercialización y hubo matanza indiscriminada de hembras. Uno y otro hecho eran de responsabilidad de la oligarquía terraniente y vacuna, lo que no le impedía a sus voceros del Partido Nacional culpar de la falta de carne al Gobierno de la Unidad Popular.

Hasta 1925, Chile era exportador de carne, y de trigo hasta fines de los años 30. Después la ganadería y la agricultura fueron incapaces de satisfacer las necesidades alimentarias de la población. Por eso el país tenía que importar leche, carne y cereales. No obstante, los verdaderos responsables se lavaban las manos por esta situación y todo lo cargaban a cuenta del Gobierno de la Unidad Popular. Más aún, pusieron en práctica un siniestro plan para agravar todavía más los problemas de abastecimiento que ante todo afectaban al pueblo. Faltó en un momento hasta el hilo de coser. Promovieron el acaparamiento y el mercado negro. Repletaron sus despensas con mercaderías no perecibles para varios meses y, a la vez, echaron a correr voces alarmistas para que todo el mundo acaparara cuanto más pudiera.

Hora tras hora se oían, en tiendas y almacenes, cuando se iba a comprar algún artículo que en ese momento escaseaba o no existía, frases como las siguientes:

— *¿No quería, señora, que saliera Allende? Ahí tiene al Gobierno de la Unidad Popular.*

O bien:

— *Esto, señora, no da para más.*

— *Señora, le recomiendo que de esto compre más, porque va a escasear.*

Recordando estos hechos, el Presidente de la Sociedad Chilena de Economía Política, Jacobo Schatán, dijo en el ya citado Seminario del ICAL, que *“la escasez era una farsa manipulada por la oposición, como quedó demostrado por la aparición milagrosa de todos los bienes faltantes, inmediatamente después del golpe”*.

Se enfrentan las dificultades

El Gobierno enfrentó con firmeza las dificultades. Fijó los nuevos precios agrícolas antes que se iniciaran las siembras de 1972. Hizo traer tractores desde la Unión Soviética y resolvió preparar jóvenes campesinos como tractoristas, tarea en la cual contó con la colaboración del Ejército y de la Universidad Técnica. Con todo, hubo que hacer cuantiosas importaciones para asegurar el abastecimiento alimenticio con el agravante de que los precios de la carne, del trigo, del maíz, de la leche y de otros artículos indispensables para el consumo de la población, experimentaron de repente alzas exorbitantes. Sucedió, por ejemplo, que en 1970, en los inicios del gobierno, se tenía que disponer de 10 millones de dólares anuales para darle el medio litro de leche a cada niño chileno en tanto que en 1972 hubo que gastar, no 10, sino 54 millones de dólares para asegurarles ese medio litro de leche a nuestros hijos, beneficio que se mantuvo hasta el final y que sólo terminó con el golpe militar.

La Sociedad de Comercialización Agropecuaria, SOCOAGRO, al frente de la cual estaba Hugo Díaz Oyarzún, pasó a controlar en el 100% la manzana de animales y la comercialización de la carne en Santiago y Valparaíso, y entre el 70 y el 100% en Concepción, Temuco y Valdivia. Y la Empresa de Comercio Agrícola, ECA, que dirigía Leonardo Fonseca, trajo grandes cantidades de carne de Argentina y engordó 12 mil novillos a medias con los campesinos del sector reformado del agro. Así se aseguró en gran medida el abastecimiento y se evitó la especulación.

Simultáneamente, se hizo un gran esfuerzo por substituir el consumo

de carnes rojas por carnes blancas. No dieron abasto a la demanda las empresas avícolas existentes. En septiembre de 1971 hubo que crear la Empresa Nacional Avícola, que construyó instalaciones adecuadas para la crianza y el faenamiento de pollos, promovió el aumento de las siembras de maíz —parte sustantiva del alimento concentrado de las aves— y entregó al mercado miles de toneladas de carne blanca. Mi hijo Luis Alberto, recién recibido como ingeniero agrónomo, concentró toda su capacidad y su entusiasmo de joven comunista en las tareas de esa Empresa.

Se abrieron poderes compradores para la pesca artesanal y de alta mar que hasta entonces no era mayor porque no tenía gran salida, entre otras causas por deficiente comercialización. Las empresas pesqueras hicieron trabajar sus barcos a plenitud y, además, se logró la colaboración de Cuba y de la Unión Soviética que mandaron varias embarcaciones para la pesca en alta mar.

La reacción echó a correr la especie de que la pescada que capturaban los barcos soviéticos se distribuía y vendía congelada porque estaba descompuesta y que para evitar el envenenamiento de quienes la consumieran los rusos le ponían penicilina y la solidificaban a bajas temperaturas. Dijeron también que la pescada congelada carecía de todo valor alimenticio.

El pueblo no era un mero observador, sino un participante activo en esta batalla por asegurar su propio abastecimiento alimenticio y derrotar la especulación, el acaparamiento y la escasez. El Gobierno y los partidos de la Unidad Popular comprendieron que éste, como los demás problemas que enfrentaba, tenía que ser abordado con la activa participación de las masas. Por eso, se marchó a la creación de las Juntas de Abastecimientos y Precios, las JAP, que se constituían en cada Unidad Vecinal con representantes de los organismos comunitarios, de los sindicatos y de los propios comerciantes. Las JAP debían tomar en sus manos las soluciones concretas que correspondían a las situaciones concretas de sus propios entornos. Reunían a la gente, se imponían de sus necesidades, conversaban con los comerciantes del sector y luego iban a DIRINCO, a SOCOAGRO, al organismo correspondiente en busca de la solución de los problemas. A menudo hacían de intermediarias en la distribución de los productos. Lo hacían con entusiasmo, seguras de que trabajaban por sus hijos y por los demás.

El enemigo buscaba por todos los medios el deterioro de la situación principalmente en cuanto a bienes y servicios. En agosto de 1972, el Comité Central del Partido realizó un Pleno para tratar especialmente los problemas de la agricultura y considerar la cuestión de cómo llevar adelante la producción agraria. El informe al Pleno estuvo a mi cargo. En él expresé con toda fuerza que las fallas que se observaban en el agro se debían al

hecho de que habíamos bajado la guardia en el campo, que la Reforma Agraria no era sólo una tarea de los campesinos, sino de todo el pueblo y que al convocar a ese Pleno, el Comité Central del Partido se proponía dar un vuelco en este sentido. Lo primero que hicimos fue formar un Comando Nacional para impulsár las siembras.

En el antes mencionado seminario del ICAL, recordó José Cademártori, refutando las burdas imágenes de terror y caos que los terratenientes imputaban a la reforma agraria, que el Banco Mundial, crítico de Allende, tuvo que admitir, años después que *“aún en sus momentos más turbulentos la reforma fue realizada con admirable poca violencia y destrucción de propiedad”*. Cademártori agregó que la dictadura tronchó el camino hacia una estructura más democrática basada en el protagonismo de los campesinos y asalariados agrícolas, pero que los terratenientes no pudieron reconstituir los latifundios improductivos antes de la división de las tierras llevada a cabo durante los gobiernos de Frei y Allende, lo que permitió en definitiva la agroindustrialización.

Este fenómeno fue considerado por nosotros como el objetivo ulterior del gobierno popular en relación al campo. Más concretamente, sostuvimos que la entrega de la tierra a los campesinos no era todo lo que se debía hacer en esta esfera y que, en definitiva, se requería que Chile modificara profundamente no sólo la forma de propiedad de la tierra, sino que diversificara su producción, aprovechara las ventajas comparativas que le daba su clima para concentrar sus esfuerzos en otros cultivos, principalmente la fruta, y desarrollara la agro-industria con vista a penetrar en los mercados del hemisferio norte. De este modo, el campo dejaría de ser una rémora para que el país avanzara por el camino del progreso y el bienestar de sus hijos.

Durante el paro patronal de la primavera de 1972 los obreros exigieron a los patrones mantener las industrias en actividad, en tanto que las dueñas de casa, los estudiantes universitarios y secundarios, los profesores, los empleados públicos y particulares, los artistas y los intelectuales tomaron en sus manos la tarea de asegurar que los alimentos llegaran a los barrios y poblaciones y los materiales y el combustible a las fábricas. El paro patronal ocasionó cuantiosas pérdidas en el comercio y retrasos en las siembras, pero, con todo, las medidas adoptadas por el gobierno y la movilización del pueblo evitaron daños mayores y constituyeron uno de los dos factores que hicieron fracasar los planes sediciosos de aquel momento. *“Las luchas de octubre —sostuvo Jorge Insunza al hacer el resumen de la discusión del Pleno de noviembre del Comité Central— han vuelto a subrayar que la fuerza principal del movimiento popular está en las masas, en su movilización, en el*

despliegue de sus iniciativas creadoras". Y en seguida acotó: "Hemos aprendido a vincular estrechamente la acción estatal a la acción de las masas, ampliando inmensamente la participación directa del pueblo en el ejercicio del poder".

El otro factor que llevó al fracaso el propósito reaccionario de poner fin al gobierno popular en ese año de 1972 fue la decisión del Presidente Allende de constituir un nuevo Ministerio con el General Prats en la cartera del Interior, el Contraalmirante Ismael Huerta en Obras Públicas y el General de Brigada Aérea Claudio Sepúlveda en Minería, más Luis Figueroa en Trabajo y Rolando Calderón en Agricultura, Presidente y vice-Presidente de la CUT, respectivamente.

Así terminó aquel paro patronal. Entonces la derecha cambió de táctica. Trato de hacer creer que ahora había un co-gobierno y pensó de que los militares podrían jugar en él un gran papel como garantes del respeto a la Constitución. Pero el General Prats les cortó la inspiración. Interrogado por los periodistas puso las cosas en su lugar. *"Les voy a analizar el problema con mucha franqueza --les dijo—. Aquí hay un gobierno que se inició a fines del 70 y hasta el 76. No ha habido interrupción de gobierno. El gobierno sigue vigente. Los cambios de gabinete son cosas circunstanciales que no pueden alterar un programa de gobierno. Este es un gobierno constitucional. Es un gobierno en un Estado de derecho. El gobierno tiene el legítimo derecho a aplicar el programa que está desarrollando. Y el Presidente Allende ha sido bastante enfático al decir que este programa de la Unidad Popular, que lo conoció todo el país en la campaña pre-eleitoral, lo está desarrollando dentro de la Constitución y de las leyes. El ingreso de tres miembros de las FF.AA. al Gabinete constituye una reafirmación vigorosa de la autoridad presidencial".*

Allende en Moscú

El 6 de diciembre de 1972 arribó a Moscú el Presidente Allende, acompañado de Tencha, de su Canciller Clodomiro Almeyda, del embajador Hernán Santa Cruz, de su Edecán Naval Arturo Araya y su Edecán aéreo Roberto Sánchez, de periodistas y secretarios. Lo hizo luego de pasar por México donde el pueblo, los estudiantes y el Gobierno de ese país le brindaron toda su amistad y solidaridad, y después de concurrir a la Asamblea General de las Naciones Unidas donde pronunció un memorable discurso sobre los cambios que se operaban en Chile y el derecho de su pueblo a llevarlos a cabo.

El Gobierno chileno esperaba que la Unión Soviética le hiciera un préstamo de 80 millones de dólares, que necesitaba con urgencia, porque

debía disponer de esa suma en moneda dura para cancelar dentro de un mes, concretamente el 5 de enero, los créditos de corto plazo que le habían otorgado varios países latinoamericanos.

El Presidente de Chile fue recibido con gran afecto y distinción. Leonid Brezhnev dejó expresamente el hospital para dirigirse al aeropuerto moscovita de Vnukovo y darle la bienvenida, acompañado del Primer Ministro Kosiguin, del Ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Gromiko y del Presidente del Soviet Supremo, Podgorni. Y desde que la comitiva entró a la ciudad, a lo largo de todo el trayecto de más de 100 cuadras, en medio del intenso frío del invierno ruso, miles y miles de ciudadanos, trabajadores, estudiantes, jóvenes y niños, le dieron también una calurosa acogida.

Pero la pista estaba pesada para los efectos de lograr el préstamo de los 80 millones de dólares que Chile requería con tanta urgencia, y tampoco los soviéticos habían dado el sí al crédito por 240 millones de rublos que el Ministro Director de ODEPLAN, Gonzalo Martner, al frente de un equipo económico, gestionaba desde hacía días ante las respectivas autoridades de la URSS. En las conversaciones oficiales Allende hizo una amplia exposición sobre la política de su gobierno y de los problemas que enfrentaba, y en conocimiento de que no se había llegado a acuerdo en las reuniones soviético-chilenas realizadas antes de su llegada, pidió reunirse a solas con Brezhnev a quien le expuso con toda claridad nuestras urgencias. Brezhnev dispuso que se volviera a considerar la situación por el lado soviético. A pesar de ello, no había aún acuerdo cuando llegamos a la imponente Sala San Jorge del Kremlin donde, con asistencia de todo el mundo oficial y diplomático de Moscú, se homenajeaba al Presidente de Chile y éste y su comitiva estaban a pocas horas de tomar el avión de regreso a su país. Hasta ese momento no se había logrado ningún crédito en moneda dura. Mas allí, en medio de esa esplendorosa reunión, Allende se jugó la última carta, habló con la dirigencia soviética y me pidió a mí que me empleara también a fondo para respaldar expresamente la solicitud del crédito que con tanto urgencia requería su gobierno. Yo formaba parte de la comitiva del Presidente chileno en su visita a la URSS. Pero a petición suya había llegado antes que él a Moscú, lo mismo que Luis Figueroa, Presidente de la CUT, el Ministro Martner, el Presidente del Banco Central Alfonso Inostroza y demás miembros de la delegación económica-comercial. Hablé con Andrei Kirilenko, miembro del Buró Político y estrecho colaborador de Brezhnev, haciéndole presente las graves consecuencias de todo orden que tendría el fracaso de la visita de Allende a la URSS en el terreno de la colaboración financiera. Almeyda, que ya antes había estado en Moscú abriendo camino a esa colabo-

ración y otros miembros de la comitiva interiorizados de la situación, hicieron lo suyo con otros soviéticos que estaban en la recepción y que podían influir en un mejor resultado de aquella visita. Al fin, tras las correspondientes consultas, en primer término a Brezhnev que había vuelto al Hospital, comunicaron que Chile podía contar con 45 de los 80 millones de dólares que requería con tanta prontitud.

¿Cómo explicarse la negativa inicial y por último, la aceptación sólo parcial a la petición que se había formulado? Gonzalo Martner, en su valioso libro "EL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE" sostiene que "no se pueden sacar conclusiones livianas" y que "hubo varios problemas tanto por la parte chilena como soviética que se tradujeron en los resultados descritos. Desde luego --precisa-- Chile pidió dólares frescos a un país que comercia en rublos, pidió compras de alimentos en el último mes del año cuando estaba cerrada la matriz de importaciones y exportaciones al interior del CAME y todo ello lo hizo cuando apremiaba la ayuda a Vietnam en el año decisivo de su larga guerra. Los soviéticos, a su vez, fueron lentos y rígidos y demostraron falta de imaginación frente al caso chileno"

En cuanto al crédito en rublos por 240 millones solicitado por el sector económico de la delegación chilena, la parte soviética había expresado que no entendía ese requerimiento si hacía sólo algunos meses nos habían abierto un crédito por 200 millones de rublos y de estos no se habían usado ni siquiera 2 millones. Martner describe en su libro al grupo chileno que tuvo a su cargo las conversaciones sobre este punto. "Algunos miembros del grupo —dice— estaban altamente politizados, otros eran tecnócratas, y no faltaban algunos burócratas. La mayoría eran militantes de los diversos partidos de la Unidad Popular. Algunos eran miembros del PC chileno, otros socialistas y entre estos últimos predominaba un sentimiento antisoviético, a veces no disimulado. Existía nerviosismo entre el equipo técnico y no había acuerdo para entender e interpretar las respuestas soviéticas. Entretanto Corvalán y Figueroa conversaban con el PC de la URSS. Los días pasaban y no había respuestas claras de la parte soviética, lo que aumentaba el ambiente de desconfianza que se iba generando.... Los niveles de desacuerdo eran marcados, y largas reuniones celebradas dentro de la delegación hacía penoso lograr avances en las posiciones chilenas".

Al final se convino también en que los soviéticos mandarían a nuestro país algunos expertos que en el terreno estudiarían, junto con técnicos chilenos, los proyectos de inversión.

No era fácil negociar con los soviéticos por las dificultades y limitaciones ya mencionadas que ellos tenían y porque sus representantes generalmente nunca se sentían autorizados para concretar acuerdos sin consulta previa a las instancias superiores. Existía, también, de la parte chilena, una exagerada duda respecto a la excelencia de las máquinas que podríamos

traer desde la URSS y una gran inseguridad en que podríamos contar con los repuestos correspondientes.

A este propósito recuerdo que a comienzos de 1972, en una reunión de Ministros y altos funcionarios del área económica con el Presidente Allende y los jefes de los partidos de la Unidad Popular, se consideró la necesidad de importar de la URSS una apreciable cantidad de tractores. No faltó quien cuestionara la calidad de los tractores soviéticos y hablara de los problemas de repuestos que podríamos tener. Intervine sobre el tema para decir que yo había visitado una fábrica de tractores soviéticos en Rostov, que no podía responder de su calidad, que también había estado en una fábrica de tractores en Ploesti, Rumania, que eran de tipo universal y que no sabía qué país producía el tractor mejor. De lo que estoy seguro —dije— es que el peor tractor es el que no tenemos y que no estábamos en condiciones de regodearnos mucho porque no podemos pagar chin-chin. Allende cortó la discusión y dispuso que se importaran tractores del país que nos ofreciera el mejor crédito, cobrara el precio más barato y nos asegurara de inmediato el suministro de repuestos. Se trajeron de la URSS 6 mil tractores que constituyeron por muchos años una gran ayuda para el sector reformado del agro. Después, bajo el gobierno militar, surgieron los problemas de repuestos. No obstante, la importación de esos tractores fue beneficiosa para los campesinos y el país.

Pese a todo, el comercio con la URSS y demás países socialistas aumentó significativamente y el crédito que de ellos recibimos se elevó de 0 a casi 500 millones de dólares. No era fácil, todavía no es fácil el intercambio comercial con los países de esa área del mundo. Pero no se puede desconocer que, al margen de las dificultades y limitaciones objetivas señaladas por Martner, hubo de su parte, principalmente de la URSS, de Bulgaria y de Checoslovaquia una buena disposición de colaborar con Chile durante el gobierno de la Unidad Popular.

La URSS ofreció también vendernos armas en términos convenientes a nuestro país. El General Prats dice en sus Memorias que *“las características de los armamentos convencionales y complejos de la URSS, de Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Yugoslavia que podrían interesar a nuestros requerimientos, son tan óptimas como las del mercado occidental. Tienen la ventaja de que sus condiciones de venta, —en cuanto a precios, facilidades de pago y oportunidad de entrega, por no ser netamente comerciales— son mucho mas ventajosas que las tradicionales.” Sin embargo, no se nos escapa la trascendencia de los factores psicológicos implícitos en un compromiso de connotaciones políticas internas e internacionales y nos preocupan las complejidades logísticas de mantener una larga línea técnica de suministro de repuestos y de reposición de consumos”*.

Ignoro por qué falló la posibilidad de adquirir armamento en la URSS o en otro país socialista de Europa. Lo único que se es que Moscú era entonces el más importante o uno de los más importantes abastecedores de armas del Perú y que al Ejército le preocupaba especialmente el hecho de que el gobierno de Lima estaba también interesado, en esos momentos, en adquirir una importante cantidad de tanques soviéticos. Esto último era, para el General Prats, la principal dificultad. Se la representó a Allende y a requerimiento suyo hablé sobre el asunto con el representante del Kremlin, el embajador Basov. Este se comunicó de inmediato con Moscú para hacer presente la observación. La respuesta fue rápida y contundente. La URSS estaba dispuesta a no enviar tanques al Perú.

¿Fue el Estado Mayor General del Ejército el que se manifestó contrario a la operación cuando el General Prats sometió a su consideración todos los antecedentes de la Misión Pickering?

Siempre la disputa por el poder

Pese a todos los esfuerzos del Gobierno y del pueblo, la situación general empeoró de más en más. Decreció el producto interno bruto. La producción minera descendió en su conjunto. La actividad agropecuaria bajó en un 0.5%. La inflación alcanzó al 77.8%. Esta se disparó porque la mayoría del Parlamento se negó a otorgar el debido financiamiento a los gastos fiscales, incluido el aumento de los sueldos de los empleados públicos. Hubo que apuntalar económicamente a varias empresas que se hallaban en manos del Estado en las cuales no se unió el mejoramiento de las remuneraciones al aumento de la productividad, y nosotros, como Gobierno, en vez de encarar estos problemas apelando al pueblo y enfrentando con él a la oposición, optamos por el fácil expediente de las emisiones monetarias.

El cobre, que representaba el 70 % del valor de las exportaciones, había bajado de precio en el mercado internacional y, por este capítulo el país dejaba de percibir cuantiosos recursos. Aumentaban, en cambio, los precios de las mercancías que teníamos que importar, entre ellas muchos artículos alimenticios. Y el crédito norteamericano descendió deliberadamente a 32 millones de dólares a mitad de 1972 contra 220 millones que registraba en agosto de 1970, un mes antes de la elección presidencial.

Una huelga del comercio se declaró en agosto, se detectaron ajeteos golpistas del general Alfredo Canales, se acrecentaron los ataques virulentos contra el Gobierno y en especial contra el Presidente de la República, se

produjo una escalada de provocaciones y acciones subversivas y estalló el llamado paro de octubre. Como ya dijimos, este paro terminó apenas se constituyó el gabinete cívico-militar, con el Comandante en Jefe del Ejército, General Carlos Prats como Ministro del Interior. Pero con ello no se logró modificar el rumbo de la oposición que marchaba decididamente a retomar la dirección del país.

Entonces se fortalece la alianza entre el Partido Demócrata Cristiano y la derecha, dando origen a la Confederación Democrática, la CODE, que se lanza a la conquista de los dos tercios del Parlamento en las elecciones de marzo de 1973, para acusar y destituir constitucionalmente al Presidente de la República. El Gobierno y la Unidad Popular aceptan el desafío. La oposición sufre una clara derrota política: no elige el número suficiente de parlamentarios para obtener esos dos tercios. La Unidad Popular reúne el 43% de los votos. En las condiciones en que se lleva a cabo esa elección, ese 43% es una gran victoria. Ningún otro gobierno había aumentado su votación original después de dos años y 4 meses de haberse constituido. La revista "QUÉ PASA" afirmó que *"el resultado de las elecciones del día 4 mostró que la alternativa electoral aún no está cerrada para la Unidad Popular"*, y "EL MERCURIO" sostuvo que *"una revolución marxista como la que ha estado desarrollándose en Chile no se detiene con una campaña publicitaria para convencidos ni con las tareas partidistas tradicionales"*.

En estas circunstancias la oposición reaccionaria dejó de dirimir el conflicto en el terreno de la democracia, intensificó sus actividades subversivas y se encaminó hacia el derribamiento por la fuerza del gobierno del Presidente Allende.

El dinero norteamericano aceitó desde el comienzo al fin toda la actividad sediciosa contra el gobierno del Presidente Allende. En enero de 1971 la CIA envió 1 millón 240 mil dólares para financiar radios y diarios contrarios al gobierno y las candidaturas a regidores para las elecciones de abril de ese año. También en 1971, en el mes de septiembre, le dio 700 mil dólares a "EL MERCURIO" a través del First National Bank Wisconsin. En octubre de 1972 envió a Chile 1 millón 427 mil dólares para financiar el paro de transportistas. Para las elecciones parlamentarias de 1973 dispuso de 4 millones de dólares en apoyo de las candidaturas opositoras. El Partido Nacional, que dirigía Onofre Jarpa, fue favorecido con casi 500 mil dólares. Socios menores contaron con aportes, como "Patria y Libertad" que recibió 38 mil 500 dólares.

Esta vergonzosa asociación entre el imperialismo y la reacción chilena, que se manifestó a lo largo de los tres años del Gobierno Popular, es una demostración incontestable de que la Patria, la Constitución, la Democra-

cia, las Leyes no son valores por los cuales se guían los grandes capitalistas. Sus intereses están en primer plano y, si para defenderlos, tienen que aliarse con el extranjero y abjurar de la Patria, de la Constitución, de la Democracia y de las Leyes, no vacilan en hacerlo.

Por eso y en definitiva no cabe extrañarse de su conducta. Después de todo, hicieron lo suyo. De ellos no podía esperarse que dieran luz verde a las transformaciones revolucionarias que estaban en marcha.

Y entonces, ¿qué falló? ¿Por qué fuimos derrotados? ¿O acaso era inviable la revolución chilena?



Detenidos del Nacional Recibieron a Parientes

La esposa del ex Senador Luis Corvalán, ex Secretario General del Partido Comunista, detenido en la Escuela Militar, visitó ayer a su hijo Alberto, con el que aparece en la fotografía. (Fotografía de Roberto Navarrete)

1973, Luis Alberto Corvalán Castillo, preso en el Estadio Nacional, recibe la visita de su madre, Lily. Conversan a través de las rejas.



1974. Funcionarios de la Cruz Roja Internacional llegan a la Isla Dawson. Uno de ellos conversa con Luis Corvalán y otro con Muñoz y Teplisky.

4. El golpe

La última entrevista

En la mañana del domingo 9 de septiembre una delegación del Partido, formada por Víctor Díaz, Orlando Millas y yo, se reunió con el Presidente Allende en su casa de Tomás Moro. En su opinión, el golpe era inminente. Nos lo dijo con mucha serenidad, sin demostrar abatimiento. Había examinado con el General Prats la posibilidad de instalarse en algún regimiento. Pero las cosas se habían deteriorado de tal manera que incluso los oficiales leales con mando directo de tropas ya no tenían control sobre las mismas. Mientras nos reuníamos, recibió un llamado telefónico de la periodista Frida Modak. Frida lo informó del acto que en ese momento realizaba el Partido Socialista en el Estadio Chile. Su Secretario General, Carlos Altamirano, era por esos días objeto de duras críticas de la derecha y de la DC por haberse reunido en Valparaíso con un grupo de marinos. En su discurso, Altamirano había respondido, en tono desafiante, a esos ataques, diciendo que volvería a reunirse con ellos si de nuevo lo invitaran.

—*Esto no tiene remedio* —comentó el Presidente.

Desde hacía algunos días, Salvador Allende venía dándole vueltas a la idea de buscar y proponer una solución política, legal y constitucional, al conflicto planteado entre el Ejecutivo y el Parlamento, más exactamente entre el gobierno y la oposición, en relación a las reformas a la Carta Fundamental que la mayoría parlamentaria había aprobado y que eran el quid de ese conflicto. La idea del Presidente consistía en promulgar esas reformas y, al mismo tiempo, enviar al Parlamento otra reforma constitucional que estableciera un sistema claro y expedito para la solución de los diferendos que pudieran surgir entre los poderes Ejecutivo y Legislativo. En virtud de esta última enmienda se convocaría a una Asamblea Constituyente para los efectos de dirimir las discrepancias a que habían dado lugar las otras reformas constitucionales. Si esta solución política no prosperaba, Allende estaba

decidido a llamar a un plebiscito y en caso adverso dejar el cargo. Nosotros le expresamos nuestro total acuerdo en esta que fue la última entrevista con el Presidente.

En la reunión de Comisión Política que celebramos al día siguiente llegamos también a la conclusión de que el golpe era inminente. Y a la luz de todos los antecedentes que entraron en el análisis de la situación creada, resolvimos, para el caso más probable de que él se consumara, presentar la máxima resistencia que fuera posible en ese momento, asegurando a la vez la integridad substancial del Partido y de las Juventudes Comunistas. *“Si llamamos al pueblo a una batalla frontal contra el enemigo, habrá —sostuve— una respuesta afirmativa de los combatientes paramilitares que hemos formado y de decenas o centenas de ciudadanos inermes. Pero eso significa —agregué— conducir a una batalla que sabemos perdida de antemano a muchos miles de los mejores comunistas y revolucionarios de otras filiaciones dispuestos a dar su vida por la causa del pueblo”*

Todos coincidimos en estos criterios. Todos dieron su opinión, excepto Gladys Marín, que sólo hacía algunas horas bajaba del avión que la traía de regreso del Festival Mundial de la Juventud que ese año se celebró en Berlín, en la República Democrática Alemana y que se encontró con una situación desconocida e inesperada.

Por acuerdo de la Comisión Política, le enviamos una carta al Presidente de la República con José Cademártori, entonces Ministro de Economía. Se la entregó al mediodía de ese lunes, durante el desarrollo de lo que sería la última reunión de su Consejo de Gabinete. En ella le reiterábamos nuestro total respaldo a la idea de buscar una solución política llegando incluso al plebiscito y le expresábamos una vez más la conveniencia de actuar con premura.

En la noche el Presidente comió con algunos de sus colaboradores más cercanos, entre ellos Joan Garcés, Augusto Olivares, Orlando Letelier, Carlos Briones y Hugo Miranda. En uno de los siete artículos que escribió en exclusiva para “EXCELSIOR” de México, Joan Garcés narra en detalle las conversaciones sostenidas esa noche. Cuenta que Allende leyó en voz alta la carta que le habíamos enviado y, de paso, señala que la sugerencia que ella contenía, en el sentido de que la Asamblea Constituyente a que se convocara debería funcionar paralelamente al Parlamento, *“debe incluirse en el discurso de mañana”*, (es decir, el día 11), que proyectaba pronunciar, por cadena de radio y TV., anunciando al país el proyecto de reforma constitucional que enviaría al Congreso con la idea del plebiscito. Cuando estábamos confinados en la Isla Dawson, Hugo Miranda me contó que Allende había comentado favorablemente nuestra carta en el transcurso de esa comida.

Por su parte, Carlos Briones, el último Ministro del Interior del Gobierno de la Unidad Popular, relató al diario "La Epoca" del 11 de septiembre de 1994 que una vez terminada la reunión de Gabinete, Allende se la pasó diciéndole:

—Toma la carta ... para que tú veas.

— En la tarde — agregó Briones— me la pidió. Era un documento histórico.

Pasado el mediodía se reunió el Comité Central del Partido. Orlando Millas informó sobre la situación y los criterios de la Comisión Política, los que fueron aprobados. Se tomaron una serie de medidas de desplazamiento de dirigentes a las regiones, industrias y poblaciones más importantes del país. Yo no estuve presente en esa reunión pues debía participar en la redacción de un Manifiesto al Pueblo, que dio a conocer Julieta Campusano en la noche de ese mismo día, a través de una cadena de radio.

"EL SIGLO" del martes 11 publicó el Manifiesto con un gran titular que decía a todo lo ancho de su primera página: "CADA UNO EN SU PUESTO DE COMBATE". En él llamamos al pueblo "a repeler la intentona de los reaccionarios que se empeñan en echar abajo el Gobierno Constitucional en el curso de los próximos días" y agregamos que "el Partido Comunista expresa su convencimiento de que hay y puede haber soluciones verdaderamente democráticas, pudiendo llegarse incluso a la consulta popular a través del plebiscito".

Patricio Aylwin ha dicho que durante todo ese día lunes estuvieron esperando que Allende llamara al plebiscito. El 26 de julio había declarado que su Partido *repudia toda solución que implique la búsqueda de salidas políticas al margen de la Constitución y la ley o el desencadenamiento de la violencia, el fomento del odio y del enfrentamiento físico a través de golpes de Estado o de la guerra civil o de cualquier medio directo o solapado que conduzca al derrocamiento del Gobierno*". Días más tarde, la Dirección de la Democracia Cristiana, presidida por Patricio Aylwin, haría una proposición para que simultáneamente renunciaran a sus cargos el Presidente de la República y los parlamentarios de ambas ramas del Congreso. Estos últimos habían sido elegido hacía sólo seis meses, de manera que la renovación del Parlamento tenía escasa significación, menor todavía si se tenía en cuenta que el país no se regía por un régimen parlamentario. En cambio, la dimisión del Presidente sí que tenía importancia y proyección, pues con ella se pondría fin al proceso de cambios revolucionarios, constituiría una provocación al pueblo y abriría las puertas a la embestida fascista dirigida a implantar una dictadura abiertamente reaccionaria.

A la salida de la reunión que el domingo 9 tuvimos con el Presidente, nos encontramos con Pinochet, Comandante en Jefe del Ejército y con Orlando Urbina, Inspector General de la institución. Ambos generales ha-

bían sido llamados a Tomás Moro para conversar sobre la aguda situación que amenazaba la estabilidad institucional del país. En este encuentro, Allende les informó de su decisión de llamar a un plebiscito para que la ciudadanía se pronunciara sobre el conflicto creado. No tenía motivos para desconfiar de ellos. El mismo había designado Comandante en Jefe del Ejército a Pinochet y éste había cerrado filas con el gobierno, junto al General Prats, durante la asonada del Regimiento Blindados, hacía poco más de dos meses. Y a Urbina, que tenía un hermano socialista, se le consideraba afecto al Gobierno.

Pinochet diría después que el golpe, que estaba programado para el 14 de septiembre, fue adelantado al saber los conjurados que Allende convocaría al plebiscito.

Pienso que si el Presidente hubiese alcanzado a convocarlo se habría creado una situación complicada para los golpistas. Tal vez habrían tenido algunos problemas entre ellos, y la Dirección de la Democracia Cristiana se habría encontrado con dificultades para darle, si no su respaldo, su reconocimiento. Acaso habrían tenido que barajar de nuevo el naípe. Pero, en definitiva, el golpe iría. Los confabulados estaban decididos a pasar por sobre la Constitución y las leyes y no se iban a preocupar de lo que para ellos no eran más que bagatelas, pelos de la cola.

El día 11

Cada vez que se hacía patente el peligro de golpe Allende tuvo una palabra de advertencia para los facinerosos. "*A la violencia reaccionaria —les decía— responderemos con la violencia revolucionaria.*" Yo mismo les dije, en declaraciones y discursos, que se anduvieran con cuidado, que midieran sus pasos, que les haríamos la cruz, que los aplastaríamos como ratas, que el pueblo echaría mano de todos los medios a su alcance, hasta de las piedras, en defensa de sus conquistas y del gobierno del Presidente Allende. Estas no eran simples amenazas. Ante todo, eran el reflejo de una firme decisión que animaba a la Unidad Popular, especialmente a comunistas y socialistas, en orden a no permitir que la contrarrevolución se abriera paso.

Convencidos de que el enemigo podía recurrir a todos los medios, incluso a las armas, para recuperar sus posiciones, tanto socialistas como comunistas nos habíamos preparado para repelerlo en cualquier terreno. Nosotros, desde 1963, habíamos empezado a formar militarmente a miembros del Partido con miras a defender las conquistas del pueblo chileno cuando este alcanzara el poder, de lo que estábamos absolutamente seguros.

Constituimos los llamados Grupos Chicos compuesto cada uno de éstos por no más de cinco compañeros. Sus miembros, que fueron alrededor de mil, aprendieron a manejar armas automáticas de distinto tipo y adquirieron conocimientos de táctica y estrategia militares. Constituimos también las Comisiones de Vigilancia de las que formaron parte más o menos dos mil compañeros que sabían manejar armas cortas y se prepararon para la defensa personal y la lucha callejera y la custodia de locales y dirigentes del Partido. Y ciertamente, llegamos a disponer de una cantidad limitada de armas, pero todo ello era marcadamente insuficiente para enfrentar el levantamiento militar que estaba en marcha.

Las cosas se habían echado a perder de tal manera que ya no era posible transformar en hechos las palabras de advertencia que antes habíamos formulado.

Se pensó, aún después de la dimisión del General Prats como Comandante en Jefe del Ejército, que el Gobierno contaría con al menos algunas unidades militares en caso de golpe de Estado. Sobre esta base se planificó, más bien se esbozó, un plan dirigido a enfrentar cualquier intento golpista. Nuestra gente, los grupos militares y paramilitares, estuvieron hasta las 2 de la tarde del día 11 de septiembre a la espera de las instrucciones de la Dirección del Partido. Esta se reunió, mientras los tanques atacaban La Moneda, en la sede del Comité Regional Capital que entonces funcionaba en Calle Vergara. De allí partió Rafael Cortés (Uldarico Donaire era su verdadero nombre), a conversar con los jefes de los Grupos Chicos y de las Comisiones de Vigilancia que aguardaban instrucciones. Estaba claro que el deterioro de la situación era tal que no se podía contar con el apoyo de ningún regimiento. Había algunos que estaban comandados por oficiales leales, pero estos ya no los controlaban. Ni siquiera existía una efectiva coordinación con los grupos paramilitares del Partido Socialista pues se había perdido todo contacto con ellos.

A pesar de que las condiciones para enfrentar a los golpistas eran muy desfavorables, no faltó gente que presentó resistencia, —resistencia heroica— en lugares tales como la industria textil Sumar, la Universidad Técnica del Estado, la población La Legua y otros puntos.

Pasada la medianoche del 10 de septiembre, el Presidente Allende me había enviado un recado, vía Joan Garcés -Carlos Toro, para reunirnos el día 11, temprano, todos los Presidentes de los Partidos de la U.P. Los acontecimientos se precipitaron de tal manera que ese encuentro no fue posible hacerlo.

En la reunión que el mismo día 11 realizamos en la sede del Comité Regional Capital, nuestra Comisión Política resolvió que los dirigentes más

conocidos del Partido, yo entre otros, quedáramos marginados, en un primer tiempo, de las labores de Dirección. Esta pasó a ser encabezada por el Subsecretario General, el compañero Víctor Díaz.

Levantamos esa reunión a eso de las 11 de la mañana. Habíamos escuchado el postrer e histórico discurso que el compañero Presidente pronunció a través de Radio Magallanes. Habíamos recibido informaciones de la situación en fábricas y poblaciones, de lo que pasaba en el centro de Santiago, en Valparaíso y en algunas otras provincias. Los golpistas se imponían. Se esfumaba la hermosa utopía de construir una sociedad socialista en nuestro suelo. Una vez más en su historia el Partido pasaba a la vida clandestina.

Cada uno de nosotros tenía un lugar donde se "fondearía" en tanto empezara el golpe. Yo me fui a una casa de calle Los Jardines, de Ñuñoa, que había conseguido hacía un par de semanas. Allí no podía quedarme porque habían llegado desde Talca los hijos de la familia que me hospedaría. Con su ayuda fue posible ubicar a la compañera Elizabeth Saintard, jefe de las visitadoras sociales del Hospital El Salvador, quien luego me pasó a buscar. Me trasladé a su departamento, un segundo piso de una casa de calle Los Cerezos, minutos después de las dos de la tarde, cuando ya el toque de queda había empezado a regir. En ese momento caía una ligera llovizna sobre Santiago.

Toda esa tarde y hasta pasada la media noche nos pegamos al receptor de la radio, sintonizado a medio volumen. Las radios Corporación, Portales, Magallanes, la Luis Emilio Recabarren y varias otras habían sido silenciadas. El mayor y mejor caudal de información procedía de las emisoras extranjeras.

Desde el primer momento quedó en evidencia el carácter fascista del golpe. Para derribar al Gobierno constitucional que estaba ya en un callejón sin salida, los golpistas tomaron decisiones absolutamente desmedidas, como el bombardeo de La Moneda por los Hawker Hunter, el ametrallamiento de poblaciones y otras acciones terroristas. Luego arrasaron con las libertades y derechos ciudadanos y hasta disolvieron el Parlamento a pesar de que este les había facilitado su acceso al poder político. Y es que el objetivo que perseguían iba más allá de poner fin a un gobierno. Se trataba de terminar con el régimen democrático, de reconstituir el dominio del gran capital, de cortar el camino del pueblo y castigar su atrevimiento a construir el socialismo, de postergar por muchos años la marcha del país hacia una sociedad mejor. Y para eso necesitaban recurrir al terror.

Pensé en los míos. ¿Habrían allanado mi casa? ¿Qué pasaría con Lily y mis hijos?

El contubernio

Agustín Edwards, el Presidente de la cadena periodística que encabeza el diario "EL MERCURIO" —"la yegua madrina de la reacción chilena" como lo llamaba el combativo y cáustico diputado César Godoy Urrutia— se trasladó a Washington horas después del triunfo popular del 4 de septiembre. En tanto bajó del avión, se reunió con Henry Kissinger, Secretario del Departamento de Estado, y con John Mitchell, Secretario de Justicia. Tomaron desayuno juntos. En primer término, consideraron qué hacer para impedir que Allende asumiera la Presidencia de la República. Las conclusiones de ese encuentro fueron aprobadas por Richard Nixon, el Presidente norteamericano y puestas en conocimiento de Helms, el Jefe de la CÍA, para su aplicación práctica. *"Para entonces —dice Kissinger en sus memorias— Nixon había asumido un papel personal. Había sido impulsado a actuar el 14 de septiembre, por Agustín Edwards, el editor de "EL MERCURIO", el periódico chileno más respetado, que había venido a Washington a advertir cuáles serían las consecuencias de la toma del Gobierno por Allende"*.

Tras el propósito de impedir el acceso de Allende a la Presidencia de la República se ideó en Washington un plan con tres variantes que se llamó plan Rube Goldberg y que fue aprobado por el llamado Comité de los 40. La primera variante era la búsqueda de un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la Derecha. En virtud de este acuerdo —y ya que el Parlamento debía designar Presidente a uno de los dos candidatos que habían obtenido las dos mas altas mayorías relativas—, la DC y la Derecha votarían por Alessandri en el Congreso Pleno, a los pocos días Alessandri presentaría su renuncia, se convocaría a nuevas elecciones y se elegiría como Primer Mandatario a Eduardo Frei Montalva. Con la renuncia de Alessandri y la elección de Frei tras un breve interregno, se le torcería el pescuezo a la Constitución que no contempla la reelección y, por enésima vez, se burlaría al pueblo, en esta ocasión en forma asaz grosera. La segunda variante, tal cual la describe el ex embajador norteamericano Nathaniel Davies en su libro "LOS DOS ÚLTIMOS AÑOS DEL GOBIERNO DE ALLENDE" *"consistía en convencer a Frei para que dimitiera antes de que finalizase su mandato"*, con lo cual *"su Primer Ministro se convertiría en Presidente en funciones y convocaría a nuevas elecciones"*, y la tercera variante o "gambito Frei", también según la descripción de Davies, *"consistía en convencer a los ministros más importantes de su gobierno para que dimitieran de sus cargos e indujeran a sus colegas a seguir su ejemplo. Frei podría reunir un gabinete militar y marcharse, y los militares obtendrían el poder en una especie de golpe de estado legal, hasta que pudiesen celebrarse*

nuevas elecciones." Afirma Davies que las propuestas mencionadas "se discutieron en el Comité de los 40, con el conocimiento del Departamento de Estado y del Embajador de los Estados Unidos en Chile", que era entonces Edward Korry. Agrega que Korry, según carta que le publicó el "NEW YORK TIMES" el 14 de febrero de 1981, "se negó a discutir con Frei la estratagema Rube Goldberg, aunque parece que hubo un contacto solapado"

En todo caso, es un hecho que el Presidente Frei se sentía muy incómodo con el triunfo de Allende, desde luego porque temía pasar a la historia con el sambenito que ya le colgaba la derecha, el de Kerenski chileno. (Alejandro Kerenski fue el jefe del gobierno provisional que se formó en Rusia a la caída del zarismo, en febrero de 1917 y a quien se presentaba como desempeñando objetivamente el papel de antesala del comunismo). Un libro con el título de "EL KERENSKY CHILENO", escrito por un brasilero, circuló profusamente en Chile y otros países del continente. Fue publicado en 1965. La dictadura lo reprodujo 10 años más tarde y lo hizo llegar, gratuitamente, por correo a miles y miles de personas y por mano a los cuarteles y a miles y miles de hogares.

También es un hecho que Frei no se cruzó de brazos a la espera de entregar el mando al candidato triunfante en las urnas o, por último, al que simplemente designara el Congreso Pleno. El 8 de septiembre reunió a los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, al General Director de Carabineros y al Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional y les dijo, como que no quiere la cosa, que en la conversación que el día anterior sostuviera con Salvador Allende le había dicho a éste que su acceso al poder era caer irremisiblemente en el marxismo. Y, además, los hizo partícipes de su preocupación por los síntomas de crisis que, según él, ya se advertían en las áreas financieras, cambiarias y productivas como consecuencia del triunfo del candidato de la Unidad Popular. Al día siguiente, sus Ministros de Economía, Hacienda y Defensa, Carlos Figueroa, Andrés Zaldívar y Sergio Ossa, respectivamente, se reunieron con los mismos jefes militares, para informarles con más detalles sobre la crisis de la que Frei les había hablado. Estos antecedentes salieron por primera vez a la luz pública en las memorias del General Carlos Prats González, que aparecieron en 1985.

El plan Rube Goldberg murió apenas se hicieron los sondeos dirigidos a ponerlo en práctica, los que demostraron desde el primer instante que no tendría apoyo ciudadano en ninguna de sus variantes. Ni el Ejército, ni las demás instituciones militares se embarcarían en ninguna de las jugarretas ideadas en Washington y en modo alguno estas contarían con la aprobación de la Democracia Cristiana. Su candidato, Radomiro Tomić, que había desarrollado una campaña antiderechista e incluso anticapitalista — ("el capi-

talismo —sostenía— “es incapaz de resolver los problemas de los pueblos latinoamericanos”)— había felicitado a Allende al conocer los resultados de las elecciones del día 4, y el pueblo, que era entonces el principal actor del escenario político, estaba en pie de lucha, movilizado, firmemente decidido a no permitir que esta vez se le escamoteara el triunfo. En este marco, la Democracia Cristiana puso oídos sordos a los recados que recibía de la derecha y de los emisarios yanquis y, luego de convenir con Allende y la Unidad Popular lo que se llamó un Estatuto de Garantías, resolvió votar por él en el Congreso Pleno.

Entonces sobrevino la siniestra operación que terminó con la vida del General René Schneider, Comandante en Jefe del Ejército. El 22 de octubre, sólo dos días antes de la reunión del Congreso Pleno, convocada para designar Presidente de la República a uno de los dos candidatos que obtuvieron las dos más altas mayorías, se produjo su virtual asesinato. A las 8 horas de ese día, Schneider fue interceptado a poca distancia de salir de casa, en Américo Vespucio con Martín de Zamora. Se pretendía —se dijo— secuestrarlo para crear una situación de caos y anarquía que facilitara el uso de la “*manu militari*” para imponer el orden. A los secuestradores se les pasó la mano, y lo mataron. El país perdía a un jefe militar, profesional y constitucionalista, partidario de acatar la voluntad popular y la resolución que adoptara el Congreso Pleno, ya fuere esta la ratificación del triunfo de Salvador Allende o la designación de Jorge Alessandri. La muerte del Jefe del Ejército llevó a la mayoría del país a cerrar filas en defensa del régimen democrático y de la Constitución Política del Estado. Se impuso la voluntad del pueblo y el Congreso Pleno ratificó la elección de Allende por 135 votos a favor contra 35 de Alessandri y 7 votos en blanco.

El General en retiro Roberto Viaux Marambio dirigió la operación Schneider que en el prontuario de la CÍA figura con el nombre de Plan Track II. Viaux no actuaba sólo. El ex-embajador Davies dice en el libro ya citado que “los dos grupos, el de Viaux y el de Valenzuela, planearon el secuestro del Comandante en Jefe del Ejército chileno”. (Valenzuela, el General Camilo Valenzuela, era entonces Comandante de la Guarnición de Santiago). Desde la sombra los acompañaban connotados políticos derechistas y algunos otros militares como el Almirante Tirado, ex Comandante en Jefe de la Armada y el General Vicente Huerta, ex Director General de Carabineros.

Un papel decisivo desempeñó el General Carlos Prats González, como colaborador de Schneider y luego como su sucesor en la Comandancia en Jefe del Ejército. Siempre estuvo firme en la línea constitucionalista y en el profesionalismo del Ejército. A su lado había un buen número de altos oficiales, destacándose los Generales Guillermo Pickering, Mario Sepúlveda

Squella y Eraldo Rodríguez que lo acompañaron desde el principio hasta el fin de ese tiempo complicado y difícil.

El Partido Comunista contribuyó, de manera eficaz, a superar las dificultades, primero desplegando los máximos esfuerzos en mantener movi- lizado y alerta al pueblo y, luego, participando activamente en la búsqueda de acuerdos y soluciones políticas. A través de Orlando Millas tuvo una actuación relevante en la redacción del Estatuto de Garantías que facilitó el apoyo del Partido Demócrata Cristiano a Salvador Allende en el Congreso Pleno y, antes, por intermedio de Volodia Teitelboim, sirvió de puente entre el Ejército y el nuevo Mandatario. En este sentido fueron muy importantes las conversaciones que Volodia sostuvo con varios generales cuando Schneider aún estaba vivo. En la primera de ella, realizada con el Jefe del Estado Mayor del Ejército, General Schaffhauser y los Generales Eraldo Rodríguez y Mario Sepúlveda Squella, Volodia les transmitió el criterio de la Unidad Popular en favor del profesionalismo de las Fuerzas Armadas y de la competencia exclusiva del Presidente de la República en la resolución de los asuntos de Gobierno tocantes a las Fuerzas Armadas. Allende me expresó personalmente su reconocimiento por *"esta manito"* que le echaba el Partido.

En algunos altos oficiales fueron superados los prejuicios y las imágenes distorsionadas acerca de los comunistas. Al término de una de esas reuniones en que participó Volodia, el general Prats hizo un brindis muy ilustrativo. Se puso de pie y dijo que quería recordar un breve cuento árabe.

—“Un beduino —contó— mientras cabalga en el desierto divisa a lo lejos a otro jinete que marcha a su encuentro lentamente. Piensa que es un enemigo y se pone en guardia. Desenvaina su sable y lo alza por sobre su cabeza. El jinete que se acerca no se inmuta. Sigue tranquilo al paso de su cabalgadura. El beduino baja su sable y se percata de que no se trata de un enemigo. Los dos jinetes se aproximan entre sí y, de repente, el beduino del cuento descubre que el que llega a su lado es su hermano.

“¡Salud, entonces!” — exclama el insigne General que luego tomaría el mando del Ejército.

Aunque ideológicamente distante de la izquierda, Prats encontró en muchos de sus hombres los valores que más lo atraían. empezando por el patriotismo consecuente. Eso lo llevó a tener una gran estima por el Presidente Allende, por ministros suyos como José Tohá, Fernando Flores, Orlando Millas y Pascual Barraza, y por dirigentes sindicales como Luis Figueroa y Rolando Calderón. Tuvo también un gran aprecio por Volodia y Gladys. Cuando ya estaba exiliada, Gladys viajó a Buenos Aires y tuvo la oportunidad de visitarlo y de conversar con él pocos días antes de que la mano de la

DINA pusiera fin, en forma tan artera y cobarde, a las vidas del General Prats y de su esposa.

Lo que falló de nuestra parte

Cuando salí al exilio, en Moscú estaba en boga la opinión de Leonid Ilich Brezhnev acerca de por qué había sido derrocado el gobierno de Allende. “*Toda revolución debe saber defenderse*” había dicho el Secretario General del Partido soviético. Estas palabras sonaban como una explicación sencilla y clara de nuestra derrota. Las habían hecho suyas los dirigentes comunistas chilenos que allí residían. Yo también las hice mía, más o menos mecánicamente, irreflexivamente. Después me di cuenta que, como más tarde escribiera Rodney Arismendi, no basta que las revoluciones sepan que deben saber defenderse, sino también cómo defenderse y que puedan defenderse.

Luego acuñamos una frase que se hizo igualmente célebre, la de “*el vacío histórico*” en la política de nuestro Partido. Consistía en el hecho de que, habiéndose preocupado, a lo largo de toda su vida, de los trabajadores, de las mujeres, de los campesinos, de los jóvenes, de los intelectuales, de los pequeños y medianos empresarios, y habiéndose formado un pensamiento y fijado una conducta en relación a cada sector social, el Partido carecía, sin embargo, de una posición en el terreno militar. Carecía de una política en este aspecto.

Los Partidos de la burguesía tenían influencia en las FF.AA, siempre se preocuparon de ellas, mantenían un permanente contacto con las mismas y hasta habían creado cuerpos militares paralelos en momentos de crisis en que no estaban seguros de contar con su apoyo, como ocurrió en 1934, durante el gobierno de Arturo Alessandri cuando se formó la Milicia Republicana. El Partido Socialista, por su lado, en los tiempos del Frente Popular constituyó las Milicias Socialistas. Nosotros, en cambio, no habíamos hecho nada serio en este campo. Sólo después de 40 años de existencia del Partido empezamos a preocuparnos de este frente, débilmente al comienzo, con mayor intensidad y seriedad durante el gobierno de Allende, cuando se hizo claro que había que prepararse para defenderlo en todos los terrenos. No obstante estos esfuerzos podía seguir hablándose con toda propiedad de “*el vacío histórico*” en la política del Partido. Mas, ningún acontecimiento social de envergadura responde a una sola causa. En consecuencia, la derrota de la Unidad Popular no se puede explicar sólo —y ni siquiera principalmente— por ese vacío.

Durante largo tiempo se había hecho conciencia en el país —particu-

larmente por parte de comunistas y socialistas y personalmente por Salvador Allende— sobre la necesidad de recuperar las riquezas mineras en manos del imperialismo, de erradicar el latifundio y entregarle la tierra a los campesinos, de nacionalizar la banca y poner el crédito al alcance de los pequeños y medianos empresarios, de crear una nueva economía al servicio de la mayoría de los chilenos. Esta labor concientizadora hizo posible la nacionalización del cobre y demás riquezas extractivas en manos del capital imperialista, la reforma agraria, la estatización de la banca y otras transformaciones en el terreno económico. Fue ello lo que, en gran parte, indujo al gobierno de Allende a comenzar los cambios revolucionarios en la esfera de la economía antes que en las instituciones estatales.

Algunos analistas piensan que debió empezarse a la inversa. Joan Garcés, ha sostenido que habría sido preferible enviar al Congreso, junto con la nacionalización del cobre, en un sólo paquete, otras reformas constitucionales que hubiesen comprendido la estatización de la banca, la creación del área social de la economía y cambios institucionales. Un tanto coincidente con este planteamiento fue la opinión expresada por el grupo de análisis que funcionó durante algunos años en Caracas bajo la presidencia de Carlos Matus, ex Ministro de Allende. Dicho grupo sostenía que habría sido mejor y necesario promover más los cambios políticos aunque se marchara con menos rapidez en la esfera de la economía. ¿Qué decir al respecto? Ciertamente, en el Programa Básico de la Unidad Popular se planteaba la dictación de una nueva Constitución Política, la existencia de un Parlamento Unicameral —la Asamblea del Pueblo— y una modificación a fondo en la organización y la administración de la justicia, cuyo Tribunal Supremo, designado por la Asamblea del Pueblo, nombraría a los poderes unipersonales y colegiados de la judicatura. Pero las uvas aún estaban verdes. Los poderes legislativo y judicial nunca fueron sometidos a una crítica seria por parte de los Partidos de izquierda. En el país no había una conciencia formada acerca de la necesidad de transformar las instituciones estatales. En esta situación, el Gobierno de la UP no tenía posibilidad de contar entonces con mayoría en el Congreso para legislar sobre tales materias. Estos también eran “*vacíos históricos*” que pesaron negativamente e impidieron avanzar en estos planos.

Los principales errores e insuficiencias que contribuyeron al fracaso del gobierno de Allende tuvieron que ver, pues, con varios “*vacíos históricos*”.

Errores de izquierda y de derecha

En el primer período que siguió al golpe de estado la culpa de la derrota se cargaba a cuenta de la ultraizquierda. Esta estuvo representada principalmente por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, formado por jóvenes procedentes de la pequeña burguesía, que soñaron con trasplantar a Chile la experiencia cubana y en este afán demostraron gran audacia, mística y combatividad. Antes de la victoria de la Unidad Popular, no creían en la posibilidad de que el pueblo se abriera paso hacia el poder a través de una vía pacífica y menos en una contienda electoral. “*El poder —decía el MIR— no nace del voto, sino del fusil*”. Después, durante el gobierno de la UP, se distinguieron por encabezar la ocupación de empresas industriales y propiedades agrícolas, medianas y pequeñas, lo que causó no poco daño, pues empujó al campo de la reacción a sectores que el movimiento popular y el gobierno se empeñaban en atraer.

Además del MIR, gran parte del Partido Socialista, el MAPU que dirigía Oscar Garretón y un sector de la Izquierda Cristiana, asumieron posiciones izquierdizantes o de ultraizquierda. Estas colectividades se esforzaron en crear un poder popular, paralelo y alternativo al poder real —aunque limitado—, que encabezaba Salvador Allende.

El 8 de febrero de 1973, en una carta que le envié a Carlos Altamirano, Secretario General del Partido Socialista, afirmamos claramente que “*los comunistas estamos por el fortalecimiento de todas las formas de poder popular y por la creación de nuevas formas de ese poder que nazcan de la iniciativa de las masas a condición de que, como es lógico, tiendan a fortalecer al Gobierno de la Unidad Popular y no a debilitarlo, siempre y cuando no se planteen como alternativas a él.*” Y añadí: “*Nos pronunciamos por la formación de los comandos comunales como órganos de poder popular constituidos por representantes de todas las organizaciones de masas que quieran adherir a ellos y siempre que su labor se realice en colaboración con las autoridades del gobierno con vista a la solución de los problemas que interesan a la población. No son ni pueden ser órganos estrechos, apéndices de la UP, sino organismos que los vinculen a otros sectores modestos de la ciudadanía. Creemos que los sindicatos deben tener más poder en las industrias*”.

Más aún, un año antes, en agosto de 1972, en carta al Presidente Allende en respuesta a la que él le dirigiera a la Unidad Popular, nos pronunciamos así sobre esta cuestión:

“*Somos partidarios de que los partidos de la UP busquen efectivamente nuevas formas de organización de poder del pueblo en apoyo del Gobierno. Por eso hemos contribuido a la formación de las JAPS, apoyamos los Consejos Campesinos*

y de Salud, la incorporación de los estudiantes de la enseñanza media a los Consejos de Profesores y trabajamos por los Consejos de Administración de las empresas del área social, de los Comités de Producción y de las Comisiones de Vigilancia en todas las áreas de la economía. Puede que la vida haga ver la necesidad de otros organismos. Acaso nos veamos obligados, por ejemplo, a crear Comisiones de Autodefensa en cada Unidad Vecinal. También podemos convenir en estructurar el Partido Federado de la Unidad Popular de abajo a arriba y en todo el país.” (Tal Partido era una idea que tenía en mente el Presidente Allende y de la cual era ardiente partidario).

Lo cierto es que no hubo sólo errores de izquierda sino también de derecha.

Los errores de derecha tuvieron que ver sobre todo con la debilidad del gobierno para enfrentar a la reacción cuando esta se salía de los marcos de la ley. Me explico. Los sectores más reaccionarios promovieron o protagonizaron cuanto acción les fue posible, dentro o fuera de la ley, para crear el caos y retornar la dirección del país. Promovieron el acaparamiento de productos alimenticios, los paros en el transporte carretero, y asaltos a locales de los Partidos de izquierda. En sus publicaciones trataban de presentar al Gobierno de la Unidad Popular y al Jefe de Estado como entregados a la tutela de la Unión Soviética. Injuriaban groseramente al Presidente de la República haciéndole creer a la gente que era un bebedor consuetudinario. Llevaron a cabo una infame campaña en contra de un proyecto de Escuela Nacional Unificada, ENU, que se estudiaba en el Ministerio de Educación, distorsionando por completo sus objetivos democráticos y humanistas. Pusieron en práctica una operación dirigida a promover un cambio de conducta en los militares, en función del cual tiraban maíz en los antejardines de las residencias en que vivían los oficiales, queriendo decir con ello que tenían un comportamiento de “gallinas”, mientras en otros planos, en tertulias y conversaciones ad hoc, los incitaban abiertamente a tomar el camino de la sedición. En estos ajetreos incurrían diariamente en flagrantes delitos penados por la ley.

El gobierno sometió a proceso a algunos terroristas y sediciosos, clausuró temporalmente “RADIO AGRICULTURA” de Los Angeles y suspendió, por algunos días, la circulación de “EL MERCURIO”. Pero esto fue tan insuficiente que sólo sirvió para demostrar en este aspecto una asombrosa debilidad, que en ese momento era, principalmente, producto de concepciones idealistas que campeaban en su seno y que en materia de libertad se manifiestan sobre todo en aquella máxima volteriana que dice: “*Estoy en completo desacuerdo con tu opinión, pero daría gustoso mi vida por defender tu derecho a expresarla*”. No se entendió que la revolución, que le da y debe

darle más libertad al pueblo, no debe permitir, precisamente en defensa de esa libertad, que la contrarrevolución se abra paso. Lo contrario conduce a su derrota y a la pérdida de la libertad, como se demostró una vez más en la historia con lo que aconteció en nuestro país.

Hubo, pues, demasiada tolerancia con la derecha sediciosa y los grupos fascistas.

Varias veces hicimos presente en el Gobierno y en la Unidad Popular la necesidad de tomar medidas al respecto. Por acuerdo de la Comisión Política, en agosto de 1973, le envié carta al Presidente Allende, en la cual le expresaba:

"No patrocinamos la ilegalidad ni la arbitrariedad, sino la resuelta aplicación de la ley. Ud sabe, compañero Presidente, que hemos tenido y tenemos una posición muy definida en cuanto al reconocimiento de los derechos de la oposición que se ejerzan dentro de la ley. Por eso, hemos sido partidarios de que se autoricen los actos públicos de los partidos de oposición, sin perjuicio de que, en relación a ellos, se apliquen las atribuciones que tiene el Poder Ejecutivo a fin de evitar que los grupos fascistas los aprovechen para caer en desbordes que minen la autoridad del Gobierno y cometan desmanes y alteraciones inaceptables del orden público. Pero el reconocimiento de los derechos de la oposición no puede llevarnos a aceptar toda clase de excesos y fechorías. Ciertos opositores creen que se puede hacer cera y pabilo de la ley. Hay diarios y radios de la oposición que han convertido en pan de cada día la mentira, la injuria, la calumnia y las publicaciones falsas y alarmistas. El Gobierno nunca será criticado por el pueblo si aplica medidas enérgicas contra los enemigos que se salen de la ley, que mienten descaradamente, acaparan mercaderías, crean el mercado negro, hacen contrabando con el exterior y especulan con los productos alimenticios. Por estas mismas razones ha recibido con júbilo las decisiones que en Punta Arenas, en Arica y Santiago se han tomado contra acaparadores y contrabandistas y las que acaba de anunciar el Ministro del Interior, compañero Jaime Suárez, en orden a denunciar a la Justicia las actividades delictuosas de Patria y Libertad y del Comando Rolando Matus y a clausurar radio AGRICULTURA de Los Angeles por su responsabilidad en la instigación de hechos que culminaron con el asesinato de un campesino en esa provincia. Nuestra primera y principal obligación con el pueblo y el país es ponerles camisa de fuerza a los que quieren arrastrar a Chile a un baño de sangre".

En la Unidad Popular no había un planteamiento claro, firme y único sobre esta cuestión. Y el Presidente Allende, además de confiar en el pueblo confiaba en su muñeca, en su capacidad de convencer hasta a sus propios adversarios. Pero, cuando la situación había cambiado tan desfavorablemente no había muñeca ni capacidad de persuasión que pudieran detener la sedición en marcha.

La falla principal

Como Salvador Allende había ganado la elección presidencial por mayoría relativa, fue necesario que, de acuerdo a la Carta Fundamental, el Congreso Nacional se pronunciara en favor de uno de los dos candidatos que habían obtenido las dos más altas votaciones. El Parlamento lo hizo en su favor como lo demandaba la mayoría de la población y ya era tradicional. Otros Presidentes, elegidos en forma semejante habían gobernado el país sin mayor dificultad. Todo ello era, pues normal. Pero Allende no era ni fue un Presidente más y tampoco su gobierno fue uno más. Fue, como él lo había dicho y el pueblo lo quería, el primer Presidente revolucionario del primer gobierno revolucionario de la historia nacional. Tal situación exigía comprender a cabalidad la necesidad de buscar y lograr el entendimiento entre todas las fuerzas que estaban de acuerdo o podían estar de acuerdo con el Programa de la Unidad Popular, como era el caso de la mayoría de la Democracia Cristiana en los primeros tiempos de la nueva administración.

En los tensos días que siguieron a la gran victoria del 4 de septiembre de 1970, las masas populares que votaron por Allende y vastos sectores del pueblo que lo hicieron por Tomic salieron a la calle para cerrarle el paso a los golpistas y apretar filas en favor de los cambios.

Se puede decir que en los primeros tiempos del Gobierno Popular, al menos hasta las elecciones municipales de 1971, la abrumadora mayoría de los chilenos le entregaron su reconocimiento y su respaldo y entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana existieron buenas relaciones, basadas en la aspiración común de modificar las cosas en favor del pueblo, en las coincidencias programáticas y en la acción conjunta en torno a una serie de problemas en las que ellas se daban.

De ahí que, a casi un cuarto de siglo del derrocamiento del gobierno del Presidente Allende, se pueda concluir en que, entre tantos factores que facilitaron nuestra derrota, el principal estuvo en la falta de una Dirección única y amplia en la Unidad Popular y en el gobierno, capaz de concebir, programar y aplicar, con audacia y sin sectarismo, una política que permitiera agrupar a la mayoría nacional en la lucha por transformaciones democráticas. Una tal Dirección tenía que haberse orientado a lograr un gran acuerdo con la Democracia Cristiana e incluso a gobernar juntos, de manera de haber contado siempre con una correlación de fuerzas favorables a los cambios y, de consiguiente, con el respaldo mayoritario de la ciudadanía. Sólo así se podría haber levantado un dique infranqueable a la sedición.

En consecuencia, todos debíamos habernos empeñado en plasmar una

amplia y firme alianza entre la izquierda y el centro, que en las condiciones de entonces, con una izquierda fuerte y un firme entendimiento socialista-comunista, habría sido una alianza democrática avanzada, dentro de la cual los trabajadores y la izquierda serían actores principales y ningún partido actuaría como patrón de fondo, expresión que alguna vez usó Camilo Escalona en relación a la DC. Pero entonces, el Partido Socialista y diversos políticos de la actual combinación de Gobierno que ayer fueron aliados de los comunistas rechazaban de plano todo entendimiento con la Democracia Cristiana, con la cual hoy marchan del brazo, sin los comunistas y en torno a una política fundamentalmente continuista y de conciliación con el pinochetismo, política dentro de la cual manda el Partido más grande y los demás son colgajos como dijera Germán Correa a mediados de 1993, cuando era Secretario General de dicho Partido.

En su primer mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971, Allende ratificó su irrevocable decisión de cumplir el programa de la Unidad Popular. La derecha chilló. Estaba acostumbrada a oírle a los Presidentes un lenguaje distinto del usado cuando eran candidatos. Y consideró como un mal síntoma que esta vez no fuera así. La Democracia Cristiana, en cambio, formuló una declaración en la cual taxativamente expresó:

“El Gobierno de Allende es una oportunidad concreta de destruir el capitalismo. Para conseguir ese objetivo no basta con haber conquistado la Presidencia o con disponer de mayoría en el Congreso. El proceso revolucionario requiere la plena movilización de las masas trabajadoras del campo y de las ciudades. Requiere, así mismo, la movilización de las clases medias. Esa movilización es la única que puede evitar el choque, el enfrentamiento con la minoría privilegiada. Y si el proceso en cuestión ha de desarrollarse en condiciones democráticas —tesis que nosotros respaldamos— exigirá de todos los chilenos que redoblen sus esfuerzos para hacer real la consecución de los objetivos planteados: el bien, el progreso y la dignidad”.

La Democracia Cristiana —ya recordamos— se pronunciaba entonces por un *“socialismo comunitario”*. No todos, pero sí la mayoría de los demócratas cristianos estaban por empujar hacia adelante el carro de los profundos cambios por los que luchaba el pueblo. No obstante, con el correr de los días se fue disipando y esfumando la posibilidad de fraguar y consolidar, en tal sentido, una sólida y amplia mayoría nacional.

En la Unidad Popular no había una sola orientación.

En su Congreso de La Serena, celebrado en enero de 1971, cuando recién se iniciaba el nuevo gobierno, el Partido Socialista aprobó un voto político en el que sostuvo que, *“en los momentos actuales, la burguesía se agrupa alrededor de la Democracia Cristiana y secundariamente alrededor del Partido Nacional y de la Democracia Radical”*. El voto añadía que *“la llamada Izquierda de la Demo-*

cracia Cristiana, con su permanencia en este Partido y con su indecisión, está sirviendo de biombo a la derecha y a los sectores reaccionarios que participan en la 'gran conjura contra el gobierno del camarada Salvador Allende y contra los trabajadores.'

Junto al Partido Socialista se alineaban el MAPU dirigido por Oscar Guillermo Garretón y la Izquierda Cristiana encabezada por Bosco Parra. El Partido Comunista, el Partido Radical, el MAPU-OC que lideraba Jaime Gazmuri, el Partido Democrático y la Alianza Popular Independiente, API, que presidía Rafael Tarud, representaban la otra tendencia, la que consideraba que, para avanzar en el cumplimiento del programa de la Unidad Popular, era indispensable, junto con impulsar la movilización de las masas, acrecentar la participación de la clase obrera y del pueblo en la administración estatal y en la dirección de las empresas del área social, desarrollar los más diversos organismos de poder popular que fortalecieran y no debilitaran al gobierno, buscar el aislamiento de los enemigos principales de los cambios y, eventualmente, llegar a acuerdos con la DC. El Presidente Salvador Allende compartía plenamente estas posiciones y, a la vez, se esforzaba como el que más por aunar criterios y conductas entre todos los integrantes de la Unidad Popular.

Posibilidades de un entendimiento de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana existieron, pues, al comienzo del Gobierno de Allende. Pero el diablo metió su cola y se fueron desvaneciendo con el correr de los días. El 8 de junio de 1971 fue asesinado el ex-Ministro del Interior de Eduardo Frei Montalva y connotado dirigente demócrata cristiano Edmundo Pérez Zujovic. Fue ultimado por provocadores de la llamada Vanguardia Organizada del Pueblo, la VOP. Pese a que la Unidad Popular nada tenía que ver con el crimen, la derecha y los elementos más reaccionarios de la Democracia Cristiana se aprovecharon de él para detener y revertir la tendencia al creciente entendimiento de todas las fuerzas progresistas y, en definitiva, cavar un abismo entre la izquierda y el centro.

"El extraño y absurdo crimen pronto trae secuelas políticas de incalculables proyecciones posteriores," escribe el General Carlos Prats en sus memorias. Y agrega a reglón seguido: *"La indignación del Partido Demócrata Cristiano ante la trágica muerte de tan relevante personalidad de sus filas, se traduce en el distanciamiento de esta colectividad del gobierno, y en el predominio de su ala conservadora. Se rompe, además, el acuerdo existente, desde la gestación de las garantías constitucionales, según el cual la Democracia Cristiana mantenía la Presidencia del Senado y la Unidad Popular la de la Cámara de Diputados, lo que posibilitaba un equilibrio parlamentario. En la Cámara de Diputados es elegida, ahora, una nueva mesa demócrata cristiana, con el apoyo de la derecha, dándose así los primeros pasos de un entendimiento de la oposición".*

Estos hechos preocuparon y alarmaron a Salvador Allende y a todos

cuantos coincidíamos con él en el propósito de abrirnos al entendimiento con la Democracia Cristiana para llevar adelante el proceso revolucionario. El Presidente se esforzó por revertir la tendencia al distanciamiento creciente entre la DC y la UP y, con tal fin, acogiendo un deseo expreso de la mayoría de la DC, abogó porque la Unidad Popular apoyara al candidato demócrata cristiano Oscar Marín en la elección complementaria que tuvo lugar en Valparaíso el 18 de julio para llenar una vacante producida por deceso de un parlamentario de ese partido. Pero se opuso el PS. La UP llevó, entonces como candidato al socialista Hernán del Canto, triunfando el abanderado de la DC con el apoyo del Partido Nacional.

Así pues, el giro de la D.C. hacia la derecha y su paso definitivo a la oposición fue objetivamente facilitado por las conductas sectarias y prepotentes que tomaron cuerpo en una parte de la Unidad Popular.

Simultáneamente, en ésta se acentuaron las diferencias en cuanto a los procedimientos que todos debíamos seguir para llevar a cabo los cambios en la propiedad de los medios de producción y en los servicios, a cómo hacer una transformación democrática del Estado, al derecho de la oposición a actuar en los marcos de la ley, a la correcta ubicación del enemigo principal de los cambios revolucionarios y a la necesidad de atraer a la mayor cantidad posible de fuerzas progresistas. Las dos tendencias que coexistían en el Gobierno se hicieron más notorias y contrapuestas a medida que aumentaban la resistencia y la conspiración reaccionarias. Una de esas tendencias, encabezada por el Partido Socialista, no siempre tenía en cuenta el carácter de la revolución y no siempre centraba los fuegos en los enemigos principales. Su lema era: "*Avanzar sin transar*". De este modo, se oponía o era renuente al acuerdo con la Democracia Cristiana, con la cual antes nos habíamos entendido, sin renunciar a nada substancial, para que sus parlamentarios votaran por Allende en el Congreso Pleno y para la nacionalización del cobre después.

El sectarismo hizo mucho daño. En la Administración Pública y en las industrias y servicios estatizados, intervenidos o requisados se observó, apenas se instaló el nuevo gobierno, que no poca gente de centro y hasta de derecha demostraba su disposición y a menudo su interés en colaborar con la nueva administración del país. Algunos se pasaban, incluso, a la Unidad Popular. A estos se les solía calificar despectivamente como "los UP 5" porque llegaban a las filas después de la Victoria del 4 de septiembre. Necesitábamos muchos "UP 5". Pero ¿quién iba a hacer entender esto a aquellos para los cuales llegar al gobierno significaba usufructuar de ventajas y sinecuras que los llevaba a rechazar a cuantos se acercaban a la UP, por el temor de que vinieran a compartir las prebendas del poder?

Así se esfumó la posibilidad de un gran entendimiento entre la UP y la DC, de forjar una vasta alianza popular que podía haber llevado adelante la revolución chilena. Si, en definitiva, ésta no prosperó, no fue porque de por sí fuese inviable, toda vez que la inmensa mayoría nacional estaba por los cambios revolucionarios, ni se debió al poder de sus enemigos, el imperialismo norteamericano en primer término, pues la revolución cubana ya había demostrado —y después lo demostró Viet-Nam— que un pueblo unido puede imponerse a los dictados del coloso yanqui. Fue derrotada, principalmente, porque la Unidad Popular careció de una política amplia y acertada y en ella terminaron por gravitar más las posiciones sectarias y extremistas que no contribuyeron a atraer más y más fuerzas y, en cambio, llevaron agua al molino de los contrarios.

Me parece apropiado agregar dos comentarios al punto relativo a la necesidad de contar con el respaldo de la mayoría de la población y de lograr el acuerdo entre la Unidad Popular y la DC. para llevar a cabo las transformaciones revolucionarias.

Primer comentario. Al sostener la necesidad de haber agrupado a la mayoría del país en la lucha por los cambios revolucionarios, creo que no fue feliz la afirmación que hicimos en el pleno de 1977 en orden a que *"en determinados instantes históricos (la mayoría) puede faltar transitoriamente"* y que *"lo que pesa verdaderamente, es la mayoría activa"*, no la mayoría de los habitantes. Con toda probabilidad, así fue en la revolución rusa y antes en la francesa, cuando la población de Rusia y Francia, en su inmensa mayoría, la formaban aldeanos y campesinos que vivían lejos de las grandes ciudades y no existían o estaban en pañales las comunicaciones inalámbricas. Pero la situación es distinta en la época actual, al menos en los países en que la población campesina es relativamente baja y tiene una relación diaria o casi diaria con los centros urbanos. Me parece indispensable que en estas condiciones se considere y se busque siempre el apoyo o la simpatía de la mayoría de los habitantes del país y no nos guiemos sólo por el concepto de la mayoría activa que, por otra parte, se corre el riesgo de determinar subjetivamente.

Segundo comentario. Para hacer realidad esas transformaciones se requería, además de vencer la resistencia del imperialismo y de la oligarquía, tener en cuenta que el Ejército y demás instituciones castrenses se hallaban, desde hacía ya varias décadas, en permanente contacto con sus congéneres estadounidenses y habían sido catequizados en las doctrinas de la defensa hemisférica y de la seguridad nacional, de acuerdo a los intereses y afanes de dominación continental y mundial del imperialismo yanqui. La doctrina Schneider las inducía a respetar la Constitución y al gobierno ge-

nerado de acuerdo a esa constitución. El General Prats y el Almirante Montero fueron los más destacados, aunque no los únicos altos oficiales ciento por ciento adictos a esa doctrina. Pero, como lo demostraron los hechos posteriores, el grueso de los mandos de todas las instituciones militares estaban o terminaron por estar ubicados en la otra posición.

Se puede decir que Salvador Allende comprendía esta situación y actuó en consecuencia dentro de lo que él consideraba que correspondía hacer. Se dedicó a atender personalmente lo que podría llamarse el frente militar. Se preocupó de establecer y mantener un diálogo permanente con los mandos de las Fuerzas Armadas, habiendo logrado, en muchos de ellos, un alto grado de respeto, de comprensión, de reconocimiento y hasta de simpatía por la inspiración patriótica que animaba a su gobierno. Atendió, además, las necesidades de las instituciones militares en materia de abastecimientos, infraestructuras y remuneraciones dignas, en términos que no lo había hecho ningún otro Presidente de la República en los 40 años anteriores. Su labor en este plano fue titánica y encomiástica. Pero no podía salvar la situación. Se requería, más allá del empeño y la capacidad de persuasión de un hombre, cambiar la correlación de fuerzas en favor del Gobierno Popular, cambiarla de tal manera que no pudiera prosperar ningún plan dirigido a levantar contra él ni siquiera a un regimiento.

Hay que añadir que los partidos de la Unidad Popular, sin siquiera haberlo discutido, aceptamos de hecho dejar en manos del Presidente de la República todo lo relativo a las cuestiones militares. Más aún, en los días en que Salvador Allende se encontraba seriamente enfermo, en cama, en la propia Moneda, pero atendiendo siempre los asuntos de gobierno, en la visita que José Cademártori y yo le hicimos expresamente, le dijimos que no nos orientábamos a formar partido en el seno de las instituciones militares. Aunque así era y aunque esto de formar partido en las instituciones castrenses no lo pudimos resolver prácticamente cuando ya sobre la materia teníamos otra opinión, no se puede dejar de reconocer que decir aquello fue desde el punto de vista ideológico por lo menos una barbaridad. Lo cierto es que sólo incursionamos en el terreno de la composición de los mandos cuando, comunistas y socialistas, propusimos hacer algunas movidas en Carabineros para fortalecer allí las posiciones del gobierno. Altamirano y yo fuimos a El Cañaveral, la casa de Miriam Contreras, la Payita, lugar que Allende usaba para darle "vuelta a los problemas" y un poco para descansar. En esta conversación con el Presidente, Altamirano le sugirió el nombre de Rubén Álvarez para la Dirección General de Carabineros. Se consideraba el oficial más afecto o más cercano al gobierno en la policía uniformada. Allende estuvo de acuerdo. Sin embargo, por razones que ignoro decidió no nom-

brarlo para tan alto cargo y trajo desde Concepción, al General Jorge Urrutia Quintana. Tuve ocasión de conocerlo. Era un buen hombre, pero sin poder de mando a esa altura de los acontecimientos.

Ninguna otra vez hablamos en concreto con el Presidente sobre cambios en los institutos armados. De ahí que — dicho sea de paso— me sentí profundamente extrañado que Joan Garcés sostuviera en su libro “ALLENDE Y LA EXPERIENCIA CHILENA”, publicado en 1976 por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París y luego por la Editorial ARIEL de España, que el Secretario General del Partido Comunista de Chile se pronunció *“desfavorablemente el 21 y el 23 de agosto cuando Allende le comunica su intento de llamar a retiro esa misma semana a los seis generales del Ejército que se sabía estaban encabezando la insubordinación: Bonilla, Nuño, Baeza, Arellano, Javier Palacios y Torres de la Cruz. Mientras Corvalán es partidario de que no se lleve a efecto tal medida por temor a la reacción que pudiera provocar dentro de las Fuerzas Armadas, Allende cree que o se impone el gobierno o lo derroca un golpe militar y ha ordenado llamar a retiro a los generales mencionados”*. En un artículo que publicó el BOLETIN EXTERIOR del Partido Comunista, Orlando Millas escribió: *“Debo decir que esto es absolutamente falso. Nunca el Presidente entregó tal proposición ni al Partido Comunista ni a ninguna reunión con el Partido Comunista y el Partido Socialista, ni a la Unidad Popular. El Presidente Allende reivindicó celosamente el uso exclusivo de sus prerrogativas constitucionales en relación al mando de las Fuerzas Armadas. No aceptó nunca someter a alguna especie de consulta sus decisiones al respecto. Por otra parte, el Partido Comunista estuvo siempre al margen del Ministerio de Defensa Nacional. Ni el 21 ni el 23 de agosto ni en otra oportunidad el Secretario General del Partido Comunista emitió jamás opiniones en favor del mantenimiento en sus cargos de los generales sediciosos”*.

Cuando me encontré con Joan Garcés en los marcos de la reunión que en 1978 celebró en Madrid la Comisión Internacional Investigadora de los Crímenes de la Junta Fascista, no defendió las afirmaciones que había hecho en cuanto a la posición de los comunistas sobre la materia en comentario y me ofreció hacer la rectificación o aclaración correspondiente. Le agradecí su ofrecimiento, agregándole que el asunto lo dejaba en sus manos y que a mí, personalmente, me bastaba el categórico desmentido que habíamos hecho a través de Millas. Garcés fue uno de los más cercanos y eficientes colaboradores de Allende y es una de las pocas figuras relevantes de ese tiempo que se mantienen leales al legado del gran Presidente. Ha escrito varios libros realzando su ejemplo y destacando la importancia de su obra. En las que he leído, que son excelentes, no ha vuelto sobre el tema. Tampoco he visto en ellas rectificación alguna.

La verdad es que el Partido se empleó a fondo para salvar la situación

que a mediados de 1973 se tornaba extremadamente grave. Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos por remontar las dificultades. Promovimos más que nunca el apoyo de las masas, respaldamos decididamente al Presidente Allende en la búsqueda del diálogo y el acuerdo con la Democracia Cristiana en torno al controvertido asunto de las empresas que quedarían en propiedad del Estado y aceleramos la preparación del Partido para el caso de tener que defender al Gobierno Popular ante un alzamiento armado de la reacción. Tratamos de pasar a la ofensiva o, más precisamente, a la contraofensiva.

En esos días le propusimos al Partido Socialista, entonces encabezado por Adonis Sepúlveda porque Altamirano se hallaba en el extranjero, sugerirle de conjunto al Presidente modificar la composición del gobierno en un sentido revolucionario o rupturista respecto de las ataduras impuestas por la oposición reaccionaria. Concretamente, le sugerimos formar un nuevo gabinete con mayor representación de la clase obrera y, al mismo tiempo, con una relevante participación de los militares comprometidos con el programa popular y dispuestos a doblarle la mano a la mayoría parlamentaria, que se transformaba en el centro de la sedición. Adonis Sepúlveda y yo hablamos con el Presidente, le planteamos el asunto en una entrevista especial en su residencia de Tomás Moro. Allende se manifestó de acuerdo con la propuesta. El General Prats también concordó con ella, considerando sin embargo, que antes de materializarse debían agotarse los esfuerzos para llegar a un acuerdo con la Democracia Cristiana en el diálogo que estaba planteado en torno a las empresas que debían pasar al área social de la economía. Pero la gestión no prosperó. Tomó mayor envergadura la escalada abiertamente sediciosa con el fin de derribar el Gobierno. El 29 de junio hubo un serio intento de golpe de Estado. El regimiento Blindados sacó sus tanques a la calle con la idea de rodear con ellos el Palacio de La Moneda y exigir la dimisión del Primer Mandatario. Recrudescieron los atentados criminales, entre ellos el asesinato del Edecán Naval del Presidente de la República, el Capitán de Navío Arturo Araya. La ofensiva reaccionaria hizo saltar al General Prats de la Comandancia en Jefe del Ejército, tras el tanquetazo y la provocación de que fue objeto en la Avenida Costanera. Así entonces, la idea de enfrentar la sedición con un gabinete fuerte y decidido no pasó de ser más que una bella iniciativa fallida. Hoy creo que ya se había hecho tarde para encarar la situación de esa manera o de modo semejante.

Inconclusa y parcial, pero revolución al fin y al cabo

Con la constitución del gobierno antiimperialista, antioligárquico y prosocialista del Presidente Allende, integrado por los partidos más representativos de la clase obrera y por importantes colectividades de las capas medias, se conquistó una parte, la parte principal del poder, y con ello se produjo un relevo de clases en la dirección del país.

Tal relevo, unido al proceso de profundos cambios político-sociales que ese Gobierno y el movimiento popular desencadenaron en los primeros años de la década del 70, permiten afirmar, con toda propiedad, que lo que entonces se puso en marcha fue una revolución, parcial e inconclusa, pero revolución al fin, y no un mero proceso revolucionario y menos un proceso simplemente reformista como algunos sostenían en ese tiempo. Porque una revolución consiste precisamente en eso, en el desplazamiento de clases en la dirección del Estado y en transformaciones de fondo a la vez.

Sobre el hecho de que esta revolución quedó a medio camino se han formulado apreciaciones que no se compadecen con la realidad, como la de una falta congénita de vocación de poder en el Partido Comunista de Chile o la carencia de una elaboración teórica sobre esta cuestión, que es la central de toda revolución según la clásica definición de Lenin.

La verdad es que los comunistas chilenos y los comunistas salvadoreños somos los que en América Latina hemos estado más próximos a la resolución práctica del problema del poder, aparte, obviamente, de los cubanos que resolvieron plenamente la cuestión. Lo cierto es también que en numerosos documentos de nuestro Partido y en el Programa de la Unidad Popular hay, por lo menos, importantes y acertadas formulaciones teórico-prácticas acerca de la transformación democrática del Estado a partir de la conquista del Poder Ejecutivo, y en este sentido se caminó un buen trecho.

Si la revolución quedó a medio camino y no logró afianzarse fue, ante todo, porque la Unidad Popular no supo y por lo tanto no pudo unir a la mayoría del país con vista a resolver, en toda su extensión, la cuestión del poder.

En las condiciones de Chile se accedía a la plenitud del poder empezando por hacer realidad la participación de los trabajadores en todo el aparato estatal que dependía del Poder Ejecutivo y en todas las empresas en manos del Estado. Esa participación estaba en el Programa de la Unidad Popular y ya hemos hablado y valorado lo que se hizo en este terreno.

Cuando se habían cumplido 8 meses de Gobierno Popular y ya estaba en manos del Estado entre el 60 y el 70 % de la producción minera e

industrial, el Partido sostuvo públicamente que esta era una importante base material para colocar la economía al servicio del país y avanzar en el desarrollo económico social. Hizo presente, a la vez, que *“el socialismo, que es adonde queremos llegar, no se alcanza con la simple transferencia de la propiedad sobre los medios de producción de manos privadas a manos del Estado. Para abrir camino al socialismo se requiere, además, que los trabajadores estén en el PODER, no sólo en el Gobierno, sino en la dirección de todo el esfuerzo creador de una nueva economía.”* En este sentido, reiteramos, se habían dado pasos significativos. Pero había un retraso muy grande que nunca se superó a pesar de uno que otro avance y de los esfuerzos que se hicieron. No faltaron los hombres-trancas que no dejaban hacer o que atornillaban al revés. Algunos dirigían empresas sin que en ellas hubieran consejos de administración con participación de los trabajadores y sin preocuparse de crearlos. Las manejaban como lo hacían sus antiguos propietarios durante los gobiernos burgueses.

En no pocas partes, esta situación se prolongó por años. El Pleno del Comité Central del Partido, celebrado el 29 de marzo de 1973, abordó públicamente el problema en estos términos: *“Hablando francamente, en la acción del gobierno hay situaciones que no pueden prolongarse más. No es posible que todavía se observen dos o más orientaciones, dos o más líneas respecto a la forma de encarar cuestiones vitales referentes, por ejemplo, a la conformación de las diversas áreas de propiedad o al problema de la distribución. Y tanto o más intolerable es que no siempre se cumplan las resoluciones adoptadas en conjunto o las decisiones de los jefes superiores”.*

El Programa del Gobierno del Presidente Allende señalaba expresamente que *“Las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores serán llamados a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder”.* Y luego de citar, a vía de ejemplo, algunos de estos órganos donde estarían ampliamente representados los sectores sociales correspondientes, afirmaba que la Unidad Popular se propone *“transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el ejercicio real del poder”*, lo cual quedaría establecido en una nueva Constitución. Ésta contemplaría un Parlamento unicameral, la Asamblea del Pueblo y un Poder Judicial de generación democrática.

Por otra parte, a fines de 1971, el Presidente Allende envió al Parlamento un proyecto de reforma constitucional proponiendo suprimir el régimen legislativo bicameral y estableciendo en su reemplazo la Cámara Única. Además, el proyecto facultaba al Ejecutivo para disolverla por una sola vez durante su mandato, hacía temporales las funciones vitalicias de los

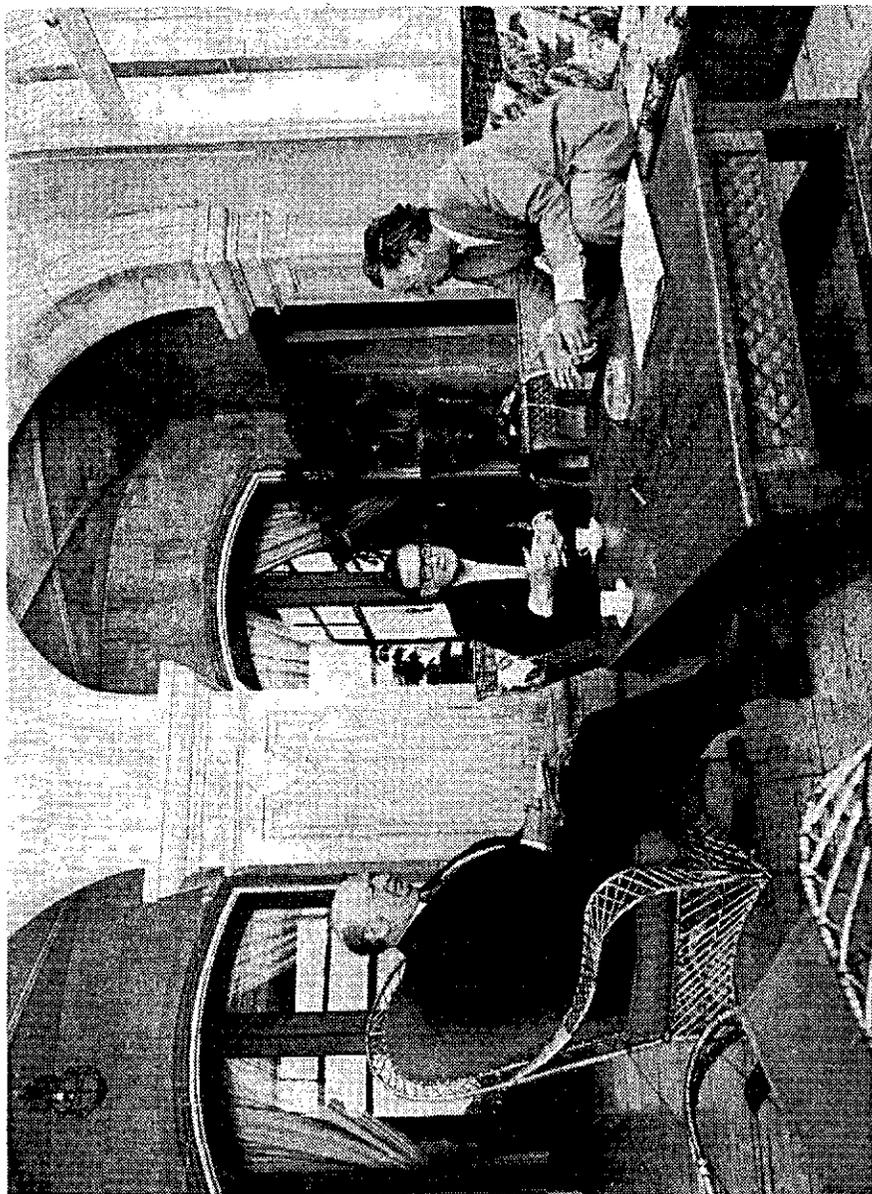
miembros de la Corte Suprema y fijaba normas para la conformación de las áreas social y mixta de la economía. Este proyecto no prosperó por oposición de los partidos Nacional y Demócrata Cristiano.

Al año siguiente, una comisión de juristas elaboró y redactó un proyecto de nueva Constitución Política del Estado. Pero la situación ya había cambiado y ni siquiera entró a la discusión.

No obstante estas carencias, la revolución que se llevó a cabo durante los tres años que duró el gobierno de Allende fue hasta entonces, después de la revolución cubana, el acontecimiento más trascendente y de mayor resonancia internacional que haya acontecido en América Latina en los 50 años precedentes. Chile surgió, ante el mundo, como un pequeño país que había emprendido un nuevo camino para sacudirse del yugo oprobioso de la dominación imperialista, terminar con el reinado de los clanes financieros y de los monopolios industriales, culminar el proceso de la reforma agraria, redistribuir la renta nacional, desarrollar la educación y la cultura, resolver los dramáticos problemas de la salud y la vivienda y, en definitiva, abrirse camino al socialismo "*en democracia, pluralismo y libertad*" como dijera Allende ante 100 mil personas reunidas en el Estadio Nacional el 5 de noviembre de 1970, al día siguiente de asumir la Presidencia de la República.

La revolución chilena fue motivo de profunda desazón e inquietud para el imperialismo norteamericano. Este temía que otros pueblos se sintieran estimulados a emprender un camino semejante si la experiencia de Chile alcanzaba pleno éxito. "*No nosotros no podíamos reconciliarnos fácilmente con (la existencia) de un segundo estado comunista en el hemisferio occidental*" confesó Kissinger en sus Memorias. Por eso se fraguó en los Estados Unidos el golpe de Estado fascista, que se dio en nombre de la libertad y en medio de un histérico griterío anticomunista. Lo cierto es que en Chile nunca hubo más libertad que durante el gobierno de la UP. Y la verdad es que la única libertad que estaba amenazada era la libertad de los grandes capitalistas para seguir viviendo del sudor y de la sangre del pueblo.

La revolución que se abrió paso en Chile, aunque fue derrotada, no ocurrió en vano. El pueblo hará de ella una valiosa fuente de enseñanza para volver victoriosamente al combate por la conquista de una vida mejor. Y recordará siempre al Presidente Allende que la encabezó y que sacrificó su vida en la lucha por su emancipación.



El presidente Allende en su residencia de Tomás Moro, entrevista con Volodia Teitelboim y Luis Corvalán.



En el campo de concentración de Tres Álamos.-Dibujo de Miguel Lawner.

5. Bajo el terror fascista

La democracia hecha añicos

El golpe fue anunciado con meses de anticipación. “Ya viene Yakarta” habían escrito en las paredes, haciendo recordar el sangriento putsch de Indonesia en el que asesinaron a medio millón de personas, principalmente comunistas. El diputado momio Víctor Carmine decía sin tapujo: “Los únicos marxistas buenos son los marxistas muertos”. Poco antes, a comienzos de 1970, el mismísimo Carmine se había ido de lengua en la Cámara al fundamentar su voto negativo al envío de una condolencia a la familia del ingeniero agrónomo Hernán Mery, militante demócrata cristiano y jefe de la Corporación de la Reforma Agraria en Linares, asesinado por orden de los terratenientes de la zona. Con todo desparpajo dijo: “Yo me niego a votar en favor del envío de una condolencia a la familia de un cuatrero”. Y agregó con prepotencia y voz de troglodita: “Mery es el primer muerto. Vendrán otros”.

Estas no era simples amenazas. Desde el mismo 11 de septiembre se descargó contra el pueblo el terrorismo de estado. La dictadura recurrió a la violencia sin tasa ni medida. Sus crímenes, sin parangón en la historia de Chile, horrorizaron al mundo entero.

En la última semana de ese aciago mes de septiembre, Pinochet le expresó al corresponsal de “TIME”, Charles Eissendrath: “De cuando en cuando la democracia debe bañarse en sangre para que pueda seguir siendo democracia”. En declaraciones a “Excelsior”, de México, en mayo del 74, trató de sacarse los balazos diciendo que “mis palabras para “Time” son de un autor americano que recordé como mera referencia”...

En tanto se encaramaron en el poder, los 3 Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, Augusto Pinochet del Ejército, José Toribio Merino de la Marina y Gustavo Leigh de la Aviación, más el General Director de Carabineros, César Mendoza, se constituyeron en Junta de Gobierno y se arrogaron facultades legislativas y ejecutivas. Disolvieron el Parlamento y los gobier-

nos comunales, designando, en todas las Municipalidades, Alcaldes a su entera disposición. Disolvieron los partidos políticos y organizaciones sindicales y confiscaron sus bienes. Acallaron los radios *Coloso de Antofagasta*, *Ernesto Riquelme* de Coquimbo, *Caupolicán* de Valparaíso, *Corporación, Colo-Colo, Balmaceda, Portales, Candelaria, Universidad Técnica del Estado, Luis Emilio Recabarren y Magallanes* de Santiago, *Cachapoal* de Rancagua, *Talca* de Talca, *Aguas Negras* de Curicó, *Simón Bolívar* y *El Sur* de Concepción, *La Frontera* de Temuco, *Eleuterio Ramírez* de Osorno, *Vicente Pérez Rosales* de Puerto Montt y *La Voz del Sur* de Punta Arenas. Ordenaron requisar ediciones completas de libros y prohibieron la circulación de obras de una veintena de escritores extranjeros, entre ellos Máximo Gorki, Jack London, Julio Cortázar e hicieron quemar o picar los libros que se encontraran de Federico García Lorca, Anton Chejov, Nicolás Gogol, Knut Hamsun, Francisco Coloane, Fernando Santiván, Alberto Romero y Nicomedes Guzmán. Las obras marxistas fueron a la hoguera. Mediante el Bando 107 se prohibió la publicación, impresión, circulación e importación de cualquier libro, revista o periódico que no fuere previamente aprobado por la censura militar.

Mediante el decreto 198 fueron suprimidos todos los derechos sindicales, anuladas una tras una preciadas conquistas sociales, castrados los colegios profesionales en cuanto a sus atribuciones y prohibidas todas las reuniones, hasta de clubes deportivos, sin el conocimiento y aprobación de las autoridades militares. Decenas y decenas de miles de trabajadores fueron exonerados de sus empleos en las fábricas, en las minas, en la administración pública y en el magisterio.

Las Universidades fueron intervenidas, expulsados cientos de sus profesores y miles de sus alumnos, destituidos los Rectores elegidos por las comunidades universitarias y reemplazados por oficiales de las Fuerzas Armadas sin antecedentes académicos.

La dictadura de Pinochet superó todas las marcas en materia de aplastamiento de las libertades públicas. Ya en 1977 el toque de queda impuesto en Chile por la Junta Militar había superado en tiempo los que implantaron las tropas de ocupación nazi en Europa o los regímenes colaboracionistas durante la segunda guerra mundial.

Muchas decenas de miles de personas fueron detenidas y luego llevadas a recintos militares, gimnasios, estadios, medias lunas y otros lugares que se utilizaron como campos de concentración. Sólo en el Estadio Nacional hubo más de 30 mil prisioneros. Fueron privados de su libertad sin orden judicial, sólo por ser destacados representantes del gobierno de Allende, dirigentes sindicales y políticos o simplemente militantes de los partidos populares.

Según la Comisión Rettig, tres mil y tantas personas murieron en manos de la Gestapo de Pinochet. No soportaron la tortura o fueron simplemente asesinadas. En algunos casos se trató de encubrir o justificar el crimen mediante sentencias que emanaron de Tribunales Militares ad-hoc que sustanciaron juicios absolutamente arbitrarios. Nadie fue privado de su vida en razón de una pena resuelta por tribunales competentes y luego de haber sido sometidos a procesos normales. Los que tuvieron lugar en Osorno, Valdivia, Temuco, Concepción y Chillán se hicieron a puertas cerradas. Los abogados fueron designados de oficio. En Chillán, el abogado dispuso de sólo 16 horas para imponerse del expediente relativo a 47 acusados y preparar la defensa de cada uno de ellos. Se dijo también que tales o cuales personas cayeron porque trataron de escapar de los sitios de detención y hubo que aplicarles la ley de la fuga, ley que no existe en la legislación chilena.

Un millón y medio de hombres, mujeres y niños fueron arrojados al exilio.

Pocos pueblos han sido tan azotados como el chileno en toda la historia humana por parte de un régimen tiránico generado y constituido por las Fuerzas Armadas de su propia Patria.

¡Y todo esto fue llevado a cabo en nombre de la democracia!.

Los tormentos

La Convención de Ginebra de 1949, suscrita por Chile, establece en su artículo tercero que los prisioneros no pueden ser sometidos a malos tratos, ni ser objeto de actos de violencia, ni ejecutados en caso de intentar la fuga; tienen derecho a ser respetados en sus personas, en su honor y dignidad. A lo más pueden ser les aplicadas medidas disciplinarias. Pero en nuestro propio país, como en la Alemania de Hitler, el trato grosero y degradante y todos los tormentos físicos inventados por las conciencias más perversas fueron usados contra los presos políticos, a quienes la Junta y sus secuaces calificaban de prisioneros. En la casi totalidad de los casos se les golpeaba con puños y pies; se les conectaba la corriente eléctrica a las sienes, a los genitales o al ano; se les torturaba en presencia de sus hijos; durante horas y horas se les colgaba boca abajo, con las manos atadas a los pies, de un palo (*"el pau de arará"*), que pasaba entre las rodillas y los codos; se les quemaba la piel con cigarrillos o encendedores; se les hundía la cabeza en la tina de baño hasta que la víctima estaba a punto de ahogarse; se les hacía comer excrementos; se les sometía a largas incomunicaciones; se les privaba

del sueño con ruidos permanentes; se les martirizaba con simulacros de fusilamiento; se les tendía boca arriba pisoteándoles la barriga; se les obligaba a tenderse sobre una mesa apoyados en ella sólo de la cintura a los pies; se les dejaba de pie hasta que se derrumbaban de cansancio; se les aislaba con los ojos vendados haciéndoles perder la noción del tiempo; una y otra vez y simultáneamente les golpeaban los oídos con las palmas; se les hacía escuchar o presenciar las sesiones de tortura a que eran sometidos otros presos.

El siniestro guatón Romo se vanaglorió al decir, ante un canal televisivo que lo entrevistó luego de ser detenido, que cuando la tortura era parte programada de la muerte, si el torturado no daba señales de vida él se encargaba de cortarle algunos dedos con un “*napoleón*” para comprobar si efectivamente estaba muerto.

Los peores calabozos eran los closets y las “perreras”. Los primeros tenían dos metros de altura, un metro de fondo y uno de frente. Metían hasta tres presos en un closet. En ellos, los presos sólo podían permanecer de pie o sentados en el suelo, por turno, para descansar y dormir un rato. Las “perreras” eran verdaderos cajones de un metro cúbico donde el preso sólo podía estar sentado días y días, semanas y hasta meses. Lo sacaban sólo para hacer sus necesidades, que a veces las hacían ahí mismo porque no eran atendidos a tiempo por los carceleros.

Se ensañaron con las mujeres. Muchas de las detenidas fueron violadas, por uno o varios individuos, en algunos casos en presencia de sus maridos. En ocasiones, se las hizo violar por perros amaestrados.

Muchos presos quedaron, por un tiempo o para toda la vida, con huellas físicas de las torturas, cojeras, alteraciones al sistema nervioso, trastornos visuales, pérdida de la memoria, dificultades respiratorias, inestabilidad emocional.

Los promotores y sostenedores del golpe, los que gobernaron con Pinochet y aún defienden su régimen acusaban al gobierno Allende de no respetar la Constitución y las leyes, de negar los derechos y libertades pública y de pretender llevar el país a una dictadura. ¡Qué impudicia! y que contraste más grande entre uno y otro gobierno!

En la Escuela Militar

El Partido Comunista era y es el más experimentado de todos los partidos para capear los temporales que suele descargar la reacción cuando se siente amenazada y está en condiciones de golpear o contragolpear. Pero los 20 años de legalidad vividos durante las administraciones de Ibáñez,

Alessandri, Frei y Allende, exceptuando un corto período de la primera, nos había conducido a cierta pérdida de la experiencia adquirida a través de no pocos gobiernos reaccionarios que nos había tocado enfrentar. Así se explica mi detención, ocurrida el 27 de septiembre, sólo a 16 días del golpe militar. Se explica también por mi propia desaprensión. Yo, había mandado un recado a la Dirección del Partido haciéndole presente la necesidad de ser trasladado a otro lugar pues sólo estaba temporalmente "fondeado" en el departamento de Elizabeth Saintard. Por eso, dos o tres días antes de ser aprehendido llegaron a buscarme el Dr. Hernán Sanhueza y José Zapata para ser trasladado a otra casa, también por pocos días, mientras Fernando Ostornol conseguía una para instalarme por tiempo indefinido. Les dije a Sanhueza y a Zapata que prefería quedarme unos días más donde Elizabeth en espera de irme a un lugar definitivo. Pero al día siguiente llegó una patrulla de milicos armada hasta los dientes y me detuvo.

Fui arrestado, junto con Elizabeth, el 27 de septiembre. Nos llevaron al Regimiento de Telecomunicaciones que entonces estaba en la calle Antonio Varas y horas después nos trasladaron a la Escuela Militar. ¿Cómo habían llegado hasta donde yo estaba fondeado? Tengo mi visión de cómo se dieron las cosas, pero no quiero entrar en ella porque podría no ser justo si me desenvuelvo en el terreno de las hipótesis.

Lo cierto es que mi detención, ocurrida 16 días después del golpe, ponía al desnudo las fallas del Partido y en ese momento concreto mi desidia personal para afrontar la nueva situación que se creaba y que no era precisamente sorpresiva.

Elizabeth era la jefa de las visitadoras sociales en el Hospital El Salvador. Perdió su trabajo y se exilió en Francia. Allá la encontré en 1977. Todo había sido muy doloroso para ella. Estaba entera. Le hablé de la posibilidad de radicarse en Bulgaria u otro país socialista. Pero prefirió seguir en la tierra de sus antepasados.

A nadie se le permitió ir a verme, ni siquiera a mi esposa y mis hijas durante los 65 días que permanecí en la Escuela Militar. Sólo pude hablar con ellas momentos antes de ser trasladado a la Isla Dawson, dos meses y días después de mi detención, y sólo entonces supe que mi hijo Luis Alberto y su esposa, Ruth Vuskovic, estaban en el Estadio Nacional, presos desde el 14 de septiembre. No me contaron nada de lo que a ellas les había pasado. Años después vine a saber que nuestro hogar de calle Bremen fue allanado y saqueado y que Lily y mis hijas anduvieron de casa en casa, escondidas, desde el mismo día del golpe hasta que fui detenido, oportunidad en que resolvieron enfrentar la situación cualesquiera fuesen las consecuencias.

En la Escuela Militar no podía tener radio ni leer nada, ni siquiera la

prensa. Nada sabía de lo que pasaba afuera. No obstante, de la radio de un oficial que un día domingo estaba de guardia frente a mi celda, salió de repente la noticia de que Judith Hart, diputada laborista y Ministro del gobierno de Gran Bretaña, había alzado su voz en la Cámara de los Comunes en favor de mi vida y de mi libertad. Judith Hart, que falleció hace algunos años, fue junto a Melina Mercuri, Ministro del gobierno de Andreas Papandreu, a Susana Agnelli, senadora y más tarde Ministro de Relaciones de Italia y a Danielle Mitterrand, una de las más destacadas y valiosas mujeres que descollaron a nivel internacional en la solidaridad con el pueblo de Chile. Estuve con ella en Londres, en un mitin de solidaridad con nuestra causa, en el marco de una gira que hice a Gran Bretaña junto con Tencha Bussi, en septiembre de 1977. Se emocionó mucho cuando le conté cómo supe en la prisión que intercedió por mí.

En el mismo recinto militar estaban detenidos Raúl Ampuero, Anselmo Sule, Camilo Salvo, Pascual Barraza, Ciro Oyarzún, Pedro Felipe Ramírez y Julio Stuardo, cada cual completamente aislado. No tuvimos contacto alguno entre nosotros. Yo estuve, primero, durante un par de semanas, encerrado en un baño del primer piso. Me trasladaron a una pieza del cuarto piso cuando la Junta aceptó que me entrevistara el corresponsal para América Latina de la Associated Press, William Nicholson. Este le contó a la revista "NOVEDADES" —la cual publicó tres páginas de notas gráficas sobre la entrevista—, que al comienzo le negaron autorización para verme y que sólo le dieron el pase cuando dijo que su despacho "iba a llegar a cientos de diarios, revistas y radios del mundo confirmando que Corvalán está vivo." "Nicholson —agregó "NOVEDADES— recalcó que la importancia de la entrevista radicaba principalmente en las fotos que tomó su reportero gráfico contratado ex profeso para la ocasión, ya que le mostrarán al mundo que el hombre está vivo y no muerto como suponen algunas personas en el extranjero". Además, "insisto —dice Nicholson según la revista chilena— el detenido goza de todo tipo de comodidades".

Al pie de cada foto de la revista había una lectura o leyenda a gusto de la Junta Militar. "Esta extraordinaria fotografía —se leía en una de ellas— muestra al ex-jerarca del PC, Luis Corvalán Lépéz, en su cómoda prisión de la Escuela Militar, mientras es entrevistado por el corresponsal de la Associated Press, William Nicholson. Un soldado vigila la conversación. Como se ve, Corvalán se ha teñido el cabello y el bigote y está en buenas condiciones físicas"

Alféreces y cadetes habían sido objeto de una machacona propaganda anti-izquierdista. Les habían metido el Plan Zeta en la cabeza. Según tal plan los partidos de la Unidad Popular se habían propuesto la degollina de toda la oficialidad de las Fuerzas Armadas. Se operaría de la siguiente ma-

nera: El 19 de septiembre, Día del Ejército, (o el 17, durante la Parada Militar preparatoria, según otra versión) el Presidente Allende invitaría a almorzar a los Comandantes en Jefe del Ejército, la Armada y la Aviación y a un grupo numeroso de generales, almirantes y otros altos oficiales. En medio del almuerzo, Allende recibiría un llamado telefónico urgente, pediría excusas a sus invitados para levantarse por un instante de la mesa y, en su ausencia, el GAP, su guardia personal, entraría al comedor ametrallando a todos los comensales, con la orden de que ninguno de ellos quedara con vida. A la misma hora, en el Parque Cousiño, serían asesinados todos los oficiales que, a la espera del Primer Mandatario y de los más altos jefes castrenses, estuvieren allí, al mando de las unidades de la guarnición de Santiago, listas para iniciar el desfile. "Extremistas" vestidos de militares se encargarían de esta segunda operación.

Hernán Millas, que tuvo a su cargo el texto de "ANATOMÍA DE UN FRACASO", editado en septiembre de 1973, relata así lo que vendría en los siguientes minutos:

"En un balcón de La Moneda aparecería Allende y anunciaría que había nacido la República Democrática de Chile. En el mástil del Palacio se izaría la nueva bandera, toda roja con una pequeña estrella

"En los alrededores podrían observarse los restos de algunos edificios destruidos por el fuego: la sede de la Corte Suprema, el Congreso Nacional, el diario "EL MERCURIO" y locales políticos opositores.

"Los manifestantes, elementos de los partidos marxistas, vitorearían el anuncio de que los trabajadores habían conquistado el poder y que se establecía la dictadura del proletariado. Una consigna vocearían: paredón para los fascistas.

"El grito sería complacido. Se crearían los Tribunales Populares.

"Lo anterior —acota Hernán Millas— parece pertenecer a una escalofriante obra de política ficción". Y a renglón seguido agrega: "Cuesta imaginar que chilenos hubiesen confeccionado un minucioso plan para asesinar a sangre fría a seis mil hermanos. Sin embargo, el Plan Zeta, detectado antes del 11 de septiembre por el Servicio de Inteligencia Militar de las Fuerzas Armadas y hoy verificado en los documentos que se hallaron en La Moneda y en sucesivos allanamientos y corroborado por el hallazgo de arsenales, es una pavorosa realidad."

La verdad es que esa pavorosa realidad no fue más que "una escalofriante obra de política ficción". Tal es así que después de los primeros meses que siguieron al golpe, Pinochet y sus corifeos no volvieron a hablar más de tan fantasmagórico plan.

En el infierno helado

“ISLA 10” de Sergio Bitar, “DAWSON” de Sergio Vuskovic y “CERCO DE PÚAS” de Aníbal Quijada Cerda describen muy bien el campo de concentración de Dawson: el libro de Quijada fue distinguido con el “Premio Casa de Las Américas” que otorga anualmente la Casa de la Cultura de Cuba. Don Edgardo Enríquez escribió también en “TESTIMONIO DE UN DESTIERRO” excelentes páginas sobre nuestro confinamiento en esa isla. Clodomiro Almeyda le dedicó algunas notas en su libro “REENCUENTRO CON MI VIDA” y Miguel Lawner dejó grabados, en un álbum de magníficos dibujos que se reprodujeron en muchos países, el paisaje desolador de la campiña azotada por los fríos vientos de la Antártica, las tétricas cabañas donde dormíamos, el trabajo forzado bajo el apremio de las bayonetas y otras escenas de nuestro quehacer cotidiano.

Ninguno de los detenidos pudo recibir la visita de un pariente o de un amigo, ni siquiera por cinco minutos. Tampoco pudieron llegar a la isla representantes de organizaciones nacionales o periodistas chilenos. Recuerdo que, gracias a gestiones diplomáticas, nos fueron a ver una delegación de la Cruz Roja Internacional, un reducido grupo de diputados socialdemócratas de la República Federal Alemana y el periodista brasileiro Alberto Prado, todos los cuales conversaron con nosotros bajo la mirada y el oído del Jefe del campo. Por esos días se hablaba del proceso caratulado “*Contra Luis Corvalán y otros*” que estaría listo para substanciar la Fiscalía Naval de Valparaíso y se decía que a mí me podría esperar la pena de muerte. El periodista Prado, de la revista “VISAO”, llevaba autorización para entrevistarme acerca del proceso. La entrevista se hizo en el patio, al aire libre, pero bajo la vigilancia del jefe del campo. Le declaré que yo y todos mis compañeros teníamos a mucha honra haber sido partícipes del movimiento popular que generó el gobierno del Presidente Allende, que en un eventual proceso nos convertiríamos en acusadores y que yo personalmente no tenía nada que temer. En un instante le dije: “*Amo la vida pero no le temo a la muerte si he de morir por una causa justa*”. Estas palabras le sirvieron de título a su reportaje y dieron la vuelta al mundo. Me mandó una carta desde Lisboa un chileno exiliado, Juan Araya, una carta que no recibí en Dawson y que conocí más tarde. Me expresaba que esa declaración tranquilizó a todos los demócratas y que estos dijeron: “*Están de pie y con la frente en alto.*”

Las cartas que recibíamos eran censuradas. No obstante, en las que nos enviaban nuestros familiares solían filtrarse algunas de las informaciones que la dictadura ocultaba. De este modo, Miguel Lawner recibió la no-

ticia del asesinato de Carlos Berger. Venía envuelta en papel celofán, por así decirlo. Simplemente se le comunicaba que Dora, su madre, estaba muy afectada por la muerte de su hijo, Carlitos, ocurrida en Calama, en circunstancias indescriptibles.

A Carlitos lo conocí desde que él era niño porque a menudo nos reuníamos en su casa durante la dictadura de González Videla, cuando sus padres vivían en Condell pasado Avenida Francisco Bilbao. Se recibió de abogado y se hizo periodista. Trabajó en "El SIGLO". Fue mi Secretario en el Senado durante un buen tiempo. Un hombre joven, inteligente y bondadoso, que se había consagrado por entero a la lucha por el socialismo. Había llegado a Calama 25 días antes del golpe para dirigir la radio "El LOA". El 11 de septiembre se negó a suspender sus transmisiones y por eso lo detuvieron y lo condenaron a 61 días de cárcel. La mitad de la condena se la habían conmutado por multa. Iba a salir en libertad el 20 de octubre. Pero llegó a Calama "*la caravana de la muerte*" que encabezó el General Arellano y el 19, un día antes de quedar libre, dio cuenta de su vida y de la vida de todos los presos políticos que estaban encarcelados. Entre éstos se hallaba David Miranda, Secretario General de la Federación Minera y miembro del Comité Central del Partido, que había asumido una gerencia en Chuqui. Estaba Haroldo Cabrera, que también tenía a su cargo una gerencia y era miembro del Partido Socialista, y otro socialista, Mario Silva, una de cuyas hijas, en diciembre de 1995 se declaró en huelga de hambre en la sede del Comité Central del Partido Socialista, como expresión de rechazo al proyecto de impunidad que el Presidente Frei mandó al Parlamento de acuerdo con Renovación Nacional y que tuvo que retirarlo por el indignado repudio de la opinión pública. Y entre todos ellos se encontraba, además, el Presidente del Centro de Alumnos del Liceo, Gregorio Saavedra González, de sólo 17 años, quien le había escrito a su madre pidiéndole que sus amigos fueran a despedirse de él porque estaba convencido que todos serían relegados al extremo sur de Chile, probablemente a Dawson.

Todos cayeron en la fatídica tarde del 19 de octubre de 1973. Los sacaron de la cárcel en dirección a los cerros de Topater. Estaban condenados a diversas penas, ninguno a la pena capital. Pero allí los mataron. La verdad se vino a conocer mucho más tarde, especialmente a través de las denuncias de Patricia Verdugo en su libro "LOS ZARPAZOS DEL PUMA". Los 26 fueron masacrados y sus cuerpos destrozados. En 1991 fueron sepultados los restos de una parte de ellos. Sólo el cuerpo de Haroldo Cabrera, pudo reconocerse y depositarse en una urna separada. De los otros fueron sepultadas osamentas dispersas, cráneos, manos, mandíbulas, a través de los cuales fueron identificados. Yo estuve en esos funerales y hablé en

nombre del Comité Central del Partido. Fueron las primeras de muchas otras exequias en que he participado para acompañar a las familias de los ejecutados por la dictadura.

También a través de cartas familiares escritas de modo que pasaran la censura nos impusimos en Dawson de las muertes del General de Aviación Alberto Bachelet y de José Tohá, ex Ministro del Interior y de Defensa. Ambos fueron leales amigos y eficientes colaboradores de Salvador Allende.

Bachelet tuvo a su cargo la Dirección Nacional de Abastecimiento y Comercialización, DINAC, en la cual puso todos sus conocimientos de general de intendencia para garantizarle a la población la posibilidad de adquirir los alimentos básicos a precios oficiales. No le perdonaron su apoyo decidido al Gobierno Popular y por eso lo encarcelaron y lo torturaron hasta la muerte. El informe Rettig lo confirma. *“El día 12 de marzo de 1974 —dice textualmente— murió en la Cárcel Pública de Santiago a consecuencia de las torturas y malos tratos sufridos mientras estuvo detenido”*. Pocos días antes, la Masonería le mandó una carta comunicándole que había sido borrado de sus registros porinasistencia.

Tohá fue un hombre bueno como el pan, buenísimo por los cuatro costados. Cuando llegué a Dawson, 52 días después que él lo hiciera, mejor dicho, que a él lo llevaran a ese lugar tan inhóspito, ya había perdido unos cuantos kilos de peso, que nunca fueron muchos. Más que el clima adverso lo fastidiaba y carcomía por dentro la doblez y la maldad de los nuevos gobernantes. A varios de ellos los había conocido de cerca. Declaraban ser sus amigos. A Pinochet lo había tenido en su casa y de él había recibido, en reciprocidad, como muestra de afecto, una bandeja de plata, dedicada a su “dilecto amigo”. Más aún. Él, José Tohá, personalmente, había hecho entrega a la Armada, en el mismo terreno de la Isla Dawson, propiedad fiscal que estaba en poder del Ministerio de Tierras y Colonización, hoy Ministerio de Bienes Nacionales. Y ahora se hallaba relegado, por sus amigos, en esa misma isla. Tanta hipocresía y perversidad no podía concebirla. Perdió el apetito. Casi no comía. Se fue consumiendo de a poco. Un día lo trasladaron a Santiago, lo llevaron al Hospital Militar y de repente anunciaron que se había suicidado colgándose de la ducha o del ropero, según otra versión. Nadie que conociera a Tohá podía tragarse tamañas paparruchas, entre otras razones porque era un hombre de unos dos metros de altura, difícil de colgarse de uno u otro de esos aparatos, más bajos que él y frágiles por añadidura. *“La Comisión llegó a la convicción de que murió producto de la violación a sus derechos humanos”* —dice el Informe Rettig.

A los que procedíamos de Santiago y Valparaíso —Ministros, funcionarios del Gobierno de Allende y dirigentes de la Unidad Popular— nos

llamaban los “jerarcas” y nos mantenían separados de los presos de Magallanes que estaban en la Isla en mayor número, sin que, felizmente, ello significara un trato de privilegio. Las guardias se cambiaban cada quince días para que no terminaran de familiarizarse con nosotros. Para la Pascua y el Año Nuevo nos tocó un buen oficial de turno que nos permitió hacer una velada de conjunto entre todos los confinados. Fue un encuentro inolvidable. En otra oportunidad alternamos también todos los prisioneros por haber ido a un mismo sector en busca de leña. Entonces conocí a Carlos González, que había sido diputado socialista por la provincia y que después de la prisión y del exilio fue elegido Alcalde de Punta Arenas. Aníbal Quijada Cerda, también “dawsoniano”, relata en su excelente “CERCO DE PÚAS” las bestiales torturas a que fueron sometidos los presos magallánicos en el Regimiento Pudeto. A mi camarada Francisco Alarcón lo desnudaban, lo ataban a una cuerda y desde una barcaza lo lanzaban y lo recogían y lo volvían a lanzar con fuerza a las heladas aguas del Estrecho, hasta que su cuerpo quedaba rojo y amoratado. A Carlos González, con bayoneta en mano, le hicieron una gran Zeta en la espalda. Nos la mostró ese día que lo encontramos mientras andábamos por la leña que luego acarreamos a lomo para la cocina y las estufas de nuestras barracas. ¡Y pensar que lo más probable es que se la haya hecho un oficial guiado por el odio zoológico contra la Unidad Popular que provocó y promovió entre los militares el fatídico y escalofriante Plan Zeta, inventado o avalado por sus más altos jefes!

Clodomiro Almeyda dice en su “REENCUENTRO CON MI VIDA” que existieron *“serias presunciones de que nuestro cautiverio fueguino fue una idea de alguien perteneciente a los altos círculos gubernativos, que con ello quiso evitar que, permaneciendo en Santiago, nos expusiéramos a que un Consejo de Guerra lisa y llanamente ordenara nuestro fusilamiento. En esos momentos se podía hacer todo y esperar cualquier cosa. Miles de chilenos fueron asesinados en esos días por cualquier motivo. Me luce pues —concluye la acotación de Almeyda— que, de no haber sido enviados a Dawson, no estaríamos contando el cuento.”*

En los últimos días de mayo, ya con el invierno encima, nos trasladaron a Santiago. Nos hicieron recorrer a pie kilómetros y kilómetros de un camino lleno de charcos y barro y atravesar, incluso, un torrentoso, pedregoso y gélido riachuelo para tomar un avión a Punta Arenas y de ahí un Hércules hasta Santiago. Aterrizamos en El Bosque, donde el Coronel Espinoza, jefe del Servicio Nacional del Detenido, SENDE, nos esperaba rodeado de periodistas. Nos recibía uno tras uno. Apenas estuve frente a él denuncié en alta voz los malos tratos y peripecias del viaje para que escuchara la gente de prensa y radio. Me tironearon y sacaron rápidamente del lugar

para meterme, encapuchado y con los brazos amarrados a la espalda, en un furgón que me llevó a la Escuela de Infantería de San Bernardo, donde también fueron a parar Fernando Flores, José Cademártori y Vladimir Arellano. Nos encerraron en distintas piezas sin que pudiéramos vernos en ningún momento. Nuestros familiares podían conversar separadamente con nosotros, en días diferentes, cada dos semanas, en las dependencias que tiene la Escuela en el camino hacia Puente Alto. Las entrevistas siempre fueron bajo la mirada y el oído de los militares. Los demás presos fueron enviados por pequeños grupos a otras unidades militares, incluida la casa que los carabineros tienen en Las Melosas en el Cajón del Maipo.

En Ritoque

Sólo cuando llegamos a Ritoque, situado al lado sur de Quinteros, pudimos tener contacto regular con nuestras familias, escuchar radio y ver televisión. Lily me llevó un día un pequeño televisor japonés. En él se podía también escuchar radio en ondas larga y corta. Pertenecía a la doctora Adriana Urbina en cuya casa se ocultaron mis dos hijas menores, María Victoria y Viviana. Trataron de hacerlo primero en otras partes, pero no fueron acogidas por temor. La doctora Urbina, militante o simpatizante socialista, las acogió con toda voluntad y afecto, a petición de una hija suya que era condiscípula de Vivi, una de las mías. Y cuando supo que los presos de Ritoque podíamos ver la TV, se desprendió de su receptor japonés para que yo pudiera tenerlo en mi celda. ¡Bendito aparato y bendita doctora! Porque además de televisión tenía radio de onda corta. Así, por más de dos años pudimos escuchar radios del exterior, especialmente Radio Moscú, “la Mosca”, como la llamábamos, usando el vocablo italiano con el cual se nombra a la capital de Rusia.

En Ritoque nos impusimos del asesinato de Enrique París, de Víctor Jara y de Littré Quiroga, de la desaparición de David Silberman que estaba en la cárcel de Santiago y de otros crímenes horrendos. De ello nos informaban nuestros parientes y, en uno que otro caso, aparecían, cuando era ya imposible ocultarlo y con versiones arregladas, en los medios de comunicación. Así supimos de la horrorosa muerte del General Carlos Prats González. La prensa, la radio y la TV, controladas por la Junta Militar, informaron del hecho como si se hubiese tratado de un crimen corriente. A nadie con dos dedos de frente se le podía engatusar. La bomba que estalló en la madrugada del 30 de septiembre de 1974, cuando el general con su esposa, la señora Sofía, llegaban a su casa del barrio Palermo de Buenos Aires, des-

pués de asistir a una comida entre amigos, no podía haber sido colocada en su automóvil por nadie que no fuera un agente del dictador. De esto ya hay conciencia nacional y universal. Los antecedentes están en manos de la justicia argentina. También se conocen en Chile. No los ignora el gobierno, ni el Poder Judicial ni nadie. Más aún, el Poder Judicial rechazó una petición expresa de la Cámara de Diputados, hecha en 1993, para designar un Ministro que se abocara al estudio del caso. Así pues y a pesar de tratarse del asesinato de quien fuera Comandante en Jefe del Ejército, Ministro del Interior y Vice-Presidente de la República; a pesar de que la Comisión Rettig llegó a la conclusión de que el General Prats y su esposa fueron ultimados por agentes del Estado chileno *"que se presume pertenecían a la DINA"*; a pesar de la batalla tenaz que sus hijas han librado por el esclarecimiento de los hechos, en el mundo oficial no se mueve un dedo. Esta es la verdad, al menos hasta el momento que escribimos estas líneas, 15 de enero de 1997.

También estábamos en Ritoque cuando la prensa dio cuenta de la muerte en Argentina de 119 compatriotas. Habían caído, de acuerdo a la versión que cocinó la Junta de Gobierno, en reyertas fratricidas, en enfrentamientos entre chilenos en diversos lugares del país vecino. Un periódico de Buenos Aires y otro de Río de Janeiro dieron a conocer los nombres de esos 119 infortunados compatriotas, cuyos cadáveres, —dijeron— estaban en la morgue de la capital argentina. Pero el embuste quedó pronto al descubierto. Uno de esos 119 era el joven Luis Guendelman. Sus padres, en tanto supieron la noticia, volaron a Buenos Aires para estar seguros de que su hijo desaparecido había realmente muerto y traer su cuerpo para sepultarlo en Chile. Pero no lo encontraron. Luis Guendelman tenía una pieza metálica en una cadera, que se puso durante una operación que se le hizo en Chile. Pero el cuerpo inerte que figuraba con su nombre no había sido nunca operado, al menos de una cadera. La prueba de la suplantación y de la felonía era irrefutable. En otros casos de esos 119 se comprobó también la mentira. Hubo conmoción pública, lo que obligó a Pinochet a hacer una declaración en el sentido de que se investigaría lo que había ocurrido. Pero no se averiguó nada. Esta fue la operación Colombo. Los detalles que muestran su autoría están también en manos de la justicia trasandina, quien tiene en su poder todos los documentos sobre las actividades de la DINA en Buenos Aires. Se los entregó Arancibia Clavel para probar que no era espía chileno en Argentina sino que allí se dedicaba a seguir los pasos de los chilenos que eran enemigos del régimen militar, según declaró a *"La Tercera"* del 23 de enero de 1996 la periodista Mónica González, autora del libro *"Bomba en una calle de Palermo"*.

En Ritoque se habían construido cabañas que durante el gobierno de

la Unidad Popular fueron utilizadas para colonias de veraneo de la gente más humilde, principalmente de las poblaciones de Santiago, que llegaban hasta allí a descansar por algunos días. Los "dawsonianos" éramos poco más de 30. Pronto, el número de detenidos aumento en más de un centenar, con presos que procedían de otros campos de concentración o que simplemente fueron enviados allí luego de ser aprehendidos. Y aunque los "dawsonianos" seguimos segregados, mantuvimos con ellos una relación más o menos frecuente. En el amplio comedor nos juntábamos los viernes o sábado con ocasión de las veladas artísticas organizadas por los presos. Allí destacaban Igor Cantillana, que sigue en Suecia, dedicado al teatro, y Oscar Castro, dramaturgo y actor, que vive y dirige en Francia su conjunto ALEPH, y cuya madre, María Julieta Ramírez, desapareció para siempre luego de ser detenida en Tres Alamos el 30 de noviembre de 1974, cuando fue a visitar a su hija Marieta que allí se encontraba recluida.

Nuestras canciones de batalla eran el *Himno a la Alegría* y el *Negro José*. En los sketch y monólogos creados por los detenidos siempre había, en forma más o menos velada o abierta, puyas y tallas dirigidas a nuestros opresores, y a menudo algún mensaje que nos ayudaba a levantar la vista. Un compañero del MIR, moreno, de ojos y bigotes negros como el azabache, cantaba una canción que decía:

*"Un hombre loco creyó
poder dominar el mar,
sus frutos mejor matar
y en sus aguas navegar.
Levantó muros de arena
que con alambres tapió.
Pero ese hombre no entendió
que el mar cadenas rompió.
Ningún hombre podrá
jamás dominar el mar".*

El autor cantó por última vez en Ritoque el domingo 8 de marzo de 1975. Correspondía visita y era el Día Internacional de la Mujer. Lo celebramos en homenaje a nuestras compañeras. Ese mismo día el cantautor se fugó.

Recuerdo otros hechos. Un día llegó a Ritoque una delegación de la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de los Estados Americanos, OEA, presidida por el uruguayo Justino Jiménez y de la cual formaba parte nuestro compatriota Manuel Bianchi, que había sido embajador de

Chile en Londres. La mayoría de mis compañeros de cautiverio eran contrarios a conversar con sus integrantes o tenían, al meros, sus reticencias. Fuí partidario de aprovechar esa oportunidad para denunciar las fechorías de la dictadura. Así lo hicimos y ganamos algo. El informe que elaboró esa Comisión de la OEA fue desfavorable al régimen.

Otro día amanecí con fuertes dolores en el costado derecho de la barriga. Me examinaron los doctores Behm y Silva, que también estaban presos y diagnosticaron apendicitis. Un médico de la base aérea de Quinteros hizo el mismo diagnóstico. De inmediato me trasladaron al Hospital Naval de Valparaíso donde fui operado de urgencia. El Gobierno se apresuró a dar la noticia en un comunicado oficial antes que ella se filtrara y surgiera toda clase de especulaciones. La operación fue exitosa y muy bien hecha. El personal auxiliar se portó *"del uno"* durante los dos o tres días que permanecí hospitalizado. Les mandé a las enfermeras un bouquet de rosas como expresión de gratitud por la forma en que me habían atendido. Mis carceleros tuvieron una conducta muy distinta. Para mi vuelta a Ritoque mandaron un helicóptero que aterrizó en el amplio patio del Hospital. Me introdujeron en él tendido en una camilla y me ataron de pies y manos. ¡Cómo si yo hubiese podido escaparme de ese aparato y en las condiciones en que me hallaba, todavía con la herida abierta! Salieron perdiendo, porque se conoció el vejamen y en muchos países se levantó la protesta. Siempre que fui objeto de un mal trato lo denuncié en tanto pude hacerlo. Era mi deber asumir esta conducta.

El 30 de abril fui galardonado con el Premio Lenin de la Paz. Hubo alegría entre los presos que consideraron, con razón, que de alguna manera era una distinción para todos ellos y una expresión de solidaridad con nuestro pueblo. Me agasajaron con tal motivo, en la forma que era posible en esas circunstancias. Algunos me regalaron objetos de su propia factura. Otros llegaron hasta la cabaña, que compartía con Daniel Vergara, para hacer un brindis aunque fuera con medio vaso de vino o de cualquier licor fuerte que solía entrar burlando la vigilancia de los carceleros. El negro Ernesto Araneda era tirado con honda para estas operaciones de contrabando. Cuando estaba de turno un sargento de la FACH que claramente simpatizaba con nosotros, se acercaba a él, lo tomaba del brazo y juntos daban unos cuantos trancos mientras le decía medio canturreando: *"Soldado, amigo, el pueblo está contigo"*. Y en seguida la pedida: *"Tráigame mañana una botellita de tinto para celebrar el cumpleaños de un compañero"*.

Desde que llegamos a Ritoque el proceso *"contra Luis Corvalán y otros"*, parecía inminente. Los *"otros"* eran Aníbal Palma, Erik Schnake, Fernando Flores, Pedro Felipe Ramírez, José Cademártori, Alfredo Joignant, Jorge

Montes, Daniel Vergara, Sergio Vuskovic y Andrés Sepúlveda. Un día llegó a interrogarnos una comisión encargada de una investigación previa, encabezada por el capitán de navío Lautaro Sasso, quien actuaba como Fiscal, sin ser letrado. Como adjunto tenía a Enrique Le Dantec, uno de los torturadores de la Academia de Guerra Naval. Algunos de los presuntos procesados fuimos interrogados sobre materias ajenas hasta a la más hipotética responsabilidad delictual. Sasso pretendió dejar establecido, desde el comienzo, que interrogaría al "*ex- Secretario General del ex- Partido Comunista*". Le dije que sus palabras no correspondían a los hechos, pues el Partido Comunista existía aunque se le hubiera declarado disuelto, y yo seguía siendo su Secretario General, a mucha honra. Se hizo el desentendido y me preguntó de inmediato por los miembros de la Comisión Política del Partido. Todo el mundo los conocía. Sus nombres y sus fotografías habían aparecido una y otra vez en la prensa antes del golpe. Yo podía haberlos dado sin ningún inconveniente. Pero no quise hacerlo. Dije para mis adentros: ¿Por qué quiere que le dé los nombres de mis compañeros de la Comisión Política si éstos son conocidos y seguramente los anda trayendo consigo? Pensé que lo que en verdad quería era tantearme, saber si era un hombre al que, de pregunta en pregunta, empezando por las que se podían responder sin mayor inconveniente, se le podía sacar algo más comprometedor e interesante. Cuando me fui de negativa, uno de sus ayudantes, no sé si Le Dantec u otro, se paró en ademán de golpearme. Pero el capitán Sasso lo llamó a la calma. Y todo quedó en nada.

En Tres Alamos

A mediados de 1975 fuimos trasladados a Tres Alamos José Cademártori, Fernando Flores, Jorge Montes, Miguel Lawner, Alfredo Joignant, Daniel Vergara, Tito Palestro y el autor de este escrito. El 20 de enero de 1976, el Comandante del campo de concentración de Tres Alamos, Conrado Pacheco, nos informó que ese día llegarían de la Fiscalía Naval de Valparaíso para notificarnos del proceso. Se supo que para mí el fiscal solicitaba dos cadenas perpetuas y, de llapa, 76 años de prisión.

No llegó nadie de la Fiscalía Naval. Pasaron los días y el proceso "*Contra Luis Corvalán y otros*" murió aplastado por la ola de repudio que se levantó en todo el mundo.

Yo tuve el privilegio de contar con eminentes juristas internacionales, como el español don Joaquín Giménez, el italiano Guido Calvi y el norteamericano Stanley Faulkner, además de los chilenos Luis Ortiz Quiroga,

Fernando Ostornol y Hugo Pavez. Don Joaquín Giménez, relevante figura de la judicatura española, que había sido Ministro de Franco y tenía el título de Dr. Honoris Causa de la Universidad Católica de Santiago, vino en dos ocasiones a Chile, tomó contacto con los jueces chilenos y personalidades del mundo político, pero no pudo entrevistarse conmigo. Tuve la grata oportunidad de conocerlo y saludarlo en su propio hogar durante la reunión que celebró en Madrid la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta Militar y de retribuirle sus atenciones en mi hogar de San Bernardo, cuando viajó a Chile a comienzos del Gobierno de Patricio Aylwin.

En Tres Alamos ocupamos dos piezas de las tres del segundo piso. La tercera fue destinada, meses después, a la periodista Gladys Díaz, que había estado recluida en Villa Grimaldi, donde permaneció encerrada en una "perrera" y escuchó cómo flagelaron a su compañero, Carlos Perelman, hasta que lo mataron. En su recuerdo y su honor, el cineasta Pablo Perelman, su hermano, filmó el largometraje IMAGEN LATENTE.

Otras mujeres estaban reclusas en dependencias alejadas del edificio central, entre ellas Berta Moraga, profesora, de unos 70 años o más de edad, en cuya casa de Avenida Blanco Encalada solíamos reunirnos Galo González y yo durante la dictadura de González Videla. Cuando salió en libertad la vi cargar, sobre sus espaldas ya curvadas, un voluminoso y pesado bulto con sus pertenencias y caminar, hacia la puerta de salida, custodiada por un mocetón de la guardia. ¡Qué ganas de ir en su ayuda! Y ¡qué indignación despertó en mí el hecho de que ese joven vigilante no la socorriera, tal vez por imperativo del reglamento o por insensibilidad o por las dos cosas al mismo tiempo!

Nos encontrábamos en Tres Álamos cuando fue detenida la Dirección del Partido que encabezaba el Sub-Secretario General, Víctor Díaz. Una de las casas en que se reunía, la de Calle Conferencia 1587, fue ubicada por la DINA. Allí vivía y tenía su taller de marroquino Juan Becerra Barrera, colega y amigo de Mario Zamorano. Cinco policías, armados hasta los dientes, tomaron posesión de la casa el día 30 de abril de 1976 y no dejaron que sus moradores salieran de ella. La convirtieron en una "ratonera", como se dice en la jerga policial. Allí aguardaron horas y días, hasta que el 4 de mayo en la tarde llega Mario Zamorano, quien, cuando se da cuenta que ha caído en una trampa, trata de escapar y recibe un balazo que le atraviesa una de sus piernas y le compromete la arteria femoral, manando sangre en abundancia. Un rato después llega y es detenido Jorge Muñoz. A las 9 de la mañana del día siguiente lo hace Jaime Donato y dos o tres horas más tarde Uldarico Donaire (Rafael Cortés). Al medio día del 6 de mayo llegó hasta allí Elisa Escobar, "enlace" de Mario Zamorano y también cayó en manos de

la DINA. Víctor Díaz fue detenido a las dos de la mañana del 12 de mayo en casa del ingeniero Jorge Canto Fuenzalida, en Bello Horizonte 987 de Las Condes. Lo aprehendieron —relató Canto Fuenzalida— unos 25 agentes vestidos de civil, lo golpearon duramente y, a medio vestir y con las manos atadas a la espalda, se lo llevaron a Cuatro Álamos, según constancia escrita que allí dejaron.

También me encontraba en Tres Álamos en los días que ultimaron a Marta Ugarte, miembro del Comité Central del Partido. Fue detenida en agosto de 1976. Negaron su detención. Pero un mes después apareció su cadáver en una playa solitaria frente a Longotoma. La habían arrojado al mar. El Tercer Informe de la OEA sobre derechos humanos en Chile dice que *“su cuerpo estaba quemado, los brazos y el cuello amarrados, un brazo quebrado y todas las vertebrae rotas, dando la impresión de que su cuerpo hubiese sido lanzado desde una altura considerable”* Sus manos, lo mismo que sus pies, estaban sin uñas, las piernas casi desprendidas a la altura de la ingle, la piel en muchas partes con quemaduras y heridas punzantes. Le faltaba un trozo de la lengua. Fue sepultada el 8 de octubre en el Cementerio General.

El 21 de septiembre de 1976 fue asesinado en Washington Orlando Letelier del Solar. El hecho nos golpeó muy fuertemente. Habíamos estado juntos en Dawson y en Ritoque, donde pudimos apreciar, en toda su dimensión, sus cualidades humanas y la profundidad de su compromiso con la causa del pueblo. No era un compromiso de último momento, desde que aceptó colaborar con Salvador Allende, primero como embajador de Chile en Washington y después como miembro de su gabinete en las carteras del Interior y de Defensa. Su adhesión a dicha causa venía de lejos, como lo revelaban las canciones mexicanas y de la guerra civil española, entre ellas el Quinto Regimiento, Puente de los Franceses o La Morena, que a menudo interpretaba. A Dawson llevó su guitarra, en cuya cubierta todos sus compañeros de cautiverio estampamos nuestras firmas. Cuando la dictadura lo privó de su nacionalidad, reaccionó desafiante. Dijo: *“Nací chileno, soy chileno y moriré chileno, mientras que Pinochet nació fascista, es fascista y morirá fascista”*. Era un hombre muy íntegro, inteligente y valiente. Desde que salió al exilio se consagró a la tarea de denunciar los crímenes de la dictadura y a promover la solidaridad con los presos y perseguidos. Por eso ordenaron matarlo.

En “Tres Álamos” había una sección terrible y temible, que los presos bautizaron con el nombre de “Cuatro Álamos”. Ocupaba un largo pabellón, aislado, donde encerraban, siempre de noche, a los recién detenidos para someterlos a los interrogatorios y a las torturas más atroces. A esta sección del campo nunca vimos entrar gente ni salir de ella.

Allí estuvo incomunicado por más de tres meses mi compañero Gabriel García, a quien conocí como obrero de la construcción y más tarde como jefe de taller de la Imprenta Horizonte. Éramos muy "cumpas". Me ayudó a levantar la rancho de calle Magallanes Moure en La Cisterna. Desde Estocolmo, donde vivió su exilio, se dirigió un día por carta al Programa "¡Escucha Chile!" de Radio Moscú. Se había aprendido de memoria muchos de los versos y las frases mas hermosos que otros presos escribieron en los muros de "Cuatro Álamos". Cuando llegó a Suecia los transmitió para la Radio.

Un detenido había compuesto y grabado estos versos:

*"Amo la vida,
amo a los que viven
amo a los que luchan dignamente
amo a los que dignifican las luchas.
¡Te invito a ser digno.
Yo lo fui y estoy contigo!*

Otro se había dirigido de este modo a los que después de él llegaron al calabozo:

*"No sientas temor
ten fe en los tuyos
y en los que te rodean.
Y serás una fortaleza".*

Luis Alberto

El 26 de octubre de 1975 Lily recibió un llamado telefónico de larga distancia, desde Sofía, la capital de Bulgaria. Le habló Julio Alegría, que en ese país se había desempeñado como embajador de Chile, designado por el Presidente Allende con el acuerdo del Senado, como entonces se estilaba.

—Tengo que comunicarte —le dijo— una terrible noticia. Luis Alberto sufrió un ataque fulminante...

Ahogada en llantos, Lily no pudo seguir hablando. Entonces, Viviana, tomó el fono, hizo de tripas corazón y recibió de Julio y de Ruth una información más completa. Luis Alberto había fallecido en la madrugada de ese día.

Lily y la mayor de nuestras hijas que tiene el mismo nombre, se encaminaron al campo de concentración de Tres Alamos para darme la noticia. Ese no era día de visita, en vista de lo cual tuvieron que exponerle al Jefe de la Guardia la tragedia que estaba de por medio. Fueron autorizadas para hablar conmigo sólo durante cinco minutos. El encuentro se efectuó en el

descanso de la escala que va al segundo piso del edificio donde permanecía encerrado. Ese fue todo el espacio que nos dieron para tan dramática entrevista. Nos abrazamos sintiéndonos más unidos que nunca en la desgracia, y recíprocamente nos dirigimos algunas palabras de aliento, tratando de animarnos del golpe más duro que hayamos sufrido en nuestras vidas.

A los cinco minutos el guardia puso fin a la entrevista. La dictadura recibió peticiones desde numerosos países para que se me permitiera concurrir al sepelio de mi hijo. Puso oídos sordos. Ni siquiera me entregaron las notas de condolencia que compañeros y amigos me enviaron a la prisión desde todo Chile y desde muchos rincones del planeta. Más aún, el teléfono de la casa fue cortado y permaneció cortado durante varios días.

A Luis Alberto lo detuvieron y condujeron al Estadio Nacional el 14 de septiembre, tres días después del golpe. Su esposa, Ruth Vuskovic, fue apresada el día 19 y también llevada al Estadio y luego a la llamada Casa Correccional, la Cárcel de Mujeres como la denominó la novelista María Carolina Geel. Con Ruth fueron arrestados sus tíos, dueños de la casa donde se había cobijado. Diego, el hijo, que todavía no cumplía un año, quedó a cargo de unos vecinos. Su madre, que salió libre el 31 de diciembre y a los pocos días se asiló en la Embajada de México por haber sido amenazada de ser otra vez detenida, pudo reunirse con él sólo el 25 de febrero, una hora antes de partir al exilio. Seis meses habían estado separados.

Desde el Estadio Nacional, Luis Alberto fue enviado al campo de concentración de Chacabuco a fines de octubre. Allí permaneció por espacio de once meses. En tanto salió en libertad fue a verme a Ritoque donde yo me encontraba. Esto fue a fines de 1974. Partía a México para reunirse con Ruth, y Dieguito, que aún no cumplía dos años. Me habló de todo, menos de las torturas que recibió en el Estadio, de las que vine a saber después por los relatos de Samuel Riquelme, Rodrigo Rojas y otros de sus compañeros de prisión y por el testimonio escrito que entregó personalmente en Ginebra a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

En ese testimonio relata los múltiples tormentos a que fue sometido desde el instante que ingresó al Estadio junto con otros detenidos.

Lo flagelaron durante varios días. En tanto entró a la sala de "interrogatorios intensivos" lo reciben con una patada en el plexo solar y en seguida, con la cabeza gacha y cubierta por una frazada, lo hacen correr en círculo estrellándose varias veces con la muralla de bolones de piedra. En otra ocasión le vendan los ojos, lo obligan a mantener los brazos en alto, lo golpean por todas partes, se desvanece por la violencia de los golpes y pierde el conocimiento. En una tercera sesión de "ablandamiento" lo tienden desnudo en la parrilla eléctrica. Le conectan los electrodos en los pies, en los genitales,

en el ano, en las sienes y los oídos y le echan a andar la corriente. Emite sonidos guturales, otra vez pierde el conocimiento, lo reactivan tirándole agua para volver de nuevo a la misma tortura. Una cuarta vez lo golpean hasta dejarlo moribundo, sangrando de la cabeza y del rostro y con convulsiones epilépticas. En ese estado, tendido en el suelo, lo abandonan los torturadores. Luego es llevado a los camarines del Estadio, donde un suboficial se estremece al ver su estado, revisa su ficha, rompe los papeles que disponen que al día siguiente debe ser de nuevo interrogado, le ordena a dos presos del camarín que lo oculten si van a buscarlo... y en ese entonces le salva la vida. Mientras lo flagelaban lo insultaban. Luego venían las preguntas:

—“¿Dónde está tu padre, hijo de puta? ¿Cuáles son las caletas donde se esconde? ¿Dónde tienen escondidas las armas? ¿Quién dirige el Plan Zeta? Da nombres. Colabora o te fusilamos. Ningún comunista o hijo de comunista merece estar vivo”.

Además, querían que firmara una declaración, hecha por sus verdugos, en la cual dijera haber recibido instrucción militar en Cuba y haber tenido conocimiento del Plan Zeta y de la existencia de arsenales del Partido Comunista.

“No lo consiguieron. Ese documento aún está sin firma”— dice orgulloso Luis Alberto en su testimonio. Y luego agrega con modestia:

“Debo declarar que de ningún modo fui el más torturado entre los miles de prisioneros del Estadio. Miles de jóvenes, de mujeres e incluso de madres embarazadas fueron flagelados en forma más brutal y sádica. Muchos murieron en los interrogatorios, otros fueron a morir en los campos de concentración, en los hospitales o en sus casas como consecuencia de las golpizas dadas por los torturadores”

Luis Alberto murió cuando sólo tenía 28 años. El informe Rettig deja expresa constancia que su fallecimiento fue consecuencia de las torturas.

Era un muchacho vital, entusiasta y alegre, decidido luchador por un mundo mejor.

Poco antes de terminar sus estudios de enseñanza media en el Manuel de Salas, le pregunté qué carrera le gustaría seguir.

—Quiero estudiar agronomía —me dijo— o arquitectura.

Me agregó que ambas profesiones le gustaban porque tenían que ver con dos problemas muy importantes para el pueblo: la alimentación y la vivienda.

Después de egresar de la Universidad de Chile como Ingeniero Agrónomo, trabajó en la Corporación de Fomento, en el Departamento encargado de la producción avícola. Allí entregó toda su capacidad, su inteligencia y su energía de joven comunista a la gran tarea de asegurar el abastecimiento alimenticio de su pueblo.

Siempre miró la vida con optimismo. Tuvo una confianza ilimitada en la causa del pueblo, un gran amor a su familia y un entrañable aprecio por la gente sencilla. Sentía que en los trabajadores y el pueblo se encarnaban los más altos valores del hombre. Tenía un gran espíritu de compañerismo. Sus opiniones y sentimientos están grabados en la nutrida correspondencia que mantuvo con su esposa, sus padres y sus hermanas. En una de las cartas que me envió desde Chacabuco me cuenta de sus múltiples actividades y de haber superado *“la tendencia a vivir al día o, mejor dicho, a dejar pasar los días”* y de tener *“puesta la vista y el entusiasmo en lo que podría llamarse la campaña de aprovechar el tiempo para prepararse para el futuro”*. *“He logrado —me agregaba— meterme con todo en este predicamento, al punto de seleccionar los libros de que disponemos, descartando aquellos que solo reportan entretenimiento. Diría que más que nunca deseo aprender. Mis clases de inglés van viento en popa. He comenzado a repasar y profundizar matemáticas y cuando me lleguen mis libros de ganadería y cultivos tendré un horario completo de siete u ocho horas diarias de estudio”*. En Bulgaria se preocupó de profundizar en el conocimiento de la ciencia agropecuaria. A la vez, se dio tiempo para recorrer numerosos países de Europa y América en demanda de la libertad de su padre y de todos los presos políticos en manos de la dictadura. Trabajaba en un libro que se publicó con el título de *“Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos”*, en cuyas páginas relata los días vividos en el Estadio y en Chacabuco y hace magníficas semblanzas de sus compañeros de prisión, como el Tata Sánchez y Filistoque.

Cuando su corazón dejó de latir, el gran camarógrafo ruso Román Karmén —que captó en su cámara la guerra civil española, la segunda guerra mundial y la lucha del pueblo chileno durante el gobierno de la Unidad Popular— hacía un documental como un aporte a la campaña internacional por mi libertad. En él se proponía poner de relieve parte de mi vida y de los acontecimientos chilenos a través de una entrevista a Luis Alberto, cuyo deceso lo impactó profundamente. Entonces, en buena parte el documental tomó otro giro, pues Karmén incorporó a él la vida y la muerte de mi hijo. Es un film conmovedor que el cineasta llamó *“El Corazón de Corvalán.”*

Promesas y realidades

Con alguna frecuencia, el dictador pronunciaba frases para el bronce que le preparaban sus asesores. *“Haremos de Chile un país de propietarios y no de proletarios”* dijo en cierta ocasión en tono solemne. Sacó aplausos y titulares de primera página en la prensa chilena. Para alcanzar ese desiderátum,

el cerebro humano ha concebido la sociedad comunista. No hay otra formación social que pueda hacer realidad tan noble propósito. Pero, a los tiranos les gusta jugar con las palabras y Pinochet gozaba ofreciendo el cielo y la tierra. *“Una casa, un auto y un televisor a color para cada familia chilena”* fue otra de sus promesas. Sacaba aplausos de los poderosos, encandilaba a los ingenuos y se sentía cómodo en su puesto de dictador toda vez que nadie aparecía discordando pues la gente permanecía amordazada.

En la práctica ningún otro gobierno hizo más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. La dictadura sometió al hambre a millones de chilenos. La cesantía superó algunos años el 30%. Miles y miles de trabajadores calificados se vieron obligados a incorporarse al Plan de Empleo Mínimo, el PEM, o al Programa Ocupacional para Jefes de Hogar, el POJH. En ambas partes se pagaban salarios miserables muy inferiores al salario mínimo. Los obreros que trabajaban en el PEM o el POJH se autocalificaban de *“astronautas”*, porque se lo llevaban dando vueltas la tierra. En el sur los llamaban *“los jureles”*, porque eran muy baratos. La participación de los trabajadores en la renta nacional, que fue del 50% en tiempos de Frei Montalva y del 62% en tiempos de Allende, bajó al 34 %.

Pinochet se ensañó con los más débiles, sobre todo con los jubilados, los pensionados y las montepiadas. En 1985 echó manos del reajuste que les correspondía. De este modo, si un jubilado recibía una pensión de 20 mil pesos tenía que entregarle al Fisco 2 mil 650 pesos mensualmente, 31 mil 872 pesos al año, más de una pensión y media. Sumando el escarnio a la burla, el tirano les mandó una circular en la cual les agradecía *“su generosa contribución al financiamiento del presupuesto fiscal”*. *“La renuncia a percibir el reajuste legal del 15,82% a partir del 1° de junio significa —decía la circular— un ahorro líquido para el gobierno este año de 11 mil millones de pesos y de 20 mil millones para 1986, recursos que ahora la autoridad podrá destinar a otros gastos de mayor urgencia como el indispensable saneamiento de la banca privada”*. De este modo, la dictadura entró a saco en los escualidos bolsillos de los pensionados, jubilados y montepiadas para socorrer a los banqueros que pasaron a contraer lo que se ha dado en llamar deuda subordinada, parte de la cual aún deben. Bajo el gobierno de Patricio Aylwin los pensionados recuperaron el derecho a percibir el 10% que se les escamoteó en 1985, pero sin que hasta hoy se les cancele el retroactivo.

Las mujeres, los portuarios y los obreros de imprenta habían conquistado el derecho a jubilar a los 55 años de edad. La Ley correspondiente fue aprobada por el Parlamento durante el gobierno de don Eduardo Frei Montalva. Pinochet la derogó, elevando a 60 años la edad para la jubilación de la mujer. Se podía esperar — lo decimos de paso— que el hijo restableciera esta conquista.

Pero no fue así. En noviembre de 1993, en su calidad de candidato a Presidente de la República, fue interrogado sobre este punto en un debate televisivo por una señora del público. Su respuesta fue tajantemente negativa. *“El promedio de vida —le dijo— ha aumentado tanto para el hombre como para la mujer y no favorece a la economía que ella pase al sector pasivo a los 55 años”.*

Mediante el Decreto-Ley 2448, publicado en el Diario Oficial del 9 de febrero de 1979, Pinochet derogó —dice el texto— *“todas las disposiciones legales que establecen sistemas de reliquidación o reajuste de pensiones que se relacionen con los sueldos en actividad, cualquiera que sean los regímenes previsionales que las contengan.”* Sin embargo, en el mismo decreto estableció que en las Fuerzas Armadas, continuaría rigiendo el sistema antiguo, es decir, las pensiones iguales a la renta del similar en servicio activo. De esta manera, el militar retirado siguió recibiendo una pensión equivalente al sueldo de quien se hallaba en actividad en su mismo grado, en tanto que la viuda del militar pasó a gozar de un montepío correspondiente al 100% del sueldo o pensión de su esposo. El montepío de las viudas de los obreros se redujo, en cambio, en un 50%

Para el dictador estas expoliaciones no eran suficientes. Había que sacarle más a la gente en favor de la Cia de Teléfonos, que ya había privatizado la dictadura, y de las empresas de agua potable y de electricidad. No conforme con ello y a pesar de que todas ellas tienen altas utilidades, las favoreció escandalosamente permitiéndoles incluir en las cuentas de electricidad, teléfono y agua el ya famoso y repudiado *“cargo fijo”*. Se trata de un cobro que antes no existía y que la dictadura impuso mediante el decreto 272 del Ministerio de Economía, publicado en el Diario Oficial del 31 de octubre de 1984. Dicho decreto establece que el *“cargo fijo es independiente del consumo y se facturará incluso si este es nulo”*. Mas aún, en las cuentas de agua potable se establece otro cobro abusivo: el pago por el alcantarillado que antes no existía y que se incluye en la cobranza aunque la casa no tenga alcantarillado sino pozo séptico y hasta pozo negro. Todo esto es obra de la dictadura. Bastaría un simple decreto para terminar con los *“cargos fijos”* que tanto afligen a los hogares modestos. Pero los gobernantes que han sucedido a la dictadura prefieren hablar y hablar contra la pobreza en vez de atacarla con medidas prácticas.

Protestas y luchas

Los fulminantes golpes de la dictadura —detención masiva de dirigentes políticos y sociales, cierre y confiscación de locales de reunión, clausura y censura de diarios y radios de izquierda y demás medidas

antidemocráticas— desarticularon y paralizaron las organizaciones y las luchas populares. No obstante, a los facciosos les salió gente al camino desde el mismo día 11 de septiembre. En varias industrias, poblaciones y universidades los trabajadores y el pueblo presentaron resistencia y sólo pudieron ser reducidos por el poder de las armas de los golpistas.

Doce días después del golpe se apagó la valiosa vida de Pablo Neruda. Sus funerales constituyeron la primera protesta pública contra la dictadura en medio del estado de sitio y la represión más brutales.

El 30 o 31 de agosto estuve con él por última vez en su casa de Isla Negra. Postrado en cama, de donde no podía moverse, pensaba en la inminencia del putsch y en que los facciosos podrían llegar hasta allí a buscarlo.

— *Eres suficientemente grande* —le dije— *como para que se atrevan a tocarte.*

— *Te equivocas* —me respondió—. *García Lorca era el príncipe de los gitanos y ya sabes lo que con él hicieron.*

Dictó las últimas páginas de sus memorias, y cuando se agravó al extremo Matilde lo trasladó a Santiago, a la Clínica Santa María, donde murió en la madrugada del 23 de septiembre. Fue velado en La Chascona, su casa de Márquez de la Plata, a pocas cuadras de la clínica. Los facinerosos la saquearon inundándola con el desborde intencional del canal que pasaba metros más arriba por la ladera sur del San Cristóbal. En la televisión aparecieron fugazmente algunas imágenes del cortejo, compuesto por poco más de un centenar de personas, que se dirigía al Cementerio General por Dominica, Avda. Perú, Santos Dumont y Avda. La Paz. Entre los que acompañaban a Matilde Urrutia y Laurita Reyes, la hermana del poeta, marchaban Pancho Coloane, Aída Figueroa y Graciela Alvarez que, con su valentía de siempre, gritaba a todo pulmón: “-¡Pablo Neruda! ¡Presente!”, palabras que la gente respondía a coro con el “¡Ahora y Siempre!”. En la entrada del Cementerio esperaban unas trescientas personas.. De nuevo se cantó La Internacional. Estaban, entre otros, el profesor Alejandro Lipchütz, Juvencio Valle, Diego Muñoz, Radomiro Tomic, Andrés Aylwin, Roberto Meza Fuentes, Juan Gómez Millas, Máximo Pacheco y Humberto Martones. En nombre de la Sociedad de Escritores habló Diego Muñoz. También pronunció algunas palabras Pancho Coloane. Y Graciela Alvarez, con su voz clara y firme recitó el poema del vate “HIMNO Y REGRESO”, dándole especial énfasis a los versos que dicen:

*“Patria mía, vuelve hacia ti la sangre,
pero te pido, como la madre al niño lleno de llanto
acoge esta guitarra ciega y esta frente perdida...”*

El Estado Mayor de la Defensa Nacional había entregado un comunicado de prensa a través del cual el Gobierno lamentaba *“el desaparecimiento, después de una larga enfermedad, del poeta nacional Pablo Neruda, que en las descripciones de nuestras bellezas, el espíritu de la raza y los sentimientos humanos, alcanzó la consagración dentro del arte”*. No se podía esperar más burdo y mezquino homenaje, hecho público mientras varios jeeps cargados de militares controlaban la marcha del cortejo fúnebre y momentos después de haberse inundado La Chascona y negado la autorización para que los restos del vate pudieran ser sepultados en Isla Negra como él lo había pedido expresamente, por lo cual tuvieron que ser depositados en el mausoleo de la familia del dirigente del fútbol chileno Carlos Dittborn. Sólo cuando Pinochet ya no estaba en La Monedera, bajo el gobierno de Aylwin, pudo cumplirse con los deseos del poeta.

Cabe consignar también que transcurridos sólo dos días del golpe militar dieron un alto ejemplo de dignidad y entereza moral los dirigentes demócratas cristianos Radomiro Tomic, Bernardo Leighton, Renán Fuentealba, Ignacio Palma, Fernando Sanhueza, Claudio Huepe, Andrés Alywin, Belisario Velasco, Ignacio Balbontín, Florencio Ceballos, Waldemar Carrasco y Marino Penna, quienes, en declaración pública del 13 de septiembre, que no existió para la prensa chilena, protestaron por el derrocamiento del gobierno constitucional y le rindieron homenaje al Presidente Allende.

El 11 de octubre, exactamente a un mes del golpe, el Partido Comunista llamó a todas las fuerzas democráticas a la unidad y el combate contra la dictadura. Denunció a los asaltantes del poder apenas usurparon el gobierno, protestó por los crímenes, dio una palabra esclarecedora y alentadora y comenzó a organizar la resistencia y la lucha de las masas. La dirección del Partido, dirigida por Víctor Díaz, realizó una labor gigantesca en este terreno. Al comienzo, en los primeros años de la dictadura, lo más efectivo fue, además de las publicaciones clandestinas y rayados murales que denunciaban los crímenes de la Junta Militar, lo que se montó en el terreno de la defensa y solidaridad con los perseguidos, destacándose en ello los familiares de los presos y las mujeres en particular. Después comenzó a resurgir el movimiento popular. He aquí algunas de sus expresiones:

—A mediados de 1976, ochocientos cincuenta dirigentes sindicales hicieron una declaración exigiendo la restitución de los derechos de los trabajadores usurpados por la dictadura y oponiéndose terminantemente a la institucionalización del régimen fascista.

—A comienzos de 1977, trabajadores de la zona de Concepción entregaron un memorándum a las autoridades exigiendo diversas reivindicaciones, entre ellas el mejoramiento de sueldos y salarios, estabilidad en el trabajo y libertades sindicales.

—Aunque la dictadura no permitió la conmemoración del 1° de mayo, este día fue recordado en múltiples reuniones pequeñas y circuló de mano en mano un documento de 20 carillas que se llamó "PLIEGO DEL PRIMERO DE MAYO", presentado por 126 sindicatos y federaciones. Entre los firmantes del pliego aparecen Ricardo Lecaros por la Federación de Trabajadores Metalúrgicos, Fernando Bobadilla por la Federación Nacional Textil, Teresa Carvajal por los Pensionados, Hernan Mery por la Asociación Nacional de Obreros Sanitarios, Carlos Morales por la Confederación Obrero-Campesina, Manuel Bustos por la Federación Nacional Textil y Juan Manuel Sepúlveda, Presidente del Sindicato Mademsa.

El pueblo aprovechaba todos los medios y todos los lugares donde pudiera expresar sus sentimientos. En la Población Joao Goulart de Santiago, con la aprobación de todos sus habitantes, los jóvenes rayaron con spray las cuatro esquinas de una plaza, poniéndole " Plaza Salvador Allende" . En San Antonio, un grupo subió al Cerro de la Virgen premunidos con huaipé y aceite quemado o petróleo. A las 20 horas apareció un letrero luminoso con la hoz y el martillo. En Melipilla se hizo otro tanto en el cerro Huilco pero sustituyendo el petróleo por cal. En 1979, durante un partido de fútbol entre las selecciones de Chile y Perú, se lanzaron 100.000 volantes y se colocaron varios lienzos contra el dictador. Cuando el Orfeón de Carabineros entró a la cancha miles de voces pifiaron a los "pacos". Luego salieron los equipos contendores. En silencio se escuchó el himno peruano. Todos se pusieron de pie para cantar el himno nacional y con especial énfasis la estrofa que habla "*del asilo contra la opresión*". La mayoría pifió la parte agregada que habla "*de los valientes soldados*". "*Ellos ponen el público y nosotros la denuncia*", comentaban los "*jotosos*", organizadores de estas protestas.

En otros partidos de fútbol la multitud cantaba con alma y fuerza: "*Y va a caer y va a caer*".

En 1980 se unieron numerosas Federaciones en la Coordinadora Nacional Sindical que durante varios años encabezaba la lucha de los trabajadores sosteniendo firmes posiciones de clase y actuando permanentemente en acción común con otros sectores. Simultáneamente, se desarrollaba un pujante movimiento de los habitantes de la periferia de la capital bajo la dirección de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, encabezada por Eduardo Valencia.

En ese año se realizaron importantes manifestaciones masivas contra la dictadura. Especial relieve tuvieron los actos del 1° de mayo, Día internacional de los Trabajadores y del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, las romerías y otros homenajes con motivo del natalicio de Pablo Neruda y de Salvador Allende. En agosto salieron a la calle en Santiago no menos de

50 mil personas para protestar contra la farsa del plebiscito mediante la cual Pinochet haría aprobar su constitución fascista. Los estudiantes de varias universidades protagonizaron huelgas y otras manifestaciones contra la dictadura.

Muchos artistas estuvieron también en la pelea. En las condiciones del fascismo, lo hicieron usando a menudo un lenguaje un tanto cabalístico. Proliferaron los cantores callejeros. Uno de ellos, para denunciar su pobreza sin declararlo abiertamente, decía en una canción que estaba feliz porque tenía dos camisas, *“una que quiero comprar y otra que quieren venderme”*. En un hermoso acto cultural realizado en el Teatro Caupolicán, hoy Monumental, ante 6 o 7 mil personas Nano Acevedo electrizó a la multitud con una hermosa canción con motivo del centenario de Luis Emilio Recabarren. Ni el artista ni nadie anunció de qué se trataba. Simplemente, tomó la guitarra y empezó a cantar, a cantarle a su tío Luis que —decía la canción— ya tiene 100 años y, no obstante, a esa edad, camina como un joven, anda por todo el país y tiene la mente lúcida. El público lo escuchaba con atención sin darse cuenta del mensaje, hasta que de la voz de Nano Acevedo salió un verso que hablaba, ya no a secas de su tío Luis, sino de su tío Luis Emilio. Entonces, a la gente se le alumbró la ampolleta y aplaudió entusiástamente.

El año 81 estuvo marcado por grandes huelgas en el cobre, el carbón y los puertos, por el auge del movimiento en pro de la unidad de los trabajadores en torno a la Coordinadora Nacional Sindical y un nuevo y mejor estado de ánimo en las masas. Surgieron, como forma de organización, de solidaridad y de protesta, las ollas comunes, los grupos 5 por 1 para actuar en la calle organizadamente, los cacerolazos, velatones y apagones.

El año 82 se celebró el aniversario del Partido en todo el país. En Santiago se efectuó en forma de un paseo al Parque Cousiño el 17 de enero. Un exiliado, que pudo entrar a Chile por un mes, se encontró con la fiesta. De vuelta la relató así:

“El parque fue nuestro ese domingo: títeres, teatro, guitarra, música. Los familiares con sus niños y muchos volantes que decían: 60 aniversario del Partido, a derrocar la dictadura y, por supuesto, a terminar con la represión. Había micros de carabineros y un grupo de jóvenes agarra a uno y gritándoles asesinos le pegan hasta que llegan sus compañeros en su ayuda. Y a las 7 y media de la tarde el gran acto: radios sintonizando al unísono y la grabación del compañero Corvalán más un saludo del Partido en Chile. Y luego el gran desfile hacia la calle. Salen los compañeros con el puño en alto, gritando Viva el PC y las JJCC. La fila se dispersa una cuadra más allá. Gran desconcierto de la CNI y de los carabineros que entran y encuentran que allí no hay nadie. De pronto, descubren una bandera y una graba-

dora. Realmente fue un espectáculo risible al ver con qué temor un paco se acerca, saca la bandera y la mete en la cuca. Al lado mío, un obrero de cierta edad tenía tomadas de las manos a dos niñas. Estaban allí algunos aliados y su comentario era: ¡Qué organización!"

Las luchas que se llevaron a cabo en los primeros tiempos de la dictadura, más concretamente a finales de los años 70 y en los primeros dos años de la década del 80, prepararon el terreno y abrieron el camino para las grandes protestas que comenzaron en 1983. El dictador sintió que la tierra se movía bajo sus pies y las reprimió "manu militari". Durante la cuarta protesta, según relato del Padre Guido Peters, carabineros protagonizaron actos vandálicos en las poblaciones del sur de Santiago.: "rompieron vidrios, echaron puertas abajo, golpearon a sus moradores, destruyeron muebles, arremetieron contra los vecinos con bombas y balines de acero. Militares y carabineros ingresaron violentamente a la Capilla Cristo Rey de Lo Hermida y a la Capilla María Inmaculada de calle Los Tres Antonios. La gente respondió levantando barricadas y usando piedras como proyectiles, cerrándole el paso a los vehículos policiales y militares".

La noticia de la ocupación militar de Santiago y de la represión masiva dio la vuelta al mundo y dio origen a manifestaciones de protesta en Madrid, París, Washington, Roma, Atenas, Bruselas, Estocolmo, Quito, La Paz, Caracas, Río de Janeiro y otras capitales.

Las protestas se caracterizaron por su masividad y combatividad. La primera se llevó a cabo el 11 de mayo de 1983. Convocada por el Comando Nacional de Trabajadores, adhirieron a ella trabajadores, pobladores, estudiantes y contó con la simpatía de la mayoría de la población. La segunda protesta se efectuó el 14 de junio, la tercera el 12 de julio y la cuarta el 11 de agosto. En cada una de estas jornadas, bajo la consigna ¡*Democracia ahora!*, se pusieron en práctica las más diversas iniciativas de la gente como expresión del repudio del pueblo a la dictadura. Los niños no iban a la escuela, se desparramaban "miguelitos" para entorpecer el tráfico, se lanzaban proclamas, y en las tardes, ya caída la noche, comenzaban las fogatas, los caceroleos, los apagones, los velatones y las barricadas. El centro de la lucha estaba en las poblaciones populares. Pero también se destacaron sectores periféricos donde vive gente más o menos acomodada, como el sector de la avenida Alejandro Fleming en la Reina Alta. Las protestas confirmaron la certeza de la política propiciada por el Partido Comunista en el sentido de combatir a la dictadura por todos los medios, tomando el camino de la rebelión.

A Dios lo que es de Dios

Soy ateo, pero desde mi niñez tengo un gran respeto por todas las creencias y ritos religiosos, especialmente por los de mi madre que en la hora de su muerte recibió la extremaunción y fue velada en mi casa, y luego sepultada como católica. Recuerdo entonces, con profundo sentimiento, la valerosa actitud que en defensa de los perseguidos asumieron las iglesias cristianas y las represalias y atropellos que sufrieron por ello. Constituyeron el Comité Pro Paz que se preocupó de los presos y sus familias. La presión de la dictadura sobre el sector evangélico condujo a la disolución de dicho Comité. Pero la Iglesia Católica siguió adelante. También lo hicieron numerosos pastores evangélicos, entre ellos el obispo luterano Helmuth Frenz.

A través de la Vicaría de la Solidaridad, la Iglesia Católica instaló numerosos comedores populares donde pudieron alimentarse miles de familias que vivían en la miseria por la cesantía o la detención de esposos y padres que sostenían sus hogares. Fue la única voz que podía expresarse públicamente, aunque con claras limitaciones, condenando los atropellos a los derechos humanos y pidiendo clemencia con los perseguidos. Por esto la Iglesia fue llamada en esos años "la voz de los que no tienen voz" y por ello Pinochet y sus corifeos cubrieron de denuestos al Cardenal Raúl Silva Henríquez, a la mayoría de los Obispos, persiguieron a numerosos sacerdotes y fueron reprimidas actividades religiosas.

Según el Boletín Informativo N° 72 del Arzobispado de Santiago, sólo en los primeros días que siguieron al golpe fueron detenidos 27 sacerdotes, 20 expulsados del país, 9 obligados a abandonarlo, 4 sometidos a interrogatorios y uno asesinado, el padre Juan Alsina. En diciembre de 1975 fue prohibido el desfile que debía efectuarse hacia el Templo de Maipú en el Día de la Inmaculada de la Concepción. También fue prohibido un acto artístico que debía efectuarse en el Teatro Caupolicán a fin de reunir fondos para la Vicaría de la Solidaridad. Los Obispos Alvear, Ariztía y González fueron agredidos en el aeropuerto de Pudahuel y detenidos los abogados de la Vicaría, Zalaquett y Montealegre.

Bajo los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y de Salvador Allende, la Iglesia Católica apoyó la Reforma Agraria. Durante las elecciones presidenciales de 1970 no tomó partido en contra del candidato de la Unidad Popular y, triunfante éste, se pronunció, a través de una declaración de sus obispos, en abril de 1971, en favor de "*profundas y urgentes renovaciones sociales*".

En junio de 1973, en Toledo, España, el Cardenal Raúl Silva Henríquez declaró que en los tres años del gobierno del Presidente Allende *“la Iglesia vivió en una cooperación leal y yo diría bastante fácil con las autoridades. Nosotros —agregó— estamos en diálogo con un gobierno marxista, que es ateo, pero hasta este momento no ha sido contrario a la Iglesia. Esta es la verdad, y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al Gobierno”* Y en octubre de 1974, en un encuentro con exiliados chilenos en Bruselas, el Cardenal precisó: *“Nosotros estamos luchando por la causa de ustedes, no por motivos políticos, no le hemos preguntado a nadie cual es su color político para ayudarlo, no lo hemos hecho y no lo vamos a hacer Dios mediante. Vamos a mirar al hombre que sufre, al hombre que necesita de nosotros y si algo podemos hacer lo vamos a hacer. Estamos embarcados en esta dura lucha y agradecemos al Señor que hayamos podido hacerla”*.

Como decididos defensores de los derechos humanos se destacaron los obispos Fernando Ariztía, Carlos Camus, Tomas González, Sergio Contreras y Jorge Hourton. Y hubo un buen número de sacerdotes que se la jugaron en la defensa y protección de los perseguidos, entre ellos José Aldunate, Rafael Maroto, Mariano Puga y Eugenio Pizarro. Varios sacerdotes progresistas montaron una infraestructura a través de la cual pudieron lograr que entraran en algunas embajadas un buen número de los más perseguidos, que por esa vía consiguieron salir al exilio y escapar de la muerte. Eugenio Pizarro desarrolló una actividad incansable junto a los familiares de los detenidos, desaparecidos y ejecutados. En la Parroquia de Santa Filomena que tenía a su cargo se efectuaron varias huelgas de hambre de estos familiares, las que tuvieron un gran impacto en la opinión pública. Por su parte, José Aldunate encabezó por largos años el Movimiento Sebastián Acevedo contra la tortura, que llevaba el nombre del obrero de la construcción que el 11 de noviembre de 1983 se quemó *“a lo bonzo”* frente a la Catedral de Concepción. Lo hizo como protesta en un momento de desesperación porque no sabía nada de sus hijos Galo y María Candelaria, detenidos y desaparecidos desde hacía varios días. El hecho conmocionó al país entero y fue determinante para salvar las vidas que reclamaba el inmolado padre.

La prensa independiente

Cuando las dictaduras clausuran la prensa opositora e independiente y desconocen el derecho a opinar y disentir, el pueblo se las ingenia para expresar su voz. Así lo hizo de múltiples maneras, a través de los llamados telefónicos, de la trasmisión de noticias de boca a oído, de los rayados mu-

rales, de los volantes y periódicos clandestinos. Mas, tengo que decir que a levantar a gran altura la presencia de las fuerzas democráticas y desarrollar en ese tiempo la acción común de toda la oposición dieron, especialmente, una gran y valiosa contribución los periodistas y los periódicos y revistas independientes que burlando y desafiando a la dictadura lograron salir a luz.

Desde el comienzo de la tiranía, los comunistas editamos nuestro propio periódico, "UNIDAD ANTIFASCISTA", que después de algunos años dejó de aparecer para dar paso a la reaparición de "EL SIGLO". A través de estos periódicos la voz de los comunistas se hizo presente durante toda la etapa dictatorial. Desde mediados de los años 80, el vocero de los comunistas alcanzó un gran tiraje, entre otras razones porque el Partido logró montar un aparato editorial y de propaganda, a cargo de Jorge Insunza, que le permitía imprimirlo y reproducirlo simultáneamente en Santiago, Valparaíso y Concepción.

Concentrados en la gran tarea de defender los derechos humanos, sobresalieron "SOLIDARIDAD", de la Vicaría de la Solidaridad; "PASTORAL POPULAR", patrocinada por el Centro Ecuménico Diego de Medellín; "EVANGELIO Y SOCIEDAD", del Servicio Evangélico para el Desarrollo, SEPADE y "MENSAJE", que fundara el Padre Hurtado y que además de defender los derechos humanos incursionó en los grandes problemas planteados al país por la entronización de la dictadura. En un ámbito más amplio se perfilaron también las revistas "ANÁLISIS", "CAUCE", "APSI" y el periódico y luego diario "FORTÍN MAPOCHO". En las publicaciones citadas descollaron periodistas como Juan Pablo Cárdenas, Fernando Paulsen, Arturo Navarro, Rafael Otano, John Dinges, Edwin Harrington, Marcelo Contreras, Pamela Jiles, Mónica González, María Eugenia Camus, Patricia Verdugo, María Olivia Monckeberg, José Carrasco, Fernando Quilodrán, José Maldavsky, Jorge Soza y Marcel Garcés. Maldavsky y Soza estuvieron algún tiempo en prisión y luego debieron salir al exilio lo mismo que Garcés. A José Carrasco, militante del MIR, indomable y valeroso luchador por la democracia, la dictadura simplemente lo asesinó.

"FORTÍN MAPOCHO" empezó como periódico y derivó en diario a cuya planta se incorporaron Ligeia Balladares y Guillermo Ravest en tanto pudieron volver del exilio. En su directorio, estuvieron Rafael Agustín Gumucio, Sergio Bitar, Claudio Huepe, Luis Barría, Mario Farías y Eduardo Trabucco. El "FORTÍN" hizo una gran labor de denuncia contra los abusos cometidos por la dictadura y alentó, constantemente, el entendimiento de las fuerzas opositoras. Gracias a su empeño y a iniciativa de su propietario Jorge Lavandero, surgió el PRODEN, sigla que corresponde al PROYECTO

DEMOCRATICO NACIONAL, que fue el primer organismo pluralista opositor y el organizador de la primera concentración pública de masas que, con una concurrencia superior a las 50 mil personas, se efectuó en la avenida General Velázquez.

Jorge Lavandero, por toda esta intensa actividad antidictatorial, concitó el odio de la tiranía al punto que los esbirros de Pinochet lo agredieron físicamente varias veces y en una de ellas estuvieron a punto de matarlo.

Los planchazos y apagones

En septiembre de 1980 reivindicamos el derecho del pueblo a la rebelión y entramos a promover el combate contra la dictadura a través de múltiples formas. No fue fácil poner en práctica la diversidad en los métodos de lucha. Pero el Partido supo convertir las palabras en hechos e ir desde lo pequeño a lo grande. Primero fueron los "miguelitos", las bombas de ruido y los "planchatones o planchazos". El periódico clandestino "La Chispa", impreso en mimeógrafo, describía así los "planchazos" en agosto de 1981:

"¿Qué es el planchazo?"

Se trata de provocar un sobreconsumo de energía eléctrica en todo el país, para cortar el sistema y causar un apagón en repudio a la dictadura corrupta.

¿Cómo hacerlo? Se trata de enchufar todos los artefactos eléctricos de la casa, cada viernes a partir del 17 de julio, desde las 19 y hasta las 21 horas, finalizando el 11 de septiembre.

¿Cuánto va a gastar por el sobreconsumo?

Si enchufa una plancha eléctrica durante una hora, consume 5 pesos; pero son 5 pesos de victoria sobre el enemigo del pueblo de Chile.

¿Corren algún peligro sus artefactos?

Ninguno. Lo peor que puede ocurrir es que se le quemen los tapones.

¿Cuál es el valor de su resistencia?

Inmensa, porque significa golpear a la dictadura donde más le duele. Porque significa que el pueblo de Chile no es un rebaño de corderos y estamos dispuestos a tirarle a la cara del tirano nuestro repudio.

¡CON LA RAZÓN Y LA FUERZA EL PUEBLO PLANCHA A PINOCHET!"

Los planchazos no causaron apagones generales, sino parciales. Pero sirvieron para incorporar a mucha gente al combate contra la dictadura y a comprender que cada cual algo podía y debía hacer. Poco a poco se fue

pasando a formas superiores de lucha. Y así se produjo un salto cuando comenzaron los apagones. El 11 de noviembre, dinamitazos a torres de alta tensión dejaron sin luz a la mayor parte de las ciudades de Santiago, Valparaíso y Viña del Mar. Tres meses después, en febrero de 1981, en la noche de inauguración del Festival de Viña, un sector de la ciudad fue afectado por otro apagón. Simultáneamente, se efectuaron llamados telefónicos a hoteles y otros lugares anunciando la colocación de bombas, por lo cual debieron ser desalojados. Y en las calles de mayor tráfico de Viña y Valparaíso se esparcieron “miguelitos” congestionando el tráfico. Y de yapa se lanzaron proclamas contra el tirano.

El 11 de marzo de 1981, día en que Pinochet se trasladó a La Moneda, fue también de protesta. *“El asesino vuelve al lugar del crimen”* se titulaba un volante que lanzó el PC. Causó sensación y fue muy bien recibido.

Ese día, el tránsito fue paralizado con “miguelitos” y barreras a lo menos en 28 lugares de Santiago. A la hora en que Pinochet se hacía nombrar Presidente de la República, un petardo estalló en el paso bajo nivel de Alameda con Bandera.

Ese mismo 11 de marzo de 1981, en la madrugada, apareció un lienzo de 15 metros en medio del río Bío-Bío, frente a Concepción. En él se podía leer: *“Pinochet, asesino, el pueblo jamás te reconocerá.-P.C.”* Se anunció que en el puente se habían colocado explosivos. Hubo que movilizar personal especializado de carabineros para registrar el puente. Más de una hora demoraron en sacar el cartel y efectuar esta revisión.

Retornos clandestinos

A la Dirección del Partido que encabezaba Víctor Díaz le sucedió otra presidida por Fernando Ortiz. Pero a los pocos meses fue también atrapada por la DINA. Por ese entonces yo permanecía preso en el campo de concentración de Tres Alamos. En Moscú funcionaba un Comité Coordinador Exterior a cargo de Volodia Teitelboim. Sus vínculos con el Partido del interior se cortaron. Cuando salí al exilio, los compañeros del Comité Exterior hacían grandes esfuerzos por restablecerlos. Me tocó conversar con Ricardo Ramírez, dos o tres días antes de que viajara clandestinamente a Santiago, precisamente con la tarea de buscar y consolidar enlaces con los compañeros que pudieran estar al frente del Partido. Ramírez era un hombre joven, a quien yo conocía casi sólo de vista. Formado en las filas de la JJCC, estaba feliz de la misión que se le había confiado y seguro de cumplirla con éxito. Pero no la pudo llevar a cabo. En Buenos Aires fue detenido por la policía

argentina y de ahí para adelante no se supo más de él. También desapareció el punto de contacto que le habíamos dado, el ex-empleado de Correos y Telégrafos Enrique Correa, que entonces tenía un kiosko de diarios en Alameda con Amunátegui y que antes se había desempeñado, durante un tiempo, como secretario de la Dirección de "EL SIGLO" cuando a cargo de ésta se hallaba Jorge Insunza.

Por esos mismos días me llamó por teléfono Cristina Carreño, hija de un detenido desaparecido, Alfonso Carreño, ex empleado de la imprenta Horizonte, que había sido chofer de Galo González durante la dictadura de González Videla y que cayó en manos de la DINA en 1974, junto con Jorge Montes. Cristina viajaba también al país, ella para restablecer los vínculos con su organización, las Juventudes Comunistas. Se la tragó la tierra, desapareció para siempre a su paso por Argentina.

En las difíciles condiciones de esos años, el Partido atravesaba, además, por grandes penurias financieras. Carecía de recursos para propaganda, para solventar los viajes a las regiones y, ciertamente, para cancelar los estipendios de sus funcionarios. ¿Cómo hacerles llegar algún dinero? En mayo de 1977 estuve en Bucarest, acompañado por Víctor Cantero, como huésped del Partido Obrero Rumano. Pensé, entonces, que este problema podríamos resolverlo a través de Rumania que, junto a la República Popular China, eran los únicos países socialistas que no habían roto sus relaciones diplomáticas con el Gobierno de Pinochet. Se lo planteé derechamente a Nicolás Ceausescu, Secretario General del Partido y Presidente de la República. Me dijo, también derechamente —¿derechamente?— que no se podía enviar dinero a través de su embajada porque por sobre todo estaba para él el principio de la no intervención en los asuntos de otro país.

Ya en 1975 comenzaron los retornos clandestinos, entre otros los de Griffé Cid y Horacio Cepeda. Pero a raíz de la caída de las Direcciones del Partido, una encabezada por Víctor Díaz y otra por Fernando Ortiz, se suspendieron estos retornos por un año aproximadamente, hasta que un buen día tomamos la decisión de enviar gente al interior, en forma legal o clandestina, legal en el caso de quienes no tuvieran la letra L en su pasaporte, es decir que no figuraran en el listado de los que no podían retornar, y clandestina en el caso de aquéllos que tenían expresa prohibición de vivir en su Patria. En ese entonces, todos los miembros de la Comisión Política se hallaban detenidos, desaparecidos o se encontraban en el exilio y la Dirección del Partido estaba a cargo del compañero Nicasio Farías. Era necesario revertir la situación, trasladando al interior a la mayor parte de sus integrantes y a un cierto número de otros compañeros que actuaran en las regiones o en Santiago como colaboradores de la Dirección.

De los miembros del Comité Central, el primero en volver fue Oscar Riquelme, que en el período legal era conocido como Alfredo y en la clandestinidad como el viejo Pablo o Heriberto. Lo conozco desde 1936, cuando vivía en la población Pedro del Río de Concepción y trabajaba en el molino de la ciudad, ubicado a pocas cuadras de la estación de ferrocarriles y de la ribera norte del Bío Bío. Tiene también el mérito de haber sido el primer encargado del trabajo militar del Partido cuando los esfuerzos que se desplegaban en este sentido chocaban contra el desinterés y la falta de convicción y de experiencia. En seguida entraron al país Oscar Azócar, Manuel Cantero, Gladys Marín, Eliana Aranibar, Eliana Ahumada, Víctor Cantero, Hugo Fazio, Mario Navarro, Jorge Insunza, Luis Humberto Moya y otros compañeros, algunos en forma temporal y otros definitivamente. Con el ingreso al país de estos compañeros, la Dirección del Partido tuvo un salto cuantitativo y cualitativo muy grande. Todos dieron su aporte a la recuperación del Partido y al desarrollo de la lucha contra la dictadura. Y lo dieron, a la vez, centenares o miles de anónimos comunistas que se desplazaban en las difíciles condiciones de la vida clandestina y no pocos compañeros que “apechugaron” en las movilizaciones de masas y en las algaradas y reyertas callejeras, entre los cuales sobresalió, por su valentía y combatividad, el Secretario General de la Federación de la Construcción, Héctor Cuevas.

Gladys entró y salió varias veces del país. Encontrándose ya en Chile, la llamamos desde Moscú en dos oportunidades para que participara en reuniones que requerían su presencia por la importancia de los temas que se trataban en ellas. Su ingreso y salida del territorio nacional requería una especial preocupación por tratarse de una persona conocida y de físico característico. La última vez que entró fue en febrero de 1982. Se estudió detenidamente la ruta que seguiría, decidiéndose que partiera a Bolivia y que desde La Paz viajara en avión a Iquique de acuerdo a un itinerario que aparecía en “EL MERCURIO”. En el aeropuerto nortino la recibirían dos o tres compañeros que de inmediato viajarían con ella en auto hacia Santiago. Para facilitar su reconocimiento por quienes la esperarían en el aeropuerto de Iquique, Gladys portaría un bolso de mano y un pañuelo para la cabeza amarrado al bolso. Además, el que se acercara a ella debería proceder a entablar el siguiente diálogo como santo y seña:

— ¿Usted viene a las termas de Mamiña?

— No, viaje a las termas de El Soco.

Cuando el Comité Central tomó la decisión de promover el retorno de los compañeros que tuvieran su pasaporte sin la “L” (letra indicativa de los que estaban en la lista de los que no podían volver), se habló en primer término con Carlos Contreras Labarca. Éste había sido embajador de Chile

en Berlín, designado por el Presidente Allende con la aprobación del Senado de la República, como se estilaba en esos tiempos. Producido el golpe del 11 de septiembre, Carlos se quedó, obviamente, en la capital de la RDA, donde presidió durante años el Comité Antifascista de Solidaridad con el Pueblo Chileno. Se le dijo que se estimaba muy importante su regreso legal al país, pues ayudaría a marcar abiertamente la presencia del Partido en la actividad pública que rebrotaba con fuerza en esos días.

— Agradezco profundamente al Partido que me haya encomendado esta misión— dijo Carlos Contreras cuando se le habló del asunto.

A todos y a mí, personalmente, que había sido su secretario y compartido con él y otros compañeros la representación del Partido en el Senado, sus palabras nos llegaron al alma.

Muchos fueron los compañeros y compañeras que, sin la L del pasaporte, decidieron volver y volvieron por su cuenta o a veces con una ayuda, más bien limitada, del Partido. Muchos fueron también los que se ofrecieron o pidieron retornar clandestinamente. Entre estos recuerdo a José Agustín Campusano y a David Mac Conell. En abril de 1982 recibimos una carta de Campusano. En ella decía:

“Creo que ha llegado la hora de probarme a mí mismo en mi calidad de Hombre Comunista. Se acerca el día del término de mi carrera (estudiaba agronomía en Bulgaria) y mi resolución es volver a Chile. Estoy consciente de lo que allí me espera. Pero estoy dispuesto a asumir esta responsabilidad. Me pongo a disposición del Partido. Solamente me preocupan tres cosas: 1.-la situación de mi familia que se encuentra en Bulgaria; 2.-quisiera recibir algún tipo de preparación militar previamente, y 3.- al término de mi carrera cumpliré 15 años de militancia en la JOTA y quisiera culminar esta etapa de mi vida con mi ingreso al Partido”.

Mac Conell, también por carta, me decía lo siguiente:

“Independientemente de la espera ligada a la posibilidad de salir en listas de regreso al país, les pido me consideren para volver en otras condiciones. La predisposición a ser considerado para retornar a Chile de cualquier manera no obedece a causas circunstanciales o románticas. La predisposición es antigua, pero siempre pensé que alguien de la Dirección se acercaría a hacerme proposiciones. He decidido tomar la iniciativa porque me da la impresión que ahora la cosa es así”.

Como de todo hay en la viña del señor, hubo también algunos compañeros, poquísimos, que expusieron sus motivos para no venirse al país clandestinamente. Uno de ellos, que había ingresado a la JOTA hacía 30 años, fue miembro de su Comisión Ejecutiva y estaba en el Partido desde 1974, expuso francamente su situación familiar y personal, especialmente motivos de salud, para decirnos por escrito que no estaba *“de ninguna manera en condiciones de aceptar la sugerencia o proposición del regreso a Chile ahora”.*

“Comprendo —agregaba— las razones generales que se tienen en cuenta, participo de ellas, pero lamento —y esto a lo mejor suena contradictorio— que la Dirección me ponga ante esta disyuntiva que me reporta remordimientos y problemas morales”. Otro compañero, que primero aceptó entrar ilegalmente al país, nos pidió cuando se hallaba en un curso de preparación para el trabajo clandestino, que lo eximiéramos del compromiso que había contraído.

En uno y otro caso se aceptó, sin discusión, la decisión de los compañeros. El ingreso al país era un asunto voluntario y no se podía menos que atender y respetar, sin mayor trámite, las razones que ambos invocaban. Con todo, cuando escribo estas líneas llego a la conclusión de que, al menos en el primer caso, cometimos el error de proponerle entrar a Chile a un hombre que, por esas cosas de la vida, —de la vida difícil de mucha gente— estaba lleno de problemas, y no era sencillo que aceptara venirse en las condiciones de ese momento. Era un buen compañero. No he vuelto a saber de él. Tal vez “los remordimientos y problemas de conciencia” que le provocaron nuestra propuesta de venirse a Chile clandestinamente, lo indujeron a alejarse del Partido.

Para los viajes hacia y desde Chile y para la correspondencia y el envío de ayuda financiera al Partido del interior, teníamos montada una infraestructura en diversas capitales europeas y latinoamericanas. Cada compañero y cada cosa tenían su “chapa”. Para nombrar países o capitales se usaba un código, que se reemplazaba por otro cada cierto tiempo. Argentina era Anita y Buenos Aires, Buena Esperanza. Las fechas eran también convencionales. Si en una conversación telefónica se hablaba del 18 de marzo había que entender que no se trataba precisamente de ese día, sino de uno antes, de tal modo que si se decía que mamá o papá o mi hermano Juan o quien fuere viajaba el 18 quería decir que viajaría el 17. Para la transmisión de mensajes breves entre el país y el exterior se montó un pequeño equipo para comunicaciones audio-visuales, vía URSS-RDA, que usaba el sistema de radio-transmisión Morse. Los compañeros que en él trabajaban lo llamaban “las cajas de música”. Las cartas y documentos políticos se transmitían hacia el exterior y desde el exterior hacia el país a través de microfilms, que se transportaban personalmente en containers insospechables.

Mi turno, máscaras y leyendas

La preparación de mi ingreso al suelo patrio requirió bastante tiempo. Había que resolver varios problemas, concordar con la Dirección interior del Partido el lugar más apropiado para cruzar la cordillera, quién o

quiénes me acompañarían, la fecha más conveniente del viaje, la casa donde llegaría etc. Se necesitaba un buen pasaporte para arribar a Buenos Aires y un carnet chileno para seguir viaje a Santiago, suplantando en ambos casos a personas reales. Además, debía pasar por un cursillo para dominar “las leyes del trabajo conspirativo”, poniéndome al día en las técnicas más modernas de la labor clandestina y en los viejos y nuevos métodos de la policía. En el primer tramo del viaje yo sería un profesor de un importante instituto colombiano. Era obligatorio aprender de memoria la leyenda, esto es, fecha y lugar en que había nacido, nombres de mis padres, hermanos y otros parientes próximos, mi domicilio, la ubicación precisa del instituto, las funciones que en el desempeñaba y mil otros detalles. Debía conocer, igualmente, la vida y milagros de la persona que suplantaría. Como los actores de teatro, precisaba posesionarme de los personajes que representaría.

Nada de esto me fue fácil. Estaba convencido que debía entrar el país como que la proposición la hice yo mismo. Pero encontraba “como mucho” todo lo que se me enseñaba. Formulé mis reparos sin ningún resultado.

— Recuerde Ud. — me dijeron — lo que pasó con Maidana. Hay que tomar todas las medidas de seguridad. No existe la exageración en este aprendizaje.

Antonio Maidana, Secretario General del Partido Comunista del Paraguay, había permanecido 19 años en las cárceles de Stroessner. Dos o tres años después de salir en libertad emprendió viaje de regreso a su país, dispuesto a continuar la lucha en la clandestinidad. Pero algo falló. Se hizo humo en Buenos Aires. Medió algún exceso de confianza, se cometió alguna imprudencia, qué se yo. Este fracaso, esta desgracia no podía repetirse. Contra esto yo no pude alegar pisando suelo firme.

Luego vino el enmascaramiento, el cambio físico. Me atenuaron la curva de la nariz, me subieron los párpados y me estiraron la cara. Las tres operaciones en dos días, con anestesia local. A través de la pantalla del televisor vi cuando el médico introdujo el bisturí en la fosa nasal con una mano, tomó en la otra un pequeño martillo y en seguida presionó con su dedo pulgar. Detrás de las orejas me tajearon la cabeza de arriba a abajo, sacaron sendas lonjas de cuero cabelludo y luego juntaron y cosieron las partes separadas. Al recordarlo me parece volver a escuchar el raj-raj que entonces sintieron mis oídos. Me operó el médico Alejandro Schmielev. Era un hombre de unos 60 años, que usaba una pierna ortopédica. La natural se la habían tenido que cortar a sangre fría en el curso de la guerra, a raíz de lo cual decidió estudiar cirugía médica. Yo lo conocí sólo como Alejandro. Su nombre completo, junto a los pormenores de mi viaje clandestino a Chile, lo

reveló el cotidiano "KONSOMOLSKAIA PRAVDA" en su edición del 17 de marzo de 1992, tras la subida de Yeltsin a la jefatura del Estado. El diario no escatimó detalles. Informó que la preparación de mi viaje había entrado a los archivos del PCUS con el nombre de "Operación Domingo", que corresponde al primer nombre ilegal que tuve para esta nueva etapa de mi vida, y agregó de su cosecha que el médico que me operó se dedicaba a hacerles la cirugía estética a los artistas del Bolshoi y a los jefes del Partido y que en los días de mi viaje a Chile seis dobles míos se desplazarían por el mundo, a raíz de lo cual se publicó en "EL MERCURIO" una caricatura con seis tipos semejantes en la que alguien preguntaba cuál de ellos era Corvalán.

Con la operación se me hinchó la cara. Los ojos no se me veían. La nariz creció tanto por efecto de la hinchazón que bien podía decirse de mí lo que un poeta del siglo de oro de la literatura hispana escribiera en uno de sus versos: *"érase una nariz superlativa, érase un hombre a una nariz pegado."*

Lily, como siempre, me acompañó en estos trajines. Estuvo conmigo en el hospital, en una pieza completamente aislada en la sección de infecciosos. Luego nos fuimos a una vieja casa-quinta, también lejos del mundanal ruido, donde permanecemos cerca de un mes mientras desaparecían las huellas de la operación y trataba de bajar de peso. Para esto último hacía ejercicios y caminaba un par de horas al día con un cinturón de género lleno de municiones, que pesaría un par de kilos, y sendas argollas del mismo material alrededor de los tobillos y de las muñecas. Me tiñeron el pelo para eliminar las canas y parecer un hombre de poco más de 50 años. Además, dejé de usar la vestimenta tradicional, el traje completo, el sombrero y el reloj de bolsillo para reemplazarlos por el ambo, el reloj de pulsera y un sombrero tirolés con su correspondiente pluma de pavo real. Completó mi nuevo "look" una barba negra postiza en la que apenas asomaba la camanchaca.

Los franceses dicen que la palabra es de plata y el silencio es de oro. ¿Pero quién podía garantizar el silencio, esto es, el sigilo, el secreto más riguroso de mi proyectado viaje a Chile? La experiencia indica que abundan aquéllos a quienes les gusta darse siempre como bien informados. Demuestra también que, en caso de detención, son muy pocos los que no hablan ante el apremio físico. Por esto, en el trabajo clandestino cada cual debe saber sólo lo que necesita saber en cuanto al funcionamiento del Partido y en particular al desplazamiento de sus dirigentes, porque nadie puede hablar de lo que no tiene idea. En este campo, lo único seguro es la ignorancia.

Obviamente, hubo un cierto número de personas que estuvieron enteradas, sino de toda, al menos de una parte de la empresa. Entre esas personas se cuentan, en primer término, los que tenían que participar directamente en una que otra fase del plan puesto en práctica. Tengo que decir que

los diversos compañeros que colaboraron en ello actuaron con gran responsabilidad y eficiencia, más aún, con entusiasmo y cariño. Los mencionaría a todos, uno por uno, recordándolos con afecto. ¡Que me perdonen la omisión consciente, no el olvido! Entre ellos había uno, un viejo y modesto bolchevique, Iván, que conquistaba a cuantos lo conocieran por su sencillez, su trato afable y el conocimiento de su oficio. Su mayor orgullo era el de haber trabajado con Dimitrov en tiempos de la Internacional Comunista. Un día le conté que Pinochet había nombrado una comisión ad-hoc para visitar Inglaterra, Francia, Israel y otros países a fin de interiorizarse en las mejores técnicas de identificación con vista a fabricar un carnet nuevo, a prueba de falsificaciones.

—Estamos fregados— le dije. El dictador ha dispuesto que todos los ciudadanos tengan en el futuro próximo un documento de identidad que no podrá ser imitado.

—*No se preocupe*— me contestó. *Lo que ha hecho un hombre lo puede hacer otro hombre.*

Este diálogo tuvo lugar un año antes o más de mi viaje. Meses más tarde recibí, de parte de Iván, un carnet de los nuevos, igual a las nuevas cédulas de identificación que ya estaban circulando. En él estaban todos los datos del carnet de suplantación con el que yo me manejaba. Iván murió en abril de 1985. Tuve la oportunidad de verlo ya en su lecho de muerte. Estuvo muy contento cuando acudí a visitarlo. Pero no alcanzó a sentir la más grande alegría que esperaba y por la cual tanto había cooperado: el fin de la dictadura fascista.

Lily y las dos hijas que estaban con nosotros en Moscú, Viviana y María Victoria, fueron informadas en su oportunidad de la decisión que se había adoptado de trasladarme a Chile. A Lily le conté yo mismo y, por cierto, estuvo de acuerdo. A las hijas lo hizo Américo Zorrilla. Llegó éste a la casa, al departamento donde vivíamos, en Viesvosni Piriulok, el Callejón de los Ateos. Nos reunimos en el living. Américo explicó la situación de manera sencilla y directa, como él sabía hacerlo.

—*¡Qué choro!*—, dijo Viviana mientras sus ojitos le brillaban de contenta.

—*A ti te parece choro. A mí me parece terrible*— expresó de inmediato María Victoria.

Ese "*terrible*" no indicaba desaprobación. Era simplemente una manera distinta de ver las cosas.

Lily y las hijas supieron cocer peumos. No le contaron a nadie que yo estaba en Chile. Llegaban compañeros a Moscú, con uno u otro motivo, iban a la casa y preguntaban por mí. Otro tanto hacían los dirigentes de los

partidos de izquierda que de vez en cuando alcanzaban a la capital soviética. La respuesta invariable era: "Está fuera de Moscú, escribiendo un libro". Al comienzo, la versión era creíble. Pero fue pasando el tiempo, transcurrió un año y luego otro y otro. Era inimaginable que yo demorara tanto en escribirlo. Había escrito "ALGO DE MI VIDA" y "SANTIAGO-MOSCÚ-SANTIAGO", uno y otro libro, libritos, de poco más de 100 páginas. Algunos se preguntaron: ¿Qué mamotreto estará escribiendo Corvalán que se demora tanto?

A comienzos de 1985 Lily viajó a Chile. En el aeropuerto de Moscú se encontró con Clodomiro Almeyda que venía hasta Buenos Aires. Se sentaron juntos. Apenas el avión emprendió el vuelo, Cloro le preguntó:

—¿Como está Lucho?

— Está bien —respondió Lily—. Sigue trabajando en su libro.

Clodomiro Almeyda carraspeó ligeramente, se inclinó un tanto hacia Lily y le dijo al oído, con su tono socarrón característico:

—Sí, yo sé muy bien qué libro está escribiendo.

Tres partidos hermanos estuvieron al tanto del asunto, el soviético, el de la RDA y el de Cuba. Los soviéticos fueron muy circunspectos, a la vez que solidarios. Los compañeros de la RDA nos habían expresado algunos años antes que, a su juicio, en el interior del país sólo debíamos tener un equipo de Dirección, pero no la Dirección del Partido, por el riesgo que se corría y la necesidad de preservar los cuadros. Cuando se habló con ellos de mi caso, sostuvieron que los hombres de mi edad, (de la edad que entonces tenía) son los más maduros y que hay que cuidarlos. Tales palabras fueron algo así como una leve o formal reserva. Pero de inmediato se cuadraron con el proyecto. Como es de imaginarse, los cubanos lo miraron con simpatía y entusiasmo desde el primer momento.

— *¿Y cuántos años tiene Corvalán?*—, preguntó Fidel en tanto se le dijo que me las echaba para adentro.

— *68 años, se le respondió.*

Quedó un instante en silencio, se mesó la barba, para luego decir:

— *Yo haría lo mismo.*

El cruce

Instalamos un hombre en Buenos Aires para resolver las cuestiones relativas a mi paso por la capital argentina y hacer el enlace con Santiago. Cuanto le correspondía hacer lo hizo con meticulosidad y gran reserva. Nuestros compañeros de Buenos Aires no sabían nada de lo que hacía. Tam-

poco los camaradas argentinos. Las comunicaciones entre él y la Dirección del Partido que funcionaba todavía en Moscú se hicieron a través del servicio confidencial de la República Democrática Alemana.

Todo estaba convenido. Nadie me esperaría en el aeropuerto de Ezeiza. Lo normal es que nadie espere a un profesor colombiano que entra a Buenos Aires sólo de paso para embarcarse rumbo a Bogotá al día siguiente. Así entonces, Raúl —que era mi acompañante— y yo nos trasladamos en taxi hasta la Plaza Once, en cuyo terminal dejamos en custodia nuestros equipajes para dirigirnos de inmediato a un punto céntrico, donde nos encontraríamos con Julio a una hora precisa, a quien hacía varios años que no veía. Mucha agua había corrido bajo los puentes. El conocía Buenos Aires al revés y al derecho porque el Partido lo destacó allí en los primeros años que siguieron al golpe. Llegó a la capital argentina días antes del asesinato del General Carlos Prats González y su esposa, señora Sofía Cuthbert Chiarleoni. Le llevaba una carta de Volodia Teitelboim proponiéndole se trasladara a otro país donde pudiera estar a mejor recaudo. El General lo había citado para el día siguiente al del horrible crimen, de modo que no alcanzó a entregársela. Al vernos, pasados tantos años, nos privamos de saludarnos con la efusión correspondiente. Nos dimos apenas la mano como si el día anterior hubiese sido el de nuestro último encuentro. Me despedí de Raúl y nos trasladamos a otro punto, donde nos esperaba Olga. Esta era una mujer de unos cincuenta años a quien no conocía. Vestía una capa de color concho de vino que le caía hasta poco más arriba de los tobillos y hacía juego con su pelo castaño y ondulado. Tenía los ojos verde-claro y el cutis ligeramente moreno. No la he vuelto a ver. Todo lo que supe de ella es que, apenas había retornado del exilio, el Partido le encargó la tarea de acompañarme en la entrada a Chile. Cumplió su cometido con gran soltura y desplante, con audacia, con la firme disposición de servir a la causa en una operación anónima, oscura, silenciosa, en la cual, después de todo, exponía su libertad, si no su vida.

Olga salió del país simulando ser la pareja de un compañero cuya identidad pasó a ser la mía en Buenos Aires. El compañero siguió viaje a Montevideo para retornar con otro nombre. De esta manera, en el momento de cruzar la frontera por el paso de Puyehue los tres tripulantes del Peugeot "éramos" los mismos que "habíamos" salido del territorio nacional 15 días antes, por Los Libertadores, para recorrer Argentina en plan de turistas.

Entré al país cuando el calendario marcaba la fecha del 20 de agosto de 1983. Era el día del natalicio de Bernardo O'Higgins.

No era primerizo en cruzar la cordillera con documentos falsos. Lo había hecho en el invierno de 1955 por la ruta que va de Puerto Varas a

Bariloche, por la ribera norte del Petrohué, el Lago Todos los Santos, Peulla, Laguna Fría y el Nahuelhuapi. ¡Pero ha transcurrido tanto tiempo, casi 30 años! Hace mucho frío. Los puestos fronterizos argentino y chileno están cubiertos de nieve. Me quedo en el automóvil mientras Olga, mi estupenda acompañante hace los trámites correspondientes ante la policía de uno y otro lado, los inspectores de la Aduana revisan los equipajes y un funcionario del Servicio Agrícola Ganadero, SAG, se preocupa de verificar si portamos frutas que pudieran estar contaminadas. Pasamos la frontera con cero falta y nuestros nervios se distienden.

Me habían arrojado al exilio, junto a Lily a fines de diciembre de 1976, después de haber estado preso mas de 3 años. Volver a Chile clandestinamente, burlar a Pinochet, incorporarme a la lucha del interior, era una aventura emocionante. La acometía con gusto.

En la "caleta" donde me hospedaría los primeros días, en San Miguel, no había nadie. Dimos una vuelta para regresar un poco más tarde. Los dueños de casa ya habían llegado. Era domingo y habían salido de paseo junto a sus dos pequeños hijos. El jefe de hogar resultó ser un médico cuyo padre fue un gran amigo y compañero en los tiempos ya lejanos en que militamos en las filas de las Juventudes Comunistas.

Al día siguiente estuvo a la hora de almuerzo la madre del médico, profesora jubilada. Se sentó a mi lado. Noté que de vez en cuando echaba una mirada de soslayo como tratando de reconocerme. Pero mi impresión y la de su hijo fue que si mi cara no le era del todo desconocida no terminó por ubicarme. Esta fue la primera prueba de la excelencia de mi enmascaramiento.

Chile estaba convulsionado. Con el patrocinio del Comando Nacional de Trabajadores, que agrupaba a casi la totalidad de las organizaciones sindicales de distintas tendencias, se habían realizado ya dos grandes protestas nacionales que demandaban el fin de la tiranía. En estas protestas habían participado millones de chilenos de diferente condición social, con el respaldo de todos los partidos de oposición al régimen de Pinochet. Particular fuerza y combatividad habían tenido en las poblaciones populares, donde la gente —niños, jóvenes, hombres y mujeres de todas las edades—tocaban las cacerolas, encendían neumáticos, levantaban barricadas, enfrentando las medidas represivas del dictador. Éste, apenas empezaron las protestas movilizó a las Fuerzas Armadas, copando las principales arterias y puntos neurálgicos de la capital y de las más grandes ciudades del país. 18 mil soldados sacó a las calles en la primera protesta con orden de disparar a matar. Decenas de chilenos cayeron bajo las balas asesinas. Pero el país ya se había puesto de pie, dispuesto a seguir la pelea hasta la restauración de la democracia.

Las protestas hicieron temblar a la dictadura y marcaron el principio de su fin. Este pudo haberse producido en el curso de ese año o en el año siguiente. Pero el desenlace del gran conflicto se fue dilatando. Mientras la lucha de las masas siguió creciendo y desarrollándose las acciones comunes de las diversas fuerzas democráticas, las cúpulas de la oposición de centro se fueron comprometiendo de más en más en una política conciliadora con la dictadura. El Ministerio del Interior lo desempeñó entonces Sergio Onofre Jarpa, quien, por orden del dictador o con la anuencia suya, entabló el diálogo con la oposición burguesa. Prosiguió con distintos interlocutores, cuajó y dio sus frutos —frutos dulces y amargos— 6 años más tarde.

Una semana después mi llegada a Santiago me reuní con Gladys Marín y Manuel Cantero, que se hallaban en el país desde hacía varios años. En los primeros tiempos sólo me veía con ambos. Fue ultimado el General Carol Urzúa y esto dificultó nuestros encuentros porque se acentuó la vigilancia policial a raíz de tal suceso. Pero luego se hicieron más o menos frecuentes. En uno de los primeros que tuvimos, que se realizó en una casa que el Partido había adquirido en El Quisco, Manuel me dijo, en un aparte, que a su juicio yo debería asumir plenamente el cargo de Secretario General del Partido y no moverme “entre bambalinas”. Le respondí que eso no correspondía al pensamiento de la Dirección del Partido que por entonces tenía su centro en Moscú y que pensaba que tampoco era la opinión del EDI (Equipo de Dirección Interior). No volvimos a hablar sobre el asunto. A mí me parecía que estaba bien como se había resuelto mi trabajo en Chile. Alguna vez dije, incluso, que soñaba con entrar al país e instalarme en una parcela, en algún lugar seguro, seguirle desde allí la pista a los acontecimiento y transmitir a la Dirección las opiniones que me fuera formando sobre una u otra cuestión. Ahora pienso que éste no era el mejor enfoque del asunto.

Las casas

No sólo los hombres desempeñan su papel en la vida. También lo juegan las cosas inanimadas, entre ellas las casas. La de El Quisco jugó el suyo. Prestó grandes servicios. Fue comprada a un alemán, don Arturo Schwankee. Propietario de la misma había sido antes Alejandro Lazo, capitán de Ejército que tuvo participación relevante en el golpe militar de 1925 y padre del ya fallecido dirigente socialista Carlos Lazo.

Iba con alguna frecuencia a la casa de El Quisco. Allí podía trabajar, escribir, tener entrevistas periódicas con Gladys y Manuel y después con

otros compañeros, sin sobresaltos, en un clima más relajado y menos formal, en un ambiente de amistad. En esa casa trabajé varios documentos, entre ellos el informe a la Conferencia Nacional del Partido que se realizó en los últimos días de 1983 y no a comienzos de 1984, como se informó públicamente. También allí redactamos, Volodia, Jorge Insunza y yo, el informe al Pleno de octubre de 1987. En su elaboración tomó parte muy activa Volodia, impregnándolo en gran medida de su estilo. Cuando estábamos en ese menester se produjo la fuga de Buschman y sus compañeros desde la cárcel de Valparaíso. Fue éste un hecho sensacional. Aquel día y los siguientes fueron de lluvia torrencial. Los fugitivos eran buscados por todas partes. La búsqueda alcanzó a El Quisco. Pero la casa en que allí estábamos no despertaba sospecha alguna. Claudia, la dueña —dueña para la exportación— era suficientemente conocida tanto en El Quisco como en Algarrobo, donde con frecuencia tenía que hacer compras o ir a cancelar las cuentas de la luz o del agua potable, a buscar el gásfiter, el electricista o el “maestro chasquilla” que se necesitaba para una que otra reparación. Cada vez que tuvo que salir en los azarosos días de la mencionada fuga, los carabineros le daban la pasada apenas la divisaban en su Peugeot, mientras la generalidad de los vehículos que transitaban por el camino costero eran revisados minuciosamente. Ayudó, sin duda, a este camouflage, el hecho de ser ella visitante habitual de aquel lugar.

En la casa de El Quisco se reunió un día la Comisión Política para discutir el proyecto de informe al Pleno de octubre de 1987. Esta fue la primera ocasión que entré a participar en sus sesiones.

En esa reunión expresé mi absoluto convencimiento de que, en el nuevo cuadro político que se creaba en el país, la Democracia Cristiana no llegaría a acuerdo con nuestro Partido ni aceptaría que los comunistas participáramos en el gobierno que sucediera al régimen de Pinochet. No pienso —agregué— en la imposibilidad del entendimiento con ellos. Pero sólo podrá ocurrir por imperativo de las circunstancias, cuando la correlación de fuerzas no les ofrezca mejores perspectivas para sus propios fines. Y ésta —terminé diciendo— no es la situación de ahora. Boenninger ha sido muy franco y claro en el documento que ha enviado a la Junta Nacional de su partido. Ha dicho que para llegar a acuerdo con las Fuerzas Armadas deben dejar de lado a los comunistas y que éste es el motivo por el cual rechazan el entendimiento con nosotros.

En Santiago viví un par de meses en un departamento ubicado en la calle Eyzaguirre, en la comuna de Ñuñoa. No daba suficiente seguridad y me fui a una casa de la calle Espoz, en Las Condes. Tuve una reunión fuera de Santiago. Durante dos días nadie quedó en ella. Profundo error. Cuan-

do regresamos, ya de noche, las luces estaban encendidas. Habían entrado a robar. La puerta de servicio había sido descerrajada. Los ladrones habían hurgado en los closet, en las cómodas, en los veladores. Pero no se habían robado ni una camisa. La ropa, el televisor, todos los electrodomésticos estaban allí. Pasado un buen rato, la dueña de casa se dio cuenta que le habían robado una pulsera de oro y un collar de finas perlas. Mi secretario había guardado en sitio seguro los papeles y documentos políticos que yo manejaba para mi trabajo. Sin embargo, un par de folletos habían encontrado los ladrones, tal vez en mi velador. Pero estaban en el suelo, botados como cosas sin interés.

En tiempos de González Videla me pasó un chasco que en ese instante se me vino a la memoria y me hizo decir ipsofacto:

—Nos vamos a tener que mudar de casa.

Recordé que a comienzos de 1948 yo estaba “fondeado” donde Domingo Piga, en la calle San Ignacio, al llegar a Salesianos, en la comuna de San Miguel. Era, entonces, la última calle que daba al poniente. Al frente estaba la chacra Ochagavía. Un día, mientras almorzábamos bajo un hermoso parrón situado al fondo del patio, entraron ladrones a la pieza que ocupaba, aprovechando que ésta se hallaba a dos metros de la calle y que la ventana había quedado abierta. Me llevaron un paletó de tela de muy buena calidad que me había regalado Tibor Weiner antes de regresar a Hungría, su país natal. No hice, por cierto, ninguna denuncia. Días después llegó una pareja de Investigaciones diciendo que en el cuartel de Vicuña Mackenna estaban las especies que había robado un par de ladrones en el sector y que podíamos ir a reclamar el paletó que de allí habían sustraído. Suele ocurrir que cuando los detectives pillan a algunos ladrones con las manos en la masa, allanan sus hogares y descubren otros robos o en el cuartel los hacen confesar cuántos han cometido y no se hallan registrados en la policía. Algo de esto debió suceder cuando la policía de Investigaciones llegó a aquella casa por un robo que no habíamos denunciado. El hecho es que no fui a Investigaciones a retirar la prenda que me habían robado. Habría sido imprudente hacerlo.

De Espoz nos mudamos a una casa de Julia Berstein, en La Reina Alta. Allí nos pilló el terremoto del verano de 1985.

A Moscú los boletos

En los últimos días de marzo tuve serias dificultades para orinar. El médico que fue a verme diagnosticó prostatitis y sostuvo que debía internarme en alguna clínica para un examen más completo. Agregó que

seguramente tendría que operarme. Todo podría haberse hecho aquí. Pero se corría el riesgo de que alguien me reconociera durante la cura de mi enfermedad. Era más seguro que fuera a tratarme en Moscú. Tal fue la decisión de la Dirección que yo, por cierto, compartí.

Hacía un par de días que la dictadura había cometido uno de los más horrorosos crímenes, el degüello de José Manuel Parada, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Sus cadáveres, habían sido encontrados al borde del camino, en las cercanías de Quilicura. Chile entero estaba conmovido. Nunca había conocido tanta barbarie. A la preocupación por mi enfermedad se sumó el dolor por tan terribles hechos. Yo conocía y apreciaba a los tres, era viejo amigo de los padres de Manuel y tenía un gran cariño por María Maluenda y Roberto Parada, los padres de José Manuel. Roberto actuaba en el teatro cuando recibió la noticia, de parte de Sergio Buschman, de que su hijo había sido encontrado muerto, junto a Guerrero y Nattino. Estuvo a punto de desfallecer de dolor. Todos sus compañeros pensaron que hasta allí llegaba la representación. Pero él, aunque con su corazón de padre clavado de dolor, dispuso que continuara la función, y así fue.

La Semana Santa se conmemoró, ese año, en los primeros días de abril. En esa ocasión salí del país acompañado de Claudia, la dueña de la casa donde vivía, de Fernando su chofer y de Paula, médico. En Buenos Aires me esperaba Lily. Cuando caí enfermo se encontraba en Santiago, hospedada en la casa de calle Bremen que antes constituyó nuestro hogar. La Dirección del Partido la informó de la situación y ella suspendió su estada en Chile para acompañarme. Con Lily y Paula viajé, entonces, a Moscú, donde me trataron de la próstata.

Seis meses permanecí fuera del país. Llegué a Moscú cuando Mijail Gorbachov recién había asumido la Secretaría General del Partido Comunista de la Unión Soviética. Era el sucesor de Andropov, que fue el primero en tocar las campanas de alarma por los males que corroían a la sociedad soviética. Los aires frescos que se habían hecho sentir durante el breve liderazgo de Yuri Andropov, se transformaban ahora, bajo la dirección de Gorbachov, en fuertes vientos de renovación. El nuevo Secretario General había hablado claro y golpeado. Denunció las deformaciones en que se había caído en la edificación del socialismo y planteó la necesidad de reestructurar y democratizar la sociedad soviética. No me imaginé, entonces, que Gorbachov terminaría siendo el sepulturero del poder soviético.

Al regreso me encontré con la noticia de que otra vez teníamos que cambiarnos de casa. Su dueño se había ido a Brasil después que su empresa quebrara en 1982. Pero volvió al año siguiente de que nosotros la tomáramos en arriendo. Obligados a mudarnos nos fuimos a otra casa del mismo

barrio, ubicada en Alvaro Casanova, la última calle del oriente de La Reina, al pie de la Cordillera. Luego de algún tiempo, su propietario decidió ponerla en venta. Nuevo traslado y nuevamente a Julia Berstein, pero esta vez a una casa que se levantó en un terreno de media hectárea que se compró ex profeso. Los planos de la construcción y la supervigilancia de la misma estuvo a cargo del arquitecto Carlos Albrecht. En esa casa terminaría por vivir hasta el fin de aquel período de clandestinidad. Situada en la falda de la precordillera, tuvimos de vecinos, por el lado norte, a la señora Gabriela Moreno Carrera, descendiente de los hermanos Carrera y por el sur a doña María Angélica Cristi, a la sazón Alcaldesa de Peñalolén, quien, el primer día de nuestra llegada nos hizo una visita de cortesía. Tres casas más al norte vivía César Antonio Santis.

María Angélica Cristi recibió un llamado telefónico a través del cual se le amenazaba de muerte. Pidió protección policial. Cuatro carabineros se instalaron, dos a la entrada y dos al fondo de su casa. Durante un par de días la protegieron, además, tres o cuatro civiles, presumiblemente de la CNI, con su respectivo coche. La custodia de la Makeka, como la llaman sus familiares y amigos, duró un par de semanas. Esto no alteró para nada nuestra rutina. Seguí saliendo cada vez que tenía algún encuentro, no ya con mi secretario, sino con la dueña de casa que tomaba el Peugeot en sus manos, descendiendo con él la pendiente de 50 metros que había hasta el portón de calle que funcionaba por control remoto. Los policías poco menos que nos abrían paso.

Yo aparecía como un caballero de edad, más o menos retirado del mundanal ruido, que vivía de sus rentas y se entretenía con la crianza de algunas gallinas y conejos y ocasionalmente de un par de ovejas. Vivía con una hija putativa y un matrimonio encargado de los quehaceres de la parcela y del hogar. Otro hijo (mi secretario) iba a verme casi todos los días. Mi leyenda y mi aspecto físico no despertaban sospecha. Tenía barba, me peinaba hacia adelante, como Hernán Büchi (desde antes que éste apareciera como Ministro de Hacienda) y vestía sin formalidad. El terno completo con vestón, pantalón y chaleco, camisa blanca y corbata, lo había dejado atrás. Y la manta ni qué decir.

A esa altura del tiempo, 1986, yo era una persona muy distinta a la que había salido de Moscú tres años antes. Aparentaba la edad que entonces tenía, 70 años.

Cuando salía de la casa, de cualesquiera de las varias en que viviera en Santiago, tenía una gran preocupación de que alguien fuera a reconocermelo. Tomaba mis prevenciones. Desde luego, salía siempre en auto y cada vez que tenía que andar, aunque fuese un corto trecho, lo hacía ligeramente

cojeando, pues a la gente se le reconoce fácilmente por su manera de caminar. Se le reconoce también por su voz y por su mirada. Por eso, cada vez que me cruzaba con otra gente — y ante todo con gente que pudiera reconocerme—, en especial cuando daba algunos paseos por la costanera norte de El Quisco, no pronunciaba ni siquiera una sílaba y no miraba a nadie. Con el transcurrir de los días saqué mejores cuentas. Han pasado —me dije— doce o más años desde el golpe de 1973 y tienes que comprender, Lucho Corvalán, que la mitad de los habitantes del Chile de hoy está compuesto por niños o jóvenes menores de diez o quince años, de manera que todos los que tienen menos de veinticinco no pueden reconocerte. Después de esta reflexión mis preocupaciones bajaron en un cincuenta por ciento o más. De todas maneras seguí guardando rigurosamente las reglas de la clandestinidad, empezando por no establecer ningún contacto personal de amistad y menos familiar. Un par de veces divisé a mi hermano Moisés que vivía por temporadas en Mirasol y que con alguna frecuencia iba de compras a El Quisco o a Algarrobo. Ganas de hablarle no me faltaban y él era para mí un hombre que me daba absoluta seguridad. Pero las ganas me las tragué.

El momento de mayor peligro, no sólo para mí, sino para toda la Comisión Política lo vivimos el día aquel que agentes de la CNI hicieron una operación peineta en un sector de La Florida y allanaron la casa donde estábamos reunidos. Andaban en busca del coronel Carreño, que había sido secuestrado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Era poco más del medio día cuando nos avisaron que estaban allanando el sector. Nos pusimos a guardar los papeles a como diera lugar y a poner la mesa para el almuerzo. En el living se puso trago corto y picadillos para el aperitivo. Se trataba de simular que todos éramos compañeros de trabajo de la dueña de casa a la cual veníamos a saludar en su cumpleaños. Ella se portó como una gran actriz. Atendió gentilmente a los policías, demostró gran preocupación por el secuestro del coronel y los llevó a revisar primero las dependencias de la casa a fin de darnos tiempo para enfrentar mejor la situación. Nos pusimos a beber.

Los más conocidos del grupo éramos Volodia y yo. Pero no nos vieron el rostro. Volodia se metió a un baño y yo al otro. Al de Volodia no entraron. Estaba cerrado y no intentaron abrirlo. El que yo ocupaba lo dejé ex profeso sin pestillo y medio abierto. Un tipo empujó la puerta, me vió en posición de orinar, dijo ¡perdón! y dio marcha atrás. Fue nuestra salvación.

Vuelvo al viaje que en 1985 hice a Moscú por razones de salud. Ese viaje sirvió también —así me pareció— para disipar dudas entre los compañeros de la Dirección Exterior, acerca de la política de la Dirección que operaba en el país. El informe que les entregué contó con su aprobación y cons-

tituyó también la base para la discusión en una sesión plenaria de los miembros del Comité Central que luchaban en el interior.

Luego escribí un artículo que tuvo amplia acogida y que constituía, se podría decir, una exposición sistematizada de la política del Partido. El artículo se llamaba: *“Los acontecimientos de Chile, Vías y formas de lucha”*. En él se hizo una defensa circunstanciada de la política de Rebelión Popular saliendo al encuentro de las deformaciones interesadas que se le solían hacer especialmente del lado de la Democracia Cristiana. Se precisaba también el sentido o alcance de algunas de nuestras formulaciones, saliendo al paso de interpretaciones erróneas que surgían en nuestras propias filas, y se recogían los planteamientos hechos por distintos voceros de otras fuerzas de oposición, comprendidos algunos demócratas cristianos, que demostraban significativas coincidencias en base a las cuales era posible y necesario desarrollar la más vasta movilización de masas para terminar con la dictadura de Pinochet.

Este artículo —requerido y publicado primero por el semanario moscovita *“Tiempos Nuevos”*— lo reprodujo la revista *“NUESTRA ÉPOCA”* que se editaba en Praga y se dio a conocer íntegramente en Argentina en un folleto, *“CHILE SUBLEVADO”*, del periodista Arturo Lozza. Se publicó también en Santiago. Constituyó la última exposición que se hiciera de la política del Partido bajo mi firma y de mi entera responsabilidad.



1977. En Bulgaria, Corvalán y su esposa Lily Castillo luego de visitar la tumba de su hijo Luis Alberto.

6. Durante el exilio

El canje

Me encontraba en Tres Alamos cuando Lily me transmitió la consulta del Partido acerca de si estaba o no de acuerdo en que los soviéticos gestionaran mi libertad a cambio de uno de los disidentes que tenían presos. Obviamente, deseaba quedar libre. Pero jamás pasó por mi mente la idea de que ello podría lograrse de tal manera. En la circunstancias en que me hallaba y en que se hallaba el Partido, mi opinión habría sido entonces decisiva. Y yo nunca había tomado una decisión política sin previo análisis con la Dirección del Partido y menos —pensé en ese momento— debía hacerlo cuando me encontraba recluso y se trataba de un asunto que me concernía personalmente. Además, no tenía todos los elementos que podían permitirme dar una opinión bien fundada. Dejé la respuesta para la próxima visita que tendríamos los presos. Mi opinión fue la siguiente: que decidiera políticamente la Dirección del Partido. Esta respondió favorablemente a la consulta. Sólo Volodia expresó sus dudas al respecto.

En los hechos mi libertad fue limitada. No quedé libre en mi Patria, sino fuera de ella. Virtualmente me expulsaron de mi país el 17 de diciembre de 1976 después de permanecer preso durante tres años dos meses y 22 días. Desde el campo de concentración de “Tres Alamos” me condujeron al aeropuerto de Pudahuel fuertemente custodiado. Allí me esperaba Roberto Kosak, representante del Comité Intergubernamental para las migraciones europeas. Junto a Lily entré directamente a la losa y al avión, sin cumplir ningún trámite. No la consultaron si quería acompañar a su esposo ni a mí si quería que ella me acompañara. De haber sido requeridos, por cierto que habríamos respondido afirmativamente. Pero la dictadura de Pinochet no se permitía ninguna deferencia. En la práctica Lily fue también expulsada del suelo patrio.

El Secretario General del Partido Comunista de Francia, Georges

Marchais, hizo una resonante declaración pública en la cual calificó como un *"intercambio lamentable"* el canje que concertó Moscú con Pinochet, a través de Washington, entre dos hombres, dos prisioneros políticos, Luis Corvalán y Vladimir Bukovski, *"colocados frente a esta alternativa intolerable: la prisión o el destierro"*. Juzgó *"inadmisibile la negociación que ha tenido lugar entre un país socialista y un país fascista, sobre la suerte de dos hombres perseguidos por haber ejercido derechos inalienables de la persona humana"*. Se encresparron las aguas. Respondimos con una declaración pública, sosteniendo que de por medio no había ninguna cuestión de principio y recordando que George Dimitrov había sido también arrancado de las garras de Hitler mediante negociaciones.

Desde que caí preso, los soviéticos dieron muestra de una gran preocupación por salvar mi vida y lograr mi libertad. Con tal motivo, sus representantes alzaron su voz en todos los foros internacionales y pidieron la colaboración de muchos gobiernos, entre ellos los de Argentina, Perú, Venezuela y Panamá, cuyas opiniones podrían tener alguna influencia ante la Junta Militar. Estudiaron también la posibilidad de sacarme de la Isla Dawson, junto a los demás presos, en una operación militar submarina, de la cual desistieron una vez que tuvieron todos los antecedentes del lugar que hicieron fotografiar por un satélite. La primicia de la información la dio, en su libro *"EL ORO DE MOSCU"*, el periodista argentino Isidoro Gilbert, quien durante algún tiempo se desempeñó como Jefe de TASS en Buenos Aires. Le fue proporcionada por Tolia, miembro de la KGB, (con posterioridad supe que Tolia corresponde al General Tolstikov de la KGB, encargado del área latinoamericana, nota de LC) quien sostiene, en una de las cartas que aparece en el libro, que *"impidieron esa operación, sin riesgo para Corvalán, varias circunstancias, en particular la imposibilidad de acercar el submarino en forma invisible, bajo el agua, al lugar donde estaba el campo"*. Algo debe haberse filtrado a través de algún doble agente porque un día, en Dawson, nos encerraron largas horas en los barracones para realizar maniobras que, según contó un oficial de Marina, estaban destinadas a prepararse para repeler un posible desembarco de tropas que pudieran tratar de liberarnos.

Posteriormente, los soviéticos buscaron y promovieron el canje. Este se convino en Washington entre el embajador chileno Manuel Trucco y el Ministro Consejero de la embajada soviética Yuri Vorontsov, previa mediación del Secretario Adjunto del Departamento de Estado Harry Schlaudeman y de William Hyland del Consejo de Seguridad de los Estados Unidos.

Pasado un buen tiempo, llegué al convencimiento de que el canje podía haberse evitado. En el último trimestre de 1976, Pinochet había tenido que cerrar, uno tras otro, los campos de concentración que había abierto y dejar

en libertad a los presos políticos no sometidos a proceso, como era nuestro caso. En diciembre, sólo Jorge Montes y yo quedábamos en Tres Alamos. Era cuestión de esperar un poco, aunque no sin algún riesgo. La ley de fuga se había aplicado tantas veces, de modo que nadie podía asegurar que una vez más la dictadura no recurriera a ella para deshacerse de un enemigo.

El "cambalache" se hizo en Ginebra. Lily y yo, más los dos policías que nos traían, fuimos los primeros en bajar del avión. A los pies de la escalinata nos esperaba el embajador norteamericano Nathaniel Davies, que había representado a su país ante el gobierno de Allende, y una delegación soviética encabezada por Mijail Kudashkin, jefe de la sección latinoamericana del Departamento Internacional del PCUS, que se había desempeñado como primer consejero de la embajada de la URSS en Santiago durante la administración demócrata cristiana. Bukovski había llegado poco antes y se encontraba en algún otro lugar del aeropuerto. Me despedí del embajador Davies y de inmediato nos subimos al bimotor que nos llevaría a Minsk, la capital de Bielorrusia. Allí nos esperaban Viviana y María Victoria, nuestras dos hijas menores, y mi cuñada Irma, que se hallaban en la URSS desde comienzos de año. Viviana había sido expulsada de la Escuela de Danza de la Universidad de Chile y María Victoria estaba recién egresada de la Enseñanza Básica. En tal situación —pensamos todos— lo mejor era que se fueran a estudiar a la URSS, y así lo hicieron.

Dos días después de nuestro arribo a Minsk habría una gran fiesta en el Kremlin para celebrar el cumpleaños número 70 de Brezhnev. Yo debía llegar a Moscú pasada la fiesta. De ahí la escala en Minsk. Los soviéticos habían retenido la noticia de mi llegada a su país. Ésta se conocía en todo el mundo, menos en la Unión Soviética, cuyo pueblo se había expresado tantas veces en favor de mi libertad y de la libertad de todos los presos políticos de Chile. Mientras no terminaran los agasajos a Brezhnev, ninguna otra noticia debía estar en primer plano. Los periodistas occidentales no sabían a qué atenerse. Empezaron a especular con el lugar en que me hallaba. Los más creyeron y dijeron que estaba en Barbija, un sanatorio situado a unos 20 kilómetros de Moscú, reservado a los más connotados dirigentes.

La entrevista Brezhnev

El 23 de diciembre entré a Moscú. En el aeropuerto de Vnukovo nos esperaban Andrei Kirilenko y Boris Ponomariov, integrantes del Buró Político, trabajadores del Comité Central, miembros del Comité de Solidaridad soviético con Chile, Volodia, Gladys, Zorrilla, Millas y demás compañeros y

colaboradores de la Dirección del Partido que se hallaban en la URSS, estudiantes de la Universidad Patricio Lumumba y gente de radio, prensa y televisión. Fue una recepción entusiasta y cordial.

Ese mismo día me recibió Leonid Ilich Brezhnev.

Llegué al Kremlin a eso de las 2 de la tarde. En el pasillo me encontré con el impertérrito Andrei Gromiko que esta vez dejó de lado su sequedad para saludarme con manifiesta expresión de amistad.

Avanzo. De repente veo que se abren las puertas de la amplia sala —relampagueante de luces, repleta de camarógrafos y fotógrafos— donde recién había sesionado el Buró Político. Brezhnev sale a mi encuentro. Me abraza. Dice algunas palabras en alta voz, para que todos las escuchen, y suelta las lágrimas. La escena recorre el mundo. El ex-canciller alemán Willy Brandt habla en sus memorias de la facilidad que tenía Brezhnev para expresar sus sentimientos de ese modo. Tal vez podría haber sido actor dramático. Pero esto ni nada aminora el hecho de que esas lágrimas expresaban la emoción y la alegría suyas y las del pueblo soviético por haber salido de las garras de la dictadura fascista y llegado a su tierra hospitalaria.

Doce días más tarde de mi encuentro con Brezhnev se realizó en el Teatro Rossía un mitin-concierto con el cual me daba la bienvenida la organización del Partido de Moscú que presidía Víctor Grishin. Además de Grishin, estuvieron presentes Andrei Kirilenko, Víctor Pelse y Boris Ponomariov del Buró Político del PCUS, el diputado finlandés Jacobo Södermann, Presidente de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta fascista; el uruguayo Enrique Pastorino, Presidente de la Federación Sindical Mundial; el italiano Antonio Lapicirella, Presidente de la Federación Mundial de la Juventud Democrática; los dirigentes socialistas Clodomiro Almeyda y Adonis Sepúlveda; el representante del MAPU-OC, Jaime Estévez; el Secretario General del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi; el Secretario General del Partido Comunista de Brasil, Luis Carlos Prestes y el Presidente del Partido Comunista de Estados Unidos, Henry Winston.

En el Rossía actuaron artistas de primer nivel, incluídos solistas del Bolshoi. Un elenco del Teatro Maiacovski interpretó la obra "Venceremos" del dramaturgo G. Boronik. Culminó el acto con la presentación del conjunto de danzas y coro del Ejército Rojo, dirigido por V. Alexandrov. Después de la segunda canción del coro soviético entró el conjunto Lautaro, formado por compatriotas nuestros que estudiaban en la Universidad Patricio Lumumba. De inmediato, bajo la dirección de José Secall, empezaron a cantar en ruso el "Venceremos", en la más emocionante versión que hayamos escuchado, acompañados del coro del Ejército, cuyas potentes y armoniosas voces no apagaron, sin embargo, las del grupo chileno.

Este mitin del Rossía fue el primero de una serie innumerable de actos de solidaridad con Chile en los cuales participé mientras estuve en el exilio.

La Solidaridad Internacional

En tanto nos instalamos en Moscú, mi compañera y yo quisimos, en primer lugar, visitar Bulgaria, donde había fallecido y se encontraban los restos de nuestro hijo Luis Alberto. Y así pudimos llegar hasta su tumba. Lo hicimos varias veces para depositar un ramo de flores en su memoria. Mientras su recuerdo nos atravesaba el alma.

Después de Bulgaria fuimos a Italia, cuyas fuerzas democráticas, desde comunistas a liberales, se distinguían por su activa y amplia solidaridad con nuestra lucha antifascista. Y a continuación estuvimos en casi toda Europa, luego en Argelia y Etiopía, en Viet Nam y en Mongolia, en Cuba, Venezuela y México. Metido en reuniones y entrevistas desde la mañana hasta la noche no pude apreciar ni siquiera la arquitectura de las ciudades a las que por primera vez llegaba. Pero en todas partes pude palpar y sentir el repudio a la dictadura de Pinochet y el cariño hacia el pueblo de Chile, la admiración por Allende, el aprecio entrañable por Pablo Neruda y Víctor Jara.

La solidaridad internacional con la causa democrática de Chile alcanzó un nivel pocas veces conocido en la historia humana. Alrededor de esta causa se encontraron y aproximaron comunistas y socialdemócratas, creyentes y ateos, gentes de todos los colores políticos y de todos los credos. Muchas emociones he tenido en mi vida. Pero nada me ha tocado tanto el alma como las expresiones de afectuosa solidaridad con el pueblo de Chile que recibí de personas que nunca había visto, de gente de todas las lenguas, de hombres y mujeres, de jóvenes y niños de distintos pueblos. Hago más las palabras del músico Sergio Ortega: *"No hay nada más hermoso que la solidaridad entre los hombres"*. La que se manifestó con el pueblo de Chile en los años de la dictadura fascista tuvo mucho que ver con la brutalidad del golpe y con la simpatía que en todo el mundo despertó el Gobierno de Salvador Allende. La Humanidad progresista siguió con profundo interés y esperanza el intento que se hizo entonces en Chile de arribar a una sociedad socialista por una vía nueva, en democracia y libertad como le gustaba decir al Presidente más suyo y más leal que el pueblo jamás haya elegido.

Sólo para el pueblo vietnamita y antes, en la década del 30, para el pueblo español, la solidaridad internacional se había expresado con tanta

fuerza y amplitud. En todos los países, socialistas y capitalistas, aunque, como es natural, en unos más que en otros, los exiliados fuimos acogidos con los brazos abiertos y la causa democrática chilena tuvo un respaldo general. Yo lo pude apreciar, personalmente, en los grandes mítines a que fui invitado, en las asambleas con los mineros del carbón de Escocia o los trabajadores de la fábrica Pirelli de Italia, en las conversaciones con los representantes de todos los colores de la juventud finlandesa, en los contactos con la gente moscovita, en las entrevistas con jefes de Estados, dirigentes políticos y dignatarios de la Iglesia Católica, como el Cardenal Giovanni Colombo, Arzobispo de Milán y el Arzobispo Sergio Méndez Arceo de México.

Mientras permanecimos en prisión nos llegaban, por uno u otro conducto, informaciones sobre el repudio que se expresaba en todo el mundo en contra de la Junta fascista. Nunca nos sentimos completamente solos. Pero únicamente después de salir en libertad pudimos imponernos de la verdadera magnitud que había adquirido la solidaridad internacional con nuestra causa. A mi llegada al aeropuerto de Berlín, Erich Hönnecker dijo en su discurso de bienvenida: *"Cuando la noticia de tu liberación corrió por el mundo, la alegría de nuestro pueblo no tenía límites"*. Así lo sentí cualquiera fuere el lugar que visitara, como la fábrica Bergman con sus 4 mil trabajadores o las escuelas Salvador Allende y Pablo Neruda. Miles y miles de niños de la RDA y de Checoslovaquia me habían escrito mientras yo estaba preso. Mis carceleros no me entregaron una sola carta, en ninguna circunstancia, ni siquiera las manifestaciones de condolencia cuando murió mi hijo Luis Alberto. A los "peques" que me preguntaron si las había recibido, les respondí afirmativamente pues estaban convencidos de que salí de las garras del fascismo por lo que ellos habían hecho por mi libertad y la de todos los presos políticos chilenos. Y en alguna medida tenían razón, porque la existencia de esas cartas era un hecho conocido por la Junta Militar y en tal caso eran expresiones de un movimiento de solidaridad que abarcó hasta los niños y adquirió una envergadura y una fuerza capaz de romper los candados y cadenas de las prisiones.

En la solidaridad internacional jugó un gran papel la Comisión Investigadora de los crímenes de la Junta Militar. La presidía el diputado finlandés Jacobo Söderman y tenía en el sueco Hans Göran Frank a uno de sus más firmes puntales. Yo asistí a dos de las reuniones que efectuó dicha Comisión, a la que se hizo en Argel, en 1977 y a la que se realizó en Madrid al año siguiente. Además de representantes de las partidos de la Unidad Popular, a la reunión de Argel concurrió mi coterráneo y colega en el Senado Renán Fuentealba Moena que había sido expulsado del país por Pinochet. Tuvo una brillante intervención. De España llegó una gran delega-

ción compuesta, entre otras personas, por Felipe González, el Obispo Isela de Madrid y la diputada Cristina Almeyda, que me impresionó por su vitalidad y su apasionante oratoria. Concurrió también Julio Cortázar, a quien, sin saber que estaba presente, cité en mi intervención. A raíz de este detalle se acercó amistosamente a conversar conmigo. Creyó pertinente, al parecer, hacerme saber que él había dispuesto que no siguieran apareciendo en "El Mercurio" los artículos suyos que entregaba a una agencia de prensa internacional. Le agradecí su gesto, diciéndole a la vez que teníamos en alta estima su actitud solidaria, independientemente de la decisión que me daba a conocer.

Tanto o más que la de Argel, la reunión que la Comisión Investigadora celebró en Madrid tuvo una gran importancia como expresión del repudio universal a la dictadura fascista de Pinochet y de solidaridad internacional. Con nuestra lucha. Contó con el apoyo de las organizaciones internacionales de mayor influencia comunista, como el Consejo Mundial de la Paz y la Federación Sindical Mundial y, a la vez, con el respaldo de los partidos socialdemócratas y/o socialistas de Francia, Bélgica, Holanda, Finlandia, Grecia, Suecia y, por supuesto, del Partido Socialista de España. Tuvo, además, el aval del Partido Revolucionario Institucional, PRI, de Liberación Nacional de Costa Rica, de la Democracia Cristiana de Italia, de la Unión Juvenil Demócrata Cristiana, de la Organización de los jóvenes Liberales y Radicales de Europa, del Movimiento Panafricano de la Juventud, de la Confederación de Trabajadores nórdicos, de las tres centrales sindicales italianas y de personalidades de renombre mundial como Linus Pauling, Gabriel García Márquez y Edward Kennedy.

Detenidos desaparecidos

Me hallaba en Cuba cuando el 12 de junio de 1977 veintiocho valientes mujeres, madres, esposas o hijos de detenidos-desaparecidos y dos hombres, padres de secuestrados, ocuparon en Santiago una oficina de la CEPAL, organismo de las Naciones Unidas, y se declararon en huelga de hambre. Hicieron saber a la comunidad internacional que lo único que deseaban era que aparecieran sus familiares o se designara una Comisión Investigadora constituida por personalidades de reconocida calidad moral, representantes de varios países, que investigaran la suerte que habían corrido sus seres queridos. La noticia de esta huelga recorrió el mundo entero. Era la primera manifestación masiva y combativa contra el tirano, el punto de partida de una lucha que, con altos y bajos, no tendría ni tendrá pausa hasta que la

verdad se esclarezca y se castigue a los culpables. En ese momento, la Comisión Económica para América Latina, (CEPAL), estaba reunida en La Habana. Fidel, siempre sensible al drama humano, habló de inmediato con el uruguayo Enrique Iglesias que entonces presidía ese organismo, pidiéndole que intercediera en favor de los familiares de aquellos presos políticos, sobre los cuales se había perdido la pista a partir del instante en que fueron detenidos y entraron a las tenebrosas cámaras de tortura de la DINA. En este mismo sentido muchas otras voces se levantaron en todas las latitudes.

En 2 mil 500 se estimaba el número de los detenidos-desaparecidos. La 31 Asamblea General de la ONU conoció los nombres y las fotografías de más de 900 detenidos desaparecidos.

Pinochet trató de engañar al país y al mundo con historias que nunca nadie se ha tragado. Empezó por declarar que una parte de los desaparecidos era gente que se había sumergido en la clandestinidad para luchar contra el régimen; que otra parte había salido del país por su propia cuenta y que el resto había perecido en enfrentamientos con las Fuerzas Armadas. Era obvio que hubo gente que tomó el camino de la lucha clandestina; pero en todos los casos en que se hablaba de desaparecidos se mencionaba a personas que podían haber estado o no en esa condición y que desaparecieron luego de ser detenidas, de lo cual hay pruebas, como ocurrió, por ejemplo, con Víctor Díaz y Exequiel Ponce, Sub-Secretarios de los Partidos Comunista y Socialista, respectivamente.

También era evidente que había quienes se fueron del país por haber sido exonerados de sus empleos y no encontrar trabajo en su propio suelo o hasta por temor en ciertos casos. Pero tampoco se trataba de tales personas. Estos no eran los desaparecidos. Asimismo, hubo compañeros que cayeron en enfrentamientos con las fuerzas policiales y militares en los primeros días que siguieron al golpe fascista. Pero nadie se refería a ellos como desaparecidos.

La Vicaría de la Solidaridad presentó centenares de recursos de amparo. Invariablemente, el Ministerio del Interior negó las detenciones cada vez que la Corte de Apelaciones le pidió información sobre las personas en favor de las cuales se invocaba el "habeas corpus".

Veamos algunos casos. EL 29 de noviembre de 1976 fue detenido en Santiago Edmundo Araya Cabrera, el 9 de diciembre Armando Portilla, el 13 de diciembre Fernando Pizarro Allende, el 15 de diciembre Fernando Ortiz Letelier, Horacio Cepeda Marinkovic, Lincoyán Berríos Cataldo, Waldo Pizarro Molina, Reinalda del Carmen Pereira Plaza, Héctor Véliz Ramírez y Luis Segundo Lazo Santander; el 18 Lizandro Tucapel Cruz Díaz y Carlos Patricio Durán González, y el 20 de diciembre Edrás Pinto Arroyo.

Sus familiares se dirigieron a la Corte Suprema pidiendo un Ministro en visita. La solicitud fue acogida. La Corte Suprema le encargó a la de Apelaciones de Santiago designar el Ministro, que recayó en la persona de don Rubén Galecio Gómez, quien, por encontrarse con licencia médica, fue reemplazado temporalmente por el Ministro Aldo Guastavino. Este solicitó del Ministerio del Interior los antecedentes acerca de los detenidos-desaparecidos. Y vino la comedia: el Ministro Enrique Montero Marx solicitó información a la Dirección General de Investigaciones, cuyo departamento de Extranjería informó que *"todas las personas indicadas registran salidas del territorio nacional, en la fecha y lugares que en cada caso se indican"*, tal cual dice textualmente la respuesta de Montero a la Corte. Y acompaña los certificados de viajes, indicando las fechas de salida de cada uno de ellos por el Paso de Los Libertadores. Los certificados llevan las firmas de Victorino Pantoja Morales, Sub-Director y Director General Subrogante de Investigaciones, de Sergio Romo Sepúlveda, Sub-Director y Jefe Subrogante de Extranjería y Policía Internacional y de Manuel Cornejo Oyarzún, Jefe de la Sección Control.

Continuó la farsa. El Ministro se constituye en Investigaciones. Allí se saca de los archivos la documentación pertinente. El Prefecto del área metropolitana, Julio Rada Jiménez, para darle visos de realidad y seriedad a la cosa, le dice al Ministro que *"copia de toda la documentación que existe en este archivo, está en cada una de las avanzadas controladas por el Servicio de Investigaciones"*. No se vaya a creer que en el archivo no había más datos. No. Estaba todo claro. Hasta se precisa como salió cada uno, algunos en auto y otros a pie, es decir, a *"dedo"* según explica el funcionario de Investigaciones. Para que se creyera esta versión, se dieron algunos nombres de ciudadanos que habrían cruzado a pie la frontera con Argentina por el ya nombrado paso de Los Libertadores. Mejor se hubieran quedado callados, porque era absolutamente inverosímil que Reinalda del Carmen Pereira, una de las nombradas, con 6 meses de embarazo, hubiese cruzado a pie la cordillera o que lo hubieran hecho, por aquel paso, donde hay controles rigurosos, compañeros como Horacio Zepeda, Edrás Pinto y Luis Lazo, igualmente mencionados por el gobierno, todos ellos conocidos militantes comunistas que por lo mismo habrían sido detenidos si hubieran intentado salir furtivamente del país.

En otro momento, la dictadura sostuvo que los desaparecidos correspondían a personas que perecieron en diversos enfrentamientos con las Fuerzas Armadas, que algunos de los que murieron no fueron reclamados por sus deudos y que muchos no portaban documentos de identidad o los que tenían eran falsos. Los medios de comunicación se tragaban estos cuen-

tos o acataban sin chistar la censura impuesta. Pero en sus casas, en la calle, entre parientes y amigos, la gente se formulaba estas preguntas: “¿Quiénes fueron los presuntos muertos en enfrentamientos con los militares cuyos restos no fueron reclamados por sus familiares? ¿Dónde están los cadáveres de los que no fueron identificados? ¿Por qué no se les identifica? ¿Acaso la gente sólo puede ser identificada por la documentación que anda trayendo?”

Los hombres de Pinochet, entre ellos Sergio Diez y Sergio Fernández, a quienes después el dictador convirtió en senador designado el primero y como Ministro del Interior, y el segundo como su representante en las Naciones Unidas, repitieron la voz del amo. Dijeron:

—*No hay desaparecidos y las personas que se señalan como tales están en la clandestinidad o se marcharon a otros países.*

—*“Esa fue la información que recibí de la Cancillería”* le dijo Sergio Diez a los periodistas cuando lo interrogaron sobre el punto el día que fue elegido Presidente del Senado en razón de un acuerdo que los partidos de la Concertación contrajeron con la derecha a comienzos de 1994. “Y créanme que lo siento mucho”- añadió sin siquiera ponerse colorado.

El Poder Judicial sirvió de alcahuete de la dictadura. Los magistrados se dieron siempre satisfechos con la voz oficial. No acogieron los recursos de amparo que se presentaron para saber el paradero de numerosas personas que se hicieron humo luego de ser detenidas. Israel Bórquez, Presidente de la Suprema llegó a decir un día: “*Me tienen curcuncho con esto de los desaparecidos*”.

Pero la verdad se ha abierto camino, por lo menos en cuanto a quedar ya claramente establecido que la dictadura mató e hizo desaparecer a gente sencilla y honrada, que no cometió ningún delito, gente a la cual se le privó del primer y más elemental derecho humano, el derecho a la vida, por vislumbrar y acariciar el sueño de una sociedad más justa y humana.

Los ejecutados y los desaparecidos están en los cementerios secretos. Los restos de algunos de ellos fueron encontrados en Pisagua, en el lugar donde hubo un campo de concentración; otros en el recinto militar de Peldehue, otros en Cuesta Barriga, en Calama y en el Patio 29 del Cementerio General. Falta el hallazgo de la mayoría, del 90 o más por ciento de los desaparecidos y ejecutados. A esta búsqueda, a esta causa se han consagrado los familiares de las víctimas, la izquierda más consecuente y algunas personalidades de centro como Andrés Aylwin. Los respalda la abrumadora mayoría de los chilenos que rechaza la impunidad y exigen verdad y justicia.

Carta a un desaparecido

“Mi querido y estimado hijo: espero que al recibo de la presente te encuentres bien, nosotros estamos todos sin novedades, especialmente tus hijos, están bien de salud y en el colegio, seguimos viviendo donde mismo. Recibimos tu encomienda y hoy mismo te contestamos. Tu sabes que estamos viejos y en cualquier momento puede fallecer uno de los dos, por lo tanto, necesitamos saber de ti, no nos manten-gas en este espantoso silencio, sin saber como estás y cuando regresas. Los niños te recuerdan con el mismo cariño de antes”.

Este es el encabezamiento de una carta despachada a Francia, a mediados de 1977, por don Honorio Vega Illanca, creyendo que la ayuda remitida desde ese país había sido enviada por su hijo Eduardo Vega, desaparecido desde el 12 de septiembre de 1975.

Eduardo, había nacido en Curicó el 8 de marzo de 1949. Era obrero agrícola, Vice-Presidente de la Federación Nacional Campesina e Indígena Ranquíl. Fue detenido en 1973, dejado en libertad en 1974 y vuelto a ser detenido al año siguiente, pasando, desde entonces, a formar parte de la larga lista de los desaparecidos. Había enviudado. Sus padres quedaron a cargo de sus dos pequeños hijos, Bruno y Marcelo.

La Vicaría de la Solidaridad presentó un recurso de amparo. Respondió el Ministerio del Interior, por oficio 1342 de octubre de 1975, diciendo que Eduardo Vega no figuraba en las listas de personas detenidas. Los padres de Eduardo, por cuya mente nunca pasó la idea de que las autoridades podían mentir, pensaron siempre que su hijo estaba vivo.

La ayuda a las familias de los ejecutados, presos y detenidos-desaparecidos se había organizado de tal manera que desde una cincuentena de países donde estaba presente el exilio chileno, se mandaban periódicamente encomiendas con ropa, alimentos no-perecibles y objetos necesarios de casa. Una familia chilena o francesa había enviado la encomienda. Pero esto era impensable para los padres de Eduardo, de tal manera que cuando les llegó desde Francia la primera encomienda con ropa para los niños no cabía duda de que su hijo estaba vivo. De ahí los términos de la carta que le enviaban. En ella se despiden diciéndole: *“ Te cuento que la ropa les quedó bien a los niños. Se despiden de ti tus viejos que te quieren y tus hijitos que te recuerdan. Esperamos una pronta respuesta ya que hace casi dos años estamos sin saber nada de tu vida.”*

“Casi peor que la muerte”

Consideré de mi deber consagrar gran parte de mi tiempo y mis esfuerzos a la campaña por el esclarecimiento de la suerte que habían corrido los detenidos-desaparecidos. Sobre este drama escribí un artículo en PRAVDA titulado *“Casi peor que la muerte”*. El título lo saqué de un alegato que ante la Corte de Apelaciones de Santiago hizo el abogado Andrés Aylwin, alegato en el cual sostuvo que *“estos años nos han enseñado que para muchas familias hay algo casi peor que la muerte de sus parientes: es la incertidumbre de no saber nada sobre ellos durante días, meses o años e imaginar para los mismos los peores sufrimientos”*. Traté el tema en todos los mítines en que me correspondió hablar y en todas las conferencias de prensa y conversaciones con jefes de estado y dirigentes políticos, que sostuve en aquellos años. Dondequiera que estuve me referí a este drama humano y clamé especialmente por la vida de Víctor Díaz, Sub-Secretario General del Partido Comunista, por la de Exequiel Ponce, Sub-Secretario General del Partido Socialista, por la de Carlos Lorca, Secretario General de la Juventud Socialista, por la de José Weibel, Sub-Secretario General de las Juventudes Comunistas y por las de Edgardo Enríquez y Bautista von Schouwen, dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, todos ellos detenidos-desaparecidos.

Un día recibimos una carta de Santiago en la cual nos informaban que un soldado del Ejército le había contado a un pariente de un desaparecido, el dirigente obrero de los gráficos Emilio Recabarren, que al interior de Calama, en una mina abandonada, había un campamento donde estaban los detenidos-desaparecidos completamente aislados de todo contacto con el mundo. A petición nuestra, los soviéticos rastrearon el sector por medio de un satélite, sin encontrar signos de vida en los lugares donde supuestamente estaría aquel campamento.

La Iglesia Católica llegó a la conclusión de que no había un solo detenido desaparecido que estuviera vivo. Conversé sobre el asunto con el Obispo Piñera, en casa de Viera Gallo en Roma, en la ocasión en que coincidentemente nos hallábamos en Italia. Aquella conclusión a que había llegado la Iglesia era terrible. Pero correspondía a los hechos y era y será siempre preferible conocer la verdad, por dolorosa y amarga que sea.

El derecho a morir en la patria

Me golpearon fuertemente los suicidios de algunos compatriotas exiliados y muy especialmente el de Beatriz Allende, la Tati y el de su tía Laura Allende.

Con Tati yo tenía una relación cordial y amistosa. Era entonces, por así decirlo, la más metida en política de las 3 hijas de Salvador Allende. Políticamente tenía una posición de izquierda más próxima al MIR. Casada con el cubano Luis Fernández, habló conmigo apenas volvió de un viaje que hizo a La Habana tras el triunfo de su padre. Venía muy preocupada de la seguridad del Presidente elegido por el pueblo. Los cubanos le habían transmitido su experiencia a este respecto. En mi casa de calle Bremen de Ñuñoa me habló largamente de cómo trabajaba la CIA para la eliminación física de sus más odiados enemigos. Creo que la Tati tuvo mucho que ver con el montaje del Grupo de Amigos Personales, GAP, que acompañó al Presidente Allende desde antes que asumiera la jefatura del Estado hasta el día de su muerte. Muchos de sus integrantes se comportaron como héroes.

En los días de junio de 1977 en que estuve en Cuba, conversamos ampliamente con Tati acerca de cómo llevar adelante la lucha contra la dictadura. Al abandonar La Habana, en un gesto inolvidable de amistad se desprendió de un choapino, (entre alfombra y bajada de cama), que tenía su padre en su dormitorio. Poco antes que partiéramos de vuelta a Moscú se lo hizo llegar a Lily acompañado de una tarjeta que decía:

Querida Lily. Te aseguro que he buscado por todos lados fotos que tenía de Luis Alberto. Y continuaré buscando. Sin embargo, ahora pienso que justamente las entregué para la campaña de denuncias que se hiciera cuando él falleció. Me voy a dar la tarea de buscarlas y recuperarlas. Si alcanzo te las entrego ahora, o si no, después te las enviaré.

Va un choapino que tiene mucho valor para mi porque era de mi padre. Pero deseo que lo tengan ustedes mientras estén fuera de Chile. Sólo les pido que cuando tengamos la posibilidad de volver al país —y estoy segura de ello— me lo devuelvan, porque entonces será patrimonio de nuestro pueblo.

Está sucio, pero, a propósito, nunca he querido lavarlo. Y, además, es primera vez que traspaso a otra persona algo que perteneciera al papá.

Exitos. Les deseo un maravilloso viaje. Triunfos comunes en la empresa común.

Un abrazo,
TATI

Se perdieron algunos de los cajones con libros y otras cosas que se despacharon desde Moscú hacia Chile con motivo de nuestro retorno. Lamentablemente, entre ellos estaba el choapino. De no haber sido así se lo habríamos entregado a la Fundación Salvador Allende.

No había pasado un mes cuando Tati puso fin a su vida. ¿Qué la llevó al suicidio? Nada extraño había notado en ella.

—*Yo tampoco*- me dijo Carlos Rafael Rodríguez cuando a poco de ocurrir el hecho comimos juntos y en compañía de Volodia, en uno de sus viajes a la capital soviética. *En cambio, mi mujer -agregó- encontró algo raro en ella aquella vez que estuvo en nuestra casa pocos días antes de su muerte.*

Es un hecho —comentó Volodia— *que las mujeres son más observadoras e intuitivas.*

Se suicidó también Laura Allende, la hermana del Presidente. Enfermó de cáncer a los huesos. La visitamos, Gladys y yo, en diciembre de 1979 cuando se encontraba en el Hospital de la “Charité”, en Berlín. Conocía perfectamente el mal que la aquejaba, sin que la afligiera la idea de la muerte. Acariciaba una gran esperanza: volver a Chile, vivir en su país el tramo final de su vida. Le había escrito al Papa diciéndole: “*Estoy enferma. Necesito ver mi Patria. Sé que podría recuperar fuerzas y esperar con gran conformidad la hora final en mi suelo patrio*”. Su caso motivó la preocupación de altos representantes de gobiernos, de instituciones y de personalidades de varios países y fue motivo de múltiples iniciativas y gestiones humanitarias. En mayo de 1980 se presentó un recurso de amparo en su favor ante la Corte de Apelaciones de Santiago. El caso llegó a la Corte Suprema. Ésta, para cumplir las formalidades correspondientes, requirió los antecedentes respectivos al Ministerio del Interior. El titular de la cartera, Sergio Fernández, respondió con un oficio de antología. Invocó “*razones de seguridad nacional*” para no permitir su retorno. Dijo que, además de ser hermana del “*ex-Presidente* —¡como si tal parentesco fuera un delito!— *ella se había entrevistado, en 1975, con los entonces Presidentes de los gobiernos de Francia, España y México, solicitándoles la ruptura de relaciones diplomáticas con Chile*”. Si esto hubiese sido efectivo, Laura Allende no habría cometido ningún pecado, pues no se trataba de relaciones con Chile sino con Pinochet. Pero el hecho es que ella nunca estuvo en Francia y jamás se entrevistó con el Presidente de ese país. Primera mentira. Segunda: Tampoco podía haberlo hecho con Franco que hasta noviembre de 1975 se hallaba con vida y el Presidente del gobierno español siguió siendo, por algún tiempo más, Carlos Arias Navarro, uno y otro admiradores del régimen de Pinochet. Y tercer embuste: México rompió relaciones con la Junta Militar inmediatamente después del golpe el 24 de noviembre de 1974. En base a tan soberanas mentiras la Corte Suprema denegó el recurso de amparo.

En diciembre de 1980 estuve por última vez con Laura Allende. La visité en una clínica de La Habana junto con Julieta Campusano. La encontramos animosa. Pero la procesión iba por dentro. Ya había perdido las esperanzas de morir en su Patria, que es lo que al fin quería. La Junta fascista le negó ese derecho y rechazó cuanta petición se hizo en tal sentido por parte de jefes de estado, personalidades intelectuales y autoridades eclesiásticas.

Entonces, Laura Allende decidió también terminar con su vida.

El pleno de agosto de 1977

En agosto de 1977 se realizó en el exterior la primera reunión del Comité Central del Partido elegido por el XIV Congreso Nacional efectuado en noviembre de 1969. En razón de la situación creada el Comité Central no se había podido reunir desde mediados de 1973. Ahora lo hacía, fuera del país, con participación de la mayoría de sus miembros, incluido su Secretario General. Se reunió en la dacha de Stalin situada en Kuntseva, en medio de un espeso bosque al suroeste de Moscú. Fue una gran alegría encontrarnos, en muchos casos por primera vez, después del golpe militar.

Originariamente, nuestro Comité Central contaba con 75 miembros en propiedad y 15 suplentes, 90 por todos. De estos, 7 habían fallecido, 6 fueron asesinados por la dictadura y 11 —de hecho también asesinados— figuraban en la lista de los desaparecidos. Además, 6 habían sido suspendidos de sus funciones por comportamientos inaceptables, como el de asilarse sin autorización. A mediados de 1976, sólo 7 miembros de ese Comité Central quedaban en el país y no todos ellos en actividad. Los demás, 54, estaban en el exilio. Tal era el estado de cosas que tenía el Partido en materia de dirección.

Al Pleno concurren 52 de los 54 miembros del Comité Central que estaban fuera del país. José Pino, que se hallaba exiliado en Bulgaria, no asistió por encontrarse enfermo, y Héctor Núñez tuvo inconvenientes para salir de Italia, que lo había refugiado. Del interior nadie pudo viajar. Participaron, además, 10 invitados, con derecho a voz, entre ellos Juan Vargas Puebla y Sergio Ortega.

Jorge Insunza y Rodrigo Rojas me ayudaron a la elaboración del informe. Previamente, discutimos su contenido los integrantes de la Comisión Política que nos hallábamos en Moscú y Berlín y consultamos al respecto la opinión de los miembros del Comité Central. A estos se les pidió también pronunciarse acerca de cuántos y quiénes deberían ser los miembros de la

Comisión Política, de la idea de que esta funcionara temporalmente en Moscú y de la propuesta de constituir la Comisión de Cultura con sede en París. Todos opinaron. La mayoría lo hizo por escrito. Primó ampliamente la opinión de reducir de 12 a 7 los miembros de la Comisión Política, demostrándose una gran coincidencia en cuanto a los nombres de quienes deberían integrarla. Manuel Cantero señaló la conveniencia de que "los materiales del Pleno se conocieran por lo menos dos o tres días antes de su realización". José Cademártori, Víctor Cantero, Raúl Sánchez y Jorge Montes abogaron para que dos o tres de ellos fuesen compañeros del interior o se trasladasen al país, en tanto que César Godoy Urrutia y Hugo Robles propusieron que al menos uno se instalara en algún país de América Latina. Carlos Jorquera planteó la necesidad de "buscar formas que permitan a los miembros del Comité Central que nos encontramos en diversos países tener una mayor participación en la Dirección" y propuso la edición en el exilio de una revista de carácter cultural. Al año siguiente esta idea se concretó con la edición de "ARAUCARIA de Chile", la magnífica revista que por espacio de 11 años apareció en el exilio bajo la dirección de Volodia Teitelboim.

No pocas interrogantes bullían en la cabeza de los militantes del Partido y de todos los partidos de la Unidad Popular, en gente sin partido, en millones de chilenos y latinoamericanos, gente de muchos otros países que habían seguido y mirado con profunda simpatía al Gobierno del Presidente Allende. ¿Qué había pasado? ¿Por qué había caído? ¿Su derrumbe fue sólo obra de la conspiración oligárquico-imperialista? ¿Acaso no estaba demostrando la imposibilidad de marchar hacia el socialismo sin lucha armada y, más concretamente, en los marcos constitucionales y legales de un estado burgués? ¿Cuáles fueron los principales errores que se cometieron? ¿Los errores fueron sólo de tipo izquierdista? ¿Acaso fue justa la consigna de ¡NO A LA GUERRA CIVIL! ? ¿Por qué el Gobierno de Salvador Allende no fue realmente defendido por el pueblo? ¿Por qué el 11 de septiembre no salimos al paso de los golpistas si disponíamos de algunas armas y habíamos declarado que echaríamos mano hasta de las piedras en contra de cualquiera intentona sediciosa?

En el informe y en la discusión al Pleno de agosto de 1976 nos esforzamos por responder a estas interrogantes y hacer el análisis de la revolución chilena, del gobierno del Presidente Allende, de las causas de la derrota, del carácter de la dictadura y de la lucha por echarla abajo. Tal análisis contiene una alta valoración y un examen crítico del gran intento de nuestro pueblo de avanzar hacia una sociedad socialista por un camino nuevo y distinto a los conocidos hasta entonces. Pero no sólo fue eso. El Pleno de agosto de 1977 hizo una vigorosa denuncia de los crímenes cometidos por

la dictadura, llevó a nueva altura la solidaridad internacional con nuestro pueblo, promovió la acción conjunta de todas las fuerzas opositoras y fue el punto de partida de un esfuerzo colosal de miles de comunistas chilenos que se hallaban en el exilio, para ayudar y fortalecer al partido en el interior, contribuyendo a resarcirlo de los golpes recibidos. Más aún, el Pleno de agosto, a título de proposiciones a considerar junto a las que hicieron las demás fuerzas opositoras, avanzó en el planteamiento y desarrollo de una serie de concepciones sobre régimen democrático, formas de propiedad, fuerzas armadas, política internacional y otras materias por las que debería regirse el país al término de la dictadura. Tales planteamientos ayudaron al diálogo entre las fuerzas de oposición.

Por primera vez, en el informe a este Pleno el Partido abordó el tema militar en forma pública y como una de las más importantes cuestiones políticas. Dimos cuenta que a la altura del golpe del 11 de septiembre disponíamos de alrededor de mil compañeros que sabían manejar armas automáticas y poseían algunos conocimientos de estrategia y táctica para la lucha armada, y que otros dos mil militantes tenían cierto entrenamiento en el manejo de armas cortas, en la defensa personal y en acciones callejeras. Informamos, además, que disponíamos de cierta cantidad de fusiles automáticos y granadas. Para algunos compañeros no era prudente entregar esta información. Pero la Comisión Política decidió darla, señalando al mismo tiempo como un vacío histórico de nuestro Partido el hecho de no tener un claro conocimiento del mundo militar y carecer de una política militar. De alguna manera había pesado en la mentalidad del Partido la idea de que Chile era un país distinto, cuyas Fuerzas Armadas se distinguían por su profesionalismo y su prescindencia en la vida política. Aunque desde hacía ya algún tiempo veíamos que ésta era una concepción falsa, fue el golpe fascista que derribó al gobierno del Presidente Allende lo que nos hizo ver la realidad tal cual es, demostrando hasta la saciedad esa falacia.

Durante el tiempo que permanecí en las prisiones de la Junta fascista, mis vínculos con la Dirección del Partido eran comprensiblemente esporádicos y limitados a una que otra información o consulta. Por eso, sólo cuando salí al exilio me impuse del esfuerzo que habían hecho los compañeros del exterior en la preparación de cuadros militares y cuanto había avanzado el Partido en este aspecto. En el Pleno de agosto habló uno de esos cuadros, Salvador. Desde el fondo de la sala avanzó hacia la Presidencia de la Asamblea, se cuadró como militar y, dirigiéndose a mí, habló también como militar. Dijo:

—¡Compañero Secretario General, permiso para dirigirle la palabra al Pleno! Fue ese un momento emocionante.

Salvador encabezó el grupo de chilenos que en una batalla decisiva derrotó a las tropas de Somoza en el llamado Frente Sur de Nicaragua. En 1987, cuando se dividió el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, se fue con "el Autónomo" y se alejó del Partido.

En el encuentro del cual hago estos recuerdos recibimos una estremecedora carta de Estela Ortíz. Nos hablaba de las represiones desencadenadas por la dictadura y, muy especialmente, del desaparecimiento de su padre, Fernando Ortíz, historiador y profesor, miembro del Comité Central del Partido, que estaba a la cabeza de la Dirección interior en el momento de ser aprehendido.

Ortíz y otros doce compañeros fueron detenidos a fines de 1976, en una razzia de tres semanas que inició la DINA el 29 de noviembre con la colaboración de un grupo de traidores de las Juventudes Comunistas, entre los cuales se hallaban Miguel Estay y René Bazoa. Estay cumple una condena a cadena perpetua, por el degüello de Guerrero, Parada y Nattino, del cual fue el principal promotor y ejecutor. Bazoa fue ultimado por ex compañeros suyos en respuesta a su traición.

En su intervención en el Pleno, Jorge Montes, que venía saliendo de la prisión, dijo algunas emotivas y precisas palabras a propósito de estas felonías. Recordó a una muchacha de Concepción que en la clandestinidad se desenvolvía con gran eficiencia, audacia y valentía; recordó a Carlos Contreras Maluje, miembro del Comité Central de la Jota que en manos de la DINA grita en plena calle dando los nombres y la dirección de sus padres y pide que les avisen que se halla detenido. Invoca el comportamiento heroico de otros jóvenes y así realza la grandeza de las Juventudes Comunistas para concluir diciendo que los traidores no alcanzan a mancharla.

Además, el Pleno introdujo importantes modificaciones en los Estatutos. Estos, en su artículo 49, le daban al Comité Central la facultad de modificarlos, por acuerdo unánime, "cuando las condiciones políticas" así lo aconsejaran. En virtud de tal disposición, el Pleno aprobó un nuevo artículo en el cual se estableció que en caso de clandestinidad y, por consiguiente, hallándose postergada la convocatoria al Congreso Nacional, "los Plenos quedan expresamente autorizados para adoptar aquellas medidas que los Estatutos reservan al Congreso". Aprobado este artículo, el Pleno de agosto ratificó las captaciones de miembros del Comité Central, incorporó a su seno a 10 nuevos compañeros y creó un nuevo organismo de Dirección, más reducido, que pasó a llamarse Comité Directivo y que se reuniría con mayor frecuencia y lo subrogaría entre una y otra de sus sesiones plenarias.

Del informe al Pleno de agosto se hicieron dos ediciones en papel biblia, una en tres cuadernillos tamaño carta y otra en un folleto de propa-

ganda de una empresa turística, en cuya portada se leía: *EUROTUR te invita a la antigua Persia*". Desde una cuarentena de países donde habían compañeros exiliados, se despacharon hacia Chile a miles de personas miles de cartas que contenían el documento.

Al finalizar el Pleno —histórico por ser la primera vez que el Comité Central se reunía fuera de la Patria y por la importancia del análisis que hizo— resolvimos sacar una foto, mas bien varias fotos, con todos los que a él concurren. Las dejamos en custodia en poder del Comité Central del Partido Comunista soviético hasta la reconquista de la libertad. ¡Quién iba a pensar que manos tan seguras fallarían más tarde!

Por el mundo

Durante los 6 años y medio que permanecí en el exilio viajé a casi todos los países de Europa, estuve varias veces en Cuba, alcancé a Venezuela y México, fuí a Etiopía y Argelia y llegué hasta Vietnam, siempre con el fin de participar en actos de solidaridad con nuestro pueblo. Me fue imposible responder a todos los requerimientos que me hicieron de los más diversos puntos del globo terráqueo. Por ejemplo, no pude ir a Mozambique ni a Madagascar, ni a la ciudad de Parma, donde nació el general Rondizzoni, para recibir la Medalla de Honor que su Municipalidad nos confirió a Tencha Bussi de Allende, a Bernardo Leighton y al autor de estos recuerdos. En mi reemplazo tuvo que ir mi hija Viviana. Todo esto lo sentí en el alma. El tiempo resultó siempre escaso. Se consumió en reuniones y entrevistas, que hubo en demasía. En alguna medida se fue también con el protocolo, al que eran tan aficionados los gobernantes de los países socialistas. Por todo esto, podría decir que de la treintena de países que visité, sólo conocí la hermosa Cuba y la bella Italia. En los demás, no pude ver nada de lo autóctono y característico. Pero en todas partes, como expresión de solidaridad con la causa antifascista de Chile, recibí el afecto de partidos, organizaciones y dirigentes políticos democráticos, de gobernantes y de dignatarios eclesiásticos. Venzo resistencias íntimas para decir lo siguiente: en medida apreciable la solidaridad se manifestó en torno a mi persona, especialmente durante los años que estuve preso. Por eso recibí tantas distinciones y galardones. Lo tuve siempre tan claro que los 25 mil dólares que me donaron junto con la medalla del Premio Lenin de la Paz, se los envié a la Vicaría de la Solidaridad, a través del Consejo Mundial de Iglesias, con el expreso deseo de que pudieran servir como modesta ayuda para la atención de los familiares de los presos políticos.

Siempre como expresiones de los sentimientos solidarios de la gente recibí en el exilio numerosos presentes. Menciono dos de los que más estimo. En el primer viaje a Italia, que hice después de salir de la prisión, el Arzobispo de Milán, Cardenal Giovanni Colombo, me regaló una pequeña estatua en bronce, el Ángel de la Libertad que con sus manos trata de romper una cadena. La conservo y la quiero como recuerdo de ese dignatario de la Iglesia Católica que tanto hizo por el pueblo chileno en los años de la dictadura.

El otro obsequio que menciono especialmente es la figura de un preso tallada en madera por otro preso del campo de concentración de Buchenwald, donde murieron 56 mil antifascistas y se sublevaron 21 mil sobrevivientes el 11 de abril de 1945, dos días antes que llegaran hasta allí las tropas norteamericanas comandadas por el general Patton. *"Le envío a usted lo más valioso que poseo"* me dice Berta Behrens en la carta que acompaña el obsequio. *"Esta figura —añade—, siempre ha ocupado un puesto de honor en mi hogar y siempre ha estado adornada con flores. Yo le ruego a usted que la mantenga y le de el mismo trato."*

También recibí otro regalo que mucho aprecio. La Universidad Autónoma de Puebla, que me declaró Dr. Honoris Causa —ignoris causa decía Mario Gómez López que me acompañó en ese viaje— me obsequió una colección empastada de "EL MACHETE" ilegal, que fuera órgano oficial del ya desaparecido Partido Comunista de México. La colección contiene las ediciones que van desde noviembre de 1929 a septiembre de 1934. En las páginas de las 128 ediciones clandestinas que la componen, aparecen, además de las luchas de los trabajadores mexicanos, los grandes acontecimientos internacionales de aquellos años, desde el avance del socialismo en la URSS hasta los brutales efectos de la crisis del capitalismo que se inició a fines de la década del 20, pasando por el pujante desarrollo de los soviets chinos, la heroica lucha del pueblo nicaragüense encabezada por César Augusto Sandino y el levantamiento de la marinería chilena en septiembre de 1931. Allí están también los comunistas con las virtudes y defectos que por largo tiempo han sido sus rasgos más característicos.

Al hojear "EL MACHETE" me golpeó un título que está a todo lo ancho de la primera página de su edición de junio de 1930. El título dice: *"La traición de Augusto Sandino"*. Y el subtítulo añade: *"El guerrillero nicaragüense, al aliarse al gobierno contrarrevolucionario de México se ha convertido en instrumento del imperialismo yanqui"*. Según se dice en el periódico, el Partido Comunista le había hecho saber a Sandino, quien entonces se encontraba en México, la *"necesidad de que adoptara una actitud definitiva ante el Gobierno de Ortiz Rubio"*, al que debía *"acusar públicamente de servir de instrumento al*

imperialismo yanqui” y “de estar tratando de aplastar al movimiento obrero y campesino de México”.

La tremebunda acusación se basaba en la torpeza de considerar inaceptable que el héroe de las montañas de Segovia, *el General de Hombres Libres* como lo llamara Gabriela Mistral, tuviera alguna relación y recibiera apoyo del Gobierno de Ortíz Rubio, quien, no obstante seguir en mucho las aguas de Washington, asumía, a la vez, una posición independiente y en cierta medida favorable a la lucha antimperialista de Nicaragua.

En otra edición de “EL MACHETE” encontré otra noticia espeluznante: el PC expulsa de sus filas a David Alfaro Siqueiros. Aparece en la edición N° 180 del periódico. Se acusa a Siqueiros de haber “descuidado casi por completo el trabajo de dirección de la CSUM, (Comisión Sindical de Unidad Mexicana) y de abandonarlo *“completamente después para dedicarse sin trabas a sus relaciones amorosas con la señora Blanca Luz Brum en los momentos en que la represión contra nuestro Partido era más fuerte”.* Se armó el escándalo cuando se supo que en vez de asistir a reuniones en las que debía participar, concurría con ella a un hotel parejero. Como Blanca Luz Brum trabajaba en el Departamento Confidencial de la Secretaría de Gobernación (Ministerio del Interior, nota de L.C.), los comunistas mexicanos la consideraban sospechosa. Era una poetisa uruguaya, una mujer excepcionalmente atractiva, que a mediados de la década del 30 estuvo muy ligada a los círculos literarios y políticos de la izquierda chilena. La escuché recitar en 1935 en los actos públicos que frecuentemente se realizaban en el Teatro Recoleta de nuestro camarada Amador Pairoa, que en un tiempo fue tesorero del Partido y más tarde senador por Talca, Curicó, Linares y Maule. Reapareció en la escena política chilena en 1958 cuando Guillermo Patricio Kelly se fugó de la Penitenciaría de Santiago, el único peronista que la Corte Suprema aceptó extraditar de los seis que ese año llegaron a Chile como prófugos. Blanca Luz le cubrió la fuga, de acuerdo con altos personajes del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. Una vez que dejó de lado sus devaneos y sus incursiones en la vida política, se instaló con una hostería de lujo en la Isla Juan Fernández. Murió a una edad avanzada. En 1954 fue condecorada por el Gobierno de Ibáñez con la Orden de Bernardo O’Higgins en el Grado de Oficial.

Antes que a Siqueiros, el PC mexicano había expulsado a Diego Rivera luego que éste se negó a hacer una declaración en la cual debía decir que el hecho de haber decorado el Palacio de Bellas Artes por encargo del gobierno no le impedía dejar establecido que se trataba de un gobierno reaccionario. “EL MACHETE” califica a Diego Rivera de *“la inmundicia mayor del trotskismo”* y de *“barril de inmundicia política”* que cobra *“miles de pesos por*

el excelente servicio de embadurnar de rojo la fachada del gobierno burgués-latifundista para hacerlo aparecer ante las masas como un gobierno revolucionario". Lo acusa, además, de compartir la tribuna, en un 1º de mayo, con Lombardo Toledano, que se ha entendido con Cárdenas y "así queda completo el frente único contrarrevolucionario: Cárdenas, Lombardo, Rivera".

El Partido Comunista de México desapareció como tal en 1978 para fusionarse con otras corrientes de izquierda y constituir el Partido Socialista Unificado de México, el PSUM. Uno de los Secretarios Generales del PC, Arnoldo Verdugo Ramírez, calificó de "*desviación sectaria de izquierda*" la política comunista del período en que ocurren los hechos que relato, en la época en que a la cabeza del Comité Central de la colectividad se hallaba Hernán Laborde. Probablemente ningún otro partido comunista del continente haya dado tantas muestras de sectarismo e infantilismo. Pero no se trata de una enfermedad que atacara exclusivamente a los comunistas mexicanos. Todos los partidos comunistas, cual más cual menos, sufrían los mismos males. Eran los años en que se estimaba que la revolución estaba en todas partes a la orden del día y poco menos que al alcance de la mano y en que el modelo soviético se erigía como el desiderátum. Mas aún, era el único concebible. Era la época en que se miraba con desconfianza a los intelectuales y a todo militante que no procediera de las filas obreras. El calificativo de pequeño burgués era el más hiriente y socorrido cada vez que se criticaba a alguien por uno que otro error que hubiese cometido. En ese tiempo la expulsión de las filas comunistas era moneda corriente, a veces por quitame estas pajas. Era más fácil expulsar que convencer a alguien que sostuviera posiciones diferentes, y esto de tener posiciones diferentes era considerado poco menos que como una herejía.

El sectarismo es una enfermedad recurrente en la vida de todos los partidos. Reaparece con frecuencia, cada vez que el enemigo logra arrinconarlos. Tal situación se dio en el Partido Comunista de Chile en los primeros años 30 y en el periodo de González Videla cuando fuimos puestos fuera de la ley, perseguidos y aislados. En estas condiciones los partidos comunistas tienden a caer en el encierro, en el ensimismamiento y suelen perder la capacidad de ver y aprehender el conjunto de la situación con todas sus complejidades, contradicciones y posibilidades, así como apreciar las afinidades, diferencias y matices entre todos los actores sociales y políticos.

¡Qué tiempos aquellos! Maravillosos en la entrega y el heroísmo de los luchadores; ridículos en el enfoque de asuntos relativos a la vida privada de los miembros del Partido, terribles en el trato respecto de quienes no se avenían con la rigidez de algunas normas o rechazaban las recetas comunistas.

Cambios en el Comité Central

Un segundo Pleno en el exilio se efectuó en abril de 1979. En él informó Manuel Cantero que, junto a otros dos compañeros, había llegado a Moscú expresamente desde el interior. El tercer Pleno tuvo lugar en la RDA en los últimos días de mayo y primeros días de junio de 1981. En él informó Jorge Texier, que también, viajó desde Santiago. El directivo se reunió en Moscú varias veces más. En una ocasión lo hizo en Praga y en otra en Sofía.

El primero de nuestros deberes consistía en fortalecer la Dirección del Partido dentro del país. Varios Partidos Comunistas, como los de España y Grecia, habían tenido que encarar el extrañamiento de gran parte de sus militantes y dirigentes y, en algunos momentos, uno y otro Partido se encontró con que el grueso de su Dirección estaba en el exterior. Una situación tal constituye una base objetiva para el surgimiento de discrepancias entre quienes luchan en el interior de su país y los que se encuentran desterrados. En el caso de Grecia, las discrepancias alcanzaron tal magnitud que determinaron, por algún tiempo, la existencia de dos Partidos, el Partido Comunista del Interior y el Partido Comunista del Exterior.

Una nueva disposición de los Estatutos, aprobada por el Pleno de Agosto, establecía que *“el Partido Comunista tiene una sola Dirección, independientemente de que algunos de sus miembros actúen en el interior y otros fuera del país”*. Se trataba de otro asunto de importancia capital. Pero es claro, el peligro de desinteligencias entre uno y otro segmento del Partido no lo resolvía, como por arte de magia, esa disposición. Había que empeñarse en evitar desinteligencias, al menos desacuerdos de envergadura, entre los comunistas chilenos que luchaban en el país y los tres mil del Partido y mil de la Juventud que se hallaban en el exilio. Pues bien, unos y otros, los de adentro y los de afuera, nos preocupamos de establecer una relación muy estrecha y de hacer efectivo eso de que el Partido Comunista tenía una sola Dirección.

De ahí que de las 20 designaciones de nuevos miembros del Comité Central que hiciera el Comité Directivo por encargo del Segundo Pleno, 17 de ellas correspondieran a compañeros y compañeras del interior.

Siempre con la idea de fortalecer la Dirección del Partido en el interior, en octubre de 1982 se efectuaron nuevos cambios. El Comité Central quedó constituido entonces por 69 miembros permanentes y 14 suplentes, en total 83. Como consecuencia de estos cambios y del retorno clandestino de miembros suyos que estaban en el exilio, la mayoría del Comité Central pasó a estar en el país.

Antes de alcanzarse esta situación pensé, en un momento determinado que la compañera Gladys, que estaba al frente de la Dirección Interior, debería ocupar la Sub-Secretaría General del Partido, cargo que habían desempeñado José González, Oscar Astudillo y Víctor Díaz. Me guiaba el propósito de darle cada vez mas autoridad a la Dirección que operaba en el país. Hablé del asunto con Volodia, Zorrilla, Montes y Millas, miembros de la Comisión Política que residían en Moscú. Volodia y Zorrilla estuvieron de acuerdo. Millas y Montes no compartieron mi opinión y todo quedó ahí. Ciertamente, podía haber insistido en mi idea y haberla sometido a consideración de los demás miembros de la Comisión Política y finalmente al Comité Directivo o al Comité Central, que la habrían aprobado por amplia mayoría. Todo ello habría sido correcto y normal. Pero preferí no insistir en mi opinión, sin que esto significara de mi parte pensar que es menos democrática una resolución que no se aprueba por unanimidad. Rotundamente no, pues la unanimidad suele ser a veces, en la vida de los Partidos Comunistas, hasta signo de insuficiente democracia. Explico mi posición. Aunque nuestro Partido Comunista no haya practicado el culto a la personalidad en relación a ninguno de sus Secretarios Generales, suele tener un respeto reverencial por quien desempeña el cargo y, en tales circunstancias se corre el riesgo de que apruebe sus opiniones sin mayor discusión y se caiga en el liderazgo personal. Siempre quise evitar este mal y, por eso, si por una parte me empeñaba en llevar la iniciativa como corresponde a quien está al frente de una colectividad, me preocupé de no forzar la aprobación de mis opiniones, tanto más si, como en este caso, se trataba de designaciones de personas en puestos de responsabilidad.

A nuestra oficina de Moscú llegaba una rica información a través de cartas, declaraciones del Partido, ejemplares de periódicos clandestinos, viajeros y emisarios ad-hoc, resúmenes de discusiones, observaciones recogidas de los militantes y amigos. Además, recibíamos regularmente diarios y revistas de Chile y nos imponíamos de los diversos puntos de vista a través del contacto permanente con nuestros aliados de la Unidad Popular y de frecuentes conversaciones con gente de la DC o sin partido que llegaba a Europa a visitar a sus familiares o por otros motivos.

A comienzos del 79, los compañeros del Equipo de Dirección Interior nos hicieron ver la conveniencia de *"dar los pasos tácticos necesarios para contribuir al objetivo central, a la derrota de la dictadura. Es obligación —nos decían en una extensa carta— que el Partido se adelante, como ya lo ha hecho, señalando su disposición a gobernar junto a las demás fuerzas opositoras y les proponga un programa de transformaciones democráticas. Pero, si lo que obtenemos es sólo un compromiso democrático suscrito por quienes estén o no estén en el gobierno, será*

un paso revolucionario. Ponernos ante diversas alternativas, incluso la no participación en el gobierno de transición, no significa, en modo alguno, abandonar nuestro objetivo estratégico. Al revés, ello puede significar despejar el camino para avanzar hacia él”.

Acorde con estas sugerencias, dimos un importante paso en el desarrollo de la línea del Partido. Veníamos propiciando, en reemplazo de la dictadura, la formación de un gobierno democrático constituido por las mas amplias fuerzas opositoras, básicamente por la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Este planteamiento, a pesar de su racionalidad y su carácter democrático, no tuvo la acogida suficiente de toda la oposición. En estas condiciones, para facilitar el más amplio entendimiento con vista a echar abajo la dictadura de Pinochet, que era lo primero y lo principal, declaramos que estábamos llanos a no hacer cuestión de nuestro derecho a participar en el gobierno que la sucediera. Tal fue la movida que llamamos “*paso táctico*”, aprobada por el Pleno de febrero de 1979 y explicitada en nuestro Manifiesto de mayo, que tuvo en Chile amplia divulgación.

En julio de ese mismo año, avanzamos todavía más en la exposición de un pensamiento llamado a tener amplia acogida entre las fuerzas opositoras y favorecer el acuerdo entre las mismas. Dimos a conocer un documento, con el nombre de “*NUESTRO PROYECTO DEMOCRÁTICO*”, en el cual explicitamos nuestra opinión sobre todos los asuntos capitales, de tal manera que todo el mundo supiera qué queríamos realmente los comunistas y cual sería nuestra real posición el día de mañana, al término de la dictadura. De partida dejamos establecido que, considerando las condiciones objetivas y todos los factores en juego, el dilema no era fascismo o socialismo. “*En reemplazo de la dictadura fascista —dijimos— hoy no está planteada la constitución de un Estado socialista, ni tampoco un régimen típicamente burgués*”. “*Teniendo en cuenta toda la situación, no se podrá retornar —agregamos— a lo mismo de ayer. Sin mengua de la grandeza del período de la Unidad Popular, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió. El futuro régimen político deberá retomar las mejores tradiciones democráticas de Chile, pero también incorporar nuevos valores y edificarse con materiales más sólidos*”. Nos pronunciamos, entonces, por un nuevo régimen democrático popular que favoreciera y promoviera los cambios que emanaban de las necesidades objetivas del progreso social. “*Los comunistas —precisamos— estamos por llevar las cosas tan lejos como sea posible, siempre en estrecho acuerdo con nuestros aliados de la Unidad Popular y en franco y claro entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término la Democracia Cristiana.*” Declaramos que “*no queremos una nación dividida en tres porciones —izquierda, centro y derecha—, ni en dos mitades*”, sino “*unida en torno a los valores de una democracia política y social,*

que enfrente como un solo todo a los enemigos internos y externos de su independencia y su progreso. Nosotros propiciamos abiertamente —añadimos— el entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana... entendimiento que incluya la constitución de un gobierno amplio, intérprete real de la mayoría ciudadana". Luego dijimos: "Si la correlación de fuerzas no nos fuera favorable, si al momento del derrumbe de la dictadura surgiera un gobierno distinto al que propiciamos, creemos incluso que la Unidad Popular, manteniendo su cohesión y su independencia, podría prestar alguna cooperación si dicho gobierno se comprometiera con un programa mínimo en favor del pueblo y del país, sin perjuicio de seguir luchando por la formación de un gobierno más amplio, con su plena inclusión".

Este documento tuvo una amplia divulgación. En Chile el Partido hizo varias ediciones. En el exterior se publicó en francés, italiano, inglés y danés. Sus planteamientos, los que hemos mencionado, más los relativos a las Fuerzas Armadas, a la propiedad, a los derechos de la oposición, al sistema de partidos, a la alternancia y demás cuestiones que son a menudo temas de especulaciones, incomprensiones y deformaciones respecto a nuestra política, despertaron notorio interés, especialmente en la Democracia Cristiana. Numerosas opiniones en este sentido nos transmitieron los compañeros desde Santiago y José Cademártori desde Venezuela donde había varios exiliados demócratas cristianos. Poco después de la publicación de "NUESTRO PROYECTO DEMOCRÁTICO" llegó a Moscú Máximo Pacheco, invitado por el Soviet Supremo. Allí se había desempeñado como embajador durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Fue un buen embajador, que se conquistó el respeto y el aprecio de los soviéticos por el esfuerzo que desplegaba en el cumplimiento de su misión y el interés que siempre demostró en conocer la realidad de ese gran país multinacional. Me lo dijeron muchos de mis amigos soviéticos y lo confirmaba esta invitación de que era objeto. Personalmente, ya en 1967 había observado la distinción con que se trataba a Máximo Pacheco en Moscú cuando, en los días del cincuentenario de la Revolución Rusa, tuvo en la sede diplomática chilena a Anastasio Mikoyán, para compartir su mesa junto a Salvador Allende, su hija Isabel y yo. Pocos embajadores se podían dar el lujo de tener en su casa al Presidente de la URSS. Pues bien, ahora que había vuelto como huésped del Soviet Supremo me habló extensamente sobre "NUESTRO PROYECTO DEMOCRÁTICO". Había comprendido muy bien el mensaje que contenía para toda la oposición y en especial para los demócratas cristianos. Me entregó una opinión altamente positiva sobre el conjunto de nuestro documento, salvo en lo que se refería a la alternancia en el poder, acerca de lo cual me dijo francamente que nuestras ideas aparecían ambivalentes y eran insuficientes. Me formé la impresión de que la opinión que me daba no era

sólo la suya, sino también la de otros demócratas cristianos y en especial la de Frei, con el cual tenía gran afinidad, aprecio y amistad.

Más que los planteamientos de "NUESTRO PROYECTO DEMOCRÁTICO", influyó en el desarrollo de los acontecimientos la posición que expuso el Partido el 3 de septiembre de 1980, en la ocasión en que conmemoramos en Moscú el décimo aniversario de la elección de Salvador Allende como Presidente de la República. Entonces reivindicamos y proclamamos el derecho del pueblo a rebelarse contra la tiranía y a usar con tal fin los más diversos métodos de lucha. Los lineamientos generales del discurso en el cual expusimos este derecho los sometimos, previamente, a la consideración del Equipo de Dirección Interior, del cual recibimos una carta que al respecto decía:

"La opinión que la Dirección tiene respecto de vuestras sugerencias es plenamente coincidente con su contenido. Coincidimos en ampliar y enriquecer las formas de lucha, darles un sello más audaz, más acorde con los tiempos que vivimos y con las condiciones existentes. El no haberlo hecho hasta ahora, salvo débiles intentos, podemos anotarlos como un déficit que tenemos que cubrir. "Hoy no podemos predecir qué grado de agudización alcanzará la lucha en contra de la tiranía que se aferra con dientes y garras al poder. No se puede descartar, por tanto, enfrentamientos que pueden surgir, incluso de la necesidad imperiosa de que el pueblo se defienda de la agresión armada del fascismo y del terror instrumentalizado por Pinochet".

Como es comprensible, el texto mismo del discurso del 3 de septiembre no se envió previamente al país. Pero, una vez que lo conoció el EDI, le dió su aprobación. En carta del 22 de septiembre expresaron su total acuerdo. Con fecha 30 de octubre nos hicieron saber que "los militantes han recibido muy bien la intervención del Secretario y en algunos ha despertado verdadero entusiasmo por la perspectiva de lucha que entrega". Y en el mes de diciembre nos hacen saber que "existe un excelente ánimo en el Partido" y expresan que "las nuevas acentuaciones tácticas aparecen como algo normal. Incomprensiones o interpretaciones incorrectas se han dado en algunos casos. Es comprensible. Sin embargo, creemos poder decir que el Partido estaba maduro y preparado para este nuevo paso".

En conclusión se puede decir que los principales documentos políticos que el Partido elaboró en esos años reflejaron la opinión de los comunistas tanto del interior como del exterior.

¡Aquí... radio Moscú!

El mismo día del golpe, sintonicé Radio Moscú en casa de Elizabeth. Hacía muchos años que no la escuchaba y había olvidado por completo la hora y la frecuencia en que transmitía por onda corta sus programas en

español. Pero aquel 11 de septiembre daba sin interrupción las noticias de lo que estaba sucediendo en nuestro país, de modo que di con ella apenas giré el dial. De repente escuché una poderosa voz que decía:

—Aquí... Radio Moscú; aquí... Radio Moscú. Llamamos a todos los demócratas del mundo a protestar contra el baño de sangre a que es sometido el noble pueblo de Chile por la soldadesca fascista que se ha encaramado en el poder.

Era la ardiente voz de Luis Cequine que de inmediato reconocí. Cequine, argentino de nacimiento, trabajaba en la radio desde los años 30. El y Katia Olevskaya fueron los primeros locutores del programa *"Escucha Chile!"* que comenzó el 18 de septiembre de 1973, cuando apenas habían transcurrido 7 días desde el golpe militar. Luego llegaron a Moscú y a la radio José Miguel Varas y Eduardo Labarca y otros periodistas chilenos, como Ligeia Balladares y Guillermo Ravest, Leonardo Cáceres, Hernán Rodríguez, Lautaro Aguirre, Marcel Garcés y Mario Ramos. Katia siguió en la locución. Durante un par de años la acompañó René Largo Farías.

Programas especiales para Chile, de denuncia de los crímenes de la Junta fascista y de solidaridad con nuestro pueblo, ofrecían también, todas las noches, las radios de La Habana, de Berlín, de Praga y de Argel. Pero fue Radio Moscú la que alcanzó la mayor sintonía.

Durante 6 horas, a lo largo de 16 años, por Radio Moscú se transmitió diariamente el programa *¡Escucha Chile!* Se escuchó por última vez el 31 de enero de 1990. Con este motivo, Guillermo Ravest escribió una hermosa crónica en *"FORTÍN MAPOCHO"*. En ella sacó la cuenta. El programa, que se transmitía durante 360 minutos diarios, había permanecido en el aire 35 mil 838 horas. Denunciaba lo que ocultaba la dictadura y callaban los medios informativos controlados por Pinochet, las violaciones de los derechos humanos, las detenciones arbitrarias, las torturas, las relegaciones, las deportaciones, los desaparecimientos de personas, los asesinatos, todos los crímenes de la Junta fascista. Y también hablaba de las luchas y las protestas que surgían del pueblo en medio del terror. En Chile empezaron a escucharla a hurtadillas los presos, los relegados, la gente de izquierda, para ser sintonizada, a poco andar, por moros y cristianos. *"EL MERCURIO"* y el propio Pinochet tuvieron que referirse a ella más de una vez. Llegó a convertirse en la primera o una de las primeras de Chile. Todo lo sabía, todo lo divulgaba. La dictadura montó un dispositivo para interferir sus transmisiones. Pero no pudo usarlo por mucho tiempo. Sergei Lapin, el Ministro de Comunicaciones de la URSS, me lo había advertido cuando le conté que las interferencias se hacían desde barcos de la marina de guerra.

—En el caso de su país —me dijo— ese es el método más efectivo

para interferir. Pero es muy caro, y Pinochet no tiene tantos recursos para financiarlo.

Así sucedió. De un día para otro terminaron las interferencias. La Radio volvió a escucharse con claridad. Estaba siempre al día en las noticias y daba muchas que no aparecían en los diarios y radios del país, ni en los informativos de la TV. Tenía medio vuelto loco a Pinochet. En esos días circuló por todas partes un chiste que pinta muy bien la situación. Lo cuento como lo contó en una carta a Radio Moscú un ex-prisionero de la cárcel de Valdivia que llegó como exiliado a Francia:

"Pinochet —dice en su carta— llama a reunión secretísima a los otros jinetes del Apocalipsis, para analizar el problema de por qué y cómo Radio Moscú sabe todo lo que ocurre en Chile. Luego de una exhaustiva búsqueda de micrófonos ocultos, de paredes con oídos y de una revisión completísima de los otros tres (porque de sí mismo no duda), se reúnen a puertas cerradas a discutir. Pasan las horas en largas elucubraciones y, bueno, llega el momento en que "Mendocita" quiere ir al baño. Pinochet le niega rotundamente el permiso. Pasa el tiempo. El capo de los carabineros está cada vez mas apremiado y sigue la negativa del dictador. De repente, tocan la puerta y aparece un milico con una bacinica. Y en medio de la consternación de los 4, le dice a Pinochet:

—Permiso, mi general. Esto es para mi general Mendoza de parte de Radio Moscú."

Radio Moscú fue muchas veces para los presos políticos su único medio de información. En la isla Dawson no recibíamos diarios y las cartas eran censuradas. Pero disponíamos de un pequeño receptor a pilas que había pasado colado en el equipaje de no recuerdo cuál de mis compañeros de relegación. Lo escuchábamos todas las noches en tanto las barracas donde dormíamos eran cerradas a machote por nuestros carceleros. El principal y más entusiasta radio-escucha era Fernando Flores. Cuando las pilas no daban para más, "don Feña" apegaba el receptor al cañón de la estufa a leña que encendíamos para contrarrestar el frío magallánico y acercaba su oreja a la radio para poder escuchar. Terminada la transmisión, o en una pausa de la misma, nos daba la información. Así, en Dawson supimos, por ejemplo, que Carlos Altamirano, que se suponía estaba en Chile, había logrado escapar y se hallaba en ese momento en Cuba, a fines de 1973.

"La Mosca" era escuchada también por el exilio chileno disperso en cincuenta países. Por las diferencias de hora entre uno y otro meridiano, el programa "*¡Escucha Chile!*" se escuchaba en algunas partes a las 4 ó 5 de la madrugada, o a mediana mañana, o media tarde. No importaba. Los exiliados lo oían de todas maneras. Y en varios casos había compañeros

que, como Galvarino Melo, exiliado en Cuba, grababan sus emisiones para después reproducirlas en el papel o hacerlas oír directamente en el cassette.

Radio Moscú desempeñó un gran papel de denuncia, de promoción de la solidaridad internacional y de estímulo moral. Todos los chilenos que trabajaron en ella merecen una palabra de reconocimiento por su magnífica labor, especialmente José Miguel Varas que fue el que por más tiempo permaneció al pie del cañón. Lo merecen también los periodistas, locutores y técnicos soviéticos que los acompañaron en esa labor, entre ellos el armenio Babkén Serapioniansk, héroe de la Gran Guerra Patria y, por supuesto, Katia Olevskaya que transmitía el programa para Chile con su voz clara y llena de pasión.

—*“Usted sabe —dijo Katia en una entrevista que le hizo María Victoria Corvalán— que los materiales de las emisiones “¡Escucha Chile!” son escritos por excelentes periodistas chilenos, y yo no hago más que leerlos. Claro que pasan por mi corazón. Son tan emocionantes que a veces tengo que interrumpir la lectura porque las lágrimas me empañan los ojos. Esas informaciones no se pueden leer con indiferencia.”*

Katia fue invitada a venir a Chile. Llegó hasta el aeropuerto de Santiago. Pero no la dejaron entrar. Esto ocurrió en noviembre de 1989 después del plebiscito que perdió Pinochet.

En 1995 tuvimos el agrado de recibirla en nuestro país.

Cartas

He releído una vez más las cartas que recibí mientras estuve en el exilio. Son, como la vida, diversas, variadas, múltiples de temas y de tonos. Fueron muchas, muchísimas, las que llegaron a mis manos, enviadas por compañeras y compañeros, amigos, organizaciones políticas y sociales, chilenas y chilenos exiliados y gentes de otras nacionalidades que solidarizaban con nuestra lucha. Me escribió, desde La Habana, un grupo de ciudadanos cubanos para exteriorizar su alegría por mi libertad, *“producto de la acción concertada de las fuerzas que en el mundo luchan por el progreso social, la felicidad de los pueblos y la paz”*; desde Argelia, el embajador sueco Harold Edelstam, que antes fue embajador ante el Gobierno de Allende, para expresarme su alegría *“al saber que usted ha sido liberado del cautiverio fascista”*; desde Dinamarca Miguel Lawner, para hablarme de la solidaridad internacional y transmitirme, entre otros hermosos pensamientos, que *“no será suficiente una vuelta al mundo entero para retribuir lo mucho que debemos a tantos”*; desde Bélgica, el General de Aviación Sergio Poblete, para agradecerme *“muy sincera y emocionadamente el afectuoso mensaje de solidaridad que Ud. tuvo a bien*

enviarme con motivo de mi "desnacionalización"; desde Gran Bretaña, don Edgardo Enríquez, para expresarme su gratitud porque en todas mis intervenciones públicas que había escuchado a través de Radio Moscú, "siempre haya hablado de los desaparecidos y nombrado a mi hijo Edgardo". Desde muchos otros países recibí también cartas y mensajes de alegría.

En todas partes, países socialistas y capitalistas, los exiliados chilenos fuimos recibidos con los brazos abiertos. Gobiernos, pueblos, organizaciones políticas y sociales, nos ayudaron a insertarnos en las nuevas tierras que elegimos o a las que simplemente nos arrojó la dictadura. No por esto vivimos en Jauja. No por ello el exilio fue dorado. Como no podía dejar de suceder, cada cual, unos más que otros, tuvo sus dificultades, cuya superación requería a menudo de nuestro apoyo. Por esto, muchas otras cartas que recibí fueron escritas para plantearse problemas, solicitar ayuda o agradecer la que habíamos otorgado.

Desde Bakú, la capital de Arzebaiyan, me escribió María Eugenia Matte, estudiante de geología, que en una salida a terreno descubrió personalmente un pozo de petróleo. Lo hizo para interceder en favor de su compatriota y amiga María Cristina Echeverría, *"quien equivocadamente fue enviada (desde Baku) a la ciudad de Tashkent a estudiar la especialidad 1404, Oceanografía, donde tal especialidad no existe"* (ni mar tampoco). De Split me escribió varias veces Leopoldo Zuljevic, exponiéndome el drama de su exilio. Las autoridades de Croacia le habían dicho que le darían la nacionalidad yugoeslava que había solicitado, si renunciaba a la nacionalidad chilena, condición que rechazó por estar al margen del derecho de ese país y no haberse invocado para aceptar la doble nacionalidad de otros cuatro chilenos, hijos de yugoeslavos, *"que residen o han residido en Split"*. *"Por una ficción nacida en la mente de no sé que burócrata —dice Zuljevic en una de sus cartas— no soy hijo de yugoeslavo, siendo que un joven ingeniero civil, Milán Zuljevic, a fuerza de paciencia, ha formado aquí en Split, un árbol genealógico que abarca 700 años de progenie campesina de los Zuljevic en las tierras dálmatas. Y si bien mis padres, Juan Zuljevic Prelas y María Lovrion Gapic, abandonaron Yugoslavia bajo el imperio austrohúngaro y mi padre estuvo afecto a la pérdida de la nacionalidad por haber emigrado de las posesiones austríacas, mis abuelos paternos, Pedro Zuljevic y Magdalena Prelas no lo hicieron, de manera que resulta excesivo y discriminatorio el requisito a que se supredita el reconocimiento de mi ciudadanía y/o nacionalidad yugoeslava"*. Para colmo, las autoridades croatas le decían que era un prófugo de Rumania y que, en tal situación, si se le daba asilo o refugio, podrían verse afectadas sus buenas relaciones con el Gobierno de Bucarest. El "prófugo" Zuljevic fue expulsado a Rumania por la Junta fascista y a poco andar abandonó este país, como lo hicieron Clodomiro Almeyda, Jorge Ta-

pia y Miguel Muñoz, sin afectar las relaciones con ningún estado. De tal manera, Leopoldo Zuljevic no entendía nada. *"He tenido especial cuidado —me decía— de actuar con el mayor tacto y prudencia para evitar la más ligera sombra de conflicto, de manera que mi inexplicable, cuanto misteriosa situación, no es producto de ningún incidente personal con nadie. En realidad, he aprendido a hervir por dentro como un volcán, temporalmente inactivo, ante todas las intemperancias y salidas de madre de que he sido objeto"*.

A propósito de la ayuda que a veces requieren algunos compañeros, recuerdo haber escuchado decir, en más de una ocasión, que el Partido no es una sociedad de socorros mutuos. Es claro que no lo es. Pero, ¿ello significa que cada cual tiene que arreglárselas por sí solo y como pueda, rascarse con sus propias uñas en todos los asuntos de la vida? ¡No! Hay circunstancia en que la gente necesita una manito y si el Partido puede darla es su deber hacerlo. Hasta una palabra suele ser una ayuda en determinadas circunstancias. Lo sentí cuando, desde España me escribió el agrónomo Jaime Lazo, cuya esposa, Nelly, había sufrido un ataque de hemiplegia, para agradecer solo una carta de amistad *"por la poderosa ayuda moral que significó para nosotros en momentos muy difíciles de nuestras vidas"*.

En octubre de 1979 se dirigió a mí Mario Galetovic, viejo comunista de Punta Arenas, entonces exiliado en Mozambique. Su hijo, del mismo nombre, había quedado fuera de la Universidad Patricio Lumumba por haber sido reprobado en sus exámenes. Para colmo, estaba mal con la Jota. Hallándose en Moscú en una situación desesperada le escribió a su padre y éste, al minuto, se dirigió a nosotros. *"Lo único que le solicito —me dice el padre en su carta— es que algún "viejo", de esos sabios y diablos que tenemos por esos lados, converse algunos minutos con él y trate de hacerlo recapacitar y de reencaminarlo por el sendero del estudio y de la disciplina partidaria."* Mario hijo, había descuidado sus deberes de estudiante y de joven comunista. Eso era claro. Pero, ¿por eso había que crucificarlo o mandarlo a estudiar a otra República como se le había dicho, donde, sin otros compatriotas, le sería más difícil remontar la situación anímica en que había caído? El joven tenía sólo 18 años. A los 12 había sufrido el shock del golpe de estado, luego el difícil período del 73 al 76, durante el cual su padre estuvo detenido, la desambientación en Inglaterra en los años 77 y 78 y, finalmente, este desencuentro en la Lumumba. Había que considerar el caso *"con calma y buena letra"*. Así lo hicimos, junto con la Jota, con resultados positivos. Cuando le comunicamos estos resultados a Mario Galetovic padre, éste respondió agradecido diciendo que la tranquilidad le había vuelto a él y a Elvira, su esposa, y que confiaban ahora en que los estudios de su hijo y las relaciones de éste con la Jota se desarrollaran de la mejor manera.

Contesté no pocas cartas, no todas las que recibí, lamentablemente. Mi sincero deseo de atender a quien sea que a mí se dirigiera no siempre pude concretarlo por mi desorden personal y otras dificultades objetivas.

Les escribí también a algunos compañeros para saludarlos en sus cumpleaños, entre otros a Víctor Contreras Tapia, a Francisco Coloane, a Juvencio Valle y a Roberto Parada. Una extensa carta le mandé a Hugo Díaz Oyarzún, gran compañero y relevante figura de la medicina veterinaria. El "Ronco Díaz" había tenido algunos encontrones con sus colegas de la RDA sin recibir tampoco la suficiente comprensión del equipo dirigente de los comunistas chilenos que allí residían. A raíz de esto se había marginado de las filas y mandado a cambiar a Mozambique. Con tal motivo consideré de mi deber dirigirme a él. Lo hice el 4 de mayo de 1979 a través de una extensa carta que le envié con la compañera Silvia Soto. En ella le expresaba la preocupación que nos había causado su decisión de alejarse de las filas. *"Pienso —le decía— que cuando perdemos a un compañero, incluso cuando expulsamos a un militante, el Partido sufre una derrota. Aparecen elementos, factores o fuerzas que el Partido no ha conocido bien y no ha sabido enfrentar y vencer. En su caso no nos resignamos a aceptar así como así la decisión que ha adoptado. De ahí esta carta un poco inusual, tan larga y con tantas consideraciones argumentales. No le oculto nuestro propósito: deseamos fervorosamente que vuelva sobre sus pasos. Tal conducta asumiríamos ante cualquier compañero, pero con mayor razón ante una persona como usted que hemos conocido y apreciamos tanto. Le proponemos, concretamente, reconsiderar su actitud y que vuelva a militar en el Partido. Luego de esto podríamos conversar personalmente para discutir los asuntos concretos que han motivado la decisión por usted adoptada. De una tal conversación podría sacar usted, y también nosotros, deducciones valiosas. Esperamos que haga suya nuestra proposición. Si así fuere, podríamos en seguida convenir en un viaje suyo a Moscú para los efectos referidos"*.

Hugo Díaz volvió sobre sus pasos. Tal vez la decisión que había tomado chocaba consigo mismo y le ayudaron la carta que le enviamos y las conversaciones que con él sostuvimos.

Me parece conveniente reproducir también una carta dirigida al INTI-ILLIMANI en abril de 1983. El INTI, como el QUILA y otros conjuntos artísticos chilenos, habían ya conquistado el público de Europa y de numerosos países de otros continentes por la excelencia de su música y sus canciones. Cuando se produjo el golpe del 11 se encontraban fuera del país. Habían asistido al Festival Mundial de la Juventud que se efectuó en Berlín y no alcanzaron a regresar. Decidieron quedarse afuera, en el exilio, al menos por un tiempo, dedicándose a promover la solidaridad internacional con nuestro pueblo. Pasaron los años. Los integrantes de estos conjuntos vieron que no

podían regresar ni retomar sus estudios universitarios. Formaron sus propias familias y decidieron, en hora buena, consagrarse por entero a la música y el canto, no sólo como forma de expresión de su vena artística y vehículo de comunicación social, sino también como medio de enfrentar los problemas de la propia subsistencia. Todo lo concerniente a sus giras las organizaba la Discoteca del Cantar Popular, DICAP, empresa de las Juventudes Comunistas que realizó, tanto en Chile como en el exterior, una gran labor de difusión de la nueva canción chilena. Pues bien, a comienzos de 1983, el conjunto de Horacio Salinas optó porque su gira por la República Federal Alemana quedara en manos de Alfredo Troncoso que trabajaba como productor. Un compañero nuestro, Juan Ríos, reaccionó mal con el INTI y con Troncoso. El INTI nos reclamó por ese proceder y explicó las razones que tenía para optar por otro Productor. Consideramos su reclamo, le encontramos básicamente razón, hablamos con la Jota y de ahí la siguiente carta:

Moscú, 19 de abril de 1983.

Estimados compañeros Jorge Coulón y Horacio Durán:

Hemos considerado atentamente vuestra carta del 13 de abril y, del mismo modo, la que ustedes le dirigieron al compañero Juan Ríos.

Les respondemos derechamente. El Partido, como tal, tiene una política hacia los artistas e intelectuales en general que ha expresado en reiteradas ocasiones y es esa política por la que todos debemos guiarnos.

Esto significa que las opiniones que había dado el compañero Juan Ríos no son correctas. Hemos hablado al respecto con el compañero Iván Quintana para que discuta este asunto con él.

Dicho en otros términos, no tenemos ninguna observación respecto del Inti-Illimani por la forma en que consideró debía resolverse su viaje a la República Federal Alemana. Y, por cierto, apreciamos altamente su valioso aporte a la lucha de nuestro pueblo y a la cultura chilena.

De esto se desprende, además, que no vemos por qué debiéramos discutir "a fondo la problemática del tipo de trabajo que el "Inti realiza profesionalmente". El Partido no tiene por qué meterse en ella partiendo de la idea de que siempre se plantearán dentro de la libertad de creación de los artistas que militan en sus filas y de los compromisos que todos tenemos hacia nuestro pueblo y las nobles causas que nos inspiran.

Si, a pesar de lo dicho, Uds. piensan necesario conversar con nosotros o plantearle a la Dirección del Partido las opiniones y problemas que consideren conveniente, pueden, es obvio, hacerlo, para lo cual sería útil que nos pusiéramos de acuerdo en lugar y fecha. Por favor, vean esto con el compañero Luis Guastavino.

*Con todo nuestro afecto y consideración,
Luis Corvalán.*

Reunión en Moscú PS - PC

El 13 de febrero de 1980 tuvo lugar en Moscú un singular encuentro socialista-comunista. En él participaron Clodomiro Almeyda, Rolando Calderón, Víctor y Elías por los socialistas y, de nuestro lado, Orlando Millas, Jorge Insunza, Gladys Marín y yo. Víctor y Elías venían del interior del país, con el expreso encargo de cumplir, entre otras misiones, la de reunirse con nosotros para exponernos francamente, sin intermediarios, la posición del Partido Socialista que luchaba en las primeras líneas de fuego contra la dictadura de Pinochet. También Gladys procedía del interior. No hacía muchos días que había llegado a Moscú para participar en un Pleno del Comité Central. Pero esto no lo dimos a conocer. Los socialistas, en cambio, presentaron ex-profeso a Víctor y Elías como dirigentes que actuaban en Chile en la más profunda clandestinidad.

Almeyda hizo la presentación de Víctor y de Elías a quienes, como suele decirse en estos casos, *"no teníamos el gusto de conocer"*. Luego supimos que Víctor era Germán Correa, que más tarde sería Presidente del Movimiento Democrático Popular, Presidente del Partido Socialista y Ministro del Interior del Gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle. De Elías no supimos su verdadero nombre, ni tuvimos mayor información. Nunca más lo hemos vuelto a ver ni hemos sabido de él. Después de Almeyda, Víctor fue el primero que habló. Calificó el encuentro de *"muy significativo por ser al más alto nivel y darse en una coyuntura histórica especialmente importante"*. Dijo que *"el Comité Central clandestino ha seguido precisando y especificando la línea de Argel"* (del Pleno que el PS celebró en la RDA y que para la exportación se anunció como efectuado en la capital de Argelia) y afirmó que en Chile *"ha venido terminando una etapa de la dominación del imperialismo y de la oligarquía financiera"*, que viene una nueva etapa *"de afianzamiento de sus posiciones y de reproducción ampliada que insertará a nuestro país en la economía mundial"* y *"que estos cambios en la estructura económica inciden en la política de alianzas"*. Señaló que *"hay sectores de la Democracia Cristiana que ven la posibilidad de entenderse con el régimen"*, que surge *"el peligro de fórmulas de recambio"* y de ahí *"la necesidad de acentuar el liderazgo de la Unidad Popular y de pasar a una nueva etapa de la lucha popular"*. *"Se trata —dijo— de dinamizar la lucha de masas, de cerrar el claro vacío y la distancia que hay entre la conducción política y la lucha de masas y de recoger su gran aspiración democrática y su gran disponibilidad en una perspectiva socialista y democrática. Este es el gran desafío, desafío de conducción finalmente."*

"En esa perspectiva —continuó diciendo Víctor— colocamos la necesidad

de desarrollar la fuerza propia y autónoma del movimiento popular en torno a un proyecto propio, lo cual no significa una concepción aislacionista. En caso contrario, esos sectores pueden ser hegemonizados por la DC". Precisó que "no definimos una política de alianzas básicamente por oposición a la DC, sino una política que ayude a cambios en la correlación de fuerzas en el interior de la DC donde hay sectores progresistas".

Sigue Víctor: "Hay una situación de crisis en la izquierda chilena, que se expresa en las limitaciones de conducción, en los problemas que han tenido algunos partidos, en el todavía inexistente proyecto popular. Hay que vanguardizar el movimiento para lograr una conducción revolucionaria. La UP no ha dirigido todas las acciones realizadas, no obstante la efervescencia e inquietud que existe en el pueblo. Creemos que la reformulación de la UP que venimos planteando está ligada a un cambio en la conducción del movimiento popular y a la búsqueda de nuevos niveles de convergencia. Cuando planteamos el Bloque por el Socialismo, no estamos decretando la obsolescencia de la UP ni su desaparición. Pensamos que la UP renovada debe ser el núcleo en torno al cual se de la convergencia, el bloque por el Socialismo. El estado de ánimo de las masas espera esa renovación. El papel de la UP es ponerse al frente de estos procesos para que ellos tengan un desarrollo conducido y no espontáneo que sólo puede favorecer los proyectos centristas de recambios burgueses". "Es la perspectiva socialista la que debe ordenar los términos de la lucha por la democracia". "De lo contrario —insistió— se favorece el recambio centrista".

A continuación habló Elías. "Más o menos desde el mes de agosto (agosto de 1979) se produce en Chile —dijo— un elemento de diferenciación que se expresa en tres claras lecturas de la situación. Hay —afirmó— elementos de la coyuntura que son leídos en forma diferente tanto por la DC como por el PS y el PC. La DC —explicó— habla de crisis parcial del régimen en el que se potencian elementos negociadores, lo cual incide en el quehacer táctico de ese partido. Este busca el reconocimiento de la hegemonía y que socialistas y comunistas renunciemos a la violencia y a nuestros objetivos estratégicos. Por su lado, el Partido Comunista —nos dijo— sobrevalora los elementos de la coyuntura, optimiza el auge del movimiento de masas, cree que hay crisis militar y percibe la caída del régimen. Sin embargo —agregó— el PC piensa que no es el movimiento popular el que tiene las mayores posibilidades de conducir las cosas, por lo cual busca un conjunto de acuerdos con la DC. En función de ello crea una multiplicidad de estructuras y superestructuras y, de alguna manera, sin explicitar, renuncia a objetivos estratégicos, declara que está dispuesto a marginarse del Gobierno que suceda a la dictadura. Esto —afirma— es un elemento de confusión."

En seguida Elías explica "la lectura" del PS. Sostiene que no hay condiciones que prefiguren que el régimen se acerca a su derrumbe y que es un

craso error de la DC andar en busca de una negociación con el régimen y es error del PC buscar acuerdos con la DC. Cree que es imprescindible discutir a fondo, pues es imposible la convivencia de tres tácticas. *“Ustedes —dice— van a sostener que la discusión política no tiene prioridad, sino la lucha concreta y los acuerdos. Esto va a determinar que desarrollemos una política de bloqueo, que consistirá en frenar, en obstaculizar tales tácticas y sólo a facilitar lo que no esté ligado a vuestros proyectos. No nos vamos a negar a actividades concretas, a proyectos neutros, pero sí a los que favorezcan los proyectos del PC y de la DC. Habrá diálogo de sordos por largo tiempo.”*

Dos días duró este encuentro PS-PC. A nombre del Partido expuse nuestros puntos de vista sobre los principales asuntos que se habían planteado. *“Le asignamos —dije— mucha importancia a esta reunión, aunque a decir verdad creemos que los problemas que enfrentamos en la UP no son de fácil solución y no vemos tan claro que podamos llegar pronto a un acuerdo común. En lo que a nosotros respecta, pensamos que debemos buscar siquiera algunos progresos y, si es posible, fijar criterios en los que podamos concordar. En todo caso, el conocimiento de las posiciones de cada cual tiene y tendrá su importancia.*

No obstante las dificultades de la UP —continué diciendo— creemos que podemos y debemos ponernos de acuerdo en lo fundamental, es decir en como impulsar la lucha contra la dictadura en el interior y en el exterior del país”.

Me referí uno por uno a los problemas que estaban en la mesa de la discusión, reafirmando nuestra posición en aquellas cosas en que no éramos bien comprendidos y, sobre todo, colocando siempre el acento en la necesidad de impulsar de conjunto la lucha de los trabajadores y del pueblo por sus reivindicaciones y derechos en contra de la dictadura de Pinochet. Concretamente, propuse que viéramos qué hacer en común para el 8 de marzo y el 1° de mayo, fechas que estaban muy próximas. Expuse la necesidad de apoyar las luchas que libraban en esos días los trabajadores de la salud y del carbón, los taxistas y otros sectores. Y tiré la idea de que toda la oposición debería propiciar la abstención en el plebiscito que ya anunciaba Pinochet para refrendar su Constitución. Me referí a la necesidad de promover el retorno de los exiliados y a organizar en cada país acciones ante los gobiernos para presionar a la Junta a ceder en esa dirección.

En especial abordé los problemas que afectaban a la Unidad Popular. *“Debemos —sostuve— evitar su división. Si la UP se divide —terminé diciendo— ello será un gran golpe para el pueblo de Chile, retrasará todo el proceso y favorecerá, por último, salidas de tipo burgués”.*

Este encuentro PS-PC, que había comenzado mal, cambió en el curso de la discusión. Sirvió para despejar dudas, confusiones y mal entendidos que se habían acumulado principalmente en los dirigentes socialistas del

interior, y sirvió también para adoptar un conjunto de acuerdos orientados a fortalecer más la lucha y la unidad de nuestro pueblo contra la dictadura de Pinochet. No obstante, los planteamientos que hicieron los compañeros socialistas que procedían del interior del país nos dejaron con la bala pasada.

Dos o tres semana después tuve que ir a Berlín a una reunión con mis compañeros de Partido. Naturalmente, me contacté con Clodomiro Almeyda que residía allí. Le busqué conversa sobre la reunión que habíamos tenido en Moscú y le expresé que nos habían dejado perplejos las opiniones que traían sus compañeros del interior. Se limitó a decirme:

—*Tú tienes que entender. Son dirigentes muy bisoños.*

El eurocomunismo

En los años de nuestro exilio, los más grandes partidos comunistas de Europa eran el italiano, el francés, el español y el portugués. Los tres primeros constituían una tendencia o corriente que se conoció en esos años como el "eurocomunismo". Con diferencias de matices, compartían las mismas posiciones en el orden internacional, se caracterizaban por remarcar y hacer notar su independencia respecto al Partido Comunista de la Unión Soviética y por mantener y hacer sentir una posición crítica frente "*al socialismo real*" en general y al régimen soviético en particular. Al mismo tiempo, con distintos énfasis, hacían dejación de algunas posiciones que aparecían inmutables para la mayoría de los Partidos Comunistas, como la de considerar indispensable la dictadura del proletariado en la etapa de transición del capitalismo al socialismo.

El Partido Comunista de la Unión Soviética discrepaba de las posiciones del eurocomunismo. Sus dirigentes las miraban como una herejía. Al mismo tiempo, se esforzaban por mantener buenas relaciones con los partidos que representaban esa tendencia, en razón de la importancia que ellos tenían en Europa y en el ámbito mundial.

En Europa, el Partido Comunista de Gran Bretaña; en Asia el de Japón y en América los de México y Santo Domingo asumieron algunas posiciones eurocomunistas.

Hubo gente que veía en los comunistas chilenos cierto parentesco con el eurocomunismo y no faltaron quienes llegaron a sostener que habíamos sido algo así como sus precursores. En un encuentro con la prensa italiana, en febrero de 1977, transcurrido sólo dos meses de mi salida de los campos de concentración de Pinochet, un periodista me preguntó en Roma si estaba

de acuerdo en que la política del Partido que dirigía Enrico Berlinguer podía definirse como un plato de spaghetti con salsa chilena.

—*Creo*—respondí— *que los italianos tienen salsas muy sabrosas y no necesitan importar otras.*

Allí, en la hermosa capital itálica, me hizo una extensa entrevista el periodista Antonio Tello de la revista española "NOTICIAS- EXTRA", que se publicó en su edición del 5 de abril de ese año. Me preguntó:

—"*¿Qué consideraciones le merece el eurocomunismo? Se trata, para usted, simplemente de una variante parlamentaria de los PC o es una brecha ideológica mucho más profunda, teniendo en cuenta su alejamiento doctrinal del concepto de dictadura del proletariado, por un lado, y por otro su constante ataque a la política de la URSS?*"

—"*Ninguno de los PC a que usted se refiere*—le respondí— *habla de variante parlamentaria como línea general ni de brecha ideológica de carácter cismático. La actitud que tienen frente al principio de la dictadura del proletariado no es igual en todos ellos. De otro lado, en dichos partidos hay que ver no sólo diferencias reales en relación a los demás partidos comunistas, sino también la búsqueda creadora de nuevas vías que corresponden a determinados problemas y procesos históricos*".

La relación del Partido Comunista de Chile con los partidos eurocomunistas fue en todo momento abierta, franca y cordial. Los tres partidos del "euro" se caracterizaron por su gran solidaridad con el pueblo chileno durante los años de la dictadura. Ello nos llevaba a mantener con esos partidos una relación de amistad y un gran aprecio. Pero no sólo se trataba de esto. Los partidos eurocomunistas se distinguieron también por el profundo interés y la gran simpatía con que siguieron la lucha del pueblo de Chile durante los años de la Unidad Popular, desde mediados de la década del 60 hasta la generación del gobierno de Salvador Allende y los tres años que éste se mantuvo en la dirección del país.

En la búsqueda de nuevas vías hacia el socialismo, la experiencia chilena fue, particularmente considerada por los partidos del "euro". El Secretario General del Partido Comunista de Italia, Enrico Berlinguer, escribió un valioso artículo en la revista "RINASCITA", antes de cumplirse el primer mes del golpe fascista del 11 de septiembre. El artículo se llamaba: "REFLEXIONES SOBRE ITALIA DESPUÉS DE LOS ACONTECIMIENTOS DE CHILE". En los primeros tres acápites de su escrito, que fue el punto de partida de la política del "COMPROMISO HISTÓRICO" de los comunistas italianos, Berlinguer dice:

"Los acontecimientos chilenos han sido y son vividos como drama por millones de seres humanos en todos los continentes. Se ha comprendido y se comprende

que se trata de acontecimientos de alcance mundial, que no solo suscitan sentimientos de execración hacia los responsables del golpe reaccionario y de las masacres masivas, y de solidaridad con las víctimas y con aquéllos que resisten, sino que plantean también cuestiones que apasionan a los combatientes de la democracia en cada país y conducen a la reflexión."

"Ante todo, los acontecimientos chilenos despiertan la conciencia, contra toda ilusión en el sentido de que continúan siendo características del imperialismo, en particular el de América del Norte, la opresión y el estrangulamiento económico y político, el espíritu de agresión y de conquista, la tendencia a oprimir a los pueblos y a privarlos de su independencia, de su libertad y de su unidad, cada vez que las circunstancias concretas y las relaciones de fuerza lo permiten".

"En segundo lugar, los acontecimientos de Chile permiten definir y situar claramente a los enemigos de la democracia en los países del llamado mundo libre. La opinión pública de estos países, castigada desde años y decenios por una propaganda que señala al movimiento obrero, a los socialistas y a los comunistas como enemigos de la democracia, tiene hoy día bajo sus ojos una nueva prueba luminosa de que las clases dominantes burguesas y los partidos que las representan o que se dejan avasallar por ellas, están listas a destruir toda libertad y a pisotear todo derecho y todo principio humanitario cuando son golpeados o amenazados sus intereses y su poder".

"Los acontecimientos chilenos llaman a una reflexión atenta que no se limita al cuadro internacional y a los problemas de la política extranjera, sino que concierne igualmente a los problemas relativos a la lucha y a la perspectiva de la transformación democrática y socialista de nuestro país".

Luego habla de las diferencias y analogías que hay entre la situación de Chile y de Italia, para terminar diciendo que de unas y otras es preciso sacar conclusiones *"para profundizar y precisar mejor en qué consiste y cómo puede progresar la vía italiana al socialismo"*, la estrategia política que Togliatti llamó *"de avance de Italia hacia el socialismo en democracia y paz"* y que entronca con el pensamiento y la acción de Antonio Gramsci. Se puede decir que la principal conclusión que Berlinguer dedujo de lo ocurrido en Chile es la necesidad de *"ampliar el tejido unitario, reunir en torno a un programa de lucha por el saneamiento y la renovación democrática de toda la sociedad y del Estado, a la gran mayoría del pueblo, y de hacer corresponder a este programa y a esta mayoría un reagrupamiento de fuerzas políticas capaces de realizarlo. Sólo esta línea y ninguna otra podrá aislar y batir a los grupos conservadores y reaccionarios, dar a la democracia una solidez y una fuerza invencible a fin de hacer avanzar la transformación de la sociedad. Al mismo tiempo, no es más que recorriendo esta vía que pueden crearse en el presente las condiciones para construir una sociedad y un Estado socialistas que garanticen el pleno ejercicio y el pleno desenvolvimiento de*

todas las libertades". Y después de referirse a las alianzas "como cuestión decisiva de toda política revolucionaria", sostiene que los comunistas italianos, "siempre hemos pensado y hoy la experiencia chilena nos refuerza en esta convicción, de que la unión de los partidos de izquierda y de las fuerzas de izquierda no es una condición suficiente para garantizar la defensa y el progreso de la democracia cuando se opone a esta unión un bloque de partidos que se sitúa desde el centro hasta la extrema derecha.... Evidentemente, la unidad, la fuerza política y electoral de la izquierda y el entendimiento siempre más sólido entre sus diferentes y autónomas expresiones son condición indispensable para mantener en el país una presión creciente por el cambio y para determinarlo. Pero sería ilusorio creer que, aún si los partidos y las fuerzas de izquierda llegan a alcanzar el 51% de los votos y de la representación parlamentaria (lo que marcaría ya un gran paso adelante en las relaciones de fuerza entre los partidos en Italia)", este solo hecho garantizaría la sobrevivencia y la acción de ese 51 %".

Los comunistas chilenos y los italianos teníamos no pocas afinidades en una serie de importantes cuestiones teórico-prácticas. Unos y otros concebíamos "la vía pacífica", que los italianos llamaban "vía democrática", como un proceso revolucionario de masas, que debía ir más allá de la izquierda, agrupar a la mayoría ciudadana y desarrollarse en la lucha por los derechos del pueblo, por la defensa y la ampliación de las conquistas democráticas; pensábamos que era incorrecto identificarlo con un simple camino parlamentario y nos pronunciábamos categóricamente por construir, junto a las más amplias fuerzas progresistas, una sociedad socialista, con pluralismo político y en un Estado de derecho. Con los comunistas franceses y españoles teníamos criterios similares en tales materias. No compartíamos, en cambio, la crítica al "socialismo real". Desde nuestro punto de vista, esas críticas lindaban en el antisovietismo y eran aprovechadas por el enemigo. Hoy, a la luz del colapso de ese tipo de socialismo y de cuanto con él quedó al desnudo, no se puede menos que reconocer que, más allá de las exageraciones, abordaban problemas reales. Los comunistas italianos, franceses y españoles, conocían más que nosotros la sociedad que se había construido sobre las ruinas del imperio zarista y sabían más acerca de cómo transcurría la vida y se manejaban las cosas en los países socialistas de Europa.

La idea de la dictadura del proletariado fue también, en alguna medida, motivo de desacuerdo. Yo mismo la defendí, apenas llegué a Moscú, en el mitin del teatro "Rossia" que se realizó el 4 de enero de 1977, recordando que "en una sociedad de clases antagónicas, todo gobierno constituye alguna forma de dictadura". Sigo pensando que es así, toda vez que si existen distintas clases sociales opuestas entre sí, no hay ni habrá gobierno, poder político o Estado que no represente y ejerza cohesión. Pero pienso también que la

expresión *"dictadura del proletariado"* no es acertada e induce a equívocos. Por eso coincido con el enfoque que Georges Marchais hizo sobre este problema en febrero de 1976, en su informe al 22 Congreso de su partido. Dijo Marchais:

"Si la dictadura del proletariado no figura en el proyecto de documento para señalar el poder político en la Francia socialista por la cual luchamos, es porque ella no refleja la realidad de nuestra política, la realidad de lo que nosotros le proponemos al país". Y en seguida dijo que, para ellos, comunistas franceses, el poder que conducirá a la transformación de la sociedad será el poder de la clase obrera y de otras categorías de trabajadores, manuales e intelectuales, de la ciudad y el campo, es decir, de la gran mayoría de los trabajadores y que este poder se constituirá y actuará sobre la base de la elección libremente expresada a través del sufragio universal y tendrá por tarea realizar la democratización más resuelta de toda la vida económica, social y política del país. Agregó en seguida que, contrariamente a todo esto, la expresión dictadura, evoca automáticamente los regímenes fascistas y *"esto"*, dijo, *"no es lo que queremos"* en tanto que la expresión proletariado evoca el nudo, el corazón de la clase obrera, que si bien tiene un rol esencial *"no representa al conjunto de los trabajadores de los cuales emanará el poder socialista al que nosotros aspiramos"*.

Más adelante Marchais dijo que en las condiciones de Rusia de 1917 *"la dictadura del proletariado fue necesaria para asegurar la edificación del socialismo"* y que los partidos comunistas, cuando se fundaron, hicieron suya la expresión *"dictadura del proletariado"*, sacando lecciones del fracaso de la socialdemocracia internacional y de la victoria de la Revolución de Octubre, pero que el mundo ha cambiado y la situación de hoy es otra.

El derecho a la rebelión contra la tiranía

El 3 de septiembre de 1980, en la Sala de las Columnas, sede de los sindicatos soviéticos, realizamos un acto con ocasión del décimo aniversario de la victoria de la Unidad Popular. Nos acompañaron Andrei Kirilenko, del Buró Político del PCUS, y el dirigente socialista Rolando Calderón. Habían pasado siete años desde el golpe militar, la dictadura había logrado destruir la democracia chilena, se afianzaba y buscaba institucionalizarse mediante el plebiscito a que había convocado para el día 11 a fin de refrendar su Constitución y asegurar la incesante auto-reproducción del sistema. Este plebiscito se realizaría —se realizó— sin registros electorales, ni mesas receptoras de sufragios sometidas al control popular.

El 17 de agosto, el ex Presidente Eduardo Frei Montalva había soste-

nido que las disposiciones del período de transición que se sometían a plebiscito regirían durante 10 años, durante los cuales el poder estará —dijo— sólo en manos de Pinochet y la Junta Militar, quienes podrán incluso modificar la Constitución y dictar las leyes que se les antoje. Frei hizo notar que en estos 10 años no habrá elecciones ni Parlamento, los Alcaldes serán designados y Pinochet podrá decretar estados de emergencia y de catástrofe nacional, seguir deteniendo gente sin orden judicial, impedir el derecho de reunión y de información, prohibir el ingreso de chilenos a su país y expulsar o relegar por tres meses a los opositores. Se pronunció, además, por un gobierno de transición que le devuelva al pueblo sus libertades, que convoque a una asamblea constituyente y ésta redacte una Constitución que luego se plebiscite.

Se hacía claro que para terminar con la dictadura ya no bastaban las declaraciones de protesta y otros recursos tradicionales. Era necesario agregar a tales métodos, otras formas de lucha, más contundentes, recurriendo incluso a determinadas acciones de violencia. Fue en esa circunstancia que reivindicamos el derecho del pueblo chileno a rebelarse contra la tiranía. Lo reivindicamos luego de concluir, como los hechos lo venían demostrando, que a la dictadura de Pinochet no se le podía poner fin mediante meras protestas y declaraciones y el uso de métodos tradicionales de lucha, aunque todos los métodos y formas eran respetables y útiles en alguna medida. Ya habían transcurrido siete años de régimen fascista y era impropio de revolucionarios conformarse con una oposición más o menos versallesca que no le hacía mayor mella, favorecía su prolongación y significaba más bien estar a la espera de que terminara con el paso del tiempo.

En el discurso que pronuncié en la sala de los sindicatos soviéticos dijimos que el resultado del plebiscito se conocía de antemano, pues era como una carrera de un solo caballo. *“Pero —agregamos— habrá otro resultado. Se hacen humo las ilusiones respecto de una presunta liberalización del régimen. Se cierran los caminos para la evolución gradual con que algunos han soñado. En estas circunstancias, no tenemos dudas de que el pueblo chileno sabrá encontrar el modo de sacudirse del yugo de la tiranía. Las masas irrumpirán de una u otra manera hasta echar abajo el fascismo. Pinochet no podrá mantenerse en el poder por el tiempo que pretende. El derecho del pueblo a la rebelión pasa a ser cada vez más indiscutible.”*

Y más adelante sostuvimos que el pueblo *“sabría descubrir en la lucha las formas específicas de expresión de su proceso democrático y revolucionario, dando paso, seguramente, a los más variados métodos que ayuden a desarrollar el movimiento de masas, aislar a la tiranía, aunar fuerzas, abrir perspectivas de victoria. Es el fascismo el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro*

camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso a la violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida"

Estos planteamientos tuvieron una acogida favorable en la izquierda chilena. Y si bien no todos los compartieron desde el primer momento, cual más cual menos se fue pronunciando en términos favorables a enfrentar a la dictadura de manera resuelta, recurriendo a los más diversos procedimientos conducentes a su caída. Pasado el plebiscito de 1980, que demostró una vez más que en el terreno elegido por Pinochet nada significativo se podía lograr, la UP formuló en Santiago una declaración en la cual afirmaba que el pueblo de Chile *"reivindica su derecho a la resistencia contra la opresión, que habrá de expresarse a través de los mas variados, masivos y efectivos métodos de lucha, incluido el supremo recurso de la rebelión contra la tiranía.* El Secretario General del Partido Socialista, Clodomiro Almeyda, declaró en Madrid el 5 de febrero de 1981, reiterando opiniones ya vertidas por su colectividad, que *"se abandonan las ilusiones aperturistas"* y *"se da paso a la estrategia de la lucha de masas insurreccional."*

El Presidente del Partido Radical, Anselmo Sule, declaró días después, el 15 de marzo en México, que ya *"hay consenso en que el derecho a la rebelión es un derecho que se ha ganado el pueblo, y que la lucha armada, como parte de una lucha total, es también una forma de rebelión, aunque no la única"*. Los partidos Mapu, Mapu-OC e Izquierda Cristiana, en un documento conjunto, señalaron que *"el único camino realista para refundar la libertad y la democracia en Chile pasa por derrocar al régimen y liquidar la base política y de fuerza que lo sustenta"*. Y añadieron: *"Se ha abierto espacio en la Izquierda para concordar una estrategia que ponga al centro la lucha popular e incorpore la fuerza propia como un elemento decisivo."* Y luego: *"La experiencia histórica demuestra que todas las dictaduras de América Latina —y no pocas que han habido en nuestro país— fueron eliminadas por la fuerza y con métodos que no excluían la violencia"*. De su lado, Andrés Pascal Allende, Secretario General del MIR, en el periódico "EL REBELDE", edición de febrero de 1981, declaró que: *"A nadie puede caberle dudas de que sólo acciones decididas, en las que se desarrollen todo tipo de luchas legales, semi-legales y clandestinas, pacíficas y violentas, podrán restituir las libertades al pueblo chileno"*.

El discurso del 3 de septiembre de 1980, que invocaba el derecho a la rebelión, tuvo también cierta repercusión internacional. Logró particular publicidad en las páginas de "PRAVDA" en Moscú; de "GRAMMA" en La Habana y del "NUEVO DIARIO" en Managua. Lo reprodujeron las Revistas "AMERICA LATINA" del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URRS, la Revista "PAZ Y SOCIALISMO", que editaban en

Praga los Partidos Comunista y la Revista "ESTUDIOS" del Partido Comunista de Uruguay, que dirigía su Secretario General, Rodney Arismendy. También encontró críticas y oposiciones.

La Democracia Cristiana rechazó nuestra postura. Y en la Izquierda, incluso en nuestro Partido, más bien en su periferia, hubo quienes no comprendieron del todo la línea política de la rebelión popular. Algunos le cedían terreno a la oposición burguesa y se dejaban llevar por sus críticas o se confundían con la propaganda del régimen, sobre todo cuando este cargaba a cuenta del Partido o del Frente Patriótico Manuel Rodríguez autorías que no eran nuestras. Otros no estaban plenamente convencidos de que había que meterle leña al fuego de la lucha contra la tiranía y que, si el Partido necesitaba una fuerza propia que podía ser indispensable y decisiva más tarde, había que prepararla desde ya y ella tenía que hacer algo ahora para estar en condiciones de hacer algo más grande mañana.

A propósito de las objeciones que la Democracia Cristiana formuló de inmediato a nuestro planteamiento, dijimos en Estocolmo, el 16 de noviembre de ese mismo año:

"Al parecer, la DC sigue creyendo en que todavía puede haber una solución pacífica sobre la base de un acuerdo con las Fuerzas Armadas. No pensamos de igual manera. Ello nos parece ilusorio. Sin embargo, no rechazamos a priori alguna posibilidad, si la hubiera, de una salida pacífica. Por eso, seguimos con interés la acogida y la evolución del planteamiento demócratacristiano en favor de un gobierno de transición cívico-militar que duraría un par de años y convocaría a una Asamblea Constituyente para que el pueblo decida sus propios destinos."

Al mes siguiente, en el saludo al Congreso del Partido Comunista de Cuba, con entera convicción afirmamos que: "El pueblo tiene mil veces la razón, pero está visto que los regímenes despóticos no se dan nunca a la razón. Es necesario agregar a la razón la fuerza, la lucha en todos los frentes."

Lo que hicimos para promover e impulsar la lucha multiforme y combativa de las masas, hostigar a la tiranía por todos los medios y no darle ni pedirle cuartel, fue un factor fundamental en la formación de un nuevo cuadro político en el país, pues esa lucha multiforme y decidida abrió perspectivas, levantó la moral de combate en considerables sectores populares y condujo a ciertos sectores de la burguesía a buscar también una salida a la situación. Si no hubiésemos comprendido a tiempo los cambios en la situación y las exigencias de la lucha, más concretamente, si no hubiésemos reivindicado el derecho del pueblo a rebelarse contra la tiranía; si no hubiésemos planteado con fuerza la necesidad de poner en práctica las más diversas formas de lucha, pacíficas y violentas; si en este terreno no hubiésemos demostrado que éramos capaces de pasar de las palabras a los hechos, Pino-

chet y su camarilla podrían tener todavía la suma del poder en sus manos. En definitiva, la política de rebelión popular, hecha suya y convertida en luchas concretas por gran parte del pueblo, si bien no venció en toda la línea, erosionó a la dictadura y acortó el tiempo de sus fechorías.

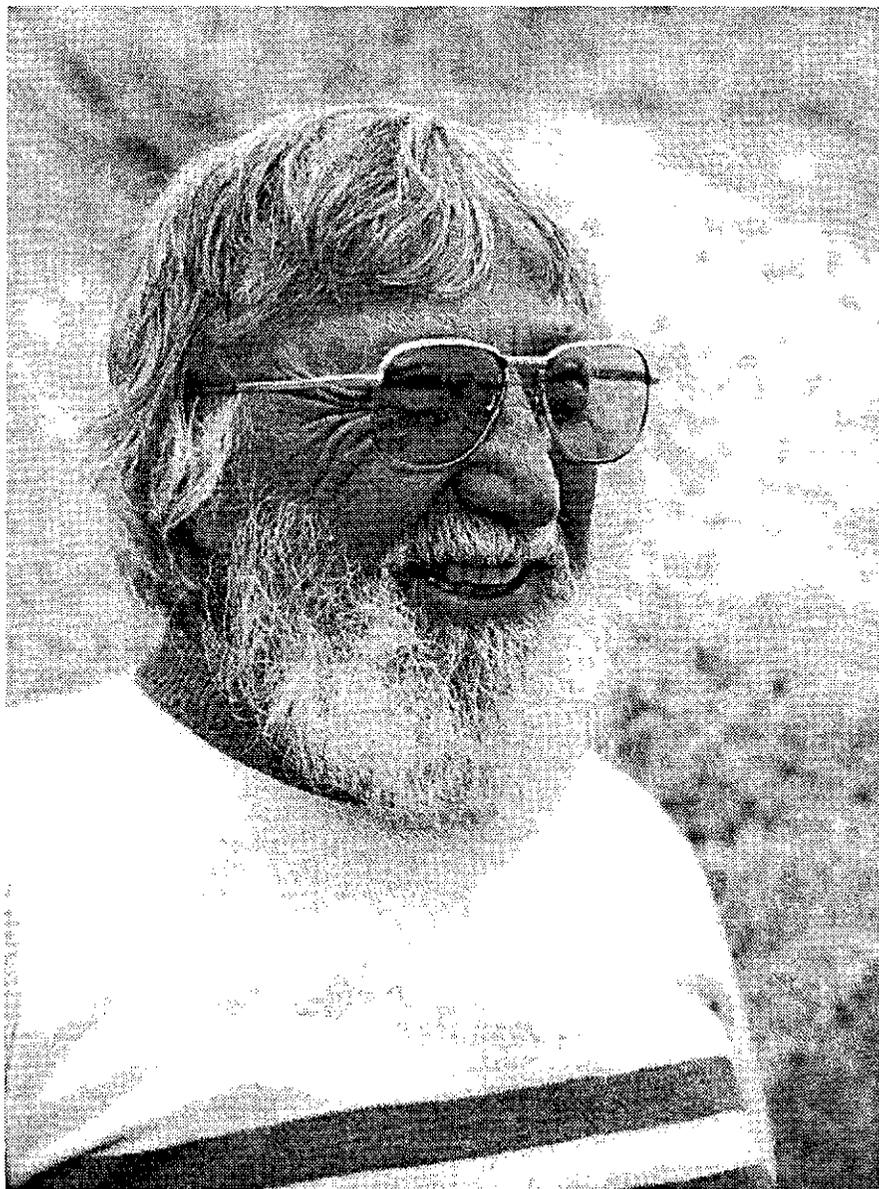
En conclusión, el Partido Comunista vio claro que el plebiscito del 80 era un mayúsculo engaño, dirigido a imponer la constitución fascista y asegurar el reinado del dictador hasta fines del siglo. Lo denunció como tal antes de que se llevara a cabo, afirmando en dicha ocasión la insuficiencia de las formas de lucha empleadas hasta ese entonces para combatir la dictadura y la necesidad de complementarlas con otras acciones, comprendidas acciones de violencia aguda. Algunos burgueses de la oposición se escandalizaron. Habían apoyado el golpe y apenas abierto la boca para rechazar uno que otro exceso de la violencia fascista. Pero ahora sí que hablarían fuerte pues se trataba de la violencia del pueblo propiciada por los comunistas. Primero intentaron ridiculizarnos. Dijeron que se trataba de simples palabras y, por lo tanto, de violencia declamatoria. Después trataron de cuestionarnos con toda clase de argumentos y de argucias. El hecho objetivo es que la dictadura entró en una fase crítica y pasó momentos de peligro cuando las masas populares —trabajadores, pobladores, estudiantes y otros sectores— pusieron sus fuerzas en movimiento, enfrentaron los cuerpos represivos, aplicaron diversas formas de lucha y poco menos que le volvieron la espalda a la oposición versallesca.

El meollo de todo está en la comprensión del papel que juega la fuerza en la política. Esta no es el arte de gobernar, como se dice vulgarmente. Tampoco es el arte de lo posible, como sostienen aquellos que se prosternan ante las dificultades y prefieren el camino de la conciliación y de los consiguientes renuncios antes que removerlas mediante la movilización de las masas. La política es, más bien, el arte de comprender y dominar el sentido y la dinámica de los fenómenos sociales y de actuar en correspondencia a los intereses de la clase a que se pertenece y de los principios que se sostienen y defienden.

La fuerza es determinante en la lucha por los intereses de las clases. La fuerza está presente en todo, en la existencia misma del Estado, en sus leyes, en sus instituciones, en los medios de comunicación de masa y hasta en las ideas y razones que se propagan, las que valen en la medida que tienen eco y apoyo en las masas. Hay y puede haber períodos en la vida de los pueblos en que la fuerza y su colorario, la violencia, no se noten a primera vista. Pero el hecho concreto es que están en forma declarada o implícita en toda sociedad dividida en clases, y hay circunstancias en que su presen-

cia es abierta y dominante, como ocurrió durante todo el período de la dictadura pinochetista.

La historia de Chile está llena de hechos y acontecimientos que demuestran la omnipresencia de la fuerza, a menudo expresada en forma de luchas violentas y hasta sangrientas. El capitalismo, que al decir de Marx, nació chorreando sangre por los cuatro costados, se abrió paso y se expandió en nuestro país en guerra contra las naciones hermanas de Perú y Bolivia, a través de la guerra contra el pueblo mapuche durante la llamada "*pacificación de la Araucanía*" y en lucha constante, con frecuencia a sangre y fuego, en contra de los trabajadores chilenos. Es una gran mentira eso de que las Fuerzas Armadas actuaron en 1973 a petición de la ciudadanía. Lo hicieron por cuenta de la reacción chilena y del imperialismo norteamericano. Fueron requeridas por el Pentágono y por el Departamento de Estado, por los agentes de la CIA y de la embajada yanqui, por "EL MERCURIO", los clanes de la oligarquía, una mayoría ocasional de la Cámara de Diputados y los viejos de "eme" de la Corte Suprema como los llamó el diario "PURO CHILE".



1984. Luis Corvalán en Chile durante la clandestinidad, fotografía de Raúl Moraga.

7. Los años decisivos

En busca del acuerdo con Pinochet

Al sur poniente de San Bernardo, donde resido desde que volví a la luz pública a fines de 1989, se encuentra Calera de Tango, una comuna que no tiene más de 20 mil habitantes y cuya gente trabaja principalmente en la fruticultura. A las modestas viviendas campesinas y a las clásicas casonas de las haciendas de antaño hoy se agregan los confortables chalets en las parcelas de agrado que han surgido como callampas en los últimos 15 años. Allí, en el Convento que los jesuitas tienen en esta apacible comuna, el Cardenal Juan Francisco Fresno se reunió a mediados de 1985 con un grupo de políticos democráticos —y algunos no muy democráticos— con el propósito de buscar el diálogo y el entendimiento con el gobierno de Pinochet. Bajo la presidencia del Cardenal se realizaron varios encuentros a los que asistieron representantes del Partido Demócrata Cristiano, del Partido Socialista dirigido por Carlos Briones (luego conocido como el Partido de Ricardo Núñez), del Partido Radical encabezado por Enrique Silva Cimma; del Partido Socialdemócrata presidido por René Abeliuk; de la Unión Nacional, antecesora de Renovación Nacional, representada por Andrés Allamand; del Partido Liberal, del Partido Republicano y del Partido Nacional que dirigía Carmen Sáenz. Al término de esas reuniones, los partidos nombrados suscribieron un documento con el nombre de “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”, cuyo texto dio a conocer el vespertino “LA SEGUNDA” en su edición del 26 de agosto de 1985. Exactamente diez años después, el mismo diario publicó una separata de 16 páginas, bajo el título “Entretelones del Acuerdo Nacional” y el subtítulo “*Apuntes para cuando se escriba la Historia*”. Su autor José Zabala, uno de los tres coordinadores del Acuerdo. Los otros eran Sergio Molina y Fernando Léniz.

Los apuntes de Zabala son de un gran valor para conocer y comprender un trozo de la historia del país. Describen cómo se fraguó ese Acuerdo

y cómo, a espaldas del pueblo se convino, por parte de la centro-derecha y de alguna gente de izquierda, en una salida de la dictadura que no llevó al país a *"la transición a la plena democracia"*, sino a una cohabitación, a un régimen híbrido, a un gobierno bicéfalo, a una dualidad de poder.

Como ya dije en el capítulo 5, a fines de marzo de 1985 tuve que salir del país por razones de salud, de tal manera que sólo a mi regreso, seis meses después, pude imponerme del Acuerdo Nacional. Pero son, en verdad, los pormenorizados apuntes de Zabala los que me han permitido —y le han permitido a todo el mundo— conocer bien no sólo el contenido sino también el origen de ese documento básico de la política de conciliación que se impuso en el país. En el subcapítulo "Dos visitas Externas", Zabala cuenta que el 19 de febrero de ese año el Cardenal Fresno, acompañado del Obispo Valech y del Vicario Precht, recibió en su casa al Secretario de Estado Adjunto del Gobierno norteamericano, Mr. Langhorne Motley quien *"venía con el embajador James Theberge y el encargado del "Chilean Desk" del Departamento de Estado"*. Escribe Zabala que Motley le dijo a Fresno *"que quizás la Constitución del 80 no sea perfecta, pero que no se podía iniciar el diálogo dudando de la legitimidad de la persona que estaba en La Moneda"*, que *"también era necesario que se fijara una clara línea frente al comunismo, lo cual no sólo tranquilizaría a Pinochet, sino también a muchos otros en Chile, ya que se había comprobado que cuando se jugaba con fuego, al desaparecer la humareda, sólo quedaban dominando los comunistas"*. Agrega Zabala que poco después estuvo con el Cardenal un representante del Reino Unido, acompañado del embajador británico y, a modo de comentario dice: *"Estas dos visitas fueron, quizás, la razón por la cual, mucho tiempo después, el ultraderechista senador norteamericano Jesse Helms atribuyera el Acuerdo Nacional a una iniciativa del Departamento de Estado de los Estados Unidos"*.

Zabala cuenta que los tres asesores del Cardenal, Sergio Molina, Fernando Léniz y él se reunieron primero, separadamente y en el orden que sigue, con Patricio Aylwin, Carlos Briones, Francisco Bulnes, Enrique Silva Cimma, Pedro Correa, Andrés Allamand y René Abeliuk y más tarde con Hugo Zepeda *"para cubrir un sector de derecha no considerado"* y luego con Luis Maira, *"por sugerencia de Briones, quién sentía la necesidad de verse acompañado por alguien tanto o más de izquierda que él"*. Las entrevistas empezaron el 15 de marzo con Patricio Aylwin.

El 22 de julio se hizo la primera reunión de conjunto en el convento de Calera de Tango, *"en una sala algo oscura y pobremente calefaccionada con una estufa a parafina"*. Al encuentro asistieron los políticos antes mencionados, menos Luis Maira y más Gabriel Valdés. Obviamente, concurren también los asesores. En esta ocasión, Zabala dio a conocer, a petición del Cardenal,

las "opiniones que habían resultado coincidentes o similares en las reuniones tenidas con cada uno de ellos por separado". Todos coincidían en buscar y sellar un "indispensable acuerdo con las Fuerzas Armadas –con o a pesar de Pinochet–, siendo básico para ello: 1.- la exclusión, aunque no la proscripción, del Partido Comunista, a pesar de que renuncie a la vía violenta", 2.- la búsqueda de "reformas básicas a la Constitución de 1980, más que su repudio", y 3.- "asegurar que, respetando la justicia no habrá venganza, ni tribunales especiales para los delitos cometidos"

La condición en que quedaría el PC después de Pinochet, fue tema de discrepancia entre Patricio Aylwin y Francisco Bulnes. Este dijo:

—*¿Vamos a tener a los comunistas escondidos o a la vista? Los prefiero a la vista, pero si no se proscribe al PC termina el diálogo con las Fuerzas Armadas. La mayoría de la opinión pública apoya al gobierno en esta materia.*

Aylwin respondió:

—*Tenemos que plantearnos el problema en el terreno de los principios. No proscribo las ideas. El día de mañana nos puede pasar al revés. Prefiero castigar los foul, pero con todos los jugadores en la cancha.*

La diferencia quedó zanjada en una nueva reunión, con un párrafo del Acuerdo en el cual se estableció que "la Constitución Política garantizará la libre expresión de las ideas y la organización de partidos políticos" pero que "serán declarados inconstitucionales" por parte del Tribunal Constitucional aquellos "partidos, movimientos o agrupaciones cuyos objetivos, actos o conductas no respeten la renovación periódica de los gobernantes por voluntad popular, la alternancia en el poder, los derechos humanos, la vigencia del principio de legalidad, el rechazo a la violencia, los derechos de las minorías y los demás principios del régimen democrático definidos en la Constitución".

Los contertulios de Calera de Tango coincidieron también en otros puntos secundarios. En los ya citados están los criterios principales y definitorios del Acuerdo que allí se aprobó. Formalmente, éste consistió en someter a plebiscito la cuestión de si Pinochet continuaba o no gobernando por un nuevo período de 8 años (contemplado en su Constitución), procediéndose a elegir Presidente de la República y Congreso Nacional si triunfaba el NO. Pero lo principal estaba en su carácter conciliador con la dictadura y en su clara decisión de excluir al Partido Comunista del diálogo con las Fuerzas Armadas y del acuerdo al que se podría arribar.

El texto del Acuerdo Nacional, acompañado de una carta de Fresno, lo recibió Pinochet el 31 de agosto y, sólo el 23 de diciembre, en víspera de la Noche Buena, le dió audiencia al Cardenal para hablar sobre el documento. Lo rechazó de pe a pa. No hubo versión oficial del encuentro, ni de parte de La Moneda ni de parte del Cardenal. Pero la verdad corrió como un reguero de pólvora. Apenas Fresno le tocó el tema, Pinochet lo paró en seco.

—*“Es mejor —le dijo— que demos vuelta la hoja. No hay nada que me cargue más que los sacerdotes metidos en política.”*

Y con estas palabras puso bruscamente fin a la entrevista. Acompañó al prelado hasta la puerta del salón donde estuvieron reunidos y lo despidió con un efusivo abrazo en presencia de un grupo de periodistas, como si nada hubiera pasado. Pinochet apareció con su rostro sonriente. Las cámaras de la TV no captaron el de Fresno, quien —comentó en privado— sintió que nunca había sido objeto, como ese día, de una humillación más dolorosa.

El pueblo en movimiento

El pueblo en general, la gente de oposición se movía en otra dirección. Confiaba en la lucha y buscaba la unidad de las fuerzas democráticas, sin ninguna exclusión. En este sentido, apareció como un suceso promisorio la multitudinaria concentración que en el mes de noviembre tuvo lugar en el Parque Cousiño, convocada por la Alianza Democrática. Adhirió a ella el Movimiento Democrático Popular. La gente pensó que la oposición daba así un importante paso en el camino de su unidad. En su editorial, la revista “APSI” escribió: *“El fracaso de la perspectiva negociadora y el éxito de la concentración del Parque Cousiño, en la que nuevamente se vio un eje movilizador AD-MPD, (Alianza Democrática-Movimiento Democrático Popular) hacen que la DC tienda a privilegiar la movilización social por sobre el diálogo. Con todo, la DC —agregó— no descarta la posibilidad de una negociación con las Fuerzas Armadas”.*

El Movimiento Democrático Popular, que presidía Germán Correa y que integraban los partidos Comunista, Socialista (de Almeyda), Radical Socialista, el Mapu y el MIR, se había dirigido a comienzos de noviembre a la Alianza Democrática proponiéndole abiertamente un entendimiento entre ambos bloques para desarrollar la movilización social con miras a poner pronto fin al régimen dictatorial. En reunión realizada dos días después de la entrevista de Fresno con Pinochet, la Alianza resolvió dar una respuesta en principio positiva al Movimiento Democrático Popular. Ello demostró que, tras el rechazo de Pinochet al Acuerdo Nacional, se debilitaban en su seno las resistencias a la acción común con el MDP y porque se debilitaban, volvieron a hacerse presente las voces de dirigentes de la Democracia Cristiana cerrados a macha martillo al entendimiento con el MDP invocando como pretexto el hecho de que sus integrantes, principalmente el Partido Comunista, sostenían la necesidad de luchar contra la dictadura por todos los medios.

El Partido Socialista miembro de la Alianza se pronunció abiertamente

en favor de la unidad de todas las fuerzas democráticas. El Subsecretario General de ese Partido, Jorge Molina, declaró a la revista "APSI" Núm.170, del 3 al 26 de enero, que *"los socialistas queremos dar un paso positivo"* en procura del entendimiento de la Alianza Democrática con el Movimiento Democrático Popular. Y a este respecto señalaba las coincidencias entre ambas coaliciones de oposición. *"Primero —decía Jorge Molina— coincidimos en que el año 1986 es fundamental en el proceso de transición a la democracia en Chile. Segundo, que Pinochet es el obstáculo principal para un tránsito pacífico a la democracia. Tercero, que la única respuesta al que pretende la violencia (Pinochet) es impulsar un gran proceso de movilización nacional con todos los sectores que están por el término de la dictadura. Y cuarto, que para ello será necesario organizar un paro nacional, paro que tendrá que repetirse cuantas veces sea necesario"*. Luego, Jorge Molina agregaba que si la Alianza Democrática se reunía con el embajador de los Estados Unidos y participaba en el Acuerdo Nacional junto al Partido Nacional y a la Iglesia Católica, no veía razón para que no se pueda reunir con otros segmentos de la oposición que luchan tenazmente por la democracia y contra la dictadura. Insistiremos —concluía diciendo— en que *"la Alianza Democrática debe terminar con la política de exclusiones"* y que *"en el primer semestre de 1986 debería producirse una primera experiencia de paro cívico nacional"*. Más directamente crítico, Jorge Arrate, dirigente del mismo partido de Jorge Molina, en una entrevista que le hiciera "FORTÍN MAPOCHO" el 27 de enero de ese año, calificaba de *"falta de seriedad los planteamientos de la DC sobre el PC"* que apuntaban a justificar su negativa al entendimiento de toda la oposición.

En el seno mismo de la DC abundaban los partidarios de la acción unida de las más diversas fuerzas democráticas. Así por ejemplo, el Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana, Andrés Palma, en la revista "ANÁLISIS" N° 126, del 21 al 27 de enero, sostenía que para echar a Pinochet en el curso de 1986 *"es necesario y urgente que nos reunamos todos los opositores con miras a llegar a una confrontación definitiva con el régimen teniendo como interlocutores a las Fuerzas Armadas. A estas —decía— hay que señalarles la necesidad de "sacar" a Pinochet. En caso contrario vamos a paralizar indefinidamente el país porque no aceptamos seguir bajo este régimen."* Por estas declaraciones, el Ministerio del Interior lo acusó de infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado. Por su parte, el ex Presidente de la DC, Renán Fuentealba, que había estado varios años en el exilio luego de ser expulsado del país, era decidido partidario de la unidad de todos los enemigos de la dictadura. En "ANÁLISIS" N° 130 de abril de 1986, se declaraba incluso partidario de formar gobierno con el PC. Se explicaba así: *"Entendámonos ahora con las fuerzas políticas de todos los sectores, incluyendo a los derechistas que quieran estar. Pero privilegiemos a las fuerzas populares, a las organizaciones so-*

ciales y a los partidos políticos que representan a las fuerzas populares". La revista le preguntó si incluía al Partido Comunista y al MIR. Su respuesta fue categórica: *"Con todos hay que concertarse.... puedo hacer gobierno con el PC para un programa completo de realizaciones políticas, económicas y sociales. Puedo hacerlo por determinado número de años"*. A su vez, Andrés Zaldívar asumía también una posición decididamente favorable a la lucha contra la dictadura. Recordando aquello de que *A Dios rogando y con el mazo dando*, decía que *"aquí no basta con rogar; también hay que presionar"*.

Surgieron entonces nuevos pronunciamientos unitarios mientras la movilización social entraba a una etapa superior que comprometía a las más vastas capas de la población. Contundente fue una carta que Ricardo Lagos, Sergio Bitar, Fernando Castillo Velasco, Aníbal Palma, Osvaldo Puccio, Enrique Correa, Manfred Max Neef, Moy de Tohá, Nemesio Antúnez y Tomás Moulian le enviaron al Coordinador del Acuerdo Nacional, Sergio Molina con fecha 26 de diciembre. *"Los abajo firmantes —decían— muchos de los cuales pertenecemos a organizaciones que han suscrito o adherido al Acuerdo Nacional y a otras iniciativas de convergencia democrática, tenemos la convicción de que la superación del régimen dictatorial y la estabilidad del régimen democrático que le suceda, exigen la inclusión de todos los sectores relevantes del país. Todo intento de exclusión debilita a las fuerzas democráticas y crea condiciones que favorecen la perpetuación de la dictadura"*. Y saliendo al paso de los que afirmaban que el uso de algunas formas de violencia en la lucha contra la dictadura era un obstáculo para el entendimiento de todos, los firmantes de la carta, invocaban *"el documento suscrito en Roma por Clodomiro Almeyda, Luis Corvalán y Luis Maira, donde señalan su deseo de establecer un diálogo para la concertación de todas las fuerzas democráticas y su disposición a asumir las obligaciones y compromisos concretos que de éste resulten"*. Dicho entre paréntesis, yo no firmé ese documento ni participé en su redacción pues me encontraba en Chile en ese tiempo. En mi nombre lo hizo Orlando Millas por acuerdo de la Dirección del Partido que funcionaba en Moscú. Pero aquí, en el país, estuvimos de acuerdo con su contenido y lo hicimos nuestro.

Relaciones con la DC

Pese a las actitudes renuentes a la unidad de acción de todas las fuerzas democráticas, eran notorios los avances que ya se habían logrado en el terreno de las coincidencias y acciones conjuntas de todas las fuerzas opositoras. Era este un proceso difícil teniendo en cuenta las diferencias que las distanciaban y el hecho de que algunas de ellas habían apoyado el golpe o

lo habían mirado con cierta simpatía. Pero era también un proceso que respondía al sentir y al interés de la mayoría de la población, se había iniciado hacía ya largos años y había tenido un gran impulso con las masivas protestas que comenzaron bajo el patrocinio del Comando Nacional de Trabajadores que presidió Rodolfo Seguel.

En los primeros días que siguieron al cruento golpe fascista los partidos políticos democráticos quedaron inmovilizados, pero paulatinamente fueron recomponiéndose y adaptándose a las nuevas condiciones. Los partidos de la Unidad Popular restablecieron sus contactos entre sí y buscaron, particularmente el Partido Comunista, vinculaciones con la Democracia Cristiana. Ambas colectividades eran las más fuertes e influyentes durante todo el período militar. Las relaciones PC-DC, débiles en un comienzo, poco a poco se hicieron más intensas, constituyéndose en un factor importante en la formación de un movimiento opositor mayoritario a la dictadura.

Asiduos participantes en las conversaciones políticas, orientadas a promover la acción común contra la dictadura fueron, por el lado de la Democracia Cristiana, Tomás Reyes Vicuña, y los "chascones" Belisario Velasco, Jorge Donoso y Jorge Cash. También tuvieron una destacada participación en la búsqueda de acuerdos entre las fuerzas opositoras, los dirigentes demócratas cristianos Andrés Zaldívar, Gabriel Valdés, Jaime Castillo Velasco, Raúl Troncoso, Juan Carlos Reyes y más adelante, Chela Bórquez, Claudio Huepe, y José Ruíz Di Giorgio. En una que otra ocasión participaron en estos quehaceres Edgardo Boenninger y Alejandro Foxley.

Entre comunistas y demócratas cristianos había, por cierto, no pocos desacuerdos. En uno que otro momento, los DC nos exigían, como condición para el entendimiento, que hiciéramos abandono de algunas de nuestras posiciones ideológicas o políticas. Pero hasta mediados de 1986 primó en todos el afán unitario y la acción común. En numerosas ocasiones nos pusimos de acuerdo para llevar adelante la movilización social; juntos promovimos la solidaridad con los conflictos de los trabajadores de Good Year y de Panal y con las huelgas de hambre de los familiares de los detenidos y desaparecidos. Concordamos en llevar a cabo la primera gran protesta de 1983 y varias de las que le sucedieron. Convinimos en la formación del Comité Político Privado que venía funcionando con anterioridad a esas protestas. Estuvimos de acuerdo en constituir la Asamblea de la Civilidad y en llevar a cabo el gran paro-protesta el 1 y 2 de julio de 1983. En el Comité Político Privado este paro tuvo un intenso período de preparación, con proposiciones de todos los partidos para generar acciones que permitieran la paralización de Santiago y de otras ciudades. Fue la DC quien propuso un plan, por todos aceptado, para cortar el tránsito en 27 puntos estratégicos

de Santiago. Sus representantes entregaron el mapa de la ciudad con los lugares indicados y las necesidades de infraestructura y de gente que se debería disponer en cada uno de ellos. Este plan se aplicó los dos días del paro provocando la desesperación y la represión más violenta de las fuerzas militares que intentaron copar Santiago.

En la lucha contra la dictadura había que tratar de entenderse con todos, incluso con gente que había sido contraria al gobierno del Presidente Allende y hasta con aquéllos que habían apoyado el golpe, pero que ahora venían de vuelta y estaban en la oposición.

Buscamos y realizamos un encuentro con el ex Presidente Eduardo Frei Montalva. Se efectuó en casa de Clemente Pérez y en ella participaron, a nombre de los comunistas, Luis Barría y Hernán Soto. Fue una entrevista importante efectuada, aproximadamente, un año y medio antes del plebiscito de 1980, en el que Pinochet impuso su Constitución fascista. Se le dijo a Frei que esperábamos de él su contribución a la lucha por restablecer la democracia y que, si bien habíamos tenido diferencias, la existencia de la dictadura exigía de todos nosotros actuar de acuerdo para ponerle fin. Su respuesta fue inmediata y positiva. Dijo que era efectivo que entre nosotros existían diferencias, pero que él tenía que consignar el hecho muy ejemplarizador de que cuando en su gobierno estuvo en peligro la democracia por la asonada militar de Roberto Viaux, el Partido Comunista fue el primero en llegar a La Moneda a entregarle su respaldo y que lo mismo había hecho la CUT presidida por un comunista, Luis Figueroa. Nos dijo:

— *Mi compromiso con la democracia es total. Me mantendré en Chile y me esforzaré por estar a la altura de la responsabilidad que corresponde a la hora presente.*

Y agregó con emoción:

— *Porque yo no quiero que mis hijos y mis nietos vivan en dictadura. Sería una de las grandes frustraciones de mi vida como hombre y como político.*

En algunas de estas páginas ya me he referido a Eduardo Frei Montalva. Lo he hecho criticando su actuación. Nos separaban distancias no pequeñas en el enfoque de no pocos asuntos y en la consiguiente toma de posición. Pero es preciso decir que en su dilatada vida política se pueden observar y reconocer, desde nuestro punto de vista, no sólo actuaciones criticables o condenables, sino también meritorias y plausibles. En los últimos años de su vida se la jugó contra Pinochet. Ya en víspera del plebiscito de 1980, era el líder más destacado de la oposición.

Permanentes y fructíferas fueron también las relaciones con el Partido Radical. Esta organización, a lo largo de su más que centenaria historia

ha tenido altos y bajos como ninguna otra colectividad política y ha demostrado una gran vitalidad y capacidad de recuperación .

— *Nos han dado muchas veces por muertos o han anunciado nuestro deceso, —dicen los radicales— pero la verdad es que nuestro Partido Radical suele caminar por la avenida La Paz, pero no entra al cementerio.*

Intensos y efectivos fueron los lazos con Orlando Cantuarias, el último presidente del Partido Radical y el último presidente de la Unidad Popular en Chile, hasta su expulsión del país. La UP decidió no reemplazarlo, sino sólo designar a Pedro Felipe Ramírez de la Izquierda Cristiana como Secretario General. A ese mismo nivel fueron los vínculos con el sucesor de Cantuarias, Olaf Liendo y con todos los radicales que enfrentaban a la dictadura de Pinochet, como Luis Fernando Luengo y Pedro Aguirre Charlín que era el presidente de la jacobina Asamblea Pedro Aguirre Cerda. Las relaciones con el PR se deterioraron cuando la oposición comenzó a escindirse y la mayoría de sus integrantes decidieron convenir con Pinochet una salida a la situación.

En la búsqueda de contactos y de acuerdos entre los opositores jugaron su papel las relaciones de amistad que venían del período pre-golpe; y así, por ejemplo, a mediados de los 70 fue muy útil a este efecto el hecho de que Luis Barría y Luis Pareto eran, por decir lo menos, viejos conocidos, pues ambos habían sido, en el mismo período, regidores en la Municipalidad de Santiago. Fue en definitiva Pareto quien facilitó el contacto con Andrés Zaldívar, poco antes de ser expulsado del país, cuando este era presidente de la Democracia Cristiana.

Barría y Pareto habían convenido en cierto lenguaje cabalístico a través del teléfono para concordar encuentros y presentarse ante desconocidos.

— *¿Cómo está compadre? Lo llamo porque me decidí comprarle el camión que vi ayer en su negocio y que puedo pagarle mañana tipo 10 de la noche.*

Esto significaba que lo pasaría a ver al día siguiente y a la hora mencionada.

Barría le había pedido a su “compadre” Pareto que ante sus conmitones de la Democracia Cristiana lo presentara y lo llamara como Juan Muñoz. Así lo hizo Pareto hasta que en una ocasión en que estaban reunidos con Tomás Reyes, Raúl Troncoso y Andrés Zaldívar, Troncoso le dijo a Zaldívar:

— *Me tienes nervioso Andrés. Estás equivocado. Una vez lo tratas de Juan, otra vez de Muñoz y ahora le dices Manuel, en circunstancia que se llama... Luis Barría.*

Hasta ahí llegó la chapa.

La Asamblea de la Civilidad

Desde los primeros días del 86, las luchas sociales y la acción política se orientaron a lograr la caída del régimen autoritario, el retorno de la democracia y, con tales propósitos, el entendimiento político y la concertación social de todos los opositores. La Asamblea Nacional de la Civilidad fue la más amplia agrupación social y política que cumplió un gran papel en la tarea de aunar y movilizar fuerzas para poner fin a la dictadura. Bajo la presidencia del Dr. Juan Luis González, Presidente del Colegio Médico y militante demócrata cristiano, la Asamblea reunió a las organizaciones más representativas de los trabajadores activos y pasivos, de los campesinos, mapuches, pobladores, estudiantes, profesionales, artistas, pequeños y medianos industriales, comerciantes y transportistas.

La Asamblea de la Civilidad sustituyó al Comando Nacional de Trabajadores como órgano de dirección del conjunto de la oposición. Era más representativa que el Comando. Plasmaba en torno suyo la más amplia concertación social. Paralelamente a la Asamblea existía y funcionaba el Comité Político Privado. La Democracia Cristiana lo aceptaba como organismo estrictamente secreto. En él se encontraban, en forma más o menos soterrada, los representantes políticos de los partidos de oposición, con excepción del MIR.

El hecho es que al comenzar 1986 había un alto grado de concertación social y coordinación política. La mayoría de la población tenía la sensación de que estábamos en la última fase de la lucha contra la dictadura. Un aficionado a la hípica habría dicho que esta lucha entraba a la recta final.

La Asamblea de la Civilidad elaboró la Demanda de Chile que recogió las principales aspiraciones del pueblo y de la ciudadanía en general y emplazó al gobierno a que diera, dentro de 30 días, una respuesta a las exigencias que contenía dicho documento. El Gobierno se hizo el sordo y mudo. Cumplido el plazo, la Asamblea Nacional de la Civilidad llamó a realizar una paralización general de actividades los días 2 y 3 de julio *"para exigir respuestas a nuestras demandas."*

En una declaración titulada *"La Asamblea de la Civilidad a todos los chilenos,"* expresó:

"Ha quedado claro una vez más que los chilenos no contamos con un gobierno que pueda resolver la crisis y reparar el daño causado al país.

"Tal como lo afirmamos en la Demanda de Chile, nuestra nación necesita ahora un nuevo gobierno con amplio respaldo popular y con incuestionable legitimidad democrática.

“En consecuencia, hacemos un llamado a los partidos políticos democráticos para que busquen y propongan una fórmula concreta para la recuperación de la democracia, que contenga modos, caminos y plazos aceptables para el conjunto de la nación y que permita la expresión de la voluntad del pueblo para resolver sobre el futuro de nuestra propia Patria. No existen razones para postergar este desafío, que salvaría al país del peligro de la desintegración.

“Llamamos a todos y cada uno de nuestros compatriotas a asumir su responsabilidad en estos momentos decisivos. Somos las grandes mayorías nacionales, representadas en esta Asamblea, las que iniciamos un proceso sostenido y ascendente de la movilización social para recuperar nuestra dignidad como hombres y pueblo libre”.

“Nuestro programa de desobediencia patriótica del mes de junio llama a rechazar la mentira organizada, a solidarizar con los sectores reprimidos por exigir sus justos derechos y a apoyar sus demandas.

“Nuestra acción tendrá su punto culminante en esta primera etapa cuando el pueblo de Chile realice una paralización de actividades los días 2 y 3 de julio, que incluirá un conjunto de acciones cívicas para exigir respuestas a nuestras demandas a ejercer nuestra capacidad de autodeterminación que se nos niega”

Respondiendo al requerimiento de la Asamblea Nacional de la Civildad, el Movimiento Democrático Popular presentó una propuesta de tránsito desde la dictadura a la democracia, la que fue bien recibida en todo el espectro opositor. En ella dejó establecido que su proposición *“es para discutirla con el resto de las fuerzas democráticas, civiles y militares”* y que, ciertamente, se hallaba *“abierto a considerar y analizar las proposiciones de otros sectores”*. Por su parte, la Alianza Democrática formuló su propia propuesta, señalando al mismo tiempo su *“disposición a buscar el más amplio consenso democrático”*. La Izquierda Cristiana, que no pertenecía a ninguno de los bloques mencionados, y varias personalidades sin partido, hicieron también importantes sugerencias enfocadas al propósito de lograr una sola propuesta de toda la oposición. La Intransigencia Democrática, formada por un grupo de destacadas personalidades de partidos y sin partidos, como Manuel Sanhueza y Manfred Max Neef, se pronunció en un manifiesto por *“promover la concertación política de todos los opositores respecto de un diseño común de transición a la democracia que de plenas garantías a todos los sectores democráticos”*

En el Comité Político se consideró la idea de la propuesta común. Pero allí la iniciativa se atascó por las reticencias de la DC.

El paro del 2 y 3 de julio convocado por la Asamblea de la Civildad fue una contundente y masiva manifestación de repudio a la dictadura. De norte a sur del país se expresó el vehemente deseo de la mayoría nacional de restablecer la democracia. La forma principal en que se materializó este anhelo no fue precisamente la del paro, aunque suspendieron sus activida-

des laborales importantes sectores de obreros. La gente usó diversas formas, principalmente los caceroleos, los apagones y las barricadas, para manifestar su irrevocable decisión de poner fin al régimen dictatorial. Militares y carabineros salieron a la calle para defender al régimen por todos los medios. Una patrulla militar llegó al extremo de rociar con bencina y prender fuego a dos jóvenes chilenos, Carmen Gloria Quintana, estudiante de la USACH y Rodrigo Rojas Denegri, que se hallaba de paso en el país y residía en Estados Unidos con sus padres. Como consecuencia de las quemaduras, Rojas Denegri falleció a los pocos días. Carmen Gloria quedó con hondas cicatrices en el cuerpo y en el alma para toda la vida.

La acción multifacética y masiva de los días 2 y 3 de julio no había sido suficiente para echar abajo a la dictadura, y en verdad nadie había pensado que lo fuera. Pero demostró la posibilidad real de que el pueblo chileno la derrotara y se diera un régimen democrático avanzado a través de la movilización social, de la coordinación de todas las fuerzas democráticas, de la unidad y del combate.

Después de esta jornada se entró a preparar otra expresión de la voluntad popular. Se organizó y realizó el paro-protesta del 4 de septiembre de 1986. Este fue una nueva manifestación del anhelo ciudadano de darse cuanto antes un régimen democrático. Pero resultó inferior a la anterior. El acuerdo de hacer este nuevo paro había salido con fórceps en la Asamblea de la Civilidad después de varios días de discusión.

El Partido Comunista había sostenido enfáticamente que 1986 sería el año decisivo, juicio que hizo suyo gran parte de la oposición y que no compartieron algunos miembros de su Comité Central residentes en el exterior. Miradas las cosas con cierta distancia de tiempo, 1986 resultó efectivamente decisivo, aunque no en el sentido que se le diera primitivamente, el de terminar entonces con la tiranía, sino en cuanto al carácter que revestiría la transición a la democracia. En este sentido fueron también decisivos 1987 y 1988, años en que, como en seguida veremos, se configuró y plasmó la salida burguesa a la dictadura.

La visita del inspector

El Gobierno de Washington entró a intervenir una vez más en los asuntos chilenos. El 4 de julio, a menos de 24 horas del término del paro, llegó a Santiago el Subsecretario Adjunto para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, Mr. Robert Gelbard. Conversó, según el mismo declaró al abandonar el país, *“con un amplio espectro de chilenos influyen-*

tes de diversos campos", incluidos ministros y altos funcionarios del régimen y dirigentes de la oposición. Felicitó al gobierno por haber autorizado la publicación del nuevo diario "LA ÉPOCA" y lo instó a dar otros pasos en la creación de un ambiente de mayores libertades. Con los políticos opositores con los cuales conversó usó un tono paternal y patronal, un lenguaje abiertamente intervencionista, diciendo lo que los chilenos debían hacer y lo que no debían hacer. A los líderes de la oposición los llamó a retirarse de la Asamblea Nacional de la Civilidad y a desistir de todo acuerdo con los comunistas. "El Gobierno de los Estados Unidos —dijo al terminar su visita de inspección— *apoya los esfuerzos de los verdaderos demócratas de Chile para edificar un amplio consenso y entablar un diálogo significativo*" Y agregó: "No puede esperarse que grupos tales como el Partido Comunista, que hoy favorecen los medios violentos para lograr sus fines políticos, vayan a someterse mañana a las reglas democráticas. Aquéllos que otorgan legitimidad a los comunistas y a otros extremistas, no están contribuyendo a un Chile estable y democrático." Terminó diciendo que en los meses venideros el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos observarán los acontecimientos de Chile con gran interés y que Washington "confía en que cuando la voz del pueblo se exprese libremente, los chilenos rechazarán la confrontación, en pos de la reconciliación y la democracia".

Días después del regreso de Gelbard habló Elliot Abrams, Secretario Adjunto del Departamento de Estado para los asuntos interamericanos. Se refirió expresamente a la situación chilena en el programa "This Week", difundido el domingo 20 de julio, por la cadena ABC de la televisión norteamericana. Según el cable de la DPA, Abrams "negó que el comunismo fuera la única posible alternativa a Pinochet, pero destacó que el Partido Comunista de Chile es el más grande fuera del de Cuba en el hemisferio occidental". Agregó: "No sé que va a ocurrir en Chile. Pienso que es verdad que (esperar) tres años es mucho tiempo dado el actual nivel de las dificultades políticas". Abrams admitió que la política de "diplomacia reservada" había fracasado en Chile. "Es muy claro —acotó— que la situación de los derechos humanos se ha deteriorado; por lo tanto, es (también) bastante claro que necesitamos movernos mas allá de la diplomacia silenciosa". Se le preguntó entonces acerca de "si Estados Unidos estaba dispuesto a desestabilizar al régimen de Pinochet". Su respuesta fue inmediata:

"No por el momento", para añadir que "hay otros medios para inducir a ese gobierno hacia una forma de vida más democrática".

Interrogado por la cadena CBS acerca de la posibilidad de que EE.UU. bloqueara ciertos créditos internacionales a Chile, Abrams indicó que se tomará la decisión "en función de lo que pase desde hoy hasta octubre".

El politólogo conservador Mark Falcoff dio a conocer las inquietudes de Washington en forma todavía más cruda. "Estados Unidos —escribió— tiene

intereses creados en la vuelta de la democracia en Chile. Esto constituye para nosotros una fuente de seguridad en el más amplio sentido. Si las vías democráticas están permanente y definitivamente cerradas y las fuerzas democráticas destruidas, no hay duda de que antes que finalice el siglo Chile será un estado marxista-leninista aliado de la Unión Soviética."

Según "EL MERCURIO", Mark Falcoff no vaciló en propiciar un apoyo a la oposición democrática. La periodista Blanca Arthur, en un amplio reportaje publicado en dicho diario, sostuvo que *"la receta, sin embargo, no resulta enteramente satisfactoria para curar el mal que el mismo advirtió: el problema de la presencia comunista en Chile. Es cierto —continuó diciendo— que en esa línea había apoyado y estimulado el Acuerdo Nacional, pero tanto la falta de eco que éste tuvo en el gobierno, como la confusión de muchos de sus firmantes respecto del comunismo, los desalentó y motivó plantearse nuevamente qué hacer"*. Agregó "EL MERCURIO" que *"algunos palos"* le habría lanzado Gelbard a Gabriel Valdés en la reunión que tuvo con algunos presidentes de partidos, por su *"indefinición"* respecto al tema de los comunistas. Pero el impacto se lo llevó Gelbard en otro encuentro con dirigentes demócratas-cristianos. La mayoría, encabezada por Jaime Castillo Velasco, habría fundamentado acerca de las bondades de actuar unidos en las universidades y en todo lo que implica presión social.

Para el cientista político Heraldo Muñoz —más tarde embajador de Aylwin ante la OEA y de Frei ante el Gobierno de Brasil— pese a las diferencias de enfoque que existían entre el Departamento de Estado, la Casa Blanca e incluso el Pentágono, se percibía en Estados Unidos un criterio más o menos uniforme en cuanto a estimar que Pinochet no deseaba el restablecimiento de la democracia en Chile y que su rechazo a la negociación de un tránsito rápido y efectivo a la plena democracia no hacía más que fomentar la polarización. Según una evaluación de Washington, contribuía de hecho *"al fortalecimiento del Partido Comunista y de las posturas de insurrección armada contra el régimen. Evidentemente —concluye Heraldo Muñoz— este es un escenario que a Estados Unidos le causa gran preocupación."*

El Secretario del Departamento de Estado del Gobierno de Reagan, Mr. Shultz, le expresó abiertamente al canciller de Pinochet, en ese entonces Jaime del Valle, la preocupación de Estados Unidos ante la polarización de la sociedad chilena. *"Ello —dijo Schultz según la versión de "El Mercurio"— nos está llevando a nosotros a pensar que la situación está llegando a ser peligrosa."*

Washington había sido pieza clave para la instalación de Pinochet en el poder. Como ya se ha demostrado, el golpe del 11 de septiembre de 1973 fue producto de la conjura de la reacción interna y del imperialismo norte-

americano que se coludieron para echar abajo al Gobierno del Presidente Allende que se proponía construir una sociedad socialista en democracia y libertad, en un sistema político pluripartidista, apoyándose en la movilización de las masas y en la ley.

La dictadura respondió a las expectativas de sus patrocinantes. Sirvió al objetivo para la que fue fraguada: cerrar el camino de Chile hacia el socialismo. Pero llegó un momento en que ya no lo servía y, entretanto, surgía vigorosamente la posibilidad de que el pueblo volviera a asumir el gobierno del país para darse un régimen democrático avanzado, restaurar la vigencia de los derechos humanos, llevar al banquillo de los acusados a Pinochet y demás grandes responsables de los crímenes cometidos, hacer justicia y reemprender el camino de las profundas transformaciones revolucionarias. Cuando llegó ese momento o, antes, cuando se veía venir, el imperialismo norteamericano y la reacción interna se dedicaron a buscar una salida pacífica y negociada, que evitara la explosión popular. Un explícito pronunciamiento en tal sentido hicieron el Presidente Reagan y su Ministro de Relaciones, Schultz, en una declaración fechada el 17 de diciembre de 1987.

A propósito de tal declaración, el Boletín de Prensa N° 212 de "EL SIGLO", correspondiente a la última semana de diciembre de ese año, sostenía que ella demuestra que *"la crisis y descomposición del régimen se encamina a su fin"* y que, a la vuelta de 14 años, *"los que sostienen a Pinochet necesitan un ajuste de la situación que asegure en mejor forma sus intereses de largo plazo en el país"*.

"EL MERCURIO" no podía dejar de reconocer que de eso se trataba. *"Es preciso aceptar —expresaba en su edición del domingo 20 de ese mismo mes— que uno de los fundamentos de la política exterior norteamericana hacia esta región es el intento explícito de contribuir a los procesos de democratización. Esto se basa en la creencia de que ella ayuda en la mejor forma a la seguridad del continente y evita radicalizaciones que pueden desembocar en movimientos revolucionarios... El objetivo global de democratización es visto por los EE.UU. en relación a su propio interés nacional"*.

El atentado

Yo estaba frente al televisor, junto a los demás moradores de la casa donde vivía, cuando a través de los programas noticiosos habituales el Gobierno informó del atentado contra Pinochet que había tenido lugar en el Cajón del Maipo ese día domingo 7 de septiembre.

La noticia conmocionó a todo el país y en un segundo recorrió el mundo entero.

Estupefacción, asombro y gran interés por saber cómo había sido aquello y por qué había fallado. Tal fue lo primero que se hizo notar. Y de inmediato surgió espontáneo el comentario general:

—¡Qué lástima que se haya salvado!

Numerosos personeros de todos los partidos de oposición, comprendidas algunas figuras políticas que hoy detentan elevados cargos en el Ejecutivo y el Parlamento, expresaron, también, dicha opinión, aunque no en forma pública.

Fue un dignatario de la Iglesia Católica, el Obispo Camus de Linares, el que mejor interpretó el acontecimiento y lo ubicó en su perspectiva histórica. Monseñor Camus salió virtualmente en defensa de los muchachos que se conjuraron para poner fin a la vida del tirano. *“Les habían declarado la guerra -dijo el prelado- e hicieron su guerra. Cuando se estudie esto como hecho de guerra, tal vez vayan a ser héroes. Arriesgaron su vida.”*

El dictador viajaba constantemente a su guarida de El Melocotón. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez le siguió los pasos, estudió sus movimientos y le preparó una emboscada. El sitio elegido —la angosta curva situada en el camino del Cajón del Maipo a la altura de La Obra— era del todo apropiado. Los muchachos se apostaron allí, sin ser vistos, en lo alto del acantilado norte, como en una trinchera natural. Al caer la tarde de ese primer domingo de septiembre, el dictador emprendió el viaje de regreso desde El Melocotón a su casa de la calle Presidente Errázuriz. Al pasar por aquel lugar, cuatro cohetes Low fueron disparados contra su vehículo y los autos de su guardia. Dos no estallaron. Los otros dos impactaron su automóvil blindado, sin perforarlo. Cinco hombres de la escolta perdieron la vida. Pinochet salió indemne. Su chofer maniobró con presteza, dio media vuelta y regresó con él a El Melocotón.

Ninguno de los atacantes fue siquiera herido ni detenido. Todos escaparon en dirección a Santiago, en varios vehículos, pasando sin problema por los controles policiales. El vehículo que encabezaba la caravana llevaba balizas. A esa hora regresaba siempre a Santiago el dictador, de modo que los carabineros que estaban en el trayecto pensaron que se trataba de la comitiva de Pinochet.

Casi todos los gobiernos con los cuales Chile tiene relaciones no dijeron chus ni mus, ni siquiera por diplomacia. El Ministro de Relaciones de Venezuela declaró que el atentado demostraba el deterioro del régimen chileno.

La culpa del fracaso se debía, según la versión en boga, a la falla de algunos cohetes.

La posibilidad de que no explotaran dos de los cuatro cohetes es cosa que debía haber entrado en los cálculos. No se tuvo en cuenta que eso pudiera acontecer. Más aún, no se previó la vuelta de 180 grados que hizo el chofer del vehículo de Pinochet y, por lo mismo, no se cubrió la retirada, no se apostó gente para salirle al paso cuando regresaba a El Melocotón.

Esto quiere decir que la jefatura militar no estuvo plenamente a la altura de la empresa que acometía. Con todo, la responsabilidad principal está en la dirección política. En primer y último término, en dicha dirección todo debió preverse. Ello exigía de su parte conocimientos militares de los cuales carecía. Si los hubiese poseído habría sostenido la necesidad de prever todas las variantes, todos los contratiempos, los reveses humanos y técnicos.

¿Quiénes habían sido los autores del atentado?

En la noche misma de aquel primer domingo de septiembre, al día siguiente y en los que siguieron, Pinochet no tenía nada claro respecto a los autores del atentado. Algunos meses antes había acusado a la Central de Inteligencia Americana y a agentes de la URSS de estar detrás de un complot para matarlo. De ello informó "THE WASHINGTON POST" del 27 de mayo de 1986. La acusación dio origen a una protesta formal del Departamento de Estado y a una petición de excusas que la Cancillería chilena se comprometió a dar si el asunto se mantenía en secreto. No se sabe si se dio o no la excusa. Si hubo alguna explicación ésta fue sólo de los dientes para afuera, toda vez que, algún tiempo más tarde, cuando se produjo el atentado, por la cabeza del dictador pasó la idea de que podía provenir de la Cía. Se lo dijo a "LE MONDE" en mayo del año siguiente. —"Mira tú, la CIA. pensé en ese momento" — le dice al periodista cuando éste le pregunta si dicha agencia pudo estar metida en el atentado. Le agregó que, después, su amigo Vernon Walters, ex subdirector de la CIA, le aseguró que eso era imposible, pero que otra persona, versada en espionaje, le sostuvo que "a veces las dos potencias actúan en conjunto".

Guardar el secreto de la autoría era muy importante. Cualesquiera fuese el resultado de la empresa, se trataba, al menos en el primer tiempo, de dejar al enemigo en penumbras, sumido en la confusión, esto es, sin saber hacia donde disparar.

Producido el frustrado tiranicidio, cabía preocuparse por las posibles huellas digitales que se podían encontrar en la casa de La Obra que se arrendó para planear, desde allí, en el mismo terreno, toda la operación. Por eso me permití hacer las preguntas pertinentes.

—Se tomaron, compañero, todas las medidas para que no quedara huella alguna de los que estuvieron en ese lugar— aseguraron los Jefes de la operación,

miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A los pocos días informaron que todos los participantes en el atentado estaban ya fuera del país.

El Frente Patriótico Manuel Rodríguez se constituyó en diciembre de 1983 a base de un valeroso grupo de jóvenes revolucionarios dispuestos a entregar la vida en la lucha por la libertad. Entre esos jóvenes había numerosos comunistas, casi todos ellos con formación militar. Varios de los mismos habían participado en la lucha armada del pueblo nicaragüense contra la oprobiosa dictadura de Somoza. Desempeñaron un gran papel en el llamado Frente Sur, donde fueron protagonistas de acciones decisivas.

El atentado del Cajón del Maipo tenía que ser preparado en el secreto más riguroso. El Partido y ninguna organización que pudiera ser vinculada a él podían ser advertidos. En palabras más claras, a nadie, a ninguna organización opositora se le podía decir: *"Tengan cuidado. Tomen medidas de seguridad, fondéense, pongan a buen recaudo a sus dirigentes, alerten a toda vuestra gente, porque este domingo o en estos días se atentará contra el dictador"*.

Una advertencia tal podría conducir a una delación. En tal situación, ¿como resguardar la seguridad, la vida, de los dirigentes del Partido, de las demás colectividades de izquierda y de toda la oposición? ¿Cómo evitar que el régimen militar o Pinochet, si salía indemne, hicieran de la noche del 7 de septiembre una noche de los cuchillos largos, una noche de San Bartolomé?

En el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había militantes comunistas. Para resguardar al Partido, para evitar que, si fracasaba la operación, el contragolpe se descargase de inmediato contra él, sin que nadie estuviese advertido de este riesgo, era conveniente que en las acciones no figurase ningún compañero que en las primeras horas o primeros días se pudiera identificar con nosotros.

Así se haría. Tal seguridad se dio.

Pocos días después, los medios de comunicación nos golpearon con la tremenda noticia de que habían sido detenidos, en el Parque O'Higgins, mientras hacían ejercicios gimnásticos, Víctor Díaz, hijo homónimo del Subsecretario General del Partido, detenido-desaparecido, y Vasili Carrillo, hijo de Isidoro Carrillo, fusilado, miembro del Comité Central del Partido, Presidente, hasta el día del golpe, de la Empresa Nacional del Carbón, ENACAR.

En ese tiempo "EL MERCURIO" publicaba semanalmente un suplemento dedicado a recordar acontecimientos de importancia. Se distinguía del resto de la edición por aparecer en papel de color amarillo-vejo. La edición correspondiente al 18 de septiembre de aquel año de 1986 estuvo íntegramente dedicada a la rendición de Alemania en 1945. No obstante, la principal crónica de la primera página no se refería a la muerte de Hitler,

sino al trágico fin del Duce. Su título decía: *"Mussolini fue ejecutado por patriotas italianos"*. En la crónica expresaba: *"La radioemisora de Milán, controlada por los patriotas, estuvo todo el día de ayer dedicada a informar sobre la ejecución de Mussolini y sus asociados. El Comité de Liberación hizo emitir el siguiente aviso oficial: Mussolini ha sido ejecutado. Otros fascistas han pagado sus crímenes."*

Además de Mussolini, relataba el diario, las transmisiones radiales mencionaron como ejecutados a Clara Petacci, la última amante del Duce, a Marcelo Petacci, hermano de Claretta, a Francesco Barruco, vicepresidente del Consejo de Ministros, a Fernando Menziasome, Ministro de Cultura Popular, a Ruggero Romano, Ministro de Obras Públicas, a Augusto Liverani y a otros. La radio informó que un rápido proceso precedió a las ejecuciones. Agregó que los cuerpos de Mussolini, Claretta Petacci y Bombacci, ex comunista a quien la radio calificó de supertraidor, fueron izados hasta lo alto de un edificio en la Plaza Loreto, rebautizada con el nombre de Quindici Mártires, donde un año atrás fueron ejecutados quince patriotas italianos por los fascistas. Una mujer disparó los cinco tiros de su revólver sobre el cadáver de Mussolini, gritando: *"Éstos son por mis cinco hijos a quienes tú asesinaste"*.

El cuartel general aliado, según la crónica de "EL MERCURIO", informó que dos corresponsales de guerra británicos dijeron haber visto personalmente los cuerpos de Mussolini y sus compañeros yacentes en la Plaza Loreto, frente a los cuales la población desfilaba interminablemente *"para ver los cadáveres y vilipendiarlos"*.

Se podría haber creído que esta publicación de "EL MERCURIO", por aparecer 11 días después del atentado a Pinochet, tenía como objetivo justificarlo. Estoy seguro de que esto no fue así. Y entonces, me pregunto ¿qué le sucedió al decano de la prensa? ¿Quién le metió ese tremendo gol?

La conciliación

En la primavera de 1986 recobró vía el Acuerdo Nacional. No había muerto. Solo estaba en hibernación. Replotó tras el paro del 2 y 3 de julio y otros dos acontecimientos que sacudieron fuertemente al país y que tuvieron gran repercusión nacional e internacional: el atentado a Pinochet el 7 de septiembre de 1986 y el descubrimiento de una importante internación de armas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

El pánico se apoderó de la burguesía, tanto de la que estaba con el régimen como de la que se situaba en el campo de la oposición. El temor de la burguesía a una salida radical de la situación hacía su efecto, y el viaje de

Mr. Gelbard no había sido en vano. El cuadro político sufrió rápidamente cambios muy significativos. Del *"proceso sostenido y ascendente de la movilización social"*, iniciado por la Asamblea Nacional de la Civilidad *"para recuperar nuestra dignidad como hombres y pueblo libre"*, empezaron a descolgarse los partidos de centro y algunos de izquierda. Entraron a marcar de más en más sus diferencias con el MDP y en particular con el Partido Comunista y reafirmaron su posición negativa al entendimiento de todas las fuerzas opositoras en la lucha por echar abajo al dictador. En la Democracia Cristiana y sus aliados se afianzaron y ganaron terreno las tendencias proclives a la conciliación con la dictadura y a la búsqueda de una salida pacífica sin y en contra de la izquierda más consecuente. La DC y sus aliados abandonaron por completo la consigna *"¡Democracia ahora!"* que venían sosteniendo o compartiendo desde hacía dos o tres años, dejaron de hablar de la desobediencia civil, no consideraron más a Pinochet como el obstáculo principal para abrir camino a la democracia, se olvidaron del Gobierno Provisional, de la Asamblea Constituyente, de una nueva Constitución, de la no violencia activa, de crear un estado de ingobernabilidad y de la consigna de Elecciones Libres. Algunos políticos y medios de comunicación trataron de explicar todo esto echándole la culpa a los comunistas y principalmente al Frente Patriótico Manuel Rodríguez pues luego del intento de tiranicidio y de la internación de armas no podían aliarse a los violentistas o tenerlos como aliados.

Hasta antes de los acontecimientos de julio la Constitución de Pinochet concitaba el rechazo de toda la oposición. En "ANÁLISIS" Núm. 137 del mes de abril del 86 se habían publicado declaraciones de representantes de los partidos de la Alianza Democrática. Carlos Briones había dicho: *"No aceptamos la Constitución"*. Manuel Sanhueza se había expresado así: *"Me parece inaceptable reconocer lo que denominan Constitución Política del Estado."* El liberal Armando Jaramillo había traducido su pensamiento con las siguientes palabras: *"Es nula en su origen y en su forma."* Luis Maira: *"Nosotros no reconocemos la validez de la Constitución"*. René Abeliuk: *"La carta necesitaría una reforma completa."* Enrique Silva Cima había sido mas terminante: *"Carece de legitimidad."*

Pero vino el vuelco.

En un reportaje de María Angélica de Luigi, publicado en "EL MERCURIO" del 20 de julio de 1986, Hernán Vodanovic y Carlos Briones fueron presentados como sostenedores de una corriente dentro del PS cuyo pensamiento se expresaría así: *"Aterricemos la cosa de una vez. Para pasar de este gobierno a la democracia, aunque ésta sea burguesa, jamás va a funcionar una fórmula con el PC. Es de niños chicos no darse cuenta que no la van a aceptar las*

Fuerzas Armadas." (Las palabras son de María Angélica de Luigi, Nota de L.C.) Según este mismo artículo, un importante sector del "almeydismo" habría entrado, en el último tiempo, a fuerza de chocar con la realidad, a entender racionalmente que no hay salida con el PC porque las FFAA. no le van a dar el pase. La periodista pone también en boca de un radical "de los realistas", la declaración siguiente: "Estos tipos (los chascones del radicalismo) van a seguir insistiendo en llevar al PC aunque sepan que con él del brazo no hay salida con las FFAA."

La Alianza Democrática dijo que había que ir a un diálogo "sin condiciones ni restricciones". Gabriel Valdés, Ricardo Núñez y Silva Cimma manifestaron su disposición a hablar incluso con Pinochet. Este empezó por demostrar desinterés en un acuerdo con la oposición. "La oposición —dijo— se presenta hoy con caretas de blancas palomas en circunstancia de que hasta hace poco comían carroña en el mismo plato con los comunistas". Luego terminó por rayar la cancha de las conversaciones, instruyendo a su Ministro del Interior, Ricardo García, en el sentido de que con la gente del Acuerdo Nacional solo se puede hablar respecto de la ley de partidos políticos y de elecciones, "siempre y cuando reconozcan la legitimidad de la Constitución del 80 y repudien categóricamente al marxismo de hecho y no sólo de palabra".

Basado en estos antecedentes, "EL SIGLO" sostuvo editorialmente, en noviembre de 1986, que estaba en marcha "un plan político que significa en la práctica mantener a Pinochet en el poder hasta 1989, reconociendo la constitución fascista de 1980". Este plan —decía "EL SIGLO"— "no conducirá a ningún tránsito real a la democracia, sino a favorecer las ambiciones de Pinochet y, en último término, a una mera sustitución del dictador, dejando intactos los soportes de la tiranía e intocados los intereses del imperialismo y la oligarquía." Y "se lleva a efecto —agregaba textualmente— sobre la base de cavar un abismo entre la oposición de izquierda y la oposición de centro-derecha, de conducir a esta última a un compromiso vergonzante con la dictadura, de frenar de hecho la movilización social, de tratar de ganar para estas posiciones conciliadoras al Partido Socialista y de aislar al Partido Comunista".

La dictadura había reimplantado el estado de sitio, clausurado los periódicos y revistas de oposición, suspendido la transmisión de noticias de las agencias Reuter y Ansa, asesinado, en una semana, al periodista José Carrasco, al publicista Abraham Muskablit, al profesor Fernando Vidaurrázaga, al electricista Felipe Rivera y a la joven Cecilia Peña de la Población La Victoria; amenazado de muerte a los periodistas Felidor Contreras, dirigente nacional del Colegio de las Orden; Enrique Acevedo, corresponsal en Valparaíso de la Radio Cooperativa y a Patricio Acevedo de la revista Análisis. Había encarcelado a dirigentes de izquierda, puesto en

práctica nuevos y brutales allanamientos a las poblaciones de la periferia santiaguina, expulsado del país tres sacerdotes de nacionalidad francesa, y grupos de rabiosos adictos a la tiranía habían apedreado las casas de los dirigentes demócratas cristianos Gabriel Valdés y Andrés Zaldívar. Esta escalada represiva se prorrogó por varios meses, alcanzando su punto culminante con la llamada Operación Albania o Matanza de Corpus Cristi, cuando fueron bestialmente asesinados 12 valiosos luchadores, entre ellos 3 mujeres. Entonces cayeron, los días 15 y 16 de junio del 87 Recaredo Ignacio Valenzuela Pohorecky en Las Condes, Juan Valdemar Henríquez Araya, Patricio Ricardo Acosta Castro y Wilson Daniel Henríquez Gallego en Varas Mena (San Miguel), Julio Guerra Olivares en Villa Olímpica (Ñuñoa) y Esther Angélica Cabrera Hinojosa, Manuel Valencia Calderón, Ricardo Cristian Silva Soto, Ricardo Hernán Rivera Silva, Elizabeth Escobar Mondaca, Patricia Angélica Quiroz Nilo y José Joaquín Valenzuela Levi en Pedro Donoso, (Recoleta).

En la Comisión Política del Partido consideramos una y otra vez los acontecimientos de julio, agosto y septiembre de 1986, el paro, el intento de tiranicidio, la internación de armas, las brutales medidas represivas de la dictadura y la tendencia de un sector de la oposición a dejar de lado el camino de la movilización social. En la reunión que la Comisión Política celebró el 15 de septiembre, sostuve que había surgido una nueva situación, una situación difícil, que debíamos analizar objetivamente y esforzarnos por remontar.

Esta situación no había surgido de la nada.

Con el viaje de Robert Gelbard se había acentuado la presión yanqui sobre el gobierno para encontrar una pronta salida pactada, y la burguesía chilena en su conjunto había visto con pavor que el pueblo podía derrocar la dictaduras y reemplazarla por un régimen democrático avanzado. En la configuración de la situación que enfrentamos —sostuve— han incidido también el asunto de los arsenales y el atentado del Cajón del Maipo. Algunos izquierdistas que estaban por caminar hacia la derecha sostuvieron que dicho asunto fue determinante en el nuevo cuadro político que estaba formándose.

El periodista demócrata cristiano Ascanio Cavallo puso las cosas en su verdadero lugar. *“El cambio que se ha producido en la situación —escribió en la revista HOY del mes de octubre— viene de antes del atentado y del contrabando de armas”.*

Los principales portavoces de esta tendencia conciliadora resultaron ser el demócrata cristiano Edgardo Boenninger y el socialista (hoy pepedeista) José Joaquín Brunner. Este último, en un documento titulado “NOTAS PARA

LA DISCUSIÓN”, que publicó a mediados de septiembre, sostuvo enfáticamente que había fracasado la movilización social e instó a la “oposición democrática” a separarse del MDP y a buscar “una salida negociada con las Fuerzas Armadas”, reconociendo explícitamente que tal salida “no puede encontrarse al margen de la Constitución de 1980”. El Partido Socialista de Núñez, al que pertenecía Brunner, criticó la publicación de ese documento y sostuvo que el PS no aceptaba la Constitución de Pinochet. Por su parte, Edgardo Boenninger, se dirigió a la Junta Nacional de su partido, transmitiéndole sus reflexiones sobre la situación y lo que se debía hacer para llegar a un acuerdo con las Fuerzas Armadas. Sin más rodeos, Boenninger decía que al Partido Comunista había que hacerlo a un lado aunque abandonara su política favorable al uso de “todas las formas de lucha”. Una copia de tales reflexiones llegó a nuestro poder por el correo de las brujas, como le gustaba decir al periodista Luis Hernández Parker en sus comentarios radiales cada vez que daba a conocer un documento que se mantenía como privado o secreto. Lo concreto es que el PC tenía que ser de todos modos el pato de la boda. “Aunque renunciara explícita y formalmente a dichas posiciones —decía textualmente Boenninger— al Partido Comunista no se le puede dar cabida en los acuerdos políticos de sustentación democrática o de gobierno futuro ni en la mesa de negociaciones con las Fuerzas Armadas. Su presencia es absolutamente inaceptable para éstas, lo que constituye un factor decisivo en la política chilena actual. La credibilidad de la alternativa democrática entre los sectores militares no continuistas y el grueso sector de orden y pasivo de la ciudadanía, está directamente vinculada a la nítida separación entre las fuerzas democráticas y el Partido Comunista”.

La posición del PC

Los políticos opositores que se deslizaron por la pendiente de la conciliación pretendieron justificar su conducta tratando de hacer creer al país que el Movimiento Democrático Popular y, sobre todo, el Partido Comunista eran contrarios a una salida política y sólo buscaban el derrocamiento del gobierno militar para imponer sus concepciones de poder.

Tales afirmaciones eran de absoluta falsedad.

En su Manifiesto al Pueblo de Chile, de enero de 1986, el Partido Comunista había dicho que “lo primero y lo principal es echar a Pinochet”, que éste “debe ser juzgado y castigado y su Constitución fascista que le permite mantenerse en el poder mas allá de 1989, seguir de Comandante en Jefe del Ejército y ser senador vitalicio sin que medie elección popular alguna- debe ir a parar al tacho de

la basura. Por ello, permanentemente rechazamos todo intento de transacción con el dictador. Sin embargo, no estamos en contra de un acuerdo con los institutos armados si tal acuerdo conduce a desplazarlo y a transitar a la democracia”

El Manifiesto agregaba textualmente: “Los comunistas no ocultamos nuestros fines últimos ni nuestros propósitos inmediatos. Luchamos por que a la tiranía le suceda un gobierno democrático avanzado, de transición al socialismo. Creemos que este gobierno corresponde plenamente a las exigencias del desarrollo social, a las necesidades y a los intereses del pueblo y de la patria. Pero, si a la dictadura le sucediera un régimen democrático no precisamente avanzado, sino de mera orientación burguesa, tendríamos hacia él una actitud abierta, sin perjuicio de seguir defendiendo los derechos del pueblo y de luchar por más amplias conquistas democráticas y por nuestros objetivos superiores.”

En otra declaración, en octubre de 1986 el PC decía: “El PC le dice al país entero que la disyuntiva de hoy no es dictadura o marxismo o dictadura o comunismo, sino dictadura o democracia. El PC está por un régimen democrático avanzado que lleve a cabo profundos cambios en todas las instituciones estatales, en la economía, la educación, la salud y en todos los órdenes. Al mismo tiempo, ratifica sus anteriores pronunciamientos en favor de un régimen democrático pluripartidista y del imperio de los derechos humanos tal cual están establecidos en la Carta Fundamental de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas”. Y luego agregaba: “Sin perjuicio de luchar por el más pronto establecimiento de un régimen de tal carácter, el Partido Comunista está dispuesto a apoyar hoy a un gobierno provisional de consenso que sustituya a la dictadura, restablezca las libertades democráticas, abra nuevas fuentes de trabajo, responda a las exigencias ciudadanas de justicia y convoque a una asamblea constituyente para que Chile se de una institucionalidad democrática”.

“El Siglo” del mes de noviembre de 1986, en su nota editorial decía: “Contrariamente a lo que sostienen los detractores de los comunistas, estos jamás han rechazado a priori una salida política, aun si ella condujera a un régimen democrático limitado. Lo único cierto es que no creen que pueda lograrse sin lucha y rechazan los compromisos claudicantes, que siempre se hacen a espaldas y en contra del pueblo.”

Estos planteamientos no eran nuevos ni improvisados. Ya en 1979, yo había expresado a este respecto la posición del Partido en un extenso artículo que se publicó con el nombre de “NUESTRO PROYECTO DEMOCRÁTICO”. En él decía: “Considerando el conjunto de estos factores, no se plantea, en reemplazo del fascismo, la constitución de un Estado socialista ni la de un régimen típicamente burgués. En otras palabras, el dilema no es fascismo o socialismo, ni simplemente fascismo o democracia burguesa. Lo que corresponde es un nuevo régimen democrático, popular y nacional, que favorezca y promueva los cambios que emanen de las necesidades objetivas del progreso social.

“Nos referimos, obviamente, al régimen que se deba crear una vez que la soberanía se radique en el pueblo y no al o a los gobiernos que puedan surgir inmediatamente después de la derrota del fascismo. Si no hubiera un acuerdo en un amplio Gobierno Provisional, no descartamos o es previsible la formación de uno o de sucesivos gobiernos de facto o de transición.

“El carácter más o menos avanzado del futuro régimen democrático dependerá de variados factores y, muy principalmente, de la organización, madurez y fuerza con que el pueblo emerja de las tinieblas fascistas, de la lucha de la clase obrera y de la capacidad de su dirección política.

“Los comunistas estamos por llevar las cosas tan lejos como sea posible, siempre en estrecho contacto con nuestros aliados de la Unidad Popular y en franco y claro entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término la Democracia Cristiana. Esto significa también que, sin abandonar nuestras metas más caras, estamos llanos a considerar las realidades sociales y políticas y llegar a compromisos más o menos limitados que podrían, sin embargo, tener o alcanzar una gran proyección”.

“Por nuestra parte, aspiramos al poder político en alianza con todas las fuerzas democráticas. Pero, al mismo tiempo, no estamos por integrar cualquier gobierno. Además, como políticos realistas consideramos y estamos dispuestos a considerar las diversas situaciones y a facilitar todo paso que corresponda a los intereses del pueblo si en ello coincidieran los partidos de la Unidad Popular. No perderemos de vista que lo principal es hoy el derrumbe del fascismo. Estamos llanos al acuerdo aunque sólo sea para este efecto.”

De su lado, los opositores que tomaban el camino de la conciliación entraron a sostener que la unidad de las fuerzas contrarias a la dictadura exigía que todas ellas la combatieran empleando los mismos métodos y que, por consiguiente, no podían formar un solo frente con los comunistas que patrocinaban y usaban *“todas las formas de lucha”*.

Respecto a *“todas las formas de lucha”*, nosotros habíamos hecho presente, de modo reiterado, que tal expresión no significaba que *“todas”* las formas de lucha se pondrían en práctica de una vez, sino cada cual a su debido tiempo, de acuerdo con las circunstancias. Más todavía, en reiteradas oportunidades dijimos que estábamos llanos a ponernos de acuerdo en los objetivos y en los métodos. Además de lo dicho sobre esta materia en el documento ya citado y firmado por Clodomiro Almeyda, Luis Maira y el autor de estas líneas, lo dijimos en una declaración suscrita por nueve partidos de izquierda. Esta declaración decía: *“El camino antes señalado debe ser materia de un acuerdo unitario, fundado en requisitos y exigencias objetivas, a partir de las cuales todos los participantes del entendimiento deben asumir obligaciones y compromisos concretos. Sobre todo, comprometerse a ceñir sus conductas a*

los objetivos políticos, tareas y medios acordados, a lo menos por un plazo que de conjunto se concierte y al final del cual sólo los resultados de una evaluación colectiva podrán restaurar la plena autonomía de cada cual para continuar desarrollando su propia y particular estrategia."

Voces que claman unidad

Naturalmente, el país no se dejó llevar así como así por el camino de la conciliación. Mucha gente siguió empeñada en impulsar la movilización social y la acción de todos los opositores, con miras a crear las condiciones para una ruptura de la institucionalidad fascista y alguna forma de levantamiento popular que condujera al derrocamiento de la dictadura y a una democracia real o para lograr, bajo la presión del pueblo, los mejores resultados en un eventual diálogo cívico militar. A fines de 1987, el Movimiento Mujeres por la Vida le dirigió a cada uno de los dirigentes políticos más visibles de la oposición un patético mensaje en favor de la unidad. Haciendo un balance del año, el mensaje decía: *"Llegamos a esta Navidad con 86 opositores asesinados, 128 secuestros, cinco desapariciones, 9 mil 488 detenciones, la denuncia de 148 casos de torturas e incontables horas de incomunicación. ¿Piensa Ud. que es posible así celebrar la Noche Buena? Nuestro clamor unitario no ha sido escuchado por las dirigencias. Exigimos responsabilidad. Lo que está en juego es la vida de nuestros hijos y el destino de todo un pueblo. No queremos otro balance dramático en el año venidero. En lugar de nuestros parabienes, les expresamos nuestra vergüenza"*.

Dos evangélicos, Osvaldo Muñoz y Waldo García, pobladores de Valparaíso, se declararon en huelga de hambre el 10 de diciembre de 1987 hasta ver —dijeron— a los dirigentes de todos los partidos de oposición unidos en la acción para derrotar el régimen militar. Terminaron la huelga el día 30, una vez que recibieron de los dirigentes opositores la seguridad de que harían todo cuanto fuese necesario hasta lograr esta unidad. Dos o tres días después, Patricio Aylwin, Presidente del PDC, declaró que *"la verdadera unidad no se logra mediante ninguna forma de presión, ni física ni moral, sino como fruto de la búsqueda de acuerdos sobre la base del respeto a la identidad de cada cual."*

También a fines de 1987 se conoció una Propuesta de Manifiesto del Movimiento Democracia y Liberación, firmada por 215 personas, pertenecientes, en su mayoría, a diversas formaciones cristianas. Entre ellas estaban 19 sacerdotes y religiosos católicos y 8 protestantes. Algunos de los firmantes de la propuesta eran los sacerdotes José Aldunate, Eugenio Pizarro,

Mariano Puga y Renato Hevia, las religiosas Pancha Morales y Blanca Rengifo, las periodistas Patricia Verdugo y María Eugenia Camus, los abogados Fabiola Letelier, Alejandro Hales y José Galiano, los artistas Héctor Noguera, Eduardo Peralta y Roberto Bravo, el ex senador Rafael Luis Gumucio y los demócratas cristianos Radomiro Tomic, Fernando Castillo Velasco y Renán Fuentealba. En la propuesta afirmaban que *"nunca como hoy la unidad social y política del pueblo de Chile fue tan necesaria."* Y luego decían: *"Nos constituimos para actuar, puesto que nuestra Patria no saldrá adelante si se mantiene la actual división, las conductas vacilantes o la actitud cómoda del que no hace nada esperando que sea el del lado el que asuma los riesgos y organice la tarea"*.

Por esos días se formó el Comité Único de Pobladores, surgieron Comités por los Derechos Humanos y Comités por elecciones libres y demandas populares en varias comunas de Santiago, se realizaron actos de conjunto de todos los partidos de oposición en Concepción, Temuco y otras ciudades, se formaron listas unitarias de la izquierda y de la DC en algunos colegios profesionales y en casi todas las federaciones estudiantiles que renovaban sus directivas, el Comando Nacional de Trabajadores daba a conocer su Pliego y la Comisión Nacional Campesina su plataforma de lucha. En numerosas comunas se entregaban en los Municipios pliegos de peticiones por parte de organizaciones de pobladores que respondían a variadas influencias políticas.

El diario demócrata cristiano "LA ÉPOCA" se hizo cargo de este clamor unitario. *"Desde hace algún tiempo —decía su editorial del 29 de noviembre de 1987— algunos partidos y dirigentes han insistido en la necesidad de producir la unidad de la oposición."* Y después de algunas consideraciones casuísticas, sostenía que, primero, los partidos *"que desean coaligarse de alguna manera deben partir por ponerse de acuerdo en qué los une positivamente"* y ver *"inmediatamente como se afronta el futuro, esto es, tener en común un programa de gobierno, un pacto y un candidato"*. *"Por otra parte —añadía "LA ÉPOCA"— es indispensable que haya consenso en los métodos. Todas las formas de lucha es una concepción inmoral de la política. En el fondo, es seguirle el juego al actual régimen. Por eso la unidad por la unidad es, más que impracticable, un imposible. Es mejor buscar el consenso en las cosas de fondo."*

Nosotros buscábamos el acuerdo de toda la oposición en torno a la lucha por la libertad y la vida, contra los atropellos a los derechos humanos, en torno a cualquier problema concreto, a todo asunto puntual que interesara al pueblo. Al mismo tiempo, buscábamos *"el consenso en las cosas de fondo"*. Ya en septiembre de 1976, a través de un documento que redacté mientras estaba en el campo de concentración de Tres Alamos, hicimos públicas

tres proposiciones: la primera, actuar unidos para terminar con la dictadura; la segunda, buscar el consenso para construir mañana un nuevo régimen institucional, evitando el riesgo de regresar a las pugnas entre fuerzas que pueden entenderse, y la tercera, ponernos de acuerdo en la constitución de un gobierno representativo, básicamente formado por la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Mas aún, en varias oportunidades, junto con la necesidad de generar un gobierno democrático de tal composición, dijimos que estábamos también llanos a prestarle apoyo a un gobierno democrático en el cual pudiéramos no tener participación, convencidos de que lo primero y lo principal era hacer a un lado al dictador.

Los que empuñaron las armas

Aproximadamente dos mil jóvenes chilenos de ambos sexos eligieron el camino de las armas para enfrentar la dictadura y se integraron o incorporaron al Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Provenían de diversos medios sociales. Hijos de trabajadores y familias de revolucionarios, eran todos sensibles al dolor de su pueblo y abiertos a la esperanza de días mejores. Perteneían a distintas filiaciones políticas, principalmente al Partido Comunista. Muchos de ellos alcanzaron un apreciable nivel de conocimientos militares teóricos-prácticos y un eficiente dominio en el manejo de las armas y explosivos.

Desafiaron a la tiranía, salieron a su paso, le presentaron combate; erosionaron su poder. Fueron ellos los que derribaron las torres de alta tensión, provocando los grandes apagones que eran recibidos con alegría pese a las molestias que significan en el hogar. La gente de los barrios los saludaba y salía la calle a protestar. Demostraban que era posible luchar hasta vencer.

Estos valientes muchachos dedicaron sus sueños de libertad y sus vidas a la lucha militar y paramilitar contra la tiranía creyendo firmemente que era el más efectivo o el único modo de combatirla. Estaban convencidos que las voces de la razón ya no eran escuchadas y, por consiguiente, todos los medios eran necesarios para hacer oír la fuerza de la razón. Para eso, centenares de ellos dejaron sus hogares, sus estudios y, transitoriamente, hasta su país.

Todos se jugaron en diversas actividades, desde la propaganda revolucionaria hasta movilizaciones táctico-militares. Se convirtieron así en una firme fuerza de contención contra los excesos de los esbirros de la dictadura que desarrollaba una guerra contra un enemigo civil y desarmado.

Sus acciones mantuvieron en alto el espíritu de combate del pueblo, apresuraron la resistencia, ayudaron a la modificación del cuadro político.

En la guerra llevada a cabo por el régimen militar en contra del pueblo chileno, ellos pasaron a ser uno de los blancos principales de su ataque armado y propagandístico. Pero jamás renunciaron. Su norte principal fue la recuperación de la democracia en nuestra tierra. Constituye un ejemplo de heroicidad, renunciamiento y amor a la libertad el de estos jóvenes, calificados muchas veces de terroristas por combatir a los reales terroristas que asolaron el país.

Algunos cayeron en el combate o quedaron lisiados y otros permanecen en la clandestinidad o están aún encarcelados o fuera del país porque no pueden retornar sin ir a la prisión, mientras que los instigadores, autores y encubridores de tantos homicidios y violaciones a los derechos humanos gozan de plena libertad y muchos de los políticos que nada o poco hicieron se han adueñado, en su propio beneficio, de los resortes del poder.

Al conformarse una salida diferente a la que buscaban y soñaban estos muchachos y con ellos las fuerzas más avanzadas de la oposición, muchos fueron los que comprendieron el cambio producido en la situación política del país, en tanto que otros, persistieron en la propuesta de derribar la dictadura a través de la sublevación del pueblo.

Apreciamos más, obviamente, a los que en toda circunstancia se guiaron por la orientación del Partido, pero todos ellos, aún los que se fueron de nuestras filas, merecen nuestro reconocimiento y la gratitud perenne del pueblo. Porque, si bien Pinochet tuvo que dejar La Moneda, acorralado por la mayoría nacional y gracias a la lucha multitudinaria de las masas, fue esta juventud, fueron estos combatientes, los que con su sacrificio y su acción dieron la más importante y decisiva contribución a la causa de la libertad.

Del mismo modo, tenemos una palabra de admiración y aprecio a los jóvenes de otras filiaciones políticas, principalmente del MIR, que también echaron mano de las armas en la lucha contra la sanguinaria dictadura. Con el MIR tuvimos discrepancias en el período anterior al golpe, a las que aludimos en algunas de estas páginas. Pero siempre vimos en sus militantes a jóvenes revolucionarios que se entregaban con pasión y generosidad a una causa y que por ella estaban dispuestos a todos los sacrificios. Su líder, Miguel Enriquez, que cayó en el combate, acribillado a balas por los esbirros de la tiranía, es y será siempre recordado por la limpieza de su corta vida política, su inteligencia, su valentía y su heroísmo.

Nuevos ingresos, públicos y clandestinos

En los años de las mayores protestas, período de fuerte ascenso del movimiento popular, varios exiliados desafiaron a la dictadura, tomando el avión, públicamente, de regreso a su país o intentando hacerlo por otras vías. El más bullado de los casos fue el que protagonizaron René Largo Farías, Osiel Núñez y Luis Godoy. Los tres fueron detenidos y reexpedidos al exterior en el aeropuerto de Pudahuel. El avión iba a Buenos Aires. Los de Investigaciones que iban con ellos los desembarcaron a la fuerza en Ezeiza. Pero al llegar a los controles del aeropuerto y ser conminados a presentar sus pasaportes para la revisión correspondiente, declararon que eran chilenos, que sólo querían vivir en Chile, que habían sido expulsados a la fuerza y que se negaban a ingresar a otro país. Los mantuvieron en un hotel del mismo aeropuerto sin registrar su entrada a Argentina, mientras se hacían urgentes consultas. Las autoridades bonaerenses, determinaron que no podían obligarlos a ingresar al país y los devolvieron a Chile. Así lo hicieron. Al llegar de nuevo a Santiago, René Largo Farías, Osiel Núñez y Luis Godoy, fueron reexpedidos hacia el Perú, donde de nuevo se negaron a desembarcar. Devueltos por segunda vez a Chile, se les expulsó a Colombia, donde fueron recibidos por una delegación del parlamento de esa nación, con el compromiso de que allí estarían sólo por algunos días y manteniendo siempre la exigencia de retornar a la patria. Esta odisea fue ampliamente publicitada en la prensa mundial, repercutió en la OEA y en las Naciones Unidas y en Chile dio lugar a un movimiento de solidaridad que abarcó a los organismos consagrados a la defensa de los Derechos Humanos, a los partidos políticos y a numerosas organizaciones sociales. Al llegar a Chile por tercera vez no pudieron ser expulsados a ningún otro país. La dictadura los relegó, entonces, a Osiel a Melinka, a René Largo a Cochrane y a Godoy a Camiña.

Un caso similar protagonizaron Jaime Insunza y el Dr Leopoldo Ortega. A los dos le rechazaron la entrada al país. Fueron expulsados hacia Brasil, pero decidieron también embarcarse de nuevo hacia Chile. Lo hicieron y esta vez la dictadura no quiso pasar por el mismo bochorno anterior y los dejó entrar. Una situación semejante ocurrió con Luis Guastavino.

Julieta Campusano y Mireya Baltra también entraron a la "guerrucha", pero fueron relegadas, Julieta a Calama y luego a Camiña y Mireya a Puerto Aysén.

Clodomiro Almeyda, Edgardo Condeza y Erick Schnake hicieron otro tanto en esos mismos años. Almeyda fue detenido, enviado a la cárcel pú-

blica y sometido a proceso. El mismo, como abogado, tomó su defensa en los tribunales en un magistral alegato político-jurídico en favor del derecho de cada ciudadano de vivir en su propio país.

Muchos más entraron y salieron o salieron y entraron de Chile antes que comenzaran las grandes protestas. Lo hicieron clandestinamente, entre otros Andrés Pascal Allende, que sucedió a Miguel Enríquez en la jefatura del MIR; Camilo Escalona y Rolando Calderón del PS; Jaime Gazmuri y Enrique Correa del MAPU-OC, y Horacio Cepeda, Nicasio Farías, Lautaro Carmona, Mario Navarro y Hugo Fazio del PC.

El plebiscito

En los primeros días de 1988 se iniciaron las conversaciones para formar la concertación de partidos por el NO en el plebiscito. El 5 de enero, Gabriel Valdés se reunió, en la sede del PDC, con la directiva del PS de Almeyda, encabezada por Germán Correa. El día 25, Germán Correa, Luciano Valle, Julio Ruiz, Eduardo Loyola y Raúl Díaz, anunciaron, en conferencia de prensa la decisión de su partido de promover la concertación y movilización en torno al NO y de buscar a este respecto un acuerdo, sin exclusiones, de toda la oposición.

El Partido objetó el camino del plebiscito y de la consiguiente inscripción electoral para participar en él en la forma determinada por Pinochet.

El plebiscito se realizaría sin padrón electoral, es decir, sin nóminas de las personas inscritas a disposición de todos los partidos políticos, con el control total del sistema electoral por los agentes de la tiranía, bajo estados de excepción y sin que los partidos de izquierda pudieran tener apoderados pues estaban prohibidos por ley.

Plenamente convencidos de tener razón, sostuvimos que el plebiscito sería un fraude, pues Pinochet usaría en su favor todo el aparato del estado y manipularía a su antojo los medios de comunicación.

Mucha otra gente era de esta misma opinión o, al menos, consideraba que constituía una ingenuidad embarcarse en un plebiscito en una cancha rayada por el tirano. El Cardenal Silva Henríquez expresó sus temores al respecto. El dirigente socialista francés, Fabius, que fuera Ministro del Interior de Mitterrand, estuvo entonces en Santiago y, al regresar a su país dijo que ningún dictador organizaba un plebiscito para perderlo. Se desconfiaba de la honestidad del régimen en el manejo de todo el proceso de organización y realización del plebiscito. Esta desconfianza condujo a la constitución de un amplio Comité contra el Fraude.

Hasta el gobierno de Reagan dudaba del tirano. *“Tenemos informaciones según las cuales el Gobierno chileno piensa anular el plebiscito del miércoles”* declaró dos o tres días antes el portavoz del Departamento de Estado, Phyllis Oakley, quien agregó que EEUU transmitió a Pinochet su *“seria inquietud”* por si ello fuera cierto.

La inscripción electoral

El 25 de febrero de 1987 se dio comienzo a la inscripción electoral. En junio de ese año, el Instituto Nacional de Estadística (INE) y el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) calculaban en 8 millones 239 mil 552 el número de chilenos, mayores de 18 años, que estaban en condiciones de inscribirse para participar en el plebiscito al que ya se había convocado. El Partido Demócrata Cristiano y demás colectividades políticas que aceptaban el desafío plebiscitario de la dictadura, pensaban que se inscribirían al menos unos 6 y medio millones de personas y que vencerían en una consulta en la cual participaría una masa tan considerable de electores. Los comunistas sostuvimos que en los 510 días durante los cuales estarían abiertos los registros electorales sería imposible que tal cantidad de personas se pudiera inscribir. Nuestro razonamiento aparecía impecable. Hicimos presente que en las últimas elecciones efectuadas en el marco de un sistema democrático, en las parlamentarias de 1973, se hallaban inscritos 4 millones 510 mil ciudadanos, lo que correspondía al 81,7% de los chilenos mayores de 18 años. Esto no se había logrado de un día para otro, sino a lo largo de 27 años, desde que en 1946 se inició la inscripción en el tercer padrón electoral de la historia del país. Todas las elecciones realizadas desde 1947 hasta 1973 se efectuaron con los mismos registros que fueron creciendo de más en más. Este aumento del número de electores se debió al crecimiento vegetativo de la población y al reconocimiento del derecho a voto de las mujeres, luego de los analfabetos y después de los jóvenes desde los 18 años de edad. Se debió también al creciente interés que despertaban las lides electorales en el período democrático, cruzadas cada vez más por la disputa del poder, a los esfuerzos especiales que realizaban los partidos por inscribir a su gente y al carácter obligatorio que se le dio por ley a la inscripción electoral. Si tuvieron que pasar 27 años para que se inscribiera el 81% de los mayores de 18 años, es imposible —sostuvimos— que en menos de dos y en las condiciones de la dictadura se pueda inscribir siquiera la mitad de los 8 y tanto millones de ciudadanos que podrían votar. Por otra parte, la dictadura había rechazado la inscripción automática, cosa que perfectamente se habría

podido hacer recurriendo al sistema computacional ya generalizado en las actividades estatales y empresariales del país. Había resuelto continuar con el viejo método de inscripción manual individual. Tal sistema presentaba muy serios inconvenientes. Entre estas las dificultades de tiempo y dinero de las personas que viven en los campos, minas, caletas y pequeños poblados, para acudir a inscribirse en pueblos y ciudades distantes de donde viven o trabajan; los inconvenientes que tienen miles y miles de mujeres de las poblaciones periféricas que para acudir a los sitios de inscripción tienen que dejar sus hogares y sus niños pequeños abandonados; los obstáculos que ponen los patrones para que los obreros de las industrias y servicios acudan a inscribirse en horas de trabajo que son las horas en que funcionan las mesas inscriptoras; la obligación de presentar, al inscribirse, el nuevo carnet plastificado que valía 300 pesos aparte del costo de la fotografía; la desconfianza en el sistema, el desinterés, etc, etc. Si, para pasar por sobre estas dificultades, se había necesitado 27 años para que se inscribiera el 81 % de los chilenos mayores de 21 años, no había razón para esperar que en menos de dos pudieran inscribirse más de un tercio de las personas que reunían los requisitos para ser electores.

Pero los hechos demostraron que estábamos en un profundo error. La gente venció las dificultades y se inscribió masivamente. Quería terminar con la dictadura y pensaba que, para ello, el voto era un arma que podía usar con éxito. Nosotros no creíamos en ello.

Los acontecimientos siguieron desarrollándose en un sentido favorable a los sectores que buscaban una salida convenida con la dictadura. Uno tras otro, todos los partidos de oposición se embarcaron en el plebiscito. Nosotros fuimos los últimos en decidirnos. Obviamente, no podíamos ser los primeros toda vez que era lo más probable que se convirtiera en un gran fraude. Muchas voces se habían expresado en tal sentido. No obstante, hubo gente que pisó tierra antes que nosotros y que no tuvimos suficientemente en cuenta. Así, el sociólogo e investigador Tomás Moulian, que formaba parte del COMANDO DE LUCHA CONTRA EL FRAUDE hizo pública su decisión de inscribirse. En "FORTIN MAPOCHO" del domingo 17 de abril, escribió: *"Yo me voy a inscribir y a votar NO, no porque esté absolutamente seguro de que esta línea vaya a conducir al triunfo, sino porque es una línea que los hechos han impuesto."...* *"Hoy día votar en el plebiscito es el único camino posible. Los otros caminos son palabras y deseos."...* *"Las fuerzas de izquierda que no están por inscribirse ni por el NO no son capaces de realizar una abstención activa. Creo que hay que sumarse a la lógica de la mayoría y cuando mas tarde sea eso, peor."...* *"Manteniendo las reservas frente al plebiscito, señalando que estamos en un proceso de fraude y que, por lo tanto, las posibilidades de que la voluntad*

ciudadana se exprese realmente y sea respetada son pocas, habría que pronunciarse (de todos modos) a favor del NO!"

Las cinco personas que componíamos el hogar que se constituyó en función de la presencia y la actividad del Secretario General del Partido, teníamos nuestra propia célula. Don Andrés Cárdenas y la Sra. Juanita, cuyo verdadero nombre es Benita Rojas, viejos militantes comunistas encargados de las labores de la casa, se mostraron extrañados cuando en la reunión de la base se habló de la opinión adversa que tenía el Partido de dirimir el pleito con la dictadura a través de un plebiscito y, por lo tanto, de promover la inscripción electoral. A don Andrés y a doña Juanita, oriundos de la tercera región, no les cabía en la cabeza que el Partido, su Partido, adoptase una posición renuente a dicha inscripción.

Se hicieron varias encuestas respecto a la intención de voto de la gente. Ellas demostraron que la ciudadanía se inclinaba por resolver el diferendo democracia-dictadura a través del plebiscito y todas le daban ventaja al NO. En junio de 1988, "LA ÉPOCA" dio cuenta de los resultados de la encuesta CIS. Ellos indicaban que, ya en mayo, el 79,8 por ciento de los hombres y el 72,6 % de las mujeres estaban inscritos. En el ítem de los jóvenes, el 73% ya había acudido a inscribirse a fines de mayo, en oposición al 59% registrado a fines de abril. Un 32% se inclinó por el NO, y un 14,6% por el SÍ. En la pregunta acerca de si "las FFAA son una garantía de que el plebiscito va a ser limpio", el 44,5% de los santiaguinos está en desacuerdo, y el 34% de acuerdo.

El PC anunció, por fin, su decisión de llamar a inscribirse en los registros electorales y de votar NO en el plebiscito. En conferencia de prensa, el Partido dijo:

"Si el plebiscito se realiza en medio de una decidida lucha contra el régimen en todos los frentes y en los más diversos terrenos, podría transformarse en una coyuntura favorable al pueblo. El PC llama desde hoy a organizar estas luchas, a respaldar los movimientos sociales en perspectiva para el mes de marzo, a crear las condiciones para que el plebiscito, cualquiera sea su resultado, pueda ser detonante de un levantamiento mayor que conduzca al derribamiento de la dictadura". Al margen del grado de subjetivismo que había en estas palabras, la decisión de cerrar filas con toda la oposición para enfrentar a la dictadura en el plebiscito fue un hecho político trascendente y decisivo. La votación comunista aseguró el triunfo del NO en el plebiscito y la elección posterior de Patricio Aylwin.

Pasado el plebiscito, el dictador amenazó con sentarse en sus resultados. "LA NACIÓN" del 20 de Noviembre del 88 informó que Pinochet amenazó con echárselos al bolsillo si la oposición seguía desconociendo la

Constitución del 80.— “Yo —dijo en Coyhaique, al término de una gira de cuatro días por la zona austral del país— *les he preguntado si aceptan la Constitución. Pero están callados. Lo que pasa es que si dicen NO, el plebiscito está nulo. Por eso les dije que debían atenerse a las consecuencias.*” Agregó que en el plebiscito fue “derrotado, pero no vencido.”

Harry Barnes

Un papel relevante, acaso decisivo, jugó también, en el carácter de la transición, el embajador de Estados Unidos, Harry Barnes. El gobierno de Reagan lo designó como su representante en Santiago en octubre de 1985. Era el hombre que necesitaba la Casa Blanca. Había representado a su país en la India. Se decía que ocupaba el sexto lugar en la jerarquía del Departamento de Estado a nivel de embajadores. Saltaba desde Nueva York a Chile, no precisamente degradado, a pesar de que nuestro país es una nación muy pequeña comparada con la patria de Ghandi. Venía en una misión especial para tallar en un caso especial que preocupaba a los Estados Unidos: el relevo de Pinochet en la jefatura del gobierno chileno.

El embajador Barnes se empleó a fondo en buscar y lograr una transición pacífica de la dictadura a la democracia. Realizó un trabajo de joyería. Se reunía mañana, tarde y noche con gente de gobierno y de oposición. Tenía cara de boxeador, como si su rostro hubiese recibido fuertes machucones. A menudo hacía declaraciones a la TV y otros medios. Se hacía el de las chacras, como decimos los chilenos, pero no tenía un pelo de lesa. No dio puntada sin hilo. Con paciencia musulmana fue anudando compromisos en la dirección conveniente a los intereses norteamericanos.

A comienzos de 1988 Harry Barnes viajó a Washington para recibir el Premio por Servicios Distinguidos, que le otorgó el Presidente norteamericano. El galardón, que le entregó el Secretario de Estado, George Shultz, se confiere anualmente a miembros del servicio diplomático norteamericano. En la ceremonia de entrega Shultz dijo: “*Harry Barnes es realmente una persona distinguida y un distinguido diplomático del Servicio Exterior. Tiene la habilidad para descubrir y entender lo que ocurre y de proporcionarnos, a través de sus informes, una apreciación de los acontecimientos. También tiene la capacidad para comprender firmemente los intereses de los Estados Unidos y para representarlos en cualquier lugar.*”

Dejó el cargo una vez que las cosas estaban definitivamente encaminadas hacia una salida pactada. Regresó a su país el sábado 26 de noviembre de 1988, un mes y 21 días después que la oposición triunfó en el plebis-

cito. Habló con la prensa poco antes de tomar el avión a Washington. Interrogado acerca de por qué no se despidió de Pinochet, dijo a los periodistas:

—El no se despidió de mí. Pedí la audiencia y hasta ahora no contestó.

Raquel Correa le preguntó:

—¿Considera que los comunistas debieran quedar fuera de una alianza de oposición?

—Es lo lógico —respondió— si la oposición quiere ganar las próximas elecciones. Otra cosa es el derecho de cualquier ciudadano a participar en la vida (política) de su país.

—Embajador, antes de partir, ¿por qué no revela de donde sacó el rumor que transmitió el (o al) Departamento de Estado respecto de que el plebiscito no se iba a efectuar.

—Fue más que un rumor. Los antecedentes llegaron a la embajada y a nuestros funcionarios en Washington una semana o diez días antes del plebiscito.

—¿Se trata de antecedentes confiables?

—Sí. Pero son reservados.

Se informó que Barnes se radicaría en Vermont, cerca de Washington y que probablemente escribiría sobre su carrera diplomática incluyendo ciertamente el desempeño de su misión en Santiago de Chile.

Encuentro con Almeyda

El 24 de octubre, 19 días después del plebiscito me entrevisté con Clodomiro Almeyda en una casa de La Reina. Llegó a la hora convenida acompañado de José Sanfuentes que se retiró en seguida para concurrir a otra reunión. Habían pasado más de cinco años desde la última vez que nos habíamos visto. Nos saludamos con un efusivo abrazo y luego nos cruzamos palabras de sincera cortesía. Le dije que me había gustado mucho su libro autobiográfico, "Pensando en Chile", que escribió mientras estuvo relegado en Aysén y, naturalmente, le pregunté por Irma y toda su prole. De su parte fue también muy cordial y me contó que Lily lo había ido a ver a la cárcel donde permaneció casi un año a raíz de un infame proceso incoado por Pinochet.

La plática duró 3 horas y 20 minutos. Comentamos positivamente los resultados del plebiscito, coincidiendo en que Pinochet había sufrido una gran derrota política y en que, en todo caso, el referendum no resolvía de por sí el conflicto entre democracia y dictadura.

—“Las fuerzas políticas que apoyaron a Pinochet —sostuvo Almeyda— pasan por una situación de crisis, en tanto que por el lado de la oposición el ambiente es obviamente mejor”. Luego agregó: “El centro político emerge como una fuerza predominante y los problemas electorales pasan a primer plano. La movilización social es necesaria, pero hay que tener cuidado en que no se desgaste”.

Estuve de acuerdo con sus apreciaciones, salvo en la tocante a la movilización social. Le dije que la considerábamos básica, que no veíamos el peligro de su desgaste y que sería la dictadura la que se desgastaría si la impulsáramos por la renuncia de Pinochet, por elecciones verdaderamente libres y por las reivindicaciones más apremiantes del pueblo.

Le pregunté que pensaba sobre candidato presidencial. Me dijo que “en el PS todos estaban por un candidato único de la oposición, que 6 meses atrás existía la convicción de que había que levantar un candidato propio de la izquierda, pero que los resultados del plebiscito habían conducido a cierto triunfalismo y electoralismo y a considerar que la unidad de la oposición (aludía a la concertación de los 16) era la clave de la victoria”.

—Lo que tu dices es muy grave— le expresé. Por lo visto han surgido diferencias muy grandes entre nuestros partidos.

—La raíz de estas diferencias —me dijo Almeyda— está en la lectura equivocada que ustedes han hecho de la realidad desde hace unos 5 años. Pero sólo son diferencias en la táctica pues seguimos coincidiendo en los fines estratégicos”.

—“El hecho —le dije— es que con vuestra venia se marcha a la proclamación de un candidato presidencial por parte de la D.C., sin tomar en cuenta para nada la opinión del PC y tratando de aislarnos. Esto significa que ustedes entran a ser partícipes de la política de exclusión. El problema —añadí— no es si llevamos o no un solo candidato de la oposición. Yo diría que en este momento lo que la gente quiere es eso. Pero para llevar un solo candidato de la oposición y también un candidato propio de la izquierda, que es la otra posibilidad, es necesario saber no sólo de qué persona se trata, sino qué programa lleva el candidato, conocer los compromisos que contrae con los demás partidos, qué piensa hacer en relación, por ejemplo, a la democratización de las Fuerzas Armadas y del Poder Judicial y a la investigación de los desaparecidos y de todos los crímenes de la dictadura. Además, en una reciente entrevista, al ser interrogado acerca de si Aylwin pudiera ser el candidato, tú has dicho que no estás por mirar hacia atrás y no desalojaste la posibilidad de apoyarlo. Por mi parte te digo que yo miro hacia adelante, pero también hacia atrás. No coincido con lo que dijo Millas en la revista “Cosas” en cuanto a que Aylwin es el responsable de la caída de Allende. Pero que coadyudó al golpe no tengo ninguna duda. Yo no votaría por él, salvo que me lo ordene el partido.

—Yo igual —acotó.

Seguí en el uso de la palabra para decir que podríamos apoyar un

candidato único de toda la oposición, con compromisos claros, pero que también podríamos levantar un candidato propio de la izquierda.

—La izquierda —enfaticé— puede ser la primera mayoría relativa. Si no la obtiene tendría que apoyar, en la segunda vuelta, al candidato del centro político. Esto sería justo y comprensible por el pueblo. Lo otro, apoyarlo sin más ni más, sería acoplarse simplemente al centro, renunciando en la práctica a las posiciones y proyectos de la izquierda.

—La verdad es que nosotros no estamos en la parada que tú nos supones— replicó Almeyda. Le hemos enviado una carta a la Democracia Cristiana haciéndole presente que estamos por un candidato único, pero que este puede o no ser de la DC y que sería preferible un independiente como Alejandro Hales.

—Para nosotros —insistí— lo primero es fortalecer la Izquierda Unida y resolver de común acuerdo los problemas que surgen. Pero, por lo visto, ustedes le dan prioridad al entendimiento con la DC. Así lo hicieron al embarcarse en la concertación de los 16 (de los 16 partidos que la formaron al comienzo). Lo hicieron también en la CUT y en la FECH, donde si hubiésemos actuado juntos, como Izquierda Unida, podríamos haber obtenido la mayoría absoluta y ustedes la presidencia de ambas organizaciones. Tú dices que la raíz de nuestras diferencias son de orden táctico, que radican en lo que tú consideras una equivocada interpretación de la realidad por parte de nuestro Partido. A partir de esas diferencias, reales o supuestas, concretamente, a partir de la concertación de los 16, ustedes han preferido la alianza con la Democracia Cristiana. No los entiendo, porque no veo que las diferencias tácticas con los comunistas sean mayores que las diferencias tácticas con la Democracia Cristiana y mucho menos con sus proyectos de orden estratégico.

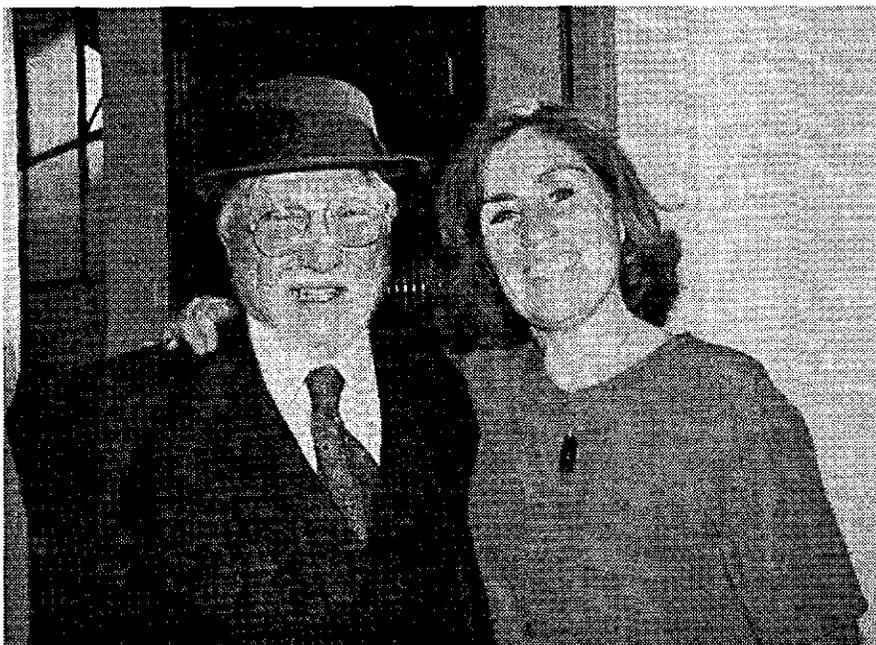
Esta preferencia por la DC —concluí diciendo— se expresa también, de algún modo, en lo que ustedes piensan hacer respecto a un partido instrumental. Por lo visto, se orientan a separarse de nosotros.

—Creo que tú exageras las cosas— me respondió Almeyda. No es para tanto.

Pero, lamentablemente, las cosas siguieron marchando en esa dirección.



Clodomiro Almeyda y Luis Corvalán en Berlín, 1977.



1996. Con Gladys Marín, el día que Corvalán cumplió 80 años.

8. El quiebre de la izquierda y la lerdra transición

Cohabitación y continuismo

A mitad del período de cuatro años que duró el primer gobierno de la Concertación, el Presidente Aylwin anunció al país que la transición había terminado. Fue un error que más tarde tuvo la entereza de reconocer. Si por transición se entiende el paso de la dictadura a la democracia es evidente que el país se mantenía entonces y se mantiene todavía encerrado en los marcos que trazó e impuso el régimen fascista. En efecto, siguen en pie, con modificaciones insustanciales, la Constitución que Pinochet hizo aprobar en el amañado plebiscito de 1980, la ley sobre partidos políticos y la ley de elecciones, así como el Tribunal Constitucional y el Consejo Nacional de Seguridad. En este andamiaje jurídico se insertan la inamovilidad de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y del General Director de Carabineros y la llamada institución de los senadores designados. También sigue vigente la política económica neoliberal que implantó la dictadura. En consecuencia, con toda propiedad se puede decir que, en lo fundamental, los gobiernos de Aylwin y Frei Ruiz Tagle han sido gobiernos continuistas. Así entonces, lo que se ha producido es más bien un cambio de guardia en La Moneda. Del Palacio de Toesca ha salido una guardia militar y ha entrado, en su reemplazo, una civil. No es un cambio despreciable. Pero está lejos del que se debía hacer y más lejos aún de lo que se prometió al país: la democracia plena y la atención preferente de los problemas del pueblo.

El Presidente de la República ha estado en virtual interdicción. En cierta medida ha existido una dualidad de poder, constituida por el poder político civil y el poder político militar. Cuando entre ellos han surgido discrepancias de alguna entidad y no se han entendido a la primera de cambio o cuando se ha tratado de volver a los tiempos en que las Fuerzas Armadas dependían del poder generado por la voluntad ciudadana, el poder militar ha amenazado con la fuerza. Durante el Gobierno de Aylwin se co-

nocieron frecuentes movimientos militares dirigidos a dejar bien rayada la cancha con las reglas que más les acomodan a los mandamases castrenses.

El 19 de diciembre de 1990 se efectuó el movimiento militar conocido con el nombre de "ejercicio de enlace". Ese día las unidades del Ejército se acuartelaron en todo el país a raíz del acuerdo de la Cámara de Diputados de investigar el escándalo en que estaba envuelto Augusto Pinochet Hiriart, quien había recibido cheques por 3 millones de dólares de parte de la institución militar que comandaba su padre. Esos tres millones de dólares — sostuvo el Ejército— correspondían al valor de la compra de armamentos hecha a la empresa PSP, de la cual Pinochet hijo era representante. El vástago del dictador se sentó en la diferencia, no concurrió a la citación que le hiciera la Comisión Investigadora de la Cámara y el asunto quedó en nada.

El 23 de agosto de 1992 estalló un escándalo por el espionaje telefónico de que fue objeto el senador Sebastián Piñera, en el que aparecieron comprometidos la diputada Evelyn Matthei y el capitán de Ejército Fernando Diez. Un mes más tarde, el 22 de septiembre, un funcionario de Inteligencia, sin mostrar su rostro, afirma frente a las Cámaras de Televisión Nacional que el DINE efectúa espionaje político. Y al día siguiente, el Ejército decreta "Estado de Alerta".

El 22 de mayo de 1993, el diario "LA NACION" publicó una amplia información precedida de un llamativo titular de primera página que decía: "Reabren caso cheques de hijo de Pinochet." y en el subtítulo agregaba: "Ocho generales citados a declarar ante la Justicia". De inmediato —y mientras el Presidente de la República, Patricio Aylwin, anda en Europa— se hace presente otro movimiento militar que recibe el nombre de "el boinazo". Y una vez más la tapa cubre el escándalo de los "pinocheques".

El jueves 27 de mayo de 1993 hay otra demostración de fuerzas de parte del Ejército. Ese día, inusualmente, con traje de campaña, se reúnen Pinochet y un grupo de generales en el Edificio de las Fuerzas Armadas de la Plaza Bulnes, alrededor del cual hay un desplazamiento de soldados igualmente vestidos en traje de campaña. El hecho llama la atención. Pero no hay ninguna explicación de parte del Ejército.

El más ruidoso y espectacular de este tipo de maniobras militares se puso en práctica durante el Gobierno del Presidente Frei Ruiz-Tagle, en contra del cumplimiento del fallo judicial que condenó a prisión, por el asesinato de Orlando Letelier, al General Manuel Contreras, jefe de la DINA, la Gestapo de Pinochet, y a su ayudante, el Brigadier Pedro Espinoza. Los delincuentes resistieron la orden de prisión. Mientras Espinoza se encierra en un cuartel militar, Contreras se atrinchera en su fundo de Fresia, cerca de Puerto Montt, y cuando ya no podía mantenerse más en esa posición, viaja hacia

Santiago y con ello hace pensar a todo el mundo que vuelve a la capital para entregarse a la justicia, pero desvía hacia Talcahuano el avión militar que lo conducía y se mete al Hospital Naval de ese puerto con la anuencia cómplice de la Jefatura de la Marina. La resistencia militar sólo cede después de varias semanas que el país vive en ascuas y que la mayoría abrumadora nacional se hace sentir exigiendo se respete el veredicto de la Corte Suprema. Contreras y Espinoza van a parar a la Cárcel de Punta Peuco, construída especialmente para ellos y demás delincuentes de uniforme, a un costo superior a los 300 millones de pesos.

No son los primeros militares que van a prisión. Pero en los casos anteriores, las condenas se habían cumplido en los recintos penitenciarios regulares. Por ejemplo, en 1919, en las postrimerías del Gobierno de Juan Luis Sanfuentes, fueron encarcelados los generales Guillermo Armstrong y Manuel Moore, el contraalmirante Arturo Cuevas y 23 coroneles y tenientes acusados de conspiración. En 1938 Carlos Ibáñez del Campo estuvo tres meses en la Cárcel Pública por haber promovido la toma del edificio del Seguro Obrero por parte de un centenar de militantes del Movimiento Nacional Socialista que había proclamado su candidatura a Presidente de la República. Durante el primer gobierno de la Democracia Cristiana, Roberto Viaux Marambio fue condenado a 3 años de cárcel y 5 de exilio como instigador del secuestro, que derivó en la muerte del Comandante en Jefe del Ejército general René Schneider. Estuvo preso en la Penitenciaría de Santiago y exiliado en Paraguay.

Ahora, bajo el gobierno de la Concertación, los autores de crímenes horrendos, condenados a leves penas, están en una cárcel de lujo como en un hotel de cinco estrellas.

En la comida anual que en 1993 celebró la Sociedad de Fomento Fabril, Edgardo Boenninger, Ministro Secretario General de la Presidencia, dijo que en los viajes de Patricio Aylwin a varios países los empresarios que lo acompañaron pudieron darse cuenta de *“la admiración con que (los extranjeros) comprueban la sorprendente cohabitación que, dentro del estricto marco de la Constitución, se ha producido entre el Presidente y el Comandante en Jefe del Ejército, expresión notable —agregó— de la capacidad de convivencia que ha caracterizado a nuestro país en estos años”*.

Un par de semanas antes de conocerse estas palabras de Boenninger, el gobierno le había tirado la oreja a los corresponsales extranjeros porque por esos días se había hablado en la prensa de varios países de que en Chile existía alguna forma de co-gobierno. La Moneda lo negaba a pie juntillas pese a que a menudo Pinochet se cruzaba en el camino del Ejecutivo y este tenía que retroceder y ponerse de acuerdo con él y pese a que esta era una

cohabitación prevista y anunciada por el propio Presidente Aylwin quien, el 10 de mayo de 1988, hablando en nombre de los partidos que se habían concertado en torno al NO en el plebiscito, había sostenido que *"la institucionalidad vigente, lejos de establecer un régimen democrático, programa para el futuro y en carácter permanente un sistema de dictadura presidencial bajo tutela militar"*.

La serie de movimientos de presión protagonizados por el Ejército demostraron la verdad de este anuncio de Aylwin y la falsedad de las palabras de Boenninger.

Desde que comenzaron las grandes protestas estaba echada la suerte de la dictadura. En el seno mismo de la Junta Militar había quienes pensaban que se acercaba el tiempo en que tenían que hacer mutis por el foro. Así, el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Fernando Matthei, manifestó en 1983, durante un viaje a Londres: *"Espero que podamos legalizar los partidos políticos en dos años y organizar una elección de Congreso de aquí a tres años. Nosotros deseamos que los hombres políticos civiles retomen el mandato del país, dentro del diálogo y la democracia"*. En el mismo sentido hizo declaraciones a "EL MERCURIO" al año siguiente. Más aún, el 27 de septiembre de 1984 dijo que *"en el curso de un eventual proceso de transición a la democracia los actuales Comandantes en Jefe deben pasar a retiro y, personalmente, tengo claro que algún día será investigado y se me pedirá cuenta de todo"*. De su parte, el Comandante en Jefe de la Armada, José Toribio Merino, se declaró, en varias oportunidades, partidario de reformar la Constitución para realizar elecciones libres de Presidente y de parlamentarios en 1989. Y Estados Unidos, el padre de la criatura, empezó a dar muestras de apuro en lograr una salida burguesa, sobre todo después del paro-protesta del 2 y 3 de julio, del atentado y de la internación de armas. En su entrevista con Jaime del Valle, el Secretario de Estado del gobierno de Reagan, Shultz, le expresó personalmente al canciller chileno, Jaime del Valle, sus temores por la polarización de fuerzas que se estaba produciendo en la sociedad chilena. Ello —le dijo textualmente según "EL MERCURIO"— *"nos lleva a pensar que la situación está llegando a ser peligrosa"*.

Ese era un momento favorable para echarle con todo hacia adelante y voltear al dictador o imponerle un acuerdo favorable a la causa de la democracia y a los intereses del pueblo. Pero a las cúpulas dirigentes de los partidos de oposición, excepto las del PC y del MIR, se les cayeron los pantalones, no se sintieron capaces de doblarle la mano y se apresuraron a pactar con él, dejándole intacta su institucionalidad antidemocrática y con ella una cuota del poder.

Con razón, en declaraciones a "EL SIGLO" del 24 de mayo de 1994, el

jurista demócrata cristiano Hernán Montealegre expresó: *“Lamentablemente algo ocurrió en Chile el año 1987 cuando cambió la estrategia de la oposición, pues lo que antes se buscaba era una asamblea constituyente y una derrota sustantiva de la dictadura que estaba ya derrotada en 1986. Sin embargo, el año 1987 ocurrió un hecho capital que torció el curso que traía el país desde 1974 y ese curso era que tenía que haber una derrota fundamental de la dictadura.”*

“Yo no entiendo como es posible que con ese gobierno que hoy se dice que produjo la mayor tragedia que ha tenido el país se llegara a un acuerdo y se aceptaran las condiciones políticas que ese gobierno quería imponer”.

“Y sucedió que ese gobierno mantuvo su influencia y se aceptó tal cual la Constitución de 1980.”

“Esa Constitución consagra para nuestra Patria un régimen cívico-militar”.

Hay más. Los partidos de la concertación habían anunciado solemnemente al país que el gobierno que formarían, anularía todas las privatizaciones de empresas estatales que la dictadura llevara a efecto después del plebiscito y que revisaría todas las que se consumaron con anterioridad a él. Después del plebiscito del 5 de octubre de 1989, Pinochet privatizó la Cía. De Teléfonos, la Cía de Aceros del Pacífico, el Instituto de Seguros del Estado, Chile Films, la Sociedad Chilena del Litio, la Empresa Eléctrica de Magallanes, el 51% de la Línea Aérea Nacional, LAN; el 42% de la Carbonífera Schwager y las acciones fiscales de Laboratorios Chile. No se anuló ninguna de estas privatizaciones ni se revisaron las que se efectuaron antes del mencionado referendun, ocasionándole al Fisco una pérdida de 2 mil 500 millones de dólares según estudio de la Contraloría General de la República. Y, por el contrario, se ha continuado aplicando, creciente y aceleradamente, la política de privatización de empresas y servicios que estaban en manos del Estado.

En materia de derechos humanos se ha impuesto de facto la impunidad ante los crímenes de la dictadura. Patricio Aylwin había dicho, en discurso pronunciado el 8 de marzo de 1980, que *“el Decreto Ley de Amnistía de 1978 no ha podido ni podrá ser impedimento para el establecimiento de la verdad, la investigación de los hechos y la determinación de las responsabilidades penales y consecuentes sanciones de crímenes contra los derechos humanos, delitos contra la vida y lesiones físicas o psicológicas gravísimas. El Gobierno democrático promoverá la derogación o nulidad del decreto sobre amnistía”.* Sin embargo, no se actuó en consecuencia bajo la administración de Aylwin ni durante la del Presidente Frei. La Ley de Amnistía ha continuado amparando a los criminales. Todas las fechorías cometidas con anterioridad a su dictación se mantienen impunes, salvo el asesinato de Orlando Letelier, caso que quedó fuera de los al-

cances de dicha ley por petición expresa de los Estados Unidos, en cuyo territorio se cometió el doble crimen pues también costó la vida de la ciudadana norteamericana Ronnie Moffit. Y se pueden contar con los dedos de una mano los asesinatos y demás delitos perpetrados después de dictarse la Ley de Amnistía que no han quedado impunes, entre ellos el horrible degüello de Parada, Guerrero y Nattino y el atentado contra Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri.

Más aún, Aylwin mandó al Parlamento un proyecto de ley que de hecho tendía a echarle tierra a los crímenes de la dictadura y que luego tuvo que retirar ante el repudio manifiesto de la inmensa mayoría del país, comprendido el Partido Socialista y otros sectores de gobierno.

En el entierro de tan desafortunada iniciativa fue decisiva la decidida y airada movilización de las Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos y de Ejecutados, encabezadas respectivamente por Sola Sierra y Berta Ugarte.

Aylwin se defendió sosteniendo que buscaba la *"justicia en la medida de lo posible"*. Cayó mal. No era lo que se había prometido. Sus palabras sonaron como justicia a medias, menos que eso, como un intento de consagrar la impunidad.

La frasecita *"justicia en la medida de lo posible"* corresponde a la manoseada definición de la política como *"el arte de lo posible"*, de acuerdo a la cual se han guiado los gobiernos y los partidos de la Concertación. Se trata de una definición que se quiso presentar como realista y que sólo es pragmática, mejor dicho, oportunista, pues con ella se pretende justificar el incumplimiento de las promesas invocando la magnitud de las dificultades, en circunstancias que dicho incumplimiento se debe esencialmente a la falta de convicción, voluntad y decisión políticas, todo lo cual los lleva a renunciar a la lucha y a la movilización del pueblo que es capaz, como lo ha demostrado tantas veces en nuestra historia, principalmente durante el gobierno del Presidente Allende, de hacer a un lado los obstáculos que siempre ponen las fuerzas reaccionarias al avance social.

Estamos a mediados de 1997 y el país aún se halla lejos de haberse dado un régimen democrático de verdad. Se mantienen los ya mencionados enclaves de la dictadura y la impunidad por los crímenes cometidos, con excepciones que se cuentan con los dedos de una mano.

La responsabilidad principal de esta situación corresponde a los partidos políticos que se apresuraron a pactar la transición con Pinochet aceptándole imposiciones que le permitieron disponer de una cuota del poder y que contradicen y niegan la democracia.

Con cuanta razón, en sus *"APUNTES DE MEDIO SIGLO"*, publica-

dos al término del primer gobierno concertacionista, Rafael Agustín Gumucio escribió:

“Muchas veces he pensado que la vía transaccional que se eligió era errada y perniciosa. Después de 4 años de transición democrática los hechos parecerían demostrar que el camino elegido fue equivocado. Los precios institucionales pagados, que se creía serían finalmente superados, perduraron gravemente y se prevé que perdurarán durante el gobierno de Frei Ruiz Tagle. Se ve que no fue una buena idea innovar en la forma en que históricamente caen las dictaduras: movilizándolo al pueblo y borrando de una plumada la ilegítima legislación dictatorial”.

Por si las moscas...

En una entrevista que apareció en la edición dominical de “EL MERCURIO” del 31 de marzo de 1991 Raquel Correa me preguntó que cómo veía al Gobierno de Aylwin.

—Lento —le dije—. *Lleva un año y unos cuantos días y la transición marcha muy despacio. Y existe un gran contrasentido: un gobierno democrático opera en un marco antidemocrático. Es un gobierno prisionero por la Constitución y las leyes de amarre.*

La periodista volvió a la carga:

—¿Diría que quién manda es Pinochet?

—No —le respondí—. *Pero el señor Pinochet encabeza una suerte de poder paralelo.*

Y casi a renglón seguido agregué:

La disyuntiva ahora es continuismo o democracia. ...Hoy todo el mundo sale a defender esta institucionalidad.. ¡Si esta institucionalidad hay que cambiarla!

Raquel Correa llevó la conversación al tema del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que ya se había dividido sin que ninguno de sus dos segmentos dejara aún el nombre con que nació. Concretamente me preguntó:

—Ahora, en democracia, ¿qué debería hacer el Frente? ¿Disolverse?

—Ellos lo han dicho —le contesté—; *se habrían disuelto si no es porque las cosas no están aún suficientemente claras. Porque puede venir la recidiva. Acuértese que Pinochet dijo que si le tocaban a uno de sus hombres se terminaba el Estado de Derecho. Y amenazan con el corvo para defender la institucionalidad que dejó el dictador, la que sigue vigente en lo fundamental.*

En ese mes de marzo de 1991 habían estallado algunas bombas y otras acciones propias de las que se llevaban a cabo en la lucha contra la dictadura de Pinochet, y a propósito de ello, Raquel Correa me preguntó:

—¿Qué les diría a los del Frente Manuel Rodríguez y a los del Lautaro?

— *A los jóvenes que hacen acciones que perjudican al Gobierno de Patricio Aylwin, les digo que no van por buen camino.*

Y luego agregué:

— *Pero si hay jóvenes que tienen armas les diría que las guarden.... ¡por si las moscas!*

La prensa pro-Pinochet trató de sacar ventaja de esta última declaración, y el Presidente Aylwin, notoriamente molesto, le dijo a los periodistas:

— *Repudio las palabras de Corvalán.*

Al día siguiente o subsiguiente concurrí a una reunión que hubo en la sede del Comité Central. Mientras estábamos reunidos Gladys me pasó un papelito en el cual decía que le había parecido muy bien la entrevista, todo lo que le había declarado a Raquel Correa, "*incluso la frase controvertida*". Ni entonces ni después ningún otro miembro de la Dirección del Partido me dió su opinión, no era necesario y yo, por cierto, a nadie se la requerí.

El Gobierno de Aylwin tenía sólo un año y había que estar dispuesto a defender su existencia por todos los medios, como defendimos la del Gobierno de Eduardo Frei Montalva en 1969 contra el intento de echarlo abajo a través de la asonada militar que encabezó el General Roberto Viaux Marambio. Por eso, no tengo dudas de que en el momento político en que me entrevistó Raquel Correa era correcto afirmar que había que guardar las armas.... por si las moscas.

Pero el punto es otro y el tema merece una reflexión.

El Partido Comunista y el Partido Socialista consideraban necesario prepararse y preparar al pueblo en el terreno de las armas para defender al Gobierno Popular en los primeros años 70 y para combatir y echar abajo a la dictadura que se instauró después de él. Tanto el MAPU que dirigía Oscar Guillermo Garretón como el que encabezaba Jaime Gazmuri y también la Izquierda Cristiana, participaban, en mayor o menor medida, de esta misma posición.

Entre el Partido Comunista y el Partido Socialista que dirigía Clodomiro Almeyda hubo, sobre todo, una gran coincidencia en este aspecto. Almeyda fue entrevistado en Buenos Aires, en plena dictadura, por Jorge Andrés Richards para la revista "APSI", edición N°191, acerca de la definición que los comunistas hacían de su política militar, constituida por tres partes, a saber, por la actividad de autodefensa de las masas, las fuerzas militares propias capaces de golpear al enemigo y el trabajo sistemático para influir en las Fuerzas Armadas.

— *Mire,* —respondió Almeyda— *esos tres elementos señalados por el PC son los componentes clásicos de la política militar de cualquier partido que se defina revolucionario. Sin embargo, al plantearlos, no quiere decir necesariamente que los*

comunistas estén buscando la derrota militar del régimen. Estos elementos son perfectamente compatibles con lo que se persigue: la derrota política de la dictadura. Esta derrota supone la elaboración de una política militar que incluye esos componentes, que hacen parte de la lucha política. El elemento militar está presente en todo proceso de cambio político. ¿O acaso la burguesía no incorporó el elemento militar a su lucha contra el gobierno constitucional de Salvador Allende, cuando logró arrastrar a las FF. AA. al golpe de estado que lo derrocó?

La afirmación de Almeyda, en el sentido de que el elemento militar está presente en todo proceso de cambio político está avalada por lo sucedido a través de la historia de todos los países. Un cambio político reaccionario, pero cambio político al fin y al cabo, tuvo lugar en el nuestro en 1891, cuando fue depuesto el gobierno patriótico y progresista de José Manuel Balmaceda, y allí estuvo la fuerza militar. A través de toda la década del 20 hubo un intenso forcejeo, una permanente lucha por el poder entre las facciones más o menos progresistas y las más o menos reaccionarias de las clases dominantes, y en esos años la fuerza militar se hizo presente en varias escaramuzas políticas, terminando por respaldar a la dictadura de Carlos Ibáñez. Luego, ya en los años 30, años de intensas luchas políticas que desembocaron en el triunfo del Frente Popular, además de las Fuerzas Armadas tradicionales, existieron y se hicieron sentir primero la Guardia Cívica Nacional que se formó a la caída de la dictadura ibañista, a continuación las Milicias Republicanas que surgieron en apoyo del segundo gobierno de Arturo Alessandri y en seguida las Milicias Socialistas como parte del movimiento que abrió camino al ascenso de la izquierda al gobierno del país.

Lo cierto es que siempre, a través de toda nuestra historia nacional, la fuerza militar ha estado presente, explícita o implícitamente, en la vida política nacional. Pero nunca de manera tan abierta y brutal como ocurrió durante los 17 años de la dictadura de Pinochet o, como sucede hoy, de modo apenas solapado.

¿Debemos seguir manteniendo la misma política militar, preocupándonos especialmente *"de la autodefensa de las masas, de contar con fuerzas militares propias capaces de golpear al enemigo y del trabajo sistemático para influir en las Fuerzas Armadas"*? Sin renunciar a la necesidad de reiterar o recrear mañana estos planteamientos, acompañados de las correspondientes medidas prácticas, lo que cabe hoy, lo que se impone en el presente como gran deber de las fuerzas progresistas, es abordar en toda su dimensión el gran problema de poner fin al militarismo como parte sustantiva de la gran tarea de avanzar hacia una democracia de verdad.

El militarismo es una traba para el desarrollo democrático.

Antes de las elecciones generales de 1989, Patricio Aylwin y la Con-

certación le dijeron al país que habría "verdad y justicia" y que *el Gobierno democrático promoverá la derogación o nulidad del decreto sobre amnistía*".

Pero no fueron capaces de cumplir. Se los impidió el poder militar. Como Presidente de la República Aylwin no pudo modificar la situación.

El General (R) Horacio Toro, en declaraciones a "LA ÉPOCA", en septiembre de 1989, expresó: *"Tal como está en esta Constitución, el Estado ya no es dueño de la Fuerza. La Fuerza es dueña de sí misma y tiene la facultad de hacer cumplir la Constitución incluso determinando el uso de las armas."*

Chile es el único país donde las Fuerzas Armadas detentan este poder.

Gozan, además, de un montón de privilegios, de un sistema previsional y un servicio de salud distintos y superiores a los que tienen los demás funcionarios del Estado. Disponen también de una administración de justicia en muchos aspectos distinta de la que existe y rige para los civiles y que durante la dictadura dejó de depender de la Corte Suprema.

No hay ni podrá haber reconciliación sobre la base de la impunidad ni de la prolongación de las Fuerzas Armadas como casta militar en la que Pinochet las transformó.

Todo esto tiene que ser modificado para avanzar hacia una democracia real e ir cerrando el abismo que separa a los militares de los civiles. De igual modo, debe reemplazarse la doctrina de la seguridad nacional y demás concepciones antidemocráticas y reaccionarias que son el sustento ideológico de las Fuerzas Armadas, por una doctrina militar inspirada, como lo hizo O'Higgins, en el respeto y el amor al pueblo chileno, en ideas democráticas y en la causa del progreso y la independencia de Chile y América Latina.

La tarea es colosal y debe ser acometida por todas las fuerzas democráticas. Pienso que contribuir a su cumplimiento es lo primero y principal que debemos hacer en cuanto a política militar.

Nuevos cambios en la dirección de PC

Fue una hazaña la realización del XV Congreso Nacional del Partido. Se celebró clandestinamente en mayo de 1989 cuando la dictadura de Pinochet se mantenía aún en pie a pesar de haber perdido el plebiscito de 1988. Se realizó en la costa, en una casa de huéspedes situada al poniente del camino que va de Cartagena a El Tabo. En sus debates, análisis y resoluciones, y también en la elección de las nuevas autoridades del Partido, imperó el signo de la renovación, cuando el término aún no adquiría connotaciones

peyorativas. Realizado el encuentro no faltaron las especulaciones de todo tipo, en particular a propósito de los cambios producidos en el equipo dirigente. Del Comité Central habían salido cuadros valiosos y capaces como Américo Zorrilla y Hugo Fazio y, además, en el período preparatorio del Congreso se habían echado a correr críticas que más bien apuntaban al descrédito de la Dirección saliente y de la línea que puso en práctica antes que a sacar las necesarias lecciones de los errores y de los éxitos del Partido, unos y otros vinculados a su conducción política. Algunos pensaron que yo estaba resentido. Sobre tal supuesto, no faltaron quienes trataron de usar mi nombre para meter cuñas al interior de nuestras filas, intentando situarme en posiciones confrontacionales con Volodia Teitelboim, el nuevo Secretario General del Partido. También hubo compañeros que quisieron rodearme y enterarme de sus resentimientos y/o de sus reservas y desacuerdos con la línea aprobada o con uno que otro aspecto del XV Congreso. Partí entonces y partiré siempre por considerar por sobre todo la unidad del Partido. Para cortar por lo sano y evitar suposiciones maledicentes decidí, apenas se hicieron presente las especulaciones en torno a mi conducta, no aceptar en esos días entrevistas con la prensa. Y cada vez que hice excepciones al respecto, lo fue con el consentimiento de la Dirección del Partido. Decidí también rechazar convites de grupos o personas y privarme del deseo y del agrado de invitar a mi casa a compañeros con los cuales me unen lazos afectivos desde hace muchos años, aunque las puertas de mi hogar no quedaron y no estarán nunca cerradas para ningún militante.

Lamentablemente, en uno de los Plenos del Partido celebrado en 1990, el informante se refirió a estos asuntos como si yo me dejara arrullar y me sintiera halagado por los comentarios favorables que alguna gente hacía de la Dirección que yo había encabezado, tratando en ciertos casos de contrastarla con la nueva Dirección del Partido. Creí de mi deber dejar una vez más las cosas claras. *“No hay —dije en ese Pleno— base ideológica ni política para ninguna confrontación de Corvalán con Volodia ni con ningún otro dirigente del Partido. No hay ánimo confrontacional de parte de uno o de otro. No disputo ningún liderazgo. Y si en su oportunidad, antes del XV Congreso, fui partidario de Gladys antes que de Volodia para el cargo de Secretario General, se trató de una opinión que no prosperó, y punto. Y como soy enchapado a la antigua, voté por todas las proposiciones que se llevaron al Comité Central elegido por el XV Congreso, comprendido el nombramiento de Volodia como Secretario”.*

Antes del Congreso, la Comisión Política del Comité Central saliente estudió las proposiciones que se llevarían a la magna reunión del Partido para la conformación del nuevo Comité Central y de las autoridades que este último designaría. Con la sola excepción del autor de estas memorias, la Co-

misión Política, convino en proponer el nombre de Volodia Teitelboim para el cargo de Secretario General. Yo propuse el de Gladys y el de Manuel Cantero para Sub-Secretario General. Pero ya mis opiniones no pesaban como antes en la Dirección. Debo agregar que, ciertamente, ni entonces ni nunca motivaron mi conducta sentimientos de estima o reparos personales. Volodia Teitelboim es un dirigente político de gran capacidad y vasta experiencia, miembro de la Comisión Política durante más de 40 años y un escritor excepcional, que se ha ganado para siempre un espacio en las letras, principalmente por sus tres excelentes biografías de los tres grandes de la poesía chilena, la Mistral, Neruda y Huidobro. Simplemente, al dar mi opinión acerca de quien debería ocupar la Secretaría General, pesaron en mi otras consideraciones. Ya a esa altura del tiempo, Gladys Marín se había convertido en la más apreciada autoridad en el seno del Partido, entre otras razones por su combatividad, su entrega apasionada a la causa y el prestigio que le daba su presencia y su labor en la vida clandestina. Pensé, pues, que no sería conveniente prorrogar la situación que se venía dando en los últimos años, la de que el cuadro más influyente en la Dirección del Partido no ocupara en su seno, públicamente, el puesto más importante. Eso fue todo.

Los bienes confiscados

El viernes 5 de enero de 1990, el Presidente electo Patricio Aylwin, acompañado de quien sería su Ministro del Interior, Enrique Krauss, recibió a una delegación del Partido Comunista, compuesta por su Secretario General Volodia Teitelboim, Manuel Cantero y José Sanfuentes. La reunión duró una hora y treinta minutos. Fue un encuentro cordial, franco y de trabajo, solicitado en la noche del 14 de diciembre cuando el Partido acudió a saludar a Aylwin por la victoria lograda en las elecciones presidenciales.

El Presidente electo agradeció la claridad y franqueza de los planteamientos del Partido, expuestos por Volodia al comienzo de la conversación. *“Quiero —dijo— mantener relación con todos los sectores, me apoyen o estén en la oposición, más aún si me apoyan. Mas allá de mis acuerdos o desacuerdos —expresó— de mis gustos o disgustos, hay una cantidad importante de chilenos que son comunistas y que tienen el derecho de serlo. Yo no seré quien les discuta este derecho. De todas maneras, espero modificar la ley de partidos, porque no es democrática.”* Más adelante declaró que *“una de las primeras 10 leyes”* (proyectos de leyes) que enviaría al Congreso sería el que devolvería los bienes confiscados por la dictadura a los partidos políticos, a la CUT, a otras organizaciones sociales y a personas.

La dictadura de Pinochet, sin invocar ningún precepto constitucional o legal, por sí y ante sí, mediante el Decreto Ley 77 de octubre de 1973, prohibió la existencia de todos los partidos de la Unidad Popular, los declaró disueltos y dispuso que sus bienes pasaran a poder del Estado. En el mismo decreto, hizo extensivas estas medidas a *“todas aquellas organizaciones, facciones o movimiento que sustenten la doctrina marxista o que por sus fines o por la conducta de sus adherentes sean sustancialmente coincidentes con los principios y objetivos de dicha doctrina y que tiendan a destruir o desvirtuar los propósitos y postulados fundamentales que se consignan en el Acta de Constitución de esta Junta”*. Después dictó otros decretos, uno que extendió la confiscación a las organizaciones sindicales, otro que declaró en receso a los partidos que no eran de la Unidad Popular y un tercero, en febrero de 1980, por medio del cual dispuso que los bienes de estas últimas colectividades tendrían el destino que establecieran sus estatutos y si estos no contuvieran una disposición al respecto pasarían lisa y llanamente a poder del Fisco.

El Partido Comunista, siguiendo la tradición de Recabarren, tenía imprentas en Iquique, Antofagasta, La Serena y Santiago, que editaban diarios y periódicos. (En la Imprenta Horizonte trabajaban mas de 200 personas, se publicaban 3 diarios, “EL SIGLO”, “PURO CHILE” y “ULTIMA HORA”, periódicos sindicales y poblacionales, libros y revistas). Tenía locales propios en Tocopilla, Antofagasta, Chañaral, Diego de Almagro, Huasco, La Serena, Combarbalá, Valparaíso, Santiago (uno en la Avda. Cumming y otro en calle Cuevas), en La Cisterna, en Melipilla, Chillán, Concepción, Coronel, Lota, Arauco, Mulchén, Puerto Montt, Coyhaique y Punta Arenas. Además, la Juventud Comunista era propietaria de una casa en la Avda Ossa de Antofagasta y del inmueble de Avenida República de Santiago, donde hoy está la Universidad Andrés Bello. El Partido era también propietario de las radios “EL COLOSO” de Antofagasta, “ERNESTO RIQUELME” de Coquimbo, “CAUPOLICÁN” de Valparaíso, “MAGALLANES” y “PRAT” de Santiago, “EL LIBERTADOR” de Rancagua, “RÍO CLARO” de Talca, “AGUAS NEGRAS” de Curicó, “EL SUR” y “SIMÓN BOLÍVAR” de Concepción, “LA FRONTERA” de Temuco, “ELEUTERIO RAMÍREZ” de Osorno, “PÉREZ ROSALES” de Puerto Montt y “LA VOZ DEL SUR” de Punta Arenas. En cuatro de estas radios estábamos asociados con Salvador Allende. Éramos, además, copropietarios del “DIARIO COLOR” de Concepción y dueños de algunas parcelas, una de ellas en El Arrayán y otra en Huechuraba. La Jota, por su parte, había adquirido alrededor de una hectárea de bosque en El Tabo, EL MICHAY, que le servía de campamento. Mas aún, el Partido Comunista era propietario de la Editorial Austral, de algunas librerías y de la Empresa de Publicidad “TERRITORIO” Ltda. La Ju-

ventud Comunista era dueña de “DISCOTECA DEL CANTO POPULAR”, “DICAP, bajo cuyo sello discográfico se editaron numerosas producciones musicales de los años 60 y 70.

Todos estos bienes fueron confiscados por la dictadura.

El Gobierno del Presidente Aylwin mandó al Congreso Nacional, con fecha 8 de enero de 1991, un proyecto dirigido a devolver los bienes confiscados por la dictadura a los partidos, organizaciones sindicales y personas jurídicas o naturales. El proyecto establece, además, que los afectados por las confiscaciones serán indemnizados por los bienes de su propiedad que el Fisco haya enajenado.

Este proyecto fue aprobado en general por la Cámara; pero se atascó y tuvo que ser retirado porque en la votación particular no tuvo quórum por ausencia del diputado socialista Héctor Olivares y de Víctor Manuel Rebolledo del PPD.

La Dirección del Partido ha tratado el problema de la devolución de los bienes en varias entrevistas sostenidas con Enrique Krauss, Ministro del Interior del Gobierno de Aylwin y con Carlos Figueroa, Ministro del mismo ramo del Gobierno de Frei. También lo ha considerado con Luis Alvarado y la Sra. Adriana Delpiano, Ministros de Bienes Nacionales de ambos Gobiernos de la Concertación. Yo, que he participado en varias de estas entrevistas, no podría decir que nuestros planteamientos han sido rechazados. Al revés, han tenido acogida en las palabras.

Nos han entregado en comodato dos propiedades del Partido, una en El Arrayán y otra en Avda. Cumming, más una casa en Antofagasta y otra en Puerto Montt, ello después de insistentes requerimientos que en los dos últimos casos comprendieron la toma de ambos locales que se hallaban desocupados.

Es preciso dar también cuenta de otro hecho insólito.

El Gobierno de la Concertación nos hizo la desconocida, por decir lo menos, respecto a la propiedad de Isla Negra, que Pablo Neruda se la donó al Partido. En su poema “Testamento de Otoño” de su libro “Estravagario” dice expresamente *“Dejé mis bienes terrenales a mi Partido y a mi pueblo”*, lo que hizo en la Notaría de Casablanca por escritura pública extendida a nombre del escritor Luis Enrique Délano y del Dr. Hernán Sanhueza, designados al efecto expresamente por el Partido. Conservo, además, una carta de Pablo, escrita de su puño y letra, como siempre en tinta verde, a través de la cual me invita, a mí y a Lily, a la inauguración de la nueva construcción que allí se levantó para su biblioteca y donde María Martner compuso un mural *“que podría evaluarse en 30 mil escudos —me dice en la carta— por la importancia de la obra artística y sus materiales”*, lapizlázulis y otras piedras chilenas.

Me hace presente que *“la Biblioteca será en el futuro un centro ideal de estudio y preparación de cuadros”* y me agrega que si no puedo ir envíe *“a alguien que asista en nombre del Partido para recibir, en una ceremonia privada, que durará una media hora, esta ampliación de Isla Negra. Cualquier día me muero y estas cosas deben quedar establecidas. Piensa Matilde como yo en este asunto”*.

Pasando por alto estos antecedentes, que personalmente puse en conocimiento del Ministro de Bienes Nacionales Luis Alvarado, el primer gobierno de la Concertación, como si la propiedad de Isla Negra hubiese sido suya, procedió a donársela a un grupo de personas que constituyó la Fundación Pablo Neruda, en la cual no hay un solo comunista, ni siquiera Volodia Teitelboim, dilecto amigo y biógrafo del poeta.

Los demás partidos políticos afectados por las confiscaciones de la dictadura no han tenido mayor interés en recuperar los bienes de los cuales fueron despojados. Disponen de recursos para arrendar o comprar locales y, como son partidos de gobierno, han sido favorecidos con la entrega en comodato de valiosas propiedades. La DC recuperó de facto su sede central de la Alameda. Estaba en manos de la FACH, pero ésta, bajo la Comandancia de Matthei, se retiró de ella para que pudiera ocuparla el partido del Presidente.

En mayo de 1997 el Senado aprobó en general el proyecto que devuelve los bienes que confiscó el gobierno militar, proyecto que ya tiene la aprobación de la Cámara. Ahora falta que el Parlamento lo apruebe en particular para que se convierta en Ley. ¿Lo hará antes de las elecciones parlamentarias?

División del PS y quiebre de la izquierda

A comienzos de 1979 Carlos Altamirano formó tienda aparte. Aparecieron dos Partidos Socialistas con el mismo nombre. A partir de esta primera escisión socialista se agrietó el edificio de la Unidad Popular, el Partido Radical se partió en dos, se acrecentaron las dificultades en las otras colectividades aliadas y se inició el proceso de subdivisiones socialistas que abarcó toda una década.

En declaración pública del 11 de mayo de 1979, el Partido Comunista lamentó profundamente la división socialista y expresó que *“hace y hará todo lo que de él dependa para que el PS supere cuanto antes las dificultades y, en cualquier caso, estas no signifiquen restar fuerza a la Unidad Popular. En razón a esto último se esforzará también por mantener buenas relaciones con el compañero Carlos Altamirano y la corriente que representa”*.

Para nosotros no cabía duda: el Partido Socialista que dirigía Almeyda era, por así decirlo, el oficial, representaba la continuidad y, además, teníamos con él más afinidad. Pero ¿por qué rechazar en la Unidad Popular al Partido Socialista de Altamirano que deseaba expresamente seguir en ella? El Mapu-OC y la Izquierda Cristiana estaban de acuerdo en que así fuera, en que, como entonces se decía, la UP funcionara con siete y no con seis. Al Partido de Almeyda esto le resultaba inaceptable. Cloro aparecía, sin embargo, más abierto cuando consideramos esta cuestión en la bilateral de Moscú de la cual ya hemos hablado.

Por algunos años coexistieron cinco partidos socialistas, el Partido Socialista de Almeyda, el Partido Socialista de Ricardo Núñez, el Partido Socialista de Manuel Mandujano, el Partido Socialista Histórico de Juan Gutiérrez y la Unión Socialista Popular que encabezaba Ramón Silva Ulloa. Además, aparecieron y desaparecieron en ese tiempo el Partido Socialista 24 Congreso, el Partido Vanguardia Socialista, la Coordinadora de Regionales y el grupo socialista La Chispa que lideraba Ruiz Moscatelli. Tan difícil era distinguir a unos de otros que en una ocasión en que Manuel Almeyda visitó la sede de la representación diplomática de Finlandia en Santiago, el embajador le preguntó:

—Y usted, ¿a nombre de qué Partido Socialista habla?

En las postrimerías de la dictadura, la idea de la unificación surgió y tomó cuerpo en todos los fragmentos socialistas.

El 24 de diciembre del 88, en el curso de una reunión bilateral en la que participaron Clodomiro Almeyda, Camilo Escalona y Luciano Valle por el P.S. y Manuel Cantero, Jaime Insunza y Carlos Zúñiga por el P.C., Almeyda nos comunica que en el siguiente mes de enero la colectividad que encabeza efectuará un Pleno y que en él analizarán la dimensión que tendrá la batalla electoral. Nos habla también de la unificación socialista. Nos dice que la coyuntura política actual hace necesario apurar el proceso de unidad socialista y que le darán a tal proceso una gran relevancia. Afirma que es necesario interpretar el camino a la unidad socialista correctamente y que el proceso en cuestión *“corresponde al desarrollo de nuestra política y no es, por tanto, un cambio de ella.”*

El PS de Almeyda era el más fuerte y dentro de los otros PS había gente que coincidía con él en cuestiones esenciales. Almeyda confiaba en que las cosas se darían bien.

Cuarenta y cinco días antes que se instalara el gobierno de Patricio Aylwin, una delegación del ya unificado Partido Socialista acudió a la sede del Comité Central del P.C., situada entonces en calle Bulnes. La componían Jorge Arrate, Clodomiro Almeyda y Luis Alvarado. Su Secretario Ge-

neral, Arrate nos expresó en esa ocasión que *“siempre el Partido Socialista estará con una disposición especial para con el P.C. Todos los dirigentes más jóvenes del P.S. crecimos con la unidad PS-PC; siempre le reconoceremos al PC su lealtad con Allende hasta el último minuto y el hecho de que ha sido una de las fuerzas más perseguidas por la dictadura”*. Agregó: *“Se ve que las Fuerzas Armadas tienen un plan operativo de retirada, el cual van cumpliendo ordenadamente y que le va permitiendo dejar enclaves que garantizan su futuro control del terreno. Hay poca libertad en términos de opciones. La única opción que tenemos es por el éxito de la democracia y en este camino hay distintas pistas. Viviremos todos bajo una amenaza militar que puede ser real o artificial, pero que existirá igualmente”*. Y concluyó diciendo: *“Los socialistas participamos en el gobierno porque la transición PS-DC es mejor que la DC-RN. Para el pueblo chileno, cada vez que la izquierda y el centro se dividen, le va mal. Si la izquierda se separa del centro este es atraído por la derecha. De ello tenemos como ejemplo el golpe militar. Pensamos que nuestra gran tarea histórica es lograr, de aquí a fines de siglo, erradicar, por medios democráticos, que la derecha logre ser gobierno en nuestro país, ya sea por elección o por golpe de estado. Esta es una tarea política que nos incumbe a todos”*.

Almeyda dijo: *“La izquierda chilena pasa por un período de reflexión. Hay interés por llevar a cabo un análisis profundo y hay una voluntad de volver a emerger como una fuerza real, no con la mira de quedarse como izquierda, sino proyectándose hacia el centro. Esto como una necesidad de evitar la vulnerabilidad que existía el 73 y como una de las más importantes lecciones que debemos sacar de los acontecimientos del 11 de septiembre de ese año. Hay que romper con el esquema de los tres tercios. Como izquierda tenemos la obligación de entendernos y coincidir en lo posible. Pero no somos partidarios de una nueva alianza de izquierda por el momento. Nos parece que sería abortiva en este instante de discusión y análisis. Tenemos como norte de nuestra política de alianzas, la alianza que incluye al centro. Sin embargo, nos interesa mucho dar organicidad a las relaciones PS-PC con miras constructivas”*.

En los primeros años que siguieron al golpe militar la Unidad Popular dió muestras de una gran solidez. Parecía que la brutal represión que se descargó contra el pueblo y en especial contra dirigentes y militantes de izquierda la hubiese unido más. Personalmente, en no pocas ocasiones me encargué de destacar el hecho de que, a diferencia de lo ocurrido tras la derrota de otros movimientos revolucionarios, nosotros no nos habíamos dedicado a reprendernos mutuamente después de la caída del Gobierno de la Unidad Popular y que esta mantenía incólume su cohesión. El tiempo demostró que tales apreciaciones eran infundadas y jactanciosas. Tras la división socialista comenzaron las divisiones y/o los cambios de posiciones en el Partido Radical y demás colectividades de la Unidad Popular.

PS-PC, aproximaciones y distanciamientos

El PS surgió a comienzos de la década del 30, en una época de profundas conmociones sociales y descrédito del capitalismo. Ocupó un amplio espacio que dejaban el sectarismo y el dogmatismo que imperaban en el Partido Comunista. Nació, pues, como un competidor de nuestro Partido. No obstante, la vida le impuso y nos impuso el entendimiento, y así nos encontramos juntos en la lucha por los intereses de los trabajadores y del pueblo durante decenas y decenas de años.

Las relaciones entre ambos partidos han pasado por no pocos momentos críticos. La primera crisis entre socialistas y comunistas estalló cuando Oscar Schnake, líder del P.S., le declaró la guerra al P.C. Esto ocurrió a fines de 1939, durante el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, del cual Schnake fue Ministro de Fomento, hoy Obras Públicas. De regreso de un viaje de varios meses a los Estados Unidos, viaje que comprendió su participación en la Primera Conferencia Panamericana que se efectuó en La Habana, Oscar Schnake desahució la alianza del Frente Popular y las emprendió contra el Partido Comunista. Se abrió entonces un período de guerra fratricida entre socialistas y comunistas, sobre todo en el seno del movimiento obrero. Fue un período muy negativo para los trabajadores. La unidad fue restablecida al calor de la lucha antifascista. La segunda crisis se produjo en el verano de 1946 cuando, a raíz de la masacre de la Plaza Bulnes, el P.S. se entiende con el gobierno de Alfredo Duhalde, que había asumido la Vicepresidencia de la República tras la muerte de Juan Antonio Ríos, entra al gabinete de Duhalde, llamado el gabinete del Tercer Frente, y su líder sindical, Bernardo Ibáñez, divide la Confederación de Trabajadores de Chile, la CTCH. La tercera crisis ocurrió en 1952, cuando la mayoría de los socialistas decide plegarse a la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo y a esta se oponen nuestro Partido y un sector socialista encabezado por Salvador Allende. La cuarta, la más grave, comenzó en las postrimerías de la dictadura de Pinochet y se prolonga hasta nuestros días.

Las relaciones entre socialistas y comunistas, con sus coincidencias y diferencias, cubren pues, más de medio siglo en la vida política chilena. Si, como hemos visto, en ocasiones estuvieron cortadas o pasaron por dificultades más o menos graves, su afianzamiento y desarrollo se impuso siempre como preocupación principal de ambos partidos. Juntos constituyeron una fuerza decisiva en la generación del Gobierno Popular del Presidente Allende, y juntos asumieron el deber de enfrentar a la dictadura y de con-

ducir a su pueblo a una segunda gran victoria, creando un nuevo régimen democrático avanzado.

El PS se distinguía, entre todos los partidos socialistas de América y Europa, por proclamarse, no sin orgullo, absolutamente distante de la socialdemocracia tanto en la concepción del socialismo como en política internacional. Ya en su primera declaración de principios deja establecido que *"acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social"*, hace un explícito reconocimiento de la lucha de clases, afirma que *"el régimen de producción capitalista debe ser necesariamente reemplazado por un régimen económico socialista"* y agrega que durante *"el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados"*. Años más tarde, en el Congreso que en 1967 celebra en Chillán, se declara partido marxista leninista. Y en junio de 1977, Altamirano recordaba en su *"MENSAJE A LOS SOCIALISTAS EN EL INTERIOR DE CHILE"*, que *"La unidad socialista-comunista es aceptada por todos como el centro neurálgico de nuestra política de alianzas y hay coincidencias en que la Unidad Popular es una conquista histórica del proletariado, plenamente vigente, que es necesario fortalecer, aunque reformulándola, para que pueda responder a las nuevas exigencias. Estamos de acuerdo en que tal unidad no es suficiente para enfrentar la coyuntura antifascista y que es imprescindible movilizar nuevos sectores, políticos y sociales, ateniéndonos al principio leninista de unidad y lucha"*. Reafirmaba sus convicciones diciendo: *"Hemos sido siempre un partido creador. Hemos nacido y crecido aplicando las grandes ideas revolucionarias de Marx, Engels y Lenin que inspiran nuestro quehacer teórico, a la realidad chilena, marco principal de nuestra lucha"*. En ese mismo documento decía que *"el monopolio de las armas detentado por la gran burguesía es el pilar central en que descansa el régimen fascista"* y que *"por tal motivo, el problema militar es un elemento insoslayable de nuestra reflexión y en nuestro quehacer"*. Y en diciembre del año siguiente, en un importante artículo que se publicó bajo el título *"PREMISAS DE UNA ESTRATEGIA SOCIALISTA PARA CHILE"*, sostenía que el primer requisito (de su propuesta) *"dice relación con la necesidad irrenunciable de preservar y profundizar la unidad de acción y el liderazgo social y político de la clase obrera"* y que *"expresión y garantía de dicha unidad y de su desarrollo ascendente es la unidad de los grandes partidos de la clase obrera, la unidad socialista comunista, entendida no como un simple dato, sino como un logro histórico y como proceso dialéctico de emulación y crítica fraterna, animado por la conciencia clara de las especificidades y raíces históricas diferentes de ambas vertientes fundamentales de la conducción obrera y popular y por el rechazo a toda concepción esquemática de su interacción y convergencia"*.

En el período en que la dirección del PS. estuvo encabezada por Clo-

domiro Almeyda, las relaciones socialista-comunistas, sin estar exentas de dificultades, fueron más fluidas, llanas y fraternales, se basaron en una gama más amplia de coincidencias y afinidades, en un más alto grado de análisis marxista-leninista y en el propósito común de echar abajo la dictadura a través de la movilización combativa del pueblo y de la lucha multiforme de las masas.

Es un hecho que el PS ha sufrido una involución. Hoy acepta, al lado del marxismo, el liberalismo político, ya no se declara leninista y es miembro de la Internacional Socialista, privilegia su entendimiento con la Democracia Cristiana en vez de su unidad con el PC, abandona la política de unidad de la izquierda y, aunque no comparte toda la actuación del Gobierno, de hecho respalda su orientación neoliberal y carece de una propuesta distinta.

Esta metamorfosis obedece a varios factores. Lamentablemente, en sus definiciones y decisiones han pesado valores e intereses que no corresponden a los de un partido revolucionario. En él se ha producido un proceso de "renovación" que lo ha conducido al retroceso en su ideología y en sus posiciones políticas. Es muy posible también que parte de sus hombres que vivieron en el exilio repararan más en los aspectos más atrayentes del capitalismo desarrollado en tanto que en los países del "socialismo real" se fijaron más en lo que allí había de negativo.

No pocos socialistas han caído en el reformismo. Es el caso de Hernán Vodanovic Schnake, ex-senador por la undécima región y autor del libro "UN SOCIALISMO RENOVADO PARA CHILE", en el cual las emprende contra "el mito de la revolución y el mito de la clase obrera". Y después dice:

"Aspiramos a un socialismo políticamente eficaz, que conquiste votos, que sea oposición responsable o gobierno eficiente".

"A la revolución no le sigue la democracia sino la dictadura. Quien quiere la democracia, por la fuerza misma de las cosas tiene que rechazar la revolución. Desde el mismo momento en que la revolución es indeseable desde el punto de vista del socialismo democrático, es obvio que los objetivos de transformación económica y social que el socialismo plantea tienen que alcanzarse a través de procesos de cambios iniciados a partir de decisiones políticas que gocen de plena legitimidad democrática..."

"¿Qué relaciones hay que privilegiar desde el punto de vista político: hacia el centro político o hacia fuerzas de la izquierda históricamente aliadas del socialismo? Para el socialismo democrático la resolución exitosa de la cuestión de las alianzas, en términos de impulsar una estrategia para la democratización económica y social de Chile, implica no postergar su presencia política efectiva para etapas posteriores del proceso de redemocratización y consolidación democrática". "Si se quiere ser

demócrata, socialista y políticamente realista hay que ser reformista. Es por ello que la cuestión de las alianzas políticas es un tema crucial para el socialismo democrático”.

En seguida propugna abiertamente el *“entendimiento sólido con la DC y otros sectores relevantes del centro político.”*

En la misma dirección apunta ahora Carlos Altamirano, quien, en una extensa entrevista que concedió a *“EL MERCURIO”* del 21 de mayo de 1995, dijo:

“Hoy en Chile no puede levantarse como bandera principal la antiimperialista. No porque hayamos cambiado de apreciación frente a ese fenómeno, sino, simplemente, porque el imperialismo, tal cual fue definido, hoy no existe. El nuevo fenómeno capitalista —de servicios, mundializado e informatizado— ya no tiene mayor interés en explotar a nuestros países. Debemos elegir, entonces, entre ser “explotados” con capitales y tecnología avanzada o no ser “explotados” y quedarnos sin eso.

“Lo que se dijo como chiste en una época hoy pasa a tener cierta verosimilitud: lo único peor que la explotación imperialista es no ser explotado por el imperialismo. En buenas cuentas, si no hay una “explotación imperialista” nos sucederá lo que le ocurre al África; quedaríamos al margen de la historia y de la economía mundial”.

Y entrando en el terreno político propiamente tal, en esa misma entrevista apuntó:

“Para mí, la Concertación tiene el carácter de una alianza estratégica de largo aliento. En definitiva, soy partidario de una fusión estratégica, por cierto futura, del PS, el PPD y la DC. El PPD aportará su “élan” liberal, los socialistas sus nobles ideas de justicia social, igualdad y solidaridad y el mundo cristiano, a través de la DC, aportará su preocupación esencial ética y moral. Son los componentes que deberá considerar una nueva elaboración de izquierda o, si se quiere, de centro izquierda. Lo dejo en la ambigüedad, deliberadamente”.

Vodanovic y Altamirano no son hoy las figuras más representativas del PS. Pero en una u otra medida, sus posiciones las comparte la mayoría de sus actuales dirigentes. Los que están en desacuerdo casi no tienen voz en estos días.

La crisis del partido

El Partido Comunista de Chile, como todos los partidos políticos, ha tenido altibajos, períodos de ascenso y de descenso en su influencia de masas, de crecimiento y de merma en sus filas; ha saboreado la victoria e ingerido el áspero trago de la derrota, ha conocido días de salud rebosante y de

crisis agudas a lo largo de su dilatada vida política. Una seria crisis vivió desde fines de 1924 a raíz de los acuerdos adoptados por el Congreso Extraordinario que celebró en Viña del Mar y que impugnaron Recabarren y la mayoría de las secciones, que era el nombre que entonces tenían las organizaciones locales que funcionaban como asambleas. Una crisis lo afectó también cuando la mayoría de sus parlamentarios asumió una posición colaboracionista en relación a la dictadura de Ibáñez y por eso expulsó a Carmona, Reyes, Sepúlveda Leal, Quevedo y Córdova, cinco de sus diputados; otra en los años de 1931 y 1932 cuando arrojó de sus filas a un grupo trotskista encabezado por Manuel Hidalgo y otra, en fin, cuando tras la muerte de Ricardo Fonseca hubo que enfrentar a otro grupo fraccional dirigido por Luis Reinoso, miembro del Secretariado y de la Comisión Política, que había transformado la Comisión Nacional de Organización en una segunda Dirección del Partido.

La más dura de sus crisis la ha vivido a partir de los últimos años 80 y comienzos de la década del 90. En ella han influido factores diversos.

Desde luego, influyó el desenlace que finalmente tuvo la gran contienda que cruzó la vida nacional por espacio de 17 años entre las fuerzas democráticas y la dictadura pinochetista. Nosotros nos jugamos enteros por una salida radical a esa contienda, por terminar con la dictadura a través de alguna forma de rebelión del pueblo, de alguna suerte de sublevación nacional que hubiese abierto paso a un régimen verdaderamente democrático, constituido y sostenido esencialmente por el pueblo, capaz de imponer la verdad y la justicia en relación a los crímenes cometidos por el régimen fascista y de conducir al país por la senda del bienestar y del progreso social en favor de la nación y no de una exigua minoría. En otras palabras, éramos partidarios de echar a Pinochet a patadas de La Moneda y de inmediato someterlo a juicio, y no de ponerle una alfombra para que de allí saliera y luego se le rindiera toda clase de pleitesía. Pero los partidos de oposición, incluidos los que eran nuestros aliados más cercanos, todos, con excepción del MIR, prefirieron lo último, se embarcaron en una salida convenida, pactada, pacífica y ordenada tal cual expresamente lo dijeron.

Los partidos que llegaron a una componenda con el dictador convinieron con él en hacerle sólo una cirugía menor a la Constitución del 80 y dejar en pie toda la institucionalidad montada por el tirano. Ni siquiera hicieron cuestión de la ley electoral antidemocrática que ha seguido vigente y no han hecho nada serio por derogarla, permitiendo que la derecha tenga en el Congreso una representación artificialmente abultada por efecto de esa misma ley.

Quedamos aislados y fuera del Parlamento, en el cual siempre estu-

vimos representados por espacio de 52 años, desde 1921 hasta el golpe del 11 de septiembre, salvo, naturalmente, en el corto período del Congreso Termal, que se llamó así porque fue designado a dedo en las Termas de Chillán durante el primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.

Nos afectó también el retraso con que resolvimos promover la inscripción electoral y participar en el plebiscito y en la consiguiente contienda electoral. No comprendimos a tiempo los cambios que se habían producido en la situación, más concretamente, el hecho de que la mayoría nacional se decidió, en un momento dado, por enfrentar la dictadura en el terreno de las urnas y en este terreno disputarle el poder. Y aunque nuestra votación terminó resultando decisiva tanto para el triunfo del NO en el plebiscito como para la elección de Patricio Aylwin como Presidente de la República, ni una ni otra victoria acrecentó el prestigio de nuestro Partido dado el hecho de que en ambos casos terminamos por sumarnos a un camino que no era el que habíamos buscado y que habíamos cuestionado abiertamente.

Además, incidieron en la crisis del Partido las deformaciones en que se incurrió en la aplicación de su política de Rebelión Popular y en el trabajo militar. La Política de Rebelión Popular consistía esencialmente en la aplicación de las más diversas formas de lucha de masas y debía desembocar, en la etapa decisiva, en una suerte de levantamiento o sublevación nacional que permitiera echar abajo a la dictadura. Lo fundamental era la movilización combativa de las masas. Para remarcar este carácter de nuestra política, empezamos a nombrarla como Política de la Rebelión Popular de Masas. Lo militar era un elemento importante que en un momento determinado podría llegar a ser decisivo. No obstante, para algunos compañeros se trataba de una línea político-militar. Más aún, circuló la tesis del enfrentamiento y destrucción del ejército regular y oficialmente seguimos considerando factible que la sublevación nacional pudiera abrirse paso después del plebiscito de 1988 y aún después de las elecciones de 1989, en circunstancia que antes de ambos acontecimientos las cosas ya tendían a definirse en el terreno convenido entre la oposición burguesa y la dictadura, con el aval del imperialismo norteamericano.

De otro lado, el derrumbe del socialismo en Rusia y otros países de Europa contribuyó, de modo inevitable, a la profundización de la crisis del Partido.

A raíz de esta crisis y del colapso del llamado "*socialismo real*" se hicieron oír no pocas voces que proclamaban o anunciaban el fin de los Partidos Comunistas y la muerte del comunismo. José Antonio Viera Gallo, entonces Presidente de la Cámara de Diputados, dijo que "*el error más grande que comete el PC es el de no disolverse*". Agregó que "*a estas alturas del siglo XX*

persistir en ser comunista es algo que está completamente fuera de la realidad". De su parte, Enrique Krauss, Ministro del Interior del Gobierno de Aylwin anunció también nuestra desaparición. "Los comunistas —dijo— son como los guanacos, una especie en extinción". Casi todos los políticos de todos los colores nos han mirado bajo la pierna, como si el Partido fuese un cero a la izquierda. Meses más tarde, los comunistas obtuvimos triunfos notables en las elecciones del Colegio de Profesores y de la Federación de Trabajadores de la Salud, las dos más grandes organizaciones gremiales del país y en la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, la más importante Universidad. Después también tendríamos un triunfo rotundo en la elección de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago. ¿Se darían cuenta, Viera Gallo y Krauss que cuando pronosticaban nuestra muerte andaban más perdidos que el teniente Bello o confundían sus deseos con la realidad?

La crisis sacudió fuertemente al Partido y tuvo expresiones diversas. Se levantaron voces cuestionándolo todo o casi todo. En el momento culminante de esta crisis, alrededor de 400 militantes y simpatizantes rechazaron públicamente la medida disciplinaria que se le aplicara a Luis Guastavino, su separación de las filas del Partido. Una parte de ellos formó la Asamblea de Renovación Comunista, ARCO, que pronto desapareció. Acto seguido, se constituyó el Partido Democrático de Izquierda, PDI, cuyos dirigentes, con escasas excepciones, emigraron después al Partido por la Democracia, PPD, o al Partido Socialista. Casi todos terminaron por identificarse con la Concertación y los Gobiernos de Aylwin y Frei, sucumbiendo ante las sinecuras del poder y alejándose por completo, ideológica y políticamente de los comunistas. Algunos de ellos y la mayoría de los militantes que en los momentos más álgidos de la crisis cuestionaron la política y la Dirección del Partido se fueron simplemente a sus casas o realizan alguna actividad política marginal sin abjurar de las ideas comunistas ni rendirse ante el poder constituido.

Los que se fueron del Partido lo hicieron invocando diversos motivos, desacuerdos ideológicos y diferencias políticas. Algunos dejaron las filas por rencores o resentimientos que surgieron en ellos en sus relaciones con determinados dirigentes. En mi opinión, nada justifica esto de hacerse a un lado. Pienso que idealizaron al Partido y por eso tomaron una decisión apresurada y no tuvieron en cuenta que, como bien decía Gabriela Mistral "nada hay perfecto en la vida y que si ésta fuera perfecta sería muy aburrida". Y sobre todo se olvidaron la lección que nos dejara Pablo Neruda en el hermoso saludo que le enviara desde París al 7º Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas. "Quiero —les decía a los jóvenes— que esta carta sea un

trébol de cuatro hojas," que describía una por una. La cuarta hoja estaba dedicada al Partido y en ella expresaba: "Ya era hombre cuando entré a la familia de los comunistas chilenos. Había atravesado la soledad. Había sentido y comprendido tragedias, desdichas, catástrofes. Había pasado por guerras y derrotas, por golpes y victorias. Creía saberlo todo. Pero encontré dentro de mi Partido y andando por pueblos y caminos a través de la extensión de América y de Chile, que tenía mucho que aprender y cada día hombres anónimos, desconocidos hasta entonces, me dieron las mayores lecciones de sabiduría, de rectitud, de firmeza. Nadie debe creerse superior al Partido. Este sentimiento de modestia no significa vasallaje, sino la superación de lo personal, aprendizaje de una disciplina que nos conduce siempre a la verdad." Y en Estocolmo, cuando recibió el Premio Nobel de Literatura, en presencia del Rey de Suecia y del mundo diplomático y cultural allí reunido, dijo con legítimo orgullo de comunista: "Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un ejército que a trechos puede equivocarse pero que camina sin descanso y avanza cada día, enfrentándose tanto a los anacronismos recalcitrantes como a los infatuados impacientes". Ese ejército "que a trechos puede equivocarse" es el Partido Comunista, que siempre se ha mantenido y se mantendrá en la barricada del pueblo y seguirá luchando sin pausa ni temores por la democracia y el socialismo.

Dos cartas a la Comisión Política

En 1991, en el clímax de la crisis del Partido, le mandé dos cartas a Volodia a fin de que la Comisión Política conociera mis puntos de vista en víspera de dos Plenos del Comité Central a los que no podía concurrir por encontrarme en cama, afectado de una fuerte gripe.

En la primera de esas cartas, fechada el 1° de mayo de 1999, le daba mis opiniones sobre el documento "*Bases e ideas para la elaboración de un nuevo programa del Partido*", que estaba en estudio, y luego le decía:

"En el seno del partido, incluso en el Comité Central, han surgido opiniones favorables a la existencia de un partido de corrientes. Hasta se han dejado oír algunas voces que abogan por la elección directa de los dirigentes o que de uno u otro modo cuestionan el principio del centralismo democrático. Tales planteamientos los considero del todo incorrectos. Pero merecen una consideración y una respuesta que ayude y no perjudique al partido, que contribuya a la cohesión y no a la dispersión de nuestras filas, a la fraternidad comunista y no a su debilitamiento.

El último Pleno del Comité Central llamó la atención respecto de la necesidad de desarrollar la democracia en el partido. Hoy por hoy esto es lo esencial, es la

forma principal que debe revestir la renovación. Ello, junto con la lucha práctica al frente de las masas, es lo que nos permitirá enfrentar con éxito las dificultades que vivimos, superar la crisis del Partido. Su organización y funcionamiento, en los términos que se establecen en los estatutos, permiten una amplia discusión en su seno, pero no tan amplia como la que se necesita en estos tiempos. Se requiere, me parece, incorporar a él disposiciones que favorezcan el más amplio debate, el más irrestricto respeto a las opiniones individuales y el derecho de los militantes para opinar incluso fuera de las filas sobre cualquier asunto siempre, obviamente, que no sostengan puntos de vista discrepantes de su línea, toda vez que las discrepancias tienen que ventilarse dentro del Partido.

En todos los tiempos nuestra democracia interna ha pecado de insuficiencias. Pero es incuestionable que durante los años de clandestinidad fue muy reducida, ante todo por el imperio de las circunstancias. Por ejemplo, en tal período, el principio electivo de los dirigentes no podía ser, como decía Lenin, sino una frase. Ahora, cuando hay un régimen democrático, limitado, insuficiente, pero democrático al fin y al cabo, la más amplia democracia en nuestras filas es vital y decisiva. Pero no se pasa en 24 horas desde un estado a otro en la vida del partido. Su democratización es un proceso que debe ser impulsado con toda fuerza y consecuencia. Lo cierto es que en este instante choca con actitudes muy negativas de algunos compañeros que han llegado al extremo de bloquear el derecho de opinar de uno que otro militante o han usado métodos de presión para que no se pronuncien en favor de un congreso extraordinario del Partido.

A menudo sostenemos que el militante puede y debe expresar abiertamente sus opiniones en el seno del Partido, cualesquiera que ellas sean. Debe opinar -decimos- en su organismo correspondiente. Esto es muy importante. Pero es insuficiente. Los estatutos establecen, también, que incluso puede dirigirse al Comité Central, haciendo presente sus opiniones o reclamos. Pero esto tampoco basta. Es preciso que tenga otras oportunidades, como la de participar en reuniones especiales para tratamientos de temas específicos. Es necesario, además, facilitar su acceso a la prensa del Partido, no sólo por la vía de las cartas y de los artículos, sino también por otras vías como pueden ser entrevistas y encuestas. Cartas y artículos no pueden escribir todos.

Un número significativo de nuestros militantes lo cuestiona todo, desde la ideología hasta la política del Partido. Los ataques a la Dirección menudean y tienen, a veces, caracteres odiosos, concentrándose en algunas personas. Todo esto no es general ni absoluto. Sin embargo, requiere de una atención cuidadosa, considerando todas las causas que generan tal ambiente. Preocupación especial merecen las discrepancias. Bienvenidas sean en tanto ellas expresan enfoques diferentes y den margen a un fructífero debate. Requieren, por tanto, un tratamiento ideológico y político en términos fraternales. Las medidas administrativas son y deben ser siem-

pre excepcionales, sólo cuando el violentamiento de las normas estatutarias rayan en una indisciplina intolerable.

Pienso que la discusión que se ha abierto en el Partido con motivo de la conferencia nacional es muy crítica y valiosa. He recibido la opinión de que, incluso, es de un nivel más alto de la que precedió al XV Congreso. La conferencia será, entonces, una ayuda muy grande. Tratará los lineamientos generales del programa. Pero dejará pendiente la redacción definitiva del mismo, toda vez que después de la conferencia vendrá un proyecto de programa que será sometido al conjunto del Partido y del pueblo antes de su redacción definitiva. El programa es el gran documento ideológico y político que une y moviliza a todos los comunistas. Su aprobación definitiva debiera corresponder a un congreso del Partido que es la más alta autoridad de los comunistas. Lo mismo debiera ser con los nuevos estatutos si se ratifica el criterio de que los actuales están atrasados y se necesita remozarlos. Por estos motivos, pienso que debería proponerse a la conferencia la convocación a un congreso del Partido, tal vez a mediados del próximo año.

En la reunión del Comité Central en que se sugirió la idea de un congreso hace tres o cuatro plenos atrás, dije que no lo creía necesario. Ahora sí que me parece conveniente en función de la aprobación del programa y de nuevos estatutos. Hay una razón adicional. La rica y apasionante discusión que está abierta en el Partido no parece que podrá alcanzar un punto culminante en la conferencia. Pienso que más bien pasará por ella y durará un tiempo más largo. Bien podría y debería coincidir con la preparación y realización de un congreso.

“Esta carta —terminaba diciendo— está destinada a la Comisión Política. Espero que allí cobre vida o muera”.

Dos meses después me atacó de nuevo la gripe, no pude asistir a otro Pleno y volví a dirigirme al Secretario General del Partido por medio de la siguiente carta:

*“Santiago, 20 de agosto de 1990.
Compañero Volodia Teitelboim,
Secretario General del Partido Comunista de Chile.
Estimado Volodia:*

Otra vez estoy con gripe, desde hace ya 8 días. Me levanté el viernes, pero el sábado por la tarde el médico me echó de nuevo a la cama por otra semana. Me encontró una afección al pulmón derecho que podría derivar peligrosamente en una neumonitis.

Lamento muchísimo que, por este motivo, me vea privado de concurrir al encuentro de mañana.

Leí tu entrevista a "EL MERCURIO". Veo en ella valiosos elementos que apuntan a la solución de la crisis de nuestro Partido. Con el mismo propósito yo dije algo a "LA NACION" de ayer. No espero que todos tengamos una coincidencia plena en las ideas formuladas. Pero sí confío en que todos podamos estar de acuerdo en que si hemos llegado al clímax de la crisis, las medidas que se adopten en este momento serán decisivas para determinar su desenlace.

El Partido en su conjunto está muy angustiado. Hay gente a la cual se le caen las lágrimas cuando comenta la situación a que hemos llegado. Mi convicción absoluta es que los que abrigan el propósito de cambiarle al Partido su carácter revolucionario y llegan a pretender dividirlo constituyen un puñado insignificante. Pero hay mucha gente confundida que los acompaña por uno u otro motivo, y mucha otra que no los acompaña y que está muy pesimista porque no ven una salida clara y sensata.

Reitero la idea del Congreso. Las razones por las cuales fue rechazada en la Conferencia no tienen en este momento consistencia suficiente o, dicho de otro modo, pesan hoy mucho menos que las razones que existen para abrirle paso a la reunión magna del Partido.

Mi opinión concreta es que debiera designarse una amplia comisión organizadora del Congreso Nacional presidida por el Secretario General del Partido e integrada por compañeros miembros y no miembros del Comité Central, comprendidos entre estos últimos compañeros que han estado en posiciones discrepantes como Fanny, Lawner, Justo Zamora y Fernando Gómez. Simultáneamente debería acelerarse la discusión de los proyectos del nuevo programa y nuevos estatutos con la participación de todo el Partido. La fecha misma de la realización del Congreso podría determinarse en una próxima reunión del Comité Central, previa consulta a los Comités Regionales, a fin de establecer bien todos los plazos de discusión y garantizar la mejor preparación posible.

Esta carta es para el manejo que tú y los compañeros de la Comisión Política estimen conveniente.

No obstante, te ruego transmitir mis excusas a la reunión por mi inasistencia y un saludo a todos los compañeros. Por último, dejo a tu consideración la posibilidad de que más adelante podamos conversar sin apremio, aunque por cierto con algún límite prudente de tiempo.

*Fraternalmente,
Luis Corvoalán."*

La Dirección del Partido en los años más duros

La Dirección encabezada por el compañero Víctor Díaz asumió la gran responsabilidad de organizar el trabajo clandestino del Partido y la resistencia a la dictadura. En medio del terror fascista fue capaz de mantenerse en pie durante casi tres años, desde septiembre de 1973 hasta mayo de 1976, cuando fue aprehendida y físicamente exterminada. Se preocupó de la solidaridad con los presos y los perseguidos y de llevar la alarma a la comunidad internacional en relación a los crímenes de la dictadura. Se empeñó también en organizar las primeras luchas de la resistencia y en retomar los contactos y la acción común con otras fuerzas antifascistas, especialmente con la Dirección del Partido Socialista encabezada por Exequiel Ponce y Carlos Lorca.

La Dirección clandestina llegó a la conclusión, tras las primeras semanas del golpe, que una parte de los dirigentes del Partido tenían que asilarse y salir al exilio. Fue una decisión justa que algunos resistieron y al final acataron y que permitió salvar la vida de numerosos y valiosos cuadros. Tras la caída de esa dirección se constituyó otra con Fernando Ortiz al frente. Pero también cayó, siendo sucedida por otra más que tuvo como número 1 al compañero Nicasio Farías, a quien le tocó asumir tal responsabilidad en los momentos en que estaban cortadas las comunicaciones del Partido que funcionaba en el país con los compañeros que nos hallábamos en el exterior. Con el ingreso clandestino de varios compañeros y ante todo de Gladys Marín y Manuel Cantero, la Dirección Interior recibió un refuerzo sustantivo que se notó de más en más. En la práctica, el Partido tuvo durante varios años dos equipos de Dirección, uno interior y otro exterior, pues en el exilio se hallaba entonces la mayor parte de los miembros del Comité Central y de la Comisión Política y había más de tres mil militantes asilados en diferentes países.

No es el único ni el primer Partido Comunista que haya tenido una dirección interior y otra exterior y miles de miembros en el exilio. También las tuvieron otros partidos, principalmente el español y el griego. En el caso de los griegos, esta situación desembocó en la virtual conformación de dos partidos, uno que se llamaba Partido Comunista del interior y otro Partido Comunista del exterior. Las Direcciones de ambos partidos vivían en permanente rivalidad, sustentando diferentes posiciones ideológicas y políticas.

La línea del Partido está en constante confrontación con la práctica. Está sujeta a rectificaciones y perfeccionamientos de uno u otro volumen,

según sea la magnitud de los cambios que se producen en la situación. El Partido es, además, un cuerpo vivo, constituido por seres de distinta procedencia social y formación política y cultural, en cuyo seno hay, pues, contradicciones y lucha permanente entre lo nuevo y lo viejo y a veces roces y pugnas por menguadas motivaciones. Esto es natural. Por consiguiente, no puede extrañarle a nadie que hayan surgido diferencias en el seno del Partido, incluso en la Comisión Política, entre dirigentes que luchaban en el interior del país y dirigentes que lo hacían desde el exilio y que, por eso, podían tener más fácilmente distintas percepciones de la realidad nacional. Por lo mismo, se puede anotar como un gran mérito del Partido Comunista de Chile la unidad ideológica y política y la cohesión orgánica de que dio muestras no obstante hayan tenido que existir, durante un largo tiempo, dos equipos de dirección, un segmento interior y otro exterior. Ello nos permitió hablar y proclamar que el Partido tenía una sola Dirección, una Dirección Unica, independientemente de que sus miembros desempeñaran su papel en el país o fuera de él. Hasta un momento determinado, el mayor peso de la Dirección estaba en Europa.

Los Plenos del Comité Central que se efectuaron después del golpe militar, entre los años 77 y 81, tuvieron lugar en el exterior. Allá se hicieron, hasta los primeros años 80, las principales elaboraciones en materia de línea política, en base, naturalmente, a los antecedentes y opiniones que se recibían del país. Facilitó este entendimiento el fluido intercambio de informaciones tanto por la vía escrita como oral a través de los compañeros que salían del interior. A pesar de esto, no siempre hubo acuerdo en todo y creo que el acuerdo se forzó cuando mandamos a llamar a Gladys y Manuel para discutir algunas cuestiones relativas a la línea del Partido que no nos parecía que se enfocaban bien en el país. Mirada nuestra actuación de aquellos años con espíritu crítico, pienso también que no fue correcto el procedimiento que se impuso en cuanto a elaboración del informe al Pleno de 1981, que se realizó cerca de Berlín y que fué el último que se hizo fuera del país. Se solicitó al equipo de Dirección Interior el informe o un esbozo de informe. El documento lo llevaron los compañeros designados en el país para asistir al Pleno. Pero su contenido no satisfizo y fue desechado por completo. Había razones para ello. Pero no siempre basta tener la razón. Ahora creo que habría sido preferible postergar la realización del Pleno dando oportunidades para que la Dirección interior opinara sobre los cambios esenciales que se hacían a los planteamientos que se llevaban del país. El trato inadecuado y los golpes de autoridad dejan resentimientos y afectan, aunque no se quiera, la fraternidad comunista.

Del mismo modo, aunque la política de Rebelión Popular, que se for-

muló desde Moscú, se basó esencialmente en la experiencia y las opiniones del Partido que luchaba en el interior del país y contó con su pleno respaldo, creo que lo más correcto, desde el punto de vista del procedimiento, habría sido que ella fuese previamente sancionada tanto por la Dirección Exterior como por la Dirección Interior, más aún, que hubiese sido considerada por el conjunto del Comité Central.

Las dificultades de mayor entidad entre el segmento exterior y el segmento interior de la Dirección del Partido se produjeron a raíz y después del Pleno de enero de 1985, que en verdad no se efectuó en enero de ese año sino en diciembre de 1984. El contenido del informe a ese Pleno fue motivo de discrepancias. Algunos compañeros del exterior, especialmente Hugo Fazio, concordaron con la apreciación relativa a considerar entonces que maduraba en el país una situación revolucionaria. Orlando Millas la refutó de plano. Por mi parte expresé mis dudas al respecto y, sobre todo, reclamé porque, hallándome entonces en el país, se había elaborado una opinión sobre la materia sin que yo tuviera la oportunidad de participar en la discusión colectiva. (Me encontraba en Chile desde hacía más de un año, en contacto permanente con dos o tres compañeros, pero sin asistir a las reuniones del equipo dirigente.) Mas adelante, Manuel Cantero viajó expresamente desde Santiago a Moscú para reunirse con los compañeros que en Europa constituían el otro segmento de la Dirección del Partido. En tal ocasión los dirigentes que se hallaban en Moscú plantearon nuevas discrepancias con determinados planteamientos de la Dirección interior. Algunos llegaron a decir que ésta había incurrido en el subjetivismo y el voluntarismo, especialmente al calificar 1986 como el año decisivo en la lucha contra la dictadura. En la reunión en que escuchamos la información de Cantero sobre su viaje sostuve que siempre es saludable considerar todas las opiniones y tener oído atento hasta para las críticas más desafinadas porque aún estas suelen reflejar una realidad no bien aprehendida o parte de la verdad. Pero en lo grueso los compañeros no tenían razón, aunque eran atendibles algunas de sus observaciones. La decisión de tumbar ese año al dictador no era de por sí descabellada habida cuenta del alto grado que había alcanzado la movilización social y la concertación de las fuerzas opositoras. Es claro que el Partido Comunista debe tener siempre en cuenta las diversas situaciones que puedan darse y no debe ilusionarse ni ilusionar al pueblo. Pero también es claro que debe plantearle a éste y plantearse asimismo no sólo pequeñas sino también grandes tareas. Y como las ciencias sociales no son exactas, sus pronósticos suelen no guardar plena correspondencia con los resultados. El 3 de septiembre de 1970, en una alocución radial dije, a nombre del Partido: *"Mañana debemos triunfar"*. Hablé de *"la victoria de mañana"*.

Teníamos tal convicción y la proclamamos abiertamente. Ese pronóstico fue ciento por ciento certero. Pero ya antes, en las elecciones presidenciales de 1964 pensamos que triunfaríamos y así lo dijimos. Esa vez la realidad no confirmó nuestra expectativa. Lo que quiero decir con todo esto es que el hecho de que en 1986 no hayamos sido capaces de echar abajo a Pinochet no invalidaba de por sí la afirmación que se había formulado en el sentido que dicho año sería decisivo. Y lo peor es que las discrepancias se plantearon en un momento archi inadecuado, cuando la oposición burguesa abandonaba el camino de la movilización social y de la concertación de todas las fuerzas contrarias a la dictadura, marcaba sus diferencias con nuestro Partido y éste era objeto de una ofensiva, ante la cual, lo único correcto era cerrar filas y no abrir polémicas intestinas. Lo cierto es que en determinados momentos, algunos compañeros suelen asumir el papel de custodios de la “pureza de la línea del Partido”, pureza que en ningún partido existe en la realidad. La línea del Partido está en permanente confrontación con la práctica y, por consiguiente, en cada momento histórico, en cada batalla. Van quedando en evidencia no sólo sus aciertos sino también sus fallas y, de unos y otras el Partido extrae las lecciones, saca experiencias y hace la síntesis que acrecienta su conocimiento.

Pero las cosas no pasaron a mayores y, por el contrario, a pesar de esa desinteligencia, siguieron evolucionando en el mejor sentido.

Con fecha 8 de septiembre de 1988, recibimos una carta del segmento exterior de la Dirección del Partido en la cual se expresaba que “*ya no se justifica la existencia de un segmento exterior de la Comisión Política y de un secretariado exterior*” y que, para los efectos de atender las tareas específicas del Partido en el exilio, que estaba organizado en 40 países, se debía volver al Coordinador Exterior que existió hasta el Pleno de agosto de 1977.

“La nueva realidad —decían los compañeros en su carta— arranca de dos hechos altamente positivos, del desarrollo dinámico de los acontecimientos en Chile y del peso alcanzado por la dirección en el país.” Y agregaban: *“El trabajo en el exterior debe readecuarse a partir de esta realidad, buscando siempre, ante todo, la mejor forma de funcionamiento de la Comisión Política y la mejor utilización de sus cuadros”*

La Dirección interior compartió estos criterios destacando *“como un alto mérito de nuestro Partido esto de haber sido capaz de abordar correctamente sus problemas de dirección desde el golpe hasta hoy”*, según palabras de Sebastián en el informe a la reunión interior a la cual se dio cuenta de esta situación. *“Debemos felicitarnos -agregó- que no haya disputas de mando entre dirigentes del Partido del interior y del exterior, como desgraciadamente ha ocurrido en la vida de otros partidos que han pasado por circunstancias semejantes. De todos modos —*

terminó diciendo— *continuaremos manteniendo los contactos más estrechos que sea posible con los compañeros de la dirección que están fuera del país, estaremos siempre atentos a sus opiniones y observaciones y estas serán recabadas y consideradas en todo lo que significa la línea gruesa del Partido*”.

Adiós a Moscú

En junio de 1989, después de efectuado el XV Congreso del Partido, me dirigí a Buenos Aires, desde donde tomé avión a Moscú para recoger allá todos mis bártulos, agradecerle a los soviéticos el apoyo que nos habían dado y emprender mi retorno legal y definitivo al país, ya que había sido autorizado el regreso de los exiliados. Salí por el mismísimo aeropuerto de Pudahuel. La oficina de la Policía Internacional que allí opera estaba constituida por jóvenes y mi cédula de identidad, a nombre de Juan de Dios Aguirre Olmos, era impecable. Nadie me reconoció.

Desde Moscú viajé a la RDA y pasé por primera vez a Berlín Occidental para obtener en el Consulado chileno un nuevo pasaporte, ahora sin la Letra “L” que prohibida viajar al país. Antes, el trámite de la renovación me lo había hecho Rodrigo Rojas, que había establecido buenas migas con el Cónsul. Este me reconoció y mientras escribía mi nombre en el nuevo documento, de repente me preguntó por el número de mi carnet.

— Es el 1.120. 187-0- respondí de inmediato.

— Se equivocó en una cifra — me dijo sonriendo—. Es el 1.120.197-0. ¡Hacia tanto tiempo que no usaba mi cédula de identidad, que su número no lo recordé con precisión!

De vuelta a Moscú recibí la Orden de la Estrella Roja que tres años antes me había otorgado el Soviet Supremo cuando había cumplido los 70. La ceremonia tuvo lugar en una pequeña sala del Kremlin y se realizó en forma privada a petición de Héctor Asela, que era nuestro representante ante el PCUS. Por la parte soviética habló el uzbeko Rafik Nishanov, Presidente del Soviet de las Nacionalidades y Vice Presidente del Soviet Supremo.

Agradecí el galardón como una distinción que, ciertamente, trascendía mi persona y que me había sido otorgada cuando todavía era Secretario General del Partido. En mis palabras de agradecimiento reiteré el apoyo que nuestro Partido ya había manifestado a la perestroika y abogué por su éxito.

Llevaba cuatro años de vida la perestroika. Desde su comienzo los comunistas chilenos habíamos visto y seguido su marcha con profunda sim-

patía, como la mayoría de los comunistas de todos los países. No la miraron con los mismos ojos algunos partidos comunistas gobernantes. Estoy convencido que Fidel Castro, Erich Honecker y Todor Zhivkov, tenían sus recelos. Públicamente no lo manifestaron, pero era más o menos notoria la parquedad o frialdad con que se referían a ella.

En 1989 la perestroika se hallaba atascada. Mijail Gorbachov, su principal ideólogo y promotor, tenía ya una fuerte oposición, que se haría más y más fuerte hasta que Boris Yeltsin lo hizo a un lado dos años después. Con él cayó también el poder soviético, y de la perestroika, que había sido definida por Gorbachov como una revolución para tener más socialismo y más democracia, nunca más se habló.

El poder soviético surgió de la más profunda, de la más grande y trascendental revolución social de la historia. Llevó a los trabajadores al poder político y económico. Materializó el sueño de los comuneros de París que quisieron tomar el cielo con las manos. Realizó el cambio más sustancial en la propiedad de los medios de producción. Entregó toda la tierra a los que verdaderamente la trabajan y terminó con la cruel explotación capitalista y los resabios feudales. Inició la más grande batalla en contra del analfabetismo y el atraso, por la cultura y el progreso, sacando de la obscuridad a los pueblos que formaban parte del imperio zarista. Convirtió a uno de los más vastos y atrasados territorios del planeta en el país multinacional más floreciente y en la segunda potencia mundial. Contribuyó en forma decisiva a la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial y a la liquidación del colonialismo. Defendió y ayudó generosamente a los pueblos que emprendieron el camino de la independencia y el progreso nacional. Tales aportes y contribuciones a la permanente lucha de los hombres de toda la tierra para alcanzar la justicia, la libertad y la democracia, no pueden ser ni serán olvidados.

¿ A qué se debió su colapso?

El escritor José Miguel Varas dice en uno de sus libros que, aunque parezca increíble, no obstante vivir en la Unión Soviética 14 años, no la conocía y no se percató de la profundidad de los fenómenos que la llevarían al sepulcro. Con mayor razón puedo decir lo mismo yo que allí estuve 6 años.

En esos seis años de exilio en la Unión Soviética y en las muchas oportunidades que antes la había visitado, me percaté de una serie de limitaciones y falencias del sistema, pero siempre atendí, en primer término, a sus grandes realizaciones y no percibí la profundidad de los defectos que terminarían por matarla.

Cuando Tomás Borge, Ministro del Interior del gobierno sandinista de Nicaragua, estuvo en Chile a fines de 1994, le declaró a "LA ÉPOCA"

que el sistema se desplomó en la URSS y no en Cuba, donde no abunda el pan y faltan muchos otros alimentos, porque allí, en el país de José Martí y de Fidel Castro, *“cada vez que se apagan las luces por la falta de electricidad se mantiene encendida la conciencia revolucionaria. En la URSS y demás países socialistas —agregó— estaban resueltos los problemas básicos de la población, como el de la salud, el de la educación o el del trabajo, pero existía un régimen que tenía su creatividad mal vestida, había desaparecido la fantasía y allí no daban ganas de vivir porque a pesar de los logros sociales la gente se sentía insatisfecha”*. El filósofo francés Henry Lefebvre tocó el punto de esta manera: *“La llaga de los regímenes comunistas —dijo en 1990, en pleno desarrollo de la crisis del sistema— es que todo deviene serio en ellos, horriblemente serio. No han sabido organizar una vida mejor para la gente. En Alemania del Este, por ejemplo, la vida era monótona, monocorde, teñida de ideología repetitiva. Estuve en Checoslovaquia después de la guerra. Era duro, pero en ese momento tenía sentido. Cuando el sentido está allí se pueden soportar las dificultades”*.

Creo que esto no es todo, pero sí una parte importante del todo y, en cualquier caso, es consecuencia de otros fenómenos, producto de la burocratización y de la deformación del sistema, de la desligazón del partido con las masas, de la conformación creciente de una capa dirigente que de más en más se separó del pueblo.

Escribí un libro sobre tan insólito acontecimiento bajo el título de *“El Derrumbe del Poder Soviético”* para darle una explicación a nuestro pueblo acerca de por qué siempre habíamos estado con la Unión Soviética tanto en las duras como en las maduras. Dicho sin la más mínima jactancia, creo que esa explicación ayuda a comprender el fenómeno del que hablamos. Llegué a la conclusión —y eso lo digo y lo trato en el libro— de que el culpable principal del derrumbe del socialismo en ese inmenso y multinacional país fue nada menos y nada más que el Partido Comunista que encabezó y dirigió la primera revolución socialista victoriosa de la historia, la construcción del primer estado socialista y la gloriosa gesta del ejército y del pueblo soviéticos que en la segunda guerra mundial fueron los principales artífices de la derrota de la Alemania fascista. Dejó de ser un verdadero partido comunista, se transformó en un aparato burocrático administrativo y perdió los estribos en su relación con la gente.

El desplome del socialismo en la URSS fue seguido del colapso de todos los estados socialistas que surgieron en Europa después de la segunda guerra mundial. Todos ellos habían logrado progresos espectaculares en la construcción de una sociedad más justa. Menciono especialmente a Bulgaria, que de país totalmente atrasado se había transformado en una próspera nación. En uno de los congresos del partido búlgaro en el cual

estuve presente, Todor Zhivkov recordó que en los años anteriores a la época socialista, cuando él era niño, su madre y otras madres, tiraban el arado en reemplazo de las bestias porque bestias no tenían. Con el socialismo no sólo no faltaron las animales de tiro, sino que abundaron los tractores y otras máquinas agrícolas, transformándose Bulgaria en un próspero país agroindustrial. Pero allí, como en los demás países socialistas de Europa, en unos más que en otros, el sistema fue corroído por los mismos males que causaron el derrumbe soviético.

En el caso de la RDA medió, además, un fuerte factor exógeno, la actitud de Gorbachov ante el propósito de la Alemania capitalista de engullirse a la República Democrática Alemana. Estuve por última vez en Berlín para acompañar a Volodia Teitelboim, el nuevo Secretario general del Partido, que había llegado hasta allí, procedente de Santiago, para concurrir a la celebración de los 40 años de la RDA, ceremonia a la que también había arribado desde Chile Clodomiro Almeyda. En esos días se habían producido, principalmente en Leipzig y en Berlín, varias manifestaciones de descontento y centenares de alemanes salían hacia occidente a través de Hungría, Austria y Checoslovaquia. De parte del gobierno de Bonn se ejercía una presión muy fuerte dirigida a que la RDA permitiera el éxodo hacia el otro estado germano de todos cuantos quisieran tomar ese camino. La bandera de la reunificación alemana, según el esquema de Bonn, la levantaba en alto el canciller Helmut Kohl. En la ocasión a que me refiero y en tono enérgico, Gorbachov expresó en su discurso: *“Los problemas de los alemanes lo resuelven los alemanes”*.

Parecía que de este modo quería decirle a Kohl que no podía contar con él en sus planes de imponerle dictados a la RDA. Pero lo que las palabras significaron en los hechos fue otra cosa. La RDA quedó sin el apoyo soviético para enfrentar las presiones occidentales. Más aún, algunos meses después, a mitad de 1990, luego de una conversación que tuvo con Helmut Kohl en el Cáucaso, Gorbachov se manifestó favorable a la reunificación alemana.

Después de la caída de la RDA, Erich Honecker viajó a Moscú donde le fue descubierto un cáncer al páncreas. Allí permaneció virtualmente abandonado por los gobernantes soviéticos y luego asilado en la embajada de Chile, en ese momento a cargo de Clodomiro Almeyda. Salió de esta por requerimiento expreso de la Alemania capitalista que lo reclamó para juzgarlo. El Kremlin, ahora con Yeltsin en el gobierno, aceptó las exigencias germanas y la Cancillería chilena también dio el pase. Honecker fue trasladado a Alemania y encarcelado en la prisión de Moabit, que dejó al año siguiente para radicarse en Chile. Cuando estaba en Moabit le envié una carta que me permito

insertar, porque de algún modo refleja los sentimientos de afecto que los comunistas chilenos sentimos por aquel obrero techador que fue un gran combatiente antifascista, un leal revolucionario y un buen amigo del Gobierno de Salvador Allende y de todo nuestro pueblo. La carta dice:

“Querido compañero Erich Honecker:

Hace tiempo que estaba por escribirle. No lo había hecho antes por cierta inseguridad de que una carta mía pudiera llegar a sus manos. Su esposa, Margot y nuestra común amiga Gladys me han convencido de que tales temores son exagerados.

También Gladys nos contó en detalle su entrevista con usted. Llegó muy impresionada por su conducta de verdadero comunista. Me agradó saberlo. Pero la verdad es que yo estaba seguro de ello. Cuando salió de la embajada chilena en Moscú, dicho exactamente, cuando lo expulsaron de la embajada, usted alzó su mano derecha con el puño apretado, al estilo de los viejos combatientes antifascistas, en señal, precisamente, de firmeza. Tal cualidad la ha demostrado a lo largo de su vida y a través de todo el proceso “judicial” tan injusta y grotescamente entablado en su contra.

¡Qué días más atroces nos ha tocado vivir en los últimos años! ¡La fértil imaginación humana quedó corta, nadie pudo visualizar lo que ha pasado! ¡ Los más feroces enemigos del socialismo nunca soñaron con la desintegración de la Unión Soviética y el colapso del socialismo en Europa sin disparar un solo tiro! ¡Cuánto nos ha golpeado todo esto!

La caída de la RDA ha sido particularmente dolorosa. La quisimos mucho por múltiples motivos, desde luego por la gran solidaridad que desplegó con nuestra lucha y con la de todos los pueblos que se abrían paso hacia el progreso o eran víctimas de regímenes despóticos. “La solidaridad ayuda a vencer” fue una de las consignas que levantó el X Congreso del PSUA. Siempre recordaremos esto.

Por aquí estuvo Gorbachov. Fue agasajado por los enemigos del socialismo y alabado por los desertores del campo revolucionario. Dictó conferencias bien pagadas. Habló de todo, menos del socialismo. Al término de su visita, el mismo día de su partida, en “EL MERCURIO”, el diario de los grandes capitalistas chilenos, apareció un artículo bajo la firma de Tamara Avetikián, a propósito de su visita a Chile. “Algunos dicen que no tiene nada que decir; que su proyecto político resultó un fracaso; que la actual crisis de la ex -URSS es responsabilidad suya”, escribió la Tamara, para agregar enseguida: “Puede que tengan razón. Sin embargo, no se puede desconocer la trascendental obra que dejó para la posteridad: la destrucción del comunismo desde dentro del propio sistema”.

¡Triste fin ha tenido el alabado Gorbi!. El está libre y usted preso, usted ha perdido la libertad, pero no el honor de comunista.

He escrito un libro, compañero Honecker, que en marzo aparece en Chile con el nombre de EL DERRUMBE DEL PODER SOVIETICO. Se trata de unas 160 páginas donde trato de explicar lo que ha pasado, en estilo periodístico, donde se mezclan vivencias, relatos y reflexiones. No es un análisis a fondo de lo ocurrido. Pero creo que ayudará en algo. Tiene un capítulo que versa sobre la RDA. Dejo en claro la verdadera historia del muro y el hecho de que la RDA no cayó por sus insuficiencias o errores. Fue entregada.

Con alguna frecuencia, aunque tal vez menos de lo que debiera ser, veo a Margot y a Sonia, más a lo lejos a Roberto y a Viviana. Están bien, aunque naturalmente preocupadas por usted y lo que pasa, preocupación que comparto plenamente.

Los cables han hablado con insistencia estos días de que es posible que usted quede libre y viaje a Chile a reunirse con los suyos. Ojalá que así sea. Estamos pendientes de lo que pueda suceder al respecto. Yo espero ansioso la posibilidad de que se materialice tal anuncio para verlo y expresarle en vivo y en directo todo nuestro aprecio.

Le escribo estas líneas en víspera de Navidad, que en la RDA daba lugar a una fiesta en grande. Ahora usted no puede estar de fiesta. Pero estoy seguro de que por ello no estará abatido. Puede mirar a sus carceleros y al mundo entero con la frente en alto, con la alegría que da el hecho de saber que se ha mantenido y se mantiene leal a sus convicciones y principios.

Lo abraza cordialmente su viejo compañero y amigo, y le ruego hacer extensivos mis saludos a sus compañeros de prisión.

Luis Corvalán

Santiago, 12 de diciembre de 1992."

Las elecciones post-dictadura

A comienzos de 1993, cuando el Partido celebró en Valparaíso un Pleno de su Comité Central, fui requerido para ser, una vez más, candidato a senador por la Quinta Región. No estuve de acuerdo. Pero más tarde, los compañeros de la Dirección volvieron a la carga y entonces acepté la proposición. Sentí que debía aportar aunque fuese con el consabido granito de arena a defender la presencia del Partido en la vida política chilena, de la cual Pinochet quiso desplazarlo para siempre y el gobierno de Aylwin mantenerlo lo más alejado posible.

Esta vez la situación era muy distinta. No teníamos la misma fuerza de antes y el sistema electoral que había dejado la dictadura no hacía posible la elección de ningún candidato comunista o de cualquier otro partido o de ninguna coalición electoral cuyo caudal de votos no se empinara sobre el

30% de los sufragios. Sabíamos, pues, de antemano, que no íbamos a ser elegidos. Obtuve una magra votación que ni siquiera llegó a los 20 mil votos.

Medió otra circunstancia de la cual me parece atinado dejar testimonio. Más que antes, volvió a verse aquello de que *"poderoso caballero es don Dinero"*. Se compraron, no digo todos, pero sí, muchos sillones parlamentarios. En incisivos artículos de prensa, Andrés Aylwin habló de que había retornado el cohecho y que los gastos electorales de algunos candidatos fueron *"cuatro o diez veces superiores al monto de la dieta de un diputado durante todo su período de cuatro años como parlamentario,"* con el agravante de que dicho financiamiento proviene —añadió Andrés Aylwin— *"de los grandes poderes financieros actuando desde la sombra y, por lo mismo, determinando mayorías parlamentarias e influyendo, en mayor o menor grado, las conductas de los candidatos elegidos"*. Jorge Schaulsohn fue particularmente punzante. En "EL MERCURIO" del 19 de junio del 94, declaró: *"Todos los partidos y candidatos les pasan el platillo a los empresarios. Esa es la fuente de la corrupción. El que diga lo contrario es un mentiroso"*. Sus palabras sacaron roncha. Algunos protestaron. Pero nadie pudo negar que, aunque contengan alguna dosis de exageración, pintan una gran verdad, pues si no son aplicables a todos lo son a la gran mayoría.

Este escandaloso derroche de dinero llevó a un articulista de "EL MERCURIO" a recordar la feria de Salamanca. En esta feria —escribió Bertoldino en la sección "Día a Día" del decano de la prensa— *"se exhiben y se venden puercos, vacas, novillos, ovejas, amén de frutas y toda suerte de verdúras. Los compradores examinan lentamente los animales, discuten sus calidades, los palpan por aquí y por allá hasta adquirir convencimiento pleno acerca de sus bondades y de sus defectos. Sólo entonces, sobre seguro, sin que nadie engañe ni se sienta engañado, se formaliza la operación de compraventa. Es lamentable —agregó el comentarista— que esa transparencia del mercado no se aplique a otros acontecimientos. Así, el acto de hoy es ejemplar en cuanto a que lo único que interesa es utilizar técnicas de comercialización para despertar la apetencia del comprador, ocultando la calidad de la mercancía ofrecida. No han usado los candidatos pesas cargadas ni metros rebajados. No ha sido necesario, porque simplemente no se han dejado pesar ni medir. Y los lectores, mansos borregos, han aceptado tal abuso en silencio. Dudosa nos parece una democracia que sólo llame a votar. Más dudosa nos parece cuando prefiere el maquillaje a la confrontación"*.

Nunca las elecciones fueron completamente limpias. Pero es un hecho que con el sistema de representación proporcional que antes regía, el establecimiento de la cédula única y el reconocimiento del derecho a sufragio de las mujeres, de los analfabetos y de los jóvenes desde los 18 años, se

habían logrado avances notables que permitían que en las votaciones se expresara en gran medida la voluntad popular. Las distorsiones que en la expresión de esta voluntad introducía el empleo del dinero eran, además, de menor entidad. Ahora, con el sistema binominal que dejó la dictadura, el acentuado monopolio de los medios de comunicación y el uso multimillonario de recursos monetarios, es un hecho irredargüible que las elecciones se han transformado en una vergonzante feria, en una faramalla de consulta democrática.

Para remate, con los avances de la informática, la explotación de la vanidad humana pasó del empleo de métodos artesanales al uso de la computación y la comunicación más avanzadas. En las elecciones del 93, muchos candidatos, premunidos de fuertes cajas financieras, les encargaron a empresas ad-hoc que buscaran con el computador a todos los electores de su distrito o región que estuviesen de cumpleaños al menos en los últimos 6 meses anteriores a las elecciones, y que los saludaran en sus nombres. Tuve en mis manos y vi con mis propios ojos numerosas tarjetas de saludos cumpleaños enviados a nombre de los candidatos de la Derecha y de la Concertación de la Quinta Región Costa.

El corolario que se puede extraer de todo esto es que en nuestros días tienen más poder los grandes grupos financieros que los órganos electivos, el Parlamento en primer término. Muchas voces se levantan con frecuencia revelando estas verdades, entre ellas la del dramaturgo estadounidense Arthur Miller, que en carta que publicó el "THE NEW YORK TIMES" en enero de 1995, sostuvo abiertamente que sería preferible "poner fin a la hipocresía privatizando el Congreso". Dijo el famoso escritor: *"Dejemos que cada diputado y senador represente abiertamente a cualquier grupo económico que quiera comprar su voto y pagarle su salario. Así no habría más necesidad de realizar costosas campañas electorales. Quien quiera ir al Congreso para representar, digamos, el tráfico de drogas, podría ponerse de acuerdo directamente con los traficantes"*. Según Miller, *"la prueba de la corrupción del Congreso se obtuvo con el rechazo a la reforma sanitaria que, de acuerdo a los sondeos, era deseada por la mayoría de los estadounidenses. La campaña contra la reforma fue financiada por las grandes compañías privadas de seguros que también habían pagado millones de dólares para las campañas electorales de los parlamentarios. Así se explica -añade- el motivo por el cual solo el 39% de los estadounidenses votó en las últimas elecciones"*.

En las elecciones de 1993 se eligió también Presidente de la República. Nuestro candidato y el candidato del Movimiento Democrático Allendista (MIDA) fue el sacerdote Eugenio Pizarro, decidido enemigo de la dictadura de Pinochet y valiente luchador por los intereses del pueblo. El Padre Pizarro

hizo un gran esfuerzo por responder a las inquietudes de la gente. Dio una palabra certera sobre múltiples problemas. Denunció las injusticias del capitalismo salvaje y sin mayores recursos financieros llegó hasta muchos de los rincones más apartados del país. La magra votación que obtuvo, sólo el 4,69 %, algunas décimas más baja que la suma de los votos de los candidatos a diputados del MIDA, no desmerecen su sacrificado aporte a la causa del pueblo y no disminuye sus méritos el hecho de que en el Comité Central del Partido todos consideramos que fue un error haberlo postulado a la Presidencia de la República en la creencia de que por ser un sacerdote que se jugó contra la dictadura, su postulación facilitaría de modo significativo el entendimiento con amplios sectores cristianos de izquierda.

El Partido Humanista presentó su propio candidato a Presidente, el ingeniero Cristian Reitze, que recibió el 1.17 %, y diversos otros grupos de pensamiento avanzado se unieron en torno al economista y profesor universitario Manfred Max Neef que obtuvo el 5.55 % de los sufragios.

Oportunamente se realizaron conversaciones entre representantes de todas estas fuerzas con la idea de que se presentaran unidas con un solo candidato y un programa o plataforma programática común. Pero no hubo entendimiento. Primó un manejo inadecuado de la situación y un grado de intolerancia que no permitió el acuerdo. Fue una lástima porque estos tres personeros —Pizarro, Reitze y Max Neef— sacaron en conjunto el 11,41% de los votos y representaban en ese momento fuerzas alternativas al sistema.

Pasadas las elecciones de 1993 llegué a la conclusión —y así lo manifesté en la Dirección del Partido— que, claro está, fue justo y necesario presentar candidatos comunistas en los 60 distritos donde se eligen diputados, para marcar presencia en todo el territorio y trabajar por la votación mínima del 5 % con la cual se reconoce la legalidad de un partido; pero en materia de senadores —agregué— debíamos haber apoyado en todas o en varias partes a candidatos de otros partidos, especialmente a socialistas, “pepedeistas” y radicales.

Cuando escribo las últimas páginas de estas memorias nos hallamos a pocos meses de las elecciones parlamentarias de diciembre de 1997, que se realizarán o que ya se realizaron —según sea el tiempo en que el lector se imponga de estas líneas— bajo el imperio de una ley impuesta por la dictadura, ley que conduce al mero reparto de las diputaciones y senaturías entre la Concertación y la Derecha y asegura en este campo la reproducción del sistema.

A comienzos de año, el Partido Comunista le propuso a la Concertación un acuerdo que contemplara el cambio de la ley electoral, la reforma de

las leyes laborales, la redistribución del ingreso en favor de los mas necesitados y la adopción de medidas dirigidas a hacer realidad la promesa de "verdad y justicia" en relación a los crímenes de la dictadura. Sobre esta base, anunció públicamente su disposición a apoyar a los candidatos a senadores de los partidos de gobierno en el entendido de que le devolvieran la mano en determinados distritos en los cuales podría elegir algunos diputados a costa de la derecha y en disputa con ella.

Tal propuesta apuntaba a lograr una modificación importante en la composición del Senado, donde el pinochetismo podría así perder una significativa posición de poder y la Concertación quedar en situación de aprobar reformas constitucionales y proyectos de leyes que bloquea la mayoría reaccionaria. Por todo esto, la iniciativa fue bien recibida en la izquierda y en el pueblo en general. Tuvo también buena acogida en el seno de la Concertación. Pero fue rechazada por la cúpula dirigente de la combinación de gobierno. Se impuso en ella el partido más grande y, por lo visto, tuvo eco la opinión de los dirigentes máximos de los empresarios, —de Walter Riesco de la Confederación de la Producción y del Comercio, de Alfonso Mujica de la Cámara Nacional de Comercio y de Pedro Lizana de la Sociedad de Fomento Fabril— que se pronunciaron públicamente en contra de un posible acuerdo de la Concertación con el PC.

Días después, cuando la mayoría reaccionaria del Senado rechazó una Reforma Constitucional para terminar con los Senadores designados, los partidos Comunista, Socialista, por la Democracia y Radical exploraron nuevamente la posibilidad de llegar a algún acuerdo sin afectar las expectativas electorales de la DC. Pero otra vez, cuando tal acuerdo estaba a punto de firmarse, el Partido más grande golpeó la mesa e impuso el veto que se ha arrogado como un derecho. Y sus socios se sometieron a sus dictados.

Si el acuerdo hubiese cuajado se habría dado un importante paso en un sentido favorable a la democracia y en contra de la derecha y del pinochetismo. Lamentablemente no pudo concretarse, porque en la combinación de gobierno continuaron imponiéndose los que se guían por pequeños intereses de grupos y personas, los que caen o recaen en la enfermedad del anticomunismo y al fin de cuentas prefieren dejar las cosas como están y seguir entendiéndose con la derecha.

En estas circunstancias, el Partido Comunista optó por la única alternativa que tuvo al ser rechazada su propuesta, la de presentar batalla con sus candidatos en todos los distritos y circunscripciones, y esto a pesar de las desventajas del sistema electoral binominal, de la imposibilidad legal de que los dirigentes sindicales y gremiales puedan postular a cargos electivos, de la carencia de recursos financieros, del escaso acceso a los medios de

publicidad y del viejo prejuicio de que es perder el voto sufragar por candidatos que no tienen o aparecen sin tener posibilidades de victoria.

Aunque al parecer el modelo tiene para rato, nada está claro en el ámbito político en lo que se refiere al futuro cercano y mediato. Ni siquiera es seguro que la Concertación llegue a los presidenciales con un solo candidato, ni tampoco la Derecha, ni la Izquierda. Pero los porfiados hechos llevan cada día más y más gente a tomar conciencia de grandes verdades, a darse cuenta que ese modelo corresponde por entero a los intereses de los multinacionales y de los grandes capitalistas chilenos, a comprender que el crecimiento económico es en gran parte producto de la enajenación y depredación de los recursos naturales —mineros, forestales y marítimos— del país, que su explotación irracional está determinando las estrecheces de mañana y que la tan cacareada prosperidad, la modernización de la mayor parte de las ramas productivas y la inflación relativamente baja son sólo una cara de la moneda, la cara que se luce, se propaga y se vende ante los inversionistas extranjeros. La otra cara es la del Chile pobre y atrasado, con millones y millones de personas que viven angustiadas por sus bajos ingresos, por sus salarios, sueldos y pensiones miserables, sufren el deterioro de la educación y la salud y suelen estar endeudadas hasta la coronilla.

Tales hechos demuestran que es una gran mentira eso de que somos los tigres o jaguares de América.

Los temporales de 1997 pusieron de relieve otra mentira mayúscula, eso de que cuando llueve todos se mojan.

La conciencia ciudadana está siendo fuertemente sacudida por estas situaciones reales.

Las aguas revueltas tienden a decantarse y el pueblo a ser de nuevo el gran protagonista en nuestra historia.

Es cuestión de tiempo que vuelvan a pasar a manos suyas sus propios destinos.

Es cuestión de tiempo y de lucha.

San Bernardo, julio de 1997.

Apéndice Gráfico



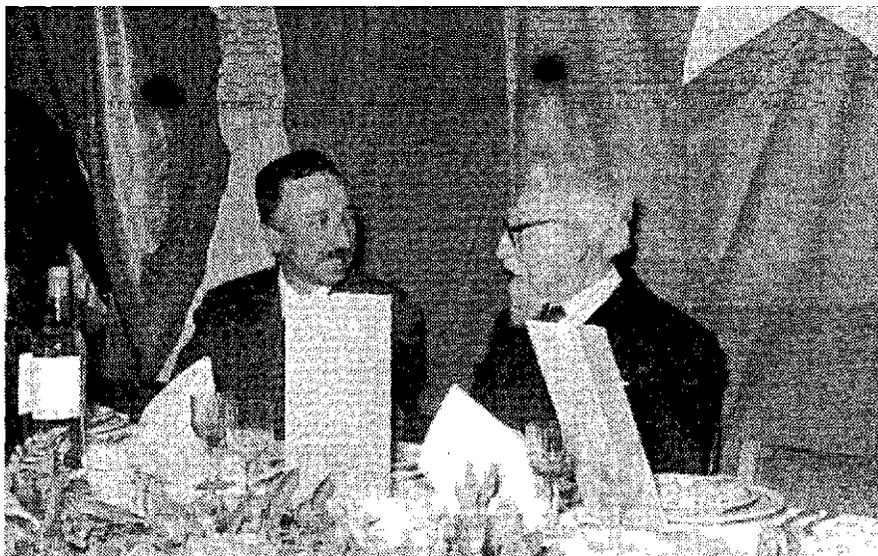
1942. Personal periodístico y administrativo de "EL SIGLO". Sentados: Luis Alvarez, Víctor González, Juan Carvajal, Américo Zorrilla, Ricardo Fonseca, Alfredo Burgos, Esther Camaño, Blanca Hermosilla, Salvador Barra Woll, Guillermo Klug; segunda fila, de pie: Luis Corvalán, Enrique Cornejo (Penike), Diego Muñoz, Pedro Pacheco, Mario Moraga, Thilda Marchesse, Andrés Hidalgo, Benjamín Jerez y tercera fila, personal gráfico excepto.



1956. Luis Emilio Pacul, Presidente del Círculo de Periodistas y Rafael Otero, Secretario, visitan a los periodistas que están relegados en Pisagua: Fernando Murillo, José Gómez López y Luis Corvalán.



1956. En Pisagua Luis Corvalán y Américo Zorrilla, a la hora de acostarse. De pie, sacándose la camisa, Manuel Gallardo.



Luis Corvalán con don Alejandro Lipchutz, comida en su honor al cumplir 80 años



Luis Corvalán en "El Tren de la Victoria" en la provincia de Malleco, 1964 fotografía de Domingo Sierra



Comida en "El Pollo Dorado", junio de 1964. Luis Corvalán, Hilda Villagrán, (esposa de Raúl Ampuero), Salvador Allende, Lily Castillo, (esposa de Luis Corvalán) y Raúl Ampuero.



1964. Corvalán con Neruda en su casa de calle Bremen.



Acto público en San Carlos, campaña de 1964



Campaña electoral de 1964, acto en el Parque Bustamante



Neruda, Volodia, Corvalán, su esposa Lily y su hija menor María Victoria, en la casa de Corvalán en Nuñoa.



1971. En Viña del Mar, con los poetas Sara Vial y Juan Guzmán Cruchaga



1972. En el Estadio Nacional, durante el aniversario del PC. Una joven comunista se acerca a Salvador Allende requiriéndole su contribución al financiamiento del acto. El Presidente de la República no tiene dinero y le pide ayuda a Carlos Altamirano y a Luis Corvalán. Atrás, entre Altamirano y Corvalán, aparecen Orlando Millas, Gonzalo Martner y Exequiel Ponce, a la derecha de Allende, Benjamín Teplisky y Volodia Teitelboim.



En el Estadio Nacional, 9 de septiembre de 1972, acto de conmemoración de los 50 años de las Juventudes Comunistas de Chile. De izquierda a derecha: Alejandro Ríos Valdivia, José Tohá, Salvador Allende, Luis Corvalán, Andrei Kirilenko, Carlos Altamirano, Volodia Teitelboim, Víctor Díaz. En segunda fila: Lily Castillo.



Durante el viaje del presidente Allende a URSS, 1972, en la tumba del soldado desconocido, en Kiev, Ucrania. En primera fila, Allende y Almeyda; luego sus edecanes, el comandante Araya, el comandante Sánchez y el ahora general (R) Badiola



Allende, Neruda y Corvalán, en el último cumpleaños del poeta, Isla Negra, julio 1973.



1976. Encuentro con Leonoid Brezhnev, el día que Corvalán llega como exiliado a Moscú a fines de diciembre.



1977. En Berlín, de izquierda a derecha: Manuel Cantero, Erich Honecker, Gladys Marín, Clodomiro Almeyda, Luis Corvalán y Lily Castillo



1977. En Londres, con Tencha Bussi y la diputada laborista Judith Hart.



1977. En Cuba con Fidel Castro.



1978. En Leningrado, en la cubierta del acorazado Aurora, con su esposa, sus hijas María Victoria y Lily Angelina, su yerno Rodrigo Insunza y su nieta Andrea.



Luis Corvalán con el equipo de "Escucha Chile" de Radio Moscú, en el centro Katia Olevs kaya



Celebración de los 60 años de Anselmo Sule. De pie: Orlando Cantuarias, Clodomiro Almeyda, Luis Corvalán, Edgardo Enríquez, Arturo Girón, Miguel Muñoz, Alfredo Joignan, Benjamín Teplisky, Julio Stuardo, Anselmo Sule; hincados Miguel Lawner, Héctor Olivares, Carlos Jorquera.



A don Juancho
de
Patricio

Apunte de Patricio Bunster
en el curso de una reunión en la sede del PC.



Caricatura de "El Mercurio".



1995. Luis Corvalán con sus hermanos Rubén, Isabel, Moisés Aurelio, Dalila y Moisés Amable y su sobrino René Aguilar



1970. Con su hijo Luis Alberto.



Luis Corvalán en su casa de San Bernardo con Julieta e Irina, sus nietas menores, la primera de ellas nacida en Moscú

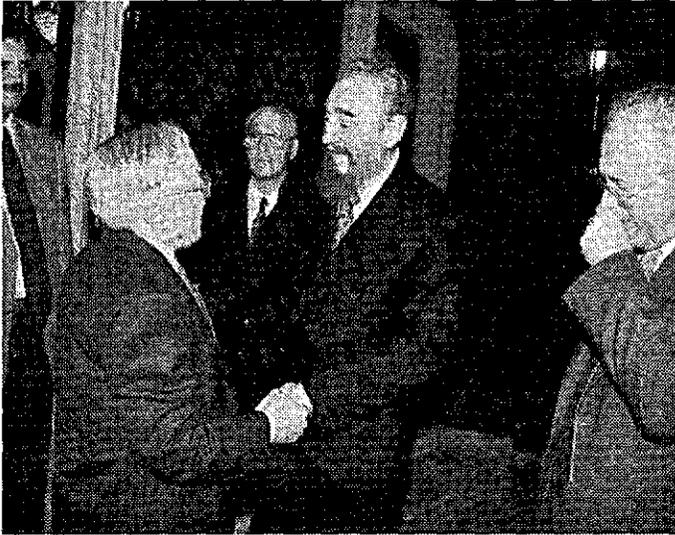




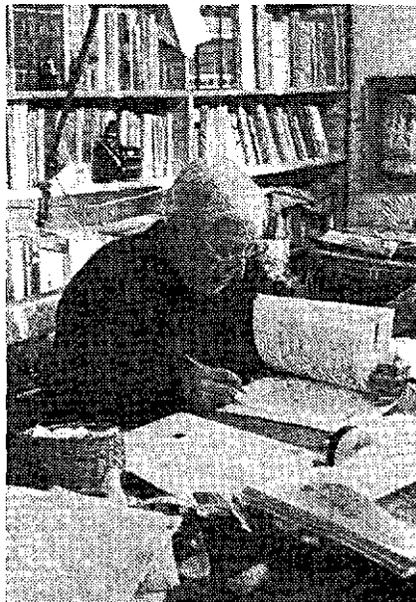
En los 80 años de Luis Corvalán. Lily y Germán Venegas, Gobernador Provincial del Maipo; atrás Claudio Quintanilla Campos hace entrega a Luis Corvalán del N° 584 de una locomotora, moldeado con la última "colada" de la Fundición de la Maestranza de San Bernardo.



Luis Corvalán celebrando sus 80 años en San Bernardo. Almuerzo en el restaurant "La hormiga loca" de Av. Portales. Andrés Aylwin saluda a uno de sus tantos amigos, el guitarrista Claudio Núñez.



1996. Luis Corvalán con Fidel Castro en la embajada de Cuba en Chile, a la derecha el Embajador Aramis Fuentes



1997. Luis Corvalán en su escritorio revisando éstas sus memorias, forografía de Hilda López Aguilar.

Índice onomástico

A

- Abeliuk, René: 282, 300
Abrams, Elliot: 293
Acevedo, Enrique: 301
Acevedo, Nano: 208
Acevedo, Olga: 89
Acevedo, Patricio: 301
Acevedo, Sebastián: 211
Acosta Castro, Patricio Ricardo: 302
Agnelli, Susana: 186
Aguirre Cerda, Pedro: 38, 39, 70, 94, 107, 122, 338
Aguirre Doolan, Humberto: 94
Aguirre, Lautaro: 260
Aguirre, Luis: 75
Aguirre Olmos, Juan de Dios: 353
Agurto: 16
Ahumada, Eliana: 216
Ahumada Trigo, Juan: 76
Alarcón, Francisco: 191
Alarcón, Rolando: 90
Albrech, Carlos: 229
Aldunate, José: 211, 308
Aldunate, Roberto: 42
Alegría, Fernando: 38
Alegría, Julio: 199
Alessandri: 30, 32, 38, 159, 185
Alessandri Palma, Arturo: 22, 68, 122, 163, 329
Alessandri, Jorge: 71, 74, 78, 86, 161
Alexandrov, V.: 236
Alfaro Siqueiros, Luis: 253
Allamand, Andrés: 281, 282
Allende, Beatriz: 245
Allende, Laura: 245, 246, 247

Allende, Salvador: 3, 4, 55, 56, 64, 70, 71, 80, 84, 86, 88, 100, 104, 112, 114, 117, 118, 119, 121, 122, 124, 125, 126, 127, 128, 130, 131, 133, 134, 136, 138, 139, 141, 143, 144, 145, 147, 149, 153, 155, 156, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 184, 185, 187, 188, 190, 203, 206, 207, 210, 211, 217, 237, 238, 248, 249, 258, 259, 271, 288, 295, 317, 326, 333, 337, 338, 357

Almeyda, Clodomiro: 115, 144, 188, 191, 222, 236, 263, 267, 270, 276, 286, 305, 312, 316, 317, 318, 328, 329, 336, 339, 356

Almeyda, Cristina: 239

Almeyda, Manuel: 336

Alsina, Juan: 210

Altamirano, Amanda: 88

Altamirano, Carlos: 115, 153, 165, 173, 175, 261, 335, 339, 341

Alvarado, Luis: 334, 335, 336

Alvarez, Arnedo: 58

Alvarez, Graciela: 205

Alvarez, Rubén: 173

Alvear, Obispo: 210

Ampuero, Raúl: 36, 38, 55, 114, 115, 186

Amstrong, Guillermo: 323

Anabalón Aedo, Manuel: 22

Andrade, Carlos: 96

Andropov: 228

Antúñez, Nemesio: 286

Arancibia Lazo, Héctor: 81

Aranda, Sergio: 80

Araneda, Ernesto: 195

Aranibar, Eliana: 88, 216

Aranís, Arturo: 39

Aravena, Elena: 20

Araya, Arturo: 144, 175

Araya, Bernardo: 77

Araya Cabrera, Edmundo: 240

Araya, Juan: 188

Arbenz, Jacobo: 81

Arellano: 174, 189

Arellano, Ezequiel: 23

Arellano, Vladimir: 192

Arias Navarro, Carlos: 246

Arismendi, Rodney: 163, 236

Arismendy, Rodney: 277
Ariztía, Obispo: 210
Arrate, Jorge: 70, 285, 336
Arrieta Díaz Hernán: 4
Arthur, Blanca: 294
Asela, Héctor: 353
Astica Fuentes, Manuel: 39
Astudillo, Oscar: 58, 69, 79, 256
Avetikian, Tamara: 357
Aylwin, Andrés: 205, 242, 244, 359
Aylwin, Patricio: 105, 155, 203, 206, 282, 283, 294, 308, 317, 321, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 332, 334, 336, 343, 344, 358
Azócar, Oscar: 216

B

Bachelet, Alberto: 190
Baeza: 174
Balbontín, Ignacio: 206
Balladares, Ligeia: 260
Ballesteros, Eugenio: 96
Balmaceda, José Manuel: 124, 329
Baltra, Alberto: 117, 118
Baltra, Mireya: 88, 312
Barnes, Harry: 315, 316
Barra, Pedro de la: 89
Barra Silva, Raúl: 41
Barra Villalobos, Albino: 75
Barraza, Pascual: 125, 162, 186
Barrenechea, Raúl: 54
Barrera, José Tristán: 31, 65
Barrera, Lino: 32, 65
Barría, Luis: 212, 288, 289
Barrios, Jaime: 80
Barros Pérez Cotapos, Jaime: 79
Barruco, Francesco: 299
Bascuñán Zurita, José: 30, 76
Basov: 148

Batista, Fulgencio: 78
Bazoa, René: 250
Becerra Barrera, Juan: 197
Becerra, Gustavo: 89
Behm: 195
Behrens, Berta: 252
Bello, Enrique: 39
Berger, Carlos: 189
Berlinguer, Enrico: 271, 272
Bermúdez, Alejandro: 38
Berríos Cataldo, Lincoyán: 240
Bianchi, Manuel: 194
Bianchi, Víctor: 55
Bitar, Sergio: 3, 188, 212, 286
Blest, Clotario: 74, 75
Bobadilla, Fernando: 207
Boeninger, Edgardo: 226, 287, 302, 303, 323, 324
Bond, James: 37
Bonilla: 174
Borges, Tomás: 354
Boronik, G.: 236
Bórquez, Chela: 287
Borquez, Israel: 242
Bosch, Juan: 106
Bossay Leiva, Luis: 96
Bossay, Luis: 71, 86
Bowers, Claude: 110
Brandt, Willy: 236
Bravo, Roberto: 308
Bravo, Sergio: 75
Bravo, Virginia: 81
Brezhnev: 146, 235, 236
Brezhnev, Leonid: 145
Briones, Carlos: 154, 155, 281, 282, 300
Browder, Earl: 46
Brum, Blanca Luz: 253
Brunner, José Joaquín: 302, 303
Bruno: 243
Buchi, Hernán: 229
Bukovski, Wladimir: 234, 235

Bulnes, Francisco: 282, 283
Burgos, Alfredo: 39, 41
Buschman, Sergio: 226, 228
Bussi, Tencha: 144, 186, 251
Bustos, Manuel: 207

C

Cabrera, Haroldo: 189
Cabrera Hinojosa, Esther Angélica: 302
Cáceres, Leonardo: 260
Cademártori, José: 93, 127, 143, 154, 173, 192, 195, 248, 258
Caffarena, Elena: 81
Calderón, Rolando: 144, 162, 267, 274, 312
Calvi, Guido: 196
Campusano, José Agustín: 76, 217
Campusano, Julieta: 61, 69, 73, 87, 88, 125, 155, 247, 312
Campusano, María: 70
Camus, Carlos: 211, 296
Camus, María Eugenia: 212, 308
Canales, Alfredo: 149
Canales, Luis: 15
Candelaria, María: 211
Cantero, Manuel: 81, 96, 216, 248, 255, 332, 336, 349, 351
Cantero, Víctor: 215, 216, 248
Cantillana, Igor: 194
Canto Fuenzalida, Jorge: 198
Canto, Hernán del: 171
Cantuarias, Orlando: 289
Cárdenas, General: 254
Cárdenas, Andrés: 314
Cárdenas, Juan Pablo: 212
Cares, Benjamín: 54
Carmine, Víctor: 181
Carmona, Lautaro: 312, 342
Carrasco, José: 212, 301
Carrasco, Waldemar: 206
Carreño, Coronel: 230

Carreño, Alfonso: 215
Carreño, Cristina: 215
Carrera, María Elena: 116
Carrillo, Isidoro: 298
Carrillo, Vasili: 298
Carvajal, Armando: 89
Carvajal, Teresa: 207
Casanova, Mirta: 15
Cash, Jorge: 287
Cassasus, Carlos: 48
Castillo Velasco, Fernando: 286, 308
Castillo Velasco, Jaime: 287, 294
Castro, Amaro: 34
Castro, Fidel: 78, 79, 81, 82, 83, 85, 101, 123, 124, 222, 240, 354, 355
Castro, Oscar: 194
Cavallo, Ascanio: 302
Ceauescu, Nicolás: 215
Ceballos, Florencio: 206
Cepeda, Horacio: 215, 312
Cepeda Marinkovic, Horacio: 240
Cequine, Luis: 260
Chacón Corona, Juan: 59, 69, 76, 77
Chamberlain: 41
Charlín, Carlos: 289
Chejov, Anton: 182
Chonchol, Jacques: 117
Cid, Griffé: 215
Cid, Manuel: 16, 17
Cisneros, Anita: 116
Claudia: 226, 228
Clavel, Arancibia: 193
Codovilla Victorio: 5
Coloane, Francisco: 76, 89, 91, 182, 205, 265
Colombo, Cardenal Giovanni: 238, 252
Condeza, Edgardo: 312
Contreras, Felidor: 301
Contreras Labarca, Carlos: 35, 37, 106, 216
Contreras Maluje, Carlos: 250
Contreras, Manuel: 322, 323
Contreras, Marcelo: 212

Contreras, Miria: 173
Contreras, Sergio: 211
Contreras Tapia, Víctor: 265
Corbalán, Salomón: 98, 114, 116
Córdova: 24
Córdova, Diputado: 342
Cornejo Oyarzún, Manuel: 241
Correa, Enrique: 215, 286, 312
Correa, Germán: 169, 267, 284, 311
Correa, Pedro: 282
Correa, Raquel: 316, 327, 328
Corro, Juan: 32, 65, 66
Cortázar, Julio: 182, 239
Cortés, Carlos: 125
Corvalán, Luis: 146, 174, 186, 188, 208, 220, 222, 230, 286, 328, 331, 349, 358
Corvalán, María Victoria: 59, 221, 235
Corvalán Urzúa, Moisés: 7
Corvalán, Viviana Cristina: 35, 59, 192, 199, 221, 235, 251
Cossio, Juan: 65
Costa, Silvia: 88
Coulón, Jorge: 266
Cristi, María Angélica: 229
Cruz Díaz, Lizandro Tucapel: 240
Cruzat, Aníbal: 42
Cuevas, Arturo: 323
Cuevas, Héctor: 216
Curti, Enrique: 94
Cuthbert Chianleoni, Sofía: 223

D

Daladier: 41
Dalila: 7, 24, 47, 48
Davies, Nathaniel: 159, 160, 161
Dávila, Carlos: 22, 132
Délano, Luis Enrique: 89, 334
Délano Roosevelt, Franklin: 23
Delgadillo, Esteban: 69

Delpiano, Adriana: 334
Díaz, Elena: 84
Díaz, Gladys: 197
Díaz, Hugo: 77
Díaz Oyarzún, Hugo: 141, 265
Díaz, Ramón: 65
Díaz, Raúl: 311
Díaz, Víctor: 69, 153, 158, 197, 198, 206, 214, 215, 240, 244, 256, 298, 349
Diego: 200
Diez, Fernando: 322
Dimitrov, George: 221, 234
Dinges, John: 212
Dittborn, Carlos: 206
Donaire, Uldarico: 157, 197
Donato, Jaime: 197
Donoso, Jorge: 287
Donoso, Rodolfo: 55
Dora: 189
Droguett, Carlos: 47
Duce: 299
Duhalde, Alfredo: 48, 338
Durán, Domingo: 23
Durán González, Carlos Patricio: 240
Durán, Horacio: 266
Durán, Julio: 104, 114

E

Echeverría, María Cristina: 263
Edelstam, Harold: 262
Edwards, Agustín: 159
Eissendrath, Charles: 181
Elizabeth: 259
Elorza, Tomás Pablo: 75
Engel, Federico: 339
Enríquez, Edgardo: 188, 263
Enríquez, Miguel: 311
Ermolaev, Vasili: 58, 59

Escalante, Aníbal: 80
Escalona, Camilo: 169, 312, 336
Escobar, Elisa: 197
Escobar Mondaca, Elizabeth: 302
Espinoza: 191, 323
Espinoza, Pedro: 322
Estay, Francisco: 84, 107
Estay, Miguel: 250
Estefanía, José: 41
Estévez, Jaime: 236

F

Fabius: 311
Faivovich, Jaime: 49
Falcoff, Mark: 293
Farías, Mario: 212
Farías, Nicasio: 215, 312, 349
Faulkner, Stanley: 196
Faure: 51
Fazio, Hugo: 216, 312, 331, 351
Fernández, Isla Juan: 253
Fernández, Luis: 245
Fernández, Sergio: 242, 246
Fernández, Tito: 90
Fernando: 228
Ferrer, Carlos: 80
Fierro, Fermín: 95
Fierro, Martín: 74
Figuerola, Luis: 146
Figuerola, Aída: 205
Figuerola, Carlos: 160, 334
Figuerola, Jaime: 133
Figuerola, Luis: 144, 145, 162, 288
Filistoque: 202
Flores, Epifanio: 84
Flores, Fernando: 162, 192, 195, 196, 261
Fonseca: 61

Fonseca, Leonardo: 80, 141
Fonseca, Ricardo: 30, 33, 37, 38, 42, 46, 47, 50, 54, 55, 85, 99, 342
Foxley, Alejandro: 287
Fray Luis de León: 56
Freeman, Pedro: 34
Frei Montalva, Eduardo: 32, 40, 71, 85, 86, 87, 104, 122, 143, 159, 160, 170, 184, 203, 210, 258, 275, 288, 328
Frei Ruiz Tagle, Eduardo: 105, 267, 294, 321, 322, 325, 327, 334, 344
Frenz, Helmuth: 210
Fresno, Juan Francisco: 281, 282, 283
Fuentealba Lagos, Luis: 36
Fuentealba Moena, Renán: 238
Fuentealba, Renán: 15, 133, 206, 285, 308
Fuentes, Isaías: 26
Fuentes, Paula: 228
Fuentes Vicuña Carlos: 4

G

Galdámez, Luis: 41
Galecio Gómez, Rubén: 241
Galetovic, Mario: 264
Galiano, José: 308
Gallardo, Manuel: 59
Galleguillos, Víctor: 93
Garcés, Joan: 109, 154, 157, 164, 174
Garcés, Marcel: 212, 260
García, Gabriel: 199
García Lorca, Federico: 35, 182, 205
García Márquez, Gabriel: 239
García, Ricardo: 90, 301
García, Waldo: 308
Garretón, Oscar Guillermo: 165, 170, 328
Gazmuri, Jaime: 170, 312, 328
Geel, María Carolina: 4, 200
Gelbard, Robert: 292, 294, 300, 302
Ghandi: 315
Ghillardi, Oscar: 18

Gilbert, Isidoro: 234
Giménez, Joaquín: 196
Godoy, Luis: 96, 311
Godoy Urrutia, César: 159, 248
Gogol, Nicolás: 182
Goldberg, Rube: 159
Gómez, Fernando: 348
Gómez López, José: 59
Gómez López, Mario: 252
Gómez Millas, Juan: 205
González, Obispo: 210
González, Carlos: 191
González, Felipe: 239
González, Galo: 46, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 74, 108, 197, 211, 215
González, José: 61, 69, 256
González, Juan Luis: 290
González, Mónica: 193, 212
González Tuñón, Raúl: 36
González Vera, José Santos: 76
González, Víctor: 68
González Videla, Gabriel: 26, 47, 50, 55, 65, 68, 69, 71, 75, 99, 114, 122, 189, 197, 227, 254
González Von Marées: 24, 38
Göran Frank, Hans: 238
Gorbachov, Mijail: 228, 354, 356
Gorki, Máximo: 182
Gramsci, Antonio: 272
Grimau, Julián: 90
Grishin, Víctor: 236
Gromiko, Andrei: 145, 236
Grondona, Payo: 90
Grove, Marmaduke: 22
Guastavino, Aldo: 241
Guastavino, Luis: 96, 266, 312, 344
Guendelman, Luis: 193
Guerra Olivares, Julio: 302
Guerrero: 32
Guerrero, Amelia: 87
Guerrero Ceballos, Manuel: 87
Guerrero, Manuel: 228, 250, 326

Guevara, Che: 79, 80, 82, 85, 123
Guijón, Patricio: 125
Gumucio, Rafael Agustín: 212, 327
Gumucio, Rafael Luis: 308
Gutiérrez, Delfina: 29
Gutiérrez, Joaquín: 41
Gutiérrez, Juan: 336
Gutiérrez Ojeda, Gabriel: 38
Guzmán, Nicomedes: 182
Guzmán, Patricio: 130

H

Hales, Alejandro: 308, 318
Hamilton, Juan: 133
Hamsun, Knut: 182
Harrington, Edwin: 212
Hart, Armando: 82
Hauser, Blanca: 89, 97
Helms: 159
Henríquez Araya, Juan Valdemar: 302
Henríquez, Edgardo: 244
Henríquez Gallego, Wilson Daniel: 302
Henríquez, Miguel: 312
Hernández, Juvenal: 49
Hernández Parker, Luis: 33, 303
Hevia, Renato: 308
Hidalgo, Andrés: 41, 51
Hidalgo, Manuel: 342
Hitler: 22, 41, 71, 183, 298
Ho Chi Minh: 123
Honecker, Erich: 238, 354, 356
Honecker, Margot: 357, 358
Honecker, Sonia: 358
Hormazábal, Oscar: 38
Hourton, Jorge: 211
Huepe, Claudio: 206, 212, 287
Huerta, Ismael: 144
Huerta, Vicente: 161

Huidobro: 332
Hyland, William: 234

I

Ibáñez del Campo, Carlos: 17, 20, 22, 38, 52, 55, 56, 59, 61, 68, 70, 71, 72, 73, 115, 122, 184, 253, 323, 329, 338, 342, 343
Ibáñez, Bernardo: 338
Ibáñez, Pedro: 96
Ibarruri, Dolores: 69
Iglesias, Enrique: 240
Ilich Brezhnev, Leonid: 163
Inostroza, Alfonso: 145
Insunza, Jaime: 312, 336
Insunza, Jorge: 143, 212, 215, 216, 226, 247, 267
Insunza, Sergio: 76
Irma: 316
Isabel: 7, 258
Isela, Obispo: 239
Iván: 221

J

Jaque, Duberindo: 75
Jara, Víctor: 90, 192, 237
Jaramillo, Armando: 300
Jarpa, Onofre: 149
Jiles, Jorge: 72, 81
Jiles, Juan: 80
Jiles, Pamela: 81, 212
Jiménez, Justino: 194
Joignant, Alfredo: 195
Jorquera, Carlos: 248
José Toribio Merino: 324
Jrushov, Nikita: 60
Juanita: 314
Julio: 223

K

Karmén, Román: 202
Kazón, Manuel: 102
Kearns, Henry: 139
Kelli, Guillermo Patricio: 253
Kennedy, Edward: 239
Kennedy, John: 78
Kerenski, Alejandro: 160
Kirilenko, Andrei: 145, 235, 236, 274
Kissinger, Henry: 159, 178
Kohl, Helmut: 356
Korry, Edward: 160
Kosak, Roberto: 233
Kosiguin: 145
Krauss, Enrique: 332, 334, 344
Kruschev, Nikita: 91
Kudashkin, Mijail: 235

L

Labarca, Eduardo: 260
Laborde, Hernán: 254
Lafertte, Elías: 19, 69, 74, 89, 90, 99, 267, 268
Lafertte Gaviño, Elías: 67
Lagos, Ricardo: 286
Lapicirella, Antonio: 236
Lapin, Sergei: 260
Lara, Roberto: 69
Largo Farías, René: 90, 260, 311
Lataste, Albán: 80
Latcham, Ricardo: 29
Latchman (hijo), Ricardo: 30
Lavandero, Jorge: 212, 213
Lawner, Miguel: 188, 196, 262, 348
Lazo, Alejandro: 225
Lazo, Carlos: 225
Lazo, Jaime: 264

Lazo, Luis: 241
Lazo Santander, Luis Segundo: 240
Le Dantec, Enrique: 196
Lecaros, Ricardo: 207
Lefebre, Henry: 355
Leigh, Gustavo: 181
Leighton, Bernardo: 206, 251
Lenin, Vladimir Ilich: 60, 176, 339, 346
Léniz, Fernando: 281, 282
León Ugalde, Pedro: 30
Lépez Roa, Adelaida: 8
Lépez, Ramón: 8
Letelier del Solar, Orlando: 198
Letelier, Fabiola: 308
Letelier, Orlando: 139, 154, 322, 325
Liendo, Olaf: 289
Lila: 23
Lily: 47, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 81, 158, 185, 192, 199, 220, 221, 224, 228, 233, 316, 334
Lily Angelina: 50, 52
Lipschutz, Alejandro: 89, 105, 205
Líster, Enrique: 111
Littin, Miguel: 130
Liverani, Augusto: 299
Lizama, Pedro: 362
Lobos, Pedro: 89
London, Jack: 182
Lorca, Carlos: 244, 349
Losovski, Arnold: 24
Loyola, Eduardo: 311
Loyola, Margot: 68, 89, 97
Lozza, Arturo: 231
Luengo, Luis Fernando: 289
Luigi, María Angélica de: 300, 301
Luis Alberto: 48, 52, 96, 142, 185, 199, 200, 201, 202, 237, 238

M

- Mac Conell, David: 217
Maidana: 219
Maidana, Antonio: 219
Maira, Luis: 282, 286, 300, 307
Maldavsky, José: 212
Malmierca, Isidoro: 82
Maluenda, María: 79, 89, 228
Mandujano, Manuel: 336
Mans, Patricio: 90
Manuel: 225, 228, 350
Manuel Antonio: 7
Manuel, José: 228
Marcelo: 243
Marchais, George: 233, 274
Marchant, María: 89
María Victoria:
Marieta: 194
Marín, Gladys: 64, 88, 108, 154, 162, 216, 225, 235, 246, 256, 267, 328, 331, 332, 349, 350, 357
Marín, Oscar: 171
Marmaduke Grove: 34
Maroto, Rafael: 211
Martí, José: 355
Martínez, Alberto: 80
Martínez Arenas, Joaquín: 34, 56
Martner, Gonzalo: 145, 146, 147
Martner, María: 334
Martones, Humberto: 205
Marx: 279, 339
Matte, Arturo: 56
Matte, Claudio: 32
Matte, María Eugenia: 263
Mattei, Evelyn: 322
Mattei, Fernando: 324, 335
Maturana, Ventura: 68
Matus, Carlos: 164
Matus Fontena, Enrique: 26

Max Neef, Manfred: 286, 291, 361
Medel, Santos Leoncio: 27, 69, 77, 95
Medellín, Diego de: 212
Medina, Jenaro: 56
Mellado Raúl: 4
Melo, Galvarino: 75, 262
Méndez Arceo, Sergio: 238
Mendoza, César: 181, 261
Menzzasome, Fernando: 299
Mercuri, Melina: 186
Merino, José Toribio: 181
Mery, Hernán: 31, 181, 207
Mery, Juan Luis: 30
Meza Fuentes, Roberto: 205
Micoyán, Anastasio: 258
Millas: 235, 256, 317
Millas, Hernán: 187
Millas, Orlando: 56, 60, 72, 83, 108, 126, 127, 153, 155, 162, 174, 267, 286, 351
Miller, Arthur: 360
Miranda, David: 189
Miranda, Hugo: 118, 154
Miranda Larrahona, Luis: 53
Mistral, Gabriela: 253, 332, 344
Mitchell, John: 159
Miterrand, Francois: 311
Miterrand, Danielle: 186
Modak, Frida: 153
Moffit, Ronnie: 326
Moisés: 7, 18, 20, 230
Molina, Jorge: 285
Molina Reich, Julio: 36
Molina, Sergio: 281, 282, 286
Molinari, Atilio: 39, 47, 48
Monardes, Justo: 65
Monckeberg, María Olivia: 212
Montealegre, Hernán: 210, 325
Montero, Almirante: 173
Montero, Juan Esteban: 22
Montero Marx, Enrique: 241
Montero Schmidt, Carlos: 56

Montes, Jorge: 59, 75, 93, 94, 95, 195, 196, 215, 235, 248, 250, 256
Moore, Manuel: 323
Moraga, Berta: 197
Moraga, Mario: 41
Morales, Carlos: 207
Morales, Pancha: 308
Moreno, Adolfo: 81
Moreno Carrera, Gabriela: 229
Moreno, María Inés: 81
Moretic, Yerko: 90
Motley, Langhorne: 282
Moulian, Tomás: 286, 313
Moya, Luis Humberto: 216
Mujica, Alfonso: 362
Muñoz, Diego: 205
Muñoz, Heraldo: 294
Muñoz, Jorge: 197
Muñoz, Miguel: 264
Muñoz Monje, Luis: 52
Muñoz, Osvaldo: 308
Murillo, Fernando: 59
Muskablit, Abraham: 301
Mussa, Moisés: 20
Mussolini: 299

N

Naranjo, Oscar: 104
Nattino, Santiago: 87, 228, 250, 326
Navarro, Arturo: 212
Navarro, Mario: 216, 312
Neira, Francisco Javier: 49
Nelly: 264
Neruda, Pablo: 4, 5, 36, 55, 73, 87, 88, 89, 91, 109, 116, 117, 125, 205, 207, 237, 238, 332, 334, 345
Nicholson, William: 186
Nicolás Rafael: 7, 24
Nieto, Luis: 39

Nishanov, Rafik: 353
Nixon, Richard: 139, 140, 159
Noguera, Héctor: 308
Novotni, Antonín: 110
Núñez, Héctor: 247
Núñez, Osiel: 311
Núñez, Ricardo: 281, 301, 303, 336
Nuño: 174

O

Oakley, Phyllis: 312
O'Higgins, Bernardo: 41, 223, 330
Ojeda, Lautaro: 38
Olavarría, Arturo: 42
Olevskaya, Katia: 260, 262
Olga: 223
Olivares, Augusto: 154
Olivares, Héctor: 334
Onofre Jarpa, Sergio: 225
Oreste: 16
Ortega, Leopoldo: 312
Ortega, Sergio: 237, 247
Ortíz, Estela: 250
Ortíz Letelier, Fernando: 214, 215, 240, 250, 349
Ortíz Rubio: 252, 253
Ortúzar, Gerardo: 45
Ossa, Sergio: 160
Ostornol, Fernando: 76, 185, 197
Otano, Rafael: 212
Oyarce, José: 81, 125, 130
Oyarzún, Ciro: 80, 186

P

Pacheco, Conrado: 196
Pacheco, Máximo: 205, 258
Pacheco, Pedro: 18, 19
Pacheco Sty, Rafael: 42
Pacull, Juan Emilio: 51
Pairoa, Amador: 34, 253
Palacios, Galvarino: 72
Palacios, Javier: 174
Palestro, Tito: 196
Palma, Andrés: 285
Palma, Aníbal: 195, 286
Palma, Ignacio: 206
Palma, Waldo: 68
Palmita: 19
Pantoja Morales, Victorino: 241
Papandreu, Andrei: 186
Parada: 87, 250, 326
Parada, José Manuel: 228
Parada, Jovino: 94
Parada, Roberto: 89, 228, 265
Pareto, Luis: 289
París, Enrique: 192
Parra, Angel: 90
Parra, Bosco: 170
Parra, Isabel: 90
Parra, Ortelio: 32
Parra, Violeta: 90
Pascal Allende, Andrés: 276
Pascal Allende, Gastón: 312
Pauling, Linus: 239
Paulsen, Fernando: 212
Pavéz, Héctor: 90
Pavez, Hugo: 197
Pedraza, Elena: 30
Pelse, Víctor: 236
Peña, Cecilia: 301
Penna, Mariano: 206

Peralta, Eduardo: 308
Pereira Plaza, Reinalda del Carmen: 240, 241
Perelman, Carlos: 197
Perelman, Pablo: 197
Pérez Zujovic, Edmundo: 170
Perón: 57
Petacci, Clara: 299
Petacci, Marcelo: 299
Peters, Guido: 209
Pezoa, Asdrúbal: 34
Pickering: 161
Picó Cañas: 114
Piga, Domingo: 49, 227
Piñera, Obispo: 244
Piñera, Sebastián: 322
Pino, José: 247
Pinochet: 3, 155, 156, 181, 182, 183, 190, 193, 198, 203, 206, 210, 213, 214, 215, 221, 224, 226, 234, 261, 281, 283, 284, 285, 288, 289, 293, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 303, 311, 312, 314, 315, 316, 317, 321, 323, 325, 327, 328, 329, 330, 333, 338, 358, 360
Pinochet Hiriart, Augusto: 322
Pinochet Le-Brun, José: 20
Pinochet, Tancredo: 53
Pinto Arroyo, Edrás: 240, 241
Pinto Santa Cruz, Aníbal: 41
Pizarro Allende, Fernando: 240
Pizarro, Eugenio: 211, 308, 360
Pizarro, Gabriela: 90
Pizarro Molina, Waldo: 240
Poblete, Sergio: 262
Podgorni: 145
Pollarolo, Fanny: 348
Ponce, Exequiel: 240, 244, 349
Ponomariov, Boris: 235, 236
Portilla, Armando: 240
Prado, Alberto: 188
Prado, Benjamín: 96
Prats González, Carlos: 127, 144, 147, 148, 149, 153, 156, 157, 160, 161, 162, 163, 170, 173, 175, 192, 193, 223
Prestes, Luis Carlos: 236

Pretch: 282
Prudencio: 8
Puccio, Osvaldo: 286
Puga, Mariano: 211, 308

Q

Quevedo, Ex diputado: 342
Quevedo, Franklin: 53
Quijada Cerda, Aníbal: 188, 191
Quilodrán, Fernando: 212
Quintana, Antonio: 56
Quintana, Carmen Gloria: 292, 326
Quintana, Iván: 266
Quiroga, Daniel: 39
Quiroga, Littré: 192
Quiroga, Luis Ortíz: 196
Quiroz Nilo, Patricia Angélica: 302

R

Rada Jiménez, Julio: 241
Ramírez, Luis Felipe: 186
Ramírez, María Julieta: 194
Ramírez Necochea, Hernán: 67
Ramírez, Pedro Felipe: 195, 289
Ramírez, Ricardo: 214
Ramos, Mario: 260
Raúl: 223
Ravest, Guillermo: 212, 260
Ravines, Eudocio: 40, 41
Reagan: 295, 312, 315, 324
Rebolledo, Víctor Manuel: 334
Recabarren, Luis Emilio: 5, 40, 60, 61, 66, 67, 69, 73, 89, 123, 208, 244, 333, 342
Reinoso, Luis: 54, 99, 342
Reitze, Cristian: 361
Rengifo, Blanca: 308

Rettig, Raúl: 39
Reyes, Pedro ex diputado: 342
Reyes, Juan Carlos: 287
Reyes, Laurita: 205
Reyes, Tomás: 289
Reyes Vicuña, Tomás: 287
Richards, Andrés: 328
Riesco, Walter: 362
Ríos, Juan: 266
Ríos, Juan Antonio: 44, 70, 122, 338
Riquelme, Oscar: 216
Riquelme, Samuel: 135, 200
Rivera, Diego: 254
Rivera, Felipe: 301
Rivera, Galvarino: 50
Rivera Silva, Ricardo Hernán: 302
Roberto: 358
Robles, Carlos: 37
Robles, Hugo: 248
Roca, Blas: 79, 80
Rocka, Pablo de: 102, 103
Rodríguez, Aniceto: 105, 115, 116, 118
Rodríguez, Armando: 25
Rodríguez, Carlos Rafael: 82, 246
Rodríguez, Ervaldo: 162
Rodríguez, Hernán: 260
Rodríguez, Mardoqueo: 103
Rodríguez, Osvaldo Gitano: 90
Rodríguez, Pablo: 137
Rojas, Benita: 314
Rojas Denegri, Rodrigo: 292, 326
Rojas, Mario: 38
Rojas, Rodrigo: 200, 247, 353
Rojas, Vilma: 88
Romano, Ruggero: 299
Romero: 17
Romero, Alberto: 182
Romo: 184
Romo Sepúlveda, Sergio: 241
Roosevelt, Eleanor: 38

Rosales, Carlos: 49
Ross, Gustavo: 30, 38
Rubilar, Arnulfo: 16
Ruíz Di Giorgio, José: 287
Ruiz, Julio: 311
Ruiz Moscatelli: 336
Ruiz, Nicolás: 16
Ruíz, Raúl: 130

S

Saavedra, Douglas: 51
Saavedra González, Gregorio: 189
Sabella, Andrés: 66
Sáenz, Carmen: 281
Sáez, Mario: 51
Saint Marie, Darío: 72
Saint Marie, Osvaldo: 72
Saintard, Elizabeth: 158, 185
Salazar, Julio: 25
Salinas, Horacio: 266
Salvador: 249
Salvo, Camilo: 186
Sánchez, Raúl: 248
Sánchez, Ricardo: 31
Sánchez, Roberto: 144
Sánchez, Tata: 202
Sandino, César Augusto: 252
Sanfuentes, José: 316, 332
Sanfuentes, Juan Luis: 323
Sanhueza, Fernando: 206
Sanhueza, Hernán: 49, 185, 334
Sanhueza, Manuel: 291, 300
Santa Cruz, Hernán: 144
Santis, César Antonio: 229
Santiván, Fernando: 182
Sasso, Lautaro: 196
Schaffhauser, general: 162

Schatán, Jacobo: 141
Schaulsohn, Jorge: 359
Schlaudeman, Harry: 234
Schmielev, Alejandro: 219
Schnake, Erick: 195, 312
Schnake, Oscar: 42, 338
Schneider, René: 161, 162, 172, 323
Schowen, Bautista von: 244
Schweitzer, Alberto: 105
Scwankee, Arturo: 225
Sebastián: 352
Secall, José: 236
Seguel, Humberto: 23
Seguel, Rodolfo: 287
Seijo, Eduardo: 52
Sepúlveda, Adonis: 115, 175, 236
Sepúlveda, Andrés: 196
Sepúlveda, Claudio: 144
Sepúlveda, Juan Manuel: 207
Sepúlveda Leal, Ramón: 342
Sepúlveda, Renato: 17
Sepúlveda Squella, Mario: 161, 162
Serapioniansk, Babkén: 262
Shultz, George: 294, 295, 315, 324
Sierra, Sola: 326
Silberman, David: 134, 192
Silva: 195
Silva, Aniceto: 11
Silva Cima, Enrique: 281, 282, 300, 301
Silva Henríquez, Raúl: 210, 211, 311
Silva, Mario: 189
Silva Soto, Ricardo Cristian: 302
Silva Ulloa, Ramón: 336
Söderman, Jacobo: 238
Sofía: 192
Somoza: 298
Soto, Hernán: 288
Soto, Silvia: 265
Soza, Jorge: 212
Stalin: 41, 59, 60, 247

Stroessner: 219
Stuardo, Julio: 186
Suárez, Aníbal: 80
Sule, Anselmo: 186, 276

T

Tapia, Jorge: 263
Tarud, Rafael: 117, 118, 170
Teitelboim, Volodia: 38, 41, 46, 59, 64, 70, 162, 214, 223, 226, 230, 233, 235, 246, 248, 256, 331, 332, 335, 345, 348, 356
Tejeda, Juan: 41
Tello, Antonio: 87, 271
Texier, Jorge: 255
Tirado: 161
Togliatti, Palmiro: 272
Tohá, José: 126, 162, 190
Tohá, Moy de: 286
Toledano, Lombardo: 254
Tolstikov: 234
Tomic, Radomiro: 40, 114, 160, 168, 205, 308
Toro, Carlos: 157
Toro, Horacio: 330
Torres de la Cruz: 174
Trabuco, Eduardo: 212
Troncoso, Alfredo: 266
Troncoso, Micaela: 87
Troncoso, Raúl: 287, 289
Troncoso, Sergio: 87
Trucco, Manuel: 234

U

Ugarte, Berta: 326
Ugarte, Heraclio: 96
Ugarte, Marta: 135, 198
Ulánova, Galina: 58

Ulloa, Osvaldo: 25
Upton Sinclair: 35
Urbina, Adriana: 192
Urbina, Orlando: 155
Urrutia, Luis: 102
Urrutia, Matilde: 102, 205, 335
Urrutia Quintana, Jorge: 174
Urtubia, Olga: 55
Urzúa, Carol: 225

V

Valdés, Gabriel: 70, 282, 287, 294, 301, 302, 311
Valech, Obispo: 282
Valencia Calderón, Manuel: 302
Valencia, Eduardo: 207
Valenzuela, Camilo: 161
Valenzuela Levo, José Joaquín: 302
Valenzuela, Luis: 39
Valenzuela Montenegro, Carlos: 39
Valenzuela Pohorecky, Recaredo Ignacio: 302
Valle, Jaime del: 324
Valle, Juvencio: 89, 205, 265
Valle, Luciano: 311, 336
Vallejos, Eugenio: 49, 50
Varas, José Miguel: 260, 354
Vargas Puebla, Juan: 52, 247
Vega, Eduardo: 243
Vega Illanca, Honorio: 243
Velasco, Belisario: 206, 287
Véliz Ramírez, Héctor: 240
Venegas, Arturo: 38
Venturelli, José: 89
Vera, Juan: 73
Verdugo, Patricia: 189, 212, 308
Verdugo Ramírez, Arnoldo: 254
Vergara, Daniel: 127, 195, 196
Vexler, Erika: 124

Viaux Marambio, Roberto: 106, 161, 288, 323, 328
Vicencio, Ismael: 32, 65
V́ctor, (Germán Correa): 267, 268
Victoria, María: 192
Vicuña Fuentes, Carlos: 30
Vidarrauzaga, Fernando: 301
Videla, González: 215
Viera Gallo, José Antonio: 70, 244, 343
Villalobos, Sergio: 76
Vodanovic: 341
Vodanovic Schnake, Hernán: 300, 340
Vodanovich, Sergio: 48
Volosky, Sergio: 76
Vorontsov, Yuri: 234
Vuscovic, Ruth: 185, 199, 200
Vuscovic, Sergio: 188, 196

W

Wais, Óscar: 59
Walters, Vernon: 297
Weibel, José: 244
Weiner, Tibor: 227
Weinstein, Nicolás: 37
Winston, Henry: 236
Wolpin, Miles: 100

Y

Yeltsin, Boris: 220, 354, 356

Z

- Zabala, José: 281, 282
Zalaquett: 210
Zaldívar, Andrés: 160, 286, 287, 289, 302
Zamora, Justo: 348
Zamorano, Antonio: 71, 86
Zamorano, Manuel: 72
Zamorano, Mario: 197
Zapata, José: 185
Zepeda, Horacio: 241
Zepeda, Hugo: 282
Zhivkov, Todor: 354, 356
Zhukov: 44
Zorrilla, Américo: 55, 58, 59, 107, 125, 127, 134, 221, 235, 256, 331
Zuljevic, Leopoldo: 134, 263
Zúñiga, Carlos: 336
Zúñiga Latorre, Arturo: 72
Zúñiga, Raquel: 35

Indice

A manera de Prólogo	3
1. Algo de mi vida	7
Infancia tomecina	7
Tiempos y contratiempos	24
Años de lucha y de victoria	35
De la vida clandestina a la luz pública	47
2. Camino de victoria	63
En la ruta de Recabarren	63
Los que hicieron partido	65
Cambios políticos	70
A todo viento y sol	73
El despertar campesino	76
La revolución cubana	77
La juventud	84
Las mujeres	86
Los escritores y artistas	88
Elecciones parlamentarias	92
En el Senado	97
Nuestro Camino	99
La Comisión de Cuadros	102
Nuestra táctica	104
El dinero del partido	106
Checoslovaquia	110
Rumbo al poder	112
Las relaciones PS-PC en los años 60	114
Humor blanco	116
3. El gobierno del pueblo	121
Un presidente leal y grande	121
Un gobierno popular y pluralista	125
Prioridad uno: la gente del pueblo	128
Los cambios en la prioridad	131
Normas de probidad	133
Todos en la misma tarea	134
En plena faena	136

Crisis en la unidad popular	137
La conjura desatada	139
Se enfrentan las dificultades	141
Allende en Moscú	144
Siempre la disputa por el poder	148
4. El golpe	153
La última entrevista	153
El día 11	156
El contubernio	159
Lo que falló de parte nuestra	163
Errores de izquierda y de derecha	165
La falla principal	168
Inconclusa y parcial, pero revolución al fin y al cabo	176
5. Bajo el terror fascista	181
La democracia hecha añicos	181
Los tormentos	183
En la Escuela Militar	184
En el infierno helado	188
En Ritoque	192
En Tres Alamos	196
Luis Alberto	199
Promesas y realidades	202
Protestas y luchas	204
A Dios lo que es de Dios	210
La prensa independiente	211
Los planchazos y apagones	213
Retornos clandestinos	214
Mi turno, máscaras y leyendas	218
El cruce	222
Las casas	225
A Moscú los boletos	227
6. Durante el exilio	233
El canje	233
La entrevista Brezhnev	235
La Solidaridad Internacional	237
Detenidos desaparecidos	239
Carta a un desaparecido	243
Casi peor que la muerte	244

El derecho a morir en la patria	245
El pleno de agosto de 1977	247
Por el mundo	251
Cambios en el Comité Central	255
¡Aquí... radio Moscú!	259
Cartas	262
Reunión en Moscú PS-PC	267
El eurocomunismo	270
El derecho a la rebelión contra la tiranía	274
7. Los años decisivos	281
En busca del acuerdo con Pinochet	281
El pueblo en movimiento	284
Relaciones contra la DC	286
La Asamblea de la Civilidad	290
La visita del inspector	292
El atentado	295
La conciliación	299
La posición del PC	303
Voces que claman unidad	306
Los que empuñaron las armas	308
Nuevos ingresos, públicos y clandestinos	310
El plebiscito	311
La inscripción electoral	312
Harry Barnes	315
Encuentro con Almeyda	316
8. El quiebre de la izquierda y la lerda transición	321
Cohabitación y continuismo	321
Por si las moscas...	327
Nuevos cambios en la dirección del PC	330
División del PS y quiebre de la izquierda	335
PS-PC, aproximaciones y distanciamientos	338
La crisis del partido	341
Dos cartas a la Comisión Política	345
La Dirección del Partido en los años más duros	349
Adiós a Moscú	353
Las elecciones post-dictadura	358
Apéndice Gráfico	365
Índice onomástico	383



En él trabajaron:

Edición

Silvia Aguilera, Juan Aguilera,
Mauricio Ahumada, Paulo Slachevsky

Relaciones Públicas

Luis Alberto Mansilla

Asesoría Editorial

Faride Zerán, Naín Nómez, Germán Marín

Secretaría Editorial

Teresita Benítez

Producción

Carlos Bruit, Elizardo Aguilera M., Eugenio Cerda

Diagramación Computacional

Angela Aguilera, Nevenka Tapia,
Fabiola Hurtado, Jano, Lorena Vera

Corrección de Pruebas

Hernán Soto

Fotomecánica

Josefina Aguilera A., Ingrid Rivas, Pedro Morales

Impresión

Héctor García, Carlos Aguilera, Rodrigo Véliz,
Alejandra Bustos, Francisco Villaseca

Corte

Jorge Gutiérrez

Encuadernación

Sergio Fuentes, Marcelo Toledo, Rodrigo Carrasco,
Eugenio Espíndola, Luis Ovalle, Carlos Campos

Difusión y Distribución

Marcelo Merino, Berenice Oféda, Elba Blamey, Nelson Montoya,
Paula Leal, Nora Carreño, Sergio Parra, Gastón Sobino

Administración

Diego Chonchol y Alejandro Droguett

Coordinación General

Paulo Slachevsky

** Se han quedado en nosotros Adriana Vargas y Anne Duattis*



LUIS CORVALÁN De lo vivido y lo peleado

Luis Corvalán López recorre en las páginas de este libro la crónica viva de Chile durante 65 años de lucha política. Sus testimonios y opiniones no son ajenos a su cálida humanidad, a sus orígenes familiares, a las pequeñas y grandes anécdotas de su condición de maestro primario, periodista, ex Senador, ex Secretario General del Partido Comunista de Chile.

El autor tiene claro que al pasado no se vuelve y que Chile no volverá a transitar el camino ya recorrido. No obstante, dice, la historia enseña y no deben olvidarse sus lecciones.

Y también es imposible no guardar en la memoria histórica a los que quedaron en el camino; a los protagonistas de ese tiempo, anónimos o conocidos; al pueblo chileno que es, al fin de cuentas, el gran personaje de lo vivido y lo peleado por Luis Corvalán.